

POUL ANDERSON

LA PATRULLA DEL TIEMPO

«LA PATRULLA DEL TIEMPO CONTINUA LA AVENTURA CON UNA AGRUPACIÓN INTERDISCIPLINARIA. UNA INVESTIGACIÓN MISTERIOSA DEL PASADO Y EL FUTURO CON TANTO MÁS QUE PODER PARA LLEGAR A SER.»

VERNON VINCE

NOVA

se

LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Manse Everard es un patrullero del tiempo, uno de los esforzados paladines que protegen la historia de las alteraciones que una máquina temporal podría introducir en la incierta matriz del futuro. Reunidas por primera vez todas sus aventuras en un solo volumen, le vemos intrigando entre los persas, con los conquistadores españoles, en la Germania invadida por Roma y en otros muchos momentos cruciales de la historia.

Un completo repaso al pasado de la humanidad como sólo cabe esperar del autor de la inolvidable *La nave de un millón de años*.

L  **LIBROS**

Poul Anderson

La patrulla del tiempo

Presentación

Nuestros lectores habituales saben que NOVA ciencia ficción, iniciada en 1988, es una colección especializada que carece en gran medida de títulos clásicos del género ya publicados en su momento por otros editores. También saben que, poco a poco, como mínimo con periodicidad anual, intentamos incorporar a nuestra colección títulos clásicos e inolvidables en la historia del género.

En esta ocasión nuestro clásico recuperado va a ser también, una novedad. En 1960, Poul Anderson ofreció a los lectores de ciencia ficción la que parecía una obra cerrada: GUARDIANES DEL TIEMPO , en la que se incluían cuatro historias protagonizadas por el patrullero del tiempo, Manse Everard.

Esas historias habían salido a la luz en la revista The Magazine of Fantasy and Science Fiction. La primera de ella era «Patrulla del tiempo», publicada en 1955, el mismo año en que Isaac Asimov publicaba en Doubleday su novela EL FIN DE LA ETERNIDAD (1955), con un tema parecido pero un tratamiento muy diferente. Se trata de las aventuras de la policía del tiempo que debe vigilar el pasado para evitar que el hecho de disponer de una máquina del tiempo no altere el devenir «normal» de la historia humana, y con ello anular la posibilidad de descubrir la máquina del tiempo. El tratamiento de Poul Anderson, como era de esperar se centraba más en una inteligente revisión de la historia de la humanidad, y con ello hacía gala de sus amplios conocimientos en el tema, unos saberes y conocimientos que los lectores de NOVA han podido apreciar en la exitosa e inolvidable LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS (1989, NOVA ciencia ficción, número 39).

A «Patrulla del Tiempo» (1955) le siguieron «Delenda Est» (1955), «El valor de ser un rey» (1959) y «La única partida en esta ciudad» (1960) que, conjuntamente formaron La primera edición de GUARDIANES DEL TIEMPO (1960). Mas tarde, en la reedición de 1981 como Los GUARDIANES DEL TIEMPO , se añadió «Las cascadas de Gibraltar», aparecida en 1975 también en la revista The Magazine of Fantasy and Science Fiction . Todas ellas quedaban unificadas por la temática de revisión histórica y, sobre todo, por el protagonismo de un mismo personaje: Manse Everard.

Dos años después de esa reedición ampliada de Los GUARDIANES DEL TIEMPO apareció TIME PATROLMAN (1983), que incluía dos novelas cortas también protagonizadas por Manse Everard: «Marfil y monas y pavos reales» y «El pesar de Odín el Godo». Algo más tarde se publicaban en un único volumen, ANNALS OF THE TIME PATROL (1984), Las siete historias conocidas hasta entonces protagonizadas por Manse Everard y La Patrulla del Tiempo.

Sin embargo, parece que el personaje, el tema y, sobre todo, la posibilidad de «jugar» de una forma inteligente con la historia, una de las grandes aficiones de Poul Anderson, le obligaron a volver al personaje y a su esforzado patrullar por el tiempo. El resultado fue «Estrella del mar» una novela corta que se añadía a la serie y que, junto con «El año del rescate» (1991), finalizaba la serie que se recoge completa en esta LA PATRULLA DEL TIEMPO (1991, NOVA, número 135) que hoy presentamos.

Los cinco relatos originales (que no ocupan ni la tercera parte de este volumen), seguidos por cuatro novelas cortas inéditas en España, componen la saga de LA PATRULLA DEL TIEMPO, que se completa con THE SHIELD OF TIME (1990), una nueva novela larga, protagonizada también por Manse Everard, para la que es muy posible que pronto encontremos acomodo en NOVA.

Manse Everard es un patrullero del tiempo, uno de los esforzados paladines que protegen la historia de las alteraciones que una máquina temporal podría introducir en la incierta matriz del futuro. En sus diversas aventuras por el pasado, Le vemos intrigando entre los persas de Cambises, Astiages y Ciro en su guerra con Grecia, con los conquistadores españoles y el imperio inca, con los vikingos y godos en la escandinavia regida por Odín, en la Jerusalén de David y Salomón, en la Germania invadida por Roma y en otros muchos momentos cruciales de la historia. Un completo repaso al pasado de la humanidad con todo el sabor de la mejor especulación repleta de aventura.

Esta es, pues, una serie clásica en el género. Una obra que, como la tantas veces citada LA NAVE DE UN MILLON DE AÑOS, ha suscitado comentarios de especialistas como David Drake: «Este libro sería mi respuesta a la pregunta: ¿Qué Libro aconsejar a un amigo que no lee ciencia ficción?» Ciencia ficción que se emparenta de forma natural con el éxito actual de la novela histórica, de la mano de un experto como Poul Anderson, Gran Maestro Nebula y el autor que mas premios Hugo ha obtenido en toda la historia de la ciencia ficción. Este famoso especialista en el género vuelve a maravillarnos con una visión inteligente de la historia que fue, la que pudo ser y, tal vez, la que será. Un tour de force que nos muestra como todas las ciencias (y no solo las duras...) proporcionan buen material para la mejor ciencia ficción.

De él ha dicho The Detroit News: «Poul Anderson es el primer historiador de la ciencia ficción: pasado, presente e historia alternativa.» Y eso es lo que nos

ofrece LA PATRULLA DEL TIEMPO : historia, aventura y ciencia ficción inteligente especulando con lo que pudo haber sido y no siempre fue.

LA PATRULLA DEL TIEMPO se une así por derecho propio, a las diversas reediciones y recuperaciones de clásicos inéditos que componen una vertiente, ya imprescindible en NOVA, que reúne títulos impresionantes e imprescindibles en la historia del género.

A veces nuestra recuperación de obras cumple un propósito de homenaje, como ocurrió con CIUDADANO DE LA GALAXIA (1957) de Robert A. Heinlein, publicada en NOVA ciencia ficción número 18, en 1989, un año después de la muerte de este célebre autor. También un homenaje, aunque de otro tipo, fue CÁNTICO POR LEIBOWITZ (1960) de Walter M. Miller Jr, publicada en NOVA ciencia ficción número 47, en 1992.

Es ocioso decir que se trata de una de las mejores novelas que ha ofrecido la ciencia ficción de todos los tiempos, y de la que este mismo año ha aparecido, también en NOVA, la esperada y póstuma continuación; SAN LEIBOWITZ Y LA MUJER CABALLO SALVAJE.

Cuando en 1991 emprendimos la publicación íntegra y ordenada de la serie de LOS SEÑORES DE LA INSTRUMENTALIDAD de Cordwainer Smith (NOVA ciencia ficción, números 37, 38, 59 y 70), incluyendo textos hasta entonces inéditos en formato de libro en todo el mundo, ya no se trataba de una simple reedición de un clásico, sino de una labor editorial que me pareció de estricta necesidad para rendir justicia a una de las obras y a uno de los autores más sugerentes de la ciencia ficción de todos los tiempos.

En 1993 el clásico de NOVA ciencia ficción fue una novela sorprendentemente inédita en España, MISION DE GRAVEDAD (1953) de Hal Clement, que se publicó en el número 55 de la colección, precisamente tras cuarenta años de exitosa historia editorial en todo el mundo. Una historia de éxitos que le ha merecido la consideración de novela emblemática de la ciencia ficción hard, brillantemente centrada en los aspectos científicos y tecnológicos de este tipo de narrativa.

En 1994, nuestro clásico recuperado fue CRONOPAISAJE (1980) de Gregory Benford (NOVA ciencia ficción, número 66) que, indiscutiblemente, es la mejor novela sobre la relación entre ciencia y ciencia ficción. Y en 1995 se trató de la edición íntegra, en un único volumen, de todos los relatos de la emotiva saga de EL PUEBLO de Zenna Henderson (NOVA ciencia ficción, número 75).

Como puede verse, desde 1989 publicamos, como mínimo, un título «clásico» al año. Para los curiosos diré que el de 1990 fue RADIX (1981) de A. A. Attanasio,

en el número 27 de la colección. Se trata de un libro sorprendente y una impresionante muestra de la desbordante imaginación que solo la mejor ciencia ficción puede ofrecer. Tal vez un «clásico» particular de este editor que, sin ningún complejo, reivindica el derecho a sus propias filias...

Posiblemente nuestro «clásico» de 1996 fuera otro de esos títulos que el editor considera imprescindibles a pesar de no haber alcanzado una celebridad extraordinaria. Fue ese maravilloso RITO DE CORTEJO (1982) de Donald Kingsbury, publicado en el número 82 de la colección. Esta obra, comparada frecuentemente con el DUNE de Frank Herbert, surca con mayor seguridad que ésta los mares de una brillante ciencia ficción centrada en la antropología, sin olvidar las raíces ecológicas de la misma, ni la interesante psicología de sus personajes.

Otros de esos títulos son TAU CERO de Poul Anderson (1970, NOVA ciencia ficción, número 95), mientras que, en 1998, la recuperación cinematográfica de grandes novelas de ciencia ficción nos permitió ofrecer TROPAS DEL ESPACIO de Robert A. Heinlein (1959, NOVA número 104) y EL CARTERO de David Brin, con el nuevo título MENSAJERO DEL FUTURO (1985, NOVA número 105). Para el año 1999, con menos títulos que antes, debería valer como «recuperación» la novela HERMANOS DE ARMAS (1989, NOVA número 126), seleccionada esta vez a petición del respetable, que solicitaba recuperar algunos de los primeros títulos de la popular y premiadísima saga de Miles Vorkosigan de Lois McMaster Bujold.

Estoy convencido de que la perspectiva ofrecida por estos títulos en cierta forma «clásicos» permite apreciar con mayor detalle la riqueza de la moderna ciencia ficción y entender su evolución. Una evolución construida precisamente en torno a los hitos que ciertos títulos, ya históricos, representaron en su tiempo.

LA PATRULLA DEL TIEMPO es uno de esos clásicos indiscutibles y, déjenme decirlo de una vez, una gozada de lectura. En estos tiempos en que el exceso de material publicado dificulta el dejarse llevar por una historia y disfrutar de su lectura, estas narraciones de Poul Anderson recuperan el viejo y satisfactorio pulso de narraciones que juegan con la historia de la mano de uno de los mejores autores de la ciencia ficción de todos los tiempos.

Que ustedes lo disfruten. Yo ya lo he hecho y, sin que sirva de precedente, espero repetir la experiencia este verano. Sin desmerecer a tantos y tantos nuevos autores de la mejor ciencia ficción, considero que Anderson sigue siendo mucho Anderson.

Hasta pronto.

Relatos incluidos en la obra

Patrulla del Tiempo (*Time Patrol*, 1955). [Relato]

El Valor de un Rey (*Brave to Be a King*, 1959). [Relato]

Las Cascadas de Gibraltar (*Gibraltar Falls*, 1975). [Relato Corto]

La Única Partida en esta Ciudad (*The Only Game in Town*, 1960). [Relato]

Delenda Est (*Delenda Est*, 1955). [Relato]

Marfil y Monas y Pavos Reales (*Ivory, and Apes, and Peacocks*, 1983).

[Novela Corta]

El Pesar de Odín el Godo (*The Sorrow of Odin the Goth*, 1983). [Novela

Corta]

Estrella del Mar (*Star of the Sea*, 1991). [Novela Corta]

El Año del Rescate (*The Year of the Ransom*, 1988). [Novela]

Patrulla del Tiempo

SE PRECISAN HOMBRES. De entre 21 y 40 años, preferiblemente solteros, con experiencia militar o tecnológica y buenas condiciones físicas para trabajo bien remunerado que incluye viajes al extranjero. Compañía de Estudios de Ingeniería, 305 E. 45, de 9 a 12 y de 14 a 18.

—El trabajo, como podrá comprender, se sale un poco de lo corriente —dijo el señor Gordon—. Y es confidencial. ¿Puedo confiar en que sabe guardar un secreto?

—Normalmente sí —dijo Manse Everard—. Depende, por supuesto, de la naturaleza del secreto.

El señor Gordon sonrió. Era la suya una sonrisa curiosa, dibujaba con los labios una curva cerrada que no se parecía a ninguna sonrisa que Everard hubiese visto. Hablaba un americano general fluido y coloquial, y vestía un traje de negocios sin nada destacable, pero tenía un aire extranjero que no se debía sólo a la piel oscura, las mejillas lampiñas y la incongruencia de unos ojos mongólicos sobre una nariz caucasiana. Era difícil de situar.

—No somos espías, si eso es lo que piensa —dijo.

Everard sonrió.

—Lo siento. Por favor, no piense que me he vuelto tan histérico como el resto del país. En todo caso, jamás he tenido acceso a datos confidenciales. Pero el anuncio menciona operaciones en el extranjero, y tal y como están las cosas... espero que comprenda que me gustaría conservar el pasaporte.

Everard era un hombre grande, de hombros poderosos y con un rostro maltratado bajo un pelo castaño de corte militar. Tenía sus papeles justo delante: la licencia del Ejército, los informes de trabajo como ingeniero mecánico en varios lugares. El señor Gordon aparentemente apenas los había mirado.

La oficina era corriente: una mesa y un par de sillas, un archivador y una puerta al fondo; una ventana se abría al tráfico atronador de Nueva York, seis pisos más abajo.

—Un espíritu independiente —dijo el hombre desde detrás de la mesa—. Me gusta. Muchos vienen aquí arrastrándose, como si agradeciesen una patada. Claro está que con sus cualificaciones todavía no está desesperado. Todavía puede

conseguir trabajo, incluso en... ah, creo que el término actual es reajuste progresivo.

—Estuve interesado —dijo Everard—. He trabajado en el extranjero, como puede ver, y me gustaría volver a viajar. Pero para ser sincero, todavía no tengo ni la más remota idea de a qué se dedica su empresa.

—Hacemos muchísimas cosas —dijo el señor Gordon—. Veamos... ha entrado en combate. Francia y Alemania. —Everard parpadeó; sus papeles incluían una lista de medallas, pero habría jurado que el hombre no había tenido tiempo de leerla—. Humm... ¿le importaría agarrar esos pomos de la silla? Gracias. Bien, ¿cómo reacciona ante el peligro físico?

Everard se mosqueó.

—Vamos a ver...

Los ojos del señor Gordon miraron brevemente un instrumento que tenía en la mesa: no era más que una caja con una aguja y un par de diales.

—No importa. ¿Cuál es su opinión sobre el internacionalismo?

—Pero qué...

—¿Comunismo? ¿Fascismo? ¿Mujeres? ¿Sus ambiciones personales? Eso es todo. No tiene por qué responder.

—Pero ¿qué demonios es esto? —le dijo bruscamente Everard.

—Un breve examen psicológico. Olvídelo. No me interesan sus opiniones más que en la medida en que manifiestan una orientación emocional básica. —El señor Gordon se arrellanó, uniendo los dedos—. Hasta ahora es muy prometedor. Bien, de esto se trata. Hacemos un trabajo, como ya le he dicho, muy confidencial. Planeamos... planeamos dar una sorpresa a la competencia —rió—. Adelante, denúncieme al FBI si quiere. Ya nos han investigado y estamos completamente limpios. Descubrirá que realmente realizamos operaciones financieras y de ingeniería a escala mundial. Pero el trabajo tiene otro aspecto, para el que queremos hombres. Le pagaré cien dólares por entrar en la habitación trasera y someterse a una batería de pruebas. Durará unas tres horas. Si no las pasa, ahí acaba la historia. Si lo hace, le enrolaremos, le contaremos los hechos y empezará su entrenamiento. ¿De acuerdo?

Everard vaciló. Tenía la sensación de que todo iba demasiado rápido. Allí había algo más que una oficina y un tipo amable. Aun así... Una decisión:

—Firmaré cuando me haya dicho de qué va todo.

—Como desee. —El señor Gordon se encogió de hombros—. Como le convenga. Las pruebas dirán si va a hacerlo o no, ya sabe. Empleamos técnicas muy avanzadas.

Aquello, al menos, era completamente cierto. Everard sabía algo sobre psicología moderna: encefalogramas, pruebas de asociación, el perfil de Minnesota. No reconoció ninguna de las máquinas cubiertas que susurraban y parpadeaban a su alrededor. Las preguntas que le disparó el asistente —un

hombre de piel blanca y completamente calvo de edad indeterminada, con un fuerte acento y sin expresión facial— le parecía que no guardaban relación con nada. ¿Y qué era el casco de metal que se suponía que debía llevar sobre la cabeza? ¿Adonde iban los cables que salían de él?

Miró furtivamente los indicadores, pero ni las letras ni los números se parecían a nada que hubiese visto. Ni inglés, ni francés, ni ruso, ni griego, ni chino, ni nada perteneciente al año 1954. Quizá, ya entonces, empezaba a intuir la verdad.

Un curioso conocimiento interior empezó a desarrollarse en él a medida que las pruebas se sucedían. Manson Emmert Everard, treinta años, antiguo teniente de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos; experiencia en diseño y producción en América, Suecia, Arabia; aun así soltero, aunque progresivamente más melancólico cuando pensaba en sus amigos casados; no tenía novia, ninguna relación fuerte de ningún tipo; algo bibliófilo; un jugador de póquer empedernido; le gustaban los botes de vela, los caballos y los rifles; iba de acampada y a pescar cuando estaba de vacaciones. Claro, esas cosas ya las sabía, pero hasta entonces constituían fragmentos aislados de sí mismo. Era curioso percibirse de pronto como un organismo integrado, comprender que cada característica era una faceta inevitable de una estructura global.

Terminó agotado y completamente empapado de sudor. El señor Gordon le ofreció un cigarrillo y repasó con rapidez una serie de páginas llenas de códigos que le había dado el asistente. De vez en cuando murmuraba una frase: «... Zeth20 cortical... aquí una evaluación no diferenciada... reacción psíquica a las antitoxinas... debilidad en la coordinación central...». Había cambiado a un acento, un ritmo alegre y una pronunciación de las vocales que nada tenía que ver con los modos de deformar el idioma inglés que Everard conocía.

Pasó media hora antes de que volviese a levantar la cabeza. Everard se impacientaba, una ligera agitación de su pose de caballero manifestaba su furia, pero el interés lo mantuvo sentado en silencio. El señor Gordon le mostró unos dientes de un blanco imposible en una amplia sonrisa de satisfacción.

—Ah. Por fin. ¿Sabe?, ya he tenido que rechazar a veinticuatro candidatos. Pero usted servirá. Definitivamente, servirá.

—¿Servir para qué? —Everard se inclinó hacia delante, consciente de que se le aceleraba el pulso.

—Para la Patrulla. Va a ser una especie de policía.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En todas partes. Y en cualquier tiempo. Agárrase fuerte, esto va a resultarle impresionante.

» Verá, nuestra compañía, aunque más que legítima, no es más que una fachada y una fuente de fondos. Nuestro negocio real es patrullar el tiempo.

La Academia se encontraba en el Oeste americano. También estaba en el periodo Oligoceno, una época cálida de bosques y prados en la que los andrajosos antecesores del hombre huían de la amenaza de mamíferos gigantes. Se había construido hacia mil años; se mantendría otro medio millón —tiempo más que suficiente para graduar a todos los operativos que la Patrulla del Tiempo pudiese necesitar— y luego se demolería cuidadosamente para que no quedase ningún rastro de ella. Más tarde llegarían los glaciares, y habría hombres, y en el año 19352 d.C. (el año 7841 del Triunfo Moreniano), esos hombres descubrirían la forma de viajar en el tiempo y volverían al Oligoceno para fundar la Academia.

Se trataba de un complejo de edificios bajos y alargados, de curvas abiertas y diversos colores, que se extendía sobre la superficie verde entre enormes árboles antiguos. Más allá, la colinas y los bosques daban paso a un gran río marrón, y por la noche podía en ocasiones escucharse el bramido de titanoterios y el rugido lejano de un tigre dientes de sable.

Everard salió del transbordador temporal —una enorme caja de metal sin ninguna marca externa— con la garganta seca. Se sentía igual que en su primer día en el Ejército, doce años antes —o entre quince y veinte millones de años en el futuro, según se prefiriera—, solitario, indefenso y deseando desesperadamente que hubiese alguna forma honorable de volver a casa. Era un pequeño consuelo ver a los otros transbordadores descargando a unos cincuenta hombres y mujeres jóvenes. Los reclutas se movían juntos con lentitud, formando un grupo torpe. Al principio no hablaban, sino que se miraban los unos a los otros. Everard reconoció un cuello Hoover y un bombín; los estilos de ropa y peinado iban hasta 1954 y seguían adelante. ¿De dónde era la chica con la falda pantalón ajustada e iridiscente, el carmín verde y fantástico pelo amarillo ondulado? No... ¿de cuándo?

A su lado se encontraba un hombre de unos veinticinco años: sin duda británico, por la chaqueta gastada de cheviot y la cara larga y delgada. Parecía ocultar una amargura truculenta bajo la apariencia amanerada.

—Hola —saludó Everard—. Vale más que nos presentemos. —Dio su nombre y origen.

—Charles Whitcomb, Londres, 1947 —dijo el otro con cierta timidez—. Me

acababan de desmovilizar... la RAF, y ésta parecía una buena oportunidad. Ahora tengo mis dudas.

—Podría serlo —dijo Everard, pensando en el salario. ¡Quince mil al año para empezar! Pero ¿cómo calculaban los años? Debía de ser en el sentido propio de duración.

Un hombre se les acercó. Era un joven esbelto que llevaba uniforme gris, ajustado, con una capa de color azul profundo que parecía titilar, como si tuviese estrellas cosidas. Poseía un rostro agradable, sonreía y habló con simpatía y sin acento:

—¡Hola! Bienvenidos a la Academia. Supongo que todos hablan inglés, ¿no?

Everard vio a un hombre con un raído uniforme alemán, a un hindú y a otros que probablemente procedían de varios países extranjeros.

—Entonces usaremos el inglés hasta que hayan aprendido temporal. —El hombre mantenía la postura con naturalidad, con las manos sobre las caderas—. Mi nombre es Dard Kelm. Nací... déjenme pensar... en el 9573 según el cómputo cristiano, pero me he convertido en un especialista de su periodo, que, por cierto, va desde 1850 hasta el año 2000, aunque todos ustedes vienen de años intermedios. Soy su muro de las lamentaciones oficial, por si algo sale mal.

» Este lugar se rige según reglas probablemente diferentes a las que esperan. No transformamos a los hombres en masa, así que la complicada disciplina de un aula o un ejército resulta innecesaria. Cada uno de ustedes recibirá instrucción de manera individual y general. No necesitamos castigar los fallos en el estudio, porque las pruebas preliminares garantizan que no los habrá y hacen que las posibilidades de un fallo en el puesto sean pequeñas. Cada uno de ustedes posee un alto índice de madurez en términos de su propia cultura. Sin embargo, las variaciones en actitud implican que, si hemos de desarrollar cada individuo hasta su máximo potencial, debe haber instrucción personalizada.

» Aquí hay pocas formalidades más allá de la esperable cortesía. Tendremos oportunidades de divertirnos además de estudiar. Nunca esperaremos de ustedes más de lo que pueden dar. Me permitiré añadir que la pesca y la caza son todavía muy buenas incluso en esta región, y que son fantásticas si vuelan unos cientos de kilómetros.

» Ahora, si no hay preguntas, síganme y los alojaré.

Dard Kelm mostró el uso de los dispositivos en una habitación típica. Eran los que uno hubiese esperado en, digamos, el año 2000 d.C: mobiliario discreto a medida para que encajase perfectamente, cabinas de aseo, pantallas que daban acceso a una enorme biblioteca de imágenes y sonidos grabados para el entretenimiento. Nada demasiado avanzado. Cada cadete tenía una habitación propia en el edificio «dormitorio»; las comidas se tomaban en el refectorio central, pero podían celebrarse fiestas privadas. Everard notó evaporarse la tensión.

Se celebró un banquete de bienvenida. Los platos eran familiares, pero no así las máquinas que venían rodando a servirlos. Hubo vino, cerveza y una amplia provisión de tabaco. Quizá habían puesto algo en la comida, porque Everard se sentía tan eufórico como los otros. Acabó tocando un boogie al piano mientras media docena de personas llenaban el aire con patéticos intentos de cantar.

Sólo Charles Whitcomb se mantuvo a distancia, bebiendo triste de un vaso, en una esquina. Dard Kelm se comportó con tacto y no intentó obligarlo a unirse al grupo.

Everard decidió que aquello iba a gustarle. Pero el trabajo, la organización y los propósitos seguían en la sombra.

—El viaje en el tiempo se descubrió en el periodo en que la Heresiarquia Corita estaba fragmentándose —les dijo Kelm en la sala de conferencias—. Más tarde estudiarán los detalles; por ahora, créanme cuando les digo que se trató de un época turbulenta, durante la cual la rivalidad comercial y genética era un asunto importante entre grandes compañías; todo valía, y los distintos gobiernos eran peones en un juego galáctico. El efecto temporal fue un producto secundario de una investigación para buscar una forma de transmisión instantánea, lo que, como algunos de ustedes habrán comprendido, requiere para su demostración matemática funciones infinitamente discontinuas... al igual que el viaje al pasado. No expondré la teoría, ya la verán en las clases de física, pero me limitaré a decirles que requiere el concepto de relaciones infinitas en un continuo de $4n$ dimensiones, siendo n el número total de partículas del universo.

» Evidentemente, el grupo que lo descubrió, el Nueve, era consciente de las posibilidades que planteaba. No eran sólo comerciales, para la minería y otras actividades que no les costará imaginar, sino que también constituía la oportunidad de dar un golpe mortal a sus enemigos. Entiendan, el tiempo es variable; el pasado se puede cambiar...

—¡Pregunta! —Era una muchacha de 1972, Elizabeth Gray, en su propia época una físico prometedor.

—¿Sí? —dijo Kelm con amabilidad.

—Creo que está describiendo una situación lógicamente imposible. Le concedo la posibilidad del viaje en el tiempo, ya que estamos aquí, pero un suceso no puede simultáneamente haber sucedido y no haber sucedido. Eso es una contradicción.

—Sólo si insiste en mantener una lógica que no es de valor aleph sub aleph —dijo Kelm—. Lo que sucede es algo así: supongamos que retrocedo en el tiempo e impido que su padre conozca a su madre. Usted no habría nacido. Esa porción de la historia universal sería diferente; siempre habría sido diferente, aunque yo conservara recuerdos de la situación « original » .

—Bien, ¿y si hace lo mismo con usted? —preguntó Elizabeth—. ¿Dejaría usted de existir?

—No, porque yo pertenecería a una sección de la historia anterior a mi propia intervención. Apliquémoslo a usted. Si fuese usted a, supongamos, 1946 y actuase para evitar el matrimonio de sus padres en 1947, usted todavía existiría en ese año; no dejaría de existir sólo por haber influido en los acontecimientos. Lo mismo se aplicaría aunque sólo hubiese estado en 1946 un microsegundo antes de disparar al hombre que en caso contrario se hubiese convertido en su padre.

—Pero entonces yo existiría... ¡sin origen! —protestó ella—. Tendría vida, recuerdos y... todo... aunque nada los habría producido.

Kelm se encogió de hombros.

—¿Y qué importancia tiene? Usted insiste en que la ley de causalidad o, hablando estrictamente, la ley de conservación de la energía, sólo trata de funciones continuas. En realidad, las discontinuidades son más que posibles. —Rió y se apoyó en el atril—. Claro está, hay cosas imposibles —dijo—. No podría ser usted su propia madre, por ejemplo, por razones puramente de genética. Si retrocediese y se casase con su propio padre, los hijos serían otros, ninguno de ellos usted, porque cada uno de ellos sólo tendría la mitad de sus cromosomas.

Se aclaró la garganta.

—No nos alejemos de lo importante. Aprenderán los detalles en otras clases. Sólo les estoy dando una visión general. Continuemos: el Nueve vio las posibilidades de retroceder en el tiempo y evitar que sus enemigos se armasen, incluso que naciesen.

Por primera vez, su aire desenfadado y humorístico se desvaneció y se quedó de pie como un hombre frente a lo desconocido. Habló despacio:

—Los danelianos son parte del futuro, de nuestro futuro, más de un millón de años por delante del mío. El hombre ha evolucionado para convertirse en algo... imposible de describir. Probablemente nunca se encontrarán con un daneliano. Si alguna vez lo hacen será toda una... conmoción. No son malignos... ni tampoco benévolos... están mucho más allá de cualquier cosa que podamos saber o sentir como nosotros estamos más allá de esos insectívoros que van a ser nuestros antepasados. No es bueno encontrarse cara a cara con algo así.

» Solamente les preocupa proteger su propia existencia. El viaje en el tiempo era ya viejo cuando ellos aparecieron, habían habido incontables oportunidades para que los tontos, los avariciosos y los locos cambiasen la historia de arriba abajo. No deseaban prohibir el viaje, era parte del complejo conjunto de acontecimientos que había llevado hasta ellos, pero tenían que regularlo. Se evitó que el Nueve ejecutase sus planes. Y se estableció la Patrulla para vigilar las autopistas del tiempo.

» Trabajarán principalmente en sus propias épocas, a menos que consigan

graduarse para una asignación indeterminada. Vivirán, en su mayoría, vidas normales, con familia y amigos; la parte secreta de esas vidas tendrá las compensaciones de una buena paga, protección y vacaciones en lugares muy interesantes de vez en cuando, y la de realizar un trabajo muy valioso. Pero siempre estarán de servicio. A veces ayudarán a viajeros temporales que tengan dificultades, de una forma u otra. En ocasiones participarán en misiones, en el apresamiento de posibles conquistadores políticos, económicos y militares. En otras, la Patrulla asumirá los daños que se hayan producido y trabajará para evitar influencias negativas en periodos posteriores y devolver así la historia al curso deseado.

» Les deseo a todos mucha suerte.

La primera parte de la instrucción fue física y psicológica. Everard no había sabido hasta entonces hasta qué punto su propia vida le había lisiado, tanto mental como físicamente; era sólo la mitad del hombre que podía ser. Fue duro, pero al final era una satisfacción sentir el poder de los músculos completamente bajo control, las emociones que se habían hecho más profundas por la disciplina, la rapidez y precisión del pensamiento consciente.

En algún momento se le condicionó completamente para que no revelase nada sobre la Patrulla, aunque no fuese más que para dar a entender su existencia a cualquiera sin autorización. Simplemente le era imposible hacerlo, no importaba cuánto lo presionaran; le resultaba tan imposible como saltar hasta la luna. También aprendió todos los detalles de su personalidad pública en el siglo XX.

El temporal, la lengua artificial que los patrulleros de todas las épocas podían emplear para comunicarse sin que nadie lograra entenderlos, era un milagro de expresividad lógicamente organizada.

Pensaba que sabía algo sobre combate, pero tuvo que aprender los trucos y armas de cincuenta mil años, desde el espadín de la Edad de Bronce al rayo cíclico capaz de aniquilar todo un continente. De vuelta a su propia época, se le daría un arsenal limitado, pero podrían llamarle desde otros periodos y los anacronismos flagrantes no solían permitirse.

Hubo que estudiar historia, ciencia, artes y filosofías, pequeños detalles de dialectos y costumbres. Estos últimos, al menos, sólo se referían al periodo 1850-1975; si tenía ocasión de ir a otra época recibiría instrucción especial por medio de un condicionador hipnótico. Esas fueron las máquinas que le permitieron completar su entrenamiento en sólo tres meses.

Aprendió cómo se organizaba la Patrulla. Al «frente» se encontraba el misterio de la civilización daneliana, pero había poco contacto directo con ella. La Patrulla estaba estructurada de forma paramilitar, con rangos, aunque sin

formalidades especiales. La historia se dividía en entornos, con una oficina principal situada en una ciudad importante por un periodo seleccionado de veinte años (disfrazada con alguna actividad evidente como el comercio) y varias oficinas menores. Para su tiempo había tres entornos: el mundo occidental con cuartel general en Londres, Rusia con sede en Moscú y Asia, en Peiping; todos ellos en los años fáciles de 1890—1910, cuando la ocultación era menos difícil que en décadas posteriores y había oficinas pequeñas, como la de Gordon. Un agente agregado normal vivía por lo común en su propio tiempo y a menudo realizaba un trabajo auténtico. La comunicación entre años se producía mediante diminutos robots o por mensajero, con sistemas automáticos que evitaban la acumulación en un instante de tales mensajes.

La organización en su conjunto era tan vasta que resultaba imposible abarcarla toda. Se había metido en algo nuevo y emocionante, eso era todo lo que comprendía con todas las capas de su conciencia... de momento.

Encontró a sus instructores amables y dispuestos a ayudar. El veterano entrecano que le enseñó a pilotar naves espaciales había luchado en la guerra marciana del 3890.

—Vosotros aprendéis muy rápido —dijo—. Pero realmente es complicado enseñar a gente de periodos preindustriales. Hemos dejado incluso de enseñarles otra cosa que los rudimentos. Tuvimos una vez a un romano, de la época de César. Era un chico bastante brillante, pero nunca consiguió meterse en la cabeza que a una máquina no se la trata como a un caballo. Y en cuanto a los babilonios, el viaje en el tiempo no entra siquiera en su concepción del mundo. Teníamos que limitarnos a la batalla entre dioses.

—¿Qué nos cuentan a nosotros? —preguntó Whitcomb.

El hombre del espacio lo miró con los ojos entornados.

—La verdad —dijo al fin—. En la medida en que podéis aceptarla.

—¿Cómo consiguió este trabajo?

—Oh... me hirieron cerca de Júpiter. No quedó mucho de mí. Me recogieron, me construyeron un nuevo cuerpo... como de los míos no quedaba ninguno vivo y me daban por muerto, no tenía mucho sentido volver a casa. No era divertido convivir con el Cuerpo de Comandancia. Así que acepté un puesto aquí. Hay buena compañía, la vida es fácil, y tengo vacaciones en muchas épocas. —El hombre del espacio sonrió—. ¡Esperad a experimentar la fase decadente del Tercer Matriarcado! Todavía no sabéis lo que es diversión.

Everard no dijo nada. Estaba demasiado hipnotizado por el espectáculo de la Tierra dando vueltas frente a las estrellas.

Hizo amigos entre los cadetes. Era un grupo sociable... naturalmente, del tipo elegido para los patrulleros, mentes audaces e inteligentes. Hubo un par de romances. Nada al estilo de *El retrato de Jenny*; el matrimonio era perfectamente posible, si la pareja elegía un año para establecer su residencia. A

él le gustaban las chicas, pero no perdía la cabeza.

Curiosamente, fue con el silencioso y taciturno Whitcomb con quien trabó la amistad más íntima. Había algo atrayente en el inglés; era tan culto, un tipo tan agradable, y sin embargo estaba algo perdido.

Un día fueron a cabalgar. Los remotos antepasados de sus monturas correteaban frente a sus gigantescos descendientes. Everard llevaba un rifle, con la esperanza de cobrar un colmillo de azada que había visto. Los dos vestían el uniforme de la Academia gris claro, fresco y ligero bajo el intenso sol amarillo.

—Me sorprende que nos permitan cazar —comentó el americano—. Supongamos que disparo a un dientes de sable, digamos que en Asia, destinado en principio a comerse uno de esos insectívoros prehumanos. ¿No cambiaría eso todo el futuro?

—No —dijo Whitcomb. Había progresado rápido en el estudio de la teoría del viaje en el tiempo—. Verás, más bien es como si el continuo fuese una red de fuertes bandas de goma. No es fácil de deformar; tiende siempre a volver a su, ejem, forma « anterior ». Un insectívoro por separado no importa, son todos los recursos genéticos de la especie lo que llevó al hombre.

» Igualmente, si matase una oveja en la Edad Media, no eliminaría a todos sus descendientes posteriores, digamos todas las ovejas que había en 1940. Más bien éstas seguirían en su sitio, porque durante periodos tan largos, todas las ovejas, o todos los hombres, son descendientes de todas las ovejas anteriores o todos los hombres. Es compensación, ¿entiendes?; en algún punto del proceso, algún otro antepasado aporta los genes que tú creías haber eliminado.

» De la misma forma... supongamos que voy al pasado y evito que Booth mate a Lincoln. A menos que tome muchísimas precauciones, probablemente sucederá que otra persona disparó y Booth cargó con la culpa. La resistencia del tiempo es la razón por la que el viaje está permitido. Si quieres cambiar las cosas, normalmente debes hacerlo de la forma correcta y trabajar muy duro. —Torció la boca—. ¡Adoctrinamiento! Se nos repite una y otra vez que, si interferimos, habrá un castigo para nosotros. No se me permite ir al pasado y asesinar al bastardo de Hitler en su cuna. Se supone que debo permitirle crecer como lo hizo, empezar la guerra y matar a mi chica.

Everard cabalgó en silencio un rato. El único sonido era el chirrido de la silla de cuero y el roce de la hierba.

—Oh —dijo al fin—. Lo siento. ¿Quieres hablar de ello?

—Sí, quiero. Pero no hay mucho que contar. Estaba en la W.A.A.F., Mary Nelson, íbamos a casarnos después de la guerra. Se encontraba en Londres en 1944. El diecisiete de noviembre, nunca olvidaré la fecha. Las bombas V la mataron. Había ido a visitar a unos vecinos en Streatham... estaba de permiso, en casa de su madre. La casa de los vecinos voló por los aires; la suya no recibió ni un rasguño.

Las mejillas de Whitcomb se quedaron sin sangre. Tenía la mirada vacía.

—Va a ser terriblemente difícil no... no volver al pasado, sólo unos cuantos años, y por lo menos verla. Sólo verla de nuevo... ¡No! No me atrevo.

Everard puso una mano, con algo de torpeza, sobre el hombro del hombre. Siguieron cabalgando en silencio.

La clase avanzaba, cada alumno a su ritmo, pero hubo suficiente compensación para que todos se graduasen juntos: una breve ceremonia seguida de una gran fiesta y muchos acuerdos sensibleros para reuniones posteriores. Luego cada uno volvió al mismo año del que había venido: a la misma hora.

Everard aceptó las felicitaciones de Gordon, cogió una lista de agentes contemporáneos (varios de ellos con trabajos en lugares como la inteligencia militar) y volvió a su apartamento. Más adelante tal vez le asignasen un trabajo en algún punto sensible, pero su misión actual —a efectos de impuestos, «asesor especial de la Compañía de Estudios de Ingeniería»— era simplemente leer una docena de periódicos al día buscando las señales de viaje en el tiempo que le habían enseñado a detectar, y estar pendiente de que le llamasen.

Resultó que él mismo descubrió su primera misión.

Era una sensación peculiar leer los titulares y saber, más o menos, lo que iba a suceder a continuación. Le quitaba hierro, pero le añadía tristeza, porque aquélla era una época trágica. Podía simpatizar con el deseo de Whitcomb de ir al pasado y cambiar la historia.

Sólo que, por supuesto, un solo hombre tenía muchas limitaciones. No podría cambiarla para mejor, a no ser por accidente; lo más probable era que la pifiara. Ve al pasado y mata a Hitler y a los líderes japoneses y soviéticos; probablemente algunos tipos listos ocuparían su lugar. Quizá la energía atómica quedara en barbecho y el glorioso Renacimiento Venusiano no llegara a producirse. No había forma de saberlo...

Miró por la ventana. La luces llameaban contra el cielo febril; la calle estaba repleta de automóviles y de una multitud apresurada y sin rostro; desde allí no podía ver las torres de Manhattan, pero sabía que se alzaban arrogantes hacia las nubes. Y todo no era más que un recodo en el río que fluía desde el pacífico paisaje prehumano hasta el inimaginable futuro daneliano. ¡Cuántos miles de millones y billones de criaturas humanas vivían, reían, lloraban, trabajaban, mantenían sus esperanzas y morían en su corriente!

Bien... Suspiró, avivó la pipa y se dio la vuelta. El largo paseo había disminuido su impaciencia; su mente y su cuerpo se morían por algo que hacer. Pero era tarde y... Se inclinó hacia la biblioteca, sacó un volumen más o menos al azar, y empezó a leer. Era una recopilación de historias victorianas y eduardianas.

Le sorprendió una referencia pasajera. Algo sobre una tragedia en Addleton y el singular contenido de un antiguo túmulo británico. Nada más... ¿Viaje en el tiempo? Sonrió para sí.

Sin embargo...

No —pensó—. Es una locura.

Pero no haría ningún daño comprobarlo. Se mencionaba que el incidente había tenido lugar en Inglaterra, en el año 1894. Podía buscar números atrasados del *Times* de Londres. No tenía otra cosa que hacer... Probablemente por eso le habían asignado aquella aburrida tarea periodística: para que su mente, nerviosa por el aburrimiento, examinase todo resquicio.

Cuando la biblioteca pública abrió él estaba ya en la escalinata.

La historia estaba allí, fechada el 25 de junio de 1894, y varios días después. Adlelton era un pueblo de Kent, que se distinguía en particular por una hacienda jacobina propiedad de lord Wyndham y un túmulo de antigüedad desconocida. El noble, arqueólogo aficionado, lo había excavado con la ayuda de un tal James Rotherhithe, un experto del Museo Británico, al parecer pariente suyo. Lord Wyndham había descubierto una cámara funeraria bastante exigua: unos cuantos artefactos casi completamente destruidos por la corrosión y la podredumbre, huesos de hombres y caballos. También contenía un cofre en sorprendente buen estado, lleno de lingotes de un metal desconocido, supuestamente una aleación de plomo o plata. Cayó muy enfermo, con síntomas de un extraño envenenamiento letal; Rotherhithe, que apenas había mirado en el cofre, no se vio afectado, y las pruebas circunstanciales sugerían que había administrado al noble una dosis de algún oscuro preparado asiático. Scotland Yard arrestó al hombre cuando lord Wyndham murió, el día 25. La familia de Rotherhithe contrató los servicios de un detective privado muy conocido, que pudo demostrar, con un razonamiento muy ingenioso seguido de pruebas con animales, que el acusado era inocente y que una « mortal emanación » salida del cofre era la responsable del fallecimiento. Caja y contenido fueron arrojados al canal de la Mancha. Felicitaciones para todos. Final feliz y sanseacabó.

Everard se quedó sentado en silencio en la enorme y callada sala. La historia no decía mucho. Pero, por lo menos, era muy sugerente.

Entonces, ¿por qué no había investigado la oficina victoriana de la Patrulla? ¿O lo había hecho? Probablemente. No harían públicos los resultados, claro está.

De vuelta en el apartamento, cogió uno de los pequeños transbordadores de mensajes que le habían dado, puso un informe en su interior, y situó los controles para la oficina de Londres, 25 de junio de 1894. Cuando pulsó el último botón la caja desapareció con una ligera corriente de aire que ocupaba el espacio donde había estado.

Volvió al cabo de unos minutos. Everard la abrió y sacó una hoja de folio cuidadosamente escrita a máquina... sí, claro, ya se había inventado la máquina de escribir. La examinó con la rapidez que había adquirido.

Estimado Señor:

En respuesta a su misiva del 6 de septiembre de 1954, le agradezco la misma y elogio su diligencia. Aquí el asunto acaba de empezar, y en el momento presente estamos muy ocupados evitando el asesinato de Su Majestad, así como el problema de los Balcanes, el deplorable comercio de opio con China, etc. Aunque podemos, claro está, terminar con las ocupaciones actuales y volver a esta cuestión, es mejor evitar fenómenos

curiosos como estar en dos lugares al mismo tiempo, que podrían no pasar desapercibidos. Por tanto, apreciaríamos enormemente que usted, con un agente británico cualificado, viniese a asistirnos. A menos que tengamos otras noticias, le esperaremos en el 14B de la calle Old Osborne, el 26 de junio de 1894, a las doce de la noche. Créame señor, soy su más humilde y fiel servidor.

J. MAINWETHERING

A continuación venía una nota con coordenadas espaciotemporales, incongruentes con todas aquellas florituras.

Everard llamó a Gordon, obtuvo su aprobación y preparó la recogida de un saltador temporal en el almacén de la «compañía». Luego le envió una nota a Charlie Whitcomb, en 1947. Recibió como respuesta una palabra —«Claro»— y se fue a buscar la máquina.

Era parecida a una motocicleta sin ruedas ni caballete. Tenía dos asientos y una unidad de propulsión antigraavitatoria. Everard situó los indicadores para la época de Whitcomb, pulsó el botón principal y se encontró en otro almacén.

Londres, 1947. Se quedó sentado un momento, considerando el hecho de que en ese mismo momento, el mismo, siete años más joven, asistía a la universidad en Estados Unidos. Luego Whitcomb se apartó del vigilante y le estrechó la mano.

—Es agradable verte de nuevo, compañero —dijo. Su rostro macilento se encendió con la sonrisa curiosamente encantadora que tan bien conocía—. Y a Victoria, ¿eh?

—Supongo. Sube. —Everard cambió los controles. Esta vez surgirían en una oficina. Una oficina muy privada.

Apareció de pronto a su alrededor. El mobiliario de roble, la gruesa alfombra y las llamas de gas encendidas produjeron un inesperado efecto de pesadez. La luz eléctrica era una opción disponible, pero Dalhousie & Roberts era una empresa importadora sólida y conservadora. Mainwethering en persona se levantó de una silla y se acercó a saludarlos: era un hombre grande y pomposo de patillas pobladas que usaba monóculo. Pero también tenía un aire de fuerza, y un acento de Oxford tan cultivado que Everard apenas lograba entenderle.

—Buenas noches, caballeros. Confío en que hayan tenido un viaje agradable. O, sí... lo siento... los caballeros son todavía novatos en este asunto, ¿no? Un poco desconcertante al principio. Recuerdo lo sorprendido que me encontré en una visita al siglo XXI. Nada británico... Sólo una *res naturae*, opino, sólo otra faceta más de un universo siempre sorprendente, ¿eh? Deben excusar mi falta de hospitalidad, pero es cierto que estamos terriblemente ocupados. Un fanático alemán descubrió en 1917 el secreto del viaje en el tiempo de un antropólogo

despistado, robó una máquina y ha venido a Londres a asesinar a Su Majestad. Estamos teniendo muchos problemas para encontrarle.

—¿Le encontrarán?—preguntó Whitcomb.

—Oh, sí. Pero será un trabajo doblemente duro, caballeros, especialmente al tener que actuar en secreto. Me gustaría contratar a un agente privado, pero el único que vale la pena es demasiado listo. Actúa según el principio de que cuando ha eliminado lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, debe ser cierto. Y moverse en el tiempo podría no resultarle demasiado improbable.

—Apuesto a que es el mismo hombre que está trabajando en el caso Addleton, o que lo hará mañana —dijo Everard—. Eso no es lo importante; sabemos que demostrará que Rotherhithe es inocente. Lo que importa es la gran probabilidad de que se hayan producido acontecimientos extraños en la antigua historia británica.

—Sajona, querrás decir —le corrigió Whitcomb, que había comprobado los datos por sí mismo—. Muchísima gente confunde a los británicos con los sajones.

—Casi tantos como los que confunden a los sajones con los jutos —añadió Mainwethering con sosería—. Tengo entendido que Kent fue invadida desde Jutlandia... Ah. Humm. Ropa, caballeros. Y fondos. Y papeles, todo preparado para ustedes. En ocasiones creo que los agentes de campo como ustedes no aprecian todo el trabajo que tenemos que hacer en las oficinas incluso para la más pequeña operación. ¡Ja! Perdonen. ¿Tienen un plan de campaña?

—Sí. —Everard empezó a quitarse la ropa del siglo XX—. Creo que sí. Los dos conocemos lo suficiente de la época victoriana para defendernos. Pero yo tendré que seguir siendo americano... sí, veo que lo ha puesto en mis papeles.

Mainwethering parecía apenado.

—Si el incidente del tùmulo ha llegado hasta una famosa pieza literaria como dice usted, recibiremos cientos de memorandos sobre este asunto. El suyo simplemente fue el primero. Otros dos han llegado ya, de 1923 y 1960. ¡Me gustaría que me permitiesen tener un secretario robot!

Everard se retorció dentro del incómodo traje. Le quedaba bien, la oficina tenía sus medidas en los ficheros, pero hasta entonces nunca había apreciado la relativa comodidad de su propia moda. ¡Maldito chaleco!

—No se preocupe —dijo—, este asunto podría ser inofensivo. De hecho, puesto que estamos aquí ahora, debe haber sido inofensivo. ¿Eh?

—Por ahora —dijo Mainwethering—. Pero piense. Ustedes dos, caballeros, retroceden hasta los tiempos jutos y encuentran al merodeador. Pero fracasan. Quizá les dispare antes de que ustedes puedan dispararle; quizá ataque por sorpresa a los que enviamos a por ustedes. Luego se dedica a iniciar una revolución industrial o lo que quiera. La historia cambia. Ustedes, al estar aquí antes del momento del cambio, todavía existen... aunque sólo como cadáveres... pero aquí no hemos sido nunca. Esta conversación nunca ha tenido lugar. Como

diría Horacio...

—¡No importa! —Rió Whitcomb—. Primero investigaremos el túmulo, en este año, luego volveremos y decidiremos qué hacer.

Se inclinó y empezó a pasar el equipo desde una maleta del siglo XX a una monstruosidad gladstoniana de tela floreada. Un par de pistolas, algunos aparatos físicos y químicos que su propia época todavía no había inventado, una diminuta radio para llamar a la oficina en caso de problema.

Mainwethering consultó su Bradshaw.

—Pueden coger el tren que sale a las 8.23 de Charing Cross mañana por la mañana —dijo—. Calculen media hora de margen para llegar de aquí a la estación.

—Vale.

Everard y Whitcomb volvieron a subirse al saltador y se desvanecieron. Mainwethering suspiró, bostezó, dejó instrucciones a su secretario y se fue a casa. A las 7.45 de la mañana, el secretario estaba allí cuando el saltador se materializó.

Esa fue la primera vez que Everard comprendió la realidad del viaje en el tiempo. Lo había entendido intelectualmente, se había sentido adecuadamente impresionado, pero era, para sus emociones, algo meramente exótico. Ahora, recorriendo un Londres que no conocía en un cabriolé (no un anacronismo para turistas, sino un vehículo en funcionamiento, sucio y maltratado), oliendo un aire que contenía más humo que una ciudad del siglo XX pero no vapores de gasolina, viendo las multitudes que pasaban a su lado —caballeros con sombrero de copa y bombín, peones sucios y mujeres de largas faldas, que no eran actores sino personas reales, seres humanos que hablaban, sudaban, estaban tristes o reían dedicándose a sus asuntos— comprendió con toda su fuerza que estaba allí. En ese momento su madre todavía no había nacido, sus abuelos eran dos parejas de jóvenes sin asentar, Grover Cleveland era presidente de Estados Unidos y Victoria reina de Inglaterra, Kipling escribía y la última revuelta india en América estaba por venir... Era como recibir un golpe en la cabeza.

Whitcomb lo aceptó con más calma, pero nunca tenía los ojos quietos mientras contemplaba aquel día de la gloria de Inglaterra.

—Empiezo a entenderlo —murmuró—. Nunca se han puesto de acuerdo en si éste fue un periodo de convenciones opresivas y artificiosas y de una brutalidad apenas disimulada, o la última flor de la civilización occidental antes de que se marchitase. Ver a esta gente me hace comprender; fue todo lo que dicen sobre él, lo bueno y lo malo, porque no se trataba de algo único que les sucedía a todos, sino a millones de vidas individualmente.

—Claro —dijo Everard—. Eso debe de ser cierto en todas las épocas.

El tren le era casi familiar, no muy diferente de los vagones de los ferrocarriles británicos en el año 1954, lo que dio a Whitcomb oportunidad de hacer comentarios sardónicos sobre las tradiciones inviolables. En una par de horas los dejó en una estación de pueblo somnolienta entre jardines bien cuidados, donde alquilaron una calesa para ir hasta la hacienda Wyndham.

Un amable policía les permitió entrar después de hacerles unas cuantas preguntas. Se hacían pasar por arqueólogos, Everard, de América, y Whitcomb, de Australia, que habían estado ansiosos por conocer a lord Wyndham y cuyo trágico final los había conmocionado. Mainwethering, que parecía tener tentáculos en todas partes, les había suministrado cartas de presentación de una

bien conocida autoridad del Museo Británico. El inspector de Scotland Yard aceptó permitirles examinar el túmulo...

—El caso está resuelto, caballeros, no hay más pistas, incluso si mi colega no está de acuerdo, ¡ja, ja! —El investigador privado sonrió con tristeza y los observó con ojos entornados mientras ellos se acercaban al montículo; era alto, delgado, con rostro de halcón, e iba acompañado por un tipo regordete y bigotudo que cojeaba y parecía una especie de secretario.

El túmulo era largo y alto, cubierto de hierba excepto allí donde una hendidura señalaba la excavación de la cámara funeraria. Esta había estado apuntalada con vigas de madera que se habían desplomado hacia mucho; todavía cubrían el suelo fragmentos de lo que había sido madera.

—El periódico decía algo de un ataúd de metal —dijo Everard—. ¿Podríamos echarle un vistazo?

El inspector asintió y lo llevó hasta un edificio exterior, en donde los hallazgos más importantes descansaban sobre una mesa. Exceptuando la caja, sólo había fragmentos de metal corroído y huesos pulverizados.

—Humm —dijo Whitcomb. Miraba pensativo la superficie brillante y desnuda del pequeño cofre. Relucía, azul, de alguna aleación resistente al tiempo todavía por descubrir—. Muy extraño. No es primitivo. Casi se diría que está fabricado a máquina, ¿no?

Everard se acercó con cautela. Tenía una idea bastante aproximada de lo que contenía y actuaba con la prudencia natural de un ciudadano de la *soidistant* era atómica en lo que a esos asuntos se refería. Sacó un contador de la bolsa y lo apuntó a la caja. La aguja se agitó, pero no mucho...

—Interesante aparato —dijo el inspector—. ¿Puedo preguntar qué es?

—Es un electroscopio experimental —mintió Everard. Con cuidado, abrió la tapa y sostuvo el contador sobre la caja.

¡Dios! ¡Dentro había suficiente radiactividad para matar a un hombre en un día! Apenas alcanzó a ver unos pesados y apagados lingotes antes de volver a cerrar la tapa de golpe.

—Tenga cuidado con ese material —dijo, estremeciéndose. ¡Gracias al cielo que quien fuese que había traído la carga mortal procedía de una época en la que sabían bloquear la radiación!

El detective privado se había acercado sin hacer ruido. En su rostro agudo apareció una mirada de cazador.

—¿Reconoce el contenido, señor? —preguntó con calma.

—Sí. Eso creo. —Everard recordó que Becquerel no descubriría la radiactividad hasta dos años después; incluso los rayos X estaban a más de un año en el futuro. Tenía que tener cuidado—. Es... en el territorio indio he oído historias sobre un metal como éste que es venenoso...

—Muy interesante. —El detective comenzó a llenar una gran pipa curva—.

¿Cómo el vapor de mercurio?

—Así que Rotherhithe colocó la caja en la tumba, ¿no? —murmuró el inspector.

—¡No sea ridículo! —le contestó el detective—. Tengo tres razonamientos concluyentes que demuestran que Rotherhithe es completamente inocente. Lo que me sorprendía era la muerte del lord. Pero si, como afirma el caballero, resultó que había un veneno mortal enterrado en el montículo... ¿para desalentar a los ladrones de tumbas? Me pregunto sin embargo cómo consiguieron los antiguos sajones un mineral americano. Quizá sean acertadas esas teorías de primitivos viajes fenicios al otro lado del Atlántico. He hecho algunas investigaciones sobre una idea mía de que hay elementos caldeos en la lengua cimbria, y esto parece confirmarlo.

Everard se sintió culpable por lo que le estaba haciendo a la ciencia de la arqueología. Oh, bien, iban a arrojar aquel cofre al canal y a olvidarse de él. Con Whitcomb se excusaron lo más rápidamente posible.

En el camino de vuelta a Londres, cuando estaban seguros en su compartimento, el inglés sacó un fragmento podrido de madera.

—Me lo he metido en el bolsillo —dijo—. Nos ayudará a datar esa cosa. Pásame el contador radiométrico. —Metió la madera en el dispositivo, ajustó algunos diales y leyó la respuesta—. Mil cuatrocientos treinta años, más o menos diez. El montículo se erigió más o menos... humm... en el 464 d.C., cuando los jutos se establecían en Kent.

—Si esos lingotes siguen siendo tan infernales después de tanto tiempo —murmuró Everard—, me preguntó cómo serían originalmente. Es difícil entender cómo pueden tener tanta actividad con una vida media tan larga; pero claro, en el futuro son capaces de hacer cosas con el átomo que en mi época ni siquiera se han soñado.

Después de entregar su informe a Mainwethering, pasaron un día haciendo turismo mientras aquél enviaba mensajes por el tiempo y ponía en marcha la gran maquinaria de la Patrulla. Everard estaba interesado en el Londres Victoriano, casi cautivado, a pesar de la extrema pobreza y la suciedad. Whitcomb tenía una mirada ausente en los ojos.

—Me hubiese gustado haber vivido aquí —dijo.

—¿Sí? ¿Con su medicina y sus dentistas?

—Y sin bombas cayéndote sobre la cabeza. —La respuesta de Whitcomb era desafiadora.

Cuando regresaron a la oficina, Mainwethering lo tenía todo listo. Chupando un puro, iba de arriba abajo con las manos regordetas cruzadas a la espalda, y les contó toda la historia.

—El metal ha sido identificado con bastante certeza. Se trataba de un combustible isotópico de alrededor del siglo XXX. Las comprobaciones revelan

que un mercader del Imperio Ing visitaba el año 2987 para intercambiar sus materias primas por su sintropo, cuyo secreto se había perdido en el Interregno. Naturalmente, tomó precauciones, intentó hacerse pasar por un comerciante del Sistema de Saturno, pero sin embargo desapareció. Y también el transbordador temporal. Es de suponer que alguien en el 2987 descubrió quién era y lo asesinó para apropiarse de la máquina. La Patrulla lanzó una notificación, pero ni rastro de la máquina. Fue finalmente recuperada en la Inglaterra del siglo V por dos patrulleros llamados, ¡ah!, Everard y Whitcomb.

—Si ya hemos tenido éxito, ¿por qué molestarnos? —El americano sonrió.

Mainwethering parecía asombrado.

—¡Pero querido amigo! Todavía no han tenido éxito. El trabajo está por hacer, en términos de su sentido de la duración y del mío. Y por favor, no den el éxito por supuesto sólo por los archivos históricos. El tiempo no es rígido; el hombre tiene libre albedrío. Si fracasan, la historia cambiará y nadie habrá registrado su éxito; no les habré hablado de él; y yo no los habré informado. Eso sin duda es lo que pasó, si puedo usar el término « pasó », en los pocos casos en que la Patrulla ha registrado un fracaso. Esos casos todavía están siendo investigados, y si al final se consigue el éxito, la historia cambiará y siempre habrá habido éxito. *Tempus non nascitur, fit*, si puedo concederme un pequeño chiste.

—Vale, vale, sólo era una broma —dijo Everard—. Pongámonos en marcha. *Tempus fugit* —añadió con malicia una « g » de más y Mainwethering dio un salto.

Resultó que incluso la Patrulla sabía poco del periodo oscuro en que los romanos habían abandonado Inglaterra. La civilización romano británica se desmoronaba y los ingleses estaban llegando. Nunca había parecido importante. La oficina de Londres, 1000 d.C, envió el material que tenía, junto con juegos de ropa que podrían dar el pego. Everard y Whitcomb pasaron una hora inconscientes bajo los educadores hipnóticos, para salir con conocimientos fluidos de latín y de varios dialectos sajones y jutos, y con un conocimiento adecuado de los alrededores.

La ropa era incómoda: pantalones, camisa y abrigo de lana, capa de cuero, y una colección interminable de correas y nudos. Largas pelucas rubias cubrían los cortes de pelo modernos; un afeitado apurado pasaría desapercibido, incluso en el siglo V. Whitcomb llevaba un hacha, Everard una espada, las dos hechas a medida con acero con alto contenido en carbono, pero confiaban más en los pequeños aturdidores del siglo XXVI que llevaban escondidos. No usaban armadura, pero los saltadores temporales tenían un par de cascos de motocicleta que no llamarían demasiado la atención en una época de objetos de fabricación casera, y eran mucho más fuertes y cómodos que un yelmo. También se guardaron un almuerzo y varios frascos de barro llenos de buena cerveza victoriana.

—Excelente. —Mainwethering se sacó un reloj del bolsillo y consultó la hora —. Los espero de vuelta... ¿digamos a las cuatro en punto? Tendré preparados algunos guardias armados, en caso de que traigan un prisionero, y después podemos ir a tomar el té. —Les estrechó la mano—. ¡Buena caza!

Everard se subió al saltador temporal, dispuso los controles para el año 464 d.C. en Addleton Barrow, una medianoche de verano, y le dio al interruptor.

La luna se encontraba en todo su esplendor. Bajo ella, la tierra se extendía inmensa y solitaria, con una oscuridad de bosques ocultando el horizonte. En algún lugar aulló un lobo. El túmulo ya estaba allí; habían llegado tarde.

Elevándose en la unidad de antigravedad, miraron más allá de un denso y oscuro bosque. Como a un kilómetro y medio del túmulo había un caserío, una casa comunal de madera y una grupo de edificios menores alrededor de una plaza. Bajo la luz de la luna estaba en silencio.

—Campos cultivados —observó Whitcomb. Mantenía la voz baja en la quietud—. Los jutos y los sajones eran en su mayoría pequeños terratenientes, y lo sabemos, que vinieron aquí en busca de tierra. Me imagino que echaron a los britanos de esta zona hace varios años.

—Tenemos que descubrir lo que podamos sobre el enterramiento —dijo Everard—. ¿Deberíamos volver atrás y localizar el momento en que se construyó la tumba? No, sería más seguro preguntar ahora, en una fecha posterior, cuando el asunto se haya calmado. Digamos mañana por la mañana.

Whitcomb asintió, y Everard hizo descender el saltador hasta esconderlo entre la espesura y lo hizo saltar cinco horas. El sol brillaba cegador en el noreste, el rocío relucía en la hierba crecida y los pájaros producían un estruendo terrible. Después de desmontar, los agentes enviaron el saltador a una fantástica velocidad, para que flotase a quince kilómetros del suelo y volviese por ellos cuando lo llamasen con una radio en miniatura que llevaban en los cascos.

Se acercaron abiertamente al caserío, alejando a los perros de aspecto salvaje que se les acercaron usando la espada y el hacha. Al entrar en el patio, se encontraron con que no estaba pavimentado, sino profusamente cubierto de barro y estiércol. Una par de niños desnudos se asustaron al verlos desde una choza de tierra y zarzo. Una muchacha que estaba sentada en el exterior ordeñando una vaca raquítica dejó escapar un grito; un peón ancho de hombros y de frente estrecha apartó los cerdos para coger una lanza. Arrugando la nariz, Everard deseó que algunos de los entusiastas «Nobles Nórdicos» de su siglo pudiesen visitar aquel otro.

En la entrada de la casa común apareció un hombre de barba gris con un hacha en la mano. Como todos en aquel periodo, era varios centímetros más bajo que la media del siglo XX. Los examinó con cautela antes de desearles buenos

días.

Everard sonrió con amabilidad.

—Me llamo Uffa Hundingsson, y éste es mi hermano Knubbi —dijo—. Somos mercaderes de Jutlandia, llegados aquí para comerciar en Canterbury. —Dio el nombre contemporáneo Cantwarabyrig—. Al alejarnos del lugar donde ha atracado nuestra nave, nos hemos perdido, y después de andar a tientas toda la noche hemos encontrado su hogar.

—Soy Wulfnoth, hijo de Aelfred —dijo el terrateniente—. Entrad y rompéd vuestro ayuno con nosotros.

El salón, grande, oscuro y lleno de humo, estaba ocupado por una multitud charlatana: los hijos de Wulfnoth, sus esposas e hijos, subordinados con sus esposas, hijos y nietos. El desayuno consistía en grandes trozos de cerdo medio cocido, acompañados por cuernos de una ligera cerveza amarga. No fue difícil entablar conversación; aquella gente disfrutaba tanto de los cotilleos como cualquier paleta aislado de cualquier otra época. El problema era inventar relatos plausibles de lo que pasaba en Jutlandia. Una o dos veces Wulfnoth, que no era tonto, los pilló en falta, pero Everard dijo con aplomo:

—Has oído una falsedad. Las noticias adoptan extrañas formas cuando atraviesan el mar.

Le sorprendió descubrir cuánto contacto mantenían con la vieja patria. Pero la charla sobre el tiempo y la cosecha no era muy diferente de la que conocía en el medio oeste del siglo XX.

Más tarde pudo por fin deslizar una pregunta sobre el túmulo. Wulfnoth frunció el ceño y su gruesa y desdentada mujer realizó un rápido gesto de protección en dirección a un burdo ídolo de madera.

—No es bueno hablar de esas cosas —murmuró el juto—. Hubiese preferido que no enterraran al hechicero en mis tierras. Pero era íntimo de mi padre, que murió el año pasado y se negaba a oír algo en su contra.

—¿Hechicero? —Whitcomb se abrió de orejas—. ¿Qué historia es ésta?

—Bueno, bien podéis enteraros —gruñó Wulfnoth—. Era un extraño conocido como Stane, que apareció en Canterbury hace unos seis años. Debía de venir de muy lejos, porque no hablaba ni la lengua inglesa ni la británica, pero el rey Hengist le ofreció hospitalidad y no tardó en aprender. Entregó al rey extraños y buenos regalos, y era un hábil consejero en quien el rey se apoyaba más y más. Nadie se atrevía a oponérsele, porque poseía una barra que lanzaba rayos y se le había visto dividir rocas y, en una ocasión, en la batalla contra los britanos, quemar a los hombres. Había quienes creían que era Woden, pero no puede ser, ya que murió.

—Ah, sí. —Everard sintió la comezón del anhelo—. ¿Y qué hizo mientras vivía?

—Oh... le dio al rey sabios consejos, como he dicho. Fue idea suya que los

de Kent dejásemos de atacar a los britanos y de llamar a más compatriotas de nuestro antiguo país; en lugar de eso, debíamos hacer las paces con los nativos. El pensaba que, con nuestra fuerza y sus conocimientos romanos, podríamos dar forma a un poderoso reino. Tal vez tuviera razón, aunque yo no veo demasiado uso para esos libros y baños, por no hablar de ese extraño dios crucificado...

» Bien, en todo caso, fue asesinado por desconocidos hace tres años y enterrado aquí con sacrificios y con aquellas posesiones que sus enemigos no se llevaron. Le hacemos ofrendas dos veces al año, y debo decir que su fantasma no nos ha importunado. Pero todavía me siento incómodo.

—Tres años, ¿eh? —dijo Whitcomb—. Entiendo...

Les llevó toda una hora poder irse, y Wulfnoth insistió en enviar al muchacho para que los guiase hasta el río. Everard, que no se sentía con ganas de caminar tanto, sonrió y llamó al saltador. Mientras él y Whitcomb montaban, le dijo con seriedad al chico con ojos saltones:

—Sabed que habéis ofrecido hospitalidad a Woden y Thunor, que desde ahora protegerán a vuestra familia de todo mal. —Y saltó tres años al pasado.

—Ahora viene lo difícil —dijo, mirando desde la espesura hacia el caserío. El montículo no estaba allí, el hechicero Stane seguía vivo—. Es muy fácil montar un espectáculo de magia para un niño, pero tenemos que sacar a ese personaje de en medio de una gran ciudad dura donde es la mano derecha del rey. Y tiene un rayo.

—Por lo que parece tuvimos éxito... o lo tendremos —dijo Whitcomb.

—No. No es irrevocable, ya lo sabes. Si fallamos, Wulfnoth nos contará otra historia dentro de tres años, probablemente que Stane está allí... ¡podría matarnos dos veces! E Inglaterra, lanzada desde la Edad Media a una cultura neoclásica, se convertirá en algo que no reconocerás en 1894... Me pregunto qué pretende Stane.

Elevó el saltador y lo envió por el cielo hacia Canterbury. El viento nocturno le azotaba la cara. Por fin se acercaron a la ciudad y aterrizaron en una arboleda. La luna era blanca sobre las semiderruidas murallas romanas de la antigua Durovernum, moteadas de negro por las reparaciones con tierra y madera de los jutos. Nadie saldría después de la puesta de sol.

Una vez más el saltador los llevó al día —cerca del mediodía— y lo enviaron al cielo. El desayuno de hacía dos horas antes y tres años en el futuro le pesaba a Everard en el estómago mientras recorría la vía romana en ruinas hacia la ciudad. Había mucho tráfico, principalmente de granjeros que llevaban chirriantes carros tirados por bueyes hacia el mercado. Un par de guardas de aspecto amenazador los pararon en la puerta y exigieron saber sus razones para entrar. En esta ocasión eran agentes de un comerciante de Thanet que los había enviado a entrevistar a varios artesanos. Los matones no parecían muy satisfechos hasta que Whitcomb les entregó un par de monedas romanas;

entonces bajaron las lanzas y se les permitió pasar.

A su alrededor la ciudad bullía de ajeteo, aunque nuevamente lo que más impresionó a Everard fue el olor. En medio del gentío de jutos vio algún que otro romano britano abriéndose paso desdeñoso por entre la porquería y evitando que la túnica gastada entrase en contacto con los salvajes. Hubiese resultado gracioso de no ser patético.

Una posada extraordinariamente sucia ocupaba las ruinas cubiertas de moho de lo que había sido la casa de un rico. Everard y Whitcomb descubrieron que su dinero era muy apreciado allí donde el comercio se efectuaba principalmente mediante el trueque. Pagando un par de rondas, consiguieron toda la información que querían. La residencia del rey Hengist estaba cerca del centro de la ciudad... no era realmente un palacio, sino más bien un viejo edificio deplorablemente embellecido bajo la dirección de ese extranjero Stane... no es que nuestro buen y voluntarioso rey sea un debilucho, no me malinterpretéis, extraño... es más, sólo el mes pasado... ¡oh, sí, Stane! Vive en la casa de al lado. Un tipo extraño, algunos dicen que es un dios... ciertamente tiene ojo para la chicas... Sí, dicen que estaba detrás de todas esas conversaciones de paz con los britanos. Cada día vienen más y más de esos tiparracos, de tal forma que un hombre honrado no puede derramar un poco de sangre sin que... Oh, claro, Stane es muy sabio, no diría nada en su contra, comprended, después de todo, puede lanzar rayos...

—¿Qué hacemos? —preguntó Whitcomb cuando hubieron vuelto a su habitación—. ¿Vamos y le arrestamos?

—No, dudo que sea posible —dijo Everard con cautela—. Tengo una especie de plan, pero depende de que intuyamos qué pretende realmente. Veamos si podemos conseguir una audiencia. —Al levantarse del montón de paja que servía de cama, empezó a rascarse—. ¡Maldición! ¡Lo que esta época necesita no es alfabetización sino algo para matar las pulgas!

La casa había sido reformada cuidadosamente. Tenía la fachada blanca y un pórtico casi dolorosamente limpio en comparación con la suciedad que lo rodeaba. Dos guardias que descansaban en la escalinata se pusieron en alerta al acercarse los agentes. Everard les dio dinero y les contó la historia de que eran visitantes que traían noticias que sin duda interesarían al gran hechicero.

—Llamadlo «Hombre del mañana». Es una contraseña, ¿entendido?

—No tiene sentido —se quejó el guarda.

—Las contraseñas no tienen por qué tener sentido —dijo Everard, altivo.

El juto se alejó, agitando la cabeza con pena. ¡Todas esas nuevas ideas!

—¿Estás seguro de que esto es lo mejor? —preguntó Whitcomb—. Ya sabes que ahora estará a la defensiva.

—También sé que un tío importante no va a malgastar su tiempo con cualquier extraño. ¡Este asunto es urgente! Hasta ahora no ha conseguido nada permanente, ni siquiera lo suficiente para convertirlo en una leyenda duradera.

Pero si Hengist logra una verdadera unión con los britanos...

El guarda regresó, gruñó algo y los llevó escaleras arriba y por el peristilo. Más allá se encontraba el atrio, una sala de buen tamaño en la que alfombras de oso contemporáneas desentonaban con el mármol vetado y los mosaicos difundidos. Un hombre esperaba de pie frente a un tosco banco de madera. Cuando entraron, levantó la mano y Everard vio el delgado cañón de un rayo del siglo XXX.

—Pongan las manos a la vista y apartadas de los costados —dijo el hombre con suavidad—. En caso contrario, tendré que fulminarlos con un rayo.

Whitcomb tragó aire, consternado, pero Everard había esperado aquello. Aun así, notaba un nudo en el estómago.

El hechicero Stane era un hombre pequeño, vestido con una túnica delicadamente bordada que debía de venir de alguna población británica. Su cuerpo era ágil, la cabeza grande, con una cara de una fealdad agradable bajo un mechón de pelo negro. Una sonrisa tensa le curvaba los labios.

—Regístralos, Eadgar —ordenó—. Saca lo que puedan ocultar entre sus ropas.

El cacheo del juto fue torpe, pero aun así encontró los aturdidores y los lanzó al suelo.

—Puedes irte —dijo Stane.

—¿No representan ningún peligro, señor? —preguntó el soldado.

La sonrisa de Stane se ensanchó.

—¿Teniendo esto en las manos? No, vete.

Eadgar salió. *Al menos todavía tenemos la espada y el hacha* —pensó Everard—. *Pero no son muy útiles con esa cosa apuntándonos.*

—Así que vienen del mañana —murmuró Stane. De pronto una delgada capa de sudor le cubrió la frente—. Estoy intrigado. ¿Hablan la posterior lengua inglesa?

Whitcomb abrió la boca, pero Everard, improvisando ahora que su vida estaba en juego, le hizo callar.

—¿Qué lengua es ésa?

—Así. —Stane cambió a un inglés que tenía un acento peculiar pero que todavía era reconocible para oídos del siglo XX—: Quiero saber de dónde y de cuándo vienen, cuáles son sus intenciones señores, y todo lo demás. Denme los hechos o los achicharraré.

Everard negó con la cabeza.

—No —contestó en juto—. No os entiendo. —Whitcomb lo miró, pero le dejó hacer, dispuesto a seguir al americano. La mente de Everard corría desbocada; bajo la desesperación sabía que la muerte le aguardaba al primer error—. En

nuestro día hablamos así... —Y le ofreció un párrafo en mexicano, alterándolo todo lo que se atrevió.

—Por tanto... ¡es una lengua latina! —A Stane le brillaban los ojos. Agitó el rayo en la mano—. ¿De cuándo vienen?

—Del siglo XX después de Cristo, y nuestra tierra se llama Lyonesse. Se encuentra a lo largo del océano occidental...

—¡América! —Era un jadeo—. ¿Se llamó alguna vez América?

—No. No sé de qué hablas.

Stane se estremeció sin control. Dominándose dijo: —¿Conoces la lengua romana?

Everard asintió. Stane rió nervioso.

—Entonces usémosla. No saben lo cansado que estoy de esta lengua de cerdos... —Su latín era algo entrecortado, evidentemente lo había aprendido en aquel siglo, pero era fluido. Agitó el rayo—. Perdonen mi descortesía. Pero tengo que ser cuidadoso.

—Naturalmente —dijo Everard—. Ah... mi nombre es Mencius, y mi amigo es Iuvenalis. Venimos del futuro, como ha adivinado; somos historiadores y el viaje en el tiempo acaba de inventarse.

—Hablando estrictamente, soy Rozher Schtein, del año 2987. ¿Han... oído hablar de mí?

—¿Quién no? —dijo Everard—. Vinimos buscando al misterioso Stane que parecía ser una de las figuras cruciales de la historia. Sospechábamos que podría ser un viajero temporal, un *peregrinator temporis*. Ahora lo sabemos.

—Tres años. —Schtein empezó a moverse febril, agitando el rayo en la mano; pero estaba demasiado lejos para saltar de pronto sobre él—. He estado aquí tres años. Si supiesen las veces que he permanecido despierto preguntándome si habría tenido éxito... Díganme, ¿está su mundo unido?

—El mundo y los planetas —dijo Everard—. Desde hace mucho tiempo. —Temblaba interiormente. Su vida dependía de su habilidad para adivinar cuáles eran los planes de Schtein.

—¿Son gente libre?

—Lo somos. Es decir, el emperador preside, pero el Senado dicta las leyes y es elegido por el pueblo.

Había una expresión casi gloriosa en el rostro de gnomo de Schtein, que lo transfiguraba.

—Como soñaba —susurró—. Gracias.

—¿Vino de su época para... crear la historia?

—No —dijo Schtein—. Para cambiarla.

Las palabras le salieron en torrente, como si hubiese deseado hablar durante muchos años pero no se hubiese atrevido:

—Yo también era un historiador. Por casualidad conocí a un hombre que

decía ser un mercader de las lunas de Saturno, pero como yo había vivido allí vi que era un fraude. Investigando, descubrí la verdad. Era un viajero temporal del futuro lejano.

» Deben comprenderme, la época en la que vivía era terrible, y como historiador psicográfico comprendía que la guerra, la pobreza y la tiranía que nos asolaban no eran debidas a la maldad innata del hombre, sino simplemente a la causa y el efecto. La tecnología de las máquinas había aparecido en un mundo dividido contra sí mismo, y la guerra creció hasta convertirse en una empresa mayor y más destructiva. Ha habido periodos de paz, incluso algunos bastante largos; pero la enfermedad era demasiado profunda, el conflicto formaba parte de nuestra civilización.

» Mi familia había sido masacrada en un ataque venusiano, no tenía nada que perder. Cogí la máquina del tiempo después de... deshacerme... de su dueño.

» El gran error, creía, se había producido en la Edad Oscura. Roma había fundado un gran imperio en paz, y de la paz siempre puede surgir la justicia. Pero Roma se había agotado por el esfuerzo y estaba desmoronándose. Los bárbaros que venían eran vigorosos, podían hacer mucho, sin embargo se los corrompía con facilidad.

» Pero aquí está Inglaterra. Había quedado aislada de la estructura en descomposición de la sociedad romana. Los germanos venían, patanes sucios pero fuertes y dispuestos a aprender. En mi historia, se limitaron a eliminar la sociedad britana y luego, por estar indefensos intelectualmente, fueron tragados por la nueva, y malvada, civilización llamada Occidental. Quería que pasase algo mejor.

» No ha sido fácil. Se sorprenderían de lo difícil que es sobrevivir en una época diferente hasta que sabes cómo desenvolverte, incluso si dispones de armas modernas y de regalos interesantes para el rey. Pero ahora me he ganado el respeto de Hengist, y los britanos confían en mí cada vez más. Puedo unir a los pueblos en una guerra contra los pictos. Inglaterra será un solo reino, con la fuerza sajona y los conocimientos romanos, lo suficientemente poderoso como para rechazar a los invasores. El cristianismo es inevitable, claro, pero me aseguraré de que sea el tipo de cristianismo adecuado, uno que educará y civilizará a los hombres sin atar sus mentes.

» Con el tiempo, Inglaterra estará en condiciones de dominar el continente. Al final, un solo mundo. Permaneceré aquí el tiempo suficiente para asegurarme de que la alianza contra los pictos se produce, y luego desapareceré con la promesa de volver. Si reaparezco, digamos, a intervalos de cincuenta años durante los próximos siglos, seré una leyenda, un dios, que podrá asegurarse de que se mantienen en el camino correcto.

—He leído mucho sobre san Stanius —dijo Everard, despacio.

—¡He ganado! —gritó Schtein—. He dado paz al mundo. —Las lágrimas le

corrían por las mejillas.

Everard se acercó. Schtein le apuntó al estómago con el rayo, sin confiar del todo en él. Everard se dio la vuelta como si nada y Schtein también se giró para mantenerlo a tiro. Pero el hombre estaba demasiado emocionado por la aparente prueba de su éxito para acordarse de Whitcomb. Everard miró al inglés por encima del hombro.

Whitcomb lanzó el hacha. Everard se echó al suelo. Schtein gritó y el rayo se disparó. El hacha se le había clavado en el hombro. Whitcomb dio un salto y le agarró la mano con la que sostenía el arma. Schtein rugió, luchando por apuntar el rayo. Everard se puso en pie para ayudar. Hubo un momento de confusión.

Luego el rayo volvió a dispararse y Schtein se convirtió de pronto en un peso muerto en sus brazos. La sangre que manaba de una terrible abertura en el pecho manchaba su abrigo.

Los dos guardas entraron corriendo. Everard cogió el aturdidor del suelo y lo situó a intensidad máxima. Una lanza le rozó el brazo. Disparó dos veces y las grandes formas cayeron al suelo. Estarían inconscientes durante horas.

Agachándose un momento, Everard prestó atención. Un grito femenino se oía en las cámaras interiores, pero nadie entraba por la puerta.

—Supongo que lo hemos hecho —dijo jadeando.

—Sí. —Whitcomb miraba con tristeza el cuerpo tirado frente a él. Parecía patéticamente pequeño.

—No pretendía que muriese —aseguró Everard—. Pero el tiempo es... cruel. Supongo que estaba escrito.

—Mejor así que frente a un tribunal de la Patrulla y el planeta de exilio —comentó Whitcomb.

—Al menos, técnicamente, era un ladrón y un asesino —dijo Everard—. Pero tenía un gran sueño.

—Y nosotros lo estropeamos.

—La historia podía haberlo estropeado. Probablemente lo habría hecho. Un hombre simplemente no es lo suficientemente poderoso o lo suficientemente sabio. Creo que la mayor parte de la miseria humana se debe a fanáticos de buenas intenciones como éste.

—Así que nos cruzamos de brazos y aceptamos lo que venga.

—Piensa en todos tus amigos en 1947. Nunca hubiesen existido.

Whitcomb se quitó el abrigo e intentó limpiarse la sangre de la ropa.

—Vámonos —dijo Everard. Salió por la puerta de atrás. Una concubina asustada le miró con los ojos muy abiertos.

Tuvo que forzar con el rayo la cerradura de una puerta interior. La habitación a la que daba acceso contenía un transbordador temporal modelo Ing, unas cajas con armas y suministros, algunos libros. Everard lo cargó todo en la máquina, a excepción de la caja de combustible. Eso tenía que quedarse, para que en el

futuro pudiesen descubrirlo y volver a detener al hombre que sería Dios.

—Lleva esto al almacén de 1894 —dijo—. Yo volveré con nuestro saltador y nos encontraremos en la oficina.

Whitcomb le dedicó una larga mirada. Su rostro era el de un hombre preocupado. Mientras Everard lo miraba a su vez, se endureció con una decisión.

—Vale, viejo amigo —dijo el inglés. Sonrió, casi melancólico, y le estrechó la mano a Everard—. Hasta otra. Buena suerte.

Everard lo miró mientras entraba en el gran cilindro de acero. Era un comentario algo raro, dado que al cabo de un par de horas estarían tomando el té en 1894.

La preocupación le acosaba mientras salía del edificio y se mezclaba con la gente. Charlie era un tipo peculiar. Bien...

Nadie se metió con él mientras salía de la ciudad y se internaba en la arboleda. Volvió a llamar al saltador temporal y, a pesar de la necesidad de darse prisa antes de que alguien se acercase a ver qué tipo de pájaro había aterrizado, abrió una jarra de cerveza. La necesitaba. Luego echó un último vistazo a la vieja Inglaterra y saltó a 1894.

Mainwethering y sus guardias estaban allí, tal como habían prometido. El oficial pareció alarmado al ver llegar a un hombre con la ropa manchada de sangre, pero Everard le dio un informe tranquilizador. Tardó un rato en lavarse, cambiarse de ropa y ofrecer un relato completo al secretario. Para entonces, Whitcomb tendría que haber llegado en cabriolé, pero no había ni rastro de él. Mainwethering llamó al almacén por radio y se volvió con el ceño fruncido.

—No ha llegado todavía —dijo—. ¿Puede haber ido mal algo?

—Nada. Esas máquinas son a prueba de fallos. —Everard torció el labio—. No sé qué pasa. Quizá no me entendió y se ha ido a 1947.

Un intercambio de notas reveló que Whitcomb tampoco se había presentado allí.

Everard y Mainwethering salieron a tomar el té. Cuando volvieron seguía sin haber rastro de Whitcomb.

—Será mejor que informe a la agencia de campo —dijo Mainwethering—. Eh, vaya, deberían ser capaces de encontrarle.

—No. Espere. —Everard se detuvo un momento a pensar. Se había estado formando esa idea desde hacía tiempo. Era terrible.

—¿Tiene alguna idea?

—Sí. Más o menos. —Everard empezó a quitarse el traje victoriano. Le temblaban las manos—. Consígame ropa del siglo XX, ¿quiere? Tal vez pueda encontrarle solo.

—La Patrulla querrá un informe preliminar de sus ideas e intenciones —le recordó Mainwethering.

—Al infierno la Patrulla —repuso Everard.

Londres, 1944. La temprana noche del invierno ya había llegado y por las calles, golfos de oscuridad, soplabla una brisa fría. El ruido de una explosión llegó procedente de algún lugar. Ardía un fuego, grandes banderas rojas ondeaban sobre los tejados.

Everard dejó su saltador en la acera —nadie salía cuando caían las bombas V— y se movió despacio en la oscuridad. Diecisiete de noviembre; su memoria entrenada le había dado la fecha. Mary Nelson había muerto ese día.

Encontró una cabina de teléfonos en una esquina y consultó la guía. Había muchos Nelson, pero sólo una Mary en el área de Streatham. Debía de ser la madre, por supuesto. Suponía que la hija tendría el mismo nombre de pila. Tampoco sabía a la hora en que había caído la bomba, pero había formas de descubrirlo.

Al salir rugieron el fuego y el trueno. Se echó al suelo mientras los cristales volaban donde había estado. Diecisiete de noviembre, 1944. El joven Manse Everard, teniente del Cuerpo de Ingenieros de Estados Unidos, está en algún lugar al otro lado del canal de la Mancha, cerca de los cañones alemanes. No recordaba el lugar exacto, y no se detuvo a esforzarse. No importaba. Sabía que iba a sobrevivir a ese peligro.

El nuevo resplandor bailaba tras él mientras corría hacia la máquina. Saltó a ella y se elevó en el aire. Al sobrevolar Londres, sólo vio una vasta oscuridad punteada de llamas. ¡*Walpurgisnacht*, y el infierno desatado sobre la tierra!

Recordaba bien Streatham, una monótona extensión de ladrillo habitada por oficinistas, tenderos y mecánicos, la misma *petite bourgeoisie* que se había plantado y luchado contra el poder que había conquistado Europa. Allí vivía una chica en 1943... al final se había casado con otro.

Volando bajo, intentó localizar la dirección. No muy lejos estalló un volcán. La montura se agitó en el aire y a punto estuvo de perder el equilibrio. Apresurándose hacia su objetivo, vio una casa inclinada, destruida y en llamas. Estaba a sólo tres manzanas de la casa de los Nelson. Llegaba tarde.

¡No! Comprobó la hora —sólo las diez y media— y saltó dos horas atrás. Todavía era de noche, pero la casa destruida se elevaba sólida en la oscuridad. Durante un segundo deseó avisar a los que estaban dentro. Pero no. En todo el

mundo moría gente. No era Schtein, para cargar la historia sobre los hombros.

Sonrió con tristeza, desmontó y cruzó la cancela. Tampoco era un maldito danieliano. Llamó a la puerta y ésta se abrió. Una mujer de mediana edad le miró desde la oscuridad y él comprendió que era raro en aquellas circunstancias ver a un americano vestido de civil.

—Perdóneme —dijo—. ¿Conoce a la señorita Mary Nelson?

—Claro que sí. —Una vacilación—. Vive cerca. Vendrá pronto. ¿Es un amigo?

Everard asintió.

—Me ha enviado con un mensaje para usted, señora...

—Enderby.

—Oh, sí, señora Enderby. Tengo una memoria terrible. Mire, la señorita Nelson quería que le dijese que lo siente mucho pero que no vendrá. Sin embargo, quiere verla a usted y a toda su familia a las diez y media.

—¿A todos, señor? Pero los niños...

—Por supuesto, los niños también. A todos ustedes. Ha preparado una sorpresa muy especial, algo que sólo ella puede mostrarles. Todos deben estar allí.

—Bien... vale, señor, si ella lo dice.

—Todos ustedes a las diez y media, sin falta. La veré entonces, señora Enderby. —Everard asintió y salió a la calle.

Había hecho lo que había podido. Ahora la casa de Nelson. Llevó el saltador tres manzanas más allá, aparcó en la oscuridad de un callejón y caminó hasta la casa. Ahora también era culpable, tan culpable como Schtein. Se preguntó cómo sería el planeta de exilio.

No había ni rastro del transbordador Ing, y era demasiado grande para ocultarlo. Así que Charlie todavía no había llegado. Hasta entonces, tendría que tocar de oído.

Al llamar a la puerta se preguntó qué representaría haber salvado a la familia Enderby. Esos niños crecerían, tendrían hijos propios; sin duda ingleses insignificantes de clase media, pero en algún lugar de los siglos por venir un hombre importante nacería, o no. Claro está, el tiempo no era muy flexible. Excepto en contados casos, los antepasados exactos no importaban, sólo la reserva genética y la sociedad humana. Aun así, ése podría ser uno de esos raros casos.

Una joven le abrió la puerta. Era una muchacha bonita, no espectacular, pero de aspecto cuidado, vestida de uniforme.

—¿Señorita Nelson?

—¿Sí?

—Mi nombre es Everard. Soy amigo de Charlie Whitcomb. ¿Puedo pasar? Tengo noticias un tanto sorprendentes.

—Estaba a punto de salir —dijo, disculpándose.

—No, no lo hará. —Error; ella se había envarado, indignada—. Lo siento. Por favor, permita que se lo explique.

Ella le guió hasta un salón abarrotado y sin gracia.

—¿Quiere sentarse, señor Everard? Por favor, no hable demasiado alto. La familia duerme. Se levantan temprano.

Everard se puso cómodo. Mary se sentó en el borde del sofá, observándole con los ojos muy abiertos. Él se preguntó si Wulfnoth y Eadgar se contaban entre sus antepasados. Sí... sin duda así era, después de tantos siglos. Incluso Schtein, también.

—¿Está en la fuerza aérea? —pregunto la chica—. ¿Así conoció a Charlie?

—No. Estoy en Inteligencia, que es la razón de que vaya de paisano. ¿Puedo preguntarle cuándo le vio por última vez?

—Oh, hace semanas. Ahora mismo está destinado en Francia. Espero que la guerra acabe pronto. Es tan tonto que sigan en ello cuando se saben acabados, ¿no? —Inclinó curiosa la cabeza—. Pero ¿cuál es esa noticia que tiene?

—Llegaré a eso enseguida. —Empezó a hablar todo lo que se atrevía, comentándole las condiciones al otro lado del canal. Era extraño estar sentado hablando con un fantasma. Y el condicionamiento le impedía decirle la verdad. Quería, pero cuando lo intentó se le congeló la lengua.

—... y el coste de conseguir un bote de tinta roja...

—Por favor —ella le interrumpió con impaciencia—. ¿Le importaría ir al grano? Tengo un compromiso esta noche.

—Oh, lo siento. Lo siento mucho. Entienda, es esta forma...

Una llamada a la puerta le salvó.

—Perdóneme —murmuró ella, y fue más allá de las pesadas cortinas negras para abrirla. Everard la siguió. Ella retrocedió con un grito. —¡Charlie!

Whitcomb la apretó contra sí, sin pensar en la sangre que todavía tenía en las ropas de juto. Everard salió a la entrada. El inglés lo miró horrorizado.

—Tú...

Intentó coger el aturdidor, pero Everard ya empuñaba el suyo.

—No seas tonto —dijo el americano—. Soy tu amigo. Quiero ayudarte. ¿Qué estúpido plan se te había ocurrido?

—Yo... obligarla a permanecer aquí... evitar que fuese a...

—¿Y crees que ellos no tienen manera de localizarte? —Everard pasó al temporal, el único lenguaje posible en presencia de la asustada Mary—. Cuando dejé a Mainwethering, empezaba a sospechar. A menos que lo hagamos bien, van a alertar a todas las unidades de la Patrulla. El error será rectificado, probablemente matándola a ella. Tú irás al exilio.

—Yo... —Whitcomb tragó saliva. Su rostro era una máscara de terror—. Tú... ¿la dejarías ir al encuentro de la muerte?

—No. Pero hay que hacerlo con el mayor cuidado.

—Escaparemos... encontraremos algún periodo lejos de todo... iremos hasta la misma época de los dinosaurios si es preciso.

Mary se liberó de él. Abrió la boca, dispuesta a gritar.

—¡Cállate! —le ordenó Everard—. Tu vida corre peligro y estamos intentando salvarte. Si no confías en mí, confía en Charlie.

Se volvió hacia el hombre y siguió hablando en temporal:

—Mira, amigo, no hay ningún lugar en el tiempo donde puedas esconderte. Mary Nelson murió esta noche. Eso es historia. No estaba en 1947. Eso es historia. Yo ya me he metido en líos: la familia a la que iba a visitar estará fuera de su hogar cuando caiga la bomba. Si intentas escapar con ella, te encontrarán. Es pura suerte que todavía no haya llegado una unidad de la Patrulla.

Whitcomb luchó por conservar la calma.

—Supón que salto con ella a 1948. ¿Cómo sabes que reapareció de pronto en 1948? Quizá eso también sea historia.

—Tío, no puedes. Inténtalo. Adelante, dile que vas a llevarla cuatro años hacia el futuro.

Whitcomb gruñó.

—Una revelación... y estoy condicionado.

—Sí. Apenas tienes libertad suficiente para aparecer frente a ella con ese aspecto, pero para hablarle tendrías que mentir porque no podrías evitarlo. En todo caso, ¿cómo ibas a explicárselo? Si sigue siendo Mary Nelson, será una desertora de la W.A.A.F. Si adopta otro nombre, ¿dónde está su certificado de nacimiento, sus informes escolares, su libreta de racionamiento, todos esos fragmentos de papel que los gobiernos del siglo XX tanto veneran? No es posible, muchacho.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Enfrentarnos a la Patrulla y darle un porrazo. Espera aquí un minuto. —Everard sentía una calma fría, no había tiempo para estar asustado y cuestionar su propio comportamiento.

De regreso a la calle, localizó el saltador y lo preparó para que reapareciera cinco años en el futuro, a mediodía, en Piccadilly Circus. Le dio al interruptor principal, vio desaparecer la máquina y volvió a entrar. Mary estaba en brazos de Whitcomb, temblando y lloriqueando. ¡Las malditas pobres niñas en el bosque!

—Vale. —Everard los llevó al salón y se sentó con la pistola en la mano—. Ahora esperemos un poco más.

No fue mucho. Apareció un saltador, con dos patrulleros vestidos de gris a bordo. Empuñaban armas.

Everard los derribó con un rayo aturridor de poca potencia.

—Ayúdame a atarlos, Charlie —dijo.

Mary estaba acurrucada en una esquina, en completo silencio.

Cuando los hombres despertaron, Everard se plantó frente a ellos con una sonrisa helada.

—¿De qué se nos acusa, chicos?—preguntó en temporal.

—Creo que lo sabes —repuso con calma uno de los prisioneros—. La oficina principal nos ordenó localizaros. Comprobando la semana siguiente, descubrimos que habías evacuado a una familia cuya casa estaba destinada a ser bombardeada. El registro de Whitcomb sugiere que después viniste aquí a ayudarlo a salvar a una mujer que se suponía que iba a morir esta noche. Más vale que nos liberes o será peor para ti.

—No he cambiado la historia —dijo Everard—. Los danielianos siguen ahí, ¿no?

—Sí, claro que sí, pero...

—¿Cómo sabéis que la familia Enderby debía morir?

—Su casa recibió un impacto, y dijeron que habían salido simplemente porque...

—Ah, pero la cuestión es que se fueron. Eso está escrito. Ahora sois vosotros los que queréis cambiar el pasado.

—Pero esa mujer de ahí...

—¿Estáis seguros de que no hubo una Mary Nelson que, digamos, se estableció en Londres en 1850 y murió de vieja en 1900?

El rostro delgado sonrió.

—Realmente lo estás intentando, ¿no? No saldrá bien. No puedes luchar contra toda la Patrulla.

—¿No puedo? Puedo dejaros aquí para que os encuentren los Enderby. He programado el saltador para que aparezca en público en un instante que sólo yo conozco. ¿Qué va a suponer eso para la historia?

—La Patrulla adoptará medidas correctoras... como hicisteis vosotros en el siglo V.

—¡Quizá! Pero puedo ponérselo mucho más fácil, si escuchan mi apelación. Quiero un danieliano.

¿Qué?....

—Me habéis oído —dijo Everard—. Si es necesario, me montaré en vuestro saltador y avanzaré un millón de años hacia el futuro. Les mostraré lo simple que sería si nos diesen un respiro.

Eso no será necesario.

Everard se dio la vuelta boquiabierto. El aturdidor se le cayó de la mano.

No podía mirar a la forma que relucía ante sus ojos. De su garganta escapó un sollozo seco mientras retrocedía.

Su apelación ha sido considerada —dijo la voz sin sonido—. Se conocía y se sopesó mucho antes de su nacimiento. Pero usted seguía siendo un eslabón necesario en la cadena del tiempo. Si hubiese fallado esta noche, no hubiese

habido misericordia.

A nosotros nos constaba que Charles y Mary Whitcomb vivieron en la Inglaterra victoriana. También nos constaba que Mary Nelson murió con la familia que visitaba en 1944, y que Charles Whitcomb había vivido soltero y finalmente había muerto estando de servicio con la Patrulla. La discrepancia había sido percibida, y en cuanto incluso la más pequeña paradoja es una debilidad peligrosa en la estructura del espacio-tiempo, debía ser rectificadada eliminando de la existencia uno u otro hecho. Usted ha decidido cuál será.

En algún lugar de su cerebro tembloroso Everard supo que, de pronto, los patrulleros estaban libres. Supo que su saltador había sido... estaba siendo... sería hecho desaparecer de forma imperceptible en cuanto se materializara. Supo que la historia ahora decía: «W.A.A.F Mary Nelson desaparecida, presumiblemente fallecida a causa de una bomba caída cerca de casa de los Enderby, que se encontraban en casa de ella cuando la suya propia fue destruida; Charles Whitcomb desapareció en 1947, presumiblemente ahogado por accidente». Supo que a Mary se le había dicho la verdad, se la había condicionado para que no la revelase, y se la había enviado junto con Charlie a 1850. Y que vivirían su vida de clase media, sin sentirse del todo cómodos, durante el reinado de Victoria, que Charlie a menudo fantasearía sobre cómo le hubiese ido en la Patrulla... y luego miraría a su mujer y a sus hijos y decidiría que, después de todo, no había sido un sacrificio tan grande.

Eso supo, y luego el danieliano desapareció. Y la tormentosa oscuridad de su cabeza decreció y miró con ojos despejados a los dos patrulleros; no conocía su propio destino.

—Ven —le dijo el primer hombre—. Salgamos de aquí antes de que alguien despierte. Le llevaremos a su año. 1954, ¿no?

—¿Y luego qué? —preguntó Everard.

El patrullero se encogió de hombros. Bajo sus maneras normales subyacía la emoción que le había embargado ante la presencia del danieliano.

—Preséntate a tu jefe de sector. Has demostrado que, evidentemente, no estás capacitado para un trabajo fijo.

—Por tanto... se me da de baja, ¿eh?

—No hay necesidad de ser tan melodramático. ¿Creías que este caso era el único de su tipo en un millón de años de actividad de la Patrulla? Hay procedimientos regulares para esto.

» Necesitarás más entrenamiento, claro. Tu personalidad se ajusta mejor a la condición de No asignado... cualquier época, cualquier lugar, dondequiera y cuando se te necesite. Creo que te gustará.

Everard montó con debilidad en el saltador. Cuando se apeó, había pasado una década.

El valor de ser un rey

En una noche del Nueva York de mediados del siglo XX, Manse Everard se había puesto ropa cómoda y se estaba preparando una bebida. Le interrumpió el timbre. Soltó un juramento. Llevaba a la espalda varios días de cansancio y no quería otra compañía que las narraciones perdidas del doctor Watson.

Bien, quizá pudiera deshacerse de quien fuese. Cruzó el apartamento y abrió la puerta con expresión molesta.

—Hola —saludó con frialdad.

Y de pronto se sintió como si estuviese a bordo de una primitiva nave espacial que acabase de entrar en caída libre; permaneció de pie, ingrávido e indefenso bajo el resplandor de las estrellas.

—Oh —dijo—. No sabía... Entra.

Cynthia Denison se detuvo un momento, mirando hacia el bar. Everard había colgado de la pared dos lanzas cruzadas y un casco emplumado de la Edad de Bronce aquea. Eran oscuros, brillantes e increíblemente hermosos. Ella intentó hablar con firmeza, pero fracasó.

—¿Puedo tomar algo, Manse? ¿Ahora mismo?

—Claro. —Cerró la boca y la ayudó a quitarse el abrigo.

Ella cerró la puerta y se sentó en el moderno sofá sueco tan limpio y funcional como las armas homéricas. Revolvió el bolso con las manos y sacó los cigarrillos. Durante un momento ni ella lo miró a él, ni él a ella.

—¿Todavía te gusta el whisky irlandés con hielo? —preguntó él. Las palabras parecían venir de muy lejos, y notaba su cuerpo torpe entre las botellas y las copas, como si la Patrulla del Tiempo no lo hubiese entrenado.

—Sí —dijo ella—. Te acuerdas. —El encendedor dio un chasquido, inesperadamente ruidoso en la habitación silenciosa.

—Sólo han pasado unos meses —comentó él, a falta de algo mejor que decir.

—Tiempo entrópico. Normal, sin tratar, tiempo de veinticuatro horas al día. —Lanzó una nube de humo y lo miró—. No mucho más para mí. He estado en el ahora continuamente desde mi... mi boda. Sólo ocho meses y medio del tiempo de mi línea vital biológica y personal desde que Keithy yo... Pero ¿cuánto ha pasado para ti, Manse? ¿Cuántos años, en cuántas épocas diferentes has estado desde que fuiste el padrino de Keith?

Siempre había tenido una voz fina y un poco aguda. Era el único defecto que

había podido encontrarle, a menos que tuviese en cuenta lo baja que era (media como mucho metro sesenta y cinco). Así que nunca resultaba demasiado expresiva. Pero él oía su grito contenido.

Le dio la bebida.

—De un trago —dijo—. Todo.

Ella obedeció, un poco reacia. El volvió a llenarle el vaso y añadió soda a su escocés. Luego acercó una silla y sacó tabaco y una pipa de las profundidades de su chaqueta apollada. Todavía le temblaban las manos, pero tan ligeramente que no creyó que ella se diese cuenta. Había sido inteligente por su parte no soltarle las noticias que traía; los dos necesitaban la oportunidad de recobrar el control.

Ahora incluso se atrevió a mirarla directamente. No había cambiado. El vestido negro destacaba de una forma delicada su figura casi perfecta.

El cabello, dorado como el sol, le caía sobre los hombros; sus ojos eran azules y enormes bajo las cejas arqueadas y mantenía la cara ligeramente inclinada con los labios siempre ligeramente entreabiertos. No llevaba suficiente maquillaje como para que él supiese si había llorado hacia poco. Pero parecía al borde de las lágrimas.

Everard se ocupó de llenar la pipa.

—Vale, Cyn —dijo—. ¿Quieres contármelo?

Ella se estremeció. Al final empezó:

—Keith. Ha desaparecido.

—¿Eh? —Everard se sentó recto—. ¿En una misión?

—Sí. ¿Cómo si no? En el antiguo Irán. Fue allí y no ha regresado. Eso fue hace una semana. —Posó el vaso en el brazo del sillón y se retorció los dedos—. La Patrulla buscó, claro. Acabo de conocer hoy los resultados. No son capaces de encontrarlo. Ni siquiera saben qué le ha pasado.

—Judas —susurró Everard.

—Keith siempre... siempre te consideró su mejor amigo —dijo frenética—. No creerías lo mucho que hablaba de ti. En serio, Manse, sé que parece como si te hubiésemos dejado de lado, pero nunca parecías estar...

—Claro —dijo—. ¿Hasta qué punto me consideras infantil? Estaba ocupado. Y después de todo, erais recién casados.

Después de que yo os presentase, aquella noche al pie del Mauna Loa y bajo la luna. La Patrulla del Tiempo no es en absoluto esnob. Una joven como Cynthia Cunningham, una simple oficinista recién salida de la Academia y asignada a su propio siglo, tiene total libertad para ver a un veterano... como yo, por ejemplo... tantas veces como ambos quieran, fuera de servicio. No hay razón para que él no emplee sus habilidades con el disfraz para llevarla a bailar un vals a la Viena de Strauss o al teatro en el Londres de Shakespeare... así como para explorar pequeños bares en el Nueva York de Tom Lehrer o jugar al corre que te pilló bajo el sol y las olas de Hawai mil años antes de que llegasen los hombres de las

canoas. Y un compañero de la Patrulla también tiene total libertad para unirse a ellos. Y más tarde casarse con ella. Claro.

Everard encendió la pipa. Cuando tuvo el rostro oculto por el humo, dijo:

—Empieza por el principio. He estado alejado de vosotros durante... dos o tres años de mi propia línea vital... así que no sé con seguridad en qué trabajaba Keith.

—¿Tanto tiempo? —preguntó ella inquisitiva—. ¿Nunca pasabas tus permisos en esta década? Queríamos que vinieses a visitarnos.

—¡Deja de disculparte! —le respondió él—. Me hubiese dejado ver si hubiese querido. —Fue como si le abofeteara el rostro delicado. Se disculpó, contrito—. Lo siento. Naturalmente que quería visitaros. Pero como te dije... los agentes No asignados estamos tan ocupados, saltando por el espacio-tiempo como pulgas en una plancha... Oh, demonios. —Intentó sonreír—. Ya me conoces, Cyn, no tengo tacto, pero eso no significa nada. Yo sólito di vida a una leyenda quimérica en la Grecia clásica. Se me conocía como el *dilaiopod*, un extraño monstruo con dos pies izquierdos, ambos metidos en la boca.

Ella le correspondió con un gesto apreciativo de los labios y recogió el cigarrillo del cenicero.

—Sigo siendo oficinista en Estudios de Ingeniería. Eso me mantiene en contacto directo con todas las otras oficinas, incluido el cuartel general. Así que sé exactamente lo que se ha hecho por Keith... ¡y no es suficiente! ¡Están abandonándolo! Manse, ¡si no lo ayudas, Keith es hombre muerto!

Se detuvo, temblando. Para dar algo más de tiempo, Everard repasó la carrera de Keith Denison.

Nacido en Cambridge, Massachusetts, en 1927, de una familia acomodada. Obtuvo un doctorado en arqueología con una distinguida tesis a los veintitrés años, después de haber ganado un campeonato universitario de boxeo y haber atravesado el Atlántico en un *ketch* de nueve metros. Reclutado en 1950, sirvió en Corea con un valor que le hubiese aportado cierta fama en una guerra más popular. Y, sin embargo, tenías que conocerlo bastante para llegar a saber alguna de esas cosas. Hablaba, con un talento para el humor seco, de cosas impersonales, hasta que había trabajo que hacer. Entonces, sin mayores contemplaciones, lo hacía. *Claro* —pensó Everard—, *el mejor hombre se lleva a la chica. Keith hubiese podido convertirse con facilidad en un agente No asignado de haber querido. Pero tenía raíces aquí que yo no tengo. Más estable, supongo.*

Licenciado y sin nada que hacer en 1952, Denison entró en contacto con un agente de la Patrulla y fue reclutado. Había aceptado el hecho del viaje en el tiempo con más facilidad que la mayoría. Tenía una mente flexible y, después de todo, era arqueólogo. Una vez entrenado, descubrió una feliz coincidencia entre sus propios intereses y las necesidades de la Patrulla; se convirtió en un Especialista, Protohistoria IndoEuropea Oriental, y en muchos aspectos, en un

hombre más importante que Everard.

Un oficial No asignado puede ir arriba y abajo por los caminos del tiempo, rescatando a los que estén en peligro, arrestando a los que incumplan la ley y manteniendo segura la estructura del destino humano. Pero ¿cómo sabría lo que pasa sino habían registrado los hechos? Mucho tiempo antes de los primeros jeroglíficos había habido guerras y migraciones, descubrimientos y logros cuyas consecuencias afectaban a todo el continuo. La Patrulla debía conocerlos. Descubrir su curso era trabajo para los Especialistas.

Además de todo lo cual, Keith era mi amigo.

Everard se sacó la pipa de la boca.

—Vale, Cynthia. Cuéntame qué pasó.

La débil voz era ahora casi seca, tan rígida que tuvo que controlarse.

—Estaba siguiendo las migraciones de diversos clanes arios. Ya sabes que son muy oscuras. Debes comenzar en un punto en el que la historia se conozca con certeza e ir hacia atrás. Así que, en su último trabajo, Keith iba a Irán en el año 558 a.C. Eso está cerca del fin del periodo medo, me dijo. Haría preguntas a la gente, aprendería sus tradiciones y luego se iría a un punto anterior, y así... Pero tú ya debes saber todo esto, Manse. Le ayudaste una vez, antes de conocernos. A menudo hablaba de eso.

—Oh, le acompañé por si surgían problemas. —Everard se encogió de hombros—. Estudiaba el vagabundeo prehistórico de cierta banda desde el Don hasta el Hindú Kush. Le dijimos al jefe que éramos cazadores de paso, reclamamos su hospitalidad y acompañamos a los carromatos durante unas semanas. Fue divertido.

Recordó estepas y cielos enormes, una galopada tumultuosa en busca de antílopes y un festín al fuego del campamento, y a cierta muchacha cuyo cabello tenía el olor agrídulce del humo de leña. Durante un tiempo deseó poder vivir y morir como uno de aquellos hombres.

—Esta vez Keith fue solo —siguió diciendo Cynthia—. Siempre andan muy cortos de personal en su departamento, supongo que en toda la Patrulla. Tantos miles de años por vigilar y tan pocas vidas para hacerlo. Ya había ido solo antes. Siempre tenía miedo de dejarlo, pero me dijo... vestido como un pastor trashumante sin nada que valiese la pena robar... que estaría más seguro en las tierras altas de Irán que atravesando Broadway. ¡Sólo que esta vez no ha sido así!

—Entiendo, entonces —dijo Everard con rapidez—, se fue... ¿dices que hace una semana?, con la intención de obtener los datos, informar a la jefatura de su especialidad y regresar el mismo día en que te dejó. —*Porque sólo un idiota total dejaría que tu vida pasase sin estar allí*—. Pero no lo hizo.

—Sí. —Encendió otro cigarrillo con la colilla del primero—. Me preocupé inmediatamente. Le pregunté al jefe. Me hizo el favor de preguntarse a sí mismo una semana en el futuro, hoy, y recibió como respuesta que Keith no había regresado. La central de información dice que no saben nada de él. Así que consulté con Registros en el cuartel general del entorno. Su respuesta fue... fue...

que Keith no regresó nunca y que nunca se encontró rastro de él.

Everard asintió con gran cuidado.

—Por tanto, claro está, se ordenó una investigación que CGE tiene en sus registros.

El tiempo cambiante permitía muchas paradojas, pensó por millonésima vez.

En el caso de un hombre desaparecido, no se te requería que lo buscaras sólo porque un registro en algún sitio dijese que lo habías hecho. Pero ¿de qué otra forma tendrías alguna oportunidad de encontrarlo? Posiblemente podrías retroceder y por tanto cambiar los acontecimientos de forma que efectivamente, después de todo, lo encontraste... en cuyo caso el informe que escribiste « siempre » habría señalado el éxito, y sólo tú conocerías la verdad « anterior » .

Podía llegar a ser muy complicado. No era de extrañar que la Patrulla fuese quisquillosa, incluso sobre cambios pequeños que no afectarían a la estructura general.

—Nuestra oficina se lo notificó a los chicos del entorno del antiguo Irán, que enviaron una expedición a investigar en la zona —predijo Everard—. Sólo conocían la zona aproximada en la que Keith tenía intención de materializarse, ¿no? Es decir, ya que él no sabría exactamente dónde podría ocultar el saltador, no indicó coordenadas precisas. —Cynthia asintió—. Pero lo que no entiendo es, ¿por qué no pudieron encontrar la máquina? Aunque a Keith le sucediese algo, el saltador debería de estar en algún sitio, en una caverna o algo similar. La Patrulla tiene detectores. Al menos deberían de poder encontrar el saltador, y luego ir hacia atrás para localizar a Keith.

Ella sacó un cigarrillo con una violencia que le hundió las mejillas.

—Lo intentaron —dijo—. Pero me dijeron que se trata de una región salvaje y difícil, complicada para buscar. No apareció nada. No encontraron ni rastro. Podrían haberlo hecho, si hubiesen buscado muy, muy bien, realizando una búsqueda kilómetro a kilómetro, hora a hora. Pero no se atrevieron. Ese entorno en particular es muy importante. El señor Gordon me mostró los análisis. No pude entender todos esos símbolos, pero me dijo que era un siglo muy peligroso para jugar.

Everard cerró una enorme mano alrededor de la cazoleta de la pipa. El calor era agradable. Las épocas críticas le ponían nervioso.

—Entiendo —dijo—. No podían buscar todo lo bien que hubiesen querido, porque eso podía afectar a demasiados paletos locales, que luego podrían actuar de forma diferente cuando llegase la gran crisis. Aja. Pero ¿qué hay de hacer preguntas disfrazados entre la gente?

—Varios expertos de la Patrulla lo hicieron. Lo intentaron durante semanas, en tiempo de Persia. Y los nativos no les dieron ni una pista. Esas tribus son tan salvajes y recelosas... quizá temían que nuestros enviados fuesen agentes del rey medo, entiendo que no les gustaba su dominio... No. La Patrulla no pudo

encontrar ni una pista. Y en todo caso, no hay razón para creer que la estructura se viese afectada. Creen que Keith fue asesinado y que el saltador se desvaneció de alguna forma. Y qué importa... —Cynthia se puso en pie. De pronto gritó—. ¿Qué importa un esqueleto más en un torrente?

Everard también se levantó y ella se echó en sus brazos. Dejó que se calmase. Nunca habría dicho que pudiese dolerle tanto. Había dejado de recordarla, excepto quizá unas diez veces al día, pero ahora ella había acudido a él y el proceso del olvido tendría que comenzar de nuevo.

—¿No pueden retroceder localmente? —imploró ella—. ¿No puede alguien retroceder una semana y decirle que no vaya? ¿Es tanto pedir? ¿Qué monstruo hizo la ley contra eso?

—Hombres normales —dijo Everard—. Si uno empezase a retroceder para interferir con el pasado personal, pronto estaríamos tan enredados que no existiríamos.

—¡Pero en un millón de años o más... debe de haber habido excepciones!

Everard no contestó. Sabía que las había. Sabía también que el caso de Keith Denison no sería una de ellas. La Patrulla no estaba formada por santos, pero sus miembros no se atrevían a romper sus propias reglas para fines propios. Aceptabas las pérdidas como en cualquier otro cuerpo, levantabas la copa en recuerdo de los camaradas caídos y no saltabas atrás para verlos de nuevo mientras estaban vivos.

Finalmente Cynthia se apartó, volvió a su bebida y se la tragó. Los bucles amarillos le cayeron sobre la cara mientras bebía.

—Lo siento —dijo. Sacó un pañuelo y se secó los ojos—. No pretendía gritar.

—No importa.

Ella miró al suelo.

—Podrías intentar ayudar a Keith. Los agentes normales han renunciado, pero tú podrías intentarlo.

Era una petición para la que no tenía recurso.

—Podría —le dijo—. Quizá no tenga éxito. Los registros existentes muestran que si lo intenté, fracasé. Y se rechaza cualquier alteración del espacio-tiempo, incluso una tan trivial como ésta.

—No es trivial para Keith —dijo ella.

—¿Sabes, Cyn? —murmuró él—, eres una de las pocas mujeres de este mundo que lo dirían de esa forma. La mayoría hubiese dicho: «No es trivial para mí».

Los ojos de ella atraparon los de Manse, y por un momento Cynthia permaneció muy quieta. Luego susurró:

—Lo siento. Manse. No comprendí... Pensé que con todo el tiempo que había pasado para ti, tú habrías...

—¿De qué hablas? —se defendió él.

—¿No pueden ayudarte los psicólogos de la Patrulla? —preguntó. Volvió a bajar la cabeza—. Me refiero a que si pueden condicionarnos para que simplemente no podamos decirle a nadie no autorizado que el viaje en el tiempo existe... Debería ser posible condicionar a una persona para que...

—Déjalo —la cortó Everard con dureza.

Mordisqueó un rato la pipa.

—Vale —dijo al fin—. Tengo un par de ideas que quizá no hayan probado. Si es posible rescatar a Keith, le tendrás de vuelta mañana al mediodía.

—¿Podrías llevarme a ese momento, Manse? —empezaba a temblar.

—Podría —dijo él—, pero no lo haré. De una forma u otra, mañana tendrás que estar descansada. Ahora te llevaré a casa y me aseguraré de que te tomas una pastilla para dormir. Y luego volveré aquí y pensaré un poco en la situación. —Dobló la boca en un recuerdo de sonrisa—. Deja la charla, ¿eh? Te he dicho que debo pensar.

—Manse... —Cerró sus manos entre las de él.

Everard conoció una súbita esperanza por la que se maldijo.

En el otoño del año 542 a.C, un hombre solitario bajó de las montañas al valle del Kura. Cabalgaba en un hermoso caballo castaño, mayor incluso que la mayoría de las monturas de caballería, lo que en algún otro lugar hubiese podido ser una invitación para los bandidos; pero el Gran Rey había dotado a sus dominios de tal ley que se decía que una virgen con un saco de oro podía atravesar Persia con toda tranquilidad. Esa era una de las razones por las que Manse Everard había decidido saltar a esa fecha, dieciséis años después del destino de Keith Denison.

Otro motivo era llegar mucho después de que se hubiese apagado cualquier conmoción que el viajero en el tiempo hubiese podido producir en el 558. Fuese cual fuese la verdad sobre el destino de Keith, podría ser más fácil desde atrás; al menos, los métodos directos habían fracasado.

Finalmente, según la oficina del entorno Aqueménido, el otoño del 542 resultaba ser la primera estación de relativa tranquilidad desde la desaparición. Los años 558-553 habían sido tensos cuando el rey persa de Anzán, Kurush (el que en el futuro sería conocido como Kurash y Ciro), se encontraba en relaciones cada vez peores con el señor medo Astiages. Luego vinieron tres años durante los que Ciro se rebeló, la guerra civil asoló el Imperio, y los persas finalmente derrotaron a sus vecinos del norte. Pero Ciro apenas había vencido cuando tuvo que enfrentarse contra alzamientos, así como a una incursión de Turan; pasó cuatro años calmando los problemas y extendiendo sus dominios hacia el este. Eso alarmó a sus colegas monarcas; Babilonia, Egipto, Lidia y Esparta formaron una coalición para destruirle, con el rey Creso de Lidia dirigiendo una invasión en el 546. Los lidios fueron derrotados y anexionados, pero se rebelaron y tuvieron que ser derrotados de nuevo; había que apaciguar las problemáticas colonias griegas de Ionia, Caria y Licia; mientras sus generales se encargaban de todo eso en el oeste, Ciro en persona guerreaba en el este, obligando a retroceder a los salvajes jinetes que en caso contrario, quemarían sus ciudades.

Ahora había un momento de calma. Cilicia se rendiría sin luchar, viendo que las otras tierras conquistadas por Persia eran gobernadas con una humanidad y una tolerancia hacia las costumbres locales que el mundo no había conocido nunca. Ciro dejaría las marchas al este para sus nobles, y se dedicaría a

consolidar lo ganado. Hasta el 539 no se retomaría la guerra con Babilonia y se anexionaría Mesopotamia. Y entonces Ciro tendría otro periodo de paz, hasta que los hombres salvajes se hiciesen demasiado fuertes más allá del mar de Aral y el rey cabalgase contra ellos y hacia su muerte.

Manse Everard entró en Pasargada como a una primavera de esperanza.

Aunque no era como si cualquier época real se mereciese esa metáfora. Cabalgó millas. Los campesinos se inclinaban con hoces, cargando quejumbrosos carros de bueyes, y el polvo saltaba de los campos a sus ojos. Niños andrajosos se chupaban el pulgar en el exterior de chozas de barro sin ventanas y lo miraban. Un pollo chilló de un lado a otro por el camino hasta que el mensajero real al galope que le había asustado estuvo muy lejos y el pollo muerto. Un escuadrón de lanceros llevaba un uniforme muy pintoresco, pantalones anchos y corazas con incrustaciones, cascos con puntas o flechas, capotes a rayas alegres; pero los hombres estaban sucios, sudorosos e intercambiaban chistes verdes. Tras los muros de adobe, los aristócratas vivían en grandes casas con hermosos jardines, pero una economía como aquella no podía soportar demasiadas mansiones. Pasargada era en un noventa por ciento una ciudad oriental de calles retorcidas y sucias entre casuchas sin rostro, trapos grasientos para el pelo y togas sombrías, mercaderes gritando en los bazares, mendigos mostrando sus llagas, comerciantes guiando reatas de camellos viejos y burros demasiado cargados, perros atacando montones de menudillos, música de taberna como un gato en una lavadora, hombres que agitaban los brazos como molinos y gritaban maldiciones... ¿cómo empezó aquel mito del Este inescrutable?

—¡Caridad, señor, caridad, por amor a la luz! ¡Caridad y Mitra os sonreirá!...

—¡Mirad señor! Por la barba de mi padre juro que no habéis visto mejor trabajo de manos más habilidosas que esta brida que os ofrezco, a vos, el más afortunado de los hombres, por la ridícula suma de...

—Por aquí, amo, por aquí, sólo a cuatro casas el mejor alojamiento de toda Persia... no, de todo el mundo. Nuestros jergones están rellenos de plumas de cisne, mi padre sirve vino digno de un Devi, mi madre cocina un pilan cuya fama ha llegado hasta el fin de la tierra, y mis hermanas son tres lunas de placer disponibles por sólo...

Everard no hizo caso a los niños que corrían a su lado. Uno de ellos le agarró el tobillo, soltó un juramento y dio una patada, y el muchacho sonrió sin vergüenza. El hombre esperaba evitar alojarse en una fonda; los persas eran más limpios que la mayor parte de la gente de la época, pero seguía habiendo insectos.

Intentó no sentirse indefenso. Normalmente un patrullero podía guardarse un as en la manga: digamos una pistola aturdidora del siglo XXX bajo el abrigo y una miniradio para llamar a su lado al oculto saltador espaciotemporal de antigraavedad. Pero no cuando cabía la posibilidad de que lo registraran. Everard

vestía un atuendo griego: túnica y sandalias y una capa larga de lana, espada al cinto, casco y escudo colgados de la grupa del caballo, y eso era todo; sólo el acero era anacrónico. No podía acudir a ninguna oficina local si se metía en líos, porque esa época de transición, relativamente pobre y turbulenta, no atraía comercio temporal; la unidad más próxima de la Patrulla se encontraba en el cuartel general del entorno, en Persépolis, una generación en el futuro.

Las calles se ensancharon a medida que avanzaba, los bazares empezaron a escasear y las casas se hicieron mayores. Al fin llegó a una plaza rodeada de cuatro mansiones. Los árboles podados sobresalían de los muros exteriores. Los guardias, jóvenes ágiles escasamente armados, esperaban acucillados, porque hacer la guardia de pie todavía no se había inventado. Se pusieron en pie y prepararon flechas, cautelosos, al aproximarse Everard. Podría simplemente haber atravesado la plaza, pero viró y saludó a un hombre que parecía un capitán.

—Saludos, señor, que el sol os ilumine con su brillo. —El persa que había aprendido en una hora bajo hipnosis fluía de su lengua con facilidad—. Busco hospitalidad de algún gran hombre que podría desear escuchar mis pobres historias de viajes por tierras extranjeras.

—Que vuestros días sean muchos —respondió el guardia. Everard recordó que no debía ofrecer una gratificación; aquellos persas del propio clan de Ciro eran duros y orgullosos, cazadores, pastores y guerreros. Todos hablaban con la amabilidad digna que era tan común en la historia para los de su clase—. Sirvo a Creso de Lidia, sirviente del Gran Rey. No le negaría su techo a...

—Meandro de Atenas —le indicó Everard. Era un alias que explicaría su amplitud ósea, la piel clara y el pelo corto. Pero se había visto obligado a pegarse a la barbilla un efecto realista estilo Van Dyke. Heródoto no era el primer griego trotamundos, así que un ateniense no tendría el inconveniente de estar muy fuera de lugar. Al mismo tiempo, medio siglo antes de la batalla de Maratón, allí los europeos eran todavía lo suficientemente poco comunes para despertar interés.

Se llamó a un esclavo, que a su vez buscó al mayordomo, que envió a otro esclavo, que invitó al extraño a cruzar la puerta. El jardín que allí encontró era tan fresco y verde como esperaba; no había temor de que en aquella casa robasen nada de su bolsa; la comida y la bebida serían buenas; y el mismo Creso entrevistaría en persona al invitado durante mucho tiempo. *Tenemos suerte, muchacho*, se dijo Everard, y aceptó un baño caliente, aceites perfumados, ropa limpia, dátiles y vino que le trajeron a su cuarto amueblado de forma austera, con un diván y una vista agradable. Sólo echaba de menos un puro.

Eso de las cosas que se podían conseguir.

Porque si Keith había muerto sin posibilidad de remedio...

—Infierno y ranas púrpuras —murmuró Everard—. ¿Quieres dejarlo ya?

Después de la puesta de sol empezó a hacer algo de frío. Encendieron las lámparas con mucha ceremonia, puesto que el fuego era sagrado, y animaron los braseros. Un esclavo se postró para anunciar que la cena estaba servida. Everard lo acompañó por un largo pasillo en el que vigorosos murales mostraban el Sol y el toro de Mitra, pasaron al lado de un par de lanceros y entraron en una cámara pequeña e iluminada con profusión, de ambiente endulzado por el incienso y cubierta de alfombras. Había dos divanes dispuestos según la costumbre helena frente a una mesa cubierta con platos no helénicos de plata y oro; los esclavos servían detrás y una música que parecía china sonaba precedente de una puerta interior.

Creso de Lidia asintió con cortesía. En otro tiempo había sido guapo, de rasgos regulares, pero había envejecido bastante en los pocos años en que su riqueza y poder eran proverbiales. De barba gris y pelo largo, vestía la clámide griega, pero se había maquillado al estilo persa.

—Regocíjate, Meandro de Atenas —dijo en griego, y levantó la cara.

Everard le besó la mejilla como estaba mandado. Era una amabilidad por parte de Creso dar a entender con aquel gesto que la posición de Meandro no era más que ligeramente inferior a la suya, aunque Creso hubiese comido ajo.

—Regocíjate, señor. Os agradezco vuestra amabilidad.

—Esa comida solitaria no era para degradarte —dijo el antiguo rey—. Sólo pensé... —vaciló—. Siempre me he considerado pariente de los griegos, y podemos hablar seriamente...

—Mi señor me honra más allá de mi valor. —Pasaron por varios rituales y finalmente llegaron a la comida. Everard le contó una historia preparada sobre sus viajes; de vez en cuando Creso hacía una pregunta desconcertantemente perspicaz, pero un patrullero aprendía pronto a evitarlas.

—Ciertamente los tiempos están cambiando, eres afortunado al haber llegado al comienzo de una nueva época —dijo Creso—. Nunca el mundo ha conocido un rey más glorioso que —etc., sin duda para beneficio de cualquier criado que sirviese también como espía real. Aunque resultaba que era cierto—. Los mismísimos dioses han favorecido al rey. Si hubiese sabido hasta qué punto le protegían realmente, es decir, no como la mera fábula que creía que era, nunca me hubiese atrevido a oponerme a él. Porque no cabe duda de que es un elegido.

Everard se mantuvo en su papel de griego aguando el vino y deseando haber elegido una nacionalidad menos moderada.

—¿Cuál es la historia, señor? —preguntó—. Sólo sé que el Gran Rey era hijo de Cambises, que mantenía esta provincia como vasallo del medo Astiages. ¿Hay más?

Creso se inclinó hacia delante. Bajo la incierta luz, sus ojos tenían un curioso brillo, una mezcla dionisiaca de terror y entusiasmo que la época de Everard hacía tiempo que había olvidado.

—Escucha, y lleva el relato a tus compatriotas —dijo—. Astiages casó a Mandane con Cambises, porque sabía que los persas estaban inquietos bajo su pesado yugo y deseaba unir a su líder con su casa. Pero Cambises se puso enfermo y quedó debilitado. Si moría y su hijo pequeño Ciro le sucedía en Anzán, se produciría una problemática regencia de nobles persas que no estaban unidos a Astiages. Los sueños también advirtieron al rey medo que Ciro sería el fin de su dominio.

» Por tanto, Astiages ordenó a su pariente, el Ojo del Rey Aurvagaush — Creso pronunció el nombre como Harpagus, al helenizar todos los nombres locales— que se deshiciera del príncipe. Harpagus se llevó al niño a pesar de las protestas de la reina Mandane; Cambises estaba demasiado enfermo para ayudarla, ni tampoco podía Persia en ningún caso rebelarse sin preparativos. Pero Harpagus no pudo cometer el acto. Intercambió el niño por el hijo nacido muerto de un pastor de la montaña, al que hizo jurar que mantendría el secreto. El niño muerto fue envuelto en ropas reales y abandonado en una colina; en su momento se convocó a oficiales de la corte meda para ser testigos de su entierro. Nuestro señor Ciro creció como pastor.

» Cambises vivió veinte años más sin engendrar otro hijo, y sin fuerzas suficientes para vengar a su primogénito. Pero al final estaba claro que se moría sin un sucesor al que los persas se sintiesen obligados a obedecer. Una vez más, Astiages temió problemas. En ese momento apareció Ciro, y su identidad se manifestó por diversos portentos. Astiages, lamentando lo sucedido, le dio la bienvenida y le confirmó como sucesor de Cambises.

» Ciro siguió siendo un vasallo durante cinco años, pero la tiranía de los medos le resultaba odiosa. Harpagus, en Ecbatana, también tenía hechos terribles que vengar: como castigo por su desobediencia en el asunto de Ciro, Astiages le obligó a comerse a su propio hijo. Por tanto Harpagus conspiró con ciertos nobles medos. Eligieron a Ciro como su líder, Persia se rebeló y, después de tres años de guerra, Ciro se convirtió en amo de los dos pueblos. Desde entonces, claro, se ha anexionado muchos más. ¿Cuándo los dioses lo han indicado con mayor claridad?

Everard permaneció tendido en silencio un rato. Oía las hojas de otoño susurrar secas en el jardín, bajo el viento frío.

—¿Es eso cierto, y no una historia fantástica? —preguntó.

—Lo he confirmado en muchas ocasiones desde que me uní a la corte persa. El rey mismo me ha dado su palabra, así como Harpagus y otros que estuvieron directamente implicados.

El lidio no podía estar mintiendo si citaba el testimonio de su gobernante: los persas de clase alta eran fanáticos de la verdad. Y sin embargo, Everard no había oído nada más increíble en toda su carrera en la Patrulla. Porque era la historia que registraba Heródoto —con unas cuantas modificaciones que se encontraban en el *Shah-Nameh*— y cualquiera podía reconocerla como el típico mito heroico. Esencialmente lo mismo se había dicho de Moisés, Rómulo, Sigurd y de un centenar de grandes hombres. No había razón para creer que contuviese algún hecho cierto, ninguna razón para dudar de que Ciro no hubiese crecido con toda normalidad en la casa de su padre, le había sucedido por derecho de nacimiento y se había rebelado por las razones habituales.

¡Sólo que ese cuento increíble tenía el respaldo de testigos que juraban su verdad!

Allí había un misterio. Le devolvió a Everard su propósito. Después de los adecuados comentarios de admiración, guió la conversación hasta que pudo decir:

—He oído rumores de que hace dieciséis años un extraño entró en Pasargada vestido como un pobre pastor, pero que en realidad era un mago que realizaba milagros. Puede que muriese aquí. ¿Sabes, mi amable anfitrión, algo de eso?

Luego esperó, tenso. Tenía la corazonada de que Keith Denison no había sido asesinado por algún palurdo, ni se había caído por un barranco y roto el cuello ni terminado de forma similar. Porque en ese caso, el saltador hubiese estado por allí cuando la Patrulla realizó la búsqueda. Puede que hubiesen peinado el área de forma demasiado amplia como para encontrar a Denison, pero ¿cómo podrían los detectores no localizar un saltador temporal?

Por tanto, pensaba Everard, había sucedido algo más complicado. Y si había sobrevivido, Keith se habría dirigido hacia la civilización.

—¿Hace dieciséis años? —Creso se mesó la barba—. Entonces yo no estaba aquí. Y en todo caso, la región hubiese estado llena de portentos, porque entonces fue cuando Ciro abandonó las montañas y tomó la corona de Anzán que le correspondía por derecho. No, Meandro, no sé nada de eso.

—He deseado encontrar a esa persona —dijo Everard—, porque un oráculo...

—Puedes preguntar entre los sirvientes y a la gente de la ciudad —sugirió Creso—. Yo preguntaré en tu nombre en la corte. Mientras tanto permanecerás aquí, ¿no? Quizá el rey en persona desee recibirte; siempre siente interés por los extranjeros.

La conversación terminó poco después. Creso le explicó con una sonrisa amarga que los persas creían en irse temprano a la cama y levantarse temprano,

y debía estar al amanecer en el palacio real. Un esclavo acompañó a Everard a su cuarto, donde se encontró a una muchacha de buen aspecto y sonrisa expectante. Vaciló un momento, recordando una situación a dos mil cuatrocientos años de distancia. Pero... qué demonios. Un hombre debía aceptar lo que los dioses le ofrecían y, la verdad, eran bastante racionales.

No mucho después de la salida del sol, las tropas ocuparon la plaza y llamaron a gritos a Meandro de Atenas. Everard dejó el desayuno para salir y se encontró frente a un semental gris levantando la vista hasta el rostro oscuro y peludo de halcón de un capitán de la guardia, conocida como los Inmortales. Los hombres formaban un fondo de caballos inquietos, capas y plumas al viento, metal tintineando y cuero gimiendo, con el sol recién salido reluciendo sobre el metal pulido.

—Ha sido convocado por el quiliarca —dijo el oficial. El título que había usado era realmente persa: comandante de la guardia y gran visir del Imperio.

Everard permaneció quieto un momento, sopesando la situación. Se le tensaron los músculos. No era una invitación cordial. Pero no podía excusarse argumentando una cita anterior.

—Escucho y obedezco —dijo—. Dejarme coger un pequeño regalo de mi equipaje, como muestra del honor que se me hace.

—El quiliarca dijo que debíais venir inmediatamente. Aquí está el caballo.

Un arquero le ofreció las manos para subir, pero Everard se montó sobre la silla sin ayuda, un truco que valía la pena conocer en épocas anteriores a la invención de los estribos. El capitán asintió con brusquedad para indicar su aprobación, dio la vuelta a su montura y salió al galope de la plaza. Recorrieron una amplia avenida bordeada de esfinges y casas señoriales. El tráfico no era tan intenso como en las calles de los bazares, pero había suficientes jinetes, carruajes, literas y peatones apartándose apresuradamente. Los Inmortales no se detenían por ningún hombre. Atravesaron clamorosos las puertas de palacio abiertas para ellos. La gravilla saltaba bajo los cascos; destrozaron un prado en el que relucían las fuentes y se detuvieron con estruendo frente al ala oeste.

El palacio, pintado de un rojo llamativo, se alzaba sobre una amplia plataforma junto con varios edificios menores. El capitán desmontó, hizo un gesto brusco y subió las escaleras de mármol. Everard le siguió, rodeado de varios guerreros que habían sacado en su honor de las bolsas las hachas de guerra ligeras. El grupo se cruzó con esclavos de la casa, que vestían túnicas y turbantes y tenían el rostro abatido, pasó una columnata roja y amarilla, recorrió un pasillo de mosaicos cuya belleza Everard no tenía humor para apreciar, y continuó hasta haber pasado un escuadrón de guardias para entrar en una habitación donde

esbeltas columnas sostenían una orgullosa bóveda y la fragancia de las rosas tardías entraba por ventanas arqueadas.

Allí, los Inmortales hicieron una reverencia . *Lo que vale para ellos vale para ti, hijo*, pensó Everard, y besó la alfombra persa. El hombre del diván asintió.

—Levantaos y atended —dijo—. Traed un cojín para el griego. —Los soldados tomaron posiciones. Un nubio entró apresuradamente con un cojín, que colocó en el suelo, a los pies del asiento de su amo. Everard se sentó en él, con las piernas cruzadas. Tenía la boca seca.

El quiliarca, que según recordaba Creso había identificado como Harpagus, se reclinó. Contra la piel atigrada del diván y bajo la espléndida toga roja que cubría su cuerpo demacrado, el medo tenía el aspecto de un hombre avejentado, con el pelo largo del color del hierro y la cara oscura de nariz pronunciada cubierta por una maraña de arrugas. Pero examinó con ojos inteligentes al recién llegado.

—Bien —dijo, en un persa con el marcado acento del norte de Irán—, así que tú eres el hombre de Atenas. El noble Creso habló esta mañana de tu llegada y mencionó algunas preguntas que hacías. Ya que podría estar implicada la seguridad del Estado, debo saber exactamente qué buscas. —Se mesó la barba con una mano enjoyada y sonrió con frialdad—. Podría ser incluso, si la búsqueda es inofensiva, que te ayudara.

Había tenido buen cuidado de no emplear las fórmulas habituales de saludo, ofrecerle comida o usar cualquier otra forma de situar a Meandro en la situación casi sagrada de invitado. Aquello era un interrogatorio.

—Señor, ¿qué deseáis saber? —preguntó Everard. Se lo imaginaba y no le gustaba.

—Buscas a un mago vestido de pastor que entró en Pasargada hace dieciséis veranos y realizó milagros. —La voz era desagradable por la tensión—. ¿A qué se debe eso y qué has oído de tales asuntos? No te molestes en inventar una mentira... ¡Habla!

—Gran señor —dijo Everard—, el oráculo de Delfos me dijo que cambiaría mi fortuna si descubría la suerte de un pastor que entró en la capitana persa en... humm... el tercer año de la tiranía de Pisistrato. Nunca he sabido más. Mi señor sabe bien lo ininteligibles que son los consejos de los oráculos.

—Humm. —El temor veló el rostro delgado de Harpagus, que realizó el signo de la cruz, el símbolo solar mitraico. Luego, con brusquedad, añadió—: ¿Qué has descubierto hasta ahora?

—Nada, gran señor. Nadie podía decirme...

—¡Mientes! —le soltó Harpagus—. Todos los griegos son unos mentirosos. Ten cuidado, porque te adentras en cuestiones profanas. ¿Con quién más has hablado?

Everard vio que un tic nervioso levantaba la boca del quiliarca. Él mismo

sentía que el estómago le daba saltos. Había tropezado con algo que Harpagus consideraba muerto y enterrado, algo tan grande que el riesgo de enfrentarse a Creso, que estaba obligado a proteger a su invitado, nada importaba. Y la mordaza más segura jamás inventada era un cuchillo... después de que potro y tenazas hubiesen sacado exactamente qué sabía el extranjero... *Pero ¿qué demonios sé yo?*

—Con nadie, mi señor —respondió con voz ronca—. Salvo el oráculo, y el dios del Sol, cuya voz es el oráculo, y que me envió aquí, ha oído nada de esto antes de la pasada noche.

Harpagus contuvo el aliento, sorprendido por la invocación. Pero luego, de manera perceptible cuadró los hombros.

—Sólo tenemos tu palabra, la palabra de un griego, de que lo contó el oráculo... de que no ha espiado nuestros secretos de Estado. O incluso si el dios realmente te envió aquí, bien podría haber sido para destruirte por tus pecados. Sabremos más de esto. —Hizo un gesto al capitán—. Llévadle abajo. En nombre del rey.

¡El rey!

La idea le vino inmediatamente. Se puso en pie de un salto.

—¡Sí, el rey! —gritó—. ¡El dios me lo dijo... habría una señal... y luego llevaría su palabra al rey persa!

—¡Cogedle! —aulló Harpagus.

Los guardias se movieron para obedecer. Everard dio un salto atrás, llamando a gritos al rey. *Ciro* todo lo fuerte que podía. Que le arrestasen. La noticia llegaría al trono y... Dos hombres lo empujaron contra la pared, con las hachas levantadas. Otros lo ayudaron. Por encima de los cascos vio a Harpagus ponerse en pie sobre el diván.

—¡Cogedle y decapítadle! —ordenó el medo.

—Mi señor —protestó el capitán—, ha llamado al rey.

—¡Para hechizarlo! ¡Ahora lo conozco, hijo de Zohak y agente de Ahriman! ¡Matadle!

—No, esperad —gritó Everard—, esperad, no lo entendéis, es este traidor el que quiere impedirme que hable con el rey... ¡Suéltame, bastardo!

Una mano se cerró sobre su brazo derecho. Había estado preparado para quedarse sentado algunas horas en la celda, hasta que el gran jefe oyese hablar del asunto y lo sacase, pero ahora las cosas eran un poco más urgentes. Lanzó un gancho de derecha que aterrizó sobre una nariz aplastada. El guardia retrocedió. Everard le arrebató el hacha de la mano, se dio la vuelta y detuvo el golpe del guardia situado a su izquierda.

Los Inmortales atacaron. El hacha de Everard resonó contra el metal, fintó y aplastó un nudillo. Era más alto que casi todos ellos. Pero no tenía ni las posibilidades de una bola de celofán en el infierno de resistir frente a ellos. Un

golpe silbó en dirección a su cabeza. Se escondió tras una columna; saltaron esquiras. Una abertura... desarmó a un hombre, saltó sobre el estruendo del peto cuando éste chocó con el suelo y salió a suelo abierto bajo la bóveda. Harpagus corrió, sacándose un sable de debajo de la toga; el bastardo era valiente. Everard se giró para enfrentarse a él, de forma que el quiliarca quedara entre él y la guardia. El hacha y la espada chocaron. Everard intentó acercarse... un cuerpo a cuerpo evitaría que los persas le arrojasen sus armas, pero daban la vuelta para atacarlo por la espalda. Judas, esto podría ser el final de otro patrullero...

—¡Alto! ¡Postraos! ¡Viene el rey!

Lo gritaron tres veces. Los guardias se paralizaron, mirando a la gigantesca persona de túnica escarlata que permanecía en el umbral de la puerta y se arrojaron a la alfombra. Harpagus dejó caer la espada. Everard a punto estuvo de darle en la cabeza; luego, recordando, y oyendo el paso apresurado de los guardias en el pasillo, dejó caer su propia arma. Por un momento, él y el quiliarca jadearon frente a frente.

—Así que... lo ha oído... y ha venido... inmediatamente —jadeó Everard.

El medo se arqueó como un gato y siseó:

—¡Entonces, ten cuidado! Te estaré vigilando. Si envenenas su mente habrá veneno para ti, o una daga...

—¡El rey! ¡El rey! —rugió el heraldo. Everard se unió a Harpagus en el suelo.

Un pelotón de Inmortales entró al trote en la habitación y formó un pasillo hasta el diván. Un chambelán se adelantó para cubrirlo con un tapiz especial. Luego entró Ciro en persona, con la toga agitándose con sus pasos largos y vigorosos. Lo siguieron unos cuantos cortesanos, hombres correosos con el privilegio de ir armados en presencia del rey, y un maestro de ceremonias esclavo que se retorció las manos tras todos ellos por no haber tenido tiempo de extender una alfombra o llamar a los músicos.

La voz del rey resonó en el silencio:

—¿Qué es esto? ¿Dónde está el extraño que me ha llamado?

Everard se atrevió a mirar. Ciro era alto, ancho de hombros y delgado de cuerpo, de aspecto más viejo de lo que sugería el relato de Crespo —tenía cuarenta y siete años, comprendió Everard con un estremecimiento— pero se había mantenido ágil por dieciséis años de guerra y caza. Tenía un rostro delgado y oscuro con ojos avellanados, una cicatriz de espada en la mejilla izquierda, la nariz recta y los labios carnosos. Llevaba el pelo negro, ligeramente agrisado, peinado hacia atrás y la barba más apurada de lo que era costumbre en Persia. Iba vestido con toda la sencillez que le permitía su posición.

—¿Dónde está el extraño del que un esclavo vino corriendo a hablarme?

—Yo soy, Gran Rey —dijo Everard.

—Levántate. Dinos tu nombre.

Everard se puso en pie y murmuró:

—Hola, Keith.

Las parras se peleaban por una pérgola de mármol. Casi rozaban a los arqueros que la rodeaban. Keith Denison se dejó caer sobre un banco, miró las sombras de las hojas moverse por el suelo y dijo con ironía:

—Al menos podemos hablar en privado. El inglés no se ha inventado todavía.

Al cabo de un momento siguió hablando con un acento oxidado: —En ocasiones he pensado que lo peor de la situación es no tener un minuto para mí solo. Lo mejor que puedo hacer es echar a todo el mundo de la habitación en la que esté; pero se quedan tras la puerta, bajo las ventanas, aguardando, escuchando. Espero que ardan sus queridas y leales almas.

—La intimidad tampoco se ha inventado todavía —le recordó Everard—. Y la gente importante como tú jamás ha tenido demasiada.

Denison levantó un rostro cansado.

—Continuamente deseo preguntarte cómo está Cynthia —dijo—, pero es evidente que para ella no ha pasado, no pasará, mucho tiempo. Una semana, quizá. ¿No habrás traído cigarrillos por casualidad?

—Los dejé en el saltador —dijo Everard—. Supuse que tendría problemas suficientes sin tener que explicarlos. Nunca esperé encontrarte dirigiendo todo el cotarro.

—Ni yo tampoco. —Denison se encogió de hombros—. Es la cosa más fantástica. Las paradojas temporales...

—¿Qué pasó?

Denison se frotó los ojos y suspiró.

—Me quedé atrapado en los engranajes locales. A veces todo lo sucedido antes me parece irreal, como un sueño. ¿Existieron alguna vez el cristianismo, el contrapunto musical o la Carta de Derechos? Eso sin mencionar a la gente que conocí. Tú tampoco perteneces a este tiempo, Manse; sigo esperando despertarme... Bien, déjame pensar.

» ¿Sabes cuál era la situación? Los medos y los persas son pueblos muy cercanos, racial y culturalmente, pero los medos eran entonces los jefes y adoptaron mucho hábitos de los asirios, que no encajaban muy bien con el punto de vista persa. En su mayoría somos rancheros y granjeros libres, y es evidente que no está bien que nosotros seamos vasallos... —Denison parpadeó—. ¡Eh, y a me he lanzado otra vez! ¿A qué me refiero con « nosotros »? En todo caso, Persia

estaba inquieta. El rey Astiages de Media había ordenado el asesinato del pequeño príncipe Ciro veinte años antes, pero ahora lo lamentaba, porque el padre de Ciro se moría y la disputa por la sucesión desencadenaría una guerra civil.

» Bien, yo aparecí en las montañas. Tuve que explorar un poco tanto en el espacio como en el tiempo, saltando unos cuantos días y varios kilómetros, para encontrar un buen lugar donde esconder el saltador. La Patrulla no pudo encontrarlo después... en parte por esa razón. Finalmente lo aparqué en una cueva y salí a pie, y casi inmediatamente sufrí una desgracia. Un ejército medo estaba atravesando la región para evitar que los persas causasen problemas. Uno de sus exploradores me vio salir, siguió mi camino... y lo primero que sé es que fui capturado y los oficiales me interrogaban preguntándome qué era ese cacharro que tenía en la cueva. Sus hombres me habían tomado por un mago y estaban considerablemente impresionados, pero tenían más demostrar miedo de lo que me tenían a mí. Naturalmente, la noticia se extendió como el fuego por todo el ejército y atravesó el campo. Pronto toda la región sabía que un extraño había aparecido en extraordinarias circunstancias.

» Su general era el mismísimo Harpagus, un demonio tan inteligente y duro como el mundo haya conocido. Pensó que podía utilizarme. Me ordenó que le mostrase mi caballo de hierro, pero no me permitió montarlo. Sin embargo, tuve la oportunidad de colocarlo en desplazamiento temporal. Es por eso que el equipo de búsqueda no pudo encontrarlo. Sólo estuvo unas horas en este siglo y luego, probablemente, fue directamente al Comienzo.

—Buen trabajo —dijo Everard.

—Oh, sabía que las órdenes prohíben ese grado de anacronismo. —Denison torció los labios—. Pero también esperaba que la Patrulla me rescatase. Si hubiese sabido que no iban a hacerlo, no estoy seguro de que hubiese sido un buen patrullero que se sacrifica. Probablemente me hubiese aferrado al saltador y le hubiera seguido el juego a Harpagus hasta tener una oportunidad de escapar.

Everard lo miró sombrío un momento. *Keith ha cambiado*, pensó: no era sólo por la edad, los años entre gente extraña lo habían marcado más de lo que comprendía.

—Si te hubieses arriesgado a cambiar el futuro —dijo—, habrías puesto en peligro la existencia de Cynthia.

—Sí. Sí, cierto. Recuerdo haber pensado en eso... en ese momento... ¡Qué lejos parece ya!

Denison se inclinó hacia delante, con los codos sobre las rodillas, mirando la pérgola. Siguió hablando, con monotonía:

—Harpagus no paró de insultar, por supuesto. Pensé por un momento que iba a matarme. Me sacaron, atado como una res camino del matadero. Pero, como te he dicho, ya corrían rumores sobre mí, que iban ganando de boca en boca.

Harpagus vio una oportunidad aún mejor. Me dio a elegir: seguirle la corriente o que me cortasen el cuello. ¿Qué otra cosa podía hacer? No era siquiera cuestión de arriesgarse a un cambio; pronto comprendí que interpretaba un papel que la historia ya había escrito.

» Harpagus sobornó a un pastor para que apoyase su historia y me presentó como Ciro, el hijo de Cambises.

Everard asintió, sin sorprenderse.

—¿Qué gana él?—preguntó.

—En ese momento sólo deseaba reforzar el dominio medo. Un rey de Anzán bajo su mando tendría que ser leal a Astiages, y por tanto ayudar a mantener a los persas bajo control. Se me llevó, demasiado anonadado para hacer otra cosa que seguir sus indicaciones, todavía esperando a cada minuto que un saltador de la Patrulla apareciese para sacarme de aquel lío. El amor a la verdad de todos esos aristócratas iraníes nos ayudó mucho; pocos sospecharon que yo mentí al jurar que era Ciro, aunque imagino que Astiages, por conveniencia, no tuvo en cuenta las cosas que no encajaban. Y colocó a Harpagus en su sitio castigándolo de forma particularmente brutal por no haber hecho con Ciro lo que le había ordenado, a pesar de que ahora Ciro le era útil, y claro, ¡lo irónico era que Harpagus realmente había obedecido sus órdenes dos décadas antes!

» En cuanto a mí, pasé cinco años sintiéndome más y más disgustado con Astiages. Ahora, al rememorallo, comprendo que no era ningún perro del infierno, sólo un típico monarca oriental del mundo antiguo, pero eso es difícil de apreciar cuando tienes que presenciar cómo se tortura a un hombre.

» Así que Harpagus, deseoso de venganza, organizó una revuelta, y yo acepté tomar el mando cuando me lo ofreció. —Denison esbozó una sonrisa torcida—. Después de todo, era Ciro el Grande, con un destino que cumplir. Al principio lo pasamos mal, los medos nos derrotaron una y otra vez; pero ¿sabes, Manse?, descubrí que me gustaba. No es como ese terrible modo del siglo XX de quedarse metido en una trinchera preguntándote si el bombardeo enemigo terminará alguna vez. Oh, la guerra aquí es terrible, especialmente si eres un soldado raso, cuando empiezan las enfermedades, y siempre lo hacen. Pero cuando luchas, por Dios, ¡luchas con tus propias manos! E incluso descubrí que tenía talento para esas cosas. Hemos hecho algunas maniobras espléndidas — Everard lo vio recuperar la vida—, como aquella ocasión en la que la caballería de Lidia nos superaba en número. Enviamos los camellos de suministros en vanguardia, la infantería detrás y la caballería al final. Los jamelgos de Cresos olisquearon a los camellos y huyeron en estampida. Por lo que sé, siguen corriendo. ¡Los aplastamos!

Se detuvo de pronto, miró un rato a los ojos de Everard y se mordió el labio.

—Lo siento. Lo olvido continuamente. De vez en cuando, recuerdo que en casa no era un asesino... después de una batalla, cuando veo a los muertos

dispersos a mi alrededor y, peor aún, a los heridos. ¡Pero no podía evitarlo, Manse! ¡Tenía que luchar! Primero fue la revuelta. Si no le hubiese seguido la corriente a Harpagus, ¿cuánto crees que hubiese durado? Y luego estaba el reino en sí. No pedí a los lidios que nos invadiesen, ni a los bárbaros del este. ¿Has visto alguna vez una ciudad destruida por los de Turan, Manse? Se trata de ellos o de nosotros, y cuando nosotros conquistamos algo no nos llevamos encadenados a los vencidos: conservan sus tierras, costumbres y... Por Mitra, Manse, ¿cómo podría haber hecho otra cosa?

Everard permaneció sentado escuchando el jardín agitarse con la brisa. Al final dijo:

—No. Te entiendo. Espero que no te hayas sentido muy solo.

—Me acostumbré —dijo Denison con cuidado—. Uno acaba acostumbrándose a Harpagus, porque es interesante. Creso resultó ser un tipo bastante decente. Kobad, el sacerdote, tiene ideas bastante originales, y es el único hombre vivo que se atreve a derrotarme al ajedrez. Y están los banquetes, la caza y las mujeres... —Le dirigió una mirada de desafío—. Sí. ¿Qué querías que hiciese?

—Nada —dijo Everard—. Dieciséis años es mucho tiempo.

—Cassandane, mi primera mujer, valora muchos de los problemas que he tenido. Aunque Cynthia... ¡Dios del cielo, Manse!

Denison se puso en pie y colocó las manos sobre los hombros de Everard. Los dedos se cerraron con fuerza; habían sostenido hachas, arcos y riendas durante década y media. El rey de los Persas gritó en voz alta:

—¿Cómo vas sacarme de aquí?

Everard también se puso en pie, caminó hasta el borde del suelo y miró por entre la piedra tallada, con los pulgares al cinto y la cabeza gacha.

—No veo cómo —contestó.

Denison se golpeó la palma con un puño.

—Eso me temía. Años tras año he tenido cada vez más miedo de que si la Patrulla me encontraba... Tienes que ayudarme.

—Te lo he dicho, ¡no puedo! —La voz de Everard se quebró. No se volvió—. Piénsalo. Tú ya debes haberlo hecho. No eres un pequeño jefe guerrero cuya carrera no importará nada dentro de cien años. Eres Ciro, el fundador del Imperio persa, una figura clave en un entorno clave. ¡Si Ciro desaparece, también desaparece todo el futuro! No habría habido un siglo XX con Cynthia en él.

—¿Estás seguro? —imploró el hombre, a su espalda.

—Me empapé en los hechos antes de venir aquí —murmuró Everard con las mandíbulas apretadas—. Deja de engañarte. Tienes prejuicios contra los persas porque en una ocasión fueron enemigos de los griegos, y resulta que algunos de los rasgos más destacados de nuestra cultura provienen de los griegos. ¡Pero los persas son igualmente importantes!

» Tú lo has visto. Claro, son bastante brutales desde nuestro punto de vista: toda esta época lo es, incluidos los griegos. Y no son demócratas, pero no puedes echarles en cara no haber realizado una invención europea que se sale de su horizonte mental. Lo que cuenta es esto:

» Persia fue el primer poder conquistador que intentó respetar y conciliar a la gente que dominaba; que se atenia a sus propias leyes; que pacificó suficiente territorio para establecer un contacto permanente con el Lejano Oriente; que creó una religión mundial viable, el zoroastrismo, que no se limitaba a una raza o a una zona determinadas. Quizá no sepas qué parte de la fe y el ritual cristiano es de origen mitraico, pero créeme, es mucho. Por no mencionar el judaísmo, que tú, Ciro el Grande, vas a rescatar personalmente. ¿Recuerdas? Conquistarás Babilonia y permitirás que los judíos que hayan conservado su identidad regresen a casa: sin ti, habrían sido tragados y se habrían perdido entre la gente normal como las otras diez tribus.

» Incluso en su decadencia, el Imperio persa será un modelo de civilización.

¿Qué fueron la mayoría de las conquistas de Alejandro sino tomar el territorio persa? ¡Y eso extendió el helenismo por el mundo conocido! Y habrá naciones sucesoras de la persa: Pontus, Partia, la Persia de Firdusi y Ornar y Hafiz, el Irán que conocemos y el Irán del futuro posterior al siglo XX...

Everard viró sobre los talones.

—Si lo dejas —dijo—, ¡puedo imaginármelos construyendo zigurats, leyendo entrañas y recorriendo los bosques de Europa, con América sin descubrir, dentro de tres mil años!

Denison se hundió.

—Sí —contestó—. Lo he pensado.

Caminó un poco, con las manos a la espalda. El rostro oscuro parecía más viejo a cada minuto.

—Trece años más —murmuró casi para sí—. Dentro de trece años estaré en una batalla contra los nómadas. No sé exactamente cómo. De una forma u otra, las circunstancias me forzarán a ello. ¿Por qué no? Me han forzado a todo lo demás que he hecho, quisiera o no... A pesar de todo lo que pueda hacer para educarlo, sé que mi propio hijo Cambises será un sádico incompetente y que Darío tendrá que salvar el Imperio... ¡Dios! —Se cubrió el rostro con la manga suelta—. Perdóname. Odio la autocompasión, pero no puedo evitarlo.

Everard se sentó, evitando mirarlo. Oyó el sonido de la respiración en los pulmones de Denison.

Al final, el rey sirvió vino en dos cálices, se unió a Everard en el banco y dijo con sequedad:

—Lo siento. Ahora estoy bien. Y todavía no me he rendido.

—Puedo informar de tu problema al cuartel general —dijo Everard con algo de sarcasmo.

Denison contestó también con sarcasmo:

—Gracias, amiguito. Recuerdo muy bien su posición. Somos sacrificables. Prohibirán toda visita a la vida de Ciro, para que no me sienta tentado, y me enviarán un bonito mensaje. Me remarcarán que soy monarca absoluto de un pueblo civilizado, con palacios, esclavos, vinos, cocineros, artistas, concubinas y terrenos de caza a mi disposición en cantidades ilimitadas, así que, ¿de qué me quejo? No, Manse, esto es algo que tú y yo tendremos que resolver por nuestra cuenta.

Everard apretó los puños hasta sentir cómo las uñas se le hundían en las palmas.

—Me estás poniendo en una posición muy incómoda, Keith —dijo.

—Sólo te estoy pidiendo que analices el problema... ¡y, Ahriman te maldiga, eso harás! —Una vez más, los dedos se cerraron sobre su carne, y el conquistador del Este le dio una orden. *El viejo Keith jamás hubiese usado este tono* —pensó Everard, encolerizado. Luego se dijo—: *Si no vuelves a casa, y le*

digo a Cynthia que nunca lo harás... Ella podría venir aquí; una chica extranjera más en el harén del rey no afectará a la historia. Pero si informo al cuartel general antes de verla, si informo de que el problema es insoluble, lo que sin duda es un hecho... entonces, el reinado de Ciro quedará cerrado y ella no podría reunirse contigo.

—He analizado todo esto antes, por mi cuenta —dijo Denison con más calma—. Conozco las implicaciones tan bien como tú. Pero mira, podría mostrarte la cueva donde estuvo la máquina durante esas horas. Podrías volver al momento en que aparecí allí y advertirme.

—No —dijo Everard—. Eso está descartado. Por dos razones. La primera la norma que lo prohíbe, que es razonable. Podrían hacer una excepción en circunstancias diferentes, pero hay una segunda razón: eres Ciro. No van a eliminar todo un futuro por salvar a un hombre.

¿Lo haría por el futuro de una mujer? No estoy seguro. Espero que no... Cynthia no tendría por qué conocer los detalles. Sería mejor para ella no conocerlos. Podría usar mi graduación de No asignado para mantener en secreto la verdad para los escalafones inferiores y no decirle nada a ella excepto que Keith murió irremediamente en circunstancias que nos obligaron a cerrar ese periodo al tráfico temporal. Le lloraría por un tiempo, claro, pero es demasiado fuerte para llorar por siempre... Vale, es un truco sucio. Pero ¿no sería mejor a la larga que dejarla venir aquí, a una posición servil, y compartir su hombre con al menos una docena de princesas con las que la política le obligará a casarse? ¿No sería mejor para ella romper por lo sano y empezar de nuevo, entre su propia gente?

—Aja —dijo Denison—. He mencionado esa idea sólo para descartarla. Pero debe de haber alguna otra forma. Mira, Manse, hace dieciséis años se daba una situación de la que surgió todo lo demás, no por capricho humano sino por la pura lógica de los acontecimientos. Supón que no me hubiese presentado. ¿No hubiese encontrado Harpagus a un falso Ciro diferente? La identidad exacta del rey no importa. Otro Ciro hubiese actuado de un modo diferente a mí en un millón de detalles diarios. Eso sería natural. Pero si no era un idiota sin esperanza, si era una persona razonablemente capaz, al menos concédeme que yo lo soy, entonces su carrera sería igual a la mía en todo lo importante, lo que aparece en los libros de historia. Lo sabes tan bien como yo. Excepto en los puntos cruciales, el tiempo siempre regresa a su propia forma. Las pequeñas diferencias desaparecen en días o años, por refuerzo negativo. Un refuerzo positivo sólo puede establecerse en momentos clave y su efecto multiplicarse con el paso del tiempo en lugar de desaparecer. ¡Tú lo sabes!

—Claro —dijo Everard—. Pero a juzgar por lo que cuentas, tu aparición en la cueva fue crucial. Fue eso lo que metió la idea en la cabeza de Harpagus. Sin ella, bien, no me cuesta imaginar la decadencia del Imperio medo, quizá víctima

de Lidia, o de Turan, porque los persas no hubiesen tenido el liderato por derecho divino que precisaban... No. No me acercaría a la cueva en ese momento sin la autorización de un daneliano.

Denison lo miró y levantó el cáliz, lo bajó y siguió mirando. Su rostro adoptó la expresión de un extraño. Al final dijo, en voz baja:

—No quieres que regrese, ¿verdad?

Everard saltó del banco. Dejó caer la copa, que resonó en el suelo, el vino corrió como la sangre.

—¡Calla! —gritó.

Denison asintió.

—Soy el rey —dijo—. Si levanto un dedo, esos guardias te cortarán en trocitos.

—Buena forma de conseguir mi ayuda —gruñó Everard.

Denison agitó el cuerpo. Se sentó inmóvil un rato, antes de decir:

—Lo siento. No comprendes lo que me afecta... Oh, sí, sí, no ha sido una mala vida. Ha tenido más color que la de la mayoría, y eso de ser casi divino acaba gustándote. Supongo que por eso avanzaré más allá del Jaxartes dentro de trece años: porque no podré hacer otra cosa; con todos esos ojos de joven león mirándome. Maldición, incluso puede que piense que mereció la pena.

Su expresión se torció en una sonrisa:

—Algunas de las chicas han sido increíbles. Y siempre está Cassandane. La convertí en mi esposa principal porque en cierta forma me recordaba a Cynthia. Creo. Es difícil saberlo, después de tanto tiempo. El siglo XX no me es real. Y da más satisfacción un buen caballo que un coche deportivo... y sé que lo que hago aquí es valioso, algo que muchos no saben de sus propias vidas... Sí. Siento haber gritado. Sé que me ayudarías si te atrevieses. Como no es así, no te culpo, y no tienes que lamentarlo por mí.

—¡Deja eso! —gruñó Everard.

Se sentía como si tuviese engranajes en el cerebro, girando en el vacío. Sobre la cabeza veía un techo pintado en el que un joven mataba a un toro, y el toro era el Sol y el Hombre. Más allá de las columnas y las parras se paseaban guardias con cotas de piel de dragón, con los arcos listos y los rostros como de madera tallada. Podía entreverse el ala de harén del palacio, donde un centenar o un millar de jóvenes se consideraban afortunadas por esperar el placer ocasional del rey. Más allá de las murallas de la ciudad se encontraban los campos de labranza, donde los campesinos sacrificaban a una Madre Tierra que era vieja en aquellos parajes a la llegada de los arios, y que se remontaba a un oscuro pasado. Más altas que las murallas flotaban las montañas, embrujadas por el lobo, el león, el jabalí y el demonio. Era un lugar demasiado extraño. Everard se había considerado inmune a lo extraño, pero ahora de pronto quería huir y ocultarse en su propio siglo y con su propia gente, y olvidar.

Dijo con prudencia:

—Déjame consultar con algunos asociados. Podemos examinar en detalle todo el periodo. Puede que haya algún punto de inflexión que... No tengo competencia para manejar esto solo, Keith. Déjame regresar al futuro y buscar consejo. Si se nos ocurre algo volveremos a... esta misma noche.

—¿Dónde tienes el saltador? —preguntó Denison.

Everard movió una mano.

—En las colinas.

Denison se acarició la barba.

—No vas a decirme más, ¿eh? Bien, es un acierto. No estoy seguro de confiar en mí mismo, si supiese dónde conseguir una máquina del tiempo.

—¡No pretendía insinuar eso! —gritó Everard.

—Oh, no importa. No nos peleemos por eso. —Denison suspiró—. Claro, vuelve a casa y mira qué puedes hacer. ¿Quieres una escolta?

—Mejor no. No es necesario, ¿verdad?

—No. Hemos hecho que esta zona sea más segura que Central Park

—No es decir mucho. —Everard alargó la mano—. Pero devuélveme mi caballo. Odiaría perderlo: es un animal especial de la Patrulla, entrenado para viajar en el tiempo. —Miró a los ojos al otro hombre—. Volveré. En persona. Sea cual sea la decisión.

—Claro, Manse —dijo Denison.

Salieron juntos, pasaron por las diversas formalidades de notificar a los guardias. Denison le indicó un dormitorio palaciego, donde le dijo que estaría todas las noches durante una semana, como punto de encuentro. Y luego al fin Everard besó los pies del rey, y cuando la presencia real se hubo ido, subió al caballo y salió despacio por las puertas de palacio.

Se sentía vacío por dentro. Realmente no había nada que hacer; y había prometido regresar e informar personalmente de esa sentencia al rey.

Más tarde, ese mismo día, se encontraba en las colinas, donde los cedros se alzaban sobre riachuelos fríos y furiosos y el camino lateral que había tomado se convertía en un sendero lleno de baches. Aunque era muy árido, en esa época Irán todavía tenía bosques como aquél. El caballo pisaba cansado. Debería encontrar la casa de algún pastor y pedir acomodo, simplemente para dejar descansar al animal. Pero no, habría luna llena; podría caminar si debía hacerlo y llegar al saltador antes de la salida del sol. No creía que pudiese dormir.

Pero un lugar de hierba crecida y marchita y bayas maduras parecía un buen sitio para descansar. Tenía comida en las alforjas, un pellejo de vino y el estómago vacío desde el amanecer. Viró la montura.

Entrevió algo. Muy lejos por el sendero, la luz del sol se reflejaba en una nube de polvo. Se hacía más grande a medida que la miraba. Varios jinetes, supuso, avanzando muy rápido. ¿Mensajeros del rey? Pero ¿a esta zona? Empezó a sentirse inquieto. Se puso el protector del casco, el casco encima, se colgó el escudo del brazo y sacó la espada corta de la vaina. Sin duda el grupo se limitaría a pasar a su lado, pero...

Ahora podía ver que eran ocho hombres. Llevaban buenos caballos y el que iba más atrás traía un montón de monturas de refresco. Sin embargo los animales estaban bastante agotados; el sudor corría a choros sobre los flancos pardos y tenían las crines pegadas al cuello. Debía de haber sido una larga galopada. Los jinetes iban vestidos con los habituales pantalones completos, camisa, botas, capa y sombrero alto sin alas: no eran cortesanos ni soldados profesionales, pero tampoco bandidos. Estaban armados con espadas, arcos y lazos.

De pronto Everard reconoció la barba gris del que iba en cabeza. Fue como una explosión: ¡Harpagus!

Y por entre la confusión podía también ver, que incluso para ser antiguos iraníes los que le seguían parecían bastante duros.

—Oh, oh —dijo Everard medio en voz alta—. La escuela ha terminado.

Se le conectó el cerebro. No había tiempo de tener miedo, sólo de pensar. Harpagus no tenía otro motivo evidente para correr por las colinas que la captura del griego Meandro. Claro, en una corte llena de espías y bocazas, Harpagus habría descubierto en una hora que el rey había hablado con el extraño como un igual en alguna lengua extranjera y que le había dejado ir al norte. Le llevaría al

quiliarca un poco más encontrar una excusa para abandonar el palacio, buscar a sus matones personales y darle caza. ¿Por qué? Porque «Ciro» había aparecido en su momento en aquellas tierras altas, cabalgando en un dispositivo que Harpagus codiciaba. No era un tonto, y el medo seguramente nunca se había sentido satisfecho con la historia que Keith le había contado. Parecía razonable que algún día apareciera otro mago del país natal del rey, y esta vez Harpagus no dejaría escapar el aparato con tanta facilidad.

Everard no esperó más. Sólo estaban a un centenar de metros. Podía ver relucir los ojos del quiliarca bajo las cejas caídas. Puso al galope el caballo, sacándolo del camino hacia el prado.

—¡Alto! —gritó tras él una voz que recordaba—. ¡Alto, griego!

Everard no obtuvo de su montura más que un trote cansado. Los cedros proyectaban sombras alargadas.

—¡Alto o disparamos!... ¡alto!... ¡dispara! ¡No a matar! ¡A la montura!

En el borde del bosque, Everard bajó de la silla. Oyó un zumbido furibundo y unos golpes. El caballo relinchó. Everard miró atrás; la pobre bestia estaba de rodillas. ¡Por Dios, alguien iba a pagar por eso! Pero él era un solo hombre y ellos ocho. Corrió bajo los árboles. Una flecha golpeó un tronco a su izquierda y se hundió en él.

Corrió, agachado, zigzagueando en la penumbra perfumada. De vez en cuando una rama baja le golpeaba la cara. Le hubiese venido bien más maleza, para intentar alguna maniobra algonquina, pero al menos el suelo blando era silencioso. Había perdido de vista a los persas. Casi instintivamente habían intentado adelantarlo a caballo. El sonido de golpes e insultos le indicó lo mal que había funcionado la estrategia.

Llegarían a pie en un minuto. Inclínó la cabeza. Un ligero susurró de agua... Se movió en su dirección, por una cuesta llena de pedruscos. Sus perseguidores no eran urbanitas indefensos, pensó. Estaba claro que alguno sería montañero, con ojos para leer hasta el más mínimo rastro de su paso. Tenía que ocultar el rastro; luego podría ocultarse hasta que Harpagus tuviese que regresar a las labores de la corte. Le dolía respirar. Detrás de él se oían voces, una nota de decisión, pero no conseguía entender lo que decían. Estaban demasiado lejos. Y la sangre le resonaba con mucha fuerza en los oídos.

Si Harpagus había disparado al invitado del rey, estaba claro que Harpagus no pretendía que el invitado pudiese informar al rey. El programa consistía en capturarlo, torturarlo hasta que revelase dónde estaba la máquina y cómo hacerla funcionar y, finalmente, la misericordia del acero. Judas —pensó Everard por entre el clamor de sus propias venas—. *He estropeado tanto esta operación hasta ser un manual de cómo no comportarse como patrullero. Y lo primero en la lista es: no pienses tanto en una chica que no te pertenece que olvides las precauciones elementales.*

Salió al borde de una ribera alta y húmeda. Por debajo corría un riachuelo hacia el valle. Le habían visto llegar hasta allí, pero no sabrían dónde se metería en el agua... ¿por dónde debía hacerlo?... al bajar sintió el barro frío y resbaladizo sobre la piel. Mejor ir corriente arriba. Eso le llevaría más cerca del saltador, y Harpagus podría considerar más probable que intentase regresar con el rey.

La piedras le hirieron los pies y el agua calmó el dolor. Los árboles formaban murallas en cada orilla, así que como techo tenía una franja delgada de un azul que se oscureció momentáneamente. En lo alto flotaba un águila. El aire se hizo más frío. Pero tuvo algo de suerte: el riachuelo se torcía como una serpiente en delirio y pronto perdió de vista el punto de entrada. *Recorreré un kilómetro o dos —pensó—, y quizá encontraré una rama baja que pueda agarrar para no dejar un rastro.*

Pasaron los minutos despacio.

En cuanto llegue al saltador—pensó—, voy al futuro y pido ayuda a los jefes. Sé muy bien que no van a dármele. ¿Por qué no sacrificar a un hombre para asegurarse su propia existencia y de todo lo que querían? Por tanto, Keith está atrapado aquí, dispone de trece años antes de que los bárbaros lo maten. Pero Cynthia seguirá siendo joven dentro de trece años, y después de una pesadilla de exilio tan larga y sabiendo que su hombre iba a morir, estaría apartada, sería una extraña en una época prohibida, sola en la corte asustada del loco Cambises II... No, tengo que ocultarle la verdad, mantenerla en casa haciéndole creer que Keith está muerto. El mismo querría que así lo hiciese. Y después de un año o dos ella volverá a ser feliz; yo podría enseñarle a ser feliz.

Había dejado de notar las rocas que le golpeaban los pies, el cuerpo que luchaba y resistía o el fragor del agua. Pero luego viró en un recodo y vio a los persas.

Eran dos, vadeando corriente abajo. Evidentemente su captura era lo suficientemente importante para romper el prejuicio religioso contra el envilecimiento de un río. Dos más caminaban arriba, moviéndose entre los árboles de cada orilla. Uno de ellos era Harpagus. Las largas espadas salieron con un silbido de las vainas.

—¡Alto! —gritó el quiliarca—. ¡Alto, griego! ¡Ríndete!

Everard se quedó inmóvil. El agua le corría por entre los tobillos. Los dos que acudieron a cogerlo eran irreales allá abajo, en un pozo de sombras sus rostros imprecisos, de forma que sólo veía las ropas blancas y un reflejo en las hojas curvas. Lo comprendió de pronto: los perseguidores habían seguido su rastro hasta el riachuelo. Así que se habían dividido, la mitad a cada dirección, corriendo más rápido sobre tierra firme de lo que él podía moverse en el agua. Llegados más allá de la distancia que él podía recorrer, habían deshecho el camino, más lentos cuando estaban limitados por la corriente, pero bastante

seguros de su éxito.

—Cogedle vivo —recordó Harpagus—. Atadle si es necesario, pero cogedle vivo.

Everard gruñó y se volvió hacia la orilla.

—Vale tío, tú lo has querido —dijo en inglés. Los dos hombres en el agua gritaron y empezaron a correr. Uno tropezó y cayó de cara. El hombre del lado opuesto bajó en tobogán sobre la espalda.

El barro era resbaladizo. Everard hundió la parte baja del escudo en él y subió. Harpagus se movió con frialdad para esperarlo. Al acercarse, la espada del viejo noble silbó, atacando desde lo alto. Everard movió la cabeza y recibió el golpe con el casco, que resonó. El filo resbaló y le cortó el hombro derecho, pero no mucho. Sólo notó un pinchazo y luego estaba demasiado ocupado para sentir nada.

No esperaba ganar. Pero haría que lo matasen y pagarían por el privilegio.

Llegó a la hierba y levantó el escudo justo a tiempo para protegerse los ojos. Harpagus buscó las rodillas. Everard lo apartó con la espada corta. El sable del miedo silbó. Pero de cerca, un asiático ligeramente armado no tenía ninguna oportunidad contra un hoplita, como la historia demostraría un par de generaciones más tarde. *Por Dios* —pensó Everard—, *si tuviese una coraza y grebas, ¡quizá pudiese encargarme de los cuatro!* Usaba el gran escudo con habilidad, poniéndolo frente a cada golpe y ataque, y siempre conseguía casi meterse bajo la espada larga de Harpagus y llegar al estómago.

El quiliarca sonrió tenso por entre las patillas grises trenzadas y se alejó. Ganaba tiempo, claro. Tuvo éxito. Los otros tres hombres subieron la ribera, gritaron y cargaron. Fue un ataque desordenado. Grandes luchadores individualmente, los persas nunca desarrollaron la disciplina de grupo de Europa, con lo que se derrotarían a sí mismos en Maratón y Gaugamela. Pero cuatro contra uno sin armadura era muy fácil.

Everard se puso de espaldas a un tronco. El primer hombre se acercó impaciente, con la espada golpeando el escudo griego. La espada de Everard salió disparada de detrás del oblongo de bronce. Hubo una ligera pero pesada resistencia. Conocía la sensación de otros días, retiró la espada y se hizo rápidamente a un lado. El persa se sentó, derramando su vida. Se quejó una vez, vio que era hombre muerto y levantó el rostro hacia el cielo.

Sus compañeros ya estaban con Everard, uno a cada lado. Las ramas bajas hacían que el lazo fuese inútil; tendrían que batallar. El patrullero rechazó la hoja izquierda con el escudo. Eso desprotegía las costillas, pero como sus oponentes tenían órdenes de no matarlo, podía permitírsele. El hombre de la derecha intentó dar a los tobillos de Everard. Everard saltó en el aire y la espada silbó bajo sus pies. El de la izquierda atacó, apuntando bajo. Everard sintió un impacto como y vio el acero en la pantorrilla. Se liberó de un salto. Un rayo de la puesta de sol

penetró entre las agujas y tocó la sangre, volviéndola de un rojo imposible. Everard sintió que la pierna cedía.

—Venga —gritó Harpagus, moviéndose a tres metros de distancia—. ¡Cortadlo en trozos!

Everard gritó sobre el borde del escudo:

—¡Una tarea que el chacal de vuestro líder no tiene el valor suficiente de intentar por sí mismo, después de que yo lo obligase a retirarse con el rabo entre las piernas!

Era algo calculado. El ataque se detuvo un instante. Se echó hacia delante.

—Si los persas deben ser perros de un medo —dijo con voz ronca—, ¿no podéis elegir a un medo que sea un hombre, en lugar de a esta criatura que traicionó a su rey y ahora huye de un solo griego?

Incluso tan al oeste y tan en el pasado, un oriental no podía permitir que lo avergonzaran de semejante forma. No es que Harpagus hubiese sido un cobarde; Everard sabía que sus afirmaciones eran injustas. Pero el quiliarca escupió una maldición y lo atacó. Everard tuvo un momento para entrever los ojos salvajes hundidos en el rostro de nariz aguileña. Con torpeza se adelantó. Los dos persas vacilaron un segundo más. Eso fue suficiente para que Everard y Harpagus se encontrasen. La hoja del medo se levantó y cayó, rebotó en el escudo y el casco griego, y buscó por un lado cortar la pierna. Una túnica suelta ondeó blanca frente a la vista de Everard. Bajó los hombros y metió la espada.

La retiró con un giro cruel y profesional que garantizaba una herida mortal, dio una vuelta sobre el talón derecho y recibió un golpe en el escudo. Durante un minuto él y el persa intercambiaron furia. Por el rabillo del ojo, vio que el otro daba una vuelta para colocarse tras él. Bien, pensó de forma distante, había matado al hombre peligroso para Cynthia...

—¡Alto!

La orden fue una débil agitación en el aire, menos audible que la corriente montañosa, pero los guerreros se retiraron y bajaron las armas. Incluso el persa moribundo apartó los ojos del cielo.

Harpagus luchó por sentarse, en un charco de su propia sangre. La piel se le había vuelto gris.

—No... alto —susurró—. Esperad. Aquí hay un propósito. Mitra no me hubiese herido a menos que...

Hizo un gesto señorial. Everard dejó caer la espada, avanzó cojeando y se arrodilló junto a Harpagus. El medo se recostó en sus brazos.

—Eres de la tierra natal del rey —dijo con voz áspera por entre la barba ensangrentada—. No lo niegues. Pero ten claro... que Aurvagaush el hijo de Khshayavarsha... no es un traidor. —La forma delgada se envaró, imperiosa, como si ordenase a la muerte esperar—. Sabía que había poderes involucrados, del cielo o el infierno, hoy no sé de dónde, en la llegada del rey. Los empleé, lo

empleé a él, no por mí, sino porque había jurado lealtad a mi propio rey, Astiages, y él necesitaba un... un Ciro... para evitar que el reino se fragmentase. Después, por su crueldad, Astiages perdió mi lealtad. Pero todavía era un medo. Vi en Ciro la única esperanza, la mejor esperanza de Media. Porque también ha sido un buen rey para nosotros... bajo su dominio sólo somos segundos tras los persas... ¿Lo entiendes, tú que vienes del hogar del rey? —Los ojos oscuros giraron, intentando ver a Everard pero sin suficiente control—. Quería capturarte... para robarte el ingenio y su uso, y luego matarte... sí... pero no para ganar yo. Era por el reino. Temía que te llevases al rey a casa, como sé que él desea. ¿Y qué sería de nosotros? Sé misericordioso, porque tú también debes esperar misericordia.

—Lo haré —dijo Everard—. El rey permanecerá aquí.

—Está bien —suspiró Harpagus—. Creo que dices la verdad... no me atrevo a creer otra cosa... Entonces, ¿he expiado mi culpa? —dijo con débil voz ansiosa—. Por el asesinato que cometí por orden de mi viejo rey... al dejar un niño indefenso sobre una montaña y verlo morir... ¿estoy perdonado, compatriota del rey? ¿Porque fue la muerte de ese príncipe... lo que llevó esta tierra tan cerca de su destrucción... pero encontré otro Ciro! ¡Nos salvé a todos! ¿He sido perdonado?

—Sí —dijo Everard, y se preguntó cuánta absolución tenía poder para dar. Harpagus cerró los ojos.

—Entonces déjame —dijo, como el eco que se desvanecía de una orden.

Everard lo colocó sobre la tierra y se alejó. Los dos persas se arrodillaron al lado de su amo para llevar a cabo ciertos ritos. El tercer hombre regresó a sus propias contemplaciones. Everard se sentó bajo un árbol, arrancó una tira de tela de su capa y se vendó las heridas. El corte de la pierna necesitaría atención. De alguna forma debía llegar al saltador. No sería divertido, pero lo conseguiría y entonces un doctor de la Patrulla le repararía en unas cuantas horas con la ciencia médica de un futuro posterior a su época. Iría a la oficina de algún entorno oscuro, porque harían demasiadas preguntas en el siglo XX.

Y no podía permitírsele. Si sus superiores supiesen lo que planeaba, probablemente lo prohibirían.

La respuesta le había llegado, no como una revelación cegadora, sino como la cansada conciencia del conocimiento que bien podía haber tenido en el subconsciente desde hacía tiempo. Se recostó, para recuperar el aliento. Los otros cuatro persas llegaron y les contaron lo sucedido. Ninguno de ellos hizo caso a Everard, excepto por unas miradas donde el terror luchaba con el orgullo, y realizaron gestos furtivos contra el mal. Levantaron al jefe muerto y a su compañero moribundo y se los llevaron al bosque. La oscuridad se hizo más intensa. En algún lugar ululó un búho.

El Gran Rey estaba sentado en la cama. Había oído un ruido más allá de las cortinas.

Cassandane, la reina, se agitó imperceptiblemente. Una mano delicada le tocó la cara.

—¿Qué es, sol de mi cielo? —preguntó.

—No lo sé. —Buscó a tientas la espada que siempre tenía bajo la almohada —. Nada.

La palma se deslizó hasta el pecho.

—No, es mucho —susurró ella, agitada de pronto—. Tu corazón resuena como un tambor de guerra.

—Quédate aquí. —Abrió las cortinas y salió.

La luz de la luna penetraba desde un cielo profundamente púrpura, por una ventana arqueada que llegaba hasta el suelo. Se reflejaba casi cegadora en un espejo de bronce. Notaba el aire frío sobre la piel desnuda.

Una cosa de metal oscuro, cuyo jinete sostenía por un manillar mientras tocaba los controles, se deslizó como otra sombra. Aterrizó sin sonido sobre la alfombra y el jinete bajó. Era un hombre grande con túnica y casco griego.

—Keith —dijo.

—¡Manse! —Denison avanzó hacia la luz de la luna—. ¡Has venido!

—No me digas —respondió Everard con sarcasmo—. ¿Crees que alguien nos oirá? No creo que me hayan visto. Me he materializado directamente sobre el tejado y flotado en antigravedad.

—Hay guardias justo al otro lado de la puerta —dijo Denison—, pero no entrarán a menos que toque el gong o grite.

—Bien. Ponte algo de ropa.

Denison bajó la espada. Permaneció envarado un instante, luego sonrió.

—¿Has encontrado una forma?

—Quizá. Quizá. —Everard apartó la vista del otro hombre, tamborileó con los dedos sobre el panel de control—. Mira, Keith —dijo al fin—. Tengo una idea que podría funcionar. Necesitaré tu ayuda para ponerla en práctica. Si sale bien, podrás volver a casa. La oficina central aceptará un *fait accompli* y no prestará atención al incumplimiento de las reglas. Pero si sale mal, tendrás que regresar a

esta misma noche y vivir tu vida como Ciro. ¿Podrás hacerlo?

Denison se estremeció con algo más que un escalofrío. En voz muy baja dijo:
—Creo que sí.

—Yo soy más fuerte que tú —dijo Everard con brusquedad—, y tendré la única arma. Si es necesario, te obligaré a venir aquí. Por favor, que no tenga que ser así.

Denison inspiró profundamente.

—No será necesario.

—Entonces esperemos que las normas cooperen. Vamos, vístete. Te lo explicaré por el camino. Dale un beso de despedida a este año y confía en que no sea « hasta luego» ... porque si mi idea sale bien, ni tú ni nadie volverá a verlo.

Denison, que medio se había vuelto hacia la ropa tirada en una esquina para que un esclavo la cambiase antes del amanecer, se detuvo.

—¿Qué? —preguntó.

—Vamos a intentar reescribir la historia —dijo Everard—. O quizá restaurar la historia que estaba aquí en primer lugar. No lo sé. ¡Vamos, sube!

—Pero...

—¡Rápido, hombre, rápido! ¿No comprendes que he vuelto el mismo día en que te dejé, que en estos momentos me estoy arrastrando por las montañas con una pierna abierta, sólo para ahorrarte ese tiempo extra? ¡Muévete!

Denison tomó una decisión. Tenía el rostro entre tinieblas, pero habló en voz baja y con claridad:

—Tengo un adiós personal que dar.

¿Qué?

—A Cassandane. Ha sido mi mujer, por Dios, ¡catorce años! Me ha dado tres hijos y, en una ocasión, cuando los medos estaban a las puertas, ella guió a las mujeres de Pasargada para animarnos y ganamos... Dame cinco minutos, Manse.

—Vale, vale. Aunque necesitarás más de cinco minutos para enviar a un eunuco a su habitación y...

—Está aquí.

Denison se perdió tras las cortinas.

Everard permaneció un momento anonadado.

Esperabas que viniese por ti esta noche —pensó—, y esperabas que pudiese llevarte de nuevo con Cynthia. Así que mandaste llamar a Cassandane.

Y luego, cuando los dedos empezaban a dolerle de agarrar con tanta fuerza el mango de la espada: *Oh, cállate, Everard, granuja pagado de ti mismo y petulante.*

Al fin Denison regresó. No habló mientras se ponía la ropa y montaba en el asiento trasero del saltador. Everard saltó en el espacio, una transición instantánea; la habitación se desvaneció y la luz de la luna inundaba las colinas

allá abajo. Un viento frío corrió alrededor de los hombres en el cielo.

—Ahora a Ecbatana. —Everard encendió la luz del panel y ajustó los controles según una nota garabateada en la libreta del piloto.

—Ec... Oh, ¿te refieres a Hagmatan? ¿La vieja capital meda? —Denison sonaba asombrado—. Pero ahora no es más que una residencia de verano.

—Me refiero a Ecbatana hace treinta y seis años —dijo Everard.

—¿Eh?

—Mira, todos los historiadores científicos del futuro están convencidos de que la historia de la infancia de Ciro, tal y como la relatan Heródoto y los persas, es pura fábula. Bien, quizá siempre tuvieron razón. Quizá tus experiencias han sido uno de esos pequeños fallos del espacio-tiempo que la Patrulla intenta eliminar.

—Comprendo —dijo Denison lentamente.

—Supongo que estuviste a menudo en la corte de Astiages cuando eras su vasallo. Vale, me guiarás. Queremos al tipo a solas, preferiblemente de noche.

—Dieciséis años es mucho tiempo —dijo Denison.

—¿Mm?

—Si de todas formas intentas cambiar el pasado, ¿por qué usarme en ese punto? Ven a mí cuando haya sido Ciro sólo durante un año, lo suficiente para estar familiarizado con Ecbatana pero...

—Lo siento, no. No me atrevo. Ya nos estamos moviendo muy de cerca. Dios sabe qué bucle secundario en las líneas del tiempo podría producir algo así. Incluso si saliese bien, la Patrulla nos enviaría a los dos al planeta de exilio por arriesgarnos de esa forma.

—Bien... sí, te entiendo.

—Además —dijo Everard—, no eres de los que se suicidan. ¿Realmente querías que tu yo, en este instante, no existiese? Piensa durante un minuto lo que eso implica exactamente.

Completó los ajustes. A su espalda Denison se estremeció.

—¡Mitra! —exclamó—. Tienes razón. No hablemos más de ello.

—Ahí vamos, entonces. —Everard pulsó el interruptor principal.

Flotó sobre una ciudad de planta desconocida. Aunque también era una noche iluminada por la luna, la ciudad era una mancha oscura a los ojos. Metió la mano en las alforjas.

—Toma —dijo—. Ponte este disfraz. Hice que los chicos del periodo medio de Mohenjo-Daro lo ajustasen a mis especificaciones. La situación es tal que ellos mismos a menudo necesitan este tipo de disfraz.

El aire silbó mientras el saltador iba hacia tierra. Denison pasó un brazo más allá de Everard para señalar.

—Ése es el palacio. El dormitorio real está en el ala este...

Era un edificio más pesado y menos grácil que el sucesor persa en Pasargada. Everard entrevió un par de toros alados blancos en el jardín de otoño,

heredados de los asirios. Comprendió que las ventanas que tenía enfrente eran demasiado estrechas para entrar, soltó un juramento y se dirigió a la puerta más cercana. Un par de guardias montados levantaron la vista, vieron lo que venía y gritaron. Los caballos relincharon y los arrojaron al suelo. La máquina de Everard destrozó la puerta. Un milagro más no iba a afectar a la historia, especialmente cuando en esas cosas se creía tan devotamente como en las píldoras de vitaminas en casa, y posiblemente con más razón. Las lámparas lo guiaron por un pasillo donde los esclavos y guardias gemían de terror. En el dormitorio real sacó la espada y golpeó con el pomo.

—Ocúpate tú, Keith —dijo—. Tú conoces la versión meda del ario.

—¡Abre, Astiages! —rugió Denison—. ¡Abre a los mensajeros de Ahura-Mazda!

Para sorpresa de Everard, el hombre obedeció. Astiages era tan valiente como su gente. Pero cuando el rey —una persona rechoncha de mediana edad y rostro duro— vio dos seres de toga luminosa con halos en la cabeza y alas de luz a la espalda, sentados sobre un trono de hierro que flotaba en el aire, se postró.

Everard oyó a Denison rugir en el mejor estilo de predicador, usando un dialecto que apenas podía entender:

—¡Oh, infame vasija de iniquidad, la ira del cielo ha caído sobre ti! ¿Creías que tu menor pensamiento, aunque oculto en las tinieblas de donde nació, podía quedar oculto al Ojo del Día? ¿Creías que el todopoderoso Ahura-Mazda permitiría un acto tan terrible como el que tramabas...?

Everard no escuchó. Se perdió en sus propios pensamientos: Harpagus se encontraba probablemente en algún punto de esa misma ciudad, lleno de juventud y todavía sin la carga de la culpa. Ahora ya no tendría que soportarla. Nunca tendería a un bebé sobre una montaña y se apoyaría en su lanza mientras lloraba, se estremecía y finalmente se quedaba quieto. En el futuro se rebelaría, por sus propias razones, y se convertiría en el quiliarca de Ciro, pero no moriría en los brazos de su enemigo en un bosque maldito; y a un cierto persa, cuyo nombre Everard no conocía, también se le evitaría una espada griega y una lenta caída en el vacío.

Pero el recuerdo de los dos hombres que maté esta impreso en las células de mi cerebro: tengo una delgada cicatriz blanca en la pierna; Keith Denison tiene cuarenta y siete años y ha aprendido a pensar como un rey.

—... Descubre, Astiages, que ese niño Ciro tiene el favor del cielo. Y el cielo es misericordioso: se te ha advertido que si manchas tu alma con esa sangre inocente, ese pecado nunca podrá ser lavado. ¡Permite que Ciro crezca en Anzán, o arde por siempre con Ahriman! ¡Mitra ha hablado!

Astiages se arrastró dando golpes con la cabeza en el suelo.

—Vámonos —dijo Denison en inglés.

Everard saltó a las colinas persas, treinta y seis años en el futuro. La luz de la

luna caía sobre los cedros cerca de una carretera y una corriente. Hacía frío y aullaba un lobo.

Hizo aterrizar el saltador, bajó y empezó a quitarse el disfraz. El rostro barbudo de Denison salió de la máscara, con la extrañeza escrita en él.

—Me pregunto —dijo. Su voz casi se perdió en el silencio bajo las montañas—. Me pregunto si no habremos asustado demasiado a Astiages. La historia registra que le dio a Ciro tres años de lucha cuando los persas se rebelaron.

—Siempre podemos ir al comienzo de la guerra y darle una visión animándole a resistir —dijo Everard, luchando por ser práctico; porque le rodeaban los fantasmas—. Pero no creo que sea necesario. Apartará las manos del príncipe, pero cuando un vasallo se rebeló... bueno, estará tan enloquecido como para dejar a un lado lo que para entonces le parecerá un sueño. Además, sus propios nobles, con intereses medos, no le permitirían rendirse. Pero comprobémoslo. ¿No encabeza el rey una procesión en el festival del solsticio de invierno?

—Sí. Vamos. Rápido.

Y el sol ardía sobre ellos, en lo alto de Pasargada. Dejaron la máquina oculta y caminaron a pie, dos viajeros más en la corriente que venía a celebrar el nacimiento de Mitra. Por el camino, preguntaron qué había sucedido, explicando que llevaban mucho tiempo fuera. Las respuestas fueron satisfactorias, incluso en pequeños detalles que la memoria de Denison recordaba pero que las crónicas no mencionaban.

Finalmente estaban de pie bajo un cielo azul escarcha, entre miles de personas, y saludaron cuando Ciro el Grande pasó cabalgando con sus principales cortesanos, Kobad, Creso y Harpagus, y le siguió el orgullo, la pompa y el sacerdocio de Persia.

—Es más joven de lo que yo era —susurró Denison—. Tendría que serlo, supongo. Y un poco más pequeño... un rostro completamente diferente, ¿no?... pero valdrá.

—¿Quieres quedarte para la diversión? —preguntó Everard.

Denison se cerró la capa. El aire era frío.

—No —dijo—. Volvamos. Ha pasado mucho tiempo. Incluso si nunca sucedió.

—Aja. —Everard se sentía más solemne de lo que debería sentirse un rescatador victorioso—. Nunca sucedió.

Keith Denison salió del ascensor de un edificio en Nueva York. Se había sentido vagamente sorprendido de no recordar su aspecto. Ni siquiera recordaba el número de su apartamento, tuvo que comprobarlo en el directorio. Detalles, detalles. Intentó dejar de temblar.

Cynthia abrió la puerta cuando él iba a hacerlo.

—Keith —dijo ella, casi incrédula.

El no pudo encontrar más palabras que:

—Manse te advirtió sobre mí, ¿no? Dijo que lo haría.

—Sí. No importa. No comprendí que tu aspecto habría cambiado tanto. Pero no importa. ¡Oh, querido!

Ella lo hizo entrar, cerró la puerta y se hundió en sus brazos.

Keith miró el apartamento. Había olvidado lo pequeño que era. Y nunca había compartido el gusto de Cynthia en decoración, aunque se había rendido.

El hábito de rendirse a una mujer, incluso de pedirle su opinión, sería algo que tendría que aprender de nuevo. No le resultaría fácil.

Ella levantó un rostro húmedo para que él lo besara. ¿Era ése el aspecto de Cynthia? Pero no lo recordaba... no. Después de todo ese tiempo, él sólo recordaba que ella era baja y rubia. Había vivido con ella unos cuantos meses; Cassandane lo había llamado su estrella matutina, le había dado tres hijos y había aguardado para hacer su voluntad durante catorce años.

—Oh, Keith, bienvenido a casa —dijo la vocecita aguda.

¡En casa! —pensó—. ¡Dios!

Las cascadas de Gibraltar

La base de la Patrulla del Tiempo sólo estaría allí durante el centenar de años más o menos que duraría la afluencia. A lo largo ese periodo, poca gente, aparte de los científicos y el personal de mantenimiento, se quedaría allí demasiado tiempo. Por tanto era pequeña, un refugio y un par de edificios de servicio, casi perdidos en la tierra.

Cinco millones de años y medio antes de su nacimiento, Tom Nomura descubrió que el sur de Iberia era más empinado de lo que recordaba. Las colinas trepaban abruptamente hacia el norte hasta convertirse en montañas bajas que amurallaban el cielo, atravesadas por cañones en los que las sombras eran azules. Era una región seca, con lluvias violentas pero breves en el invierno, con ríos convertidos en arroyuelos o en nada cuando la hierba ardía en el verano. Los árboles y los arbustos crecían muy apartados: espino, mimosa, acacia, pino, álce; alrededor del agua había palmeras, helechos, orquídeas.

Con todo, era rica en vida. Los halcones y los buitres siempre flotaban en el cielo despejado. Manadas de rumiantes se entremezclaban; había ponis rayados, rinocerontes primitivos, antepasados de la jirafa con aspecto de okapi, en ocasiones mastodontes —de fino pelo rojo, con grandes colmillos— o extraños elefantes. Entre los depredadores y carroñeros se contaban los dientes de sable, formas primarias de los grandes gatos, las hienas y los correteantes monos de tierra que en ocasiones caminaban sobre sus patas traseras. Los hormigueros se levantaban a casi dos metros sobre el suelo. Las marmotas silbaban.

Olía a heno, a quemado, mierda cocida y carne caliente. Cuando se despertaba el viento, corría con fuerza, empujando y arrojando polvo y calor a la cara. A menudo la tierra resonaba por las pisadas de los animales, los pájaros clamaban y las bestias barritaban. Por la noche llegaba un frío súbito, y las estrellas eran tantas que uno no distinguía las extrañas constelaciones.

Así habían sido las cosas hasta hacía poco. Y todavía no se había producido ningún gran cambio. Pero había comenzado un siglo de trueno. Cuando terminase, nada volvería a ser igual.

Manse Everard miró con los ojos entrecerrados a Tom Nomura y a Feliz a Rach durante un breve momento antes de sonreír y decir:

—No, gracias, hoy me quedaré por aquí. Divertíos.

¿Había caído uno de los párpados del hombre alto, con nariz rota y algo canoso en dirección a Nomura? Éste no podía estar seguro. Eran del mismo entorno, del mismo país. Que Everard hubiese sido reclutado en Nueva York en 1954 y Nomura en San Francisco en 1972 no debería representar gran diferencia. Los trastornos de esa generación no eran más que burbujas en comparación con lo sucedido antes y lo que vendría después. Sin embargo, Nomura acababa de salir de la Academia, con apenas veinticinco años de tiempo vital a las espaldas. Everard no había dicho cuántos años sumaban sus propios viajes por el tiempo; y, considerando el tratamiento de longevidad que la Patrulla ofrecía a sus miembros, era imposible adivinarlo. Nomura sospechaba que el agente No asignado había visto suficiente existencia como para haberse convertido en más extraño para él que Feliz, que había nacido a dos milenios de ambos.

—Muy bien, empecemos —dijo ella. Por cortante que fuese, Nomura pensaba que su voz convertía el temporal en música.

Salieron del porche y atravesaron el patio. Un par de patrulleros los saludaron, con un placer dirigido a ella. Nomura estaba de acuerdo. La mujer era joven y alta, la fuerza de sus rasgos quedaba suavizada por unos grandes ojos verdes, y tenía la boca grande y un pelo castaño que relucía a pesar de llevarlo cortado a la altura de las orejas. El habitual mono gris y las botas resistentes no podían ocultar su figura y la agilidad de su paso.

Nomura sabía que él mismo no era mal parecido —un cuerpo ancho pero flexible, rasgos regulares de altos pómulos, piel bronceada— pero ella hacía que se sintiese soso.

También por dentro —pensó él—. ¿Cómo se las arregla un patrullero novato, ni siquiera asignado a labores policiales, sino un simple naturalista, para decirle a una aristócrata del Primer Matriarcado que se ha enamorado de ella?

El ruido que siempre llenaba el aire, esos kilómetros de distancia de las cataratas, a él le sonaba como un coro. ¿Era su imaginación, o realmente sentía un interminable estremecimiento por el suelo hasta sus huesos?

Feliz abrió un cobertizo. En su interior había varios saltadores, que se asemejaban vagamente a motocicletas de dos asientos sin ruedas, propulsados por antigravedad y capaces de saltar varios miles de años (ellos y sus actuales jinetes habían sido transportados hasta allí por transbordadores de carga). El de ella estaba cargado de equipos de grabación. Él no había conseguido convencerla de que estaba cargado en exceso y sabía que nunca le perdonaría que se lo advirtiera a alguien de fuera. Su invitación a Everard —el oficial de mayor rango disponible, aunque allí estaba sólo de vacaciones—, para que se uniese a ellos, había sido realizada con la vaga esperanza de que Everard viese la carga y le ordenase permitir que su asistente llevase una parte.

Ella saltó a la silla.

—¡Vamos! —dijo—. La mañana avanza.

Nomura montó en su vehículo y tocó los controles. Los dos se deslizaron hacia el exterior y hacia lo alto. A la altura de un águila, recuperaron la horizontal y se dirigieron al sur, donde el río Océano vertía a la Mitad de la Tierra.

Bancos de niebla elevados siempre marcaban el horizonte, pasando del plata al azul celeste. A medida que uno se acercaba, ganaban altura. Más adelante, el universo se convertía en gris, estremecido por el rugido, amargo a los labios humanos, mientras el agua fluía entre las rocas y atravesaba el barro. Tan espesa era la fría niebla salina que era poco recomendable respirarla más de unos cuantos minutos.

Desde lo alto, la imagen era todavía más asombrosa. Allí podía verse el final de una era geológica. Durante millón y medio de años la cuenca del Mediterráneo había sido un desierto. Ahora las Puertas de Hércules se habían abierto y el Atlántico entraba.

Con el viento del movimiento a su alrededor, Nomura miró al oeste a través de una inmensidad inquieta, de muchos colores y llena de espuma. Podía ver las corrientes, atraídas hacia el nuevo espacio abierto entre Europa y África. Allí entrecrocaban y retrocedían, un caos blanco y verde cuya violencia iba de tierra a cielo y regresaba, desmoronaba los acantilados, tapaba valles y cubría las costas de espuma durante kilómetros hacia el interior. Desde allí venía una corriente, del color de la nieve por su furia, con resplandores esmeralda, para situarse en una pared de doce kilómetros entre los continentes y bramar. La espuma saltaba a lo alto, ocultando torrente tras torrente donde el mar penetraba.

Los arco iris llenaban las nubes resultantes. A esa altura, el ruido no era más que una monstruosa piedra de molino chirriando, Nomura podía oír con claridad la voz de Feliz en su receptor cuando ésta detuvo el vehículo y levantó un brazo.

—Un momento. Quiero unas muestras más antes de volver.

—¿No tienes suficientes? —preguntó él.

Las palabras de ella fueron suaves.

—¿Cómo puede haber suficiente de un milagro?

A él le dio un vuelco el corazón. *Ella no es una guerrera, nacida para dominar a un montón de súbditos. A pesar de su vida anterior no lo es. Ella siente el temor, la belleza, sí, la sensación de Dios en su obra...*

Una sonrisa triste para sí mismo: ¡Mejor que sea así!

Después de todo, la tarea de Feliz era realizar una grabación multisensorial de todo aquello, desde el comienzo hasta el día en que, cien años después, la cuenca estuviese llena y en calma el mar donde navegaría Odiseo. Precisaría meses de su tiempo vital. ¡Y, del mío, por favor, del mío! Todos en el cuerpo querían

experimentar aquel espectáculo estupendo; la esperanza de aventura era prácticamente un requisito para el reclutamiento. Pero no era posible que tantos viniesen al pasado remoto y se acumularan en una zona temporal tan limitada. La mayoría tendría que experimentarlo de segunda mano. Sus jefes no hubiesen elegido a nadie que no fuese un artista consumado, para vivirlo y pasarles la experiencia.

Nomura recordó su asombro cuando le encomendaron que fuese su ayudante. Tan corta como andaba siempre de personal, ¿podía permitirse artistas la Patrulla?

Bien, después de contestar a un críptico anuncio, someterse a varias pruebas desconcertantes y aprender sobre el tráfico intertemporal, se había preguntado si el trabajo policial y de rescate era posible y le habían dicho que, generalmente, lo era. Podía entender la necesidad de personal administrativo, agentes residentes, historiadores, antropólogos y, sí, naturalistas como él mismo. Durante las semanas que llevaban trabajando juntos, Feliz le había convencido de que unos cuantos artistas eran al menos igualmente vitales. El hombre no vive sólo de pan, ni de pistolas, burocracia, tesis y otros detalles prácticos.

Ella volvió a poner en marcha su aparato.

—Vamos —ordenó.

Mientras se alejaba hacia al este por delante de él, su pelo reflejó un rayo de sol y brilló como si estuviese fundido. Nomura la siguió en silencio.

El suelo del Mediterráneo se encontraba a 3.000 metros por debajo del nivel del mar. El flujo caía por un estrecho de 80 km. de ancho. Su volumen representaba unos 40.000 km³ al año, un centenar de cataratas Victoria o un millar de Niágaras.

Hasta ahí las estadísticas. La realidad era un estruendo de agua blanca, cubierta de espuma, capaz de agitar la tierra y estremecer montañas. Los hombres podían ver, oír, sentir, oler y saborear el espectáculo; no podían imaginarlo.

Donde el canal se ensanchaba, el flujo se suavizaba, hasta correr verde y negro. Después la neblina se desvanecía y aparecían las islas, como barcos que produjesen enormes estelas; y la vida podía de nuevo crecer o llegar a la orilla. Pero la mayoría de esas islas desaparecerían por la erosión antes de que terminase el siglo, y la mayor parte de esa vida perecería debido a los cambios climáticos. Porque ese acontecimiento llevaría al planeta del Mioceno al Plioceno.

Al avanzar volando, Nomura no oía menos ruido, sino más. Aunque allí la corriente era más tranquila, se movía hacia un clamor bajo que se incrementaba hasta que el cielo era un infierno bronco. Reconoció una cabeza de tierra cuyo

resto gastado llevaría algún día el nombre de Gibraltar. No muy lejos, una catarata de 30 km. de ancho producía casi la mitad de toda el agua que entraba.

Con terrible facilidad, las aguas saltaban ese obstáculo. Eran de un verde cristalino sobre los acantilados oscuros y el ocre profundo de los continentes, La luz encendía sus cumbres. Al fondo, otro banco de nubes se desplazaba blanco por entre los vientos sin fin. Más allá había una hoja azul, un lago cuyos ríos grababan cañones, sobre el centelleo alcalino, el polvo del diablo y el estremecimiento de espejismos de una tierra horno que convertirían en un mar.

Feliz volvió a detener su volador. Nomura se situó a su lado. Estaban a gran altitud; el aire corría frío a su alrededor.

—Hoy —le dijo ella— quiero intentar conseguir una impresión del tamaño. Me acercaré a la parte alta, grabando mientras me muevo, y luego hacia abajo.

—No demasiado cerca —le advirtió él.

Ella mostró su desagrado.

—Eso lo juzgaré yo.

—Bueno, y o... no intentaba darte órdenes ni nada parecido. —*Mejor que no lo haga. Yo, un plebeyo y un hombre.* Hazlo por mí, por favor... —Nomura se estremeció al oír sus propias palabras torpes—. Ten cuidado, ¿sí? Es decir, para mí eres importante.

La sonrisa de Feliz le dio ánimos. Ella se inclinó en el arnés de seguridad para cogerle la mano.

—Gracias, Tom. —Después de un momento se puso seria—: Los hombres como tú me hacen comprender lo equivocada que estaba la época de la que vengo.

Ella a menudo le hablaba con amabilidad: de hecho, casi siempre. Si hubiese sido una militante estridente, la belleza no le hubiese mantenido despierto por las noches. Se preguntó si no habría empezado a amarla cuando se dio cuenta del cuidado que ponía en tratarlo como a un igual. No era fácil para ella, casi tan novata en la Patrulla como él... no más fácil de lo que era para hombres de otras épocas creer, en el interior, donde importaba, que ella tenía sus mismas capacidades y que estaba bien que las usase hasta el límite.

Ella no pudo permanecer solemne.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Date prisa! ¡Esa caída recta no va a durar veinte años más!

Su máquina salió disparada. Nomura se bajó la visera del casco y salió tras ella cargado con las cintas, baterías y otros elementos auxiliares. *Ten cuidado* —le suplicó—, *oh, ten cuidado, querida.*

Ella se había adelantado mucho. La vio como un cometa, una libélula, toda rapidez y hermosura, dibujada sobre un precipicio marino de kilómetros de altura. El ruido creció en él hasta que no hubo nada más, hasta que su cráneo estuvo lleno del juicio Final.

A varios metros del suelo, ella desvió el saltador hacia la sima. Tenía la cabeza enterrada en una caja llena de indicadores y con las manos trabajaba en los ajustes; guiaba el saltador con las rodillas. Las salpicaduras empezaron a empañar el protector de Nomura. Activó el limpiador.

La turbulencia lo agarró; siguió dando bandazos. Los oídos, protegidos contra el sonido pero no contra los cambios de presión, le dolían. Estaba bastante cerca de Feliz cuando el vehículo de ella se volvió loco. Lo vio dar vueltas, lo vio golpear la inmensidad verde, vio cómo la tragaba. No podía oírse gritar por entre el estruendo.

Le dio al control de velocidad, y corrió tras ella. ¿Fue el instinto ciego lo que le hizo dar la vuelta, pocos centímetros antes de que el torrente se lo tragase? No la veía. Sólo quedaba el muro de agua, las nubes por debajo y la inmisericorde calma azul del cielo, el ruido que le agitaba la mandíbula y lo destrozaba, el frío, la humedad, la sal en la boca que sabía a lágrimas.

Fue a buscar ayuda.

En el exterior era mediodía. La tierra parecía desteñida, sin movimiento y sin vida exceptuando los buitres. Sólo la distante cascada tenía vida.

Una llamada a la puerta sacó a Nomura de la cama. Por entre el pulso ruidoso, dijo:

—Pasa.

Everard entró. A pesar del aire acondicionado, tenía la ropa empapada de sudor. Llevaba una pipa apagada y tenía los hombros caídos.

—¿Qué noticias hay? —le rogó Nomura.

—Como me temía. No regresó a casa.

Nomura se hundió en el sillón y fijó la mirada al frente.

—¿Estás seguro?

Everard se sentó en la cama, que chirrió bajo su peso.

—Sí. La cápsula de mensaje acaba de llegar. En respuesta a mi pregunta, etcétera, la agente Feliz a Rach no se ha presentado en su entorno de origen desde su puesto en Gibraltar, y no tienen ningún informe posterior de ella.

—¿En *ninguna* era?

—Nadie conserva expedientes de la forma en que los agentes se mueven por el tiempo, excepto quizá los danielianos.

—¡Pregúntaselo a ellos!

—¿Crees que iban a contestar? —le respondió Everard... ellos, los superhombres del remoto futuro que eran los fundadores y amos supremos de la Patrulla. Formó un puño sobre la rodilla—. Y no me digas que los mortales normales podrían tener mejor vigilancia si quisiesen. ¿Has comprobado tu futuro personal, hijo? No queremos que se haga, y eso es todo.

La aspereza lo abandonó. Movi6 la pipa y dijo con la mayor amabilidad:

—Si vivimos lo suficiente, sobrevivimos a aquellos que nos importan. Es el destino normal del hombre; no único del cuerpo. Pero lamento que tuvieses que pasar por esto tan joven.

—¡Yo no importo! —exclamó Nomura—. ¿Qué hay de ella?

—Sí... he estado meditando sobre tu informe. Mi teorí a es que el flujo de aire es muy complejo alrededor de la catarata. Sin duda deberíamos haberlo previsto. Con sobrecarga, el saltador no era tan controlable como es habitual. Una bolsa de aire, un fallo, lo que fuese, algo la atrapó sin aviso y la arrojó a la corriente.

Nomura se apretó los dedos.

—Y se suponía que tenía que buscarla.

Everard negó con la cabeza.

—No te castigues aún más. No eras más que su ayudante. Ella tendrí a que haber tenido más cuidado.

—Pero... ¡Maldita sea! Todavía podemos rescatarla, ¿y tú no vas a permitirlo?

—Calla —le advirtió Everard—. No lo digas.

Nunca lo digas.— varios patrulleros podían retroceder en el tiempo, agarrarla con un rayo tractor y liberarla del abismo. O yo podría hacerle una advertencia a ella y a mi yo anterior. No sucedió, por tanto no sucederá.

No debe suceder.

Porque el pasado se convierte en mutable, una vez que nosotros lo hemos convertido en presente con una de nuestras máquinas. Y si un mortal se arroga alguna vez tal poder, ¿dónde acabarían los cambios? Empezaremos salvando a una muchacha; seguimos salvando a Lincoln, pero alguien más intenta salvar los Estados Confederados... No, sólo a Dios puede confiársele el tiempo. La Patrulla existe para preservar lo que es real. Sus miembros no pueden violar esa fe más de lo que podrían violar a sus madres.

—Lo siento —murmuró Nomura.

—No importa, Tom.

—No, yo... yo pensé... cuando la vi desvanecerse, mi primera idea fue que podríamos preparar un grupo, ir a ese mismo instante y liberarla...

—Una idea natural en cualquier hombre. Los viejos hábitos mentales tardan en morir. El hecho es que no lo hicimos. Tampoco darían la autorización. Demasiado peligroso. No podemos permitirnos perder a más gente. No podemos hacerlo cuando los registros indican claramente que estamos condenados al fracaso.

—¿No hay forma de evitarlo?

Everard suspiró.

—No se me ocurre nada. Acepta el destino, Tom —vaciló—. ¿Puedo... puedo hacer algo por tí?

—No. —Sonó duro en la garganta de Nomura—. Excepto dejarme solo un rato.

—Claro. —Everard se puso en pie—. No eras la única persona que la tenía en buena estima —le recordó y se fue.

Cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda, el sonido de la cascada pareció crecer, triturando, triturando. Nomura miraba al vacío. El sol pasó su punto más alto y empezó a deslizarse lentamente hacia la noche.

Debí haber ido tras ella, inmediatamente.

Y arriesgar mi vida.

Entonces, ¿por qué no seguirla a la muerte?

No, eso no tiene sentido. Dos muertes no forman una vida. No podía haberla salvado. No tenía el equipo o... lo racional era buscar ayuda. Sólo que se me negó la ayuda (ya fuese un hombre o el destino importa, ¿verdad?)y así ella cayó. La corriente se la llevó al abismo, o un momento de terror antes de perder el sentido, y luego la aplastó en el fondo, la destrozó, esparciendo los fragmentos de sus huesos por el suelo de un mar en el que yo, de joven, navegaré durante unas vacaciones sin saber que existe una Patrulla del Tiempo o una Feliz. ¡Oh, Dios, quiero que mi polvo vaya con ella, cinco millones y medio de años a partir de esta hora!

Un cañonazo remoto recorrió el aire, un temblor por la tierra y el suelo. Una ribera debía de haber cedido ante el torrente. Era el tipo de escena que a ella le hubiese encantado capturar.

—¿Le hubiese encantado? —aulló Nomura y saltó de la silla. La tierra seguía vibrando bajo sus pies—. Lo hará.

Debía haberlo consultado con Everard, pero temió —quizás equivocadamente, por la inexperiencia y la pena— que se le negaría el permiso y que le enviarían inmediatamente al futuro.

Tendría que haber descansado varios días, pero temió que sus modales le traicionasen. Una pastilla estimulante debía hacer el trabajo de la naturaleza.

Debió haber retirado oficialmente una unidad tractora, no haberla sacado a escondidas.

Cuando sacó el saltador, un patrullero lo vio y le preguntó adónde iba.

—A dar un paseo —contestó Nomura.

El otro asintió con compasión. Podría no sospechar que había perdido un amor, pero la pérdida de un compañero ya era suficiente. Nomura tuvo el cuidado de adentrarse bien en el horizonte norte antes de dar la vuelta hacia la catarata.

A izquierda y derecha, se perdía de vista. Aquí, más de medio camino en el acantilado de vidrio verde, la curva del planeta le ocultaba los extremos. Luego, al entrar en las nubes espumosas, el blanco lo rodeó, irritante e hiriente.

El visor permaneció limpio, pero hacia arriba la visión era incierta, por la inmensidad. El casco le protegía los oídos, pero no podía reducir la tormenta que le estremecía dientes, corazón y esqueleto. Los vientos soplaban y golpeaban, el saltador se agitaba y debía luchar por cada centímetro de control.

Y encontrar el segundo exacto...

Saltó de un lado a otro en el tiempo, ajustó el nonio, le volvió a dar al interruptor principal, se entrevió vagamente en la neblina y miró por entre ella hacia el cielo; una y otra vez, hasta que de pronto estuvo entonces.

Resplandores gemelos allá arriba... Vio uno alejarse y caer, mientras el otro daba vueltas hasta alejarse. Los pilotos no le habían visto oculto como estaba entre la neblina salina. Su presencia no estaba en ningún maldito registro histórico.

Corrió hacia delante. Pero lo dominaba la paciencia. Podría volar durante mucho tiempo vital si era necesario, buscando su oportunidad. El temor a la muerte, incluso sabiendo que ella podría estar muerta cuando la encontrase, era como un sueño medio recordado. Los poderes elementales lo dominaban. Era una voluntad que volaba.

Flotaba a metros del agua. Los chorros intentaron atraparlo, como habían hecho con ella. Estaba preparado, se liberó, volvió a mirar... regresó por el tiempo así como por el espacio, de forma que una veintena de él mismo buscarse por la cascada durante ese periodo de segundos en el que Feliz podría estar viva.

No prestaba atención a sus otros yo. No eran más que fases por las que había pasado o por las que debería pasar.

¡ALLÍ!

La ligera forma oscura cayó a su lado, bajo el flujo, camino hacia la destrucción. Le dio a un control. Un rayo tractor atrapó la otra máquina. Viró y fue tras ella, incapaz de liberar tanta masa de una presión tan grande.

La corriente casi le tenía cuando llegó la ayuda. Dos vehículos, tres, cuatro, todos luchando juntos, liberaron a Feliz. Ella se encontraba horriblemente flácida sobre la silla, sostenida por el arnés. No fue inmediatamente a por ella.

Primero fue a esos pequeños parpadeos en el tiempo, y luego hacia atrás, para rescatarla a ella y a sí mismo.

Cuando finalmente estuvieron solos entre fuego y furia, ella se soltó y cayó en sus brazos; él hubiese quemado un agujero en el cielo para ir a una costa donde pudiese cuidar de ella. Pero se movió, sus ojos se abrieron y después de un minuto le sonrió. Luego él lloró.

Junto a ellos, el océano penetraba rugiendo.

La puesta de sol a la que Nomura había saltado tampoco estaba en los registros de nadie. Convirtió en dorada la tierra. Las cascadas debían estar llenas de luz. Su canción resonaba bajo la estrella vespertina.

Feliz acumuló almohadas contra el cabecero, se enderezó sobre la Cama en la que descansaba y le dijo a Everard:

—Si presenta cargos contra él, porque desobedeció las reglas o cualquier otra estupidez masculina en la que esté pensando, yo también dimitiré de su maldita Patrulla.

—Oh, no. —El hombretón levantó una palma como para detener un ataque—. Por favor. No me comprende. Sólo pretendía decir que estamos en una situación incómoda.

—¿Cómo? —exigió saber Nomura, desde la silla donde estaba sentado y sostenía la mano de Feliz—. No me habían dado ninguna orden de que no intentase esto, ¿no? Vale, se supone que los agentes deben proteger sus propias vidas si es posible, debido a su valor para la Patrulla. Bien, ¿no se sigue de ello que también es valioso salvar una vida?

—Sí. Claro. —Everard recorrió el suelo. Resonaba bajo sus botas, sobre el tamborileo del flujo—. Nadie discute el éxito, incluso en organizaciones más estrictas que la nuestra. De hecho, Tom, la iniciativa que demostraste hoy hace que tus perspectivas de futuro sean buenas, créeme. —La sonrisa se torció alrededor de la pipa—. Y en cuanto a viejos soldados como yo, se me puede perdonar que estuviese tan dispuesto a rendirme. —Un retazo de algo sombrío—. He visto a tantos perdidos más allá de toda esperanza.

Dejó de moverse, se enfrentó a ellos dos y declaró:

—Pero no podemos dejar cabos sueltos. El hecho es que su unidad no registra que Feliz a Rach regresase, nunca.

Los dos se apretaron más las manos.

Everard le dedicó una sonrisa —aunque teñida de tristeza, era sin embargo una sonrisa— antes de continuar:

—Pero no os asustéis. Tom, antes te preguntaste por qué nosotros, humanos normales, no seguíamos demasiado de cerca a nuestra gente. ¿Comprendes ahora la razón?

» Feliz a Rach nunca regresó a su base original. Podría haber visitado su antiguo hogar, claro, pero no preguntamos oficialmente qué hacen los agentes durante sus permisos. —Tomó aliento—. Y en cuanto al resto de su carrera, si quisiese transferirse a otro cuartel general y adoptar otro nombre, bien, cualquier oficial de graduación suficiente podría aprobarlo. Yo, por ejemplo.

» Somos bastante flexibles en la Patrulla. No nos atrevemos a hacerlo de otra

forma.

Nomura comprendió y se estremeció.

Feliz le trajo de vuelta al mundo normal.

—Pero ¿en quién podría convertirme? —se preguntó.

Él aprovechó la oportunidad.

—Bien —dijo medio riendo y medio en trueno—, ¿qué tal señora de Thomas

Nomura?

La única partida en esta ciudad

John Sandoval no encajaba con su nombre. Ni tampoco parecía adecuado que estuviese de pie vestido con pantalones cortos y una camisa hawaiana frente a una ventana de apartamento abierta sobre Manhattan a mediados del siglo XX. Everard estaba acostumbrado a los anacronismos, pero el rostro oscuro que lo miraba siempre parecía desear pinturas de guerra, un caballo y un rifle apuntando a algún ladrón pálido.

—Vale —dijo—. Los chinos descubrieron América, pero ¿por qué es necesaria mi intervención?

—Ya me gustaría saberlo —contestó Sandoval.

Su forma pesada giró sobre la alfombra de oso polar, que Bjarni Herjólfsson le había regalado en una ocasión a Everard, hasta que se quedó mirando hacia el exterior. Las torres destacaban sobre el cielo despejado; el sonido del tráfico quedaba apagado por la altura. Se agarraba y soltaba las manos tras la espalda.

—Se me ordenó buscar a un agente No asignado, volver con él y tomar las medidas que parecieran indicadas. —Al cabo de un momento siguió hablando—. A ti es a quien conozco mejor, así... —Dejó de hablar.

—Pero ¿no deberías buscar a un indio como tú? —preguntó Everard—. Yo estaría muy fuera de lugar en la América del siglo XIII.

—Mejor aún. Para que seas misterioso e impresionante... Realmente no será un trabajo demasiado difícil.

—Claro que no —dijo Everard—. Sea cual sea el trabajo.

Sacó pipa y tabaco de la vergonzosa chaqueta de fumar y llenó la cazoleta con dedos rápidos y nerviosos. Una de las lecciones más duras que había tenido que aprender, cuando se le reclutó en la Patrulla del Tiempo, fue que toda tarea importante no requiere de una vasta organización. Ésa era la forma característica de hacerlo en el siglo XX; pero culturas anteriores, como la ateniense y el Japón del periodo Kamakura —y también civilizaciones posteriores, por aquí y allá en la historia— se habían concentrado en el desarrollo de la excelencia individual. Un único graduado de la Academia de la Patrulla (equipado, claro, con armas y herramientas del futuro) podría ser el equivalente de una brigada.

Pero era una cuestión de necesidad tanto como de estética. Había muy pocas personas para vigilar demasiados millares de años.

—Tengo la impresión —dijo Everard despacio—, de que esto no es una

simple rectificación de una interferencia extratemporal.

—Cierto —dijo Sandoval con voz dura—. Cuando informé de lo que había descubierto, la oficina del entorno Yuan llevó a cabo una investigación exhaustiva. No hay viajeros temporales implicados. A Kublai Kan se le ocurrió todo esto solito. Podría haberse inspirado en los relatos de Marco Polo sobre los viajes por mar de venecianos y árabes, pero es historia legítima, aunque el libro de Marco Polo no mencione nada parecido.

—Lo chinos tienen una larga tradición náutica —dijo Everard—. Oh, es todo muy natural. Por tanto, ¿cómo intervenimos?

Encendió la pipa y la chupó con fuerza. Sandoval todavía no había hablado, así que preguntó:

—¿Cómo te topaste con esa expedición? No estaba en territorio navajo, ¿no?

—Demonios, no estoy confinado a estudiar a mi propia tribu —contestó Sandoval—. Hay muy pocos amerindios en la Patrulla y es un incordio disfrazarse de otra tribu. Generalmente trabajo en las migraciones de athabascos. —Como Keith Denison, un especialista étnico que estudiaba la historia de gente que nunca escribió la suya propia para que la Patrulla supiese exactamente qué estaba protegiendo—. Estaba trabajando en la ladera oriental de la cordillera de las Cascadas, cerca del lago del Cráter —siguió diciendo—. Eso es territorio lutuami, pero tenía razones para creer que una tribu athabasca a la que había perdido el rastro había pasado por allí. Los nativos hablaban de misteriosos hombres extraños que venían del norte. Fui a echar un vistazo, y allí estaba la expedición, mongoles a caballo. Comprobé su procedencia y encontré su campamento en la boca del río Chehalis, donde unos cuantos mongoles más ayudaban a los marineros chinos a proteger las naves. Salté al futuro como un murciélago huye de Los Ángeles e informé.

Everard permaneció sentado y miró al otro hombre.

—¿Fue muy profunda la investigación realizada en el lado chino? —dijo—. ¿Estás completamente seguro de que no hay intervención extratemporal? Podría ser uno de esos fallos no planificados, ya sabes, cuyas consecuencias no son evidentes hasta décadas después.

—También lo pensé, cuando recibí la orden —asintió Sandoval—. Incluso fui directamente al cuartel general del entorno Yuan en Kan Baligh... Cambaluc o Pekín para ti. Me dijeron que habían comprobado que no había problemas durante toda la vida de Gengis y espacialmente hasta Indonesia. Y todo estaba bien, como los noruegos y su Vinlandia. Simplemente no han tenido la misma publicidad. Por lo que la corte china sabía, se había enviado una expedición que nunca regresó y Kublai había decidido que no valía la pena enviar otra. Los registros estaban en los archivos imperiales, pero fueron destruidos durante la revuelta Ming que expulsó a los mongoles. La historiografía olvidó el incidente.

Aun así Everard meditaba. Normalmente le gustaba su trabajo, pero en esta

ocasión notaba que algo no encajaba.

—Evidentemente —dijo—, la expedición acabó en desastre. Nos gustaría saber cómo. Pero ¿por qué necesitas un agente No asignado para espiarlos?

Sandoval se apartó de la ventana. Volvió a pasar por la mente de Everard lo poco que encajaba allí el navajo. Había nacido en 1930, había luchado en Corea y había ido a la universidad pagado por el Ejército antes de que la Patrulla contactase con él; pero de alguna forma nunca había encajado en el siglo XX.

Bien, ¿encaja alguno de nosotros? ¿Podría un hombre con verdaderas raíces quedarse quieto sabiendo lo que finalmente pasará con su gente?

—¡Pero si no tengo que espiar! —exclamó Sandoval—. Cuando informé, las órdenes me llegaron directamente desde el cuartel general danieliano. Sin explicaciones, sin excusas, la orden escueta: reparar ese desastre. ¡Debo revisar la historia!

Anno Domini mil doscientos ochenta:

El territorio dominado por Kublai Kan se extendía a lo largo de varios grados de latitud y longitud; soñaba con un imperio mundial, y su corte recibía con honores a cualquier invitado que trajese nuevos conocimientos o nuevas filosofías. Un joven mercader veneciano llamado Marco Polo se había convertido en un favorito especial. Pero no todos los pueblos deseaban un gobernante mongol. Sociedades secretas revolucionarias germinaban en los reinos conquistados que habían sido unificados, como Catay. Japón, con la poderosa familia Hojo tras el trono, ya había repelido una invasión. Ni tampoco estaban los mongoles unidos, más que en teoría. Los príncipes rusos se habían convertido en recaudadores de impuestos para la Horda de Oro; el Il-Kan Abaka reinaba en Bagdad.

En otros puntos, un indefinido califato abasí se ocultaba en El Cairo; Delhi se encontraba bajo la dinastía del esclavo Qutb-ud-Din; Nicolás III era Papa; güelfos y gibelinos destruían Italia; Rodolfo I de Habsburgo era el emperador alemán; Felipe III el Atrevido era rey de Francia; Eduardo I gobernaba Inglaterra. Entre los contemporáneos se contaban Dante Alighieri, Juan Duns Escoto, Roger Bacon y Thomas de Erceldoune.

Y en Norteamérica, Manse Everard y John Sandoval detuvieron los caballos para mirar desde lo alto de una colina.

—Los vi por primera vez la semana pasada —dijo el navajo—. Desde entonces han avanzado mucho. A este ritmo, estarán en México dentro de un par de meses, incluso teniendo en cuenta lo duro del terreno.

—Para ser mongoles —comentó Everard—, se están tomando su tiempo.

Levantó los binoculares. A su alrededor la tierra ardía verde de abril. Incluso las más altas y antiguas hayas tenían hojas nuevas. Los pinos rugían al viento, que soplaba desde las montañas, frío y rápido y lleno del olor de la nieve fundida, y por el cielo cruzaban pájaros en dirección a casa, en tal número que oscurecían el sol. Los picos de la cordillera de las Cascadas parecían flotar al oeste, blancoazulados, distantes y sagrados. Al este las colinas se hundían en bosques y prados hasta un valle y, por fin, más allá del horizonte, las praderas retumbaban con los búfalos. Everard se centró en la expedición. Se movían a

campo abierto, más o menos siguiendo un riachuelo. Unos setenta hombres montados a caballo; animales asiáticos de cabeza larga, patas cortas, pardos y de pelo largo. Traían animales de carga y monturas. Identificó a algunos guías nativos, tanto por su extraña postura sobre las sillas como por la fisonomía y la ropa. Pero los recién llegados eran los que más llamaban su atención.

—Muchas yeguas preñadas —comentó, a medias para sí—. Supongo que metieron en los barcos todos los animales que pudieron y los han dejado salir para hacer ejercicio allí donde hacían escala. Ahora se dedican a su cría a medida que avanzan. Ese tipo de animal puede soportar un trato muy duro.

—El destacamento de los barcos también cría caballos —le informó Sandoval—. Eso lo vi.

—¿Qué más sabes de ese grupo?

—No más de lo que te he dicho, que es poco más de lo que ahora ves. Y lo de ese informe que estuvo un tiempo en los archivos de Kublai. Pero si lo recuerdas, señalaba simplemente que cuatro barcos bajo el mando del Noyon Toktai y el estudioso Li Tai-Tsung fueron enviados a explorar las islas más allá de Japón.

Everard asintió ausente. No tenía sentido quedarse parados repasando lo que ya habían comentado un centenar de veces. No era más que una forma de posponer la acción.

Sandoval se aclaró la garganta:

—Todavía tengo dudas sobre que los dos vayamos ahí abajo —dijo—. ¿Por qué no te reservas para el caso de que se pongan desagradables?

—Complejo de héroe, ¿eh? —dijo Everard—. No, estaremos mejor juntos y, en todo caso, no espero problemas. Todavía no. Esos chinos son demasiado inteligentes para oponerse gratuitamente a nadie. Han mantenido buenas relaciones con los indios, ¿no? Y nosotros seremos un factor mucho más desconocido... pero antes no me importaría echar un trago.

—Sí. ¡Ni después tampoco!

Cada uno metió la mano en su mochila, sacaron las cantimploras y bebieron. Everard sintió el whisky amargo en la garganta, aunque le calentó las venas. Hizo que el caballo se pusiera en marcha y los dos patrulleros bajaron la colina.

Un silbido cortó el aire. Los habían visto. Mantuvo un ritmo constante hacia la cabeza de la línea mongol. Un par de jinetes se situaron a ambos lados, con las flechas dispuestas en los potentes arcos cortos, pero no interfirieron.

Supongo que tenemos un aspecto inofensivo, pensó Everard. Como Sandoval, llevaba ropas de expedición del siglo XX; chaqueta de caza para el viento, sombrero para protegerse de la lluvia. Su propio traje era mucho menos elegante que el modelo de Abercrombie & Fitch del navajo. Los dos llevaban dagas a la vista, pistolas automáticas, y aturdidores del siglo XXX para los asuntos serios.

La tropa se detuvo, tan disciplinada que sus miembros parecían un solo hombre. Everard los examinó de cerca. Había obtenido una educación

electrónica bastante completa en una hora o poco más antes de partir —lenguaje, historia, tecnología, modales, moral— sobre los mongoles y chinos e incluso sobre los indios locales. Pero nunca había visto a esa gente de cerca.

No eran espectaculares: bajos, de piernas arqueadas, barba rala y rostro chato y ancho sudoroso bajo el sol. Todos iban bien equipados, con botas y pantalones, petos de cuero laminado con adornos lacados, cascos cónicos de metal que en el extremo podían llevar una punta o una pluma. Las armas eran espadas curvas, cuchillos, lanzas, arcos. Uno de los hombres cerca de la cabeza llevaba un estandarte de colas de yak trenzadas con oro. Observaron acercarse a los patrulleros, con los ojos oscuros y rasgados completamente impenetrables.

No resultaba difícil identificar al jefe. Iba en vanguardia y la capa de seda volaba sobre sus hombros. Era alto y de rostro más duro que el del soldado medio, con una barba rojiza y una nariz casi romana. El guía indio que iba a su lado se quedó boquiabierto y retrocedió; pero Toktai mantuvo la compostura y le tomó la medida a Everard con una mirada firme y carnívora.

—Saludos —dijo, cuando estuvieron cerca—. ¿Qué espíritu os guía? —Habla en el dialecto lutami, que más tarde se convertiría en la lengua klamath, con un acento atroz.

Everard contestó en un perfecto mongol.

—Saludos a ti, Toktai hijo de Batu. Por la voluntad de Tengri, venimos en paz.

Fue un toque de efecto. Everard vio que los mongoles buscaban amuletos de la suerte, o hacían gestos contra el mal de ojo. Pero el hombre montado a la izquierda de Toktai se recuperó con rapidez y fingió autocontrol.

—Ah —dijo—, así que hombres de las tierras del oeste han llegado también a esta región. No lo sabíamos.

Everard lo miró. Era más alto que cualquier mongol, de piel casi blanca, con rasgos y manos delicados. Aunque vestido como los otros, no llevaba armas. Parecía mayor que el Noyon, quizá tenía cincuenta años. Everard se inclinó sobre la silla y pasó a chino del norte.

—Honorable Li Tai-Tsung, appena a esta insignificante persona contradecir a vuestra eminencia, pero pertenecemos al gran reino del sur.

—Hemos oído rumores —dijo el estudioso. No pudo reprimir del todo la emoción—. Incluso hasta estas regiones del norte han llegado historias de un país rico y espléndido. Lo buscamos para poder llevar a su Kan los saludos del Ka Kan, Kublai hijo de Tuli, hijo de Gengis; la tierra yace a sus pies.

—Sabemos del Ka Kan —dijo Everard—, y sabemos del califa, del Papa, del emperador, y de monarcas menores. —Tenía que recorrer con cuidado su sendero, para no insultar abiertamente al gobernante de Catay pero sí para ponerlo sutilmente en su lugar—. En cambio poco se sabe de nosotros, porque nuestro amo no busca el mundo exterior ni nos anima a buscarlo. Permitid que presente mi humilde persona. Me llamo Everard y no soy, como mi apariencia

podría sugerir, ruso o occidental. Pertenezco a la guardia de frontera.

Que se imaginase lo que eso implicaba.

—No venís con demasiada compañía —dijo Toktai.

—Más de la necesaria —dijo Everard con su voz más tranquila.

—Y estáis muy lejos de casa —añadió Li.

—No más de lo que estaríais vosotros, honorables señores, en las planicies de Kirguizia.

Toktai colocó una mano sobre la empuñadura de la espada. Sus ojos eran fríos y cansados.

—Venid —dijo—. Os damos la bienvenida como embajadores. Acampemos y oigamos el mensaje de vuestro rey.

El sol, bajo sobre los picos occidentales, tiñó de plata sus cimas cubiertas de nieve. Las sombras se alargaban por el valle, el bosque se oscurecía, pero los prados abiertos relucían más brillantes. La calma hacía de cámara de resonancia para los pocos ruidos que se producían: el rápido fluir del río, el sonido de un hacha, los caballos comiendo la hierba crecida. El humo de madera cargaba el aire.

Los mongoles, evidentemente, habían sido tomados por sorpresa por sus visitantes y aquel temprano encuentro. Mantenían las caras serias, pero los ojos se les escapaban en dirección a Everard y Sandoval mientras éstos recitaban fórmulas de varias religiones... principalmente paganas, pero algunas oraciones budistas, musulmanas y nestorianas. Eso no disminuyó la eficacia con que montaron el campamento, apostaron guardias, cuidaron de los animales y prepararon la cena. Pero Everard juzgó que estaban más silenciosos de lo habitual. La idea impresa en su mente por los educadores decía que los mongoles eran por lo general habladores y alegres.

Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo de una tienda. Sandoval, Toktai, y Li completaban el círculo. Debajo tenían alfombras y un brasero mantenía caliente el té. Era la única tienda montada, probablemente la única disponible, traída para usarla en ceremonias como aquélla. Toktai sirvió *kumiss* con sus propias manos y se lo ofreció a Everard, que lo bebió haciendo mucho ruido como exigía la etiqueta y lo pasó. Había bebido cosas peores que leche de yegua fermentada, pero se alegró de que, acabado el ritual, pasasen al té.

Habló el jefe mongol. No podía mantener el tono sereno, como hacía su amanuense chino. Había en él una brusquedad instintiva: ¿qué extranjero se atrevía a acercarse a los hombres del Ka Kan sin arrastrarse sobre el estómago? Pero las palabras siguieron siendo corteses:

—Ahora que nuestros invitados expongan los mensajes de su rey. Primero, ¿podrías decirnos su nombre?

—Su nombre no debe ser pronunciado —dijo Everard—. De su reino sólo habéis oído pálidos rumores. Podéis juzgar su poder, Noyon, por el hecho de que sólo necesitaba que dos de nosotros llegásemos hasta aquí, y que nosotros sólo

necesitamos una montura cada uno.

Toktai gruñó: —Son hermosos animales, pero me pregunto cómo les iría en las estepas. ¿Os llevó mucho tiempo llegar aquí?

—No más de un día, Noyon. Tenemos medios.

Everard metió la mano en la chaqueta y sacó unos regalos envueltos.

—Nuestro señor nos ordenó entregar estas muestras de afecto a los líderes de Catay.

Mientras retiraban el papel, Sandoval se inclinó y dijo en inglés:

—Examina sus expresiones, Manse. Hemos fallado un poco.

—¿Cómo?

—Ese celofán reluciente ha impresionado a Toktai. Pero mira a Li. Su civilización se dedicaba a la caligrafía cuando los antepasados de Bonwit Teller se pintaban la cara de azul. Su opinión sobre nuestro gusto acaba de hundirse.

Everard se encogió de hombros imperceptiblemente.

—Bien, tiene razón, ¿no?

Su coloquio no había escapado a la atención de los otros. Toktai les dedicó una mirada dura, pero volvió a su regalo, una linterna, que tuvo que ser probada y que todos admiraron. Al principio le tuvo un poco de miedo, incluso murmuró un encantamiento; pero luego recordó que a un mongol no se le permitía tener miedo de nada excepto del trueno, recuperó el control, y no tardó en estar encantado como un niño. La mejor apuesta para un estudioso confuciano como Li parecía, un libro, la colección *La familia del hombre*, cuya diversidad y extrañas técnicas pictográficas podrían impresionarlo. Fue efusivo en sus agradecimientos, pero Everard dudaba que estuviese anonadado. Un patrullero pronto aprendía que la sofisticación existía en cualquier nivel de desarrollo tecnológico.

Ellos a su vez tenían que hacer regalos: una hermosa espada china y un montón de pieles de nutria de la costa. Pasó bastante tiempo antes de que la conversación pudiese volver a los negocios. Luego Sandoval se las apañó para conseguir primero el relato de sus anfitriones.

—Ya que sabéis tanto —empezó diciendo Toktai—, también debéis saber que hace unos años fracasó nuestra invasión de Japón.

—La voluntad del cielo era otra —dijo Li, con amabilidad de cortesano.

—¡Manzanas de caballo! —dijo Toktai—. La estupidez de los hombres, queréis decir. Éramos muy pocos, muy ignorantes, y habíamos navegado demasiado por mares peligrosos. Y, ¿qué importa? Regresaremos algún día.

Everard sabía que lamentablemente así sería, y que una tormenta hundiría la flota y ahogaría a quién sabe cuántos hombres jóvenes. Pero dejó que Toktai siguiese hablando:

—El Ka Kan comprendió que debíamos aprender más sobre las islas. Quizá deberíamos establecer primero una base en algún lugar al norte de Hokkaido.

Entonces, también oímos rumores de una tierra más al oeste. De vez en cuando el viento saca de su curso a los pescadores, y ven cosas; los comerciantes de Siberia hablan de un estrecho y un país más allá. El Ka Kan fletó cuatro naves con tripulaciones chinas y me dijo que cogiese a un centenar de guerreros mongoles y viese lo que podía descubrir.

Everard asintió, sin sorprenderse. Los chinos llevaban fletando juncos desde hacía cientos de años, algunos con capacidad hasta para mil pasajeros. Cierto, esas naves no eran tan buenas como serían en siglos posteriores bajo la influencia portuguesa, y sus dueños jamás se habían sentido demasiado atraídos por el océano, y menos aún por las frías aguas del norte. Pero aun así, había algunos navegantes chinos que podían haber pillado algún truco de coreanos o formosianos perdidos, si no de sus padres. Debían al menos de estar familiarizados con las Kuriles.

—Seguimos dos cadenas de islas, una después de la otra —dijo Toktai—. Eran desoladas, pero podíamos detenernos de vez en cuando, dejar salir a los caballos y aprender algo de los nativos. ¡Aunque Tengri sabe que es difícil hacer eso último, cuando tienes que interpretar hasta seis lenguas! Descubrimos que hay dos grandes tierras, Siberia y otra, que se acercan tanto al norte que un hombre podría ir de una a otra con un bote de piel y, en ocasiones, durante el invierno, caminando sobre el hielo. Finalmente llegamos a la nueva tierra. Una gran región; bosques, mucha caza y focas. Pero demasiado lluviosa. Las naves parecían querer continuar, así que seguimos más o menos la costa.

Everard visualizó un mapa. Si ibas primero a las Kuriles y luego a las Aleutianas, nunca te alejabas demasiado de tierra. Afortunados al poder evitar un naufragio, lo que era una clara posibilidad, los juncos bajos habían conseguido anclar en las islas rocosas. Además, la corriente los empujaba, y casi se encontraban en una larga ruta circular. Toktai había descubierto Alaska antes de saber qué pasaba. Como la región se hacía más hospitalaria al dirigirse al sur, dejó atrás Puget Sound y fue directo al río Chehalis. Quizá los indios le habían advertido que la desembocadura del Columbia, más adelante, era peligrosa... y, más recientemente, esos mismos indios habían ayudado a los caballos a cruzar la gran corriente con balsas.

—Establecimos un campamento cuando la guerra terminaba —dijo el mongol—. Aquí las tribus son atrasadas, pero amistosas. Nos dieron comida, mujeres y toda la ayuda que pudiésemos necesitar. A cambio, nuestros marineros les enseñaron algunos trucos para pescar y construir botes. Hemos pasado allí el invierno, aprendimos algunas de las lenguas y realizamos viajes al interior. Por todas partes había relatos de grandes bosques y praderas donde las manadas de bestias salvajes ocultan la tierra. Vimos lo suficiente para saber que esas historias eran ciertas. Nunca he estado en una tierra tan rica. —Los ojos le relucían como los de un tigre—. Y con tan pocos habitantes, que todavía

desconocen el uso del hierro.

—Noyon —murmuró Li para advertirlo. Incluyó ligeramente la cabeza hacia los patrulleros. Toktai cerró la boca inmediatamente.

Li se volvió hacia Everard y dijo:

—Había también rumores de un reino dorado muy al sur. Nos sentimos en la obligación de investigarlo, así como de explorar el territorio intermedio. No habíamos previsto el honor de encontrarnos con vosotros.

—El honor es todo nuestro —comentó Everard. Luego, adoptando una expresión más seria, añadió—: Mi señor del Imperio Dorado, que no puede ser nombrado, nos ha enviado en espíritu de amistad. Le apenaría mucho que sufrieseis un desastre. Venimos a advertirlos.

—¿Qué? —Toktai se envaró. Una mano llena de tendones cogió la espada que, por amabilidad, no llevaba al cinto—. ¿De qué demonios se trata?

—De un infierno, de eso se trata, ciertamente, Noyon. Por agradable que esta región pueda parecer, está sometida a una maldición. Cuéntaselo, hermano.

Sandoval, que tenía mejor voz, tomó la palabra. Su relato había sido fabricado con la idea de explotar la superstición de los semicivilizados mongoles sin despertar demasiado escepticismo en los chinos. Realmente había dos grandes reinos al sur, les explicó. El suyo estaba muy lejos; el de sus rivales estaba al norte y al este, con una ciudadela en las planicies. Ambos estados poseían inmenso poder, llamárase magia o ingeniería inteligente. Los del imperio del norte, los malos, consideraban suyo todo aquel territorio y no tolerarían una expedición extranjera. Era seguro que sus exploradores no tardarían en encontrar a los mongoles y que los aniquilarían con truenos. La benévola tierra al sur de los buenos no podía ofrecerles protección, sólo enviar a unos emisarios para que advirtiesen del peligro a los mongoles.

—¿Por qué los nativos no han hablado de esos señores? —preguntó Li con astucia.

—¿Han oído hablar del Ka Kan todos los pequeños pobladores de las selvas de Burma? —respondió Sandoval.

—Soy un extranjero ignorante —dijo Li—. Perdonadme si no os entiendo cuando habláis de armas irresistibles.

Que es la forma más amable en la que jamás me han llamado mentiroso, pensó Everard. En voz alta dijo:

—Puedo ofrecerles una pequeña demostración, si el Noyon dispone de algún animal que podamos matar.

Toktai lo pensó. Su rostro podría haber estado grabado en piedra, pero estaba cubierto de sudor. Entrechocó las manos y ladró a los guardias. Después siguieron hablando de cosas intrascendentes mientras el silencio se hacía más denso.

Un guerrero apareció al cabo de una hora casi interminable. Dijo que un par de jinetes habían capturado un ciervo. ¿Serviría para los propósitos del Noyon? Sí.

Toktai fue el primero en salir, abriéndose paso por entre un montón de hombres reunidos. Everard lo siguió, deseando que aquello no fuese necesario. Montó el rifle.

—¿Te encargas tú? —le preguntó a Sandoval.

—Dios, no.

El ciervo, una gama, había sido llevado a la fuerza al campamento. Temblaba cerca del río, con las cuerdas alrededor del cuello. El sol, que apenas tocaba los picos occidentales, le daba el color del bronce. Había una especie de bondad ciega en su mirada a Everard. Él indicó a los hombres que se apartasen y apuntó. El primer tiro lo mató, pero siguió disparando hasta destrozar el cuerpo.

Cuando bajó el arma, el aire parecía rígido. Miró los gruesos cuerpos de piernas torcidas, los rostros redondos y bajo control; los olía con intensidad sobrenatural: el olor limpio de sudor, caballo y humo. Se sentía como el inhumano que ellos debían ver.

—Ésta es la menor de las armas que se usan aquí —dijo—. Un alma tan arrancada del cuerpo no encontraría el camino a casa.

Se dio la vuelta. Sandoval lo siguió. Sus caballos estaban fuera, con las cosas apiladas a un lado. Ensillaron, sin hablar, montaron y se internaron en el bosque.

El fuego ardía con los golpes de viento. En aquel momento apenas lo sacaba de las sombras... frente, nariz y mejillas entrevistas, un brillo en los ojos. El fuego volvió a hundirse en el rojo y azul sobre los tizones blancos y las oscuridad envolvió a los hombres.

Everard no lo sentía. Cogió la pipa entre las manos, chupó de ella y tragó el humo, pero encontró poco alivio. Cuando habló, el vasto susurro de los árboles, en lo alto casi ahogó su voz, y tampoco eso lamentó.

Cerca había sacos de dormir, sus caballos, el escúter —trineo antigraavedad y saltador espaciotemporal— que los había traído. Por lo demás la zona estaba vacía; kilómetro tras kilómetro, los fuegos humanos como el suyo eran tan pequeños y solitarios como las estrellas en el universo. En algún lugar aulló un lobo.

—Supongo —dijo Everard—, que todo policia, de vez en cuando, se siente como un bastardo. Hasta ahora tú has sido sólo un observador, Jack. Las misiones de acción, como las que yo llevo a cabo, son en ocasiones difíciles de aceptar.

—Sí. —Sandoval había estado más callado que su amigo. Apenas se había movido desde la cena.

—Y ahora esto. Sea lo que sea lo que debas hacer para cancelar una interferencia temporal, al menos siempre puedes pensar que estás restaurando la línea original de desarrollo. —Everard dio una chupada de la pipa—. No me recuerdes que «original» no tiene sentido en este contexto. Es una palabra de consuelo.

—Aja.

—Pero cuando nuestros jefes, nuestros queridos superhombres danelianos, nos dicen que debemos interferir... sabemos que la gente de Tokai nunca regresó a Catay. ¿Por qué tú o yo tenemos que intervenir? Si se encontrasen con indios hostiles o algo así y fuesen exterminados, no me importaría. Al menos, no más de lo que me importa cualquier incidente similar en ese matadero que llaman historia humana.

—No tenemos por qué matarlos, ya lo sabes. Sólo hay que conseguir que regresen. La demostración de esta tarde podría ser suficiente.

—Sí. Regresar... ¿y qué? Probablemente morir en el mar. No tendrán un viaje de regreso fácil: tormentas, niebla, corrientes contrarias, rocas, en esas

naves primitivas concebidas para los ríos. ¡Y los enviaremos a ese viaje precisamente en este momento! Si no hubiésemos interferido, hubiesen regresado a casa después, en unas circunstancias distintas para el viaje... ¿Por qué debemos aceptar la culpa?

—Podrían incluso llegar a casa —murmuró Sandoval.

—¿Qué? —Everard estaba sorprendido.

—Por la forma en que hablaba Toktai. Estoy seguro de que planea regresar a caballo, no en esos barcos. Como ha supuesto, es fácil cruzar el estrecho de Bering; los aleutianos lo hacen continuamente. Manse, me temo que no es suficiente con dejarlos partir.

—¡Pero no van a volver a casa! ¡Eso lo sabemos!

—Supón que lo consiguen. —Sandoval empezó a hablar en un tono un poco más alto y con mayor rapidez. El viento nocturno rugía alrededor de las palabras—. Vamos a jugar un momento con la idea. Supongamos que Toktai va al sudeste. Es difícil saber qué podría detenerlo. Sus hombres son capaces de vivir de los frutos de la tierra, incluso en los desiertos, con mucha mayor facilidad que Coronado o tipos parecidos. No tiene que avanzar demasiado hasta encontrarse con gente del neolítico, con las tribus agrícolas pueblo. Eso lo animará aún más. Estará en México antes de agosto. México es ahora tan deslumbrante como lo fue, lo será, en los días de Cortez. E incluso más tentadora: los aztecas y toltecas todavía están decidiendo quién es el amo, con un montón de tribus por ahí dispuestas a ayudar a un recién llegado contra ambos. Las armas españolas no representaron, no representarán, ninguna diferencia real, como recordarás si has leído a Díaz. Los mongoles son superiores, en el combate cuerpo a cuerpo, a cualquier español... No es que imagine que Toktai vaya a meterse directamente. Sin duda será muy amable, pasará el invierno, y aprenderá todo lo que pueda. El año próximo volverá al norte, se irá a casa, ¡informará a Kublai de que uno de los territorios más ricos y lleno de oro del mundo está listo para ser conquistado!

—¿Qué hay de los otros indios? —dijo Everard—. No sé mucho de ellos.

—El nuevo Imperio maya está en su cumbre. Una nuez muy dura, pero por eso provechosa. Pienso que una vez que los mongoles se establezcan en México, nada los detendrá. Perú tiene una cultura incluso superior en este momento, y mucha menos organización de la que se encontró Pizarro; la quechuaymar, la llamada raza inca, es todavía sólo un poder entre varios.

» ¡Y luego está la tierra! ¿Puedes imaginar lo que la tribu mongol haría con las grandes praderas?

—No me los imagino emigrando en hordas —dijo Everard. Había algo en la voz de Sandoval que le inducía a ponerse a la defensiva—. Hay demasiada Siberia y Alaska en el camino.

—Se han superado peores obstáculos. No pretendo decir que vayan a venir todos a una. Podrían tardar siglos en empezar una inmigración en masa, como

tardarán los europeos. Puedo imaginarme una cadena de clanes y tribus establecida durante varios años por todo el oeste de Norteamérica. México y Yucatán serán devorados... o es más probable que se conviertan en kanatos. Las tribus de pastoreo se trasladarán al este a medida que crezca la población y lleguen nuevos inmigrantes. Recuerda, la dinastía Yuan será derrocada dentro de menos de un siglo. Eso presionará a los mongoles de Asia para que se vayan a otra parte. Y los chinos también vendrán aquí, para plantar y coger su parte del oro.

—Yo diría, si no te importa que lo cuente —añadió Everard con suavidad—, que tú precisamente no querrás acelerar la conquista de América.

—Será una conquista diferente —dijo Sandoval—. No me importan los aztecas; si los estudios estarás de acuerdo en que Cortez le hizo un favor a México. Será difícil para otras tribus más pacíficas, durante un tiempo. Y sin embargo, los mongoles no son unos demonios. ¿No? Nuestro pasado occidental nos ha llenado de prejuicios. Olvidamos las masacres y torturas que los europeos estaban realizando al mismo tiempo.

« Realmente, los mongoles son un poco como los antiguos romanos. La misma práctica de despoblar las áreas que se resisten, pero respetan los derechos de los pueblos que se rinden. Aportan un mismo modo de gobierno y protección armada competente. Un mismo carácter nacional sin imaginación ni creatividad; pero el mismo asombro y la envidia de la verdadera civilización. *La Pax Mongólica*, ahora mismo, mantiene unida un área mayor, y produce el contacto estimulante de más gente diferente de lo que nunca hubiese soñado el raquíico Imperio romano.

» Y en cuanto a los indios... recuerda, los mongoles son ganaderos. No se producirá el conflicto insoluble entre agricultores y cazadores que llevó al hombre blanco a destruir a los indios. Los mongoles tampoco tienen prejuicios de raza. Y después de un poco de lucha, el navajo, cherokee, seminola, algonquino, chippewa o dakota medio estará feliz de someterse y convertirse en aliado. ¿Por qué no? Obtendrán caballos, ovejas, vacas, telas, metalurgia. Superarán en número a los invasores y estarán más en pie de igualdad con ellos que con los granjeros blancos y la industria de la máquina. Y estarán los chinos, repito, fermentando la mezcla, enseñando civilización y mejorando las habilidades...

» ¡Buen Dios, Manse! ¡Cuándo Colón llegue aquí, sí se encontrará con el Gran Kan! ¡El Kan de la nación más poderosa de la Tierra!

Sandoval se detuvo. Everard prestó atención a los crujidos de las ramas al viento. Miró a la noche durante un buen rato antes de decir:

—Podrá ser. Claro está, tendremos que permanecer en este siglo hasta que pase el punto crucial. Nuestro propio mundo no existiría. Nunca habría existido.

—Tampoco era un mundo tan bueno —dijo Sandoval, como en un sueño.

—Podrías pensar en... oh... tus padres. Ellos tampoco habrían nacido nunca.

—Vivían en una cueva navajo ruinoso. En una ocasión vi llorar a mi padre porque no podía comprarnos zapatos para el invierno. Mi madre murió de tuberculosis.

Everard permaneció sin moverse. Fue Sandoval el que se agitó y se puso en pie riendo.

—¿Qué estoy diciendo? Sólo era una historia, Manse. Vamos a hacer turnos. ¿El primero para mí?

Everard estuvo de acuerdo, pero tardó mucho en dormirse.

El escúter había saltado dos días al futuro y ahora flotaba invisible muy lejos de lo que el ojo podía apreciar. A su alrededor, el aire era tenue y muy frío. Everard se estremeció mientras ajustaba el telescopio electrónico. Incluso con ampliación total, la caravana era poco más que unas motas moviéndose sobre una inmensidad verde. Pero nadie más en el hemisferio occidental podía ir montado a caballo.

Se giró sobre el asiento para encararse con su compañero.

—¿Y ahora qué?

El ancho rostro de Sandoval le resultó impenetrable.

—Bien, si la demostración no funcionó...

—¡Es evidente que no! Juraría que van hacia el sur al doble de velocidad que antes. ¿Por qué?

—Tendría que conocerlos individualmente mejor para darte una respuesta certera, Manse, pero esencialmente debe de ser porque desafiaste su coraje. Para una cultura guerrera, el nervio y el trabajo duro son las virtudes absolutas... ¿qué elección les quedaba sino continuar? Si se retiraban ante una mera amenaza, nunca podrían vivir consigo mismos.

—¡Pero los mongoles no son idiotas! No conquistaron a todo el mundo mediante la fuerza bruta, sino porque comprendían mejor los principios militares. Toktai debería retirarse, contar al emperador lo que vio y organizar una expedición mayor.

—Los hombres de los barcos pueden hacerlo —le recordó Sandoval—. Ahora que lo pienso, comprendo que hemos subestimado en mucho a Toktai. Debe de haber establecido una fecha, presumiblemente del año próximo, para que las naves intenten regresar a casa si no vuelve. Cuando encuentra algo interesante por el camino, como nosotros, puede enviar un indio con una carta al campamento base.

Everard asintió. Se le ocurrió pensar que se había apresurado a meterse en el trabajo, directamente, sin pararse a pensar lo que debían hacer. De ahí el fallo. Pero ¿qué parte de culpa debía caer sobre la renuencia inconsciente de Sandoval? Al cabo de un minuto, Everard dijo:

—Incluso puede que se oliese que no todo estaba claro con nosotros. Los mongoles siempre han sido muy buenos en la guerra psicológica.

—Podría ser. Pero ¿cuál será el próximo movimiento?

Bajar desde lo alto, disparar unos rayos del cañón de energía del siglo XXI que está instalado en el cronociclo, y eso será el final... No, por Dios, pueden enviarme al planeta de exilio antes que hacer algo así. Hay límites a la decencia.

—Montaremos una demostración más impresionante —dijo Everard.

—¿Y si también fracasa?

—¡Calla! ¡Dales una oportunidad!

—Sólo me lo preguntaba. —El viento sopló bajo las palabras de Sandoval—. ¿Por qué no cancelar la expedición? Ir al pasado un par de años y convencer a Kublai Kan de que no vale la pena explorar el este. Entonces todo esto no habría sucedido.

—Sabes que las reglas de la Patrulla prohíben realizar cambios históricos.

—¿Cómo llamas a lo que estamos haciendo aquí?

—Algo específicamente ordenado por el cuartel general supremo. Quizá para corregir alguna interferencia en algún otro lugar o tiempo. ¿Cómo iba a saberlo? Sólo soy un peldaño en la escala evolutiva. Tienen habilidades un millón de años en el futuro que yo no puedo ni imaginar.

—Papá sabe lo que hace —murmuró Sandoval.

Everard apretó la mandíbula.

—Queda el hecho —dijo— de que la corte de Kublai, el hombre más poderoso sobre la Tierra, es más importante y crucial que cualquier cosa que haya en América. No, me metiste en este trabajo miserable y ahora impondré mi graduación si debo hacerlo. Nuestras órdenes son hacer que esta gente deje su exploración. Lo que suceda después no es asunto nuestro. Así que no regresarán a casa. No seremos nosotros la causa, de la misma forma que no eres un asesino por invitar a cenar a un hombre que sufre un accidente fatal durante el camino.

—Deja de sermonear y vamos a trabajar —contestó Sandoval.

Everard envió el escúter hacia delante.

—¿Ves esa colina? —dijo señalando después de volar un rato—. Está en la línea de marcha de Toktai, pero creo que esta noche acampará unos kilómetros antes de llegar a ella, en ese prado cercano a la corriente. Pero verán la colina perfectamente. Vamos a montar algo allí.

—¿Fuegos artificiales? Tendrán que ser espectaculares. Los chinos conocen la pólvora. Incluso tienen cohetes militares.

—Sí, pequeños. Lo sé. Pero cuando reuní el material para el viaje, incluí algunas cosas muy avanzadas, por si el primer intento fallaba.

Un pinar cubría la colina. Everard aterrizó el escúter entre los pinos y comenzó a descargar las cajas del voluminoso compartimento de equipaje. Sandoval lo ayudó, sin hablar. Los caballos, entrenados por la Patrulla, bajaron con tranquilidad de las estructuras que los habían llevado y empezaron a pacer.

Después de un rato, el indio rompió el silencio.

—No conozco eso. ¿Qué estás montando?

Everard acarició la pequeña máquina que había dispuesto.

—Está adaptado a partir de un sistema de control climático empleado en la era de los Siglos Fríos del futuro. Es un distribuidor potencial. Puede producir los rayos más aterradores que hayas visto, acompañados de truenos.

—Vaya... la gran debilidad de los mongoles. —De pronto Sandoval sonrió—. Tú ganas. Bien podemos relajarnos y disfrutar de esto.

—¿Preparas la cena, mientras monto esto? Por supuesto, nada de fuego. No queremos humo común... Oh, sí, también tengo un proyector de espejismos. Si te cambias de ropa y te pones un casco o algo, para que no te reconozcan, podré proyectar una imagen de dos kilómetros de alto, aterradora.

—¿Y un sistema de amplificación? Los cantos navajos resultan alarmantes si no sabes que sólo son un *yeibichai* o algo así.

—¡Oído cocina!

El día se apagaba. Bajo los pinos se hizo la oscuridad; el aire era frío. Finalmente Everard devoró un bocadillo y observó con los binoculares cómo la vanguardia mongola examinaba el lugar que había predicho. Otros acudieron presurosos con la caza diaria y empezaron a cocinar. El resto del grupo llegó con la puesta de sol, se situó con eficacia y comió. Toktai realmente avanzaba a marchas forzadas, aprovechando cada momento de luz solar. Mientras se hacía la oscuridad, Everard vio que había centinelas apostados con los arcos listos. Él no podía mantenerse con ánimo por mucho que lo intentase. Iba a asustar a hombres que habían hecho estremecerse la tierra.

Las primeras estrellas empezaron a relucir sobre los picos nevados. Era hora de empezar a trabajar.

—¿Has atado los caballos, Jack? Podrían asustarse. ¡Estoy seguro de que eso sucederá con los caballos de los mongoles! Vale, allá vamos. —Everard le dio al interruptor principal y se colocó cerca de los controles, débilmente iluminados, del aparato.

Primero se produjo un pálido resplandor azul entre cielo y tierra. Luego comenzaron los rayos, lengua tras lengua dividida saltando, los árboles destrozados, las montañas estremeciéndose por el ruido. Everard lanzó rayos esféricos, esferas de llamas que giraban y corveteaban dejando un rastro de chispas, volaban hacia al campamento y explotaban justo encima de él hasta que el cielo estuvo al rojo vivo.

Sordo y casi cegado, Everard se la arregló para proyectar una lámina de ionización fluorescente. Como la aurora boreal, las grandes bandas se retorcieron, de rojo sangre y blanco óseo, siseando bajo el repetido estampido de los truenos. Sandoval se adelantó. Se había quitado los pantalones y untado el cuerpo con arcilla formando dibujos arcaicos; al final no se había cubierto la cara, sino que se la había embarrado y la retorció en una mueca que lo hacía

irreconocible incluso para Everard. La máquina escaneó y alteró su imagen. Lo que se situó frente a la aurora era más alto que una montaña. Se movió en una danza cambiante, de horizonte a horizonte y de vuelta al cielo, y gimió y ladró en un falsete más intenso que el trueno.

Everard estaba acurrucado bajo las luces brillantes, con los dedos rígidos sobre los controles. Experimentaba un terror primitivo propio; la danza despertaba en él sentimientos que había olvidado.

¡Maldición! Si esto no los hace retroceder...

Recuperó la serenidad. Incluso miró el reloj. Llevaban media hora... que pasaran otros quince minutos antes de que acabara el espectáculo... Estaba claro que se quedarían en el campamento hasta el amanecer en lugar de salir a ciegas; tenían la suficiente disciplina. Así que lo mantendrían todo tranquilo durante varias horas más, y luego administrarían el último golpe a sus nervios con un único rayo que destrozaría un árbol que tenían justo al lado... Everard le hizo una señal a Sandoval para que volviese. El indio se sentó, jadeando más de lo que parecía razonable.

Cuando el ruido se hubo apagado, Everard dijo:

—Buen espectáculo, Jack —Su propia voz le sonó diminuta y extraña.

—No había hecho nada así desde hacía años —murmuró Sandoval. Encendió una cerilla, que produjo un ruido inesperado en el silencio. La breve llama mostró sus labios convertidos en líneas. Luego agitó la cerilla y sólo quedó encendida la punta del cigarrillo.

» Ninguno de mis conocidos en la reserva se tomaba estas cosas en serio — dijo al cabo de un momento—. Algunos de los ancianos querían que los jóvenes aprendiésemos para mantener viva la tradición, para recordarnos que todavía éramos un pueblo. Pero, en general, nuestra intención era ganar unas monedas bailando para los turistas.

Hizo una pausa mayor. Everard apagó por completo el proyector. En la oscuridad subsiguiente, el cigarrillo de Sandoval creció y se redujo, una pequeña Algol roja.

—¡Turistas! —dijo al fin.

Después de unos minutos más:

—Esta noche he bailado con un propósito. Significaba algo. Nunca me había sentido así.

Everard guardó silencio. Hasta que uno de los caballos, que se habían puesto nerviosos durante el espectáculo, relinchó.

Everard levantó la vista. Sólo veía oscuridad.

—¿Has oído algo, Jack?

El rayo de la linterna le dio de lleno.

Por un instante lo miró cegado. Luego se puso en pie de un salto, maldiciendo y buscando el aturdidor. De detrás de uno de los árboles salió corriendo una

sombra. Le golpeó en las costillas. Cayó hacia atrás. La pistola de rayos fue a parar a su mano. Disparó a ciegas.

La linterna barrió la escena una vez más. Everard vio a Sandoval. El navajo no llevaba armas. Desarmado, esquivó una hoja mongol. El espadachín corrió tras él. Sandoval recurrió al judo de la Patrulla. Se apoyó sobre una rodilla. De pie, el mongol atacó, falló y corrió directamente hacia el bloqueo de los hombros. Sandoval se puso en pie con el impacto. Con la mano golpeó la barbilla del mongol. La cabeza fue hacia atrás. Sandoval golpeó con la mano en la nuez de Adán, arrancó la espada de manos de su propietario y se dio la vuelta para detener un golpe.

Un voz gritaba por encima de los quejidos del mongol, dando órdenes. Everard se apartó. Había derribado a un atacante de un disparo. Debía de haber otros entre él y el escúter. Se dio la vuelta para enfrentarse a ellos. Un lazo le pasó alrededor de los hombros. Una mano experta lo apretó. Cayó. Cuatro hombres se arrojaron encima de él. Vio media docena de astas de lanza golpear la cabeza de Sandoval; no había tiempo para otra cosa que no fuese luchar. Dos veces se puso en pie, pero había perdido el arma, y la pistola se le había caído de la cartuchera; los hombrecillos eran también muy buenos en el estilo de lucha yawara. Consiguieron reducirlo y le golpearon con puños, botas y astas. No llegó a perder la conciencia del todo, pero al fin dejó de preocuparse.

Toktai llegó al campamento antes del amanecer. Los primeros rayos del sol le mostraron a sus tropas moviéndose entre cadáveres esparcidos por un amplio valle. La tierra estaba haciéndose cada vez más llana y árida, las montañas, a la derecha, eran cada vez más lejanas y los escasos picos visibles fantasmales sobre el cielo pálido.

Los pequeños y duros caballos mongoles trotaban al frente; golpeteo de cascos, chirriar de arreos. Mirando hacia atrás, Everard vio la fila como una masa compacta; las lanzas subían y bajaban, debajo de ellas se agitaban estandartes, plumas y capas, y aún por debajo estaban los cascos sobre caras oscuras de ojos rasgados y unos petos grotescamente pintados, visibles aquí y allá. Nadie hablaba, y no podía leer los rostros.

Sentía la mente embotada. Le habían dejado las manos libres, pero le habían atado los talones a los estribos y las cuerdas le cortaban. También le habían desnudado —una precaución razonable, ¿quién sabe que instrumentos podía ocultar entre la ropa?— y el traje mongol que le habían dado a cambio de su ropa era ridículamente pequeño. Tuvieron que abrir las costuras para ponerle la túnica.

El proyector y el escúter se encontraban en la colina. Toktai no iba a arriesgarse con esos instrumentos de poder. Tuvo que gritar a varios de sus aterrados guerreros antes de que aceptasen traer los extraños caballos, con sillas y equipo, sin jinete, entre las yeguas.

Se oyeron unos cascos rápidos. Uno de los arqueros que rodeaban a Everard gruñó y apartó un poco el caballo. Li Tai-Tsun se acercó.

El patrullero le dirigió una mirada apagada.

—¿Bien?—dijo.

—Me temo que vuestro amigo no volverá a despertar —contestó el chino—. Le he puesto un poco más cómodo.

Pero está tendido atado sobre una litera improvisada entre dos caballos, inconsciente... Sí, una conmoción, cuando le golpearon la pasada noche. Un hospital de la Patrulla podría curarlo con rapidez. Pero la base de la Patrulla más cercana está en Cambaluc y no me imagino a Tóktai dejándome volver al escúter para usar la radio. John Sandoval va a morir aquí, seiscientos cincuenta años antes de su nacimiento.

Everard miró los fríos ojos marrones, interesados, no del todo compasivos, pero extraños para él. Sabía que no tenía sentido; los argumentos que eran lógicos en su propia cultura de nada servían hoy; pero había que intentarlo.

—¿Al menos no podéis hacerle comprender a Toktai la ruina que va a traer sobre sí mismo y toda su gente por esto?

Li se acarició la doble barba.

—Es evidente, señor, que vuestra nación conoce artes que nos son desconocidas —dijo—. Pero ¿qué importa? Los bárbaros... —le dedicó al guardia mongol de Everard una breve mirada, pero evidentemente éste no entendía el chino sung que empleaba— conquistaron muchos reinos superiores a ellos en todo menos en habilidad guerrera. Ahora sabemos que faltasteis a la verdad cuando hablasteis de un imperio hostil cerca de estas tierras. ¿Por qué iba a intentar vuestro rey asustarnos con falsedades si no nos temiese?

Everard habló con cuidado:

—A nuestro glorioso emperador no le gusta derramar sangre. Pero si se ve obligado, os destruirá...

—Por favor. —Li parecía dolido. Agitó una mano fina, como si alejara un insecto—. Decidle a Toktai lo que queráis y no interferiré. No me entristecería volver a casa; vine sólo por orden imperial. Pero nosotros dos, hablando en confianza, será mejor que no insultemos nuestras respectivas inteligencias. ¿No entendéis, eminente señor, que no hay daño posible con el que podáis amenazar a estos hombres? Desprecian la muerte; incluso la tortura más lenta acabará matándolos; incluso la más deshonrosa mutilación nada es para un hombre dispuesto a morderse la lengua y morir. Toktai considera una vergüenza eterna regresar en este momento y ve una buena oportunidad de gloria eterna e incontables riquezas si continúa.

Everard suspiró. Su propia humillante captura había sido el punto de inflexión. Los mongoles casi se habían rendido ante el espectáculo de truenos. Muchos se habían arrastrado y gemido (y a partir de ahora serían más agresivos para borrar el recuerdo). Toktai cargó contra la fuente de su miedo tan lleno de horror como de desafío; unos pocos hombres y caballos habían podido llegar. Li era en parte responsable de ello: estudioso, escéptico, familiarizado con los engaños y los espectáculos pirotécnicos, el chino había animado a Toktai a atacar antes de que uno de los truenos cayese demasiado cerca.

Lo cierto es, hijo, que nos equivocamos con esta gente. Deberíamos haber traído a un Especialista que tuviese una comprensión intuitiva de los matices de esta cultura. Pero no, dimos por supuesto que unos cuantos datos serían suficientes. ¿Ahora qué? Una expedición de ayuda de la Patrulla podría presentarse pasado un tiempo, pero Jack estará muerto dentro de un día o dos...

—Everard miró la cara pétrea del guerrero que tenía a su izquierda—. *Muy probablemente yo también lo estaré. Todavía siguen nerviosos. Probablemente se*

desharán pronto de mí.

E incluso en el caso (¡muy improbable!) de sobrevivir para ser rescatado de aquel embrollo por otro equipo de la Patrulla... sería difícil enfrentarse a sus compañeros. Se suponía que un agente No asignado, con todos los privilegios especiales de su rango, debía manejar las situaciones sin ayuda. Sin llevar a la muerte a hombres valiosos.

—Así que os aconsejo con toda sinceridad que no intentéis más engaños.

—¿Qué? —Everard se volvió hacia Li.

—¿No comprendéis —dijo el chino— que los guías nativos han huido? ¿Qué ahora vais a ocupar su lugar? Esperamos encontrarnos pronto con otras tribus, establecer comunicación...

Everard bajó la cabeza, que le palpitaba. La luz del sol le atravesaba los ojos. No estaba asombrado por el rápido progreso de los mongoles en variedades lingüísticas distintas. Si no eras demasiado quisquilloso con la gramática, bastaban unas horas para aprender un número limitado de palabras y gestos básicos; después podías pasar días o semanas aprendiendo a hablar con la escolta contratada.

—... y volver a obtener guías zona a zona, como hicimos antes —siguió diciendo Li—. Cualquier indicación falsa quedaría pronto en evidencia. Toktai la castigaría de forma muy poco civilizada. Por otra parte, un servicio leal tendría su recompensa. Podréis esperar ascender a lo alto de la corte provincial tras la conquista.

Everard no se movió. El alarde inintencionado fue como una explosión en su cabeza.

Había dado por supuesto que la Patrulla enviaría otro equipo. Evidentemente, algo iba a evitar que Toktai regresase. Pero ¿era eso tan evidente? ¿Por qué habría sido ordenada la interferencia si no hubiese —de alguna forma paradójica que la lógica del siglo XX no podía expresar— una incertidumbre, un debilidad del continuo en ese punto?

¡Maldición! ¡Quizá la expedición mongol iba a tener éxito! Quizá todo el futuro del kanato americano que Sandoval no se atrevió del todo a soñar... era el futuro real.

Había caprichos y discontinuidades en el espacio-tiempo. Las líneas del mundo podían plegarse y morderse a sí mismas, de forma que las cosas y los acontecimientos pareciesen no tener causa, como una ondulación sin sentido pronto perdida y olvidada. Como un Manse Everard, varado en el pasado con un John Sandoval muerto, venido de un futuro que nunca existió como agente de una Patrulla del Tiempo que nunca fue.

A la puesta de sol, el ritmo despiadado había llevado a la expedición hasta una zona de artemisa y árbol de la grasa. Las colinas eran altas y marrones; los cascós levantaban polvo; los arbustos, de un verde plateado, eran escasos y endulzaban el aire cuando los rozaban, pero poco más.

Everard ayudó a colocar a Sandoval en el suelo. Los ojos del navajo estaban cerrados, su rostro hundido y caliente. En ocasiones se agitaba y murmuraba un poco. Everard le echó agua sobre los labios agrietados escurriendo un trapo empapado, pero no podía hacer nada más.

Los mongoles levantaron el campamento con mayor alegría que antes. Habían derrotado a dos poderosos hechiceros y no habían sufrido más ataques. Poco a poco, iban comprendiendo lo que eso implicaba. Se dedicaron a sus labores hablando unos con otros y, después de una comida frugal, sacaron los pellejos de *kumiss*.

Everard permaneció con Sandoval cerca del centro del campamento. Dos guardias lo vigilaban. Estaban sentados con los arcos listos a escasos metros, pero no hablaban. De vez en cuando uno de ellos se levantaba para mantener el pequeño fuego. Con el tiempo también se hizo el silencio entre sus compañeros. Incluso aquella correosa hueste se cansaba; los hombres se fueron a dormir, los miembros del puesto avanzado movían los ojos somnolientos, otros fuegos ardieron hasta consumirse mientras las estrellas titilaban en el cielo, un coyote aulló a kilómetros de distancia. Everard protegió a Sandoval contra el frío; las llamas del fuego revelaban escarcha sobre las hojas de artemisa. Se arrebujó en la capa y deseó que al menos sus captores le permitiesen tener la pipa.

Unos pies pisaron la tierra seca. Los guardias de Everard cogieron flechas para los arcos. Toktai entró en la luz, con las cabeza desnuda sobre un manto. Los guardias se inclinaron y retrocedieron hacia las sombras.

Toktai se detuvo. Everard levantó la vista y la volvió a bajar. El Noyon miró a Sandoval un buen rato. Al final, casi con amabilidad, dijo:

—No creo que tu amigo viva hasta la próxima puesta de sol.

Everard soltó un gruñido.

—¿Tienes alguna medicina que pueda ayudarlo? —preguntó Toktai—. Hay algunas cosas raras en tus alforjas.

—Tengo un remedio contra la infección y otro contra el dolor —dijo Everard mecánicamente—. Pero para un cráneo roto, hay que llevarlo a un médico hábil.

Toktai se sentó y tendió las manos hacia el fuego.

—Lamento no llevar ningún cirujano.

—Podrías dejarnos ir —dijo Everard sin esperanza—. Mi carruaje, el del anterior campamento, podría conseguirle ayuda.

—¡Sabes que no puedo hacer eso! —Rió Toktai. Su pena por el moribundo se apagó—. Después de todo, Eburar, tú empezaste este asunto.

Como era cierto, el patrullero no contestó.

—No te lo echo en cara —añadió Toktai—. De hecho, sigo deseando que seamos amigos. Si no lo quisiera, me detendría durante unos días y te lo sacaría todo por la fuerza.

Everard despertó.

—¡Podrías intentarlo!

—Y creo que tendría éxito, con un hombre que debe llevar medicinas contra el dolor. —La sonrisa de Toktai era lobuna—. Sin embargo, podrías ser útil como rehén. Y aprecio tu valor. Incluso te contaré una idea que se me ha ocurrido. Creo que quizá no pertenezcas a esa rica tierra del sur. Creo que eres un aventurero, miembro de una pequeña banda de brujos. Tienes al rey del sur en tu poder, o esperas tenerlo, y no quieres interferencias. —Toktai escupió al fuego—. Hay viejas historias sobre esas cosas. Al final, un héroe derrota al hechicero. ¿Por qué no yo?

Everard suspiró.

—Descubrirás por qué no, Noyon. —Se preguntó si tenía demasiada razón.

—Oh, vamos. —Toktai le dio una palmada en la espalda—. ¿No puedes decirme ni un poquito? No hay odio de sangre entre nosotros. Seamos amigos.

Everard señaló con un pulgar a Sandoval.

—Es un pena —dijo Toktai—, pero seguía resistiéndose a un oficial del Ka Kan. Venga, bebamos juntos, Eburar. Haré que un hombre traiga el pellejo.

El patrullero hizo una mueca.

—¡Ésa no es forma de amansarme!

—Oh, ¿a tu gente no le gusta el *kumiss*? Me temo que es todo lo que tenemos. Nos bebimos todo el vino hace tiempo.

—Podrías dejarme mi whisky. —Everard volvió a mirar a Sandoval, la noche, y sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo—. ¡Dios, me vendría bien!

—¿Eh?

—Una bebida nuestra. Tengo un poco en las alforjas.

—Bien... —Toktai vaciló—. Muy bien. Ven y la tomaremos.

Los guardias siguieron al jefe y al prisionero, por entre los matorrales y los guerreros dormidos, hasta una pila de materiales diversos también protegida por guardias. Uno de estos últimos encendió una llama para dar luz a Everard. Los

músculos de la espalda del patrullero se pusieron tensos —había flechas apuntándole, tensadas hasta la pluma— pero se agachó y repasó sus cosas, con cuidado de no moverse demasiado deprisa. Cuando tuvo las dos cantimploras de whisky, volvió a su sitio.

Toktai se sentó al otro lado del fuego. Observó cómo Everard se servía un trago en la tapa de la cantimplora y se lo bebía.

—Huele raro —dijo.

—Pruébalo. —El patrullero le pasó la cantimplora.

Fue un impulso de absoluta soledad. Toktai no era tan mal tipo. No según sus propios términos. Y cuando estás sentado al lado de tu compañero moribundo, beberías con el mismísimo diablo, sólo para evitar tener que pensar. El mongol olisqueó dubitativo, miró a Everard, hizo una pausa y luego se llevó la cantimplora a los labios con un gesto de arrojo.

—¡Uuuuuuuuuu!

Everard se movió para atrapar la cantimplora antes de que se perdiese mucho líquido. Toktai boqueaba y escupía. Un guardia tensó una flecha, el otro saltó para colocar una mano sobre el hombro de Everard. La espada en alto, brillaba.

—¡No es veneno! —exclamó el patrullero—. Sólo es demasiado fuerte para él. Mirad, yo beberé un poco más.

Toktai hizo retroceder a los guardias con un gesto y miró con ojos acuosos.

—¿Con qué fabricáis eso? —logró decir, tosiendo—. ¿Con sangre de dragón?

—Cebada. —Everard no se sentía con ganas de explicar el proceso de destilación. Se sirvió otro trago—. Adelante, bebe tu leche de yegua.

Toktai chasqueó los labios.

—Te calienta, ¿no? Como la pimienta. —Alargó una mano mugrienta—. Dame un poco más.

Everard se quedó quieto unos segundos.

—¿Bien? —gruñó Toktai.

El patrullero negó con la cabeza.

—Ya te lo he dicho, es demasiado fuerte para los mongoles.

—¿Qué? Tú, hijo de un turco con cara de leche...

—Entonces es cosa tuya. Te lo advierto, pongo a tus hombres por testigos de que mañana estarás enfermo.

Toktai bebió un buen trago, eructó y le devolvió la cantimplora.

—Tonterías. Simplemente la primera vez no estaba preparado. ¡Bebe!

Everard se tomó su tiempo. Toktai se impacientó.

—Date prisa. No, dame la otra.

—Muy bien. Eres el jefe. Pero te lo ruego, no intentes igualarme trago a trago. No puedes.

—¿Qué quieres decir con que no puedo? Vaya, en Karakorum emborraché a

veinte hombres hasta dejarlos inconscientes. Y no eran chinos sin entrañas: todos mongoles. —Toktai bebió un trago más.

Everard sorbió con cuidado. Pero de todas formas apenas notaba otro efecto que un ardor en el gaznate. Estaba demasiado tenso. De pronto entrevió lo que podía ser una salida.

—Venga, la noche es fría —dijo, y le ofreció la cantimplora al guardia más cercano—. Tomad un poco para manteneros calientes.

Toktai levantó la vista, algo atontado.

—Buena bebida —fue su objeción—. Demasiado buena para... —Se controló y cortó las palabras. El Imperio mongol podía ser cruel y absolutista, pero los oficiales compartían en igualdad con sus hombres.

El guerrero agarró el recipiente, dedicándole a su jefe una mirada de resentimiento, y lo inclinó sobre la boca.

—Calma —dijo Everard—. Es fuerte.

—Nada es fuerte para mí. —Toktai se metió una dosis más—. Sobrio como un bonzo. —Agitó el dedo—. Ése es el problema de ser un mongol. Eres tan duro que no puedes emborracharte.

—¿Te quejas o presumes? —preguntó Everard. El primer guerrero chasqueó la lengua, recuperó la postura de alerta y le pasó la botella a su compañero. Toktai volvió a beber de la otra cantimplora.

—¡Ahhh! —Miró como un búho—. Eso ha estado bien. Bueno, será mejor que ahora me vaya a dormir. Hombres, devolvedle su licor.

A Everard se le agarrotó la garganta. Pero se las arregló para decir:

—Sí, gracias, me apetece un poco más. Me alegra que hayas comprendido que no puedes soportarlo.

—¿A qué te refieres? —Toktai lo miró con furia—. Nunca es demasiado. ¡No para un mongol! —Volvió a beber. El primer guardián recibió la otra cantimplora y dio un trago rápido antes de que fuese demasiado tarde.

Everard respiró profundamente. Podría salir bien después de todo. Podría.

Toktai estaba acostumbrado a correrse juergas. No hay duda de que él o sus hombres podían aguantar *kumiss*, vino, cerveza, hidromiel, kvass, esa cerveza suave mal llamada vino de arroz, cualquier bebida de su época. Sabrían cuándo habían tomado demasiado, dirían buenas noches y se irían en fila india al dormitorio. El problema era que ninguna sustancia simplemente fermentada superaba los veinticuatro grados —los productos de desecho detenían el proceso — y la mayor parte de lo que se fermentaba en el siglo XIII estaba muy por debajo del cinco por ciento de alcohol, y además iba acompañado de un buen montón de material nutriente.

El whisky escocés era algo muy diferente. Si intentabas beberlo como si fuera cerveza, o incluso vino, tenías problemas. Perdías el juicio antes de notar su ausencia, y la conciencia le seguía poco después.

Everard alargó la mano hacia la cantimplora, en posesión de uno de los guardias.

—¡Dámela! —exigió—. ¡Vas a bebértelo todo!

El guerrero sonrió y tomó otro trago largo antes de pasársela a su compañero. Everard se puso en pie y fingió intentar cogerla. Un guardia le golpeó en el estómago. Cayó de espaldas. Los mongoles rieron, apoyándose el uno en el otro. Un chiste tan bueno exigía otro trago.

Cuando Toktai cayó, sólo Everard se dio cuenta. El Noyon pasó de estar con las piernas cruzadas a posición tendida. El fuego alumbraba lo suficiente para que se viera la tonta sonrisa de su cara. Everard se quedó sentado completamente tenso.

El final de uno de los guardias vino pocos minutos después. Se tambaleó, se puso a cuatro patas y empezó a vomitar la cena. El otro se volvió, parpadeando, buscando la espada.

—¿Qué passa? —gruñó—. ¿Qué has hecho? ¿Veneno?

Everard entró en acción.

Había saltado por encima del fuego y caído sobre Toktai antes de que el último guardia comprendiese lo que pasaba. El mongol avanzó, gritando. Everard encontró la espada de Toktai. Salió reluciendo de la vaina mientras se ponía en pie. El guerrero blandía su propia hoja. A Everard no le gustaba la idea de matar a un hombre casi indefenso. Se acercó, apartó el arma de un movimiento y le golpeó con el puño. El mongol cayó de rodillas, tuvo náuseas y se quedó dormido.

Everard se alejó. Los hombres se movían en la oscuridad, gritando. Oyó el golpe de los cascos cuando uno de los guardias montados acudió a investigar. Alguien cogió una tea de un fuego casi extinguido y la agitó hasta que se encendió. Everard se echó al suelo.

Un guerrero pasó a su lado, sin verlo, entre los arbustos. Everard se deslizó hacia una zona aún más oscura.

Un grito detrás y una ristra de maldiciones le indicaron que alguien había encontrado al Noyon.

Everard se puso en pie y comenzó a correr.

A los caballos les habían puesto maniotas y los habían dejado sueltos, sin vigilancia, como era habitual. Formaban una masa oscura sobre la pradera de un gris blanquecino bajo el cielo lleno de estrellas relucientes. Everard vio que uno de los vigilantes mongoles galopaba hacia él. Una voz preguntó:

—¿Qué sucede?

Respondió con voz aguda:

—¡Ataque al campamento! —Sólo era para ganar tiempo, para evitar que el jinete le reconociese y disparase una flecha. Se agachó, dejándose ver sólo como una forma baja y cubierta. El mongol se detuvo entre una nube de polvo.

Everard saltó.

Agarró las riendas del pony antes de ser reconocido. Luego el guardián gritó y desenvainó una espada. Atacó hacia abajo. Pero Everard estaba en el lado izquierdo. El golpe desde arriba fue torpe, fácil de evitar. Everard atacó a su vez y sintió la hoja penetrar en la carne. El caballo se encabritó alarmado. El jinete cayó de la silla. Se giró y atacó una vez más, aullando. Everard ya tenía un pie en el estribo. El mongol se digirió hacia él, con la sangre manando, más oscura que la noche, de una pierna herida. Everard montó y golpeó la grupa del caballo con la espada.

Se dirigió hacia la manada. Otro jinete intentó interceptarlo. Everard se agachó. Una flecha pasó por donde había estado. El pony robado cabeceó, luchando contra el peso desconocido. Everard necesitaba un minuto para controlarlo. El arquero podría haberle alcanzado entonces, acercándose y luchando cuerpo a cuerpo. Pero el hábito le envió al galope, disparando. En la oscuridad falló. Antes de que pudiera volver, Everard se había internado en la noche.

El patrullero cogió un lazo de la silla y penetró en la asustadiza manada. Atrapó al animal más cercano, que lo aceptó con bendita sumisión. Inclinandose, cortó las maniotas con la espada y se alejó con la montura de refresco. Salíó al otro lado de la manada y se dirigió al norte.

Una persecución en serio es una larga persecución —se dijo Everard sin necesidad—. Pero me acabarán atrapando si no los pierdo. Veamos, si recuerdo el terreno, el campo de lava está al noreste de aquí.

Dio un vistazo atrás. Nadie lo seguía todavía. Necesitaban un rato para organizarse. Sin embargo...

Rayos delgados saltaron desde arriba. El aire hendido resonó tras ellos. Sintió un escalofrío, más profundo que el frío de la noche. Pero redujo el ritmo. Ya no había razón para apresurarse. Ése debía de ser Manse Everard...

... que había llegado al vehículo de la Patrulla y había volado con él al sur en el espacio y hacia atrás en el tiempo, a ese mismo instante.

Eso es ir justo —pensó. La doctrina de la Patrulla veía con malos ojos ayudarse de esa forma a uno mismo. Había demasiado peligro de producir un bucle causal cerrado o de entremezclar el pasado y el futuro —. Pero en este caso, me saldré con la mía. Ni siquiera me reprendrán. Porque es para salvar a John Sandoval y no a mí mismo. Yo ya me he liberado. Podría evitar la persecución en las montañas, que yo conozco y los mongoles no. El salto en el tiempo es solo para salvar la vida de mi amigo.

Además —con creciente amargura—, ¿qué ha sido toda esta misión sino el futuro regresando para crear su propio pasado? Sin nosotros, los mongoles podrían haber conquistado América, y entonces ninguno de nosotros habría existido.

El cielo era enorme, de un negro cristalino; raramente se veían tantas

estrellas. La Osa Mayor resplandecía sobre la tierra blanca; el sonido de los cascotes rompía el silencio. Everard nunca se había sentido tan solo.

—¿Y qué hago aquí? —preguntó en voz alta.

La respuesta le llegó, y se tranquilizó un poco, se ajustó al ritmo de los caballos y empezó a devorar kilómetros. Quería terminar aquello. Pero lo que debía hacer resultó menos terrible de lo que había temido.

Toktai y Li Tai-Tsung nunca regresaron a casa. Pero no fue porque perecieran en el mar o en los bosques. Fue porque un hechicero llegó del cielo y mató con truenos a sus caballos, y destrozó y quemó las naves en la boca del río. Ningún marinero chino se aventuraría en aquellas aguas traicioneras con el barco tosco que pudiesen construir allí; ningún mongol creería posible regresar a casa a pie. Es más, probablemente era imposible. La expedición permanecería allí, sus miembros se emparentarían con los indios, vivirían sus vidas. Chinook, tlingit, nootka, todas las tribus potlatch, con sus grandes canoas marineras, sus casitas, los trabajos en cobre, las pieles, la ropa y su altanería... bien, un Noyon mongol, incluso un estudioso confuciano, podía tener una vida menos feliz y útil que la de crear un modo de existencia para una raza así.

Everard asintió para sí. Eso ya estaba. Más difícil que aceptar el fin de las ambiciones sangrientas de Toktai era aceptar la verdad sobre la Patrulla, a la que consideraba su familia, su nación y su razón de vivir. Los distantes superhombres habían resultado no ser tan idealistas después de todo. No se limitaban a proteger una historia, quizá decretada divinamente, que conducía hasta ellos. Aquí y allá, también intervenían para crear su propio pasado... No preguntes si alguna vez hubo un «esquema» original de las cosas. Mantén cerrada la mente. Mira el sendero terrible que la humanidad tenía que recorrer y convéncete de que si en algunos momentos podía ser mejor, en otros podía ser peor.

—Es posible que la partida esté amañada —dijo Everard—, pero es la única de esta ciudad.

Su voz sonó tan fuerte en aquella extensa tierra blanca, que no volvió a decir nada más. Hizo avanzar más rápido el caballo y se acercó un poco más deprisa al norte.

Delenda Est

En Europa, la caza es buena veinte mil años en el pasado, y los deportes de invierno son mejores que en cualquier otra parte. Así que la Patrulla del Tiempo, siempre preocupada por su bien entrenado personal, mantiene un refugio en los Pirineos del Pleistoceno.

Manse Everard se encontraba en un porche acristalado y miraba por encima de las amplias extensiones de azul hielo hacia las laderas del norte, donde las montañas caían hacia bosques, pantanos y la tundra. Había vestido su corpachón con pantalones sueltos verdes, una túnica de insulintec del siglo XXIII y botas confeccionadas a mano por un francocanadiense del siglo XIX; fumaba una apastosa y vieja pipa de brezo de origen indeterminado. Sentía una vaga inquietud íntima, y no hacía caso del ruido procedente del interior, donde los agentes, media docena, bebían, hablaban y tocaban el piano.

Un guía Cromagnon recorría el patio nevado: un tipo alto y guapo vestido más bien como un esquimal (¿por qué la cultura popular nunca le había concedido al hombre del Paleolítico la inteligencia suficiente para vestir chaqueta, pantalones y cubrirse con algo los pies en un periodo glacial?), la cara pintada y al cinto uno de los cuchillos de acero que había ganado. En un periodo tan remoto, la Patrulla podía actuar con bastante libertad; no había peligro de alterar el pasado, porque el metal desaparecería por la corrosión y los extraños serían olvidados en unos pocos siglos. La molestia principal era que las agentes femeninas de los periodos más libertinos del futuro tenían siempre aventuras con los cazadores nativos.

Piet van Sarawak (holandés-indonesio-venusiano, de principios del siglo XXIV d.C), un joven esbelto de tez oscura cuyo aspecto y capacidad representaban para los guías una buena competencia, se unió a Everard. Permanecieron un momento en un silencio de compañerismo. Piet también era un No asignado, listo para ayudar en cualquier entorno, y ya había trabajado antes con el americano. Se habían tomado juntos sus primeras vacaciones.

Fue quien primero habló, en temporal.

—He oído que han visto algunos mamuts cerca de Toulouse. —La ciudad no se construiría hasta mucho tiempo después, pero el hábito se imponía.

—Ya he cazado uno —dijo Everard con impaciencia—. También he esquiado, escalado y visto la danza de los nativos.

Van Sarawak asintió, sacó un cigarrillo y lo chupó para encenderlo. Los

huesos se marcaron sobre su tez oscura mientras tragaba humo.

—Un lugar bastante agradable —admitió—, pero al cabo de un tiempo la vida en el bosque empieza a perder su encanto.

Les quedaban todavía dos semanas de retiro. En teoría, como se podía regresar casi al momento de la partida, un agente podía tomarse vacaciones indefinidamente; pero en realidad se suponía que debía dedicar al trabajo una cierta porción de su vida probable (nunca te decían cuándo ibas a morir, y mejor sería que tuvieses la inteligencia suficiente de no intentar descubrirlo por tu cuenta. Y además, no sería verdad, porque el tiempo era mutable. Una ventaja del puesto de agente era el tratamiento de longevidad danieliano).

—Lo que me gustaría —siguió Van Sarawak—, serían luces brillantes, música, chicas que nunca hayan oído hablar del viaje en el tiempo...

—¡Hecho! —dijo Everard.

—¿La Roma de Augusto? —preguntó el otro con ansia—. Nunca he estado ahí. Aquí podría conseguir un hipno para el lenguaje y los trajes.

Everard negó con la cabeza.

—Está sobrevolada. A menos que quieras ir muy al futuro, la más gloriosa decadencia disponible está justo en mi propia época... si conoces, como yo, ciertos números de teléfono.

Van Sarawak rió.

—Yo también conozco algunos sitios en mi propio sector —contestó—, pero en general, una sociedad de pioneros no tiene demasiado tiempo para los pequeños detalles de la diversión. Muy bien, vamos a Nueva York, en... ¿cuándo?

—Que sea 1960. Ésa fue la última vez que estuve allí, con mi persona pública, antes de venir aquí.

Intercambiaron sonrisas y se fueron a hacer las maletas. Everard, previsor, había traído ropa de mediados del siglo XX para su amigo.

Al meter la ropa y la maquinilla en una pequeña maleta, el americano se preguntó si podría mantener el ritmo de Van Sarawak. Nunca había sido un juerguista de gran calibre, y no sabía cómo conseguir lío en cualquier lugar del espacio-tiempo. Un buen libro, música y un lata de cerveza... básicamente ésa era su idea de la diversión. Pero incluso el hombre más sobrio tiene que saltarse las reglas de vez en cuando.

O un poco más, si eras un agente No asignado de la Patrulla del Tiempo; si tu trabajo con la Compañía de Estudios de Ingeniería no era más que una tapadera para continuos viajes y problemas por toda la historia; si hubiese visto la historia resuelta en pequeños detalles —no por Dios, lo que hubiese sido soportable, sino por hombres mortales y falibles— porque incluso los danielianos eran algo menos que Dios; siempre le asustaba la posibilidad de un cambio importante, de forma que él y todo su mundo no hubiese existido nunca... El rostro maltratado y sencillo de Everard se contorsionó en una mueca. Se pasó la mano por el cabello

castaño, como si quisiese con ese gesto borrar la idea. Era inútil pensar en ello. El lenguaje y la lógica se rompían al enfrentarse a la paradoja. Mejor relajarse en los momentos en que pudiese.

Cogió la maleta y fue a unirse a Piet van Sarawak.

El pequeño escúter antigraavitatorio de dos plazas esperaba en el garaje sobre sus patines. No podrías creer, al mirarlo, que los controles pudiesen ajustarse a cualquier lugar de la Tierra y a cualquier momento del tiempo. Pero un avión también es maravilloso, o un barco, o el fuego.

*Auprés de ma blonde
Qu'il fait bon, fait bon, fait bon,
Auprés de ma blonde
Qu'il fait bon dormir!*

Cantaba Van Sarawak en voz alta, expulsando el aliento en forma de vapor al aire helado mientras saltaba al asiento de atrás. Había aprendido la canción acompañando las tropas de Luis XIV. Everard se rió:

—¡Más bajo, chico!

—Oh, venga —gorjeó el joven—. El continuo es hermoso, un cosmos glorioso y alegre. Acelera la máquina.

Everard no estaba tan seguro; había visto suficiente miseria humana en todas las épocas. Pasado cierto tiempo te endurecías, pero interiormente, cuando un campesino te miraba con ojos de brutalidad, o un soldado gritaba con una pica clavada, o una ciudad desaparecía bajo una llama radioactiva, algo lloraba. Comprendía a los fanáticos que intentaban cambiar los acontecimientos. Simplemente, era poco probable que sus actos mejorasen las cosas...

Ajustó los controles para la nave de Estudios de Ingeniería, un buen lugar seguro donde aparecer. Después irían a su apartamento, y luego podría empezar la diversión.

—Espero que te hayas despedido de todas tus amigas —comentó Everard.

—Oh, con total galantería, te lo aseguro. Dale de una vez. Eres tan lento como la melaza en Plutón. Para tu información, este vehículo no va a remos.

Everard se encogió de hombros y pulsó el interruptor principal. El garaje desapareció.

Por un momento, la sorpresa le impidió moverse.

Registraron la escena en pequeños fragmentos. Se habían materializado a unos centímetros del suelo —el escúter estaba diseñado para no aparecer en el interior de un objeto sólido— y como eso no era lo esperado, dieron contra el pavimento con un buen golpe. Se encontraban en una especie de plaza. Cerca de ellos manaba una fuente cuyo receptáculo de piedra estaba tallado con vides entrelazadas. De la plaza salían las calles entre edificios cuadrados de seis o diez pisos de altura, de ladrillo o cemento, adornados y pintados de formas muy variadas. Había automóviles, de aspecto rudimentarios, de ningún tipo reconocible, y una multitud de gente.

—¡Dioses! —Everard miró el indicador. El escúter los había dejado en Manhattan, el veintitrés de octubre de 1960, a las once y media de la mañana, en las coordenadas espaciales concretas del almacén. Pero había un viento fuerte que arrojaba polvo y cenizas a sus caras, el olor de las chimeneas, y...

El aturdidor sónico de Van Sarawak le saltó a la mano. La multitud se alejaba de ellos, gritando en una jerga que no comprendían. Era un grupo variopinto: altos, cabezas rubias, con mucho pelo rojo; cierta cantidad de amerindios; mestizos de todas las combinaciones. Los hombres vestían blusas holgadas de muchos colores, *kilts* a cuadros, una especie de bonete escocés, zapatos y medias hasta las rodillas. Llevaban el pelo largo y también, muchos, grandes bigotes. Las mujeres llevaban la falda hasta los talones y trenzas enrolladas bajo capas con capucha. Ambos sexos se adornaban con grandes brazaletes y collares.

—¿Qué ha sucedido? —susurró el venusiano—. ¿Dónde estamos?

Everard estaba rígido. Su mente se activó, repasando todas las eras que conocía o sobre las que había leído. Cultura industrial —aquello parecían coches de vapor, pero ¿por qué llevaban proas afiladas y mascarones?— ¿reconstrucción posnuclear? No, en esa época no llevaban falda y hablaban inglés.

No encajaba. No había constancia de tal época.

—¡Nos vamos de aquí!

Tenía las manos sobre los controles cuando un hombre grande le saltó encima. Cayeron al suelo en una confusión de pies y puños. Van Sarawak disparó y dejó inconsciente a alguien más; luego lo cogieron por detrás. La multitud se

apiló encima de ellos dos y las cosas se volvieron confusas.

Everard tuvo la vaga impresión de ver a un hombre con un brillante peto y un casco de cobre que se abrió paso por entre el disturbio. Lo pescaron y le agarraron mientras le esposaban. Luego los registraron a él y a Van Sarawak y los arrojaron a un gran vehículo cerrado. Los vehículos policiales eran muy similares en todas las épocas.

No recobró por completo la conciencia hasta encontrarse en la húmeda y fría celda tras una puerta de barrotes de hierro.

—¡En el nombre de la llama! —El venusiano se tiró sobre el camastro de madera y puso la cara entre las manos.

Everard se encontraba en la puerta, mirando fuera. Todo lo que veía era un estrecho pasillo de cemento y la celda de enfrente. El mapa de Irlanda le miró con alegría por entre esos otros barrotes y le gritó algo ininteligible.

—¿Qué está pasando? —El cuerpo delgado de Van Sarawak se estremeció.

—No lo sé —dijo Everard despacio—. Simplemente no lo sé. Se supone que esa máquina era a prueba de tontos, pero quizá somos más tontos de lo que pensamos.

—No existe un lugar como éste —dijo Van Sarawak, desesperado—. ¿Un sueño? —Se pellizó y se las arregló para esbozar una sonrisa de tristeza. Tenía el labio partido que sangraba y el principio de un glorioso ojo a la funerals—. Desde el punto de vista lógico, amigo, un pellizo no prueba la realidad, pero tiene cierta dosis de confirmación.

—Me gustaría que no fuese así —dijo Everard.

Agarró los barrotes con tal fuerza que se agitaron.

—¿Podrían los controles, a pesar de todo, estar mal? ¿Hay una ciudad, en algún momento de la Tierra, porque estoy muy seguro de que al menos esto es la Tierra, por oscura que fuese, que tuviese este aspecto?

—No, que yo sepa.

Everard se aferró a su cordura y desplegó todos los trucos mentales que la Patrulla le había dado. Eso incluía memoria total; y había estudiado historia, incluso la historia de épocas que no había conocido, con una profundidad que le hubiese valido varios doctorados.

—No —dijo al fin—. Blancos braquicéfalos con kilts y cruzados con indios y que conducen automóviles de vapor. Eso no ha sucedido.

—Coordinador Santel V —dijo Van Sarawak débilmente—. En el siglo XXXVIII. El Gran Experimentador, colonias reproduciendo sociedades pasadas...

—Ninguna como ésta —dijo Everard.

Empezaba a entrever la verdad, y hubiese cambiado su alma porque las

cosas fuesen diferentes. Preciso de toda su fuerza para evitar gritar y destrozarse el cerebro contra las paredes.

—Tendremos que esperar —dijo sin entonación.

Un policía (Everard daba por supuesto que estaban en manos de la ley) les trajo comida e intentó hablar con ellos. Van Sarawak dijo que su lenguaje sonaba a celta, pero no podía entender más que unas palabras. La comida no era mala.

Hacia la noche, los acompañaron a un lavabo y se limpiaron a punta de pistolas oficiales. Everard examinó las armas: revólveres de ocho disparos y rifles largos. Había luces de gas, cuyos soportes repetían el motivo de vides entrelazadas y serpientes. Las instalaciones y las armas sugerían una sociedad de un nivel tecnológico más o menos equivalente al de principios del siglo XIX.

En el camino de vuelta examinó un par de carteles en las paredes. La escritura era indiscutiblemente semítica, pero aunque Van Sarawak tenía algunos conocimientos de hebreo por haber tratado con la colina israelí de Venus, no pudo leerla.

—No es sorprendente —dijo Everard—. ¿Qué harías con extraños absolutos que apareciesen de ninguna parte y que tuviesen armas desconocidas?

El rostro de Van Sarawak se volvió hacia él con total seriedad.—¿Estás pensando lo que estoy pensando?—preguntó.

—Probablemente.

El venusiano torció la boca y el horror se manifestó en su voz. —Otra línea temporal. Alguien se las ha arreglado para cambiar la historia.

Everard asintió.

Pasaron una noche de infelicidad. Hubiese sido genial dormir, pero las otras celdas eran demasiado ruidosas. Allí parecía que la disciplina era muy laxa. Además, en las camas habían chinches.

Después de un triste desayuno, a Everard y Van Sarawak se les permitió lavarse de nuevo y afeitarse con cuchillas de seguridad no muy diferentes al modelo normal. Luego una guardia de diez hombres los llevó hasta una oficina y se distribuyó por las paredes.

Se sentaron frente a una mesa y esperaron. El mobiliario era una desconcertante mezcla entre lo familiar y lo extraño, como todo lo demás. Pasó un tiempo antes de que apareciesen los tíos importantes. Eran dos: un hombre de pelo blanco y mejillas sonrosadas con coraza y túnica verde, presumiblemente el jefe de policía, y un esbelto mestizo de pelo gris pero bigote negro de rostro duro, que llevaba una túnica azul y, sobre el pecho izquierdo, una cabeza de toro que parecía ser una insignia de rango. Hubiese poseído cierta dignidad aquilina de no ser por las delgadas piernas peludas bajo el kilt. Lo seguían dos jóvenes, armados y uniformados como él, que ocuparon sus lugares detrás mientras él se sentaba.

Everard se inclinó y susurró.

—Apuesto a que son los militares. Parece que les resultamos interesantes.

Van Sarawakasintió, pálido.

El jefe de policía se aclaró la garganta consciente de su importancia y le dijo algo al... ¿general? Este último contestó con impaciencia y se dirigió a los prisioneros. Ladró las palabras con una claridad que permitió a Everard entender los fonemas, pero con unos modales muy poco tranquilizadores.

En algún momento habría que establecer comunicación. Everard se señaló a sí mismo y dijo:

—Manse Everard.

Van Sarawak lo siguió y se presentó de forma similar. El general se sorprendió y conferenció con el jefe. Volviéndose, contestó.

—*Yrn Kimberland?*

Luego:

—*Gothland? Svea? Nairoin Teutonach?*

—Esos nombres, si son nombres, parecen germánicos, ¿no? —murmuró Van Sarawak

—También los nuestros, si te fijas —contestó Everard tenso—. Quizá crea que somos alemanes. —Al general—: *Sprechen sie Deutsch* —Su recompensa fue una mirada en blanco—. *Täler ni svensk? Niederlans? Dönsk tunga? Parlez-vous français?* —Maldición—. *¿Habla usted español?*

El jefe de policía volvió a aclararse la garganta y se señaló a sí mismo.

—Cadwallader Mac Barca —dijo. El general se llamaba Cynyth ap Ceorn, o al menos, así fue como la mente anglosajona de Everard interpretó los sonidos percibidos por sus oídos.

—Celta, vale —dijo. Le corría el sudor por los brazos—. Pero sólo para asegurarnos... —Señaló inquisitivo a alguno de los hombres y fue recompensado con nombres como Hamilcar ap Angus, Asshur yr Cathlan, y Finn O'Carthia—. No... también hay un evidente componente semítico. Eso encaja con el alfabeto.

Van Sarawak se humedeció los labios.

—Prueba con las lenguas clásicas —le dijo con aspereza—. Quizá podamos descubrir dónde se volvió loca la historia.

—*Loquerisne latine?* —Nada—. *Ελληνιστες?*

El general Ap Ceorn dio un salto, se acarició el bigote y entrecerró los ojos.

—*Hellenach?* —preguntó—. *Yrn Parthia?*

Everard agitó la cabeza.

—Al menos han oído hablar de los griegos —dijo despacio. Intentó un par de palabras más, pero ninguno conocía la lengua.

Ap Ceorn gritó algo a uno de sus hombres, que se inclinó y salió. Hubo un largo silencio.

Everard se encontró perdiendo el miedo. Estaba en una mala posición, sí, y quizá no viviera mucho tiempo; pero lo que le pasase a él tenía una importancia

ridícula comparado con lo que le habían hecho a todo el mundo.

¡Dios del cielo! ¡Al universo!

No podía apreciarlo en su totalidad. En su mente apareció con claridad la tierra que conocía, extensas praderas, altas montañas y orgullosas ciudades.

Recordaba una imagen de su padre, serio, pero sin embargo recordaba también haber sido un niño pequeño elevado hacia el cielo mientras su padre se reía debajo. Y su madre... ambos habían tenido una buena vida juntos.

Conoció a una chica en la universidad, la muchacha más dulce con la que un hombre hubiese tenido el privilegio de pasear bajo la lluvia; y Bernie Aaronson, las noches de cerveza, tabaco y charla; Phil Brackney, que lo había recogido del barro en Francia mientras las ametralladoras agujereaban un campo destrizado; Charlie y Mary Whitcomb, té y fuego de carbón en el Londres Victoriano; Keith y Cynthia Denison en su aguilera cromada sobre Nueva York; Jack Sandoval entre los peñascos de Arizona; un perro que había tenido; los cantos austeros de Dante y el trueno resonante de Shakespeare; la gloria de York Minster y el puente Golden Gate; Cristo, la vida de un hombre, y las vidas de quién sabía cuántos miles de millones de criaturas humanas, trabajando, aguantando y yendo al polvo para crear un hogar para sus hijos... nunca habían sido.

Movió la cabeza, anonadado por la pena, y se quedó sentado sin comprender.

El soldado regresó con un mapa y lo extendió sobre la mesa. Ap Ceorn hizo un gesto brusco, y Everard y Van Sarawak se inclinaron sobre él.

Sí, la Tierra, en una proyección de Mercator, aunque la memoria eidética demostraba que el mapa era bastante burdo. Los continentes e islas estaban allí, en colores brillantes, pero las naciones eran diferentes.

—¿Puedes leer esos nombres, Van?

—Puedo hacer una suposición, basándome en el alfabeto hebreo —corrigió.

Norteamérica hasta Colombia era Ynys yr Afallon, aparentemente un solo país dividido en estados. Sudamérica era una enorme región Huy Braseal, y había algunos países más pequeños cuyos nombres parecían hindúes. Australasia, Indonesia, Borneo, Burma, la India oriental y buena parte del Pacífico pertenecían a Hinduraj. Afganistán y el resto de la India eran Punjab. Han incluía China, Corea, Japón y el este de Siberia. Littorn englobaba el resto de Rusia y se adentraba bastante en Europa. Las islas británicas eran Britty, Francia y los Países Bajos, Gallis, la península Ibérica, Celan. Europa Central y los Balcanes estaban divididos en muchas naciones pequeñas, algunas de las cuales tenían nombres que sonaban a hunos. Suiza y Austria formaban Helveti; Italia era Cimberland; la península de Escandinavia estaba dividida por la mitad, Svea al norte y Gothland al sur. El norte de África parecía una confederación, desde Senegal hasta Suez y cerca del ecuador con el nombre de Carthagalann; la zona sur del continente estaba dividida en reinos menores, muchos de los cuales tenían nombres puramente africanos. El Oriente Próximo contenía Parthia y Arabia.

Van Sarawak levantó la vista.

Ap Ceorn formuló una pregunta y movió el dedo. Quería saber de dónde venían.

Everard se encogió de hombros y señaló al cielo. Lo único que no podía admitir era la verdad. El y Van Sarawak habían acordado decir que venían de otro planeta, ya que aquel mundo no tenía viaje espacial.

Ap Ceorn habló con el jefe, que asintió y contestó. Los prisioneros fueron devueltos a la celda.

—¿Y ahora qué? —Van Sarawak estaba tendido en el camastro y miraba al suelo.

—Seguimos el juego —dijo Everard con tristeza—. Haremos lo que sea para recuperar el escúter y escapar. Una vez que estemos libres, podremos actuar.

—¡Te digo que no lo se! Así de pronto, parece que algo alteró a los grecorromanos y los celtas tomaron el mando, pero no sé qué fue. —Everard recorrió la habitación. En él crecía una amarga determinación.

» Recuerda la teoría básica —dijo—. Los acontecimientos son el resultado de un conjunto. No tiene una causa única. Por eso es tan difícil cambiar la historia. Si regresase, digamos, a la Edad Media, y matase a uno de los antepasados holandeses, él seguiría naciendo a finales del siglo XIX... porque tanto él como sus genes fueron el resultado del mundo entero de sus antepasados, y habría habido compensaciones. Pero, de vez en cuando, se produce un suceso realmente clave. Algunos de ellos son nexos de tanta líneas de mundo que el resultado es decisivo para todo el futuro.

» Por alguna razón, alguien ha alterado uno de esos acontecimientos pasados.

—Ya no existe Ciudad Hesperus —murmuró Van Sarawak—. Ya no podré sentarme en los canales bajo un crepúsculo azul, no habrá más cosechas de Afrodita, no habrá más... ¿Sabías que tenía una hermana en Venus?

—¡Cállate! —Everard casi le gritó—. Lo sé. Al infierno eso. Lo que cuenta es lo que podamos hacer.

» Mira —dijo al cabo de un momento—, la Patrulla y los danielianos han desaparecido (no me preguntes por qué no habían desaparecido "siempre"; porque ésta es la primera vez que regresamos del pasado y nos encontramos el futuro cambiado. No comprendo las paradojas del tiempo cambiante. Así fue, simplemente). Pero de cualquier forma, los agentes de la Patrulla y los establecimientos anteriores al punto de cambio no habrán sido alterados. Debe de haber unos centenares de agentes que podremos reunir.

—Si logramos llegar hasta ellos.

—Entonces podremos descubrir el punto clave y detener la interferencia que se haya producido. ¡Tenemos que hacerlo!

—Una idea agradable. Pero...

Se oyeron pasos en el exterior. Una llave giró en la cerradura. Los prisioneros

se echaron atrás. Luego, de pronto, Van Sarawak estaba inclinándose, sonriendo y deshaciéndose en cumplidos. Incluso Everard se quedó boquiabierto.

La muchacha que entró delante de tres soldados era toda una belleza. Alta, con la melena roja cayéndole por encima de los hombros hasta la estrecha cintura; sus ojos eran verdes y ardientes, su cara descendía de todas las muchachas irlandesas que hubiesen vivido; el largo vestido blanco se ajustaba a una figura que merecía estar sobre las murallas de Troya. Everard notó vagamente que en aquella línea temporal usaban cosméticos, pero a ella le hacían poca falta. Everard no prestó atención al oro y el ámbar de sus joyas, o a las pistolas que había detrás. Ella sonrió, algo tímida, y dijo:

—¿Me entienden? Piensan que es posible que hablen griego.

Su lenguaje era clásico, no moderno. Everard, que en una ocasión se había ocupado de una misión en tiempos alejandrinos, lo entendía a pesar del acento, si prestaba mucha atención... lo que en cualquier caso era inevitable.

—Cierto, lo hablo —contestó, las palabras se le enredaron en el apresuramiento por salir.

—¿En qué hablas? —dijo Van Sarawak

—En griego antiguo —contestó Everard.

—Vaya suerte la mía —se quejó el venusiano. Su desesperación parecía haberse desvanecido, y se le salían los ojos.

Everard se presentó y también a su compañero. La chica dijo que su nombre era Deirdre Mac Morn.

—Oh, no —gruñó Van Sarawak—. Esto es demasiado. Manse, enseñame griego. Rápido.

—Cállate —dijo Everard—. Esto es un asunto serio.

—Bien, pero ¿no puedo tener también otros asuntos?

Everard no le hizo caso e invitó a la chica a sentarse. Se unió a ella en el camastro, mientras el otro patrullero se dedicaba a dar vueltas con tristeza.

Los guardas mantuvieron en alto sus armas.

—¿El griego sigue siendo una lengua viva? —preguntó Everard.

—Sólo en Partia, y es muy corrupta —dijo Deirdre—. Soy una estudiosa del mundo clásico, entre otras cosas. Saorann ap Ceorn es mi tío, así que me pidió que viese si podía hablar con vosotros. No mucha gente en Afallon conoce la lengua ática.

—Bien. —Everard suprimió una sonrisa tonta—. Le estoy muy agradecido a tu tío.

Sus ojos lo miraron con gravedad.

—¿De dónde sois? ¿Y cómo es que, de todas las lenguas conocidas, sólo habláis griego?

—También hablo latín.

—¿Latín? —Ella frunció el ceño pensando—. Oh, la lengua romana, ¿no? Me

temo que no encontrarás a nadie que sepa mucho de ella.

—El griego valdrá —dijo Everard con firmeza.

—Pero no me has dicho de dónde venis —insistió ella. Everard se encogió de hombros.

—No nos han tratado con demasiada amabilidad —respondió él.

—Lo siento. —Parecía sincera—. Pero nuestra gente se altera con facilidad. Especialmente ahora, con la situación actual. Y cuando los dos aparecisteis del aire...

Eso resultaba desagradablemente familiar.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Debes saberlo. Con Huy Braseal y Hinduraj a punto de entrar en guerra, y todos nosotros preguntándonos qué va a suceder... No es fácil ser una pequeña potencia.

—¿Una pequeña potencia? Pero he visto un mapa. Afallon me pareció muy grande.

—Nos agotamos hace doscientos años, en la gran guerra con Littorn. Ahora nuestros estados confederados son incapaces de ponerse de acuerdo en una política común. —Deirdre le miró directamente a los ojos—. ¿A qué se debe esta ignorancia tuya?

Everard tomó aliento y dijo:

—Somos de otro mundo.

—¿Qué?

—Sí. Un planeta (no, eso significa « vagabundo »)... un globo que da vueltas a Sirio. Ese es el nombre que damos a cierta estrella.

—Pero... ¿qué quieres decir? ¿Un mundo unido a una estrella? No logro entenderte.

—¿No lo entiendes? Una estrella es un sol como...

Deirdre se retiró e hizo un gesto con el dedo.

—Que el Gran Baal nos ayude —susurró—. O estás loco o... Las estrellas están montadas sobre una esfera de cristal.

¡Oh, no!

—¿Qué hay de las estrellas viajeras que podéis ver? —preguntó Everard despacio—. Marte, Venus y...

—No conozco esos nombres. Si te refieres a Moloch, Ashtoreth y al resto, por supuesto que son mundos como el nuestro, unidos al sol como el nuestro. Uno contiene los espíritus de los muertos, otro es el hogar de las brujas, otro...

Todo esto y además coches de vapor. Everard sonrió nervioso.

—Si no me crees, entonces, ¿qué crees que soy?

Deirdre lo miró con los ojos muy abiertos.

—Creo que debéis de ser hechiceros —dijo.

No había respuesta para eso. Everard hizo algunas preguntas vacilantes, pero sólo se enteró de que aquella ciudad se llamaba Catuvellaunan, un centro de comercio y manufactura. Deirdre estimaba su población en dos millones y la de toda Afallon en unos cincuenta millones, pero no estaba segura. Allí todavía no hacían censos.

El destino de los patrulleros tampoco estaba decidido. Su escúter y sus posesiones habían sido requisados por los militares, pero nadie se atrevía a jugar con esas cosas, y el trato de sus dueños era objeto de un encendido debate. Everard tuvo la impresión de que todo el sistema de gobierno, incluido el liderazgo de las Fuerzas Armadas, era un proceso ineficaz de disputas individuales. La misma Afallon era una confederación muy libre, construida a partir de antiguas naciones —colonias británicas e indios adaptados a la cultura europea— todas celosas de sus derechos. El viejo Imperio maya, destruido en una guerra con Tejas (Tehannach) y anexionado, no había olvidado sus tiempos de gloria, y enviaba los delegados más bravucones al Consejo de Magistrados.

Los mayas querían establecer una alianza con Huy Braseal, quizá por amistad con los indios. Los estados de la Costa Oeste, temerosos de Hinduraj, hacían la pelota al imperio del sur de Asia. El medio oeste (claro está) era aislacionista; los estados del este estaban divididos en todas direcciones, pero se inclinaban por seguir a los británicos.

Cuando descubrió que allí existía la esclavitud, aunque no por factores raciales, Everard se preguntó brevemente, y de forma algo alocada, si los que habían producido el cambio no serían dixerácratas.

¡Basta! Tenía que preocuparse de su propio cuello y del de Van.

—Somos de Sirio —declaró con firmeza—. Vuestras ideas sobre las estrellas son erróneas. Vinimos como exploradores pacíficos, y si se nos molesta, otros vendrán a vengarse.

Deirdre parecía tan infeliz que tuvo mala conciencia.

—¿Perdonarán a los niños? —rogó—. Los niños no tienen nada que ver con esto. —Everard imaginaba la visión que tenía en la cabeza, pequeños cautivos llorosos llevados como esclavos al mundo de las brujas.

—No habrá ningún problema si se nos libera y nos devuelven nuestras propiedades —dijo.

—Hablaré con mi tío —prometió—, pero incluso si puedo convencerlo, es sólo un hombre en el Consejo. La idea de lo que vuestras armas podrían hacer si las tuviésemos ha vuelto locos a los hombres.

Se puso en pie. Everard le cogió ambas manos —eran cálidas y suaves entre las suyas— y le dedicó una sonrisa torcida.

—Alégrate, niña —dijo en inglés.

Ella se estremeció, se liberó y volvió a hacer el gesto.

—Bien —preguntó Van Sarawak cuando se quedaron solos—, ¿qué

descubriste?—Cuando se lo hubo dicho se acarició la barbilla y murmuró—: Esa chica era una gloriosa colección de curvas. Podría haber mundos peores que éste.

—O mejores —dijo Everard con brusquedad—. No tienen bombas atómicas, pero apuesto a que tampoco disponen de penicilina. Nuestro trabajo no es jugar a ser Dios.

—No. No, supongo que no. —Suspiró el venusiano.

Pasaron inquietos lo que quedaba del día. La noche había caído cuando las linternas iluminaron el corredor y una guardia militar abrió la puerta. Los prisioneros fueron llevados en silencio hasta una salida trasera donde esperaban dos automóviles; ellos fueron en uno, y toda la tropa en el otro.

Catuvellaunan carecía de iluminación vial, y no había mucho tráfico nocturno. De alguna forma eso hacía que la extensa ciudad pareciese irreal en la oscuridad. Everard prestó atención a la mecánica del coche. A vapor, como había supuesto, por combustión de carbón; ruedas de goma; una carrocería esbelta de morro afilado y un mascarón en forma de serpiente; el conjunto, de sencillo manejo y construido con esmero, pero no demasiado bien diseñado. Aparentemente aquel mundo había desarrollado lentamente una ingeniería práctica, pero no una ciencia sistemática que mereciese ser tenida en cuenta.

Atravesaron un burdo puente de hierro hasta Long Island, que en aquel mundo también era una zona residencial para acomodados. A pesar de la luz mortecina de los faros de aceite, iban a gran velocidad.

En dos ocasiones estuvieron a punto de sufrir un accidente: no había señales de tráfico ni, por lo visto, ningún conductor que no despreciase la precaución.

Gobierno y tráfico... Humm. En cierto modo al estilo francés, exceptuando los raros intervalos en que Francia tuvo a un Enrique de Navarra o a un Charles de Gaulle. Incluso en el siglo XX de Everard, Francia era predominantemente celta. No creía demasiado en las teorías sobre características raciales innatas, pero algo había que decir sobre las tradiciones que, de tan antiguas se convertían en inconscientes e imposibles de erradicar. Un mundo occidental en el que los celtas se habían convertido en dominantes y los germanos habían quedado reducidos a unos cuantos asentamientos... Sí, mira la Irlanda de tu mundo; o recuerda cómo la política tribal había fastidiado la revuelta de Vercingetórix... Pero ¿qué decir de Littorn? ¡Espera un minuto! A principio de «su» Edad Media, Lituania era un estado poderoso; había contenido a los alemanes, a los polacos y a los rusos durante mucho tiempo, y ni siquiera había adoptado el cristianismo hasta el siglo XV. Sin la competencia de los alemanes, Lituania bien podría haberse extendido hacia el este.

A pesar de la inestabilidad política celta, aquél era un mundo de grandes estados, con menos naciones separadas que en el de Everard. Eso indicaba una

sociedad más antigua. En su propio mundo, la civilización occidental se había desarrollado a partir de la decadencia del Imperio romano, digamos en el 600 d.C; los celtas de este mundo debían haber tomado el control mucho antes.

Everard empezaba a entender lo sucedido con Roma, pero por el momento se guardó sus conclusiones.

Los coches llegaron hasta la puerta ornamentada de una larga muralla de piedra. Los conductores hablaron con dos guardas armados que vestían la librea de una hacienda privada y los delgados collares de acero de los esclavos. Las puertas se abrieron y los coches recorrieron un camino de gravilla entre prados y árboles. Al otro extremo, casi en la playa, había una casa. A Everard y Van Sarawak les hicieron un gesto para que se apeasen y los llevaron a ella.

Era una estructura de madera laberíntica. Las lámparas de gas del porche mostraban la fachada pintada de vistosas rayas; las terminaciones de los aguilonos y las vigas estaban tallados en forma de cabeza de dragón. El mar se oía cerca, y había suficiente luz de una luna que se hundía como para que Everard distinguiese un barco cercano: presumiblemente un carguero, con una chimenea alta y mascarón.

Por las ventanas sana una luz amarilla. Un mayordomo esclavo dejó entrar al grupo. El interior estaba panelado con madera oscura, también tallada, y el suelo cubierto de gruesa moqueta. Al fondo del vestíbulo había una sala de estar atestada de muebles, varias pinturas de un estilo envarado y convencional y un alegre fuego en una enorme chimenea de piedra.

Saorann ap Ceorn estaba sentado en un sillón, Deirdre en otro. Cuando entraron, ella dejó a un lado un libro y se levantó sonriente. El oficial chupó su cigarro y miró con el ceño fruncido. Se intercambiaron algunas palabras y los guardias desaparecieron. El mayordomo trajo vino en una bandeja y Deirdre invitó a sentarse a los patrulleros.

Everard bebió de su vaso —el vino era un borgoña excelente— y preguntó con brusquedad.

—¿Por qué estamos aquí?

Deirdre lo deslumbró con una sonrisa.

—Seguro que os resultará más agradable que la celda.

—Claro está. También lo encontramos más bien decorado. Pero quiero saberlo. ¿Van a soltarnos?

—Sois... —Buscó una respuesta diplomática, pero parecía ser demasiado sincera—. Sois bienvenidos aquí, pero no podéis salir de la hacienda. Esperamos persuadiros para que nos ayudéis. Se os recompensaría bien.

—¿Ayudaros? ¿Cómo?

—Enseñando a nuestros artesanos y druidas cómo fabricar más armas y carros mágicos como los vuestros.

Everard suspiró. No tenía sentido intentar explicarlo. No tenían las

herramientas para fabricar las herramientas para fabricar lo necesario, pero ¿cómo iba a hacérselo entender a una gente que creía en la magia?

—¿Es ésta la casa de tu tío?—preguntó.

—No, la mía —dijo Deirdre—. Soy hija única de mis padres, y eran nobles ricos. Murieron el año pasado.

Ap Ceorn dijo varias palabras. Deirdre las tradujo con un fruncimiento de preocupación.

—A estas alturas todos los catuvellaunos conocen la historia de vuestra llegada, incluidos los espías extranjeros. Esperamos ocultaros de ellos aquí.

Everard, recordando las cosas que Aliados y Eje habían hecho en pequeñas naciones neutrales como Portugal, se estremeció. Hombres desesperados por una guerra inminente probablemente no serían tan corteses como los afalonios.

—¿A qué se debe este conflicto?—preguntó.

—Es por el control del océano Iceniano, claro, en particular, de ciertas islas ricas que nosotros llamamos Ynys yr Lyonnach. —Deirdre se puso en pie con un único movimiento fluido y señaló Hawai en un globo terráqueo—. Entiende —siguió diciendo—, como te dije, Littorn y los aliados occidentales, incluyéndonos a nosotros, se agotaron luchando. Hoy, los grandes poderes, en expansión y luchando entre sí, son Huy Braseal e Hinduraj. Su conflicto se traga a naciones menores, porque la lucha no es sólo entre ambiciones, sino entre sistemas: la monarquía de Hinduraj contra la teocracia adoradora del sol de Huy Braseal.

—¿Cuál es vuestra religión, si puedo preguntarlo?

Deirdre parpadeó. La pregunta le parecía sin sentido.

—La gente más educada cree que hay un gran Baal que hizo a todos los dioses menores —contestó lentamente al fin—. Pero naturalmente, mantenemos los cultos antiguos y también ofrecemos respeto a los más poderosos dioses extranjeros, como el Perkunas y Czernebog de Littorn, Wotan Ammon de Kimberland, Brahma, el Sol... Mejor no incurrir en su cólera.

—Entiendo.

Ap Ceorn ofreció cigarros y cerillas. Van Sarawak inhaló y dijo quejumbroso.

—Maldición, tenía que ser una línea temporal en la que no hablan ninguna lengua que conozca —se animó—. Pero aprendo con rapidez, incluso sin hipnosis. Conseguiré que Deirdre me enseñe.

—A ti y a mí —añadió Everard con rapidez—. Pero escucha, Van. —Le informó de lo que había descubierto.

—Humm. —El más joven se acarició la barbilla—. No es bueno, ¿eh? Claro, si nos dejasen simplemente subirnos al escúter podríamos irnos con facilidad. ¿Por qué no les seguimos la corriente?

—No son tan tontos —contestó Everard—. Puede que crean en la magia, pero no en el puro altruismo.

—Es curioso que estén tan atrasados intelectualmente y sin embargo tengan motores de combustión.

—No. Es fácil de entender. Por eso pregunté por su religión. Siempre ha sido puramente pagana; incluso el judaísmo parece haber desaparecido, y el budismo no ha tenido mucha influencia. Como señaló Whitehead, la idea medieval de un dios todopoderoso fue importante para el crecimiento de la ciencia, al inculcar la noción de un orden en la naturaleza. Y Lewis Mumford añadió que los primeros monasterios fueron probablemente los responsables de la invención del reloj mecánico, un invento realmente básico, al tener horas regulares de oración. En este mundo parece que los relojes son tardíos. —Everard sonrió sardónico, una defensa contra la tristeza interior—. Es raro hablar así. Whitehead y Mumford nunca vivieron.

—Sin embargo...

—Sólo un minuto. —Everard se volvió hacia Deirdre—. ¿Cuándo fue descubierto Afallon?

—¿Por los hombres blancos? En el año 4827.

—Humm... ¿cuándo empieza vuestro cómputo?

Deirdre parecía inmune a más sorpresas.

—La creación del mundo. Al menos, la fecha que han dado algunos filósofos. Eso fue hace 5964 años.

Lo que coincidía con la famosa estimación del 4004 a.C. del obispo Ussher, quizá por pura coincidencia... pero aun así, definitivamente había un componente semítico en aquella cultura. La historia de la creación en el Génesis era también de origen babilonio.

—¿Y cuándo se usó por primera vez el vapor (*pneuma*) para mover motores? —preguntó.

—Hace unos mil años. El gran druida Boroihme O'Fiona...

—No importa. —Everard dio una chupada al cigarro y pensó un rato antes de mirar a Van Sarawak—. Empiezo a entenderlo todo —dijo—. Los galos estaban lejos de ser los bárbaros que todos piensan que eran. Aprendieron mucho de los comerciantes fenicios y de los colonos griegos, así como de los etruscos en la Galia cisalpina. Un pueblo muy aventurero y lleno de energía. Los romanos, por otra parte, eran un grupo impenetrable, con muy pocos intereses intelectuales. En nuestro mundo hubo poco progreso tecnológico hasta la Edad Media, cuando el Imperio había sido destruido.

» En "esta" historia, los romanos desaparecieron antes. Al igual que, estoy seguro, los judíos. Mi suposición es que, sin el efecto de equilibrio de poder de Roma, los sirios derrotaron a los macabeos; casi sucedió así en nuestra propia historia. El judaísmo desapareció y, por tanto, el cristianismo no llegó a existir. Pero, de cualquier modo, con Roma eliminada, los galos adquirieron la supremacía. Empezaron a explorar, construyeron mejores naves, descubrieron

América en el siglo IX. Pero no estaban tan por delante de los indios como para que éstos no se pusiesen a su altura... incluso podrían sentirse estimulados a construir imperios propios, como Huy Braseal hoy. En el siglo XI, los celtas empezaron a jugar con los motores de vapor. Parece que también tienen pólvora, quizá obtenida de China, y han inventado otras cosas. Pero todo ha sido por ensayo y error, sin fundamento científico.

Van Sarawakasintió.

—Supongo que tienes razón. Pero ¿qué pasó con Roma?

—No lo sé. Todavía. Pero el punto clave está ahí. Everard devolvió su atención a Deirdre.

—Puede que esto te sorprenda —dijo con suavidad—. Nuestra gente visitó este mundo hace dos mil quinientos años. Por eso hablamos griego. Pero no sabemos lo que ha sucedido desde entonces. Me gustaría que me lo contases; creo que eres una erudita.

Deidre se ruborizó y bajó las largas pestañas oscuras, algo que pocas pelirrojas tienen.

—Será una alegría para mí ayudar en todo lo que pueda. —Luego preguntó de repente—: Pero ¿nos ayudaréis vosotros a cambio?

—No lo sé —dijo Everard con seriedad—. Me gustaría. Pero no sé si podemos.

Porque, después de todo, mi trabajo es condenarte a ti y a todo tu mundo a la muerte.

Cuando a Everard le mostraron su habitación descubrió que la hospitalidad local era más que generosa. Estaba demasiado cansado y deprimido para aprovecharse de ella... pero al menos, pensó al borde del sueño, la muchacha esclava de Van no se sentirá defraudada.

Se levantaron temprano. Desde su ventana en el piso superior, Everard, fresco tras el sueño, vio guardias recorriendo la playa, pero eso no contribuyó a desanimarlo. Bajó con Van Sarawak a desayunar. El tocino con huevos, las tostadas y el café añadieron el último toque a su bienestar. Ap Ceorn había vuelto a la ciudad para consultar, dijo Deirdre; ella misma había dejado a un lado su melancolía y charlaba animadamente sobre detalles triviales. Everard descubrió que pertenecía a un grupo de teatro de aficionados que en ocasiones representaba obras griegas clásicas en su versión original: de ahí la fluidez de su habla. Le gustaba montar, cazar, navegar, nadar...

—¿Lo haremos? —preguntó.

—¿Eh?

—Nadar, claro. —Deirdre saltó de la silla del jardín, donde habían estado sentados bajo hojas color fuego, y con toda inocencia se quitó la ropa. Everard creyó oír un golpe cuando la mandíbula de Van Sarawak golpeó el suelo.

—¡Venid! —Rió ella—. ¡El último es un *sassenach*!

Ella ya estaba en el agua cuando Everard y Van Sarawak llegaron a la playa. El venusiano gruñó:

—Procedo de un planeta cálido. Mis antepasados eran indonesios. Pájaros tropicales.

—Había también algunos holandeses entre ellos, ¿no? —sonrió Everard.

—Tuvieron la inteligencia de mudarse a Indonesia.

—Vale, quédate en la orilla.

—¡Demonios! ¡Si ella puede, yo puedo! —Van Sarawak metió un dedo en el agua y volvió a gruñir.

Everard hizo acopio de todo su autocontrol y se metió. Deirdre le arrojó agua. El se sumergió, agarró una pierna esbelta y tiró de ella. Jugaron varios minutos antes de regresar a la casa para tomar una ducha caliente. Van Sarawak les siguió en una nube.

—Hablando de Tántalo —murmuró—, la chica más hermosa de todo el continuo, y no puedo hablar con ella y además es medio oso polar.

Secado y vestido con ropa local por los esclavos, Everard volvió a colocarse frente al fuego de la sala de estar.

—¿Qué dibujo es ése? —preguntó, señalando el diseño de su *kilt*. Deirdre levantó la cabeza, colorada.

—El de mi propio clan —contestó—. A un invitado honorable siempre se le considera del propio clan durante su visita, incluso si existe una disputa de sangre. —Sonrió—. Y no lo hay entre nosotros, Manslach.

Eso volvió a deprimirlo. Recordó cuál era su propósito.

—Me gustaría hacer preguntas sobre historia —dijo—. Es una de mis aficiones favoritas.

Ella asintió, se ajustó una cinta dorada en el pelo y sacó un volumen de un estante abarrotado.

—Creo que ésta es la mejor historia del mundo. Puedo buscar cualquier detalle que quieras conocer.

Y decirme lo que debo hacer para destruirte.

Everard se sentó con ella en el sofá. El mayordomo trajo el almuerzo. Comió sin ganas, triste. Siguiendo su corazonada...

—¿Lucharon Roma y Cartago en alguna guerra?

—Sí. De hecho, en dos. Al principio eran aliados, contra Epiro, pero se separaron. Roma ganó la primera guerra e intentó limitar las empresas cartaginesas. —Tenía el limpio perfil inclinado sobre la página, como una niña estudiosa—. La segunda guerra estalló veintitrés años después y duró... Humm... once años en total, aunque los tres últimos sólo fueron de limpieza después de que Aníbal hubiese tomado y quemado Roma.

¡Aja! Sin embargo, Everard no se sentía feliz de su éxito.

La segunda guerra púnica (allí la llamaban guerra romana) —o, mejor, algún incidente crucial en ella— era el punto de desviación. Pero en parte por curiosidad, en parte porque temía delatarse, Everard no intentó identificar inmediatamente la desviación. (No... lo que no había sucedido. La realidad estaba allí, cálida y respirando a su lado; él era el fantasma).

—¿Qué pasó después? —preguntó sin inflexiones.

—El Imperio cartaginés llegó a incluir Hispania, el sur de la Galia y el pie de Italia —dijo—. El resto de Italia se encontraba impotente y en estado de caos después de que se hubiese roto la confederación romana. Pero el gobierno cartaginés era demasiado venal para permanecer fuerte. El mismo Aníbal fue asesinado por hombres que consideraban su honradez un obstáculo para ellos. Mientras tanto, Siria y Partia lucharon por el Mediterráneo oriental. Partia ganó y, por tanto, sufrió una influencia helénica todavía mayor que antes.

» Unos cien años después de las guerras romanas, algunas tribus germánicas

tomaron Italia —(debían de ser los cimbrios, con sus aliados teutones y ambrones, que en el mundo de Everard habían sido detenidos por Mario)—. Su camino de destrucción por la Galia puso en marcha también a los celtas, eventualmente hacia Hispania y el norte de África tras el declive de Cartago. Y, de Cartago, los galos aprendieron mucho.

» Siguió un gran periodo de guerras, durante el cual Partia perdió fuerza y los pueblos celtas la cobraron. Los hunos derrotaron a los germanos en Europa central, pero a su vez fueron derrotados por Partia; así que los galos se instalaron allí y los únicos germanos que quedaron estaban en Italia e Hiperbórea —(eso debía de ser la península escandinava)—. Con la mejora de las naves aumentó el comercio con el Lejano Oriente, tanto con Arabia como directamente bordeando África. —(En la historia de Everard, Julio César se había asombrado al descubrir que los vénétoes construían mejores naves que cualquiera en el Mediterráneo)—. Los celtas descubrieron el sur de Afallon, que creyeron una isla, de ahí el "Ynys", pero fueron expulsados por los mayas. Sin embargo, las colonias brittas del norte sobrevivieron y, con el tiempo, se ganaron la independencia.

» Mientras tanto, Littorn crecía con rapidez. Se tragó la mayor parte de Europa durante un tiempo. El extremo occidental del continente sólo recuperó su libertad como parte del acuerdo de paz posterior a la guerra de cien años de la que te he hablado. Los países asiáticos se habían deshecho de sus amos europeos y se habían modernizado mientras las naciones occidentales declinaban. —Deirdre levantó la vista del libro, que había estado hojeando mientras hablaba—. Pero eso no es más que un resumen simple, Manslach. ¿Debo seguir?

Everard negó con la cabeza.

—No, gracias —respondió y, al cabo de un momento dijo—: Eres muy sincera sobre la situación de tu propio país.

Deirdre repuso bruscamente:

—La mayoría no la admitiría, pero creo que es mejor mirar la verdad a los ojos.

Con un ataque de interés, añadió:

—Pero hálame de tu mundo. Es una maravilla imposible de creer.

Everard suspiró, desconectó su conciencia y empezó a mentir.

El ataque se produjo por la tarde.

Van Sarawak había recuperado el aplomo y estaba muy ocupado aprendiendo la lengua afalonia de Deirdre. Caminaban por el jardín cogidos de la mano, deteniéndose para nombrar objetos y declinar verbos. Everard los seguía, preguntándose vagamente si tres eran multitud, y ocupado principalmente con el problema de cómo llegar al escúter.

La brillante luz del sol llegaba desde un pálido cielo despejado. Un arce era

un toque de escarlata, una nota de amarillo las hojas que correteaban por la hierba. Un esclavo mayor rastrillaba muy despacio el jardín; un guarda de apariencia joven y de raza india tenía el rifle apoyado en el hombro; un par de perros lobos dormitaban bajo un seto. Era una escena de paz; resultaba difícil creer que, más allá de esos muros, había hombres preparando un asesinato.

Pero el hombre es hombre, en cualquier historia. Aquella cultura quizá no tuviese la voluntad feroz y la crueldad sofisticada de la civilización occidental; de hecho, en algunos aspectos parecía extrañamente inocente. Aun así, no era porque no lo intentase. Y en aquel mundo quizá no apareciese nunca una auténtica ciencia. El hombre podría repetir por siempre el ciclo de guerra, imperio, colapso y guerra de nuevo. En el futuro de Everard, la especie finalmente se había liberado de él.

¿Para qué? Honradamente no podía decir que aquel continuo fuese peor o mejor que el suyo propio. Era diferente, eso era todo. ¿Y no tenía aquella gente tanto derecho a su existencia como... como la suya propia, que estaba condenada a la nada si él fracasaba?

Cerró los puños. El problema era demasiado grande. Ningún hombre tendría que decidir algo así.

Sabía que, al final, ningún sentido abstracto del deber le haría actuar, sino el recuerdo de las pequeñas cosas y la gente que había conocido.

Dieron la vuelta a la casa y Deirdre señaló al mar.

—*Awarkin*—dijo. El pelo suelto le ardía al viento.

—Bien, ¿eso significa «océano», «Atlántico» o «agua»? —Rió Van Sarawak—. Veamos. —La llevó hasta la playa.

Everard los siguió. Una especie de lancha de vapor, larga y rápida, saltaba sobre las olas, a dos o tres kilómetros de distancia. Las gaviotas la seguían como una tormenta de nieve con alas. Everard pensó que, si él hubiese estado al mando, allí habría un barco de la Marina de vigilancia.

¿Tendría realmente que decidir? Había otros patrulleros en el pasado prerromano. Volverían a sus eras respectivas y...

Everard se envaró. Un escalofrío le recorrió la espalda y se concentró en su estómago.

Volverían, y verían lo que había sucedido, e intentarían corregir el problema. Y si alguno tenía éxito, ese mundo desaparecía del espacio-tiempo en un parpadeo, y él también.

Deirdre hizo una pausa. Everard, de pie, nervioso, apenas presto atención a lo que ella miraba, hasta que la muchacha gritó y lo señaló. Se le unieron y miraron hacia el mar.

La lancha se acercaba, arrojando chispas y humo por la alta chimenea, con el mascarón dorado en forma de serpiente brillando. Podían ver la silueta de los hombres que iban a bordo, y algo blanco, con alas... Se elevó desde cubierta y

voló sujeto al extremo de una cuerda, elevándose. ¡Un planeador! Al menos la aeronáutica celta había llegado hasta ahí.

—Bonito —dijo Van Sarawak—. Supongo que también tendrán globos.

El planeador se soltó y se acercó al interior. Uno de los guardias de la playa dio un grito. Los demás salieron de detrás de la casa. La luz del sol se reflejaba en las armas. La lancha se dirigió directamente hacia la orilla. El planeador aterrizó, abriendo un surco en la arena.

Un oficial gritó e hizo un gesto para que los patrulleros se retirasen. Everard entrevió la cara de Deirdre, pálida e incapaz de comprender. Luego la torreta del planeador giró —una parte de su mente supuso que operada de forma manual— y un cañón ligero disparó.

Everard se echó al suelo. Van Sarawak lo imitó, tirando de la chica. Los disparos se clavaron de forma terrible en los soldados de Afallon.

Se produjo un terrible restallar de armas. De la nave saltaron hombres de rostro oscuro, con turbante y sarong. ¡*Hinduraj!*, pensó Everard. Intercambiaron disparos con los guardias supervivientes, que se apiñaban alrededor del capitán.

El oficial rugió y dirigió una carga. Everard miró desde la arena para verlo llegar casi hasta la tripulación del planeador. Van Sarawak se puso en pie de un salto. Everard giró sobre la arena, lo agarró por el tobillo y tiró de él antes de que pudiese unirse a la lucha.

—¡Déjame ir! —se quejó el venusiano, sollozando. Los muertos y heridos dejados por el cañón estaban esparcidos en una pesadilla roja. El estruendo de la batalla parecía llenar el cielo.

—¡No, idiota! Vienen a por nosotros y ese loco irlandés ha hecho lo peor posible... —Una nueva ráfaga llamó nuevamente la atención de Everard.

La lancha, de fondo plano y con hélice, había llegado a tierra y escupía hombres armados. Demasiado tarde para que los afalorios comprendiesen que habían descargado las armas y que ahora los atacaban por la retaguardia.

—¡Vamos! —Everard obligó a Van Sarawak y a Deirdre a ponerse en pie—. Tenemos que salir de aquí... llegar hasta los vecinos...

Un destacamento de la lancha lo vio y viró hacia ellos. Al llegar al jardín, sintió más que oyó el golpe sordo de una bala en la arena. Los dos perros lobos atacaron a los invasores y fueron acribillados.

Encorvados y en zigzag, ésa era la forma: ¡sobre el muro y hacia la carretera! Everard podría haberlo conseguido, pero Deirdre tropezó y cayó. Van Sarawak se detuvo para protegerla. Everard también se detuvo, y luego ya fue demasiado tarde. Estaban cubiertos.

El líder de los hombres oscuros le dijo algo a la chica. Ella se sentó y le respondió desafiadora. El se rió y señaló hacia la lancha.

—¿Qué quieren? —preguntó Everard en griego.

—A vosotros. —Deirdre lo miró con horror—. A vosotros dos... —El oficial

volvió a hablar—. Y a mí para traducir... ¡No!

Se retorció entre las manos que se cerraron sobre sus brazos, se liberó parcialmente y arañó una cara. El puño de Everard viajó en un arco corto que terminó aplastando una nariz. Fue demasiado bueno para durar. La culata de un rifle cayó sobre su cabeza y apenas fue consciente de que lo llevaban a la lancha.

La tripulación dejó atrás el planeador. Empujaron la lancha a aguas poco profundas y aceleraron. Abandonaron a todos los guardias muertos o heridos, pero se llevaron a los suyos.

Everard se sentó en un banco de cubierta y enfocó poco a poco la vista hacia la orilla que se alejaba. Deirdre lloraba sobre el hombro de Van Sarawak, y el venusiano intentó consolarla. Un ruidoso viento frío les golpeaba la cara.

Cuando dos hombres blancos salieron de la camareta, la mente de Everard volvió a ponerse en marcha. Al fin y al cabo no eran asiáticos. ¡Europeos! Y ahora que se fijaba con atención vio que el resto de la tripulación también tenía rasgos caucásicos. La piel oscura no era más que pintura.

Se puso en pie y miró a los nuevos amos con cautela. Uno de ellos era un hombre corpulento de mediana edad y altura media, vestido con una blusa de seda roja, amplios pantalones blancos y una especie de sombrero de astracán; iba bien afeitado y llevaba el pelo oscuro retorcido en una trenza. El otro era algo más joven, un gigante rubio vestido con una túnica cosida con eslabones de cobre, polainas, capa de cuero y un casco de cuernos puramente ornamental. Los dos llevaban revólveres al cinto y los marineros los trataban con deferencia.

—¿Qué demonios?—Everard miró a su alrededor una vez más. Ya no se veía la tierra, y viraban al norte. El casco se estremecía por la velocidad del motor y levantaba espuma cuando la proa chocaba con una ola.

El hombre mayor habló primero en afaonio. Everard se encogió de hombros. Luego el nórdico barbudo lo intentó, primero en un dialecto completamente irreconocible pero luego:

—*Taelan thu Cimbric?*

Everard, que hablaba varias lenguas germánicas, probó, mientras Van Sarawak abría sus orejas de holandés. Deirdre se acurrucó, con los ojos abiertos como platos y demasiado perpleja para moverse.

—*Ja* —dijo Everard—, *ein wenig*. —Cuando ricitos de oro puso cara de incertidumbre, lo arregló—: Un poco.

—*Ah, aen litt. Gode!* —El hombrón se frotó las manos—. *Ik hait Boierik Wulfilasson ok main gefreond heer erran Boleslav Arkonsky.*

No era una lengua que Everard hubiese oído nunca —y después de todos esos

siglos, ni siquiera podía ser el cimbriaco original— pero el patrullero la seguía razonablemente bien. El problema era hablarla; no podía predecir cómo había evolucionado.

—*What the hell erran thu maching, anyway? —soltó—. Ik bin aen man auf Sirius. The stern Sirius, mitplaneten ok all. Set uns gebach orwillen be der Teufel topay!*

Boierik Wulfilasson parecía apenado y propuso que la discusión siguiese bajo techo, con la joven dama como intérprete. Abrió el camino hacia la camarera, que resultó contener un pequeño pero cómodo salón. La puerta permaneció abierta, con guardas armados vigilando el interior y muchos más a la espera.

Boleslav Arkonsky dijo a Deirdre algo en afaonio. Ella asintió, y él le dio una copa de vino. Pareció calmarla, pero le habló a Everard con voz trémula.

—Hemos sido capturados, Manslach. Sus espías descubrieron dónde estabais retenidos. Se supone que otro grupo va a robar vuestra máquina de viajar. También saben dónde está.

—Eso imaginaba —contestó Everard—. Pero en nombre de Baal, ¿quiénes son?

Boierik se rió a carcajadas al oír la pregunta y habló largamente sobre su propia inteligencia. La idea era hacer que los magistrados de Afallon creyesen que Hinduraj era responsable. En realidad, la alianza secreta entre Littorn y Cimperland había construido una red de espionaje bastante eficiente. Ahora se dirigían a la villa de verano de la embajada de Littorn en Ynys Llangollen (Nantucket), donde se induciría a los hechiceros a revelar sus trucos y se prepararía una sorpresa a las grandes potencias.

—¿Y si no lo hacemos?

Deirdre tradujo palabra por palabra la respuesta de Arkonsky.

—Lamentaría las consecuencias para vosotros. Somos hombres civilizados, y pagariamos bien en oro y honores la cooperación. Si no la obtenemos, os haremos cooperar por la fuerza. La existencia de nuestros países está en juego.

Everard los miró con mayor atención. Boierik parecía avergonzado y desgraciado, se había evaporado su jactanciosa alegría. Boleslav Arkonsky tamborileaba sobre la mesa, con los labios apretados pero cierta súplica en los ojos. *No nos obliguen a hacer esto. Tenemos que vivir con nosotros mismos.*

Probablemente eran maridos y esposos, probablemente gustaban de una jarra de cerveza y un amigable juego de dados tanto como cualquier hijo de vecino; quizá Boierik criase caballos en Italia y Arkonsky fuese un criador de rosas en la costa báltica. Pero nada de eso haría bien a los cautivos, cuando la todopoderosa Nación entrechocase la cornamenta con la de otra.

Everard se detuvo para admirar el arte de la operación, y luego empezó a preguntarse qué hacer. La lancha era rápida, pero necesitaría unas veinte horas para llegar a Nantucket, tal y como recordaba el viaje. Al menos disponía de

todo ese tiempo.

—Estamos cansados —dijo en inglés—. ¿Podemos descansar un poco?

—*Ja deedly* —dijo Boierik con torpe gracia—. *Ok wir skallen gode gefreonds bin, ni?*

La puesta de sol ardía en el oeste. Deirdre y Van Sarawak se encontraban en la barandilla, mirando a una amplia extensión de agua. Tres marineros, sin maquillaje ni disfraz, permanecían atentos y listos para actuar; un hombre llevaba el timón guiándose por una brújula; Boierik y Everard recorrían el alcázar. Todos vestían ropa gruesa para protegerse del viento.

Everard estaba empezando a dominar el cimbrío; todavía se le trababa la lengua, pero se hacía entender. Aunque, en principio, dejaba que Boierik hablase.

—¿Así que vienen de una estrella? No entiendo de esas cosas. Soy un hombre sencillo. Si fuese por mí, administraría mi finca en la Toscana en paz y dejaría que el mundo se volviese loco solo. Pero los del Pueblo tenemos nuestras obligaciones. —Parecía que en Italia la lengua teutónica había reemplazado por completo el latín, como el inglés había hecho con los britanos en el mundo de Everard.

—Sé cómo se siente —dijo el patrullero—. Es extraño que tantos luchen cuando tan pocos lo desean.

—Oh, pero esto es necesario —casi un gemido—. Carthagalann robó Egipto, nuestra legítima posesión.

—*Italia irredenta* —murmuró Everard.

—¿Eh?

—No importa. Así que los cimbríos se han aliado con Littorn y esperan apoderarse de Europa y África mientras las grandes potencias luchan en el este.

—¡En absoluto! —protestó Boierik, indignado—. Simplemente reafirmamos nuestras legítimas reivindicaciones históricas y territoriales. El mismo rey ha dicho... —Y así siguió y siguió.

Everard se agarró para contrarrestar el movimiento de cubierta.

—Parece que, como hechiceros, nos tratan bastante mal —comentó—. Ruegue para que no nos enfademos.

—Todos hemos sido protegidos contra maldiciones y conjuros.

—Bien...

—Desearía que nos ayudasen libremente. Sería un placer demostrarle la justicia de nuestra causa, si tiene unas horas libres.

Everard hizo una movimiento de negación con la cabeza, se alejó y se detuvo al lado de Deirdre. El rostro de la mujer era una masa informe en la profunda oscuridad, pero él apreció algo de furia en su voz.

—Espero que le dijese lo que pueden hacer con su plan, Manslach.

—No —dijo Everard con fuerza—. Vamos a ayudarlos.

Ella pareció afectada.

—¿Qué dices, Manse? —preguntó Van Sarawak. Everard se lo dijo—. ¡No! —dijo el venusiano.

—Sí —dijo Everard.

—¡Por Dios, no! Yo...

Everard le agarró un brazo y dijo con frialdad:

—Tranquilo, sé lo que hago. No podemos ponernos del lado de nadie en este mundo; estamos contra todos, y será mejor que lo entiendas. Lo único que podemos hacer es seguirles la corriente a estos tipos por un tiempo. Y no le digas eso a Deirdre.

Van Sarawak inclinó la cabeza y permaneció un momento en silencio, pensando.

—Vale —convino con voz apagada.

La villa littorniana se encontraba en la costa sur de Nantucket, cerca de un pueblecito pesquero, pero separada de éste por una muralla. La embajada la había construido al estilo de su país: largas casas de madera con tejados arqueados como el lomo de un gato, un edificio principal y edificios exteriores que cerraban un patio con banderas. Everard concluyó una noche de sueño y el desayuno, que los ojos de Deirdre habían convertido en triste, aguardando en cubierta mientras se acercaban a un muelle privado. Otra lancha aún mayor esperaba allí, y la tierra firme estaba llena de hombres de aspecto rudo. La emoción de Arkonsky se disparó cuando dijo en afaonio:

—Veo que han traído la máquina mágica. Podemos ponernos a trabajar.

Cuando Boierik se lo tradujo, a Everard le dio un vuelco el corazón.

Los invitados, como los cimbrios insistían en llamarlos, fueron conducidos a una sala descomunal donde Arkonsky se inclinó para arrodillarse ante un ídolo con cuatro caras, ese Svantevit que los daneses habían convertido en combustible para las hogueras en la otra historia. En el hogar ardía un fuego para proteger del frío del otoño, y había guardias en todas las paredes. Everard sólo tenía ojos para el escúter, que relucía en la puerta.

—He oído que en Catuvellaunan tuvieron que luchar duro para conseguir esta cosa —comentó Boierik—. Muchos murieron; pero nuestro grupo pudo escapar sin ser seguido. —Tocó el manillar con cautela—. ¿Y este vehículo puede realmente aparecer en cualquier lugar que desee su conductor, del aire?

—Sí —dijo Everard.

Deirdre le dedicó una mirada de odio como había recibido pocas. Permanecía altanera, bien alejada de él y Van Sarawak.

Arkonsky le dijo algo que quería que tradujese. Ella escupió a sus pies. Boierik suspiró y se lo dijo a Everard.

—Queremos ver una prueba del vehículo. Usted y yo viajaremos en él. Le advierto que apuntaré un revolver a su espalda. Me dirá por anticipado todo lo que pretende hacer y, si sucede algo inesperado, dispararé. Sus amigos permanecerán aquí como rehenes, y también recibirán un disparo a la primera sospecha. Pero estoy seguro —añadió— de que seremos buenos amigos.

Everard asintió. La tensión crecía en su interior; se notaba las palmas frías y húmedas.

—Primero debo decir un conjuro —contestó.

—Van, voy a intentar sacarte de aquí. Quédate exactamente donde estás ahora, repito, exactamente. Te cogeré en vuelo. Si todo sale bien, eso sucederá un minuto después de que desaparezca con este camarada peludo.

El venusiano permaneció sentado con el rostro pétreo, pero una gotita de sudor le corría por la frente.

—Muy bien —dijo Everard en su tosco cimbriaco—. Monte en el asiento de atrás, Boierik, y haremos que este caballo mágico corra.

El rubio asintió y obedeció. Mientras Everard se acomodaba en el asiento delantero sintió el cañón tembloroso de una pistola en la espalda.

—Dile a Arkonsky que volveremos dentro de media hora —le dijo. Aproximadamente tenían las mismas unidades de tiempo, legado de los babilonios. Cuando eso estuvo hecho, Everard dijo—: Lo primero que haremos será aparecer sobre el océano y flotar.

—B-b-bien —dijo Boierik No parecía muy convencido.

Everard ajustó los controles de espacio a diez kilómetros al este y trescientos metros de altura, y activó el interruptor principal.

Eran como brujas sobre una escoba mientras miraban la inmensidad verdigris y la silueta distante de la tierra. El viento soplaba con fuerza, los empujaba, y Everard se agarró con fuerza con las rodillas. Oyó el juramento de Boierik y sonrió envarado.

—Bien —preguntó—, ¿qué te parece?

—Es... es maravilloso. —A medida que se acostumbraba a la idea, el cimbriaco iba entusiasmándose—. Los globos no son nada comparados con esto. Con máquinas como ésta podríamos volar sobre las ciudades enemigas y hacer llover fuego sobre ellas.

De alguna forma, eso hizo que Everard se sintiese mejor por lo que iba a hacer.

—Ahora volaremos hacia delante —anunció, e hizo que el escúter se deslizase por el aire. Boierik gritó de alegría—. Y ahora saltaremos de forma instantánea hasta tu patria.

Everard activó el control de maniobra. El escúter dio un giro y cayó con una aceleración de tres gravedades.

Sabiéndolo, el patrullero apenas pudo agarrarse. Nunca supo si fue el giro o el picado lo que arrojó a Boierik. Apenas vio al hombre caer por el aire hasta el mar, pero deseó no haberlo visto.

Everard flotó un momento sobre las olas. Su primera reacción era de estremecimiento. « Supón que Boierik hubiese tenido tiempo de disparar ». La segunda fue de culpabilidad. Descartó ambas, y se concentró en el problema de rescatar a Van Sarawak.

Ajustó los controles espaciales para treinta centímetros frente al banco de los

prisioneros, la unidad temporal para un minuto después de su partida. Mantuvo la mano derecha sobre los controles —tendría que actuar rápido— y dejó libre la izquierda.

Agarraos los sombreros, amigos. Allá vamos.

La máquina apareció casi frente a Van Sarawak. Everard agarró la túnica del venusiano y lo arrastró dentro del campo del motor espaciotemporal y mientras con la mano derecha hacía retroceder el indicador temporal y le daba al interruptor principal.

Una bala rebotó en el metal. Everard apenas vio a Arkonsky gritando. Y luego todo desapareció y se encontraron en una colina cubierta de hierba que descendía hasta la playa. Se encontraban dos mil años en el pasado.

Se derrumbó temblando sobre el manillar.

Un grito le trajo de nuevo al presente. Se volvió para mirar a Van Sarawak. El venusiano estaba tirado sobre la hierba. Todavía tenía un brazo alrededor de la cintura de Deirdre.

El viento era suave, el mar azotaba una larga playa blanca y las nubes paseaban en lo alto del cielo.

—No puedo decir que te lo reproche, Van. —Everard daba vueltas alrededor del escúter y miraba al suelo—. Pero esto complica las cosas.

—¿Qué se suponía que debía hacer? —preguntó el otro hombre con cierto resquemor—. ¿Dejarla para que aquellos bastardos la matasen... o para que desapareciese con todo su universo?

—Recuerda, estamos condicionados. Sin autorización no podríamos decirle la verdad ni aunque quisiésemos. Y yo, para empezar, no quiero.

Everard miró a la chica. Ella respiraba profundamente, pero con alegría en los ojos. El viento le agitaba el cabello y el largo vestido fino.

Agitó la cabeza como para aclararla de pesadillas, corrió y le agarró las manos.

—Perdóname, Manslach —dijo entrecortada—. Debí haber sabido que no nos traicionarías.

Besó a los dos. Van Sarawak respondió con la intensidad esperada, pero Everard no pudo hacerlo. Hubiese recordado a Judas.

—¿Dónde estamos? —dijo ella—. Casi parece Llagollen, pero sin habitantes. ¿Nos has llevado a las Islas de la Felicidad? —Giró sobre un pie y bailó entre las flores de verano—. ¿Podemos descansar un poco antes de volver a casa?

Everard inspiró profundamente.

—Tengo malas noticias para ti, Deirdre —dijo.

Ella calló y el hombre vio cómo recobraba la compostura.

—No podemos volver.

Ella esperó en silencio.

—Los... los hechizos que tuve que usar para salvar nuestras vidas... no tuve elección. Pero esos hechizos nos impiden volver a casa.

—¿No hay esperanza? —Apenas logró oírla. Le ardían los ojos.

—No —dijo.

Ella se dio la vuelta y se alejó. Van Sarawak se movió para seguirla, pero se lo pensó mejor y se sentó al lado de Everard.—¿Qué le has dicho? —preguntó. Everard repitió sus palabras.

—Parece el mejor arreglo —dijo al final—. No puedo enviarla de vuelta a lo que le espera a este mundo.

—No. —Van Sarawak permaneció en silencio un momento, mirando al mar. Luego dijo—: ¿Qué año es éste? ¿Más o menos la época de Cristo? Entonces todavía estamos en el futuro del punto de cambio.

—Sí. Y todavía tenemos que descubrir qué fue.

—Volvamos a una oficina de la Patrulla en el pasado lejano. Allí podremos obtener ayuda.

—Quizá. —Everard se tendió sobre la hierba y miró al cielo. La reacción le anonadaba—. Pero creo que puedo localizar la clave aquí mismo, con ayuda de Deirdre. Despiértame cuando regrese.

Ella volvió con los ojos secos, aunque se notaba que había llorado. Cuando Everard le preguntó si lo ayudaría en su misión, ella asintió:

—Claro. Mi vida te pertenece por haberla salvado.

Después de meterte en este lío. Everard dijo con cuidado:

—Todo lo que quiero de ti es un poco de información. ¿Conoces el método... de hacer que la gente duerma, en un sueño en que creen cualquier cosa que se les diga?

Ella asintió voluntariosa.

—He visto hacerlo a los druidas médicos.

—No te haré daño. Sólo deseo hacerte dormir para que recuerdes todo lo que sabes, cosas que crees haber olvidado. No llevará mucho tiempo.

La confianza de Deirdre le era difícil de soportar. Empleando técnicas de la Patrulla, la colocó en un estado hipnótico de memoria total y sacó a la luz todo lo que ella había oído o leído sobre la segunda guerra púnica. Resultó ser suficiente para sus propósitos.

Las interferencias romanas con las actividades cartaginesas al sur del Ebro, una violación flagrante de los tratados, había sido la gota que colmó el vaso. En el 219 a.C. Aníbal Barca, gobernador de la España cartaginesa, sitió Sagunto. Después de ocho meses la conquistó, y así provocó su largo tiempo planeada guerra con Roma. A principios de mayo del 218 cruzó los Pirineos con 90.000

soldados de infantería, 12.000 de caballería y 37 elefantes, marchó por la Galia y atravesó los Alpes. Las pérdidas en ruta fueron terribles: sólo 20.000 soldados y 6.000 caballos llegaron a Italia a finales de ese año. Sin embargo, cerca del río Tesino, encontró y derrotó una fuerza romana superior. Durante el año siguiente, luchó en varias batallas victoriosas y avanzó hacia Apulia y Campania.

Los apulios, lucanios, brutios y samnitas se pusieron de su lado. Quinto Fabio Máximo luchó en una terrible guerra de guerrillas que destruyó Italia y nada decidió. Pero mientras tanto, Asdrúbal Barca organizaba España, y en el 211 llegó con refuerzos. En el 210, Aníbal asedió y quemó Roma, y para el 207 las últimas ciudades de la confederación se le habían rendido.

—Eso es. —Dijo Everard. Acarició el pelo cobrizo de la muchacha que yacía a su lado—. Duerme ahora. Duerme bien y despierta feliz.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Van Sarawak.

—Muchos detalles —respondió Everard. La historia completa había durado más de una hora—. Lo importante es esto: su conocimiento de la época es bueno, pero no ha nombrado a los Escipiones.

—¿Quiénes?

—Publio Cornelio Escipión comandó el ejército romano en Tesino. Allí fue derrotado, en nuestro mundo. Pero más tarde tuvo la inteligencia de ir hacia el oeste y roer la base cartaginesa en España. El final fue que Aníbal, efectivamente, quedó aislado en Italia, y la poca ayuda que Iberia pudo enviarle fue aniquilada. El hijo de Escipión, del mismo nombre, también tuvo un mando importante, y fue el hombre que finalmente derrotó a Aníbal en Zama; ése fue Escipión el Africano.

» Padre e hijo fueron con diferencia los mejores líderes de Roma. Pero Deirdre no los ha nombrado.

—Por tanto... —Van Sarawak miró al mar, hacia el este, donde galos, cimbrios y partos corrían a sus anchas por el mundo clásico destrozado—. ¿Qué les sucedió en esta línea temporal?

—Mi memoria perfecta me indica que los dos Escipiones se encontraban en Tesino y que casi murieron allí. El hijo salvó la vida del padre durante la retirada, que me imagino más como una estampida. Uno a diez a que en esta historia los Escipiones murieron en Tesino.

—Alguien debe haberlos eliminado —dijo Van Sarawak. Su voz se hizo más tensa—. Algún viajero temporal. Sólo puede haber sido eso.

—Bien, en todo caso parece probable. Ya veremos. —Everard apartó la vista del rostro somnoliento de Deirdre—. Veremos.

En el refugio del Pleistoceno —media hora después de haberlo abandonado para ir a Nueva York— los patrulleros pusieron a una amable matrona que hablaba griego al cuidado de la muchacha y convocaron a sus colegas. Después las cápsulas de mensajes empezaron a saltar por el espacio-tiempo.

Todas las oficinas anteriores al 218 a.C. —la más cercana era Alejandría 250—230— todavía «seguían» en su sitio, con unos doscientos agentes en total. Se demostró que el contacto escrito con el futuro era imposible, y algunos cortos saltos al futuro confirmaron la prueba. En la Academia, en el periodo Oligoceno, se celebró una preocupada conferencia. Los agentes No asignados superaban en rango a los que tenían un destino fijo, pero a ningún otro; dada su experiencia, Everard se encontró como presidente de un comité de oficiales de alto rango.

Era un trabajo frustrante. Aquellos hombres y mujeres habían saltado por los siglos y habían manejado las armas de los dioses. Pero seguían siendo humanos, con toda la tozudez grabada en la especie.

Todos estaban de acuerdo en que era preciso reparar el daño. Pero había temor por aquellos agentes que habían ido al futuro antes de ser advertidos, como era el caso del propio Everard. Si no estaban de vuelta cuando la historia fuese realterada, no los volverían a ver. Everard envió equipos para intentar rescatarlos, pero dudaba que tuviesen mucho éxito. Les advirtió con seriedad que regresasen en un día de tiempo local, o que se atuvieran a las consecuencias.

Un hombre del Renacimiento Científico tenía otra opinión. Vale, el deber claro de los supervivientes era restaurar la línea temporal «original». Pero tenían también un deber para con el conocimiento. Se les ofrecía la oportunidad única de estudiar toda una nueva fase de la humanidad. Antes habría que realizar varios años de investigación antropológica... Everard lo hizo callar con dificultad. No quedaban suficientes patrulleros como para aceptar el riesgo.

Los grupos de estudio debían determinar el momento exacto y las circunstancias del cambio. Inmediatamente se inició la discusión sobre los métodos. Everard miró por la ventana, hacia la noche prehumana, y se preguntó si después de todo a los tigres dientes de sable no les iría mejor que a sus sucesores simios.

Cuando finalmente consiguió enviar a los distintos grupos, abrió una botella y se emborrachó con Van Sarawak.

Reunido al día siguiente, el comité de dirección escuchó a los enviados que habían recorrido los años del futuro. Una docena de patrulleros habían sido rescatados de situaciones más o menos ignominiosas; otra veintena tendría que darse por perdida. El informe del grupo de espionaje fue mucho más interesante. Parecía que dos mercenarios helvéticos se habían unido a Anibal en los Alpes y se habían ganado su confianza. Después de la guerra, habían ocupado una alta posición en Cartago. Phrontes e Himilco, que era como se llamaban, prácticamente se habían echo cargo del gobierno, habían planeado el asesinato de Anibal y establecido nuevos récords de vida disipada. Uno de los patrulleros había visto su hogar y a los hombres.

—Muchas mejoras en las que nadie había pensando en los tiempos clásicos. Los tipos me han parecido neldorianos, milenio doscientos cinco.

Everard asintió. Se trataba de una época de bandidos que «ya» habían dado mucho trabajo a la Patrulla.

—Creo que hemos determinado la cuestión —dijo—. No plantea ninguna diferencia si estaban con Anibal antes de Tesino o no. Tendríamos muchos problemas para arrestarlos en los Alpes sin provocar tal alboroto que nosotros mismos cambiaríamos el futuro. Lo que cuenta es que parecen haber eliminado a los Escipiones, y es en ese punto donde tendremos que intervenir.

Un británico del siglo XIX, competente pero con influencias del coronel Blimp, extendió un mapa y habló sobre sus observaciones aéreas de la batalla. Había empleado un telescopio de infrarrojos para mirar a través de las nubes.

—Y aquí se encontraban los romanos...

—Lo sé —dijo Everard—. Una situación complicada. El momento en que empiezan a retirarse es el crítico, pero la confusión también nos da una oportunidad a nosotros. Bien, tendremos que rodear el campo de batalla sin que se note, pero no creo que salgamos bien parados con más de dos agentes realmente en la escena. Los malos van a estar en alerta, buscando posibles contramedidas. La oficina de Alejandría nos puede proporcionar a Van y a mí los trajes adecuados.

—Pero —exclamó el inglés—. Creía que yo tendría el privilegio...

—No. Lo siento. —Everard sonrió con las comisuras—. Y tampoco es un privilegio. Sólo es arriesgar el cuello para negar un mundo lleno de gente como nosotros.

—Pero maldición...

Everard se puso en pie.

—Tengo que ir —dijo con severidad—. No sé por qué, pero tengo que ir.

Van Sarawakasintió.

Dejaron el escúter en un grupo de árboles y atravesaron el campo.

Sobre el horizonte y en el cielo esperaban un centenar de patrulleros, pero aquello era poco consuelo entre lanzas y flechas. Nubes bajas corrían

apresuradas frente a un viento silbante; llovía un poco; la soleada Italia disfrutaba de su tardío otoño.

A Everard la coraza le resultaba pesada sobre los hombros mientras recorría el barro mezclado con sangre. Llevaba casco, grebas, un escudo romano en el brazo izquierdo y una espada al cinto; pero con la mano derecha sostenía un aturridor. Van Sarawak daba zancadas detrás de él, equipado de forma similar y moviendo los ojos bajo la pluma de oficial agitada por el viento.

Las trompetas atronaban y resonaban los tambores. Todo se perdía entre los gritos de los hombres y los golpes de los pies, los chillidos de los caballos sin jinete y el silbido de las flechas. Sólo unos cuantos capitanes y exploradores seguían montados; como sucedía a menudo antes de la invención del estribo, lo que empezaba como una batalla de caballería se convertía en una batalla a pie cuando los lanceros caían de sus monturas. Los cartagineses empujaban, golpeando el metal afilado contra las torcidas líneas romanas. Aquí y allá el conflicto ya se dividía en pequeños grupos, donde los hombres maldecían y cortaban a extraños.

El combate ya había atravesado aquella área. Alrededor de Everard se encontraba la muerte. Se apresuró tras las tropas romanas, hacia el distante brillo de las águilas. Por entre cascos y cadáveres, distinguió una enseña que flameaba triunfante en rojo y púrpura. Y allí, alzándose monstruosos frente al cielo gris, levantaban las trompas y bramaban una manada de elefantes.

La guerra siempre había sido igual: en absoluto líneas ordenadas sobre un mapa, nada de galantería chillona, sino hombres que perdían el aliento, sudaban y sangraban perplejos.

Un joven delgado de rostro oscuro pasó a su lado, intentando sin fuerzas sacarse la jabalina que le había atravesado el estómago. Era un lancero de Cartago, pero el fornido italiano que estaba sentado a su lado, que miraba incrédulo el muñón de su brazo, no le prestó atención.

Una bandada de cuervos flotaba en el cielo, cabalgando el aire y esperando.

—Por aquí —dijo Everard—. ¡Apresúrate, por Dios! Esa línea va a romperse en cualquier momento.

Sintió el aliento irregular en la garganta mientras se acercaba al estandarte de la República. Recordó que siempre había deseado que Aníbal ganase. Había algo repelente en la avaricia fría y falta de imaginación de Roma. Y allí estaba, intentando salvar la ciudad. La vida resultaba una extraña ocupación.

Era un consuelo que Escipión el Africano fuese uno de los pocos hombres honrados que quedaron después de la guerra.

Cesaron los aullidos y el clamor, y los italianos se retiraron. Everard vio algo similar a una ola que chocase contra una roca. Pero era la roca la que avanzaba, gritando y clavando, clavando.

Empezó a correr. Un legionario pasó a su lado, aullando de pánico. Un

enorme veterano romano escupió al suelo, clavó los pies y permaneció donde estaba hasta que lo mataron. Los elefantes de Aníbal barritaban y andaban a ciegas. Las líneas cartaginesas se mantenían, avanzando y siguiendo el inhumano pulso de los tambores.

¡Vista arriba, ahora! Everard vio hombres a caballo, oficiales romanos. Sostenían las águilas en alto y lanzaban gritos, pero nadie podía oírlo en aquella confusión.

Pasó un pequeño grupo de legionarios. Su líder ordenó a los patrulleros:

—¡Por aquí! ¡Les daremos una lección, por el vientre de Venus!

Everard negó con la cabeza y continuó. El romano gruñó y saltó hacia él.

—Ven aquí, cobarde... —Un rayo aturridor cortó sus palabras. Cayó sobre la porquería. Sus hombres se estremecieron, alguien gimió y el grupo se dio a la fuga.

Los cartagineses estaban muy cerca, escudo con escudo y las espadas rojas. Everard veía claramente una cicatriz en la mejilla de un hombre, la gran nariz aguilina de otro. Una lanza resonó sobre su casco. Bajó la cabeza y corrió.

El combate se encontraba frente a él. Intentó dar un rodeo y tropezó con un cadáver destrozado. A su vez un romano chocó con él. Van Sarawak lanzó una maldición y lo ayudó a liberarse. Una espada surcó el brazo del venusiano.

Delante de ellos, los hombres de Escipión estaban rodeados y luchaban sin esperanza. Everard se detuvo, llenó los ansiosos pulmones de aire y miró la fina lluvia. Las armaduras relucían por la humedad mientras se acercaban los jinetes de Roma, con barro hasta los belfos de sus monturas. Aquél debía de ser el hijo, Escipión el Africano, apresurándose a rescatar a su padre. Los cascos resonaron como truenos sobre la Tierra.

Van Sarawak gritó y señaló. Everard se acurrucó donde estaba con la lluvia corriéndole por casco y cara. Desde la otra dirección, un grupo de cartagineses cabalgaba hacia la batalla alrededor de las águilas. Y a su cabeza iban dos hombres altos con los rasgos marcados de Neldor. Vestían armadura militar, pero en la mano cada uno empuñaba un arma de tambor fino.

—¡Por aquí! —Everard giró sobre los talones y corrió hacia ellos. El cuero de la coraza crujía al correr.

Los patrulleros estuvieron cerca de los cartagineses antes de que los viesen. Luego un jinete dio aviso. ¡Dos romanos locos! Everard vio cómo reía entre la barba. Uno de los neldorianos levantó su rifle.

Everard se echó de bruces. El terrible rayo azul blanquecino pasó silbando por donde había estado. Disparó a su vez, y uno de los caballos africanos cayó con un estruendo de metal. Van Sarawak se mantuvo en pie y disparó con firmeza. Dos, tres, cuatro... ¡y allí caía un neldoriano, al barro!

Los hombres se golpeaban unos a otros alrededor de los Escipiones. La escolta de los neldorianos gritó de terror. Debían de haber visto demostraciones

de las armas de rayos, pero aquellos golpes invisibles debían de ser algo completamente diferente. Escaparon. El segundo bandido consiguió controlar su caballo y se volvió para seguirlos.

—Ocupate del que derribaste, Van —dijo Everard con voz entrecortada—. Sácalo del campo de batalla... habrá que interrogarle... —El mismo se puso en pie y fue hacia un caballo sin jinete. Estaba subido a la silla y corría hacia el neldoriano antes de ser completamente consciente de lo que hacía.

Tras él, Publio Cornelio Escipión y su hijo se liberaban peleando y se unían al ejército en retirada.

Everard corrió por entre el caos. Azuzó a su montura, pero se contentaba con perseguir. Cuando ya nadie los viese, un escúter bajaría y le facilitaría el trabajo.

La misma idea debía de habersele ocurrido al saqueador del tiempo. Refrenó su montura y apuntó. Everard vio el fognazo cegador y sintió en la mejilla el pinchazo de un fallo por un pelo. Ajustó su propia pistola a un rayo amplio y continuó la persecución, disparando.

Otro disparo dio a su caballo justo en el pecho. El animal cayó y Everard saltó de la silla. Los reflejos entrenados amortiguaron la caída. Saltó en pie y corrió hacia el enemigo, sin tiempo para buscar el aturdidor, que había desaparecido, caído en el barro. No importaba, podía recuperarlo más tarde, si sobrevivía. El rayo ancho había dado en el blanco, aunque no era lo suficientemente potente como para derribar a un hombre, pero el neldoriano había dejado caer el rayo y el caballo se tambaleaba con los ojos cerrados.

La lluvia golpeaba el rostro de Everard. Se acercó a la bestia. El neldoriano saltó a tierra y sacó una espada. Everard hizo lo mismo con la suya.

—Como deseas —dijo en latín—. Uno de nosotros no abandonará este campo de batalla.

La luna se elevaba sobre las montañas y aportaba a la nieve un brillo renovado. Muy lejos, al norte, un glaciar reflejaba la luz y un lobo aullaba. Los cromagnon cantaban en sus cuevas. El sonido llegaba apagado al porche.

Deirdre se encontraba de pie en la oscuridad, mirando al exterior. La luz de luna le moteaba el rostro y se reflejaba en sus lágrimas. Se asustó cuando Everard y Van Sarawak se acercaron por detrás.

—¿Habéis vuelto tan pronto? —preguntó—. Me habéis dejado aquí esta misma mañana.

—No hemos necesitado mucho tiempo —dijo Van Sarawak. Había recibido entrenamiento hipnótico en griego ático.

—Espero... —Intentó sonreír—. Espero que hayáis completado vuestra tarea y que podáis descansar.

—Sí —dijo Everard—, hemos terminado.

Permanecieron uno a cada lado un momento, mirando el mundo del invierno.

—¿Es cierto lo que dijisteis, que nunca podré volver a casa? —preguntó Deirdre con suavidad.

—Me temo que así es. Los hechizos... —Everard intercambió una mirada con Van Sarawak.

Tenían permiso oficial para contarle a la muchacha todo lo que desearan y para llevarla a donde pensaran que podía vivir mejor. Van Sarawak sostenía que ese lugar sería el Venus de su siglo y Everard estaba demasiado cansado para discutirlo. Deirdre respiró profundamente.

—Que así sea —dijo—. No malgastaré la vida lamentándome. Pero que Baal me conceda que a mi gente les vaya bien.

—Seguro que así será —dijo Everard.

De pronto no podía hacer más. Sólo quería dormir. Que Van Sarawak dijese lo que tenía que decir, y que recogiese cualquier posible recompensa.

Hizo un gesto a su compañero.

—Voy a entrar —declaró—. Sigue tú, Van.

El venusiano agarró a la muchacha por el brazo. Everard regresó despacio a su habitación.

Marfil y monas y pavos reales

Mientras Salomón reinaba en toda su gloria y el templo se encontraba en construcción, Manse Everard llegó a Tiro, la de la púrpura. Casi de inmediato corrió peligro de perder la vida.

Eso importaba poco en sí mismo. Un agente de la Patrulla del Tiempo era sacrificable, más aún si disfrutaba de la situación privilegiada de No asignado. Aquellos a los que Everard buscaba podían destruir toda una realidad. Él había venido para ayudar a rescatarla.

Una tarde del año 950 a.C., la nave que le llevaba llegó a su destino. El tiempo era cálido, casi sin viento. Con las velas arriadas, la nave se movía por tracción humana, con la agitación y el golpe de los remos, el tambor de un timonel colocado cerca de los marineros que llevaban los dos remos de timón. Alrededor del ancho casco de veintidós metros, la olas relucían de azul, reían, giraban. Más lejos, el brillo del agua ocultaba las otras naves. Éstas eran numerosas, e iban desde esbeltas naves de guerra hasta botes de remos en forma de bañera. La mayoría eran fenicias, aunque muchas procedían de diferentes ciudades-estado de esa sociedad. Algunas eran de zonas muy remotas: filisteas, asirias, aqueas o aún más extrañas; el comercio de todo el mundo conocido fluía hacia y desde Tiro.

—Bien, Eborix —dijo el capitán Mago con alegría—, aquí tienes a la reina del mar, tal y como te dije que era, ¿eh? ¿Qué opinas de mi ciudad?

Se encontraba a proa con su pasajero, justo tras un adorno en forma de cola de pescado que se doblaba hacia arriba y hacia su compañero en la popa. Atado al mascarón y a los railes de enrejado que corrían a ambos lados había una tinaja de arcilla tan grande como él mismo. El aceite seguía en su interior; no habían tenido necesidad de calmar ninguna ola, ya que el viaje desde Sicilia había sido cómodo.

Everard miró al capitán. Mago era un fenicio típico: esbelto, moreno, nariz aguilera, grandes ojos algo caídos, mejillas altas, barba cuidada; vestía un caftán rojo y amarillo, un sombrero cónico y sandalias. El patrullero era más alto que él. Como hubiese estado en evidencia con cualquier disfraz, Everard había asumido el papel de un celta de la Europa central, con calzones, túnica, espada de bronce y gran bigote.

—Una gran vista, cierto, cierto —respondió con una voz diplomática y de

mucho acento. La electrolección que había tomado, en el futuro de su nativa América, podría haberle dado un púnico perfecto, pero eso no hubiese encajado con el personaje; se conformó con tener fluidez de palabra—. Casi desalentadora, para un hombre de los bosques.

Su mirada volvió al frente. En cierta forma, a su modo, Tiro era tan impresionante como Nueva York... quizá más, cuando recordaba lo mucho que el rey Hiram había conseguido en un espacio de tiempo tan corto, con los escasos recursos de una Edad de Hierro no todavía demasiado lejana.

A estribor, la tierra se elevaba hacia las montañas del Líbano. Era del color del estío, excepto allí donde los huertos y las arboledas ponían una nota de verde o se veía una villa. La apariencia era más rica, más invitadora que cuando Everard la había visto en sus viajes futuros, antes de unirse a la Patrulla.

Usu, la ciudad original, seguía la costa. Excepto por su tamaño, era representativa de la época; edificios de adobe cuadrados y de techo plano, calles estrechas y sinuosas, unas cuantas fachadas alegres pertenecientes a un templo o un palacio. Tres de sus lados estaban cerrados por murallas con almenas y torres. En los muelles, las puertas entre almacenes permitían que éstos también sirviesen de defensas. Un acueducto venía de alturas, más allá de la visión de Everard.

La ciudad nueva, Tiro en sí —Sor para sus habitantes, que significaba «rocas»— se encontraba en una isla, a menos de un kilómetro de la costa. Más bien, cubría lo que habían sido dos arrecifes hasta que los habían ido llenando en medio y alrededor. Más tarde excavaron un canal en pleno centro, de norte a sur, y construyeron malecones y rompeolas para convertir toda la región en un refugio incomparable. Con una población creciente y un comercio bullicioso en conjunción, las casas se elevaban, piso sobre piso, hasta mirar por encima de las murallas defensivas, como pequeños rascacielos. Solían ser menos a menudo de ladrillo que de piedra o cedro. Donde les habían aplicado barro y yeso, los adornaban frescos o conchas incrustadas. Hacia el este, Everard observó una enorme y noble estructura que el rey había construido no para sí mismo, sino para uso público.

La nave de Mago iba en dirección al puerto exterior o al sur, al Puerto Egipcio, como él lo llamaba. Los embarcaderos eran todo bullicio, con hombres cargando, descargando, acarreado, llevando, reparando, aprovisionando, regateando, discutiendo; un revoltijo y un caos en el que, sin embargo, se hacían las cosas. Estibadores, conductores de asnos y otros trabajadores, como los marineros de las cubiertas llenas de carga, no llevaban más que taparrabos o caftanes gastados y llenos de remiendos. Pero se veían muchos otros vestidos de calidad, algunos de los costosos colores que allí se producían. De vez en cuando pasaban mujeres entre los hombres, y la educación preliminar de Everard le indicó que no todas eran putas. Los sonidos lo rodearon: charlas, risas, gritos, rebuznos, relinchos, pisadas, martillazos, el gruñido de las ruedas y grúas, las

música vibrante. La vitalidad era sobrecogedora.

Y no es que fuese una escena bonita en una película de *Las mil y una noches*. Ya podía distinguir mendigos tullidos, ciegos, muertos de hambre; vio un látigo golpear a un esclavo que trabajaba demasiado despacio; a las bestias de carga les iba peor. Los olores del antiguo Oriente le sobrecogieron: humo, desechos, asaduras, sudor, así como brea, especias y sabrosos asados. Se añadía a todo ello el olor de los tintes y las conchas de múrices de los estercoleros del continente; pero navegar por la costa y acampar en la orilla cada noche lo había acostumbrado a todo.

No tenía demasiado en cuenta las limitaciones. Sus viajes por la historia le habían curado de remilgos y le habían endurecido frente a las adversidades del hombre y la naturaleza... hasta cierto punto. Para su época, aquellos cananeos eran un pueblo culto y feliz. De hecho, lo eran más que la mayoría de la humanidad de cualquier lugar o tiempo.

Su trabajo era que continuara siendo así.

Mago recobró su atención.

—Por desgracia, están esos sinvergüenzas que robarían a un recién llegado inocente. No quiero que te suceda, Eborix, amigo. He acabado apreciándote a lo largo del viaje y quiero que tengas buena opinión de mi ciudad. Déjame mostrarte la posada de un cuñado mío... hermano de mi mujer más joven. Te proporcionará un buen catre y un lugar seguro para tus bienes por un precio justo.

—Te doy las gracias —contestó Everard—, pero mi idea era buscar al hombre del que me han hablado. Recuerda, su presencia me dio ánimos para venir aquí. —Sonrió—. Eso sí, si ha muerto o se ha mudado, seré feliz de aceptar tu oferta.

Eso no era más que amabilidad. La impresión que se había llevado de Mago durante el viaje era que resultaba tan codicioso como cualquier otro mercader aventurero, y que tenía la esperanza de estafarle.

El capitán lo estudió un momento. A Everard se le consideraba alto en su propia época, lo que lo convertía aquí en un gigante. Una nariz rota entre los rasgos marcados contribuía a su aspecto de dureza, mientras que los ojos azules y el pelo castaño oscuro recordaban el norte salvaje. Era mejor no atosigar demasiado a Eborix.

Al mismo tiempo, su disfraz celta no era una gran sorpresa en aquel lugar cosmopolita. No sólo llegaban allí ámbar del litoral báltico, estaño de Iberia, condimentos de Arabia, madera de África, ocasionalmente productos de aún más lejos: los hombres también lo hacían.

Al comprar pasaje, Eborix dijo que debía abandonar su montañosa tierra natal por una disputa perdida, para buscar fortuna en el sur. Vagando, había cazado y trabajado por su sustento, cuando no recibía hospitalidad a cambio de su

historia. Había ido a parar entre los umbríos de Italia, que se parecían a él (los celtas no comenzarían a controlar Europa, hasta el Atlántico, hasta pasados tres siglos, cuando se hubiesen familiarizado con el hierro; pero ya en esa época algunos se habían hecho con territorios lejos del valle del Danubio, la cuna de su raza). Uno de ellos, que había servido como mercenario, describió oportunidades en Canaán y le enseñó a Eborix la lengua púnica. Eso indujo a éste a buscar una bahía en Sicilia donde los comerciantes fenicios atracaban con regularidad y a comprar pasaje con los bienes que había adquirido. Se decía que en Tiro vivía un hombre de su tierra natal, instalado allí tras una carrera aventurera, y que probablemente estaría dispuesto a dirigir a un compatriota en una dirección rentable.

Esa mentira, cuidadosamente inventada por especialistas de la Patrulla, hizo algo más que saciar la curiosidad local. Hizo que el viaje de Everard fuese seguro. Si hubiesen supuesto que el extranjero no tenía ningún contacto, Mago y la tripulación quizá se hubiesen sentido tentados de caer sobre él mientras dormía, atarlo y venderlo como esclavo. Como estaban las cosas, el viaje había sido interesante, sí, incluso divertido. Everard había acabado sintiendo aprecio por aquellos pillos.

Eso redoblaba su deseo de salvarlos.

El tiro suspiró.

—Como desees —dijo—. Si me necesitas, mi hogar está en la calle del Templo de Anat, cerca del muelle sidonio. —Sonrió—. En cualquier caso, venid a verme, tú y tu anfitrión. ¿Dijiste que se dedica al comercio de ámbar? Quizá podamos hacer negocios... Ahora, échate a un lado, tengo que llevar la nave a puerto. —Gritó algunas órdenes llenas de profanaciones.

Con destreza, los marineros situaron la nave a lo largo de un muelle, la aseguraron, y pusieron las planchas. La gente se acercaba, pidiendo noticias a gritos, solicitando trabajo de estibador, cantando alabanzas sobre los productos de los establecimientos de sus amos. Pero ninguno subió a bordo. Ésa era en principio una prerrogativa de] agente de aduanas. Un guarda, con casco y cota, armado con lanza y espada corta, se puso frente a él y se abrió paso entre la multitud, dejando un rastro de insultos benevolentes. Tras el oficial trotaba un secretario sujetando un estilo y una tabla de cera.

Everard bajó y recogió el equipaje que había guardado entre los bloques de mármol italiano que constituían la carga principal de la nave. El oficial le exigió que abriese los dos sacos de cuero. En ellos no había nada de especial. El sentido de viajar desde Sicilia, en lugar de saltar en el tiempo directamente allí, era que el patrullero pasara por lo que decía ser. Estaban casi seguros de que el enemigo vigilaba con cuidado los acontecimientos, y que se acercaban al momento de la catástrofe.

—Al menos podrás vivir durante un tiempo. —El oficial fenicio inclinó un

poco la cabeza cuando Everard le mostró unos cuantos lingotes pequeños de bronce. Faltaban siglos para que se inventase la acuñación de monedas, pero el metal podía cambiarse por cualquier cosa—. Debes comprender que no podemos permitirle la entrada a nadie de quien pensemos que se puede convertir en un ladrón. De hecho... —Miró dubitativo la espada bárbara—. ¿Cuáles tu propósito al venir aquí?

—Busco un trabajo honrado, señor, como guarda de caravana. Busco a Conor, el mercader de ámbar.

La existencia de ese celta residente había sido una razón de peso para que Everard adoptase aquel disfraz. Lo había sugerido el jefe de la estación local de la Patrulla.

El tirio tomó una decisión.

—Muy bien, puedes bajar a tierra, y también el arma. Recuerda que crucificamos a los ladrones, bandidos y asesinos. Si no consigues trabajo, busca la casa de empleo de Ithobaal, cerca del Salón de los Magistrados. Él siempre puede encontrar algún trabajo eventual para un tipo grande como tú. Buena suerte.

Se volvió a tratar con Mago. Everard esperó, aguardando la oportunidad de decirle adiós al capitán, La discusión fue rápida, casi informal, y el impuesto a pagar sería modesto. Aquella raza de negociantes no necesitaba la complicada burocracia de Egipto o Mesopotamia.

En cuanto hubo dicho lo que quería, Everard tomó sus bolsas por los cordones y bajó a tierra, La multitud lo rodeó, mirando, hablando. Al principio se asombró; después de un par de tentativas de aproximación, ya nadie le pidió limosna ni le ofreció baratijas. ¿Era el Cercano Oriente?

Recordó la ausencia de dinero. Un recién llegado era poco probable que tuviese algo equivalente al cambio. Normalmente negociabas con el posadero cama y comida por cierta cantidad de metal o lo que llevases de valor. Para compras menores, cortabas un trozo de un lingote, a menos que se acordase algo diferente (los fondos de Everard incluían ámbar y cuentas de nácar). En ocasiones llamabas a un intermediario que se ocupaba de tu transacción como parte de otra de mayor envergadura en la que había implicados varios individuos más. Si te sentías caritativo, llevabas encima un poco de grano o fruta seca para llenar los cuencos de los indigentes.

Everard no tardó en dejar atrás a la mayoría de la gente, principalmente interesada en la tripulación. Unos pocos buscadores de curiosidades y alguna miradas le siguieron. Recorrió el muelle hacia una puerta abierta.

Una mano le agarró la manga, Sobresaltado lo suficiente para trastabillar, bajó la vista.

Un muchacho de tez oscura le sonrió. Tenía dieciséis años, más o menos, a juzgar por la pelusa de la barbilla, aunque resultaba pequeño y esquelético

incluso para los cánones del lugar. Sin embargo, se movía con agilidad, descalzo como iba y vestido sólo con una falda raída y sucia de la que colgaba una bolsa. El pelo negro rizado le caía en una cola tras un rostro de nariz angulosa y mentón marcado. Su sonrisa y sus ojos —grandes ojos levantinos de largas pestañas— eran brillantes.

—¡Saludos señor, saludos a usted! —fue su presentación—. ¡Vida, salud y fuerza a los suyos! ¡Bienvenido a Tiro! ¿Adónde va, señor, y qué puedo hacer por usted?

No farfulló, sino que lo dijo con mucha claridad, con la esperanza de que el extraño lo entendiese. Cuando recibió una respuesta en su propia lengua, saltó de alegría.

—¿Qué quieres, muchacho?

—Señor, ser su guía, su consejero, su ayudante, y, sí, su guardián. Por desgracia, nuestra ciudad, por lo demás agradable, está llena de maleantes que no desean más que atacar a un inocente visitante. Si no le roban todo lo que tiene al primer parpadeo, al menos le desearán las terribles desgracias, a un coste que le dejará pobre casi con igual rapidez...

El muchacho salió corriendo. Había visto aproximarse a un joven de aspecto desastrado. Aceleró para interceptarlo agitando los puños, gritando con demasiada rapidez y demasiado frenético como para que Everard entendiese más que unas pocas palabras.

—... ¡Chacal pijooso!... Yo lo vi primero... Vuelve a la letrina de la saliste... El joven se envaró. Intentó desenvainar un cuchillo que le colgaba del hombro. Apenas se había movido cuando el pilluelo se sacó una honda de la bolsa y una piedra para cargarla. Se agachó, apuntó y dio vueltas a la correa de cuero. El hombre escupió, dijo algo desagradable, dio la vuelta y se fue. Los transeúntes que habían prestado atención echaron a reír.

El chico también rió, con alegría, y volvió con Everard.

—Eso, señor, es un ejemplo perfecto de lo que le explicaba —dijo. Conozco bien a ese villano. Es el mensajero de su padre, su supuesto padre, que es dueño de la taberna La Marca del Calamar Azul. Allí tendría suerte si le sirviesen de cena un trozo de rabo de cabra podrido, la única moza es un nido de enfermedades, los jergones se sostienen sólo porque las chinches se dan la mano y, en cuanto al vino, con un poco de benevolencia diría que es vinagre. Pronto estaría demasiado enfermo para notar cómo el biznieto de mil hienas le roba o el equipaje, y si se queja, jurarán por todos los dioses del universo que lo perdió todo en el juego. Poco teme ése al infierno después de este mundo se libre de él; sabe que nunca se rebajarían dejándolo entrar. De eso le he salvado, gran señor.

Everard se encontró esbozando una sonrisa.

—Bien, hijo, podría ser que estuvieses exagerando un poquito —dijo.

El chico se golpeó en el delgado pecho.

—No más de lo necesario para darle a su magnificencia la idea correcta. Está claro que es usted un hombre de gran experiencia, juez de lo mejor, así como dispuesto a recompensar con generosidad el leal servicio. Venga, déjeme acompañarlo a un alojamiento o a lo que pueda desear, y luego juzgue usted mismo si Pummairam le ha guiado bien.

Everard asintió. Tenía el mapa de Tiro grabado en la memoria; no necesitaba un guía. Sin embargo, sería natural que un recién llegado lo contratase. Además, el chico evitaría que otros le molestasen y podría darle algunos buenos consejos.

—Muy bien, guíame hasta donde debo ir. ¿Tu nombre es Pummairam?

—Sí, señor. —Como el joven no mencionó a su padre como era la costumbre, probablemente no sabía quién había sido—. ¿Puedo preguntar cómo debe este humilde sirviente dirigirse a su amo?

—Nada de título. Soy Eborix, hijo de Mannocho, de un país más allá de los aqueos. —Como ya no le escuchaba Mago, el patrullero pudo añadir—: Busco a Zakarbaal de Sidón, que representa a los suyos en esta ciudad. —Eso significaba que Zakarbaal representaba la firma de su familia entre los tirios y que se encargaba de los asuntos entre visitas de sus barcos—. He oído que su casa se encuentra en la, humm, calle de los Cereros. ¿Puedes mostrarme el camino?

—Claro, claro. —Pummairam cogió las cosas de Everard—. Simplemente, dígnese a acompañarme.

En realidad, no era difícil orientarse. Como ciudad planificada, en lugar de haber crecido de forma orgánica durante siglos, Tiro estaba distribuida más o menos como una red. Las vías públicas estaban pavimentadas, disponían de alcantarillado y eran razonablemente amplias dada la escasez de suelo de la isla. No tenían aceras, pero eso no importaba, porque exceptuando unas cuantas rutas de transporte, no se permitía que las bestias de carga las recorriesen fuera de la zona de los muelles; ni tampoco la gente tiraba nada en las vías públicas. La rotulación y los indicadores también faltaban, claro, pero eso tampoco importaba, ya que casi cualquiera se sentiría feliz de dar indicaciones sólo por intercambiar unas palabras con un extranjero o tener la oportunidad de proponer un negocio.

Las paredes se levantaban a izquierda y derecha, casi sin ventanas, cercando las casas interiores en un esquema que prevalecería durante milenios en los países mediterráneos. Frenaban la brisa y reflejaban el calor del sol y los sonidos, y entre ellas se movían olores intensos. Pero Everard disfrutaba del lugar. Todavía más que en el puerto, la multitud se movía, se empujaba, hacía gestos, reía la gente, hablaba como una ametralladora, cantaba, gritaba. Los mozos bajo sus cargas, los porteadores de literas llevaban de vez en cuando a algún ciudadano rico y se abrían paso entre marineros, artesanos, vendedores, obreros, esposas, artistas, agricultores y pastores, extranjeros de un extremo a otro del mar del centro del mundo, entre todas las condiciones y los modos de,

vida. Si la mayoría de las prendas tenían colores apagados, muchas eran extravagantes y ninguna parecía no cubrir un cuerpo que no rebosase de energía.

Había puestos adosados a las paredes. Everard no pudo resistirse a demorarse aquí y allá para mirar la oferta. No encontró el famoso tinte púrpura; era demasiado caro e iba buscado por todos los fabricantes de tela del mundo, puesto que estaba destinado a convertirse en el color tradicional de la realeza. Pero no había escasez de telas brillantes, drapeados, alfombras. Abundaban los objetos de vidrio, desde cuentas hasta tazas; era otra especialidad de los fenicios, una invención propia. Las joyas y figuritas, a menudo talladas en marfil y fundidas en metales preciosos, eran excelentes; aquella cultura producía muy poco o casi nada de artístico, pero copiaba con libertad y habilidad. Amuletos, hechizos, chucherías, comida, bebida, utensilios, armas, instrumentos, juegos, juguetes, infinidad de cosas...

Everard recordó cómo la Biblia se vanagloriaba (se vanagloriaría) de la fortuna de Salomón y de dónde la había obtenido: *«Porque el rey tenía en el mar una flota de Tarsis con la flota de Hiram: una vez cada tres años llegaba la flota de Tarsis, y traía oro y plata, y marfil y monas, pavos reales»* .

Pummairam se apresuraba a interrumpir la conversación con los comerciantes y hacer que Everard siguiese su camino.

—Dejad que muestre a mi maestro dónde está realmente la buena creencia. —Sin duda eso implicaba una buena comisión para Pumiram, pero qué demonios, el chico tenía que vivir de algo, y no pareo que viviese demasiado bien.

Siguieron el canal durante un rato. Cantando obscenidades, los marineros tiraban de una nave cargada. Los oficiales permanecían en cubierta, envueltos en la dignidad que corresponde a los hombres de negocios. La burguesía fenicia tendía a ser muy sobria... menos en la religión, algunos de cuyos ritos eran lo suficientemente orgiásticos como para compensar.

La calle de los Cereros se alejaba del agua. Era razonablemente larga, ocupada por grandes edificios de almacenes así como de oficinas y viviendas particulares. También era tranquila, a pesar de que el otro extremo daba a una avenida concurrida; allí no se apoyaba ninguna tienda en las altas y calientes paredes, y había un poco de gente. Capitanes y armadores que venían a buscar suministros, mercaderes que venían a negociar, y, sí, dos monolitos flanqueaban la entrada de un pequeño templo dedicado a Tanith, Nuestra Señora de las Olas. Varios niños pequeños que debían de pertenecer a familias residentes —chicos y chicas juntos, desnudos por completo o casi— corrían jugando mientras ladraba un demacrado perro callejero.

Había un mendigo sentado, con las rodillas alzadas, a la sombra de la boca de un callejón. Tenía el cuenco entre los pies desnudos. Un caftán le cubría el cuerpo y una capucha le oscurecía el rostro. Everard vio el trozo de tela atado

sobre los ojos. Pobre diablo ciego; la oftalmía era una de las incontables maldiciones que hacían que, después de todo, el mundo antiguo no fuese tan atractivo... Pummairam dejó atrás al hombre para alcanzar a un sacerdote que abandonaba el templo.

—Vuestra reverencia, si pudieseis ayudarme —gritó—, ¿cuál es la puerta de Zakarbaal el sidonio? Mi amo condesciende a visitarlo... —Everard, que ya conocía la respuesta, apretó el paso para alcanzarlo.

El mendigo se puso en pie. Con la mano izquierda se quitó el vendaje para dejar al descubierto un rostro delgado con una espesa barba y un par de ojos que seguramente habían estado vigilándole por entre el trapo. De las amplias mangas, la mano derecha sacó algo que relucía.

¡Una pistola!

Everard se apartó instintivamente. El dolor le golpeó el hombro izquierdo. Una pistola sónica, comprendió, del futuro de su propia era, silenciosa, sin retroceso. Si el rayo invisible le daba en la cabeza o el corazón estaría muerto, y sin ninguna marca.

No podía hacer otra cosa que avanzar.

—Aaaah —rugió, y se lanzó en zigzag al ataque, la espada por delante.

El otro sonrió, retrocedió, apuntó con cuidado.

Sonó un golpe. El asesino se dobló, gritó, dejó caer el arma y se agarró las costillas. La piedra de Pummairam golpeó el pavimento.

Los niños se dispersaron gritando. El sacerdote, con toda prudencia, volvió a atravesar las puertas del templo. El extraño se dio la vuelta y corrió. Se perdió en la calle. Everard se encontraba demasiado torpe. La herida no era seria, pero por ahora le dolía terriblemente. Medio mareado, se detuvo en la boca del callejón, miró al vacío que tenía delante, tomó aliento y consiguió decir, en inglés:

—Ha escapado. Oh, maldita sea.

Pummairam llegó corriendo. Manos ansiosas recorrieron el cuerpo del patrullero.

—¿Estáis herido, maestro? ¿Puede ayudaros vuestro sirviente? Ah, congoja y aflicción, no tuve tiempo para tensar correctamente ni para apuntar bien, o si no, hubiese esparcido el cerebro de ese malvado para que se lo comiera ese perro.

—Lo... has hecho muy bien... de todas formas. —Everard respiraba entrecortadamente. La fuerza y la seguridad regresaban, y la agonía alejaba. Seguía vivo. Eso era milagro suficiente por un día.

Pero tenía trabajo que hacer, y era urgente. Después de recuperar la pistola, puso la mano en el hombro de Pummairam y lo miró directamente a los ojos.

—¿Qué has visto, muchacho? ¿Qué crees que ha sucedido hace un rato?

—Bien, yo... yo... —Rápido como un hurón, el joven recuperó la compostura—. Me pareció que un mendigo, aunque no lo era, amenazaba la vida de mi amo con un talismán cuya magia causaba daño. ¡Qué los dioses arrojen

abominaciones sobre la cabeza de aquel que hubiese extinguido la luz del universo! Sin embargo, y naturalmente, la maldad no prevaleció sobre el valor de mi amo... —la voz pasó a un susurro confidencial— cuyos secretos están protegidos con toda seguridad en fondo de este leal sirviente.

—Bien —gruñó Everard—. Claro, y estos son asuntos sobre los que una persona normal no se atreve a hablar, no sea que llegue a sufrir parálisis, sordera y hemorroides. Has hecho bien, Pum. —*Probablemente me hayas salvado la vida*, pensó, y se agachó para abrir el cordón de una bolsa caída—. Aquí tienes, una pequeña recompensa, pero con este lingote deberías comprarte algo que te guste. Y ahora... Antes que comenzase el jaleo descubriste la casa que busco, ¿no?

Sobre el asunto del momento, el dolor que se desvanecía y el impacto del asalto se elevaban la alegría de sobrevivir y lo sombrío también. Después de todas sus precauciones, a una hora de su llegada se había quedado sin tapadera. El enemigo no sólo vigilaba el cuartel general de la Patrulla, sino que, de alguna forma, su agente había visto inmediatamente que no se trataba de un viajero normal que hubiese llegado a esa cosa y no había vacilado ni un segundo en matarlo.

Aquella era una misión peliaguda. Y había más en juego de lo que Everard quería considerar... primero la existencia de Tiro, después, el destino del mundo.

Zakarbaal cerró las puertas de sus cámaras privadas y pasó el cerrojo. Dándose la vuelta, le ofreció la mano al estilo occidental.

—Bienvenido —dijo en temporal, el lenguaje de la Patrulla—. Mi nombre, como recordarás, es Chaim Zorach. ¿Puedo presentarte a mi esposa, Yael?

Los dos parecían levantinos y vestían ropas de Canaán. Pero lejos del personal y la servidumbre, su aspecto entero cambió: postura, porte, expresión facial, tono de voz. Everard, aunque no se lo hubiesen dicho, había sabido inmediatamente que pertenecían al siglo XX. La atmósfera le resultaba tan refrescante como la brisa del mar.

Se presentó.

—Soy el agente No asignado que pedisteis —añadió.

Los ojos de Yael Zorach se abrieron.

—¡Oh! Es un honor. Eres... eres el primero que conozco. Los otros que investigan son sólo técnicos.

Everard hizo una mueca.

—No estés tan impresionada. Me temo que hasta ahora no me he portado demasiado bien.

Describió el viaje y los contratiempos del final. Ella le ofreció analgésicos, pero él adujo que ya no le dolía demasiado y su marido, inmediatamente, sacó

algo mejor: una botella de whisky escocés. Pronto estaban sentados en confianza.

Las sillas eran cómodas, no muy diferentes de las de casa... uh, en aquella época; pero claro, se suponía que Zakarbaal era un hombre rico, con acceso a todo tipo de objetos importados. Por lo demás, el lugar resultaba austero para los cánones del futuro, aunque los frescos, drapeados, lámparas y muebles fuesen de buen gusto. Era fresco y oscuro; habían cubierto una ventana que daba al patio central para evitar que entrara el calor del día.

—¿Porqué no nos relajamos y nos conocemos antes de hablar de negocios?
—sugirió Everard.

Zorach respondió.

—¿Puedes hacerlo después de que casi te asesinen?

Su mujer sonrió.

—Creo que por eso lo necesita más, querido —murmuró—. Nosotros también. La amenaza puede esperar un poco más. Ya ha estado esperando, ¿no?

De la bolsa del cinturón, Everard extrajo los anacronismos que se había permitido y que allí sólo podía usar en privado: pipa, tabaco, encendedor. La tensión de Zorach se alivió un poco; rió y sacó un cigarrillo de un cofre cerrado que contenía comodidades similares. Su lenguaje cambió a un inglés con acento de Brooklyn.

—Eres americano, ¿no, agente Everard?

—Sí. Reclutado en 1954 —¿Cuántos años de su línea vital había] pasado «desde» que había realizado ciertas pruebas y había descubierto la existencia de una organización que protegía el tiempo? No los había contado últimamente. Tampoco importaban demasiado, cuando él y sus compañeros se beneficiaban de un tratamiento que les impedía envejecer—. Uh, pensaba que los dos erais israelíes.

—Lo somos —le explicó Zorach—. De hecho, Yael es sabra. Pero yo no emigre hasta que fui a realizar unas excavaciones arqueológicas y la conocí. Eso fue en 1971. Cuatro años más tarde nos reclutó la Patrulla.

—¿Cómo sucedió, si puedo preguntarlo?

—Se acercaron a nosotros, nos evaluaron y finalmente nos dijeron la verdad. Naturalmente, aprovechamos la oportunidad. El trabajo es en ocasiones duro y solitario, doblemente solitario en cierta forma cuando regresamos a casa de descanso y no podemos contarle a los amigos y colegas lo que hemos estado haciendo, pero totalmente fascinante. —Zorach hizo una mueca. Sus palabras se volvieron casi un murmullo—. Además, bien, este puesto es precisamente especial para nosotros. No sólo mantenemos la base y el negocio de tapadera, nos las arreglamos para ayudar de vez en cuando a la gente de aquí. O lo intentamos. Hacemos todo lo que podemos evitando que nadie sospeche que hay algo raro en nosotros. Eso compensa, en cierta forma, un poco... por lo que nuestros compatriotas harán aquí en el futuro.

Everard asintió. Eso le resultaba familiar. Muchos agentes de campo eran especialistas como ellos, y pasaban toda su carrera en una única época. Tenían que serlo, si debían aprender lo suficiente para servir a los propósitos de la Patrulla. ¡Qué ayuda sería tener personal nativo! Pero era muy raro antes del siglo XVIII d.C., o después en muchas partes del mundo. ¿Cómo podía una persona que no había crecido en una sociedad industrializada y científicamente avanzada llegar siquiera a entender el concepto de máquina automática y, menos aún, de un vehículo que salta en un parpadeo de aquí allá o de un año a otro? Un genio ocasional, claro está; pero, los genios más evidentes se labraban un lugar propio en la historia, y no te atrevas a contarles los hechos por miedo a producir un cambio...

—Sí —dijo Everard—. En cierta forma, es más fácil para un operativo libre como yo. Equipos de marido y mujer, o mujeres generalmente... No es por entrometerme pero ¿qué hacen con los hijos?

—Oh, tenemos dos en casa, en Tel Aviv —respondió Yael Zorach—. Ajustamos los regresos de forma que nunca salimos de sus vidas más que unos días. —Suspiró—. Es extraño, claro, cuando para nosotros han pasado meses. —Se animó—. Bien, cuando tengan la edad adecuada también se unirán a la Patrulla. El reclutador regional ya los ha examinado y ha decidido que son buen material.

Si no —pensó Everard—, ¿soportaríais verlos envejecer, sufriendo los horrores que se avecinan, para morir finalmente, mientras vosotros seguís teniendo un cuerpo joven? Esa idea le había apartado más de una vez del matrimonio.

—Creo que el agente Everard se refiere a hijos aquí, en Tiro —dijo Chaim Zorach—. Antes de venir de Sidón, tomamos un barco, como tú, porque íbamos a convertirnos en moderadamente visibles en la sociedad. Con discreción, compramos un par de niños a un tratante esclavos y los hemos hecho pasar por propios. Tendrán una vida buena como podamos procurarles. —Se callaban que, probablemente eran los sirvientes quienes se encargasen de educarlos; sus padres adoptivos no podían permitirse depositar en ellos demasiado amor—. Eso nos evita parecer poco naturales. Si desde entonces la matriz de esposa se ha cerrado, es un infortunio común. A veces me tratan de tonto por no tomar una segunda esposa o, al menos, una concubina, pero en general los fenicios se preocupan de sus propios asuntos.

—Entonces, ¿os gustan? —preguntó Everard.

—Oh, sí, en general sí. Tenemos excelentes amigos entre ellos. Mejor que así sea, siendo éste un nexo tan importante.

Everard frunció el ceño y chupó con fuerza de la pipa. La cazoleta se había puesto cómodamente cálida en su mano, encendida como pequeño fuego de hogar.

—¿Creen que es lo correcto?

Los Zorach parecieron sorprendidos.

—¡Claro que lo es! —dijo Yael—. Sabemos que lo es. ¿No te lo explicaron?

Everard escogió con cuidado sus palabras.

—Sí y no. Me pidieron que investigara el asunto y, tras aceptar, me empapé de toda la información sobre la época. En cierta forma, fue demasiada información; se me hizo difícil ver el bosque entre los árboles. Sin embargo, por experiencia sé que es mejor evitar las grandes generalizaciones antes de una misión. Podría ser difícil distinguir los árboles entre la espesura, por así decirlo. Mi idea era que, después de salir de Sicilia y tomar el barco hacia Tiro, tendría tiempo para digerir la información y formarme mis propias ideas. Pero no salió bien, porque el capitán y la tripulación eran tan infernalmente curiosos que tuve que dedicar todas mis energías mentales a contestar sus preguntas, que en ocasiones eran difíciles, sin dejar escapar nada. —Hizo una pausa—. Eso sí, el papel de los fenicios en general, y de Tiro en particular, en la historia judía es... evidente.

Aquella ciudad pronto se convirtió en la principal influencia civilizadora en el reino que David había formado a partir de Israel, Judá y Jerusalén, su principal ventana al mundo exterior y punto comercial. Ahora Salomón continuaba la amistad de su padre con Hiram. Los tirios suministraban la mayoría de los materiales y casi toda la mano de obra especializada para construir el Templo, así como estructuras menos famosas. Se embarcaban con los hebreos en empresas de exploración y comerciales. A Salomón le adelantarían una infinidad de bienes, una deuda que sólo podría pagar cedéndoles una veintena de sus poblados... con las implicaciones a largo plazo que eso tuviese.

Las sutilezas eran más profundas. Las costumbres, ideas y creencias de los fenicios permeaban todas las regiones cercanas, para bien o para mal; el mismo Salomón ofrecía sacrificios a sus dioses. Yahvé no se convertiría realmente en el único Dios de los judíos hasta que el cautiverio en Babilonia los obligase a ello, como forma de preservar una identidad que diez de sus tribus ya habían perdido. Antes de eso, el rey Ajab de Israel tomaría a la princesa tiria Jezabel como su reina. El terrible recuerdo que habían dejado no era merecido; la política de alianzas extranjeras y tolerancia religiosa que intentaron establecer bien podría haber salvado al país de su posible destrucción. Por desgracia, chocaron con el fanático Elías; «el mulá loco de las montañas de Gilead» como lo llamaría Trevor-Roper. Y, sin embargo, si el paganismo fenicio no hubiese desencadenado su furia, ¿hubiesen los profetas creado la fe que duraría miles de años y transformaría el mundo?

—Oh, sí —dijo Chaim—. La Tierra Santa está repleta de visitantes. La base de Jerusalén está abarrotada de forma crónica. Intenta regular el tráfico. Aquí recibimos muchos menos visitantes, en su mayoría científicos de distintas épocas,

comerciantes de obras de arte y similares, y el ocasional turista rico. Sin embargo, mantengo que este lugar, Tiro, es el verdadero nexo de esta época. — Con dureza añadió—: Y parece que nuestros oponentes han llegado a la misma conclusión, ¿no?

La desolación se apoderó de Everard. Debido exactamente a que la fama de Jerusalén, a los ojos del futuro, ensombrecía Tiro, aquella estación tenía menos personal que la mayoría; por tanto, era terriblemente vulnerable. Y si realmente era la raíz del mañana y la raíz se cortaba...

Los hechos pasaron por su mente con tanta viveza como si ya no los conociera.

Cuando los humanos construyeron su primera máquina del tiempo, mucho después del siglo natal de Everard, los superhombres danielianos llegaron desde un momento aún más en el futuro para organizar la fuerza policial de los caminos temporales. Recopilaría conocimiento, daría guía, ayudaría a los necesitados, frenaría a los malvados; pero esas bondades eran un añadido a su verdadera función: preservar a los danielianos. Un hombre no perdía el libre albedrío simplemente por viajar al pasado. Podía afectar el curso de los acontecimientos tanto como antes. Cierto, éstos tienen su momento, y es enorme. Las pequeñas fluctuaciones desaparecían con rapidez. Por ejemplo, si un individuo normal había muerto joven o había vivido durante mucho tiempo, si había prosperado o no, eso no generaba una diferencia importante varias generaciones después. A menos que ese individuo fuese, digamos, Salmanasar, Gengis Kan, Oliver Cromwell o V. I. Lenin; Gautama Buda, Confucio, Pablo de Tarso o Mahoma; Aristóteles, Galileo, Newton o Einstein... Si cambias algo así, viajero del mañana, te encontrarás donde estás, pero la gente que te produjo ya no existe, nunca existió, y por delante no hay más que una Tierra completamente distinta, y tú y tus recuerdos demuestran la no causalidad, el caos definitivo que esconde el cosmos.

Ya antes, en su propia línea de mundo, Everard había tenido que detener a los atrevidos e ignorantes para que no produjesen ese caos. No eran demasiado habituales; después de todo, las sociedades que poseían el viaje en el tiempo por regla general examinaban con cuidado a sus emisarios. Sin embargo, era inevitable que se produjesen errores en el curso de un millón de años o más.

Así como crímenes.

Everard habló despacio.

—Antes de entrar en detalles sobre esa banda y sus operaciones...

—Sobre los escasos detalles que tenemos —murmuró Chaim Zorach.

—... me gustaría tener alguna idea del razonamiento. ¿Por que eligieron Tiro como víctima? Es decir, aparte de por su relación con los judíos.

—Bien —dijo Zorach—, para empezar, considera los acontecimientos políticos en el futuro. Hiram se ha convertido en el rey más poderoso de Canaán

y esa fuerza le sobrevivirá. Tiro rechazará a los asirios cuando lleguen, con todo lo que eso implica. Llevará el comercio por mar hasta Bretaña. Fundará colonias, la principal de las cuales será Cartago. —Everard apretó la mandíbula con fuerza. Conocía, por ratones personales, lo importante que iba a ser Cartago en la historia—. Se someterá a los persas, por razonable voluntad propia, y entre otras cosas proveerá la mayor parte de la flota cuando ataquen Grecia, Ese esfuerzo fracasara, claro, pero imagina cómo hubiese sido el mundo si los griegos no se hubiesen enfrentado a ese desafío en particular. Con el tiempo, Tiro caerá ante Alejandro Magno, pero sólo después de meses de asedio... un retraso en su avance que tendrá incalculables consecuencias.

» Mientras tanto, como estado fenicio más importante, será crucial la divulgación de las ideas fenicias por todo el mundo. Sí, las legará a los mismísimos griegos. Conceptos religiosos como Afrodita, Adonis, Heracles y otras figuras tuvieron su origen en divinidades fenicias. El alfabeto, una invención fenicia. El conocimiento de Europa, África y Asia, lo traerán los navegantes fenicios. Están los progresos en construcción de barcos y navegación.

Su tono se encendió de entusiasmo.

—Yo diría que por encima de todo, está el origen de la democracia, del valor y los derechos de los individuos. No es que los fenicios tenían tales teorías; la filosofía, como el arte, nunca será uno de sus puntos fuertes. Pero es igual: el aventurero mercantil, explorador o empresario, es su ideal, un hombre que se vale por sí mismo, que decide por sí mismo. Aquí mismo, Hiram no es un rey dios como en la tradición egipcia u oriental. Heredó su cargo, cierto, pero esencialmente preside sobre los magistrados, los magnates que deben aprobar todo lo que hace. Tiro se parece realmente un poco a la república veneciana medieval durante sus días de gloria.

» No, no tenemos el personal científico para documentar cada paso. Pero estoy convencido de que los griegos desarrollaron sus instituciones democráticas bajo una fuerte influencia fenicia, especialmente de Tiro... ¿y de dónde recibirían tu país y el mío esas ideas, sino de los griegos?

El puño de Zorach golpeó el brazo del sillón. Con la otra mano se llevó el whisky a los labios para tomar un largo y furioso sorbo.

—¡Eso es lo que esos demonios han descubierto! —exclamó—. ¡Han tomado Tiro como rehén porque es así como apuntas una pistola al futuro de toda la especie humana!

Sacó un holocubo y le mostró a Everard lo que sucedería al cabo de un año.

Había tomado las imágenes con una especie de minicámara —en realidad una grabadora molecular— del siglo XXII, oculta como una gema en un anillo («había» era la única forma ridícula de expresar que había ido atrás y delante

en el tiempo. La gramática del temporal incluía los tiempos verbales adecuados). Cierto, no era ni un sacerdote ni un acólito, pero como seglar que realizaba generosas donaciones para que la diosa favoreciese sus empresas tenía acceso libre.

La explosión tuvo lugar —tendría lugar— en aquella misma calle, en el pequeño templo de Tanith. Al ocurrir de noche, no hirió a nadie, pero destruyó el santuario interior. Girando el punto de vista, Everard examinó las paredes rotas y ennegrecidas, el altar y el ídolo destrozados, las reliquias y tesoros esparcidos, los fragmentos retorcidos de metal. Los hierofantes horrorizados buscaban aplacar la ira divina con plegarias y ofrendas, en ese lugar y en todos los puntos sagrados de la ciudad.

El patrullero seleccionó un volumen de espacio dentro de la escena y lo amplió. La bomba había fragmentado a su portador, pero no había posibilidad de confundir las piezas. Un saltador estándar de dos asientos, como los que recorrían el tiempo por millares, se había materializado y había estallado de forma instantánea.

—Recogí algo de polvo y ceniza cuando nadie miraba, y los envié al futuro para que fuesen analizados —dijo Zorach—. El laboratorio confirmó que la explosión había sido química... el nombre es fulgurita-B.

Everard asintió.

—La conozco. De uso común durante mucho tiempo, empezando un poco después de la época de origen de nosotros tres. Por tanto fácil de obtener en gran cantidad, imposible de seguir... muchísimo más simple que un isótopo nuclear. Y tampoco haría falta demasiada para producir tanto daño... supongo que no habéis tenido suerte interceptando la máquina, ¿no?

Zorach negó con la cabeza.

—No. O más bien, los agentes de la Patrulla no han podido. Fueron al pasado del suceso, plantaron instrumentos de todo tipo que podían ser ocultados, pero... todo sucede demasiado rápido.

Everard se acarició la barbilla. La barba incipiente casi parecía sedosa; una cuchilla de bronce y la falta de jabón impedían un afeitado apurado. Pensó vagamente que le hubiese gustado sentir algo de picor, o cualquier sensación igualmente familiar.

Era evidente lo que había sucedido. El vehículo no llevaba pasajeros, iba en piloto automático, enviado desde algún punto desconocido del espacio-tiempo. El arranque había activado el detonador, para que la bomba llegase explotando. Aunque los agentes de la Patrulla podían señalar el punto exacto, no podían hacer nada para evitar el suceso.

¿Podría hacerlo una tecnología más avanzada que la suya... tal vez la de los danelianos? Everard imaginó un dispositivo colocado por anticipado que generase un campo de fuerza para contener la violencia de la explosión. Bien, no había

sucedido, por lo que podía ser físicamente imposible. Pero era más probable que los danelianos no interviniesen, porque el daño había sido producido —los saboteadores podrían intentarlo de nuevo— y, por sí mismo, el juego del gato que persigue al ratón podía poner en peligro todo el continuo más allá de toda reparación. Se estremeció y preguntó:

—¿Qué explicación darán los tirios?

—Nada dogmático —contestó Yacl Zorach—. No tienen nuestro *eltanschauung*. Para ellos, el mundo no está completamente gobernado por leyes de la naturaleza; es caprichoso, mutable, mágico.

Y en lo fundamental tienen razón, ¿no? Everard se estremeció n más.

—Cuando nada igual vuelva a ocurrir, las emociones se calmarán —siguió diciendo—. Las crónicas que relaten el incidente se perderán; más, los fenicios no son muy dados a escribir crónicas. Pensarán e alguien hizo algo mal que provocó un rayo del cielo. No necesariamente un humano; podría ser una disputa entre los dioses. Por tanto, nadie se convertirá en chivo expiatorio. Después de una generación o dos, el incidente se olvidará, *excepto quizá* como parte de la tradición oral.

Chaim Zorach gruñó.

—Eso si los extorsionadores no hacen algo peor.

—Sí, déjame ver la nota de rescate —pidió Everard.

—Sólo tengo una copia. El original fue mandado al futuro para su estudio.

—Oh, claro, ya lo sé. He leído el informe del laboratorio. Tinta sepia sobre papiro, sin pistas. Encontrada ante tu puerta, probablemente arrojada desde otro saltador sin pasajeros que pasó por delante.

—Ciertamente así fue —le recordó Zorach—. Los agentes colocaron instrumentos para esa noche, y detectaron la máquina. Estuvo presente durante un milisegundo. Podrían haber intentado capturarla, pero ¿de qué habría servido? Evidentemente no aportaría ninguna pista. Y en cualquier caso, hubiese implicado montar un follón que hubiese despertado a todo el vecindario para ver lo que pasaba.

Sacó el documento para que Everard lo examinase. Como parte de sus instrucciones, el patrullero había visto una transcripción, pero esperaba que ver la letra real le sugiriese algo, lo que fuese.

Las palabras habían sido formadas con una pluma de caña contemporánea, empleada con bastante habilidad —eso implicaba que el autor conocía bien la época, lo cual ya era bastante evidente—. Eran de molde, no en cursiva, aunque había algunos toques floridos. Estaba escrita en temporal.

«A la Patrulla del Tiempo del Comité de Agrandamiento, saludos». Al menos no soltaban esos rollos de pertenecer al Ejército Popular de Liberación Nacional, como los que daban arcadas a Everard a finales de su propio siglo natal. Aquellos tipos eran bandidos sinceros. A menos, por supuesto, que fingiesen

serlo para ocultar mejor el rastro...

« Tras haber observado las consecuencias de una pequeña bomba enviada a un punto de Tiro elegido cuidadosamente, les invitamos a contemplar los resultados de un aluvión en toda la ciudad» .

Una vez más, con fuerza, Everard asintió. Sus oponentes eran astutos. La amenaza de matar o secuestrar a un individuo —digamos, al rey Hiram en persona— hubiese sido insignificante, si no fuera. La Patrulla protegería a cualquier persona. Si de alguna forma un ataque tenía éxito, la Patrulla volvería atrás y se las arreglaría para que la víctima estuviese en otro sitio en el momento del asalto; haría que el suceso fuese un «no sucedido». Claro, eso implicaba riesgos que no eran agradables de aceptar, y en el mejor de los casos requeriría mucho trabajo para asegurarse de que el futuro no fuese afectado por la operación de rescate en sí. Sin embargo, la Patrulla podría actuar y lo haría.

Pero ¿cómo se trasladaba a un lugar seguro toda una isla llena de edificios? Podrías, quizá, evacuar a la población. La ciudad tendría que quedarse. Después de todo no era físicamente grande, independientemente de su envergadura histórica... unas veinticinco mil personas apretadas en cincuenta y seis hectáreas. Unas cuantas toneladas de explosivo de alta potencia la dejarían en ruinas. Y la devastación ni siquiera tenía que ser completa. Después de una manifestación tan aterradora de furia sobrenatural, nadie volvería allí. Tiro se desmoronaría, convertida en ciudad fantasma, mientras que todos los siglos y milenios, todos los seres humanos y sus vidas y civilizaciones que había ayudado a producir... serían menos que fantasmas.

Everard volvió a estremecerse. *No me digas que no existe el mal absoluto* — pensó—. *Estas criaturas...*, se obligó a seguir leyendo:

« ... el precio de nuestra indulgencia es bastante razonable, simplemente un poco de información. Deseamos los datos necesarios para construir un trasmutador Trazon de materia...» .

Cuando se desarrollaba ese dispositivo, durante el Tercer Renacimiento Tecnológico, la Patrulla se había manifestado secretamente a sus creadores, aunque ellos vivían en el futuro de su fundación. Por todo el futuro posterior, su uso —el mismo conocimiento de su existencia, y más aún la forma de fabricarlo — se había restringido duramente. Ciertamente, la habilidad de convertir cualquier objeto material, simplemente un montón de tierra, en otro, ya fuese una joya, una máquina o un cuerpo vivo, podría haber producido riquezas ilimitadas para toda la especie. El problema era que con igual facilidad podían producirse cantidades ilimitadas de armas, venenos o átomos radioactivos...

« ... emitirán los datos en forma digital desde Palo Alto, California, Estados Unidos de América, durante las veinticuatro horas del viernes, 13 de junio de 1980. La banda a emplear... el código digital... El acuse de recibo será la existencia continuada de su propia línea temporal...» .

Eso también era inteligente. El mensaje no era algo que pudiese recibirse de forma accidental por los nativos, pero la actividad electrónica en Silicon Valley era tan grande que eliminaba cualquier posibilidad de localizar un receptor.

«... No emplearemos el dispositivo en el planeta Tierra. Por tanto la Patrulla del Tiempo no debe temer que al ayudarnos esté comprometiendo su Primera Directiva. Al contrario, no tienen otra forma de sobrevivir, ¿no?»

«Nuestros saludos y esperanzas» .

Sin firma.

—No lo emitirán, ¿no? —preguntó Yael en voz baja. Entre las sombras de la habitación, sus ojos relucían enormes. *Tiene hijos en el futuro* —recordó Everard—. *Ellos se desvanecerían con su mundo.*

—No —dijo.

—¡Pero sigue existiendo la realidad! —soltó Chaim—. Viniste aquí, desde el futuro de 1980. Así que debemos haber atrapado a los criminales.

El suspiro de Everard pareció dejarle un rostro de dolor en el pecho.

—Sabes que no es así —dijo con tono neutro—. La naturaleza cuántica del continuo... si Tiro explota, bien, aquí estaremos, pero nuestros antepasados, vuestros hijos, todo lo que conocíamos, no. Será una historia completamente diferente. Que lo que quede de la Patrulla pueda restaurarla, evitar de alguna forma el desastre, es problemático. Yo diría que improbable.

—Pero ¿entonces qué ganarían esos criminales? —La pregunta salió con furia, casi como un alarido.

Everard se encogió de hombros.

—Supongo que cierta satisfacción salvaje. La tentación de jugar a Dios está en todos nosotros, ¿no? Y no anda muy lejos la tentación de jugar a Satán. Además, se cuidarán de estar en el pasado cuando se produzca la destrucción; seguirán existiendo. Tendrán una buena posibilidad de convertirse en amos del futuro cuando sólo queden fragmentos de la Patrulla para oponérseles. O, como mínimo, se divertirán mucho intentándolo.

En ocasiones yo mismo me he sentido irritado por las restricciones. «¡Ah, Amor!, ¿podríamos tú y yo conspirar con el destino para comprender en su totalidad este desastroso estado de cosas?»...

—Además —añadió—, es concebible que los danielianos revocasen la orden y ordenasen la entrega del secreto. Yo podría volver a casa para encontrar que ese aspecto del mundo ya no era igual. Una variación trivial en lo que se refiere al siglo XX, sin que afectase a nada apreciable.

—¿Pero en siglos posteriores? —dijo la mujer.

—Sí. Sólo tenemos la palabra de la banda de que confinarán sus atenciones a planetas en el futuro lejano y lejos del Sistema Solar. Me apuesto lo que sea a que esa palabra no vale nada. Dadas las capacidades del transmutor, ¿por qué no iban a jugar en la Tierra? Siempre será el planeta humano, y no veo cómo podría

detenerlos la Patrulla.

—¿Quiénes son?—susurró Chaim—. ¿Tienes alguna idea?

Everard bebió whisky y fumó, como si el calor pudiese pasar de su lengua a su espíritu.

—Demasiado pronto para saberlo, en mi línea de mundo personal... o la vuestra. Está claro que vienen del futuro, pero lejos de la Era de la Unidad que precede a los danelianos. En el curso de muchos milenios era evidente que la información sobre el transmutador acabaría filtrándose... lo suficiente para darle a alguien una idea clara del dispositivo y de lo que puede hacer. Ciertamente él y sus compañeros son bandidos sin escrúpulos; no les importa nada que su acción amenace con eliminar la sociedad que les dio la vida, y a toda persona viva que conociesen. Pero no creo que sean, digamos, neldorianos. Esta operación es demasiado sofisticada. El enemigo debe de haber empleado mucho tiempo vital, mucho esfuerzo, para llegar a conocer el ambiente fenicio y establecer que efectivamente es un nexo.

» El cerebro organizador debe de tener el nivel de un genio. Pero con un toque de infantilismo... ¿notasteis la fecha, viernes trece? Igualmente eso de realizar un acto de sabotaje prácticamente en la puerta de al lado. El MO, y que se me reconociese como patrullero... eso sugiere, ¿Merau Varagan?

—¿Quién?

Everard no contestó. Siguió murmurando, principalmente para sí:

—Podría ser, podría ser. No es que sea de mucha ayuda. La banda hizo sus deberes, en el pasado de hoy, está claro... sí, querrían una línea base informativa que cubriese varios años. Y no hay suficiente personal en este puesto. No lo hay en toda la maldita Patrulla. —*Sin que importe la longevidad de un agente, tarde o temprano algo nos atraparà a cada uno de nosotros. Y no volvemos para cancelar la muerte de nuestros camaradas, ni para verlos de nuevo mientras vivían, porque eso podría provocar una turbulencia en el tiempo, que creciera hasta convertirse en un torbellino; y si no, sería demasiado cruel para nosotros*—. Podemos detectar la llegada y partida de vehículos temporales, si sabemos dónde y cuándo apuntar nuestros instrumentos. Así es como la banda posiblemente descubrió que éste es un cuartel de la Patrulla, eso si no lo hicieron de forma rutinaria disfrazados de visitantes normales.

O podrían haber entrado en esta era por otro sitio y llegado por transporte normal, con el aspecto de incontables otras personas contemporáneas, de la misma forma que lo intenté yo.

» No podemos examinar cada parte del espacio-tiempo local. No tenemos los hombres, ni nos atreveríamos a producir la alteración que tanta actividad podría causar. No, Chaim, Yael, tendremos que encontrar algunas claves por nosotros mismos, para reducir la búsqueda. Pero ¿cómo? ¿Por dónde empezamos?

Habiéndose quedado sin tapaderas, Everard aceptó la oferta de Zorach de una habitación de invitados.

Allí estaría más cómodo que en una posada, y más cerca de cualquier dispositivo que pudiese necesitar. Sin embargo, también estaría apartado de la vida real de la ciudad.

—Te prepararé una entrevista con el rey —le prometió su anfitrión—. No es difícil; se trata de un hombre brillante interesado por personas exóticas como tú —dijo riendo—. Por tanto, será natural que Zakarbaal el sidonio, que precisa cultivar la amistad de los tirios, le informe de la oportunidad de conocerte.

—Está bien —contestó Everard—, y disfrutaré hablando con él. Quizá incluso pueda sernos de ayuda. Mientras tanto, bueno, nos quedan varias horas de luz. Creo que daré una vuelta por la ciudad para empezar a conocerla, pillar algún rastro si tengo suerte.

Zorach frunció el ceño.

—Puede que sea a ti a quien pillen. El asesino te va detrás, estoy seguro.

Everard se encogió de hombros.

—Es un riesgo que asumo; y podría ser él quien acabase mal. Préstame una pistola, por favor. Sónica.

Configuró la pistola para aturdir, no para matar. Un prisionero vivo estaba a la cabeza de su lista de regalos de cumpleaños. Como el enemigo también lo sabría, realmente no esperaba que intentasen matarlo otra vez... al menos hoy.

—Llévate también un rayo —le incitó Zorach—. No sería extraño que viniesen por ti desde el aire. ¿Traer un saltador a un instante en que te encuentres, flotar en antigravedad y disparar? No tienen motivos para no llamar la atención.

Everard se colocó la pistola de energía en el lado opuesto de la otra. Cualquier fenicio que las viese las consideraría amuletos o algo similar, y además, llevaría la capa por encima.

—No creo que yo valga tanto esfuerzo y riesgo —dijo.

—Ha valido la pena intentarlo antes, ¿no? Y además, ¿cómo supo ese tipo que eras un agente?

—Podría tener una descripción. Merau Varagan debe de comprender que sólo unos cuantos agentes No asignados, y entre ellos, eran elecciones probables para esta misión. Lo que me inclina más y más a pensar que está detrás de todo esto. Si tengo razón, nos enfrentamos a oponente malvado y escurridizo.

—Manténte entre la gente —le pidió Yael Zorach—. Asegúrate de regresar antes del anochecer. Aquí son raros los crímenes violentos, pero no hay alumbrado, las calles se quedan casi desiertas y te convertirás en una presa fácil.

Everard se imaginó cazando a su cazador en la oscuridad de la noche, pero decidió no intentar provocar tal situación hasta que no estuviese desesperado.

—Vale, volveré para cenar. Me interesa ver el aspecto de la comida... en tierra, no en raciones de barco.

Ella consiguió esbozar una sonrisa.

—Me temo que no es demasiado buena. Los nativos no son muy sensualistas. Sin embargo, le he enseñado a nuestro cocinero algunas recetas del futuro. ¿Te apetece pescado gefilte como aperitivo?

Cuando Everard salió, las sombras se habían alargado ligeramente y el aire se había enfriado un tanto. El tráfico se apresuraba por la calle que cruzaba la de los Cereros, aunque no más que antes. Situadas sobre el agua, Tiro y Usu normalmente se libraban del extremo calor del mediodía que en otros países exigía una siesta, y ningún verdadero fenicio malgastaría durmiendo horas en las que podía ganar algo.

—¡Amo! —gorgojeó una voz llena de felicidad.

Pero si es mi pequeña rata de puerto.

—Saludos, Pummairam —dijo Everard. El muchacho se puso en pie de un salto—. ¿Qué andas buscando?

La delgada forma marrón se inclinó ante él, aunque los ojos y los labios tenían tanto de regocijo como de reverencia.

—¿Qué otra cosa sino la fervientemente deseada esperanza de volver a estar al servicio de vuestra luminosidad?

Everard se detuvo y se rascó la cabeza. El chico había sido extremadamente rápido, posiblemente le hubiese salvado la vida, pero...

—Bien, lo siento, pero ya no necesito tu ayuda.

—Oh, señor, bromeáis. ¡Ved cómo me río, encantado de vuestro ingenio! Un guía, un intermediario, alguien que aparte a los malvados y... a algunas personas peores... y seguro que un señor de vuestra magnificencia no negaría a una pobre ramita la gloria de vuestra presencia, el beneficio de vuestra sabiduría, el recuerdo siempre indeleble años después de haber caminado tras vuestros pasos.

Aunque las palabras eran aduladoras, lo que era convencional en su sociedad, el tono estaba muy lejos de serlo. Pummairam estaba divirtiéndose, comprendió Everard. Sin duda también sentía curiosidad, así como deseos de ganar más. Se estremeció un poco cuando se encontraba mirando directamente al enorme hombre.

Everard tomó una decisión.

—Tú ganas, malvado —dijo, y sonrió cuando Pummairam dio saltos y bailó. Además, no era tan mala idea tener un asistente. ¿No era su propósito llegar a conocer la ciudad más que ver los puntos de interés?

—Ahora dime qué piensas que puedes hacer por mí.

El muchacho se colocó en una postura elegante, inclinó la cabeza a un lado y se llevó un dedo a la barbilla.

—Eso depende de lo que pueda desear mi amo. Si son negocios, ¿de qué tipo

y con quién? Si es placer, lo mismo. Mi señor no tiene más que hablar.

—Humm... —*Bien, ¿por qué no ser sincero con él en la medida de lo posible? Si resulta ser insatisfactorio, siempre puedo despedirlo, aunque supongo que se me quedará pegado como una garrapata*—. Entonces escúchame, Pum. Tengo asuntos importantes que resolver en Tiro. Si, pueden llegar a implicar a los magistrados y al mismo rey. Viste cómo un mago intentó detenerme. Por suerte, me ayudaste contra él. Eso podría volver a pasar, y tal vez no tenga tanta suerte. No puedo decirte más. Pero creo que comprenderás la necesidad de descubrir todo lo posible, de conocer a gente de toda condición. ¿Qué sugieres tú? ¿Una taberna, quizá, e invitar a todos a beber?

El humor mercurial de Pum se congeló en seriedad. Frunció el ceño y miró al vacío durante unos latidos, antes de chasquear los dedos y decir:

—¡Exacto! Bien, excelente amo, no puedo recomendar mejor comienzo que visitar el Alto Templo de Asherat.

—¿Eh? —Sorprendido, Everard repasó la memoria implantada en cerebro. Asherat, la Astarté de la Biblia, era la consorte de Melqart, el dios patrón de Tiro; Baal-Melek-Qart-Sor... Era una figura poderosa por derecho propio, diosa de la fertilidad en el hombre, bestias y tierra, una guerrera femenina que en una ocasión se había atrevido a penetrar en el mismísimo infierno para recuperar a su amante de entre los muertos, una diosa del mar de la que Tanith podría ser simplemente un avatar... sí, era Istar en Babilonia, y entraría en el mundo griego como Afrodita...

—Porque estoy seguro de que los vastos conocimientos de mi señor incluyen el hecho de que sería una tontería que un visitante, especialmente uno tan importante como vos, no le rindiera homenaje, que ella acoja con agrado sus empresas. Ciertamente, si los sacerdotes llegasen a conocer tal omisión, se pondrían en vuestra contra. Eso, ciertamente, ha causado dificultades con algunos emisarios de Jerusalén. Además, ¿no es un buen acto liberar a una dama de ataduras y anhelos? —Pum lo miró con lascivia, guiñó un ojo y le dio un codazo—. Además de ser una actividad placentera.

El patrullero lo recordó. Por un momento, se sintió repelido. Como la mayoría de los semitas de la época, los fenicios exigían que toda mujer libre sacrificase su virginidad en el templo de la diosa, como una prostituta sagrada. No podría casarse hasta que un hombre no pagase sus favores. La costumbre no tenía un origen lascivo; se remontaba a temores y ritos de fertilidad de la Edad de Piedra. Y además, también atraía rentables peregrinos y visitantes extranjeros.

—Espero que el pueblo de mi señor no prohíba tales actos —apostilló ansioso el muchacho.

—Bueno... no los prohíbe.

—¡Bien! —Pum agarró a Everard por el hombro y lo arrastró—. Si mi señor permite que su sirviente le acompañe, es probable que pueda conocer a alguien

que sea útil conocer. Con toda humildad, dejadme decir que recorro la ciudad y mantengo ojos y oídos abiertos. Están por completo al servicio de mi señor.

Everard sonrió, con un lado de la boca, y caminó. ¿Por qué no debería hacerlo? Para ser sinceros, después del viaje por mar se sentía muy cachondo. Y era cierto, frecuentar el santo prostíbulo, en esa época no era una forma de explotación sino de devoción, y podría conseguir algunas pistas en su misión.

Primero será mejor que descubra lo fiable que es mi guía.

—Cuéntame algo de ti mismo, Pum. Podría ser que estuviésemos juntos durante varios días, si no más.

Salieron a una avenida y se abrieron paso por entre la multitud que se empujaba, gritaba y apestaba.

—Hay poco que decir, gran señor. Los anales de un pobre son cortos y simples. —Esa coincidencia también asombró a Everard. Luego, mientras Pum hablaba, comprendió que en su caso la frase era falsa.

Padre desconocido, presumiblemente uno de los marineros y trabajadores que frecuentaban ciertos hostales de mala vida mientras Tiro se construía y tenían los medios para disfrutar de las mozas de servir, Pum era un bebé en una camada, criado a salto de mata, un saqueador desde que aprendió a andar y, sospechaba Everard, un ladrón, y cualquier otra cosa que pudiese darle el equivalente local de un dólar. Sin embargo, desde temprano se había convertido en acólito de un templo en el puerto del comparativamente poco importante dios Baal Hammon —Everard recordó las iglesias ruinosas en los barrios bajos de la América del siglo XX—. Su sacerdote había sido antes un hombre culto, ahora amable y borracho; Pum había adquirido de él un vocabulario considerable y muchos conocimientos, como una ardilla acumulando bellotas en un bosque, hasta su muerte. Su más respetable sucesor había echado al pillo postulante. A pesar de eso, Pum consiguió un gran círculo de conocidos, que llegaban hasta el mismísimo palacio. Los sirvientes reales acudían a los muelles en busca de diversión barata... Todavía demasiado joven para adquirir cualquier forma de liderazgo, se ganaba la vida como podía. Que hubiese sobrevivido hasta entonces era todo un logro.

Si —pensó Everard—, puede que mi suerte haya cambiado un poco.

Los templos de Melqart y Asherat se encaraban uno con el otro a lo largo de una plaza abarrotada cerca del centro de la ciudad. El primero era el mayor, pero el último era muy impresionante. Una entrada con muchas columnas de elaborados capiteles y pintadas de forma llamativa, daba paso a un patio decorado con banderas donde se encontraba la gran vasija de latón con el agua para el ritual de la purificación. La casa se extendía por el lado más alejado del recinto, el aspecto cuadrado aliviado por revestimientos de piedra, mármol,

granito y jaspe. Dos pilares relucientes flanqueaban la entrada superando el techo (en el Templo de Salomón, que imitaba el diseño tirio, recibirían los nombres de Jachin y Boaz). En su interior, como sabía Everard, había una cámara interior para los devotos, y más allá se encontraba el santuario.

Parte de la multitud del foro se habían extendido por el patio y se encontraba dividida en pequeños grupos. Los hombres, supuso, simplemente buscaban un sitio tranquilo en el que hablar de negocios o lo fuese. Las mujeres los superaban en número, amas de casa en su mayoría, manteniendo en equilibrio pesadas cargas sobre las cabezas cubiertas con pañuelos, tomándose un respiro del mercado para algo de devoción y quizá un poco de cotilleo. Aunque los asistentes de la diosa eran hombres, las mujeres eran siempre bienvenidas.

Las miradas siguieron a Everard mientras Pum le guiaba hacia el templo. Empezó a sentirse expuesto, incluso incómodo. Había un sacerdote sentado a una mesa, a la sombra, tras la puerta abierta. Exceptuando la túnica de los colores del arco iris y el colgante fálico de plata, parecía muy diferente de un seglar, con la barba y el pelo bien cortados y los rasgos aquilinos y destacados.

Pum se detuvo frente a él y dijo con gran énfasis.

—Saludos, hombre santo. Mi amo y yo deseamos rendir honores a nuestra Señora de las Nupcias.

El sacerdote hizo un gesto de bendición.

—Alabados seáis. Un extranjero confiere doble fortuna. —El interés relucía en sus ojos—. ¿De dónde venís, valioso extranjero?

—Del norte, más allá de las aguas —contestó Everard.

—Sí, sí, eso está claro, pero es un territorio vasto y desconocido. ¿Sois de la tierra de la Gente del Mar? —El sacerdote señaló un taburete como el que él ocupaba—. Por favor, sentaos, noble señor, descansad un rato, dejadme que os sirva una copa de vino.

Pum dio vueltas nervioso varios minutos, sufriendo la agonía de la frustración, antes de dejarse caer al pie de una columna, enfurruñado. Everard y el sacerdote hablaron durante casi una hora. Otros se aproximaban para escuchar y unirse a ellos.

Podría fácilmente haber durado todo el día. Everard estaba descubriendo muchas cosas. Probablemente nada tenía relación con su misión, pero nunca se sabía y, de todas formas, disfrutó de la sesión de palique. Lo que le devolvió a la tierra fue la mención del sol. Se había hundido por debajo del techo del porche. Recordó la advertencia de Yael Zorach y se aclaró la garganta.

—Oh, como lo lamento, amigo, pero el tiempo pasa y debo irme pronto. Si fuésemos los primeros en presentar respetos...

Pum se alegró. El sacerdote rió.

—Sí —dijo—, después de tan largo viaje el fuego de Asherat debe de arder con fuerza. Bien, la donación por voluntad propia es de medio shekel de plata o su

valor en mercancía. Claro está, hombres de posibles y posición son dados a dar más.

Everard pagó con un generoso trozo de metal. El sacerdote repitió su bendición y le dio a él y a Pum un pequeño disco de marfil, con un grabado bastante explícito.

—Entrad, hijos, buscad quien os vaya bien, echad esto en su regazo. Ah... ¿comprendéis, gran Eborix, que debéis sacar a vuestra elegida de los recintos sagrados? Mañana ella devolverá la señal y recibirá su bendición. Si no tenéis lugar propio para pasar la noche, entonces mi compatriota Hanno alquila habitaciones limpias por un buen precio, en su posada en la calle de los Alcahuetes.

Pum entró con rapidez. Everard con lo que esperaba fuese más dignidad. Sus compañeros de charla le lanzaron buenos deseos sexuales. Eso era parte de la ceremonia, la magia.

La cámara era grande, la oscuridad no muy aliviada por las lámparas de aceite. Destacaban murales intrincados, hojas doradas, recuadros de piedras semipreciosas. Al fondo relucía una imagen dorada de la diosa, los brazos extendidos en una compasión que de forma extraña se destacaba en la cruda escultura. Everard percibió las fragancias, mirra y sándalo, y murmullo de crujidos y susurros.

Al dilatarse sus pupilas, distinguió a las mujeres. Quizá un centenar en total, sentadas en taburetes, ocupando las paredes de izquierda a derecha. Las ropas variaban desde telas delicadas hasta lana deshilachada. Algunas estaban hundidas, otras miraban al vacío, algunas realizaban gestos de invitación todo lo atrevido que permitían las reglas, la mayoría miraban tímidas y pensativas a los hombres que pasaban. Los visitantes eran pocos a esa hora de un día normal. Everard creyó identificar tres o cuatro marineros de permiso, un mercader gordo, un par de jóvenes. Su comportamiento era razonablemente amable; aquello era una iglesia.

Se le aceleró el pulso. *Maldición* —pensó irritado—, *¿por qué me estoy preocupando tanto? Ya he estado con suficientes mujeres.*

Le invadió la tristeza. Pero sólo dos eran vírgenes.

Siguió andando, mirando, preguntándose, evitando miradas. Pum lo encontró y le tiró de la manga.

—Radiante amo —susurró el joven—, vuestro sirviente puede que haya encontrado lo que queréis.

—¿Eh? —Everard dejó que su asistente lo llevase al centro de la sala, donde podían murmurar sin que los oyesen.

—Mi señor comprende que este hijo de la pobreza hasta hoy no había podido entrar en este recinto —dijo Pum—. Pero, como dije antes, tengo conocidos hasta en el mismísimo palacio real. Conozco una a que ha venido siempre que sus

obligaciones y la luna se lo permitían, para esperar y esperar, durante estos últimos tres años. Se llama Sarai, hija de pastores en las colinas. Por medio de un tío en la guardia, consiguió un puesto en la casa del rey, al principio sólo como fregona, ahora trabaja estrechamente con el jefe de camareros. Y hoy está aquí. Ya que mi amo desea establecer contactos de ese tipo...

Perplejo, Everard siguió a su guía. Cuando se detuvieron tuvo que tragar aire. La mujer que, en voz baja, respondió al saludo de Pum, era rechoncha, de nariz grande —decidió considerarla fea— y al borde de la soltería. Pero la mirada que dirigió al patrullero era alegre y segura. —¿Desearíais liberarme? —preguntó en voz baja—. Rezaría por vos durante el resto de mi vida.

Antes de poder cambiar de idea, arrojó la señal al regazo de su falda.

Pum se encontró una belleza, llegada ese mismo día y comprometida con un vástago de una familia importante. Se sintió consternada de semejante pilluelo la hubiese escogido. Bien, eso era problema de ella, quizá de él también, aunque Everard lo dudaba.

Las habitaciones en la posada de Hanno eran diminutas, equipadas con jergones de paja y poco más. Las delgadas ventanas, que daban al patio interior, dejaban entrar algo de la luz de la tarde, también el humo, los olores de la calle y los pollos, las conversaciones, la triste melodía de una flauta de hueso. Everard retiró la cortina de caña que servía de puerta y se dirigió a su acompañante. Ella se arrodilló ante él como si se acurrucase dentro del vestido.

—No conozco vuestro nombre o país, señor —dijo en voz baja y tono firme—. ¿Se lo diréis a vuestra criada?

—Claro —le dio su alias—. ¿Y tú eres Sarai de Rasil Ay in?

—¿El muchacho mendigo os envió a mí? —inclinó la cabeza—. Perdonadme, no quería ser insolente, no pensé.

Él se aventuró a apartarle el pañuelo y acariciarle el pelo. Aunque áspero, era abundante, su mejor característica física.

—No me has ofendido. Bien, aquí estamos, ¿nos conocemos un poco mejor? ¿Qué te parecería tomar un par de vasos de vino antes de...? Bien, ¿qué te parecería?

Ella estaba boquiabierta, asombrada. Él salió, encontró al posadero y consiguió lo que necesitaba.

En poco tiempo, mientras estaban sentados en el suelo uno al lado del otro con el brazo de Everard sobre su hombro, ella hablaba con mayor libertad. Los fenicios no tenían una idea demasiado clara de la intimidad personal. Además, aunque sus mujeres disfrutaban de mayor respeto e independencia que en la mayoría de las sociedades, un poco de consideración por parte de un hombre conseguía mucho.

—... no, no hay esponsales todavía para mí, Eborix. Vine a esta ciudad porque mi padre es pobre, con muchos otros hijos a los que alimentar, y no parecía que nadie en mi tribu fuese a pedirle mi mano para su hijo. ¿Vos conoceríais a alguien? —Él mismo, que iba a tomar su virginidad, estaba excluido. De hecho, la pregunta infringía ligeramente la ley que prohibía los acuerdos previos, como por ejemplo con un amigo—. He ganado posición en el palacio, en la práctica aunque no de nombre. Disfruto de un cierto poder entre los sirvientes, proveedores y artistas. He conseguido reunir una dote para mí misma, no grande, pero... pero podría ser que la diosa me sonriese al fin después de haber hecho mi oblación...

—Lo siento —contestó él lleno de compasión—. Aquí soy un extranjero.

Everard la comprendía, o suponía que lo hacía. Ella quería desesperadamente casarse: no tanto por tener un marido y poner fin a los desprecios y sospechas apenas ocultos en que se tenía a las solteras, como para tener hijos. Entre aquella gente, pocos destinos eran más terribles que morir sin hijos, ir doblemente a la tumba... Las defensas de Sarai se desmoronaron y lloró contra el pecho de Everard.

La luz se desvanecía. Everard decidió olvidar los temores de Yael (y, risas, la exasperación de Pum) y tomarse su tiempo, para tratar a Sarai como un ser humano, simplemente porque eso es lo que era, esperar a la oscuridad y luego usar su imaginación. Después la llevaría de vuelta a su casa.

Los Zorach estaban principalmente molestos por la ansiedad que su invitado les causaba, no porque volviese mucho después de la puesta de sol. No les contó lo que había hecho, ni ellos lo presionaron para descubrirlo. Después de todo, eran agentes asignados, personas capaces que lidiaban con un trabajo difícil a menudo lleno de sorpresas, pero no eran detectives.

Everard sí se sintió obligado a disculparse por estropearles la cena. Iba ser un banquete inusual. Normalmente la comida principal del día se tomaba a media tarde, y la gente no tomaba más que un ligero tentempié por la noche. Una razón era la pobreza de las lámparas, que hacía difícil preparar cualquier cosa elaborada.

Sin embargo, los logros técnicos de los fenicios merecían admiración. Durante el desayuno, que también era una comida escasa, lentejas cocidas con puerros y acompañadas de galletas, Chaim mencionó el sistema de abastecimiento de agua. Las cisternas para acumular el agua de la lluvia eran útiles pero insuficientes. Hiram no quería que Tiro dependiese de barcos desde Usu, ni que estuviese unida al continente por un largo acueducto que pudiese servir de puente al enemigo. Como los sidonios antes que él, tenía en mente un proyecto que sacaría agua potable de las fuentes bajo el mar.

Y claro, la habilidad, el conocimiento acumulado y el ingenio estaban también tras los estampados y trabajos en vidrio, y eso sin mencionar los barcos, menos frágiles de lo que parecían, ya que en el futuro llegarían hasta Bretaña...

—Alguien en nuestro siglo llamó a Fenicia el Imperio de la púrpura —comentó Everard—. Casi me hace preguntarme si Merau Varagan siente algo por ese color. ¿No llamó W. H. Hudson a Uruguay la Tierra Púrpura? —Resonó su risa—. No, soy un tonto. El tinte de múrce normalmente tiene más de rojo que de azul. Además, Varagan estaba metido en trabajos sucios muy al norte cuando chocamos en el pasado. Y hasta ahora no tengo pruebas de que esté implicado en este caso; sólo una corazonada.

—¿Qué sucedió? —preguntó Yael. Su mirada lo buscó al otro lado de la mesa, por entre la luz del sol que entraba inclinada por la puerta a al jardín.

—Eso no importa ahora.

—¿Estás seguro? —insistió Chaim—. Es concebible que tu experiencia nos haga recordar algo que pudiese ser una pista. En todo caso, estamos hambrientos de noticias del mundo exterior en un puesto como éste.

—Especialmente de aventuras tan maravillosas como las tuyas —añadió Yael.

Everard sonrió con tristeza.

—Por citar a otro escritor más, la aventura es alguien sufriendo un infierno a mil kilómetros de distancia —dijo—. Y cuando las apuestas son altas, como en este caso, eso convierte en mala la situación. —Hizo una pausa—. Bien, no hay razón para no contárselo, aunque muy por encima, porque los antecedentes son complicados. Eh, si no va a venir ningún sirviente, me gustaría encender la pipa. ¿Y queda algo de ese delicioso café clandestino?

Se acomodó, pasó el humo por la lengua, dejó que el calor del día calentase sus huesos después del fresco de la noche.

—Mi misión era en Sudamérica, la región de Colombia, en 1826. Bajo el liderazgo de Simón Bolívar, los patriotas se habían liberado del dominio español, pero seguían teniendo muchos problemas, algunos concernientes al Libertador. Había impuesto una constitución a Bolivia que le daba extraordinarios poderes como presidente vitalicio; ¿iba a convertirse en un Napoleón y colocar bajo su bota todas las nuevas repúblicas? El comandante militar de Venezuela, que entonces formaba parte de Colombia, o de Nueva Granada como se la llamaba, se había rebelado. No es que ese José Páez fuese un altruista; en realidad era un bastardo cruel.

» Oh, los detalles no importan. Ya no los recuerdo demasiado bien. En esencia, Bolívar, que era venezolano de nacimiento, organizó una marcha desde Lima a Bogotá. Sólo le llevó un par de meses, lo que sobre el terreno y en esos días era un ritmo rápido. Al llegar, asumió poderes presidenciales por ley marcial y entró en Venezuela contra Páez. La sangre derramada era cada vez

mas espesa.

» Mientras tanto, agentes de la Patrulla, analizando la historia, descubrieron indicios de que no todo era kosher (Bueno... perdón). Bolívar no se estaba comportando exactamente como el humanitario desinteresado que sus biógrafos, en general, describían. Había encontrado un amigo... en alguna parte... en el que confiaba. Los consejos de ese hombre habían sido brillantes en ocasiones. Pero parecía que se estaba convirtiendo en el genio malvado de Bolívar. Y las biografías no lo mencionaban...

» Yo me encontraba entre los agentes No asignados enviados a investigar. Eso se debía a que, antes de haber oído hablar de la Patrulla, ya me había paseado por esas zonas. Eso me daba un sentido ligeramente especial de lo que hacer. Nunca podría hacerme pasar por un latinoamericano, pero podría ser un mercenario yanqui, en parte ilusionado por la liberación, y en parte deseoso de ganar algo con ella... y, en principio, aunque lo suficientemente macho, sin la arrogancia que podría repeler a gente tan orgullosa.

» Es una historia larga y en general tediosa. Creedme, amigos, el noventa y nueve por ciento de una operación sobre el terreno consiste en la recopilación de hechos aburridos y normalmente irrelevantes, entre interminables periodos de date-prisa-y-corre. Digamos que, ayudado por un buen montón de suerte, me las arreglé para infiltrarme, conseguir contactos, sobornar a unos pocos y reunir información y pruebas. Al menos no había duda razonable. Ese Blasco López de oscuro origen debía venir del futuro.

» Llamé a nuestras tropas y atacamos la casa en la que se hospedaba en Bogotá. La mayoría de lo que pescamos eran habitantes locales inofensivos, contratados como sirvientes, aunque lo que nos dijeron resultó útil. La amante de López, que lo acompañaba, resultó ser su socia. Ella nos dijo mucho más, a cambio de una situación cómoda cuando llegase al planeta de exilio. Pero el jefe había escapado y huido.

» Un hombre a caballo, en dirección a la cordillera Oriental que se elevaba más allá de la ciudad, un hombre como otros diez mil criollos de verdad. No podíamos ir tras él con saltadores temporales. La búsqueda llamaría la atención con rapidez. ¿Quién sabe qué efecto podría tener? Los conspiradores ya habían hecho que el flujo temporal fuese inestable...

» Cogí un caballo, un par de monturas frescas, algunas pastillas de vitaminas para mí y me fui en su busca.

El viento resonaba hueco al desplazarse montaña abajo. La hierba y los dispersos matorrales bajos temblaban bajo su fuerza. En lo alto, daban paso a la piedra desnuda. A derecha, izquierda, por detrás, los picos se elevaban ante la desolación azul. Un cóndor volaba en lo alto, buscando una muerte. Los campos

de nieve de las alturas relucían bajo el sol en declive.

Sonó un mosquete. A aquella distancia, el ruido era débil, pero los ecos lo repitieron. Everard oyó el silbido de la bala. ¡Cerca! Se acurrucó sobre la silla y azuzó a la montura.

Varagan realmente no puede esperar darme a esta distancia —pensó—. Entonces, ¿qué? ¿Espera que me retrase? Si así fuese, si él ganase un poco más de tiempo, ¿de qué le serviría? ¿Qué meta persigue?

Su enemigo todavía le llevaba medio kilómetro de ventaja, pero Everard podía ver que la montura se tambaleaba, agotada. Buscar el rastro de Varagan le había llevado tiempo, yendo desde ese peón a aquel pastor preguntando si había pasado un hombre que correspondiera a cierta descripción. Sin embargo, Varagan sólo tenía un caballo, que debía tratar con cuidado si no quería que se desmoronase debajo de él. Cuando Everard hubo encontrado el rastro, un ojo acostumbrado a la selva había podido seguirlo, y el ritmo de la cacería se había acelerado.

También se sabía que Varagan había huido llevándose nada más que un mosquetón. Había estado malgastando la pólvora y los perdigones con bastante libertad desde que el patrullero se había plantado tras él. Como recargaba con rapidez y tenía una excelente puntería, eso le retrasaba. Pero ¿qué refugio había en aquella tierra inhóspita? Varagan parecía dirigirse a un peñasco en particular. Era bastante visible, no sólo por su altura sino por su forma, que recordaba la torre de un castillo. Pero no era una fortaleza. Si Varagan se refugiaba allí, Everard podía usar su rayo para arrojarle las rocas sobre la cabeza.

Quizá Varagan no supiese que el agente tenía tal arma. Imposible, Varagan era un monstruo, sí, pero no un tonto.

Everard se bajó el ala del sombrero y se ajustó el poncho para protegerse del viento. No cogió el rayo, todavía no tenía sentido, pero, como por instinto, su mano izquierda se colocó sobre el fusil de chispa y el sable que llevaba al cinto. Eran básicamente elementos del disfraz con el propósito de convertirlo en una figura de autoridad frente a los habitantes, pero su peso le daba cierta seguridad.

Tras detenerse para disparar, Varagan siguió montaña arriba, esta vez sin recargar. Everard hizo que su caballo pasase del trote al medio galope y acortó aún más la distancia. Se mantenía atento... no tenso, pero sí preparado para cualquier contingencia, listo para hacerse a un lado o saltar detrás de la bestia.

No pasó nada, sólo un recorrido solitario bajo el frío. ¿Había disparado Varagan su última carga? *Ten cuidado, Manse, hijo.* La escasa hierba alpina desapareció, excepto por algunos matojos entre las piedras, y la roca resonó bajo los cascos.

Varagan se detuvo cerca del precipicio y se sentó a esperar, el mosquete enfundado y con las manos sobre la silla. El caballo se estremecía y se balanceaba, con el cuello caído, totalmente destrozado; el sudor le corría frío por

el pelo y entre las crines.

Everard sacó su pistola de energía y se adelantó haciendo ruido. Detrás de él, una montura relinchó. Varagan seguía esperando.

Everard se detuvo a tres metros.

—Merau Varagan, queda arrestado por la Patrulla del Tiempo —dijo en temporal. El otro sonrió.

—Tiene ventaja sobre mí —contestó en un tono suave que sin embargo, imponía—. ¿Puedo solicitar el honor de conocer su nombre y procedencia?

—Uh... Manse Everard, No asignado, nacido en los Estados Unidos de América como cien años en el futuro. No importa. Va a venir conmigo. Permanezca ahí mientras llamé a un saltador. Se lo advierto, a la menor sospecha de que va a intentar algo, le disparo. Es demasiado peligroso para que me ande con reparos.

Varagan hizo un gesto de amabilidad.

—¿En serio? ¿Qué sabe de mí, agente Everard, o cree que sabe, para justificar esa actitud tan violenta?

—Bien, cuando un hombre me dispara creo que no es demasiado buena persona.

—¿Podría haber creído que usted era un bandido, de los que abundan en estas tierras? ¿Qué crimen supuestamente he cometido?

La mano libre de Everard se detuvo en su camino para recoger el pequeño comunicador que llevaba en el bolsillo. Durante un momento, extrañamente fascinado, miró por entre el viento a su prisionero.

Merau Varagan parecía más alto de lo que en realidad era, porque mantenía su cuerpo atlético completamente recto. El pelo negro le caía sobre una piel cuya blancura no había sido manchada en absoluto por el clima. No había en su rostro signos de barba, podría haber sido el de un joven César de no estar tan delicadamente marcado. Los ojos eran grandes y verdes, los labios sonrientes de un rojo cereza; la ropa hasta las botas, negra con ribetes plateados, como la capa que se agitaba sobre sus hombros. Frente a la torre del peñasco, a Everard le recordó a Drácula.

Pero su voz seguía siendo amable.

—Evidentemente sus colegas han extraído información de los míos. Me atrevería a decir que ha estado en contacto con ellos durante su viaje. Por tanto, conoce nuestros nombres y algo de nuestro origen...

Milenio trigésimo primero. Proscritos después del fracaso de los exaltacionistas por liberarse del peso de una civilización que se había quedado más anticuada que la Edad de Piedra para mí. Durante su momento de poder, se apropiaron de unas máquinas del tiempo. Su herencia genética....

Nietzsche podría haberlos comprendido. Yo nunca podré.

—... pero ¿qué sabe realmente de nuestro propósito aquí?

—Iban a cambiar los acontecimientos —respondió Everard—. Apenas hemos podido evitarlo. Y a nuestro cuerpo le queda por delante un complejo trabajo de restauración. ¿Por qué lo hicieron? ¿Cómo pudieron ser tan... egoístas?

—Creo que «egotista» sería un término mejor —se mofó Varagan—. El ascenso del ego, la voluntad sin limitaciones... Pero piénselo. ¿Hubiese estado mal que Simón Bolívar hubiese fundado un verdadero imperio en la América hispana, en lugar de una manada de pendencieros estados sucesores? Hubiese sido un imperio ilustrado, progresista. Imagínese todo el sufrimiento y las muertes que hubiesen podido evitarse.

—¡Venga! —Everard sintió cómo la furia se elevaba cada vez más en su interior—. Debe saber que no sería así. Es imposible. Bolívar no tiene el cuadro de mando, las comunicaciones, los apoyos. Si para muchos es un héroe, tiene a otros tantos furiosos contra él: como a los peruanos, después de independizar Bolivia. Gritará en su lecho de muerte que «aró los mares» con todos sus esfuerzos por construir una sociedad estable.

» Si su intención era unificar aún una parte del continente, debería haberlo intentado antes y en otro sitio.

—¿Sí?

—Sí. La única posibilidad. He estudiado la situación. En 1821 San Martín negociaba con los españoles en Perú, y jugaba con la idea de establecer una monarquía bajo alguien como don Carlos, el hermano del rey Fernando. Hubiese podido incluir los territorios de Bolivia y Ecuador, incluso Chile y Argentina más tarde, porque tendría las ventajas de las que carece el círculo interior de Bolívar. Pero ¿por qué le estoy contando todo esto, bastardo, sino para demostrar que sé que miente? Deben de haber hecho sus deberes.

—¿Y cuál supone que era mi objetivo real?

—Es evidente. Hacer que Bolívar se extendiese demasiado, Es un idealista, un soñador, además de un guerrero. Si lo empujan demasiado, aquí todo se romperá en un caos que se extenderá por el resto de Sudamérica. ¡Y ahí estaría su oportunidad de tomar el poder!

Varagan se encogió de hombros, como hubiese podido encogerse de hombros un gato.

—Concédame al menos —dijo—, que tal imperio hubiese podido tener cierta magnificencia tenebrosa.

El saltador se manifestó y flotó a seis metros de altura. El tripulante sonrió y apuntó el arma que llevaba. Desde la silla de su caballo, Metau Varagan saludó a su yo del futuro.

Everard nunca supo exactamente qué sucedió después. De alguna forma saltó de los estribos al suelo. El caballo relinchó al recibir una descarga de energía. Emanaron el humo y el olor a carne chamuscada. Mientras el animal muerto se desmoronaba, Everard lo usaba ya para cubrirse al disparar.

El saltador enemigo viró. Everard se apartó de la masa que caía y detuvo el fuego, hacia arriba y de lado. Varagan saltó de su propio caballo, tras una roca. Los rayos se encendían y crujían. La mano libre de Everard sacó el comunicador y pulsó el botón de ayuda.

El vehículo bajó, por la parte de atrás del peñasco. El aire desplazado produjo un sonido de explosión. El viento dispersó el penetrante ozono.

Apareció una máquina de la Patrulla. Era demasiado tarde. Merau Varagan ya se había llevado a su yo anterior a un punto desconocido del espacio-tiempo.

Everard asintió con pesadez.

—Sí —terminó—, ése era su plan, y salió bien, maldición. Llega hasta un punto obvio y apunta el tiempo en el reloj. Eso significa que sabría en un punto posterior de su línea de mundo, el dónde-cuándo al que ir, para preparar su operación de rescate.

Los Zorach estaban horrorizados.

—Pero, un bucle causal de ese tipo —dijo Chaim con voz entrecortada—, ¿no tenía ni idea del peligro que corría?

—Sin duda sí que lo sabía, incluida la posibilidad de haber borrado su propia existencia —contestó Everard—. Pero claro, estaba dispuesto a eliminar todo un futuro para favorecer una historia en la que podría haber estado en la cima. No tiene miedo, es el bandido definitivo. Debe de estar en los genes de los príncipes exaltacionistas.

Suspiró.

—También carecen de lealtad. Varagan, y los asociados que le quedasen, no intentaron salvar a los que capturamos. Se limitaron a desvanecerse. Hemos temido su reaparición «desde entonces», y esta nueva estratagema tiene similitudes con esa otra. Pero claro, nuevamente los peligros del bucle temporal, no puedo leer el informe que entregaré al terminar la misión actual. Si tiene conclusión y yo no muero.

Yael le toco la mano.

—Estoy segura de que triunfarás, Manse —dijo— ¿Qué sucedió después en Sudamérica?

—Oh, una vez que los malos consejos, que él no había reconocido como malos... una vez que cesaron, Bolívar volvió a su forma natural —les dijo Everard—. Llegó a un acuerdo pacífico con Páez y declaró una amnistía general. Después se produjeron más problemas, pero también los resolvió con capacidad y humanidad, mientras defendía el interés y la cultura de su gente. Cuando murió, la mayor parte de la fortuna que había heredado había desaparecido, porque nunca se había quedado para sí ni con un centavo del dinero público. Un buen gobernante, uno de los pocos que conocerá la

humanidad.

» Así es Hiram, supongo... y ahora su reinado sufre una amenaza similar, por un diablo suelto en el mundo.

Cuando Everard salió, por supuesto, Pum lo esperaba. El muchacho fue a su encuentro.

—¿Adónde va hoy mi glorioso maestro? —cantó—. Dejad que vuestro sirviente os lleve a donde queráis ir. ¿Quizá a visitar a Conor el vendedor de ámbar?

—¿Eh? —Con ligera sorpresa, el patrullero miró al nativo—. ¿Qué te hace pensar que tendría algo que hablar con... tal persona?

Pum le devolvió una mirada cuya deferencia no ocultaba por completo su sagacidad.

—¿No declaró mi señor que ésa era su intención a bordo del barco de Mago?

—¿Cómo sabes eso? —ladró Everard.

—Busqué a los hombres de la tripulación, hablé con ellos, agité sus recuerdos. No es que vuestro humilde sirviente se interesase en lo que no debe oír. Si me he excedido, me humillo y pido perdón. Mi intención no era más que saber más sobre los planes de mi amo para descubrir cómo mejor asistiros. —Pum sonrió con engreimiento.

—Ya. Entiendo. —Everard se acarició el bigote y miró a su alrededor. Nadie podía oírle—. Bien, debes saber que era un engaño. Mi verdadera intención es diferente.

Lo que ya debes de haber supuesto, por el hecho de haber ido directamente a Zakarbaal y hospedarme con él, añadió para sí. No era ni de lejos la primera vez que la experiencia le recordaba que la gente de una época determinada era intrínsecamente tan inteligente como cualquiera del futuro.

—¡Ah, sí! Seguro que nuestras intenciones son importantes. Los labios del sirviente de mi amo están sellados.

—Comprende que mi intención no es en absoluto hostil. Sidón es amiga de Tiro. Digamos que estoy implicado en la organización de una gran empresa conjunta.

—¿Para incrementar el comercio con la gente de mi amo? Ah, pero entonces querréis visitar a vuestro compatriota Conor, ¿no?

—¡No! —Everard se dio cuenta de que había gritado. Calmó su ánimo—. Conor no es compatriota mío, no de la forma en que Mago es compatriota tuyo. Mi gente no tiene un único país. Por desgracia, lo más probable es que Conor y yo no compartiésemos la misma lengua.

Era algo más que probable. Everard ya tenía mucho equipaje intelectual que cargar, en su mayoría información sobre los fenicios, para encima añadir

información sobre los celtas. El ordenador electrónico simplemente le había enseñado lo suficiente para pasar por celta entre gente que nos los conociese muy bien... eso esperaba.

—Lo que tengo en mente es simplemente un paseo por la ciudad, mientras Zakarbaal me prepara una audiencia con el rey. —Sonrió—. Claro, y para eso bien podría ponerme en tus manos, muchacho.

La risa de Pum alzó el vuelo. Entrechocó las palmas.

—¡Ah, mi señor es sabio! Venid, que él juzgue si fue conducido al placer o no, y a saberes como los que busca, y quizá él... en su magnanimidad considere adecuado otorgar su generosidad a su guía.

Everard sonrió.

—Bien, dame el gran paseo.

Pum fingió timidez.

—¿Podemos ir primero a la calle de los Sastres? Ayer decidí pedir un vestido nuevo que ya debería estar listo. El coste será grande para un pobre, a pesar de la munificencia que su amo ya ha demostrado, porque debo pagar tanto el material como la velocidad. Pero no es adecuado que el asistente de un gran señor vista con harapos como éstos.

Everard gruñó, aunque realmente no le importaba.

—Te entiendo. ¡Claro que sí! No es adecuado a mi dignidad que te compres tu propia ropa. Bien, vamos, y tú vestirás tu ropaje de muchos colores.

Hiram realmente no se parecía a sus súbditos. Era más alto, de rostro más claro, de pelo y barba rojos, ojos grises y nariz recta. Su apariencia recordaba a la Gente del Mar: las hordas de bucaneros formadas por cretenses desplazados y bárbaros europeos, algunos de ellos del lejano norte, que atacaron Egipto un par de siglos antes y que con el tiempo se convirtieron en los antepasados de los filisteos. Un número menor, que acabaron en Líbano y Siria, se mezclaron con unos beduinos que ya se estaban interesando por cuestiones marítimas. De ese cruce salieron los fenicios. La sangre de los invasores todavía se manifestaba en su aristocracia.

El palacio de Salomón, del que se enorgullecía la Biblia, cuando estuviese terminado, sería una pobre imitación de la casa en la que ya vivía Hiram. Pero el rey solía vestir con simplicidad, con un caftán de lino blanco ribeteado de púrpura, sandalias de buen cuero, una cinta de oro en la cabeza y un grueso anillo de rubí marca de su realeza. Igualmente sus modales eran directos y carentes de afectación. De mediana edad, parecía más joven, y su vigor seguía intacto.

Él y Everard estaban sentados en una amplia sala, cómoda y bien ventilada, que daba al jardín del claustro y a un estanque con peces. La alfombra era de paja, pero teñida con dibujos delicados. Los frescos que cubrían las paredes de

y eso habían sido ejecutados por artistas de Babilonia, y mostraban emparrados, flores y quimeras con alas. Una mesa baja entre los dos hombres tenía incrustaciones de madreperla. Sobre ella había vino sin aguar en copas de vidrio y platos de fruta, pan, queso y dulces. Una chica hermosa con una túnica diáfana, arrodillada, tocaba una lira. Detrás, dos criados aguardaban órdenes.

—Estás siendo muy misterioso, Eborix —murmuró Hiram.

—Cierto, y no es mi intención ocultar nada a su alteza —contestó Everard con cuidado. Una orden de mando podía traer soldados a matarlo. No, eso era improbable; un invitado era sagrado. Pero si ofendía al rey, toda su misión se vería comprometida—. Por desgracia, si soy vago sobre ciertas cosas es porque mi conocimiento de ellas es superficial. Ni tampoco me arriesgaría a hacer acusaciones sin fundamento contra alguien si mi información resultase ser errónea.

Hiram unió los dedos y frunció el ceño.

—Y sin embargo, afirmas traer palabras de peligro... lo que contradice lo que dijiste en otra ocasión. Ni tampoco eres el guerrero brusco que pretendes ser.

Everard construyó una sonrisa.

—Mi señor en su sabiduría sabe bien que un miembro de una tribu sin educación no es necesariamente un tonto. Admito, ah, haber antes ensombrecido ligeramente la verdad. Fue porque debía, incluso como hace cualquier comerciante tirio en el curso de sus negocios. ¿No es así?

Hiram rió y se relajó.

—Sigue. Si eres un pillo, al menos eres interesante.

Los psicólogos de la Patrulla habían invertido considerable ingenio en la historia de Everard. No había forma de que fuese inmediatamente convincente, ni tampoco era deseable que lo fuese; no había que obligar al rey a hacer cosas que pudiesen cambiar la historia conocida. Pero la historia debería ser lo suficientemente plausible para que cooperase en la investigación que era el propósito real de Everard.

—Sabed entonces, mi señor, que mi padre era un jefe guerrero en unas tierra montañosa muy lejos de las olas. —La región de Hallstatt, en Austria.

Eborix siguió relatando cómo varios celtas que habían estado entre la Gente del Mar habían regresado huyendo después de la gran derrota que Ramsés III había infligido a aquellos semivikings en el 1149 a.C. Sus descendientes habían mantenido débiles conexiones en su mayoría a través de la ruta del ámbar, con los descendientes de sus compañeros que se habían asentado en Canaán por consentimiento del victorioso faraón. Las viejas ambiciones no se olvidaban; los celtas siempre habían tenido una gran memoria racial. Se hablaba de revivir el gran empujón mediterráneo. El sueño se reforzaba a medida que, oleada tras oleada, los bárbaros llegaban a Grecia, sobre las ruinas de la civilización micénica, y el caos se extendía por el Adriático y hasta Anatolia.

Eborix sabía de espías que también servían como emisarios de los reyes de las ciudades-estado filisteas. La amabilidad de Tiro con los judíos no hacía precisamente que los filisteos la amasen más; y claro está, las riquezas fenicias constituían una tentación aún mayor. Se desarrollaban planes, lentamente, durante generaciones. Ni el mismo Eborix sabía en qué estado se encontraban los planes para traer un ejército de aventureros celtas.

Ante Hiram admitió con franqueza que hubiese considerado unirse a semejante ejército, con sus hombres leales a la espalda. Sin embargo, una disputa entre clanes había terminado con su padre depuesto y muerto. Eborix apenas había podido escapar con vida. Deseando la venganza tanto como deseaba recuperar su fortuna, viajó hasta allí. Una Tiro agradecida de su aviso podría, al menos, darle los medios para contratar soldados propios y llevarlos a casa para recuperar su trono.

—No me ofreces ninguna prueba —dijo lentamente el rey—, nada más que tus palabras desnudas.

Everard asintió.

—Mi señor ve con tanta claridad como Ra, el Halcón de Egipto. ¿No admití de antemano que podría estar equivocado, que realmente podría no haber ninguna amenaza real, sino sólo los parloteos sin sentido de monos que se vanaglorian? Sin embargo, animo a mi señor a examinar la cuestión con toda la profundidad posible, por su seguridad. En ese esfuerzo, yo vuestro sirviente podría ser de ayuda. No sólo conozco a mi gente y sus costumbres, sino que en mi peregrinar por el continente conocí muchas tribus diferentes, y también naciones civilizadas. Por tanto, podría ser mejor sabueso que muchos en este rastro en particular.

Hiram se acarició la barba.

—Quizá. Una conspiración así debería necesariamente implicar a alguien más que a unos montañeses salvajes y unos magnates filisteos. Hombres de diverso origen... pero los extranjeros van y vienen como la brisa errante. ¿Quién seguirá los vientos?

El corazón de Everard dio un vuelco. Allí estaba el momento por el que había trabajado.

—Vuestra alteza, he pensado mucho en ello, y los dioses me han enviado algunas ideas. Creo que primero no deberíamos buscar mercaderes comunes, capitanes y marineros, sino extranjeros de tierras con las que los tirios han tenido poco contacto o nunca han visitado, extranjeros que a menudo hacen preguntas que no están relacionadas con el comercio, ni siquiera con la curiosidad general. Se presentarían en lugares altos, así como bajos, buscando aprenderlo todo. ¿Recuerda algo así mi señor?

Hiram negó con la cabeza.

—No, nada como eso. Y yo hubiese oído hablar de ellos y hubiese querido

conocerlos. Mis seguidores saben cómo deseo nuevos conocimientos, noticias. — Rió—. Como demuestra el hecho de que esté dispuesto a recibirte a ti.

Everard se tragó la decepción. Sabía amarga. *Pero no debería haber imaginado que el enemigo actuaría ahora abiertamente, estando tan cerca del momento del ataque. Sabrían que la Patrulla estaría trabajando. No, realizaría su investigación preliminar, adquiriendo detallada información sobre los fenicios y sus puntos vulnerables, en el pasado. Quizá muy en el pasado.*

—Mi señor —dijo—, si realmente hay una amenaza, debe de haber permanecido mucho tiempo en el huevo. ¿Sería muy atrevido pedirle a su alteza que rememore? El rey en su omnisciencia podría recordar algo de hace muchos años.

Hiram bajó la vista y se concentró. El sudor cubría la piel de Everard. Se obligó a mantenerse recto en el asiento. Finalmente, en voz baja oyó:

—Bien, al final del reinado de mi ilustre padre, el rey Abibaa... sí... recibió a ciertos invitados, sobre los que corrían rumores. No venían de ninguna tierra que conociésemos... Venían del Lejano Oriente buscando sabiduría, dijeron... ¿Cuál era el nombre de su país? ¿Shian? No eso no. —Hiram suspiró—. Los recuerdos se empañan. Especialmente el recuerdo de las simples palabras.

—¿Entonces mi señor no los conoció?

—No, estaba fuera, pasando unos años de viaje por el interior y el extranjero, para prepararme para el trono. Y ahora Abibaa duerme con su padre. Como, me temo, todos los que pudieron conocer a esos hombres.

Everard suprimió un suspiro propio y luchó por relajarse. La pista era tenue como la niebla, si era una pista. Pero ¿qué podría esperar? El enemigo no iba a dejar anuncios grabados.

Allí nadie llevaba diarios o guardaba cartas, ni tampoco numeraban los años de la misma forma que posteriores civilizaciones. Everard no podría descubrir exactamente cuándo Abibaa recibió a sus curiosos visitantes. El patrullero tendría suerte si encontraba a uno o dos individuos que los recordasen. Hiram reinaba desde hacía dos décadas, y la esperanza de vida no era muy grande.

Pero debo intentarlo. Es la única pista que he descubierto. O quizá una falsa pista, claro. Podrían haber sido contemporáneos legítimos... quizá exploradores de la China de la dinastía Chou.

Se aclaró la garganta.

—¿Me concede permiso mi señor para hacer preguntas a sus sirvientes, tanto en la casa real como en la ciudad? Pienso que la gente humilde podría hablar con algo más de libertad y facilidad frente a un hombre normal como yo que ante la magnificencia de la presencia de su alteza.

Hiram sonrió.

—Para ser un hombre normal, Eborix, sabes usar la lengua. Pero sí, puedes intentarlo. Permanece un tiempo como mi invitado, con el joven sirviente que he

visto fuera. Seguiremos hablando. Al menos sois un fantástico conversador.

De noche, un paje llevó a Everard y Pum por una serie de pasillos hasta sus aposentos.

—El noble visitante comerá con los oficiales de la guardia y hombres de similar rango, a menos que sea invitado a la mesa real —explicó servil—. Su asistente es bienvenido a la mesa de los sirvientes libres. Si se desea algo, que él informe a un sirviente; la generosidad de su alteza no conoce límites.

Everard decidió no probar demasiado los límites de la generosidad. La casa parecía más consciente del nivel social que lo habitual en la sociedad de Tiro —sin duda la presencia de muchos esclavos redomados lo reforzaba— pero Hiram era probablemente frugal.

Pero cuando el patrullero llegó a su habitación, descubrió que el rey era un anfitrión cuidadoso. Hiram debía de haber dado órdenes después de su charla, mientras a los recién llegados se les mostraba el palacio y se les daba una cena ligera.

La cámara era grande, bien decorada, y estaba iluminada por varias lámparas. Una ventana, que podía cerrarse, miraba a un patio donde crecían flores y granadas. Las puertas eran de madera sólida con bisagras de bronce. La puerta interior daba a un cubículo adyacente, lo suficiente para un jergón de paja y un cuenco, donde dormiría Pum.

Everard se detuvo. La luz de las lámparas iluminaba con suavidad alfombras, cortinas, sillas, una mesa, un cofre de cedro, una cama doble. Las sombras se agitaron cuando una joven se puso en pie y saludó.

—¿Desea más mi señor? —preguntó el paje—. Si no, que esta persona inferior os desee buenas noches. —Se inclinó y se fue.

El aliento salió por entre los dientes de Pum.

—Maestro, es hermosa.

A Everard le ardían las mejillas.

—Eh. Buenas noches a ti también, muchacho.

—Noble señor...

—Buenas noches, he dicho.

Pum levantó los ojos al techo, se encogió de hombros y se fue a su perrera. La puerta se cerró de un golpe tras él.

—Ponte recta, querida —murmuró Everard—. No temas. No te haré daño.

La mujer obedeció, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja, servil. Era alta para su época, esbelta, dotada. El ligero vestido ocultaba una piel blanca. El pelo atado ligeramente en la nuca era de un marrón teñido de rojo. Sintiendo poco seguro de sí mismo, Everard le puso un dedo bajo la barbilla. Ella levantó un rostro que tenía ojos azules, nariz coqueta, grandes labios, pecas.

—¿Quién eres?—preguntó. Sentía dura la garganta.

—Vuestra criada enviada para atenderos, señor. —Las palabras arrastraban un ligero acento extranjero—. ¿Qué os place?

—Yo... yo te he preguntado quién eres. Tu nombre, tu gente.

—Me llaman Pleshít, amo.

—Supongo que porque no pueden pronunciar tu verdadero nombre, o no quieren ni molestarse. ¿Cuál es?

Ella tragó. Las lágrimas relucieron.

—Una vez fui Bronwen —susurró.

Everard asintió para sí. Mirando a su alrededor, vio sobre la mesa una jarra de vino así como agua, más un cubilete y un cuenco con fruta. Él le cogió la mano. Era pequeña y suave en la suya.

—Ven —dijo—, sentémonos, tomemos algo, conozcámonos. Compartiremos esa copa.

Ella se estremeció y se apartó a medias. Él volvió a sentir tristeza, aunque consiguió sonreír.

—No temas, Bronwen. No pretendo nada que pueda hacerte daño. Sólo deseo que seamos amigos. Comprende, *macushla*, creo que eres de mi gente.

Ella contuvo el llanto, se cuadró de hombros y tragó.

—Mi señor es... casi divino en su bondad. ¿Cómo podría darle las gracias?

Everard la llevó a la mesa, la sentó y sirvió vino. Pronto empezó a oír su historia.

Era demasiado corriente. Aunque sus conceptos de geografía eran vagos, él dedujo que pertenecía a una tribu celta que había emigrado al sur desde el Urheimat del Danubio. La suya era una villa al comienzo del mar Adriático, y había sido la hija de un pequeño terrateniente acomodado, como los primitivos de la Edad de Bronce medían la riqueza.

No había contado cumpleaños antes ni después, pero suponía que tenía unos trece años cuando llegaron los tirios, aproximadamente hacía una década. Venían en un solo barco, viajando con arrojo al norte en busca de nuevas posibilidades comerciales. Acamparon en la orilla y hablaron por medio de signos. Evidentemente decidieron que no había nada por lo que valiese la pena volver, porque al irse raptaron a varios niños que se habían acercado para mirar a los maravillosos extranjeros. Bronwen estaba entre ellos.

Los tirios no habían violado a las mujeres cautivas, ni maltratado a ningún prisionero más de lo que les pareció necesario. Una virgen en buenas condiciones valía demasiado en el mercado de esclavos. Everard admitió que ni siquiera podía llamar malvados a los marineros. Se habían limitado a hacer lo que era natural en el mundo antiguo, y en la mayor parte de la historia posterior.

Teniéndolo todo en cuenta, Bronwen tuvo suerte. Fue adquirida para el palacio: no el harén real, aunque el rey la había tenido extraoficialmente un par

de veces, sino para entregarla a sus invitados como considerase oportuno. Rara vez los hombres eran deliberadamente crueles con ella. El dolor sin fin era ser una cautiva entre extraños.

Eso, y sus hijos. A lo largo de los años había dado a luz cuatro, de los que dos murieron en la infancia; un buen récord, considerando que no le había costado demasiado en dientes o salud. Los dos supervivientes todavía eran pequeños. La niña probablemente también se convertiría en concubina cuando tuviese la edad, a menos que se la pasase a un burdel (las mujeres esclavas no eran desfloradas en un rito religioso. ¿A quién le importaba su fortuna en la vida?). El chico probablemente fuese castrado a esa edad, ya que crecer en la corte le convertiría en un asistente en potencia para el harén.

Y en cuanto a Bronwen, cuando perdiese su belleza se la asignaría a trabajar. Al no haber recibido formación en habilidad como la costura, lo más probable es que acabase en el fregadero o el molino.

Everard tuvo que sacarlo todo lentamente, poco a poco. Ella ni se lamentó ni rogó. Su destino era el que era. Él recordó una frase que Tucídides escribiría siglos después, sobre una desastrosa expedición militar ateniense cuyos últimos miembros acabaron sus días en las minas de Sicilia: «Habiendo hecho lo que los hombres podían hacer, sufrieron lo que los hombres debían sufrir».

Y las mujeres. Especialmente las mujeres. Se preguntó si, muy en su interior, él tenía tanto coraje como Bronwen. Lo dudaba.

Sobre sí mismo dijo poco porque le parecía mejor jugar sobre seguro.

Sin embargo, al final ella levantó la vista, se sonrojó, sonrió, y dijo con una voz ligeramente alterada por el vino:

—Oh, Eborix... —Él no pudo entender el resto.

—Me temo que tu lengua es demasiado diferente a la mía, querida —dijo.

Ella volvió al púnico:

—Eborix, qué generosa ha sido Asherat habiéndome traído hasta vos por todo el tiempo que ella desee. Qué maravilloso. Ahora venid dulce señor, permitid que vuestra criada os devuelva algo de la alegría... —Se puso en pie, dio la vuelta a la mesa, situó su calor y su peso sobre las rodillas de Everard.

Él ya había consultado su conciencia. Si no hacía lo que todos esperaban, el rey acabaría enterándose. Hiram bien podría ofenderse o preguntarse qué le pasaba a su invitado. La misma Bronwen se sentiría herida, asustada; podría meterse en problemas. Además, era encantadora y él había pasado mucha necesidad. La pobre Sarai apenas contaba.

Acercó a Bronwen.

Inteligente, observadora, sensible, había aprendido bien cómo satisfacer a un hombre. Él no había esperado más que uno, pero ella pronto le hizo cambiar de opinión, más de una vez. Su propio ardor, tampoco parecía fingido. Bien, él probablemente era el primer hombre que había tratado de darle placer a ella.

Después del segundo, ella le susurró al oído:

—No he tenido... más... en estos tres últimos años. Cómo ruego a la diosa que abra mi vientre a vos, Eborix, Eborix...

Él no le recordó que cualquier hijo también sería un esclavo.

Pero antes de dormirse ella murmuró algo más, algo que él consideró que no hubiese dejado escapar de haber estado completamente despierta.

—Hemos sido una carne esta noche, mi señor, y pronto lo volveremos a ser. Pero sabed que sé que no somos del mismo pueblo.

—¿Qué? —El hielo lo apuñaló. Se sentó de pronto.

Ella se acercó:

—Tendeos, corazón mío. Nunca, nunca os traicionaré. Pero... recuerdo muchas cosas de casa, cosas pequeñas, y no creo que la gente en la montaña pueda ser muy diferente de la gente en la costa... Tranquilo, tranquilo, vuestro secreto está a salvo. ¿Por qué Bronwen hija de Brannocho iba a traicionar a la única persona que la ha tratado bien? Dormid, mi amor sin nombre, dormid bien en mis brazos.

Al amanecer un sirviente despertó a Everard —disculpándose y alabándole a cada paso— y se lo llevó a darse un baño caliente. El jabón era cosa del futuro, pero una esponja y una piedra pómez le rasparon la piel, y luego el sirviente le dio una friega con aceite aromático y un buen afeitado. Después se unió a los oficiales de la guardia, para un rápido desayuno y una conversación vivaz.

—Hoy tengo permiso —propuso uno de los hombres—. ¿Qué te parece ir a Usu, amigo Eborix? Te mostraré la ciudad. Más tarde, si queda luz, podremos ir fuera de las murallas. —Everard no estaba seguro si eso sería a lomos de burros, o con mayor rapidez pero menos comodidad en un carro de batalla. En ese momento, los caballos eran casi siempre animales militares, demasiado valiosos para todo aquello que no fuese el combate y la pompa.

—Muchas gracias —contestó el patrullero—. Pero primero necesito ver a una mujer llamada Sarai. Trabaja como camarera.

Se levantaron algunos ceños.

—Qué —se mofó un soldado—, ¿los del norte prefieren a una camarera mugrienta que el presente del rey?

Este palacio está lleno de chismosos —pensó Everard—. *Mejor será que arregle rápido mi reputación.* Se sentó recto, miró al otro lado de la mesa y dijo refunfuñando:

—Estoy aquí a petición del rey, para realizar investigaciones que no importan a nadie más. ¿Está claro, muchacho?

—¡Oh, sí, oh, sí! No era más que una broma, noble señor. Esperad, encontraré a alguien que sepa dónde está. —El hombre se levantó del banco.

Guiado a una sala exterior, Everard tuvo unos minutos de soledad. Los pasó meditando sobre su sensación de urgencia. Teóricamente, tenía todo el tiempo que quisiese; si fuese necesario, podría hacer un bucle doble, siempre que tuviese cuidado de evitar que la gente lo viese junto a sí mismo. En la práctica, eso implicaba riesgos aceptables sólo en las peores emergencias. Aparte de la posibilidad de iniciar un bucle causal que podría expandirse sin control, estaba la posibilidad de que algo saliese mal en el curso normal de los acontecimientos. La probabilidad de algo así se incrementaría a medida que la operación se hiciera más amplia y compleja. Pero también sentía la natural impaciencia por acabar el trabajo, completarlo, asegurar la existencia del mundo que le había visto nacer.

Una figura rechoncha abrió la cortina. Sarai se arrodilló frente a él.

—Vuestra adoradora espera las ordenes de su señor —dijo con voz ligeramente desigual.

—Levántate —le dijo Everard—. Tranquila. No deseo más que hacerte una pregunta o dos.

Agitó los párpados. Se puso colorada al final de su gran nariz.

—Lo que ordene mi señor, ella que tanto os debe se esforzará por cumplirlo.

Él comprendió que ella no se comportaba de forma servil ni coqueta. Ni invitaba ni esperaba atrevimiento por su parte. Una vez hecho su sacrificio a la diosa, una pía mujer fenicia permanecía casta. Sarai simplemente se sentía agradecida. Se sintió conmovido.

—Tranquila —repitió—. Deja que tu mente vague con libertad. En nombre del rey, busco saber de ciertos hombres que en una ocasión visitaron a su padre, al final de la vida del glorioso Abibaal.

Ella abrió los ojos.

—Amo, apenas había nacido.

—Lo sé. Pero ¿qué hay de los viejos sirvientes? Debes de conocer a todo el personal. Puede que queden algunos que sirvieron en esa época. ¿Preguntarás entre ellos?

Ella se tocó frente, labios y pecho, el signo de la obediencia.

—Siendo el deseo de mi señor.

Le pasó la escasa información que tenía. Eso la alarmó.

—Me temo... me temo que no saldrá nada de esto —dijo—. Mi señor debe comprender lo mucho que apreciamos a los extranjeros. Si eran tan extraños como decís, los sirvientes hubiesen hablado el resto de sus días sobre ellos. —Sonrió con tristeza—. Después de todo, no recibimos muchas novedades, los que habitamos entre las paredes de palacio. Mordisqueamos los mismos chismes una y otra vez. Creo que hubiese oído hablar de esos hombres si quedase alguien que los recordase.

Everard se maldijo a sí mismo en varios idiomas. *Parece que tendré que ir a Usu en persona, hace veintitantos años, y buscar yo mismo... sin que importe el*

peligro de que mi máquina sea descubierta por el enemigo y que eso le alerte, o de que me maten.

—Bien —dijo, cansado—, pregunta de todas formas, ¿sí? Si no descubres nada, no será culpa tuya.

—No —dijo—, pero será mi pesar, amable señor. —Volvió a arrodillarse antes de partir.

Everard fue a buscar a su conocido. No tenía ninguna esperanza real de descubrir nada en el continente, pero el viaje eliminaría algunas tensiones de su cuerpo.

El sol se encontraba bajo cuando regresaron a la isla. Una ligera neblina cubría el mar, difundiendo la luz, haciendo que las altas murallas de Tiro pareciesen doradas, no del todo reales, como un castillo mágico que fuese a desvanecerse en cualquier momento. Al tomar tierra, Everard descubrió que la mayoría de los ciudadanos se habían ido a la cama. El soldado, que tenía familia, dijo adiós, y el patrullero se abrió paso hasta palacio por calles que, después del bullicio matutino, parecían fantasmales.

Había una figura oscura al lado del porche real, no tenida en cuenta por la guardia. Los guardias se pusieron en pie y mostraron las lanzas al aproximarse Everard, listos para comprobar su identidad. Todavía a nadie se le había ocurrido mantenerse en pie en la guardia. La mujer se apresuró a interceptarlo. Reconoció a Sarai mientras ésta se inclinaba para arrodillarse.

Le saltó el corazón.

—¿Qué deseas? —dijo en un desgarró.

—Señor, he estado esperando vuestro regreso durante casi todo el día, porque parecíais ansioso de oír lo que pudiese descubrir.

Debía de haber delegado sus obligaciones regulares. La calle había estado caliente, hora tras hora.

—Tú... ¿has descubierto algo?

—Quizá, amo; quizá un fragmento. Puede que haya más.

—¡Habla en nombre... en nombre de Melqart!

—En vuestro nombre, señor, ya que pedisteis esto a vuestra sirvienta. —Sarai tomó aliento. Lo miró a los ojos, y sostuvo la mirada. Su tono se hizo fuerte, directo.

» Como temía, de los criados lo suficientemente mayores para recordarlo, ninguno tenía los conocimientos que buscabais. Todavía no estaban en el servicio, y si lo estaban, trabajaban para el rey Abibaaal en algún otro lugar lejos de palacio... en una granja, casa de verano o lugar similar. En el mejor de los casos, un hombre o dos dijeron haber oído algo alguna vez; pero lo que recordaban no era más de lo que mi señor ya me dijo. Me desesperé, hasta que pensé en buscar

un templo a Asherat. Recé para que fuese buena con vos que la habíais servido a través de mí, durante un tiempo que no hubiese empleado ningún otro hombre. Y bien, contestó. Alabada sea. Recordé que un mozo llamado Jantin-hamu tiene un padre con vida que antes era criado en palacio. Busqué a Jantin-hamu, y él me llevó hasta Bomilcar, y sí, Bomilcar puede hablarlos de esos extranjeros.

—Pero, eso es espléndido —dijo él—. No creo que yo mismo hubiese podido hacer lo que tú has hecho. No hubiese sabido cómo.

—Ahora ruego porque esto realmente ayude a mi señor —dijo en voz baja —, él que fue bueno con una horrible mujer de las montañas. Venid, os guiaré.

Por piedad filial, Jantin-hamu dio a su padre un lugar en la casa de una habitación que compartía con su esposa y un par de hijos que todavía dependían de ellos. Una única lámpara destacaba, entre sombras monstruosas, el jergón de paja, los taburetes, los recipientes de barro y el brasero que se encontraba entre los muebles. La mujer cocinaba en una cocina compartida con otros residentes, luego traía los alimentos para comerlos; el aire estaba cargado y grasiento. Todos los demás estaban sentados en el suelo, mirando, mientras Everard interrogaba a Bomilcar.

El viejo estaba calvo excepto por los restos blancos de una barba, desdentado, medio sordo y lisiado por la artritis. Tenía los ojos blancos por las cataratas (su edad cronológica debía de rondar los sesenta (Vaya una sorpresa para la gente que en América deseaba volver a la naturaleza). Estaba caído sobre un taburete, con las manos débilmente cerradas alrededor de un palo. Pero su mente funcionaba bien... saliendo de la ruina en la que estaba atrapada como un planta que buscarse la luz del sol.

—Si, si, vienen y permanecen frente a mí mientras hablo, como si fuese ayer. Si sólo pudiese recordar igual de bien lo que sucedió realmente ayer. Bien, no pasó nada, y a no pasa nada...

» Siete, eran, que decían haber venido por barco desde la costa hitita. El joven Matinbaal sintió curiosidad, sí, y fue allí y preguntó, y nunca encontró a un capitán que llevase a tales pasajeros. Bien, quizá fue una nave que siguió su curso, hacia Filistea o Egipto... Decían llamarse sinim y hablaban de un viaje de miles y miles de leguas desde las Tierras del Sol Naciente, para poder llevar de regreso un relato del mundo para su rey. Hablaban un púnico razonable, aunque con un acento que jamás había oído... Eran más altos que la mayoría, fornidos; caminaban como gatos salvajes, y eran igualmente discretos y, suponía, peligrosos si se los provocaba. No llevaban barbas; no era que se afeitasen, sino que no tenían pelos en la cara, como las mujeres. Pero no eran eunucos, no, las mozas que les dieron pronto tuvieron que sentarse con cuidado, je, je. Tenían ojos claros, la piel más blanca que la de un aqueo de pelo rubio, pero el pelo recto era

negro como un cuervo... Siempre tuvieron un aire de magos, y oí historias de cosas asombrosas que mostraron al rey. Fuese lo que fuese, no causaron daño, sólo sentían curiosidad, oh, qué curiosos eran de todos los detalles de Usu, y de los planes que entonces se trazaban para Tiro. Se ganaron el corazón del rey; él ordenó que viesen y oyesen lo que quisiesen, ya fuesen los más profundos secretos de un santuario o la casa de un mercader... A menudo me pregunté, después, si eso fue lo que provocó a los dioses en su contra.

¡Judás Iscariote! —se dijo Everard—. Parecen mis enemigos. Sí, ellos, exaltacionistas, la banda de Varagan. Sinim... ¿Chinos? ¿Un señuelo, en caso de que la Patrulla encontrase el rastro? No, sospecho que no, creo que probablemente usaron ese alias para tener una historia lista que dar a Abibaal y a su corte. Porque no se molestaron en disfrazar su aspecto. Como en Sudamérica, Varagan debe de haber creído que su inteligencia sería excesiva para la laboriosa Patrulla. Lo que bien podía haber sido, de no ser por Sarai.

Aunque no es que haya avanzado mucho.

—¿Qué fue de ellos? —exigió.

—Ah, fue una pena, a menos que fuese un castigo por algo malo que hicieron, quizá entrometiéndose en lo más sagrado. —Bomilcar chasqueó la lengua y agitó la cabeza—. Después de varias semanas, pidieron permiso para partir. Era ya el final de la temporada, y muchas naves estaban ya guardadas para el invierno, pero contra todo consejo ofrecieron un buen pago por pasaje a Chipre, y consiguieron que un atrevido capitán aceptase. Yo mismo fui al muelle a verlos partir, sí. Un día frío y ventoso. Miré cómo la nave empequeñecía bajo las nubes hasta que se desvaneció en la bruma, y algo en el camino de vuelta me hizo detenerme en el templo de Tanith y poner aceite en una lámpara... no por ellos, realmente, sino por todos los pobres marineros y por el bienestar de Tiro.

Everard se controló para no agitar el cuerpo marchito.

—¿Y luego? ¿Algo más?

—Por desgracia, mi sentir era cierto. Mis impresiones han sido siempre ciertas, ¿no, Jantin-hamu? Siempre. Debería haber sido sacerdote, pero demasiados muchachos buscaban las pocas literas de acólito que había... Y, sí. Ese día se desató una tempestad. La nave se hundió. Todos se perdieron. Lo supe porque naturalmente quería saber qué había sido de esos extranjeros. El mascarón y algunos trozos llegaron hasta las rocas donde ahora se alza esta ciudad.

—Pero... espera, viejo... ¿Estás seguro de que se ahogaron todos?

—No, supongo que no podría jurarlo, no. Supongo que un hombre o dos podrían haberse agarrado a una tabla y llegar hasta la orilla. Hicieron tierra en algún otro punto y llegaron a casa sin que nadie lo supiese. En el palacio, ¿a quién le importa un marinero normal? Lo cierto es que la nave se perdió y los sinim... si hubiesen regresado lo sabríamos, ¿no?

La mente de Everard corría a toda velocidad. *Una máquina podría haber traído directamente a los viajeros temporales. Todavía no estaba establecida la base de la Patrulla, con los instrumentos adecuados para detectarlos (no podemos vigilar cada instante del milenio. Lo mejor que podemos hacer es despachar hombres cuando sea necesario desde las bases que tenemos). Pero si no querían provocar una impresión que se recordase, debían partir de la forma normal, por tierra o mar. Pero claro, antes de embarcarse, comprobarían cómo iba a ser el tiempo. Los barcos de esta época casi nunca navegan en invierno; son demasiado frágiles.*

Pero ¿podría ser una pista falsa? La memoria de Bomilcar podría no ser tan clara como dice y los visitantes proceder de una de esas extrañas civilizaciones de corta vida que la historia y la arqueología perdieron de vista, y que los viajeros temporales han encontrado por puro accidente. Por ejemplo, una ciudad-estado de las montañas de Anatolia, que aprendió cosas de los bititas y cuya aristocracia es tan endogámica que tiene una fisonomía característica...

Pero claro, por otra parte, aquel naufragio podía ser la forma de interrumpir las pistas. Eso explicaría porqué los agentes enemigos no se molestaron en adoptar aspecto chino.

¿Cómo descubrirlo antes de que Tiro explotase?

—¿Cuándo sucedió eso, Bomilcar?—preguntó con tanta suavidad como pudo.

—Pero, ya os lo he dicho —dijo el anciano—. En los días del rey Abibaal, cuando trabajaba para él en el palacio de Usu.

Everard fue muy consciente, casi con rabia, de la familia que lo rodeaba y de sus ojos. Los oía respirar. La lámpara se agitó, las sombras aumentaron, el aire se enfriaba con rapidez.

—¿No podrías ser más preciso? —dijo—. ¿Recuerdas en qué año del reinado de Abibaal?

—No. No. No hubo nada más de especial. Dejadme pensar... ¿Fue dos años, o tres, después de que el capitán Rib-adi trajese esos tesoros de... de... dónde era? Algún lugar más allá de Tarsis... No, ¿no fue después?... Mi primera mujer murió poco después al dar a luz, eso lo recuerdo, pero pasaron varios años antes de que pudiese concertar un segundo matrimonio, y mientras tanto tenía que conformarme con las rameras, je, je... —Con la rapidez de la edad, el humor de Bomilcar cambió. Se le saltaron las lágrimas—. Y mi segunda mujer, mi Batbaal, murió también, de la fiebre... Estaba loca, ni me reconocía... no me acoséis, señor, no me acoséis, dejadme en paz y oscuridad y que los dioses os bendigan.

No sacaré nada más aquí. ¿Qué he conseguido? Quizá nada.

Antes de irse, Everard le hizo a Jantin-hamu un regalo de metal que permitiría a la familia vivir con mayor comodidad. El mundo antiguo tenía unas cuantas ventajas sobre el suyo; no había donaciones ni impuestos.

Un par de horas después de la puesta de sol, Everard regresó a palacio. Era tarde a ojos locales. Los guardias levantaron lámparas, lo miraron con ojos entrecerrados y llamaron a su oficial. Una vez que Eborix fue identificado, le dejaron pasar entre disculpas. Su risa indulgente fue mejor que cualquier recompensa.

Realmente no sentía ganas de reír. Con los labios apretados siguió a un sirviente con una lámpara hasta su habitación.

Bronwen estaba dormida. Todavía ardía una llama solitaria. Se desvistió y permaneció un par de minutos de pie mirándola en la oscuridad. El pelo suelto relucía sobre la almohada. Un brazo, fuera de la manta, apenas cubría un pecho joven y desnudo. Pero él la miraba a la cara. Qué inocente parecía, qué infantil, indefensa incluso ahora, incluso después de todo lo que había soportado.

Si al menos... No. Puede que ya estemos un poco enamorados, pero de ninguna forma podría durar; no podríamos vivir realmente juntos, a menos que fuésemos sólo dos cuerpos. Nos separa demasiado tiempo.

¿Qué será de ella?

Empezó a meterse en la cama, con la intención de dormir simplemente. Ella se agitó. Los esclavos aprenden a dormir en estado de alerta. Vio cómo la alegría la inundaba.

—¡Mi señor! ¡Bienvenido, un millar de bienvenidas!

Se abrazaron. Igualmente, él descubrió que le apetecía hablar con ella.

—¿Cómo te fue el día? —le preguntó allí donde la mandíbula se unía con su oído.

—¿Qué? Yo, oh, amo. —Le sorprendió que él preguntase—. Fue agradable, porque quedaba algo de vuestra magia. Vuestro sirviente Pummairam y yo hablamos durante mucho rato. —Rió—. Es un sinvergüenza adorable, ¿no? Algunas de sus preguntas fueron demasiado personales, pero no temáis, señor: me negué a responderlas y las retiró inmediatamente. Más tarde hice una salida, pero dejé dicho dónde podrían encontrarme si mi señor regresaba, y pasé la tarde en la guardería donde están mis hijos. Son adorables. —Ella no se atrevió a preguntar si él quería conocerlos.

—Humm. —Una idea incomodaba a Everard—. ¿Qué hizo Pum mientras tanto? —*No puedo dejar a esa ardilla sentada todo el día sin hacer nada.*

—No lo sé. Bien, le he visto dos veces, en sus movimientos por los salones, pero supuse que hacía lo que mi señor le había ordenado... ¿Mi señor?

Alarmada, se sentó mientras Everard salía de la cama. Abrió de golpe la puerta del cubículo. Estaba vacío. ¿Qué demonios tramaba Pum?

Quizá no mucho. Pero un sirviente que hiciese diabluras podía causar problemas a su amo.

De pie en el estudio marrón, con el suelo frío bajo los pies, Everard fue consciente de unos brazos alrededor de su cintura, una mejilla que le acariciaba entre los omoplatos y una voz que decía con suavidad:

—¿Está demasiado cansado mi señor? Si así es, que deje que su criada le cante una canción de cuna de su tierra. Pero si no...

Al demonio con mis preocupaciones. Seguirán ahí. Everard desvió su atención a otra parte y hacia sí mismo.

Cuando el hombre despertó, el muchacho seguía desaparecido. Preguntas discretas revelaron que el día anterior había pasado horas hablando con varios miembros del personal. Admitían que era inquisitivo y agradable. Después había salido, y nadie lo había visto desde entonces.

Probablemente se impacientó y fue a gastarse lo que le di en vino y prostíbulos. Una pena. A pesar de su estilo pícaro, pensé que era básicamente de fiar, y pretendía hacer algo que le diese la oportunidad de una vida mejor.

No importa. Tengo que preocuparme de los asuntos de la Patrulla.

Everard se excusó de posteriores actividades y fue solo a la ciudad. Yael apareció mientras un contratado le dejaba entrar en casa de Zakarbaal. Le sentaba muy bien el estilo de vestir y peinar de los fenicios, pero él estaba demasiado preocupado para apreciarlo. La misma intensidad se apreciaba en los rasgos de ella.

—Por aquí —dijo, desacostumbradamente brusca y lo llevó a las cámaras interiores.

Su marido estaba sentado frente a una mesa de conferencias con un hombre de gran barba y rostro marcado cuyo vestido difería en muchos aspectos de la moda local masculina.

—Oh, Manse —exclamó Chaim—. Qué alivio. Me preguntaba si debía enviar a buscarte. —Cambió al temporal—: Agente Manson Everard, No asignado, permítame presentarle a Epsilon Korten, director de la base de Jerusalén.

El otro hombre se puso en pie con gesto militar y saludó.

—Es un honor, señor —dijo.

Sin embargo, su rango no estaba muy por debajo del de Everard. Era responsable de las actividades temporales por las tierras hebreas, entre el nacimiento de David y la caída de Judá. Tiro podía ser más importante en la historia secular, pero nunca atraería ni a la décima parte de los visitantes del futuro que conseguía Jerusalén y sus alrededores. El puesto que ocupaba indicó inmediatamente a Everard que se trataba de un hombre de acción y de un cuidadoso estudioso.

—Haré que Hanai traiga refrescos, y luego diré al personal que se aleje de aquí y que no permita que entre nadie —propuso Yael.

Everard y Korten pasaron varios minutos conociéndose. Korten había nacido en el siglo XXIX en Nueva Edom, Marte. Aunque no se jactaba de ello, Everard se enteró de que sus análisis informáticos de antiguos textos semíticos habían ido acompañados de actuaciones como astronauta en la Segunda Guerra de los Asteroides, hechos por los que llamó la atención de los reclutadores de la Patrulla. Lo sondearon, le hicieron participar en las pruebas que demostraron que era de confianza, revelaron la existencia de la organización, aceptó su alistamiento, lo entrenaron... el procedimiento habitual. Lo que era menos habitual era su nivel de competencia. En muchos aspectos, su trabajo era más exigente que el de Everard.

—Comprenderá que para mi oficina esta situación es especialmente alarmante —dijo una vez que los cuatro estuvieron sentados—. Si Tiro es destruida, puede que Europa tarde décadas en notar los efectos importantes, el resto del mundo siglos... milenios en América y Australasia. Pero será una catástrofe para el reino de Salomón. Sin el apoyo de Hiram y el prestigio que le otorga, probablemente no podrá mantener juntas a las tribus durante mucho tiempo; y sin Tiro a sus espaldas, los filisteos no tardarán en buscar venganza. El judaísmo, el monoteísmo yahvítico, es nuevo y frágil, todavía medio pagano. Mi extrapolación es que tampoco sobreviviría. Yahvé se hundirá para convertirse en un personaje más en un panteón tosco y mutable.

—Y por ahí se pierde mucho de la civilización clásica —añadió Everard—. El judaísmo influyó en la filosofía así como en los acontecimientos entre los griegos alejandrinos y los romanos. Evidentemente, no habrá cristianismo, y por tanto tampoco civilización occidental, o bizantina, o cualquiera de sus sucesoras. No hay forma de saber lo que surgirá en su lugar. —Pensó en otro mundo alterado que había ayudado a abortar, y le dolió una herida que llevaría durante toda la vida.

—Sí, claro —dijo Korten con impaciencia—. La cuestión es que, vale que los recursos de la Patrulla son finitos, y sí, están muy dispersos por un continuo que tiene muchos nexos tan críticos como éste, pero no creo que deba concentrar todos sus recursos disponibles en rescatar Tiro. Si eso sucede, y fracasamos, todo está perdido; las posibilidades de restaurar el mundo original se hacen infinitesimalmente pequeñas. No, mejor establezcamos una reserva fuerte, personal organización, planes en Jerusalén, una lista para minimizar los efectos allí. Cuanto menos sufra el reino de Salomón, menos potente será el vórtice de cambio. Eso nos daría mayores posibilidades de reducirlo por completo.

—¿Propone desentenderse de Tiro? —preguntó Yael, consternada.

—No, claro que no. Pero quiero que tengamos alguna seguridad contra su pérdida.

—Eso sí es jugar mucho con la historia. —El tono de Chaim era inestable.

—Lo sé. Pero las situaciones extremas requieren medidas extremas. Vine

primero aquí a discutirlo con ustedes, pero sepan que tengo intención de defender esa política en el escalafón más alto. —Korten se volvió hacia Everard—. Señor, lamento la necesidad de reducir aún más los limitados recursos que tiene a su disposición, pero mi juicio es que así debe ser.

—No son limitados —gruñó el americano—, son completamente ridículos. —*Después del examen preliminar, ¿a quién ha enviado la Patrulla aquí aparte de a mí?*

¿Significa eso que los danelianos saben que voy a triunfar? ¿O significa que están de acuerdo con Korten... o que incluso Tiro está ya condenada? Si fallo... si muero...

Se enderezó, buscó pipa y tabaco en la bolsa y dijo:

—Dama y caballeros, esto podría convertirse fácilmente en una discusión a gritos. Hablemos como personas razonables. Lo primero es reunir los hechos que tengamos y examinarlos. No es que haya conseguido muchos.

El debate duró horas.

Era ya entrada la tarde cuando Yael propuso una pausa para comer.

—Gracias —dijo Everard—, pero creo que preferiría volver al palacio. En caso contrario, Hiram podría sospechar que estoy holgazaneando a sus expensas. Volveré mañana, ¿vale?

La verdad es que no sentía apetito para la gran comida del día, cordero asado o lo que fuese. Prefería tomar una rebanada de pan y un trozo de queso de cabra en cualquier puesto de comida, mientras intentaba meditar sobre ese nuevo problema. (De nuevo gracias a la tecnología. Sin los microbios protectores alterados genéticamente que los médicos de la Patrulla le habían implantado, nunca se hubiese atrevido a tomar comida local que no estuviese quemada por completo. Y vacunas para todas las enfermedades que recorrían los siglos hubiesen sobrecargado hacia tiempo su sistema inmunológico).

Al estilo del siglo XX, dio la mano a todos. Korten podía estar equivocado, o podía no estarlo, pero era agradable, capaz y tenía buenas intenciones.

Everard salió a una calle que rumiaba y hervía bajo el sol.

Pum lo esperaba.

Se levantó con menos exuberancia que antes. La cara del joven demostraba una seria preocupación.

—Amo —dijo—, ¿podemos hablar en un lugar tranquilo?

Encontraron una taberna donde eran los únicos clientes. En realidad, era una techo inclinado que cubría una pequeña zona con cojines; te sentabas con las piernas cruzadas y el tabernero traía copas de vino del interior de su casa. Everard le pagó con cuentas, después de un desganado regateo. El tráfico a pie pasaba en ríos por la calle en el que se encontraba el puesto, pero a esa hora los hombres normalmente tenían prisa. Allí se relajarían, los que pudiesen permitírselo, cuando las frías sombras cayesen sobre las murallas.

Everard bebió la tenue y amarga bebida e hizo una mueca; en su opinión, antes del siglo XVII d.C. nadie entendía de vino. La cerveza era aún peor. No importaba.

—Habla —dijo—. Y no necesitas malgastar aliento llamándome luz del universo y ofreciéndote agacharte para limpiar mis pies. ¿Qué has estado haciendo?

Pum tragó, se estremeció y se inclinó hacia él.

—Oh, mi señor —empezó a decir, y su voz se rompió por un gemido adolescente—, vuestro subordinado se ha atrevido a ocuparse de mucho. Regañadme, pegadme, azotadme, lo que sea, si me he excedido. Pero nunca, os lo ruego, penséis que he buscado otra cosa aparte de vuestra fortuna. Mi único deseo es serviros en la medida que permitan mis limitadas habilidades. —Relució una rápida sonrisa—. ¡Entendedlo, pagáis tan bien!

La sobriedad regresó:

—Sois un hombre fuerte, un hombre de grandes poderes, a cuyo servicio espero florecer. Pero por ahora debo demostrar mi capacidad. Cualquiera patán puede llevar vuestro equipaje o guiaros a una casa de placer. ¿Qué puede hacer Pumairam, por encima de eso, para que mi amo desee conservarme como asistente? Bien, ¿qué requiere mi señor? ¿Qué necesita?

» Amo, os agrada pasar por un rudo hombre de tribu, pero desde el principio tuve la sensación de que erais mucho más. Claro está que no confiaríais en un pilluelo encontrado al azar. Por tanto, sin saber, ¿cómo podría saber en qué ser útil?

Sí —pensó Everard —, *viviendo como vive al día, tiene que desarrollar una gran intuición o perecer*. Mantuvo su tono amable.

—No estoy enfadado. Pero dime qué hiciste.

Pum lo miró con sus grandes ojos color marrón rojizo, casi de igual a igual.

—Me atreví a preguntar a otros sobre mi amo. Siempre con cuidado, sin dejar entrever mi propósito o, en realidad, sin dejar que la otra persona sospechase lo que me había revelado. Como prueba de ello, ¿alguien ha parecido dudar de mi señor?

—Humm... no... no más de lo esperado. ¿Con quién hablaste?

—Bien, la encantadora Pleshti... Bo-ron-u-wen, para empezar. —Pum levantó una palma—. ¡Amo! No me dijo ni una palabra que no aprobaríais. Léi su rostro, sus movimientos, mientras hacía ciertas preguntas. No más. Me negó respuestas, de vez en cuando, y esas negativas también me decían cosas. Y su cuerpo no sabe guardar secretos. ¿Es una falta?

—No. —*Además, no me sorprendería que esa noche hubieses abierto un poco la puerta para espiar. No importa. No quiero saberlo.*

—Así descubrí que no sois del norte, ¿es ése el nombre? No me sorprendió, ya lo había supuesto. Comprended, aunque estoy seguro de que mi amo es

terrible en la batalla, es paciente con las mujeres como una madre con su hijo. ¿Lo sería un vagabundo medio salvaje?

Everard rió pesaroso. *Touché!* En anteriores misiones había oído en ocasiones comentarios sobre su falta de dureza normal, pero nadie más había sacado conclusiones de ese hecho.

Animado, Pum siguió hablando:

—No cansaré a mi señor con los detalles. Los sirvientes siempre vigilan a los grandes y adoran contar chismes. Puede que engañase un poquito a Sari. Como soy vuestro criado, no vio razones para echarme. Aunque tampoco es que le preguntase mucho directamente. Eso hubiese sido innecesario además de una tontería. Me contenté con dirigirme a la casa de Jantin-hamu, donde todo era anhelo por su visitante de la tarde de ayer. Así tuve indicios de lo que busca mi señor.

Tomó aire:

—Eso, mi resplandeciente amo, era lo que requería este sirviente. Me dirigí a los muelles y empecé a callejear por allí. ¡Con suerte!

Una ola recorrió a Everard.

—¿Qué descubriste?—Casi gritó.

—¿Qué otra cosa —declamó Pum— sino un hombre que sobrevivió al naufragio y al ataque de los demonios?

Gisgo parecía tener cuarenta y tantos años, era bajo pero nervudo y con la cara castigada llena de vida. A lo largo de los años, había pasado de marinero de cubierta a timonel, un puesto importante y bien remunerado. También a lo largo de los años, sus compañeros se habían cansado de oír su extraordinaria experiencia. Además, sólo la consideraban una exageración.

Everard apreciaba la fantástica labor detectivesca realizada por Pum, buscando al hombre haciendo que los marineros en las tabernas hablasen de quién contaba qué historias. Él mismo nunca lo hubiese logrado; se hubiesen mostrado demasiado recelosos de un extraño que además era invitado real. Como la gente inteligente a lo largo de los siglos, el fenicio medio quería tener la menor relación posible con su gobierno.

Había sido una suerte que Gisgo estuviese en casa en temporada de viaje. Sin embargo, había conseguido suficiente prestigio y ahorrado lo bastante para no tener que unirse ya a expediciones largas, peligrosas e incómodas. Su nave realizaba viajes a Egipto y hacía paradas entre viajes.

En su buen apartamento del quinto piso, sus dos mujeres trajeron refrescos mientras él se arrellanaba y discursaba frente a sus invitados. Una ventana daba a un patio entre casas de vecindad. La vista consistía en paredes de barro y la colada tendida en las cuerdas que la cruzaban. Pero entraba la luz del sol junto

con una ligera brisa para tocar recuerdos de muchos viajes... un querubín en miniatura de Babilonia, una siringa de Grecia, un hipopótamo del Nilo reproducido en loza fina, un talismán ibero, una daga de bronce en forma de hoja traída del norte... Everard le había hecho un importante regalo de oro y el marinero se había vuelto elocuente.

—Sí —dijo Gisgo—, aquél fue un viaje extraño. Mala época del año, con el equinoccio próximo, y esos *sinim* de quién sabe dónde llevando la desgracia en sus huesos por todo lo que sabíamos. Pero éramos jóvenes, toda la tripulación, desde el capitán hasta el último marinero; pensamos en pasar el invierno en Chipre, donde los vinos son fuertes y las chicas dulces; esos *sinim* pagarían bien, vaya que sí. Por ese tipo de metal estábamos dispuestos a ir al infierno y volver. Desde entonces me he vuelto más sabio, pero no diré que estoy más contento, no, no. Todavía estoy lleno de vida, pero empiezo a sentir los dientes constantemente y, creedme amigos, era mejor ser joven.

Hizo un gesto de buena suerte.

—Los pobres muchachos que murieron, que descansen en paz. —Miró a Pum —. Uno de ellos se parecía a ti, zagal. Me diste un susto, sí, cuando nos vimos por primera vez. Adiyaton, ¿se llamaba así? Sí, creo que sí. ¿Podrías ser su nieto?

El muchacho hizo un gesto de ignorancia. No tenía forma de saberlo.

—He hecho ofrendas por todos ellos, sí —siguió diciendo Gisgo—, así como en agradecimiento por mi supervivencia. Siempre apoya a tus amigos y paga tus deudas, entonces los dioses te ayudarán cuando lo necesites. A mí me ayudaron ciertamente.

» El viaje a Chipre es complicado incluso en el mejor de los casos. No se puede acampar; es de noche en pleno mar, en ocasiones durante días si hay viento. En esa ocasión... ¡ah, en esa ocasión! Apenas nos habíamos alejado de la tierra cuando comenzó la tempestad, y de poco nos sirvió arrojar aceite en esas aguas. Fuera remos y mantener la proa sobre el agua, eso era, hasta que nos fallase el aliento y estallasen los músculos, pero debíamos seguir remando. Estaba oscuro como en el vientre de un cerdo, y había crujidos, agitaciones, balanceos y ruidos mientras la sal se me metía en los ojos y me quemaba los labios rotos... ¿y cómo mantener el ritmo cuando no podíamos oír el tambor del timonel debido al viento?

» ¡Pero en la pasarela de guardia vi al jefe de los *sinim*, con la capa volando a su alrededor, mirando directamente la tormenta, y riendo, riendo!

» No sé si era valiente, ignoraba el peligro, o era más sabio que yo en los modos del mar. Después he recordado, y a la luz de la experiencia duramente ganada, decidido que con suerte hubiésemos podido salir de la tormenta. Aquélla era una buena nave, y los oficiales conocían su oficio. Sin embargo, los dioses, o los demonios, no querían que fuese así.

» Porque de pronto, ¡furia y resplandor! La luz me cegó. Perdí el remo,

como la mayoría. De alguna forma, conseguí agarrarlo antes de que se perdiese entre los toletes. Eso puede que me salvase la vista, porque no miraba al cielo cuando estalló el siguiente resplandor.

» Por desgracia, un rayo nos había dado, En dos ocasiones. No oí el trueno, pero quizá el rugido de las olas y el aullido del viento lo habían cubierto. Cuando recuperé la visión vi el mástil en llamas como una antorcha. El casco estaba roto y debilitado. Sentí cómo el mar agitaba mi cabeza, y también mi culo, mientras partía la nave.

» Aquello no parecía importar. A la poca luz imprecisa pude vislumbrar cosas en el cielo, como toros alados pero enormes como bueyes y relucientes como si estuviesen hechos de hierro. Los cabalgaban hombres. Venían hacia abajo...

» Entonces todo se desmoronó. Me encontré en el agua, agarrado al remo. Otros hombres que podían ver también estaban agarrados a trozos de madera. Pero la furia no había terminado para nosotros. Un rayo cayó, directo hacia el pobre Hurum-abi, mi compañero de bebida desde que era un niño. Debí de morir inmediatamente. En cuanto a mí, me hundí y contuve el aliento todo lo que pude.

» Cuando al final tuve que sacar la nariz del agua, parecía estar solo en el mar. Pero por encima había un enjambre de esos dragones o carros o lo que fuesen, corriendo en el viento. Entre ellos saltaban llamas. Volví a sumergirme.

» Creo que pronto volvieron al más allá del que habían venido, pero yo estaba demasiado ocupado sobreviviendo para prestar atención. Al fin llegué a tierra. Lo que había sucedido parecía irreal, como un sueño febril. Quizá lo fue. No lo sé. Lo que sé es que fui el único hombre de esa nave que regresó. Gracias a Tanith, ¿eh, chicas? —Sin preocuparse de los recuerdos, Gisgo pellizcó el trasero de su esposa más cercana.

Vinieron más recuerdos, que precisaron un par de horas para desenredarlos. Al fin Everard pudo preguntar con la lengua seca a pesar del vino:

—¿Recuerdas cuándo sucedió eso? ¿Hace cuántos años?

—Claro que sí, claro que sí —contestó Gisgo—. Hace una veintena completa y seis años, quince días antes del equinoccio de otoño, o cerca de ahí.

Agitó una mano.

—¿Cómo lo sé, se pregunta? Bien, es como los sacerdotes egipcios, que tienen esos calendarios porque el río sube y baja todos los años. Un marinero que no se preocupa no es probable que llegue a viejo. ¿Sabía que más allá de las Columnas de Melqart el mar se eleva y cae como el Nilo pero dos veces al día? Es mejor controlar bien el tiempo, si quieres sobrevivir en esas partes.

» Pero fueron realmente los *sinim* los que me metieron la idea en la cabeza. Allí estaba, asistiendo a mi capitán mientras negociaba el pasaje, y hablaban continuamente del día exacto en que partir... haciéndoselo entender. Yo escuchaba, y me pregunté qué se podría ganar recordando las cosas así, y decidí

tenerlo en cuenta. En aquella época no sabía leer ni escribir, pero lo que sí podía era señalar las cosas especiales que sucediesen cada año, y mantener esos acontecimientos en orden para poder contar hacia atrás cuando fuese necesario. Así que ése fue el año de una expedición a los Acantilados Rojos y el año en que pillé la enfermedad babilónica...

Everard y Pum salieron y empezaron a alejarse desde la zona residencial del puerto Sidonio hacia la calle de los Cordeleros ahora llena de oscuridad y tranquilidad, en dirección a palacio.

—Veo que mi señor conserva sus fuerzas —murmuró el muchacho al cabo de un rato.

El patrullero asintió distraído. Su mente era una tormenta.

Le parecía claro el procedimiento de Varagan (Everard estaba completamente seguro de que se trataba de Merau Varagan, perpetrando una nueva barbaridad). Desde donde se encontrase su escondite en el espacio-tiempo, él y media docena de sus confederados habían llegado a la zona de Usu veintiséis años atrás. Otros debían de haberles llevado en saltadores, que se fueron y regresaron inmediatamente. La Patrulla no podría cazar esos vehículos en un espacio de tiempo tan corto, cuando el momento y tiempo exactos eran desconocidos. La banda de Varagan había entrado a pie en la ciudad y se había conciliado con el rey Abibaal.

Debían de haberlo hecho después de bombardear el templo, dejado la nota de rescate, y probablemente atentar contra Everard... es decir, después en términos de sus líneas de mundo, su continuidad de experiencias. No hubiese sido difícil elegir un blanco, o incluso plantar un asesino. Los científicos que estudiaban Tiro habían escrito libros que estaban disponibles. El atentado inicial le daría a Varagan una idea de las posibilidades del plan. Habiendo decidido que valía la pena invertir una cantidad sustancial de esfuerzo y tiempo de vida, buscó entonces el conocimiento detallado, ese tipo de conocimiento que rara vez llega a los libros, que necesitaría para realmente destruir aquella sociedad.

Una vez que hubo descubierto en la corte de Abibaal todo lo que le parecía necesario, Varagan partió con sus seguidores de la forma usual, para no extender entre la gente historias que persistirían y que acabarían siendo una pista para la Patrulla. Por esa misma razón, la desaparición del interés público en ellos, querían que se pensase que habían muerto.

De ahí su fecha de partida, sobre la que habían insistido; un vuelo de reconocimiento había mostrado que se levantaría una tormenta en cuestión de horas. Los que habían ido a recogerlos habían disparado armas de energía para destruir la nave y matar a los testigos. Si no se hubiesen saltado a Gisgo, hubiesen cubierto por completo su rastro. De hecho, sin la ayuda de Sarai, era probable

que Everard nunca hubiese oído hablar de los sinim que desgraciadamente habían perecido en el mar.

Desde su base, Varagan «ya» había enviado agentes para vigilar el cuartel general de la Patrulla en Tiro, a medida que se aproximaba el momento del ataque de demostración. Si el pistolero tenía éxito en reconocer y matar a uno o más de los escasos agentes No asignados, ¡excelente! Eso aumentaría las probabilidades de que los exaltacionistas consiguiesen lo que querían: ya fuese el transmutor de materia o la destrucción del futuro daneliano. Everard no creía que a Varagan le importase mucho cuál de ellos. Cualquiera de los dos satisfaría sus ansias de poder y *Schadenfreude*.

Bien, pero Everard había encontrado el rastro. Podía soltar a los sabuesos de la Patrulla...

¿Podía?

Se agarró el bigote celta y pensó sin lógica en lo mucho que se alegraría cuando pudiese afeitarse el maldito mostacho al terminar la operación.

¿Se terminará?

Superado en número y armas, Varagan no estaba necesariamente derrotado en inteligencia. Su plan tenía un mecanismo de seguridad que podría ser imposible de romper.

El problema era que los fenicios no tenían ni reloj ni instrumentos de navegación precisos. Gisgo no sabía, más allá de una semana o dos, cuándo había sufrido el desastre la nave; ni tampoco sabía, más allá de una precisión de treinta kilómetros, dónde se encontraban en ese momento. Por tanto, Everard tampoco lo sabía.

Claro está, la Patrulla podría verificar con facilidad la fecha, y la ruta a Chipre se conocía. Pero cualquier cosa más precisa exigía mantener una vigilancia desde el aire, ¿no? Y el enemigo debía de tener detectores que se lo advertirían. Los pilotos que debían destruir la nave y llevarse al grupo de Varagan llegarían preparados para luchar. No necesitarían más que unos minutos para completar su misión, y luego desaparecerían sin posibilidad de ser seguidos.

Peor aún, podrían cancelar la misión por completo. Podrían esperar un momento más favorable para recuperar a sus asociados... o peor todavía, hacerlo antes, incluso antes de que la nave partiese. En cualquier caso, Gisgo no tendría (no tuvo) la experiencia que Everard acababa de oírle relatar. La pista que el patrullero había descubierto con tanto trabajo nunca habría existido. Probablemente, las consecuencias a largo plazo en la historia serían triviales, pero no había garantía de eso, una vez que se empezaba a jugar con los acontecimientos.

Por la misma razón —la segura desaparición de las pistas y la posible alteración del continuo—, la Patrulla no podía anticiparse al plan de Varagan. No se atrevería, por ejemplo, a bajar a la nave y arrestar a los pasajeros antes de la

tormenta y del ataque de los exaltacionistas.

Parece que la única forma en que podemos actuar es aparecer exactamente donde están, con una ventaja de unos cinco minutos o menos en la que los secuaces realizan el trabajo sucio. Pero ¿cómo vamos a descubrir el momento exacto sin alertarlos?

—Creo —dijo Pum—, que mi señor tiene intención de luchar, en un reino extraño donde los magos son sus enemigos.

¿Soy tan transparente para él?

—Sí, podría ser —contestó Everard—. Pero primero te recompensaré bien, porque has sido mi mano derecha.

El joven le tiró de la manga.

—Señor —imploró—, dejad que vuestro sirviente os siga.

Asombrado, Everard se detuvo a medio paso.

—¿Eh?

—¡No quiero separarme de mi señor! —Lloró Pum. Las lágrimas relucían en sus ojos y mejillas—. Mejor la muerte a su lado, sí, mejor que los demonios me condenen al infierno, que volver a la vida de cucaracha de la que me sacasteis. Enseñadme lo que debo hacer. Sabéis que aprendo rápido. No tendré miedo. ¡Me habéis convertido en un hombre!

Por Dios, creo que por primera vez su pasión es genuina.

Pero no puede ser, claro.

¿No puede ser? Se detuvo de pronto.

Pum bailaba frente a él, riendo y sollozando.

—¡Mi señor lo hará, mi señor me llevará con él!

Y quizá, quizá, cuando acabe todo esto, si sobrevive... quizá hayamos ganado algo precioso.

—El peligro será grande —dijo Everard despacio—. Más aún, espero cosas y hechos de los que huirían valientes guerreros, gritando de pánico. Y primero tendrás que adquirir conocimientos que la mayoría de los hombres sabios de este mundo ni siquiera comprenderían, si se los contase.

—Probadme, mi señor —contestó Pum. Sobre él había descendido una súbita calma.

—¡Lo haré! ¡Vamos! —Everard caminaba tan rápido que el joven debía correr para mantenerse a su lado.

El adoctrinamiento básico llevaría unos días, dando por supuesto que Pum lo soportase. Pero no era problema. Llevaría un tiempo reunir el equipo de inteligencia y organizar la fuerza. Además, mientras tanto tendría a Bronwen. Everard no sabía si él mismo sobreviviría al conflicto. Mejor era recibir primero cualquier alegría que viniese a su paso, e intentar devolverla.

El capitán Baalram se mostraba reacio.

—¿Por qué debería enrolar a tu hijo? —quiso saber—. Ya tengo una tripulación completa, incluidos dos aprendices. Éste ha nacido en tierra, y es pequeño y flacucho.

—Es más fuerte de lo que parece —contestó el hombre que se decía padre de Adiyaton (un cuarto de siglo después se haría llamar Zakarbaal)—. Descubrirá que es listo y está dispuesto. Y en cuanto a la experiencia, todo el mundo empieza sin tenerla, ¿no? Entendedlo, señor. Estoy ansioso por introducirlo en la carrera comercial. Por eso, estaría dispuesto a... hacer que para usted personalmente valiese la pena.

—Bien. —Baalram sonrió y se acarició la barba—. Eso es diferente. ¿Qué cantidad en pago tiene en mente?

Adiyaton (que, un cuarto de siglo después no tendría ninguna razón para no llamarse Pummairam) parecía jubiloso. Por dentro, temblaba porque miraba a un hombre que pronto estaría muerto.

Desde donde esperaba el escuadrón de la Patrulla, en lo alto del cielo, la tormenta era una cordillera montañosa que ocupaba el horizonte al norte. Por lo demás, el mar se extendía plateado y de color zafiro por toda la curva del planeta, excepto allí donde las islas rompían el brillo y, al este, donde la costa Siria formaba una línea oscura. En el oeste, el sol relucía tan frío como el azul que lo rodeaba. El viento silbaba en los oídos de Everard.

Estaba sentado, envuelto en un abrigo, en el asiento delantero del saltador temporal. El asiento de atrás estaba vacío, como los de la mitad de los cuarenta vehículos que compartían el cielo con el suyo. Los pilotos tenían la esperanza de transportar prisioneros. El resto cargaba armas, huevos de munición en los que el fuego aguardaba para nacer. La luz se reflejó de pronto en el metal.

¡Maldición! —pensó Everard—. *Me estoy congelando. ¿Cuánto durará esto? ¿Ha salido mal? ¿Se traicionó Pum ante el enemigo, le ha fallado el equipo, o qué?*

Un receptor colocado sobre la barra de dirección dio un pitido y parpadeó en rojo. Dejó escapar un suspiro, vapor blanco que el viento retorció y se tragó. A pesar de su años como cazador de hombres, tuvo que tragar antes de hablarle al micrófono de garganta.

—Señal recibida en el mando. Informen, estaciones de triangulación.

Frente a ellos, entre algas y salpicaduras, había aparecido la banda enemiga. Ya habían comenzado su malvada labor. Pero Pum había metido la mano en su ropa y había apretado el botón de un emisor de radio en miniatura.

Radio. Los exaltacionistas no anticiparían algo tan primitivo. O al menos eso esperaba Everard.

Ahora, Pum, muchacho, ¿podrás encontrar refugio, protegerte, como se te dijo? El miedo rodeó con sus dedos el gatzate del patrullero. Sin duda había tenido hijos, aquí y allá a lo largo de la historia, pero aquella situación era lo más cerca que había estado de sentirse como un padre.

La palabras resonaron en los auriculares. Después vinieron los números. Instrumentos a cientos de kilómetros de distancia habían determinado con precisión la posición exacta de la cercada nave. Los relojes ya habían grabado el primer segundo de la recepción.

—Vale —dijo Everard—. Calculad las coordenadas especiales de cada vehículo según nuestra estrategia. Agentes, esperad órdenes.

Eso exigió varios minutos. Sintió crecer en su interior una calma helada. La suya era una unidad comprometida. En aquel exacto momento, estaba en la batalla. Que se hiciese la voluntad de las Nornas.

Los datos llegaron con claridad.

—¿Todos listos? —gritó—. ¡Adelante!

Él mismo ajustó los controles y le dio al interruptor del impulsor principal. Su máquina saltó en el espacio y retrocedió en el tiempo hasta el momento que Pum había señalado.

El viento rugía. El saltador se agitaba y movía en el campo de antigravedad. A cincuenta metros por debajo, negras en las tinieblas, se agitaban las olas. La espuma que soltaban era del color del aguanieve. Everard vio en la distancia la luz de una gran antorcha. Un mástil resinoso, enmarcado por la tormenta, ardía con furia. Trozos alquitranados y en llamas de la nave quedaban envueltos en el vapor al saltar.

Everard bajó los amplificadores ópticos. La visión se volvió clara. Le mostraba que su orden había llegado correctamente, para cercar a la media docena de vehículos enemigos por todos los lugares sobre las olas.

No había llegado tan pronto como para impedirles comenzar su masacre, que habían iniciado en el momento mismo en que aparecieron. Al no saber dónde iba a estar cada uno de ellos, pero sabiendo que irían todos letalmente bien armados, Everard se había visto obligado a hacer aparecer a su grupo a una distancia desde la que pudiese evaluar la situación antes de que los asesinos los detectasen.

Cosa que harían en un segundo.

—¡Atacad! —rugió Everard sin necesidad. Su montura salió disparada.

Un rayo infernal blanquiazul atravesó la oscuridad. Volando en zigzag, sintió que no le daba por un centímetro: el calor, el olor a ozono, el crujido en el aire. No lo vio, porque las gafas habían corregido automáticamente un resplandor que podría haberle dejado ciego.

Ni tampoco devolvió el fuego, aunque sacó su arma. Ésa no era su tarea. El cielo ya estaba atravesado por esos rayos. Las aguas los reflejaban como si también estuviesen en llamas.

No había ninguna forma adecuada de capturar a los pilotos enemigos. Los artilleros de Everard tenían órdenes de matar, inmediatamente, antes de que los malvados comprendiesen que los superaban en número y escapasen por el espacio-tiempo. La tarea de los patrulleros que volaban solos era capturar a los espías que viajaban en el barco.

No esperaba encontrarlos en las secciones del casco que se agitaban de un lado a otro en las olas hasta desintegrarse. Los hombres las comprobarían, claro, por si acaso. Pero lo más probable era que los viajeros estuviesen flotando. Seguro que habían tenido la precaución de llevar chalecos salvavidas automáticos bajo los chaftanes contemporáneos.

Pum no podía arriesgarse a hacerlo. Como chico de tripulación, hubiese sido raro que llevase algo más que un taparrabos. Le servía para ocultar el transmisor, pero nada más. Everard se había asegurado de que aprendía a nadar.

Pocos marineros púnicos sabían nadar. Everard vio a uno que se agarraba a una tabla. Casi fue a su rescate. Pero no, no debía. Baairam y sus marineros se habían hundido... excepto por Gigo, cuya supervivencia resultó no ser un accidente. La Patrulla había atacado justo a tiempo para evitar que fuese asesinado mientras flotaba en el agua; y tenía fuerzas para soportar su situación hasta llegar a la costa, El resto, sus compañeros de navegación, sus amigos... murieron y sus familiares los lloraron, como sería el destino de los marinos durante los siguientes milenios... y después de los viajeros espaciales, los viajeros temporales... Al menos aquellos hombres habían muerto para que los suyos, e incontables miles de millones de personas en el futuro, pudiesen vivir.

Se trataba de un triste consuelo.

La visión ampliada de Everard le trajo la imagen de otra cabeza, inconfundible, sí. Un hombre subía y bajaba como un corcho: un enemigo a capturar. Bajó. El hombre levantó la vista desde la confusión. La maldad le torcía la boca. Una mano surgió del agua. Llevaba una pistola de energía.

Everard disparó con mayor rapidez. Un delgado rayo se clavó en la figura. El grito del hombre se perdió en la tormenta. Al igual que su arma. Miró boquiabierto la carne abierta y el hueso de la muñeca.

En ese caso Everard no sintió piedad. Pero no había querido matarlo en aquel encuentro. No. Cautivos vivos, bajo psicointerrogación perfectamente inofensiva y sin dolor, podrían dirigir a la Patrulla a todo tipo de villanos interesantes.

Everard hizo descender su vehículo. El motor vibraba, manteniendo su posición contra las olas que entrechocaban, el viento que rasgaba, aullaba y enfriaba. Tenía las piernas fuertemente apretadas contra la estructura. Se inclinó sobre la montura, agarró al hombre semiconsciente, lo levantó y lo colgó del asiento. « ¡Vale, a coger algo de altitud! »

Fue por pura casualidad, pero no por ello menos satisfactorio, que él, Manse Everard, resultase ser el agente de la Patrulla que había atrapado a Merau

Varagan.

El escuadrón buscó un lugar tranquilo para evaluar la situación antes de ir al futuro. Eligieron un islote egeo deshabitado. Los acantilados blancos surgían de aguas cerúleas, cuya quietud sólo se veía alterada por el reflejo de la luz del sol y por la espuma. Las gaviotas volaban igualmente luminosas y gritaban mecidas por la brisa. Por entre los pedruscos crecían arbustos. El calor les arrancaba un aroma acre a sus hojas. Muy, muy lejos pasaba una vela. Podría haber sido la de la nave de Odiseo.

Los agentes celebraron una reunión. No habían sufrido más que unas pocas heridas. Para éstas había analgésicos y otros tratamientos, y más tarde el tratamiento hospitalario repondría lo que se hubiese perdido. Habían derribado cuatro vehículos exaltacionistas; tres habían escapado, pero los perseguirían. Habían hecho muchos prisioneros.

Uno de los patrulleros, siguiendo el transmisor, había rescatado a Pummairam del mar.

—¡Buen espectáculo! —bramó Everard y abrazó al muchacho.

Estaban sentados en un banco del puerto Egipcio. Era un lugar tan íntimo como cualquier otro, ya que todos los que los rodeaban estaban demasiado ocupados para prestar atención; y pronto el pulso de Tiro se apagaría para ellos dos. Atraían algunas miradas. Para celebrar la ocasión, además de visitar varios lugares de diversión de la ciudad, Everard había comprado para ambos caftanes de la mejor tela y los tintes más hermosos, dignos de los reyes que sentían ser. Lo único que le interesaba de la ropa era que causaría la impresión adecuada en su despedida de la corte de Hiram, pero Pum estaba en éxtasis.

El muelle estaba lleno de sonidos: el roce de los pies, el choque de las pezuñas, el crujido de las ruedas, el alboroto de los barriles rodando. Entraba carga de Ofir, a través del Sinaí, y los estibadores descargaban los costosos fardos. Los marineros descansaban en la taberna cercana, donde una chica bailaba al son de la música de la flauta y el tamboril; bebían, jugaban, reían, presumían, intercambiaban historias de países lejanos. Un vendedor cantaba alabanzas de sus dulces. Pasó cargando un carro tirado por un burro. Un sacerdote de Melqart, con una espléndida túnica, hablaba con un austero extranjero servidor de Osiris. Un par de aqueos de pelo rojo se abrían paso con aspecto de piratas. Un guerrero de larga barba venido de Jerusalén y el guardaespaldas de un dignatario filisteo intercambiaron miradas, pero la paz de Hiram detuvo sus espadas. Un hombre negro vestido con piel de leopardo y plumas de avestruz atraía un enjambre de pilluelos fenicios. Un asirio caminaba

con dificultad, sosteniendo el bastón como si fuese una lanza. Un anatolio y un rubio del norte de Europa caminaban del brazo, borrachos de cerveza y alegres... El aire olía a tintes, heces, humo, alquitrán, pero también a sándalo, mirra, especias y sal.

Al final moriría, todo aquello, siglos en el futuro, como todo debe morir; pero primero, ¡con qué fuerza habrá vivido! ¡Qué rica será su herencia!

—Sí —dijo Everard—. No quiero que te sientas excesivamente orgulloso... —rió—, aunque no sé si alguna vez has sido humilde. Aun así, Pum, eres un importante hallazgo. No nos limitamos a rescatar Tiro, te ganamos a ti.

Ligeramente más vacilante de lo habitual, el joven miró al frente.

—Me lo explicasteis, mi señor, cuando me enseñasteis. Que casi nadie en esta edad del mundo puede imaginar el viaje en el tiempo y las maravillas del mañana. No tiene sentido decirselo, porque simplemente no lo entenderán y se asustarán. —Se agarró la aterciopelada barbilla—. Quizá yo soy diferente porque siempre he estado solo, sin que nunca me metiesen en un molde y me dejaran secar. —Con alegría—: En ese caso alabo a los dioses, o a quienes sean, que me arrojaron a esta vida. Me prepararon para una nueva vida con mi amo.

—Bien, no, realmente no es eso —contestó Everard—. No nos volveremos a ver muy a menudo.

—¿Qué? —exclamó Pum sorprendido—. ¿Por qué? ¿Os ha ofendido vuestro sirviente, mi señor?

—De ninguna forma. —Everard agarró el pequeño hombro del muchacho—. Al contrario. Pero mi trabajo es errante. A ti te queremos como agente en un lugar, aquí, en tu país natal, que conoces mejor de lo que ningún extranjero como yo, o Chaim y Yael Zorach, conocerá nunca. No te preocupes. Será un buen trabajo, y te exigirá todo lo que puedas dar.

Pum suspiró. Su sonrisa era blanca.

—¡Bien, será perfecto, amo! En verdad, me sentía ligeramente intimidado por la idea de viajar siempre entre extraños. —Bajó el tono—. ¿Vendréis a visitarme?

—Claro, de vez en cuando. O si lo prefieres, podrás reunirte conmigo en lugares interesantes del futuro cuando tengas permiso. Los patrulleros trabajamos duro, y en ocasiones corremos peligro, pero también nos divertimos.

Everard hizo una pausa, y luego siguió hablando:

—Claro está, primero necesitarás entrenamiento, educación, todos los conocimientos y habilidades de los que careces. Irás a la Academia, en otro momento del espacio y el tiempo. Allí pasarás años, y no serán años fáciles... aunque creo que en general los disfrutarás. Finalmente regresarás a este mismo año en Tiro, sí, a este mismo mes, y te integrarás en tu puesto.

—¿Seré un adulto?

—Exacto. De hecho, te harán ganar tanto peso y altura como conocimientos

te metan dentro. Necesitarás una nueva identidad, pero eso no será difícil de arreglar. Te servirá el mismo nombre; es muy común. Serás Pummairam el marino, que partió años antes como joven de cubierta, hizo fortuna en el comercio y está preparado para comprar una nave y fundar su propia empresa. No te harás notar demasiado, eso lo estropearía todo, pero serás un próspero y bien considerado súbdito del rey Hiram.

El muchacho entrechocó las manos.

—Señor, vuestra benevolencia supera a vuestro sirviente.

—Todavía no he terminado —contestó Everard—. Tengo autoridad discrecional en casos como éste, y voy a hacer algunos arreglos en tu nombre. No podrás pasar por hombre respetable cuando te establezcas a menos que te cases. Muy bien, te casarás con Sarai.

Pum gimió. Su mirada al patrullero era de consternación.

Everard rió.

—¡Venga, vamos! —dijo—. Puede que no sea una belleza, pero tampoco es desagradable; le debemos mucho. Es leal, inteligente y conoce los modos de palacio y muchas cosas útiles. Cierto, nunca sabrá quién eres realmente.

» Simplemente será la esposa del capitán Pummairam y la madre de sus hijos. Si en su mente se forma alguna pregunta, creo que tendrá la inteligencia de no manifestarla. —Con severidad—: Serás bueno con ella. ¿Me oyes?

—Bien... bueno, bien... —La atención de Pum se desvió a la bailarina. Los hombres fenicios vivían con una doble medida, y Tiro tenía más que su porción de casas de diversión—. Sí, señor.

Everard golpeó la rodilla del otro.

—Leo tu mente, hijo. Sin embargo, podrías descubrir que no te interesará ir por ahí. Como segunda esposa, ¿qué te parece Bronwen?

Fue un placer ver a Pum pasmado. Everard se puso serio.

—Antes de irme —le explicó—, tengo intención de ofrecerle a Hiram un regalo, no el tipo de regalo común, sino algo espectacular, como un lingote de oro. La Patrulla posee riquezas ilimitadas y adopta una actitud relajada con la requisita. Por su honor, Hiram no podrá negarme nada a cambio. Le pediré a su esclava Bronwen y sus hijos. Cuando sean míos, los liberaré formalmente y luego le daré una dote.

» La he sondeado. Si puede tener libertad en Tiro, realmente no quiere regresar a su tierra natal y compartir una choza con otros diez o quince miembros de una tribu. Pero para quedarse aquí debe tener un marido, un padrastro para sus hijos. ¿Podrías ser tú?

—Yo... podría yo... podría ella... —La sangre iba y venía al rostro de Pum. Everard asintió.

—Le prometí que le encontraría un hombre decente.

Ella se había quedado melancólica. Pero aun así, en esta época, como en la

mayoría, las cuestiones prácticas se imponían al romance.

Para él puede llegar a ser duro ver a su familia envejecer mientras él sólo lo finge. Pero con sus misiones por el tiempo, los tendrá durante muchas décadas de su vida; y, después de todo, no ha crecido con la sensibilidad americana. Debería irle razonablemente bien. Sin duda las mujeres se harán amigas, y se unirán para gobernar con calma el nido del capitán Pummairam.

—Entonces... ¡oh, mi señor! —El joven se puso en pie de un salto e hizo cabriolas.

—Tranquilo, tranquilo. —Sonrió Everard—. En tu calendario, recuerda, pasarán años antes de que te establezcas. ¿Por qué retrasarlo? Busca la casa de Zakarbaal y preséntate ante los Zorach. Ellos te pondrán en camino.

Por mi parte... me tomaré unos días para terminar con cortesía y de forma plausible mi estancia en palacio. Mientras tanto, Bronwen y yo... Everard suspiró, con melancolía propia.

Pum se fue. Con los pies volando y el caftán aleteando, la rata del puerto púrpura corrió hacia el destino que iba a labrarse por sí mismo.

El pesar de Odín el Godo

*Y entonces oí una voz en el mundo: «¡Oh, llorad
por la fe rota,
Y el pesado infortunio de los Nibelungos, y
el pesar de Odín el Godo!».*

WILLIAM MORRIS, *Sigur el Volsungo*

El viento penetró desde las tinieblas al abrirse la puerta. Los fuegos que ardían a todo lo largo de la estancia se agitaron en sus canales; las llamas saltaban y fluían de las lámparas de piedra; el humo regresaba amargo de la abertura en el techo que debería haberlo dejado salir. El súbito brillo se reflejó en lanzas, hachas, espadas y escudos, allí donde las armas reposaban cerca de la entrada. Los hombres que llenaban el gran salón se volvieron cautelosos y atentos, así como las mujeres que en ese momento les traían cuernos de cerveza. Eran los dioses tallados en las columnas los que parecían moverse por entre sombras inquietas, el Padre Tiwaz de una sola mano, Donar del Hacha, los jinetes Gemelos... ellos, y las bestias, héroes y ramas entrelazadas grabados sobre el revestimiento de madera. « ¡Buuuu!» , decía el viento, un sonido tan frío como él mismo.

Entraron Hathawulf y Solbern. Su madre Ulrica se situó entre ellos, y la mirada en su rostro no fue menos terrible que la mirada de ellos. Los tres permanecieron inmóviles durante un latido o dos, mucho tiempo para aquellos que esperaban sus palabras. Luego Solbern cerró la puerta mientras Hathawulf se adelantaba y levantaba el brazo derecho. El silencio cayó sobre la estancia, roto sólo por el crepitar del fuego y la respiración de los presentes.

Pero fue Alawin quien habló primero. Levantándose del banco, con su cuerpo estremeciéndose de anticipación, gritó:

—¡Entonces nos vengaremos! —rugió su voz, no tenía sino quince inviernos.

El guerrero que estaba a su lado le tiró de la manga y gruñó:

—Siéntate. Debe decirnoslo el señor. —Alawin tragó, miró a su alrededor, obedeció.

Una especie de sonrisa dejó ver los dientes entre la barba amarilla de Hathawulf. Llevaba en el mundo nueve años más que aquel medio hermano, cuatro años más que su hermano Solbern, pero parecía mayor aún, y no sólo por su altura, anchos hombros y paso seguro; el liderazgo había sido suyo durante los últimos cinco de esos años, después de la muerte de su padre Tharasmund, y eso había acelerado el crecimiento de su alma. Algunos murmuraban que Ulrica tenía demasiado control sobre Hathawulf, pero quien pusiese en duda su hombría tendría que enfrentarse a él en una lucha y era poco probable que saliese caminando de ella.

—Sí —dijo, sin esfuerzo, pero sin embargo se le oyó de un extremo al otro del edificio—. Sacad el vino, mozas; bebed bien hombres, haced el amor a vuestras mujeres, disponed el material de guerra; amigos que habéis venido a ofrecernos ayuda, mi más profundo agradecimiento: mañana al amanecer cabalgaremos para matar al asesino de mi hermana.

—Ermanarico —dijo Solbern. Era más bajo y oscuro que Hathawulf, más dado a atender su granja y dar forma a las cosas con sus manos que a perseguir y hacer la guerra; pero escupió el nombre como si hubiese sido un veneno en la boca.

Un suspiro de alivio, más que de sorpresa, recorrió el salón, aunque algunas de las mujeres se retiraron, o se acercaron a sus maridos, hermanos, padres, jóvenes con los que algún día podrían casarse. Unos pocos terratenientes rugieron, casi con alegría, desde lo más profundo de la garganta. Otros se volvieron sombríos.

Entre estos últimos se encontraba Liuderis, el que había retenido a Alawin. Se puso en pie sobre el banco, por lo que se encontraba por encima de todos. Era un hombre fornido, de pelo gris y lleno de cicatrices, antiguo hombre de confianza de Tharasmund. Preguntó:

—¿Lucharías contra el rey al que diste tu palabra?

—Ese juramento dejó de tener sentido cuando hizo que Swanhild fuese pisoteada por los cascos de los caballos.

—Pero él dice que Randwar planeaba su muerte.

—¡Él lo dice! —gritó Ulrica. Se adelantó para situarse allí donde quedaba más iluminada: un mujer grande, las trenzas recogidas medio grises y medio todavía rojizas alrededor de un rostro cuyas líneas se habían congelado en la seriedad de la mismísima Weard. Costosas pieles adornaban la capa de Ulrica; el vestido que llevaba era de seda del este; el ámbar de las tierras del norte relucía en su cuello: porque era hija de un rey que se había emparentado con la casa de Tharasmund, que descendía de los dioses.

Se detuvo con los puños apretados, y los agitó frente a Liuderis y el resto:

—Bien podía Randwar el *Rojo* haber buscado la destitución de Ermanarico. Durante demasiado tiempo han tenido que sufrir los godos a ese perro. Sí, le llamo perro, a Ermanarico, que no es digno de vivir. No me digáis que nos hizo poderosos y que sus dominios se extienden desde el mar Báltico al mar Negro. Son sus dominios, no los nuestros, y no le sobrevivirán. Hablad, mejor, de contribuciones casi ruinosas, de esposas y doncellas deshonradas, de tierras tomadas sin derecho y de gente arrojada de sus casas, de hombres derribados o quemados en sus moradas simplemente por haberse atrevido a hablar en su contra. Recordad cómo mató a sus sobrinos y a las familias de éstos cuando no consiguió su tesoro. Pensad en cómo hizo colgar a Randwar, simplemente por la palabra de Sibicho Mannfrithsson... Sibicho, la víbora siempre silbando a oídos

del rey. Y preguntaos esto. Incluso si Randwar se hubiese convertido realmente en el enemigo de Ermanarico, traicionado antes de poder vengar un ataque contra su gente... incluso si fuese así, ¿por qué debía morir también Swanhild? Sólo era su esposa. —Ulrica tomó aliento—. También era la hija de Tharasmund y mía, la hermana de vuestro jefe Hathawulf y de su hermano Solbern. Ellos, que nacieron de Wodan, enviarán a Ermanarico al mundo subterráneo para que se convierta en su esclavo.

—Hablasteis con vuestros hijos durante medio día, mi dama —dijo Liuderis—. ¿Cuánto de esto es vuestra voluntad y no la de ellos?

Hathawulf se llevó la mano a la espada.

—Habláis demasiado —contestó.

—No pretendía ofender... —empezó a decir el guerrero.

—La tierra llora por la sangre de la dulce Swanhild —dijo Ulrica—. ¿Nos volverá a dar frutos si no la lavamos con la sangre de su asesino?

Solbern estaba más calmado.

—Vosotros, tervingos, sabéis bien que los problemas se han estado fraguando durante años entre el rey y nuestra tribu. ¿Por qué si no vinisteis aquí cuando oísteis lo que había pasado? ¿No pensáis todos que quizá esto se hizo para probar nuestro temple? Si nos quedamos en nuestros hogares, si Heorot acepta cualquier compensación que pueda ofrecer, sabrá que tiene libertad para aplastarnos por completo.

Liuderis asintió, cruzó los brazos sobre el pecho, y contestó con firmeza:

—Bien, no entraréis en batalla sin mis hijos y sin mí, mientras esta vieja cabeza se encuentre sobre la tierra. Pero ciertamente me pregunto si tú y Hathawulf no estáis siendo temerarios. Ermanarico es fuerte. ¿No sería mejor tomarnos nuestro tiempo, prepararnos, reunir hombres de tribus vecinas antes de atacar?

Hathawulf volvió a sonreír, con algo más de calor que antes.

—Ya hemos pensado en eso —dijo con tono firme—. Si nos concedemos tiempo a nosotros mismos, también damos tiempo al rey. No creo que pudiésemos levantar muchas lanzas contra él. No mientras los hunos merodeen por los caminos, los pueblos vasallos se muestren reacios al pago de tributos y los romanos puedan ver, en una guerra entre godos, una oportunidad de entrar y conquistarlo todo. Además, Ermanarico no permanecerá ocioso antes de moverse para humillar a los tervingos. No, debemos atacar ahora, cuando no lo espera, cogerlo por sorpresa, superar a sus guardias, que no son muchos más de los que estamos aquí, matar a Ermanarico con un golpe rápido y limpio, y después convocar una asamblea para elegir un nuevo rey justo.

Liuderis volvió a asentir.

—He dicho lo que pienso, tú has dicho lo que piensas. Ahora dejemos de hablar. Mañana cabalgaremos. —Se sentó.

—Es un riesgo —dijo Ulrica—. Éstos son mis últimos hijos vivos, y quizá vayan a su muerte. Eso será como desee Weard, que decide por igual el destino de hombres y dioses. Pero preferiría que mis hijos muriesen con valor antes de que se arrodillasen frente al asesino de su hermana. Eso no traería suerte.

El joven Alawin volvió a ponerse en pie de un salto. Sacó el cuchillo.

—¡Nosotros no moriremos! —gritó—. ¡Ermanarico morirá, y Hathawulf será rey de los ostrogodos!

De los hombres se elevó un rugido lento, como una ola que se aproximase.

Solbern *el Sobrio* recorrió la estancia. La multitud lo dejó pasar. El junco trenzado y el suelo de barro resonaron bajo sus botas.

—¿Te he oído decir «nosotros»? —preguntó por entre los retumbos—. No, eres un muchacho. Te quedarás en casa.

Las aterciopeladas mejillas se sonrojaron.

—¡Soy suficiente hombre para luchar por mi casa! —gritó Alawin.

Ulrica se envaró allí donde estaba. De ella saltó la crueldad.

—¿Tu casa, bastardo?

El alboroto creciente murió. Los hombres se miraron incómodos. No presagiaba nada bueno que en una hora aciaga como aquélla se liberase un odio antiguo como ése. La madre de Alawin, Erelieva, no sólo había sido una amante para Tharasmund, se había convertido en la única mujer que le importaba, y Ulrica se había regocijado casi abiertamente cuando cada hijo que paría Erelieva, excepto el primero, moría joven. Después de que el jefe guerrero hubiese tomado el camino del infierno, los amigos de Erelieva se habían apresurado a casarla con un terrateniente que vivía lejos de la casa comunal. Alawin se había quedado, lo adecuado para el hijo de un señor, pero Ulrica siempre lo aguijoneaba.

Los ojos se encontraron entre el humo y la luz del fuego llena de sombras.

—Sí, mi casa —gritó Alawin—, y Swanhild también era m-m-m-mi hermana. —El tartamudeo le hizo morderse el labio inferior con vergüenza.

—Calma, calma. —Hathawulf volvió a levantar el brazo—. Tienes derecho, muchacho, y haces bien en reclamarlo. Sí, cabalga con nosotros cuando llegue la aurora. —Su mirada desafió a Ulrica. Ella torció la boca pero no dijo nada. Todos supieron que deseaba que el joven muriese.

Hathawulf caminó hacia la silla alta situada en medio del salón. Resonaron sus palabras:

—¡No más peleas! Esta noche seremos felices. Pero primero, Anslaug —a su esposa— ven a sentarte a mi lado y juntos beberemos de la copa de Wodan.

Resonaron los pies, los puños golpearon la madera, los cuchillos se encendieron como antorchas. Las mujeres empezaron a rugir con los hombres.

—*Hail! Hail! Hail!*

La puerta se abrió.

La noche llegaba rápido en otoño, por lo que el recién llegado permanecía de pie en la oscuridad. El viento agitaba los bordes de su manto, levantaba hojas muertas, silbaba y enfriaba la habitación. Todos se volvieron para ver quién había llegado, tomaron aliento, e incluso aquellos que habían estado sentados se pusieron en pie. Era el Errante.

Era más alto que ellos y sostenía la lanza más como un bastón que como un arma, como si no tuviese necesidad del hierro. Un sombrero de ala ancha le cubría el rostro, pero no el pelo gris como el de un lobo ni la barba, no el brillo de sus ojos. Pocos de ellos le habían visto alguna vez, pocos habían estado presentes cuando hacía sus apariciones; pero todos reconocían al antepasado de los jefes tervingos.

Ulrica fue la primera en recuperarse.

—Saludos, Errante, y bienvenido —dijo—. Honráis nuestro techo. Venid, ocupad la silla alta y os traemos un cuerno de vino.

—No, una copa, una copa romana, la mejor que tenemos —dijo Solbern.

Hathawulf fue a la puerta, cuadró los hombros y permaneció frente al Anciano.

—Sabéis lo que pasa —dijo—. ¿Qué tenéis para nosotros?

—Esto —contestó el Errante. Tenía la voz profunda, con un acento distinto del de los godos del sur o de cualquiera de los que conocían. Los hombres suponían que su lengua natal era la lengua de los dioses. Esa noche sonaba pesada, como si la empujase la pena—. Estáis dispuestos a la venganza, Hathawulf y Solbern, y eso no puede cambiarse; es la voluntad de Weard. Pero Alawin no irá con vosotros.

El joven se hundió, poniéndose blanco. De su garganta salió un débil gemido.

La mirada del Errante recorrió el salón para mirarlo.

—Es necesario. —Siguió hablando, lenta palabra tras lenta palabra—. No te insulto cuando digo que sólo eres medio adulto y que morirás con valor pero sin necesidad. Todos los hombres que están aquí fueron antes muchachos. No, en lugar de eso te digo que tu tarea ha de ser otra, más dura y extraña que la venganza, para bien de esa gente que surgió de la madre del padre de tu padre, Jorith... —¿había temblado ligeramente el tono?— y yo mismo. Aguanta, Alawin. Tu hora llegará pronto.

—Se... se hará... como deseáis, señor —dijo Hathawulf con la garganta agarrrotada—. Pero ¿qué significa eso... para los que cabalgaremos mañana?

El Errante lo miró durante un rato en que se hizo el silencio antes de contestar.

—No deseas saberlo. Sean buenas o malas palabras, no deseas conocerlas.

Alawin se derrumbó sobre su banco, puso la cabeza entre las manos y se estremeció.

—Adiós —dijo el Errante. La capa se arremolinó, la lanza se agitó, la puerta se cerró y se fue.

No me cambié de ropa hasta que mi vehículo me llevó por el espacio-tiempo. Entonces, en la base de la Patrulla camuflada como almacén, me quité la ropa del valle del Dniéper, finales del siglo IV, y me puse la de Estados Unidos, mediados del siglo XX.

La forma básica, camisas y pantalones para los hombres, vestidos para las mujeres, era la misma. Las diferencias en los detalles eran incontables. A pesar de la tela basta, el traje godo era más cómodo que una chaqueta y corbata. Lo guardé en la caja de mi saltador, junto con dispositivos especiales como el pequeño aparato que usé para escuchar, desde el exterior, lo que sucedía en el salón del pez gordo tervingo. Como la lanza no cabía, la dejé atada a un lateral de la máquina. No iba a ir a ninguno sitio más que al entorno al que pertenecía aquel arma.

El agente de guardia de ese día rondaba los veinte años —joven para los tiempos modernos; en la mayor parte de las épocas ya hubiese sido un hombre situado y con familia— y yo lo desconcertaba un tanto. Ciertamente, mi situación como miembro de la Patrulla del Tiempo era un tecnicismo, como en su caso. Yo no participaba en la vigilancia de los senderos espaciotemporales, en el rescate de viajeros en apuros o un algo tan glamoroso como eso. No era más que un científico; «estudioso» sería probablemente más adecuado. Sin embargo, yo realizaba viajes solo, algo para lo que él no estaba cualificado.

Me miró mientras salía del hangar de la anónima oficina, supuestamente una empresa de construcción, que era nuestra fachada en aquella ciudad y en esa época.

—Bienvenido a casa, señor Farness —dijo—. Eh, tuvo un viaje agitado, ¿no?

—¿Qué te hace pensarlo? —contesté automáticamente.

—Su expresión, señor. La forma en que anda.

—No corrí peligro —dije. No quería hablar de ellos más que con Laurie, y quizá ni siquiera con ella durante un tiempo, así que lo dejé atrás y salí a la calle.

Aquí también era otoño, uno de esos días serenos y brillantes de los que a menudo disfrutaba Nueva York antes de volverse inhabitable; ese año resultaba ser el anterior al de mi nacimiento. El cemento y el vidrio relucían más altos que el cielo, hasta el azul donde unas cuantas nubes fragmentadas corrían empujadas por una brisa que me daba su beso frío. Los coches eran pocos y no hacían sino

añadir al aire cierto aroma, superado por el olor de los carritos de castañas que empezaban a surgir del letargo. Fui por la Quinta Avenida y dejé atrás tiendas llenas de encanto, algunas de las mujeres más hermosas del mundo y gente de toda la rica diversidad de nuestro planeta.

Mi esperanza era que yendo a casa a pie pudiese quemar parte de la tensión y la tristeza que me embargaban. La ciudad no sólo podía estimular, también podía curar, ¿no? Allí es donde Laurie y yo habíamos decidido vivir, cuando nos podíamos haber establecido en cualquier lugar del pasado o el futuro.

No, no era del todo correcto. Como la mayoría de las parejas, queríamos un nido en un lugar razonablemente familiar, donde no tuviésemos que aprenderlo todo desde el principio y mantenernos siempre en guardia. Los años treinta eran un entorno maravilloso si eras un americano blanco, con buena salud y dinero. Las comodidades que faltaban, como el aire acondicionado, podían instalarse sin llamar la atención y si no las usabas nunca cuando había visitas que no debían saber que los viajeros en el tiempo existían. Ciertamente, la banda de los Roosevelt estaba al mando, y la conversión de la República en el Estado Corporativo todavía no había progresado mucho y todavía no afectaba a nuestras vidas privadas; la evidente desintegración de la sociedad no se convertiría en un proceso rápido y evidente (en mi opinión) hasta después de las elecciones de 1964.

En el Medio Oeste, donde ahora me llevaba mi madre, hubiésemos tenido que ser prudentes hasta la incomodidad. Pero la mayoría de los neoyorquinos eran tolerantes, o al menos no eran curiosos. Una barba hasta el pecho y el pelo largo hasta los hombros, que me había atado en una coleta mientras estaba en la base, no atraían demasiadas miradas, no más que unos gritos de « ¡Castor! » por parte de los niños. Para nuestro casero, vecinos y otros contemporáneos, éramos un profesor retirado de filología germánica y su esposa, y nuestras rarezas algo previsible. Como estaban las cosas, tampoco era una mentira.

Por tanto, el paseo debía haberme calmado hasta cierto punto, devolviéndome la perspectiva que deben tener los agentes de la Patrulla para evitar que las cosas que ven los vuelvan locos. Debemos comprender que lo que Pascal dijo es cierto de todos los seres humanos en todo el espacio-tiempo, nosotros incluidos —« El último acto es trágico, sin que importe lo agradable que fuese la comedia de los actos anteriores. Un poco de tierra sobre la cabeza y se ha acabado para siempre »—; comprenderlo en profundidad para vivir con calma aunque quizá sin serenidad. A esos godos míos les iba mejor que, digamos, a millones de judíos y gitanos europeos, a menos de diez años en el futuro, o a millones de rusos en este mismo momento.

No servía. Eran mis godos. Sus fantasmas se reunían a mi alrededor hasta que la calle, edificios, carne y sangre se convertían en irreales, en sueños mal recordados.

A ciegas, aceleré el paso hacia el santuario que Laurie pudiese ofrecerme.

Ocupábamos un inmenso piso con vistas a Central Park, donde nos gustaba pasear en las noches agradables. El portero del apartamento no tenía además que ejercer de guardia armado. Hoy le he hecho daño por la brusquedad con la que le he devuelto el saludo, y lo he comprendido cuando ya estaba en el ascensor y era demasiado tarde. Ir hacia atrás en el tiempo para cambiar ese incidente hubiese violado la Directiva Primera de la Patrulla. No es que nada tan trivial pudiese afectar al continuo; es flexible dentro de ciertos límites, y los efectos de las alteraciones normalmente se atenúan con rapidez. En realidad, hay una interesante duda metafísica sobre en qué medida el viajero del tiempo descubre el pasado y en qué medida lo crea. El gato de Schrödinger mira desde la historia así como desde la caja. Pero la Patrulla existe para asegurar que el tráfico temporal no aborte la serie de sucesos que producen al final a los superhumanos danielianos quienes fundaron la Patrulla cuando, en su propio remoto pasado, los hombres normales descubrieron cómo viajar cronológicamente.

Mis pensamientos habían huido a ese territorio conocido mientras permanecía atrapado en el ascensor. Hacía que los fantasmas fuesen más distantes, menos vociferantes. Sin embargo, cuando entré en casa, me siguieron.

Un olor a aguarrás flotaba entre los libros que empapelaban el salón. Laurie estaba consiguiendo cierto reconocimiento como pintora, aquí, en los años treinta, cuando ya no era la preocupada esposa de un miembro de la facultad que había sido a finales de siglo. Le habían ofrecido un trabajo en la Patrulla, pero lo rechazó: carecía de la fuerza física que requería un agente de campo — masculino o, especialmente, femenino— en ciertas ocasiones, y los trabajos de rutina o referencia no le interesaban. Eso sí, habíamos pasado vacaciones en algunos entornos exóticos.

Me oyó entrar y salió corriendo de su estudio para saludarme. Verla me alegró un poco el espíritu. Con la bata manchada, el pelo rojo metido bajo un pañuelo, seguía siendo esbelta, ágil y hermosa. Las arrugas alrededor de sus ojos verdes eran demasiado finas para ser apreciables hasta que se acercó lo suficiente para abrazarme.

Nuestros conocidos locales tendían a envidiarme una mujer que, además de ser encantadora, era mucho más joven que yo. De hecho, la diferencia en fechas de nacimiento no era más que de seis años. Yo andaba por los cuarenta y tantos, y ya tenía el pelo gris, prematuramente, cuando la Patrulla me reclutó, mientras que ella había conservado gran parte de su aspecto juvenil. El tratamiento antitanático que ofrece nuestra organización puede detener el proceso de envejecimiento, pero no invertir sus efectos.

Además, ella pasaba la mayor parte de su vida en el tiempo normal, a sesenta segundos por minuto. Pasaban días, semanas, meses entre el momento en que yo, como agente de campo, me despedía por la mañana y volvía a cenar...

un interludio durante el que podía dedicarse a su carrera sin mi interrupción. Mi edad acumulada se acercaba ya a los cien años.

A veces parecían mil. Y se notaba.

—¡Hola, Carl, querido! —Pegó los labios a los míos. La abracé. Si la pintura me manchaba el traje, ¿qué importaba? Luego ella se echó atrás, me cogió ambas manos, y envió su mirada a mi interior.

Habló en voz baja:

—Este viaje te ha hecho daño.

—Sabía que así sería —le contesté cansado.

—Pero no sabías cuánto... ¿Estuviste fuera mucho tiempo?

—No. En un momento te contaré los detalles. Pero tuve suerte. Encontré un punto clave, hice lo que tenía que hacer y salí de allí. Unas pocas horas de observación oculta, unos minutos de acción y *fini*.

—Supongo que podrías decir que es suerte. ¿Debes volver pronto?

—A esa era, sí, bastante pronto. Pero quiero pasar un tiempo aquí, para descansar, meditar sobre lo que vi que iba a suceder... ¿Podrás soportarme, mirándote, durante una semana o dos?

—Cariño. —Volvió a mí.

—De todas formas, tengo que trabajar con mis notas —le dije al oído—, pero por las tardes podemos salir a cenar, al teatro, divertirnos.

—Oh, espero que puedas divertirte. No lo finjas por mí.

—Más adelante las cosas serán más fáciles —le aseguré—. Simplemente estaré realizando mi misión original, grabando las canciones e historias que crearán sobre esto. Es sólo... primero tengo que tener algo de realidad.

—¿Debes?

—Sí. No por propósitos de estudio, no, supongo que no. Pero son mi gente. Lo son.

Me abrazó con más fuerza. Ella lo sabía.

Lo que no sabía, pensé en un ataque de dolor —lo que le pedía a Dios que no supiese— era por qué me preocupaban tanto aquellos descendientes míos. Laurie no era celosa. Nunca había desaprobado el tiempo que Jorith y yo habíamos pasado juntos. Riendo, me dijo que no la privaba de nada y que a mí me daba una posición en la comunidad que estudiaba, lo que bien podría ser único en los anales de mi profesión. Después había hecho todo lo posible para consolarme.

Lo que no me atrevía a decirle era que Jorith no era simplemente una amiga íntima que resultaba ser mujer. No podía decirle que había amado a una que era polvo desde hacía mil seiscientos años como la había amado a ella, la seguía amando, y quizá siempre lo haría.

El hogar de Winnithar *el Mata Bisontes* se encontraba en un acantilado sobre el río Vístula. Era un asentamiento: media docena de casas acumuladas alrededor de un patio, con granero, cobertizo, cocina, herrería, fábrica de cerveza y otros lugares cercanos de trabajo; porque su familia llevaba mucho tiempo viviendo allí y habían prosperado entre los tervingos. Al oeste había praderas y tierras de cultivo. Al este, sobre el agua, páramos, aunque los asentamientos los ocupaban continuamente a medida que la tribu crecía.

Podían haber talado por completo el bosque, de no haber sido porque un número cada vez mayor se iba. Era una época agitada. No sólo había bandas guerreras; muchos sacaban sus lanzas y se peleaban allí donde estaban. De lejos llegaban noticias de que los romanos a menudo se mataban entre sí mientras se desmoronaba el reino que habían creado sus antepasados. Y, sin embargo, pocos habitantes del norte habían hecho algo más atrevido que atacar las fronteras imperiales. Pero las tierras del sur, justo fuera de esas fronteras, cálidas, ricas, apenas defendidas por sus ocupantes, atraían a muchos godos que deseaban crearse un hogar propio.

Winnithar se quedó donde estaba. Sin embargo, eso lo obligaba a pasar tanto tiempo luchando —especialmente contra los vándalos, pero en ocasiones contra tribus godas, greutungos y taifales— como en el campo. A medida que sus hijos se acercaban a la madurez, empezaban a desear otro lugar.

Así estaban las cosas cuando llegó Carl.

Apareció en invierno, cuando apenas nadie viajaba. Por esa razón, los extraños eran doblemente bienvenidos, porque rompían la monotonía de sus vidas. Al principio, espíandolo a una milla de distancia, lo tomaron por un simple vagabundo, porque viajaba solo y a pie. Sin embargo, sabía que su jefe quería conocerlo.

Se acercaba, caminando con facilidad sobre el camino helado, usando la lanza como bastón. La capa azul era la única nota de color en los campos cubiertos de nieve, con árboles desolados y cielos apagados. Los perros le aullaban y ladraban; no demostraba miedo, y después los hombres comprendieron que hubiese podido matar a aquellos que le hubiesen atacado. Hoy llamaron a las bestias y se encontraron con el extraño con todo respeto...

porque estaba claro que su ropa era de la mejor calidad y no estaba manchada, mientras que su persona era imponente. Era más alto que el más alto entre ellos, delgado pero fibroso, un hombre de barba gris tan ágil como un joven. ¿Qué contemplaban esos ojos pálidos?

Un guerrero se acercó para saludarlo.

—Me llamo Carl—dijo cuando le preguntaron, nada más—. Deseoso estaría de permanecer con vosotros. —Las palabras godas le salían con facilidad, pero el sonido, y en ocasiones el orden, no pertenecían a ningún dialecto que conociesen los tervingos.

Winnithar se había quedado en el salón. Hubiese sido impropio de él mirar boquiabierto como un hombre común. Cuando entró Carl, Winnithar le dijo desde su silla alta:

—Bienvenido si vienes en paz y honradez. Que el Padre Tiwaz te proteja y que la Madre Frija te bendiga. —Como era la antigua costumbre de la casa.

—Muchas gracias—contestó Carl—. Habéis sido muy amable diciendo eso a una persona que bien podríais considerar un mendigo. No lo soy, y espero que este regalo os agrade. —Metió la mano en la bolsa colgada al cinto y sacó un anillo de brazo que le pasó a Winnithar. Aquellos que se acercaron para mirar no pudieron sino jadear, porque el anillo era pesado, de oro puro y estaba hábilmente engarzado con gemas.

El anfitrión apenas pudo conservar la calma.

—Es un regalo que podría haber hecho un rey. Comparte mi asiento, Carl. —Se trataba del sitio de honor—. Quédate todo el tiempo que quieras. —Batió palmas—. ¡Eh! —gritó—, traed hidromiel para nuestro invitado, ¡y para mí para poder beber a su salud! —A los zagales, mozas y niños que se arremolinaban en el salón—: Volved al trabajo. Después de la cena oiremos todo lo que tenga que decirnos. Sin duda ahora está cansado.

Obedecieron rezongando.

—¿Por qué lo decís?—le preguntó Carl.

—La villa más cercana donde puedes haber pasado la noche se encuentra a una buena distancia de aquí—contestó Winnithar.

—No estuve allí—dijo Carl.

—¿Qué?

—Acabaría descubriéndolo. No quiero que creáis que os miento.

—Pero...—Winnithar lo miró, se tiró del bigote y dijo lentamente—: No eres de por aquí; debes de haber viajado desde lejos. Pero tu ropa está limpia, aunque no llevas otras prendas para cambiarte, ni comida o cualquier otra cosa que requiera un viajero. ¿Quién eres, de dónde vienes, y... cómo?

El tono de Carl era amable, pero los que lo escucharon supieron que en el fondo había acero.

—Hay cosas de las que no puedo hablar. Te doy mi palabra, que el trueno de

Donar me golpee si es falsa, de que no soy un bandido, ni un enemigo de tu gente, ni alguien que te avergonzaría bajo tu techo.

—Si el honor te exige mantener ciertas cosas en secreto, nadie te forzará a revelarlas —dijo Winnithar—. Pero debes comprender que no puedo evitar sentir curiosidad... —Agradable de ver fue el alivio con el que dejó de hablar y exclamó: Ah, aquí viene el hidromiel. Ésa que te entrega el cuerno es mi esposa Salvalindis, como corresponde a un invitado de tu rango.

Carl la saludó con cortesía, aunque su mirada se desviaba a la doncella que estaba a su lado, que le había traído a Winnithar la bebida. Tenía dulces formas y se movía como un cervatillo; el pelo suelto relucía dorado más allá de una cara con huesos delicados, labios que sonreían con timidez, y ojos grandes con el color del cielo de verano.

Salvalindis se dio cuenta.

—Has conocido a nuestra hija mayor —le dijo a Carl—, Jorith.

1980

Después del entrenamiento básico en la Academia de la Patrulla, volví con Laurie el mismo día en que la dejé. Necesitaba un tiempo para descansar y readaptarme; causaba impresión trasladarse desde el periodo Oligoceno hasta una ciudad universitaria de Pensilvania. Además, teníamos que dejar los asuntos mundanos en orden. Por mi parte, debería terminar el año académico antes de renunciar « para aceptar un trabajo mejor pagado en el extranjero ». Laurie se ocupó de la venta de nuestra casa y del traspaso de las cosas que no queríamos conservar... donde fuese y cuando fuese que estableciésemos nuestra residencia.

Fue duro decirle adiós a amigos de muchos años. Prometimos visitas de vez en cuando, pero sabíamos que serían pocas y muy espaciadas, hasta cesar por completo. Las mentiras exigidas para conservar esas amistades serían demasiado grandes. En todo caso, dejamos la impresión de que mi puesto vagamente descrito era una tapadera para un cargo en la CIA.

Bien, ya me habían advertido desde el Principio que la vida de un agente de la Patrulla del Tiempo se convertía en una serie de despedidas. Todavía tenía que descubrir lo que eso implicaba de verdad.

Todavía nos encontrábamos en el proceso de desarraigo cuando recibí una llamada.

—¿Profesor Farness? Soy Manse Everard, agente No asignado. Me preguntaba si podríamos vernos para hablar, quizá este fin de semana.

Me dio un vuelco el corazón. No asignado es todo lo alto que puedes llegar en la organización; en el millón de años, más o menos, que la organización protege, ese personal es raro. Normalmente un miembro, aunque sea un agente de policía, trabaja en un entorno determinado, para que pueda conocerlo por completo, y como parte de un equipo bien coordinado. Los No asignados pueden ir a cualquier lugar que elijan y hacer virtualmente todo lo que les parezca conveniente, respondiendo sólo ante su conciencia, sus iguales y los danielianos.

—Eh, claro, por supuesto, señor —solté—. El sábado estaría bien. ¿Quiere venir aquí? Le garantizo una buena cena.

—Gracias, pero preferiría que fuese aquí... en todo caso la primera vez. Tengo los archivos, el terminal de ordenador y otras cosas útiles. Sólo nosotros dos, por favor. No se preocupe por los horarios de las líneas aéreas. Busque un lugar, podría ser el sótano, donde nadie pueda verlo. Le han dado un localizador,

¿no?... Vale, lea las coordenadas y vuelva a llamarme. Lo recogeré con el saltador.

Descubrí después que eso era normal en él. Enorme, de aspecto duro, manejando más poder del que soñaron César o Gengis, era tan agradable como un zapato viejo.

Conmigo sentado en la montura detrás de él, saltamos por el espacio, en lugar del tiempo, hasta la base actual de la Patrulla en Nueva York. Desde allí fuimos caminando hasta el apartamento que tenía. Le gustaban la suciedad, el desorden y el peligro tan poco como a mí. Sin embargo, creía que necesitaba un *piéd-à-terre* en el siglo XX, y se había acostumbrado a aquel lugar antes de que la decadencia hubiese llegado tan lejos.

—Nací en su estado en 1924 —me explicó—. Entré en la Patrulla a los treinta años. Por eso decidí que yo era el que debía entrevistarlo. Tenemos muchas cosas en común; deberíamos entendernos.

Tomé un buen trago del whisky con soda que me había servido y dije con cautela:

—Yo no estoy tan seguro, señor. En la Academia oí cosas sobre usted. Parece haber llevado una vida bastante aventurera antes de incorporarse. Y después... Yo, en cambio, he sido un tipo bastante sedentario.

—En realidad, no. —Everard miró las notas que sostenía en la mano. Mantenía la izquierda alrededor de una gastada pipa de brezo. De vez en cuando la chupaba o tomaba un trago—. Vamos a refrescar mi memoria, ¿eh? No entré en combate durante su periodo en el Ejército, pero eso fue porque sirvió dos años en lo que ridículamente llamamos tiempos de paz. Eso sí, consiguió la puntuación más alta en las prácticas de tiro. Siempre le ha gustado la vida al aire libre: el montañismo, el esquí, navegar, nadar. Y en la universidad, jugó al fútbol y ganó la letra a pesar de esa constitución larguirucha. En la universidad sus aficiones incluían tiro con arco y esgrima. Ha viajado mucho, no siempre a lugares normales y seguros. Sí, yo diría que es lo suficientemente aventurero para lo que queremos. Es posible que ligeramente demasiado aventurero. Eso es lo que intento descubrir.

Incómodo, miré la habitación. Situada en un piso alto, era un oasis de tranquilidad y orden. Las paredes estaban cubiertas de estanterías, excepto por tres cuadros excelentes y un par de lanzas de la Edad de Bronce. Por lo demás, el único recuerdo evidente era una alfombra de piel de oso polar que me comentó venía de la Groenlandia del siglo X.

—Ha estado casado durante veintitrés años con la misma mujer —comentó Everard—. En estos días, eso indica un carácter estable.

No había ningún toque femenino. Pero podría tener mujer, o mujeres, en algún otro momento del tiempo.

—No tienen hijos —siguió diciendo Everard—. Bueno, no es asunto mío, pero

sabe, ¿no?, que si lo desean nuestros médicos pueden reparar todas las causas de la infertilidad a este lado de la menopausia. También pueden compensar un embarazo tardío.

—Gracias —dije—. Trompas de Falopio... Sí, Laurie y yo hemos hablado de ello. Puede que algún día aprovechemos la oportunidad. Pero no creemos que fuese adecuado comenzar una nueva carrera y la paternidad todo junto —esboché una sonrisa—. Si simultaneidad significa algo para un patrullero.

—Una actitud responsable. Me gusta —asintió Everard.

—¿Por qué esta entrevista, señor? —me aventuré a decir—. No se me invitó a alistarme simplemente por la recomendación de Herbert Ganz. Su gente me hizo pasar por una batería de pruebas psicológicas del lejano futuro antes de explicarme nada.

Habían dicho que eran un conjunto de experimentos científicos. Yo había cooperado porque Ganz me lo había pedido, como favor para un amigo suyo. No era su campo; él se encontraba en lengua germana y literatura, igual que yo. Nos habíamos conocido en una reunión profesional, nos habíamos hecho amigos y nos escribíamos a menudo. Él había elogiado mis artículos sobre *Deor y Widsith*, yo el suyo sobre la Biblia gótica.

Naturalmente, entonces no sabía que era suya. Fue publicada en Berlín en 1853. Más tarde lo reclutó la Patrulla y, finalmente, vino al futuro bajo un nombre supuesto, en busca de talentos para su empresa.

Everard se recostó. Me miró fijamente por encima de la pipa.

—Bien —dijo—, las máquinas nos dijeron que usted y su esposa eran de fiar, y que a los dos les encantaría la verdad. Lo que no podían medir era su competencia para el trabajo que se le propuso. Perdóneme, no quiero insultarlo. Nadie es bueno en todo, y estas misiones serán duras, solitarias y delicadas. —Hizo una pausa—. Sí, delicadas. Puede que los godos sean bárbaros, pero eso no quiere decir que sean estúpidos, o que no puedan sufrir como usted o como yo.

—Lo comprendo —dije—. Pero mire, todo lo que tiene que hacer es leer los informes que presentaré en mi futuro personal. Si los primeros informes revelan que soy un chapucero, entonces dígame que me quede en casa y que me convierta en un investigador de biblioteca. La Patrulla también los necesita, ¿no?

Everard suspiró.

—He preguntado, y me han dicho que sus intervenciones fueron... serán... habrán sido... satisfactorias. No es suficiente. No comprende, porque no lo ha experimentado, lo sobrecargada que está la Patrulla, hasta qué punto estamos dispersos por la historia. No podemos examinar cada detalle de lo que hace un agente de campo. Eso es especialmente cierto cuando él o ella no es un policia como yo, sino un científico como usted, explorando un entorno poco, o completamente desconocido. —Se permitió un buen trago de bebida. Por eso tiene la Patrulla una rama científica. Para hacerse una idea ligeramente mejor

de qué sucesos se supone que deben evitar alterar los viajeros temporales.

—¿Representaría una diferencia significativa en una situación tan oscura como ésa?

—Podría. A su debido tiempo, los godos interpretan un papel importante, ¿no? ¿Quién sabe lo que sucede al principio? Una victoria o una derrota, un rescate o una muerte, un cierto individuo que nace o no nace. ¿Quién sabe qué efectos podría tener eso a medida que sus resultados se propagan por el tiempo?

—Pero yo no me ocuparé de acontecimientos reales más que indirectamente —argüí—. Mi objetivo es ayudar a recuperar varias historias y poemas perdidos, y descubrir cómo se gestaron y cómo influyeron en obras posteriores.

Everard sonrió con tristeza.

—Sí, lo sé. El gran proyecto de Ganz. La Patrulla lo apoya porque es la única cuña de entrada, la única que hemos encontrado, para registrar la historia de ese entorno.

Se terminó la copa y se puso en pie.

—¿Le apetece otra? —propuso—. Y luego almorzaremos. Mientras tanto, me gustaría que me contase exactamente en qué consiste su proyecto.

—Pero debe de haber hablado con Herbert... con el profesor Ganz —dije sorprendido—. Eh, gracias, me gustaría tomar otra, sí.

—Claro —dijo Everard, sirviendo—. Recuperar literatura germánica de la Edad Oscura. Si «literatura» es la palabra correcta para algo que fue originalmente oral en sociedades analfabetas. Sobre el papel sólo han sobrevivido meros fragmentos, y los estudiosos no se ponen de acuerdo en el grado de corrupción de esas copias. Ganz trabajaba sobre la épica de, humm... los nibelungos. Lo que no entiendo del todo es dónde encaja usted. Se trata de una historia del valle del Rin. Usted quiere ir a corretear en solitario por la Europa del Este en el siglo IV.

Sus modales me ayudaron a tranquilizarme más que el whisky.

—Espero poder seguir la parte de Ermanarico —le dije—. No está del todo completa, pero tiene relación y, además, es interesante en sí misma.

—¿Ermanarico? ¿Quién es ése? —Everard me pasó el vaso y se sentó a escuchar.

—Quizá sea mejor que retroceda un poco —dije—. ¿Está familiarizado con la obra nibelungo-volsunga?

—Bien, he visto la trilogía de Wagner, *El anillo del nibelungo*. Y en una ocasión que estuve de misión en Escandinavia, cerca del final del periodo vikingo, oí una historia sobre Sigurd, que mató un dragón y despertó a la valquiria y luego lo jorobó todo.

—Eso es una pequeña parte de la historia, señor.

—Bastará con «Manse», Carl.

—Oh, eh, gracias. Es un honor. —Para no parecer servil, me apresuré a

hablar con mi mejor estilo académico:

—La *Saga volsunga* de Islandia se puso por escrito después que *el Cantar de los nibelungos* alemán, pero contiene una versión de la historia más antigua, primitiva y larga. La *Edda mayor* y la *Edda menor* también contienen algo de ella. Ésas fueron las fuentes de las que Wagner bebió principalmente.

» Sigurd el volsungo fue engañado para que se casase con Gudrun la *gjúking* en lugar de con Brynhild la valquiria, y eso despertó los celos entre las mujeres y condujo al final a la muerte de Sigurd. En Alemania, a esas personas se las conoce como Siegfried, Kriemhild de Burgundy y Brunhild de Isenstein, y los dioses paganos no aparecen; pero eso no importa ahora. Según las dos historias, Gudrun, o Kriemhild, se casó después con un rey llamado Atli, o Etzel, que no es más que Atila el huno.

» En ese punto las dos versiones divergen. En el *Cantar de los nibelungos*, Kriemhild atrae a sus hermanos a la corte de Etzel y hace que lo destruyan, como venganza por el asesinato de Siegfried. Teodorico el Grande, el ostrogodo que conquistó Italia, entra en el episodio con el nombre de Dicrich de Berna, aunque históricamente pertenece a una generación posterior a la de Atila. Uno de sus seguidores, Hildebrand, se siente tan horrorizado por la crueldad y la traición de Kriemhild que la mata. Hildebrand, por su parte, tiene leyenda propia: en una balada que Herb Ganz quiere recuperar en su totalidad, así como en obras derivadas. Ya puedes apreciar que es una confusión de anacronismos.

—Atila el huno, ¿eh? —rurmuró Everard—. No era un hombre muy agradable, pero actuaba en pleno siglo V, cuando los chicos duros ya cabalgaban por Europa. Tú vas al siglo IV.

—Exacto. Deja que te cuente la historia islandesa. Atli engatusó a los hermanos de Gudrun porque quería el oro del Rin. Ella intentó advertírselo, pero ellos llegaron utilizando salvoconductos. Cuando se negaron a entregar el tesoro escondido o decirle dónde estaba, Atli los hizo matar. Gudrun se vengó. Descuartizó a los hijos que le había dado y se los sirvió como comida. Luego lo apuñaló mientras dormía, incendió su casa y abandonó la tierra de los hunos. Con ella se llevó a Svanhild, su hija con Sigurd.

Everard fruncía el ceño, concentrándose. No era fácil seguir a todos esos personajes.

—Gudrun llegó al país de los godos —dije—. Allí volvió a casarse y tuvo dos hijos, Hamther y Sorli. El rey de los godos se llama Jormunrek en *la Saga y las Eddas*, pero no hay duda de que era Ermanarico, que fue una oscura figura real entre mediados y finales del siglo IV. Los relatos difieren sobre si se casó con Svanhild y ella fue falsamente acusada de infidelidad, o si ella se casó con alguien que el rey descubrió que conspiraba contra él y a quien colgó. En cualquier caso, hizo que la pobre Svanhild fuese pisoteada por caballos hasta morir.

» Para entonces, los hijos de Gudrun, Hamther y Sorli, eran hombres. Ella los incitó a matar a Jormunrek para vengar a Svanhild. Por el camino se encontraron a su medio hermano Erp, que se ofreció a acompañarlos. Ellos lo mataron. Los manuscritos son vagos sobre la razón. Mi suposición es que Erp era el hijo de su padre con una concubina y había problemas de sangre entre ellos.

» Los otros dos continuaron hasta el cuartel general de Jormunrek y atacaron. Sólo eran ellos dos, pero invulnerables al acero, así que mataron hombres a diestro y siniestro, llegaron hasta el rey y lo hirieron de gravedad. Pero antes de poder terminar el trabajo, Hamther dejó escapar el secreto de que con piedras podían herirlos. O, según la saga, Odín apareció de pronto, bajo el aspecto de un anciano con un solo ojo, y comunicó esa información. Jormunrek ordenó a los guerreros que le quedaban que le lapidasen a los hermanos, y así murieron. Ahí termina la historia.

—Lúgubre, ¿eh?—dijo Everard. Pensó durante un minuto—. Pero me parece que todo ese último episodio de Gudrun en la tierra de los godos, debe haberse incorporado en una fecha muy posterior. Los anacronismos son exagerados.

—Claro —admití—. Es muy común en el folclore. Una historia importante atrae otras menores, incluso insignificantes. Por ejemplo, no fue W. C. Fields quien dijo que no puede ser del todo malo un hombre que odia a los niños y los perros. Fue otra persona, he olvidado quién, al presentar a Fields durante un banquete.

Everard rió.

—¡No me digas que la Patrulla debería controlar la historia de Hollywood! —Volvió a ponerse serio—. Si esa sanguinaria historia no pertenece realmente al *Cantar de los nibelungos*, ¿por que quieres estudiarla? ¿Por qué quiere Ganz que lo hagas?

—Bien, llegó hasta Escandinavia, donde inspiró un par de buenos poemas (eso si no eran reelaboraciones de algo anterior), y pasó a formar parte de la *Saga volsunga*. Las conexiones, la evolución global, nos interesan. Además, a Ermanarico se le cita en otros lugares... por ejemplo, en ciertos romances en inglés antiguo. Así que debe de haber aparecido en muchas leyendas y obras de bardos que se han perdido. En su época era poderoso, aunque por lo visto no resultaba un hombre muy agradable. El ciclo perdido de Ermanarico podría ser tan importante y brillante como cualquier otra cosa que nos haya llegado desde el oeste y el norte. Podría haber influido en la literatura germánica de muchas formas diferentes.

—¿Pretendes ir directamente a la corte? No te lo recomendaría, Carl. Muchos agentes de campo mueren porque se vuelven confiados.

—Oh, no. Sucedió algo terrible, de donde surgieron las historias que se desplazaron hasta tan lejos, hasta llegar incluso a las crónicas históricas. Creo que puedo acotar el momento en un periodo de unos diez años. Pero pretendo

familiarizarme por completo con todo el entorno antes de aventurarme a ese episodio.

—Bien. ¿Cuál es tu plan?

—Tomaré una lección electrónica de lengua gótica. Ya puedo leerla, pero quiero hablarla con fluidez, aunque sin duda tendré un acento extraño. También me meteré en la cabeza lo poco que se sabe de sus costumbres, creencias y demás. Será poco. Los ostrogodos, si no los visigodos, estaban en el límite mismo del campo intelectual de los romanos. Sin duda cambiaron considerablemente antes de desplazarse al oeste.

» Así que empezaré bien en el pasado de mi época de destino; de forma algo arbitraria estoy pensado en el 300 d.C. Conoceré a la gente. Después reapareceré a intervalos y descubriré lo que ha ido pasando en mi ausencia. Brevemente, seguiré los acontecimientos a medida que se acercan al «acontecimiento». Después, apareceré aquí y allá, escuchando a poetas y narradores, y grabaré sus palabras.

Everard frunció el ceño.

—Humm, ese procedimiento... Bien, podemos discutir las posibles complicaciones. También te moverás mucho geográficamente, ¿no?

—Sí. Según las pocas tradiciones de los godos que se pusieron por escrito en el Imperio romano, los godos tuvieron su origen en lo que es ahora el centro de Suecia. Yo no creo que un pueblo tan numeroso pudiese venir de una zona tan limitada, incluso teniendo en cuenta el incremento natural, pero puede haber dado líderes y organización, de la misma forma que hicieron los escandinavos con los nacientes estados rusos en el siglo IX.

—Yo diría que gran parte de los godos comenzaron siendo moradores del litoral sur del Báltico. Estaban al este de los germanos. Aunque no es que fuesen una única nación. Para cuando llegaron a la Europa del oeste, se habían dividido en ostrogodos, que ocuparon Italia, y visigodos, que ocuparon Iberia. Lo que por cierto, dio a esas regiones los mejores gobiernos que habían tenido en mucho tiempo. Con el tiempo, los invasores fueron a su vez invadidos y se disgregaron en el conjunto de la población.

—¿Pero antes?

—Los historiadores hablan de forma vaga sobre tribus. Para el 300 d.C. estaban bien establecidas a lo largo del Vístula, en el centro de la actual Polonia. Antes del final de ese siglo, los ostrogodos se encontraban en Ucrania y los visigodos justo al norte del Danubio, en la frontera romana. Aparentemente, una gran migración a lo largo de generaciones, porque parece que habían abandonado el norte por completo, ocupado a su vez por tribus eslavas. Ermanarico era un ostrogodo, así que voy a seguir a esa rama.

—Ambicioso —dijo Everard dubitativo—. Y eres nuevo.

—Ganaré experiencia sobre la marcha, Manse. Tú mismo lo admitiste, a la

Patrulla le falta personal. Más aún, conseguiré mucha historia que tú deseas.

Everard sonrió.

—Eso sí. —Se puso en pie—. Vamos, terminate la copa y vayamos a comer. Tendremos que cambiarnos de ropa, pero valdrá la pena. Conozco un salón local, a finales del XIX, que ofrece unos magníficos almuerzos gratis.

300-302

Llegó el invierno y luego, poco a poco, con arrebatos de viento, nieve y lluvia helada, se retiró. Para aquellos que vivían en el caserío junto al río, ese año los rigores de la estación fueron menores. Carl se alojó entre ellos.

Al principio muchos sintieron temor por el misterio que lo rodeaba; pero llegaron a comprender que no traía malas intenciones ni mala suerte. Pero el sobrecogimiento que les producía no menguó. Es más, fue en aumento. Desde el principio Winnithar declaró que no era adecuado que un invitado de su categoría durmiese sobre un banco como si se tratase de un vulgar propietario, y le ofreció una cama. Le ofreció a Carl que eligiese a una esclava para que se la calentase, pero el extraño rechazó la oferta con amabilidad y juicio. Aceptó comida y bebida, y tomó un baño y salió al retrete. Sin embargo, corrió el rumor de que esas actividades no le eran necesarias, excepto para demostrar que era mortal.

Carl hablaba con suavidad y con amabilidad, de forma algo digna. Podía reír, contar un chiste o relatar una historia divertida. Salía a pie o a caballo, en compañía, a cazar o a visitar al terrateniente más cercano o a hacer ofrendas a los Anses y participar en el festín posterior. Participó en pruebas de tiro y lucha, hasta que quedó claro que ningún hombre podía derrotarle. Cuando jugaba a tabas o juegos de tablero, no siempre ganaba, aunque se extendió la idea de que era para evitar que los demás temiesen brujería. Hablaba con cualquiera, desde Winnithar hasta el sirviente más bajo o el más pequeño de los niños, y escuchaba con atención; ciertamente, les resultaba agradable, y era igualmente amable con subalternos y animales.

Pero en lo que se refería a su propio yo, permanecía oculto.

Eso no significa que permaneciese sentado con seriedad. No, hacía fluir las palabras y la música como nadie. Deseoso de oír historias, poemas y canciones, dichos, todo lo que pudiese, él lo devolvía con creces. Porque parecía conocer todo el mundo, como si lo hubiese recorrido en persona durante más de una vida.

Habló de Roma, la poderosa e inquieta, de su señor Diocleciano, sus guerras y leyes severas. Contestaba preguntas sobre el nuevo dios, el de la Cruz, del que los godos habían oído hablar a comerciantes y esclavos venidos tan al norte. Les habló de los grandes enemigos de Roma, de los persas, y de las maravillas que habían creado. Sus palabras avanzaban, noche tras noche... hacia el sur, hasta tierras donde siempre hacía calor y la gente tenía la piel negra, y donde moraban

bestias parecidas a los lince pero del tamaño de osos. Les mostró otras bestias, dibujándolas con carbón sobre trozos de madera, y ellos gritaron de asombro; ¡comparados con un elefante, un toro e incluso un trol no eran nada! Cerca del final del oriente, les dijo, había un reino más ancho, antiguo y maravilloso que Roma o Persia. Sus habitantes tenían la piel del tono del ámbar pálido y ojos que parecían líneas. Puesto que estaba plagado de tribus salvajes al norte, habían construido una muralla tan larga como una cordillera montañosa, y desde entonces atacaban desde ese reducto. Por eso los hunos habían ido al oeste. Ellos, que habían derrotado a los Aslan y atacaban a los godos, sólo eran escoria bajo la mirada rasgada de Khitai. Y toda esa inmensidad no era todo lo que había. Si viajabas al oeste atravesando el dominio romano conocido como Galia, llegarías al Mundo Mar del que habías oído historias fabulosas, y si tomabas un barco —pero las embarcaciones que navegaban por los ríos no eran lo suficientemente grandes— y navegabas durante mucho tiempo, encontrarías el hogar de los sabios y ricos mayas...

Carl también tenía historias de hombres, mujeres y sus hechos: Sansón el fuerte, Deirdre la hermosa y desdichada, Crockett el cazador...

Jorith, hija de Winnithar, olvidaba que tenía edad de casarse. Se sentaba en el suelo entre los niños, a los pies de Carl, y escuchaba con atención mientras sus ojos reflejaban la luz del fuego y se convertían en soles.

No siempre estaba disponible. A menudo decía que debía estar solo y se alejaba. En una ocasión, un muchacho, temerario pero hábil en el arte de seguir el rastro, lo siguió sin ser visto, a menos que Carl se dignase a no prestarle atención. El muchacho regresó blanco y anonadado, para contar a trompicones que el barba gris había ido al bosquecillo de Tiwaz. Nadie penetraba entre esos oscuros pinos más que la víspera del solsticio de invierno, cuando se ofrecían tres sacrificios de sangre —caballo, perro y esclavo— para que el Controlador del Lobo ordenase a la oscuridad y al frío que se alejasen. El padre del muchacho lo azotó, y después nadie habló abiertamente de ello. Si los dioses permitían que sucediese, mejor era no preguntar las razones.

Carl regresaba al cabo de unos días, con ropa limpia y regalos. Eran cosas pequeñas, pero no tenían precio, ya fuese un cuchillo de hoja desusadamente larga, un pañuelo de lujosa tela extranjera, un espejo que superaba el cobre pulido o un estanque en calma —los tesoros llegaban y llegaban, hasta que cada uno sin importar su posición, hombre o mujer, tuvo al menos uno. Sobre ellos se limitaba a decir:

—Conozco a los fabricantes.

La primavera llegó al norte, la nieve se fundió, las yemas se transformaron en hojas y flores, el río fluía crecido. Los pájaros llenaron el cielo de alas y gritos. Corderos, becerros y potros trotaban por los potreros. La gente salía, parpadeando por el súbito brillo; aireaban sus casas, ropas y almas. La Reina de

la Primavera llevó la imagen de Frija de granja en granja para bendecir la siembra y la cosecha, mientras jóvenes y doncellas adornados bailaban alrededor de su carruaje. Los anhelos despertaban.

Carl seguía yéndose, pero ahora volvía la misma noche. Jorith y él pasaban más tiempo juntos. Incluso se internaban en el bosque, por caminos en flor, sobre los prados, más allá de la vista de todos. Ella caminaba como en sueños. Salvalindis, su madre, la reprendió por indecorosa —¿no le importaba nada su buen nombre?— hasta que Winnithar hizo callar a su mujer. El jefe era un astuto calculador. Y los hermanos de Jorith se alegraban.

Finalmente Salvalindis habló aparte con su hija. Buscaron un edificio en el que las mujeres se reunían para tejer y coser cuando no tenían otra cosa que hacer. Ahora sí había trabajo, por lo que estaban a solas en la oscuridad. Salvalindis puso a Jorith entre ella y el ancho y pesado telar, como si quisiese atraparla, y preguntó directamente:

—¿Has estado menos ociosa con el hombre Carl de lo que has estado en casa? ¿Te ha poseído?

La doncella enrojeció, entrecruzó los dedos y bajó la vista.

—No —dijo—. Puede hacerlo, cuando quiera. Cómo me gustaría que lo hiciese. Pero sólo nos hemos cogido de la mano, besado un poco, y...

—¿Y qué?

—Hemos hablado. Cantado canciones. Reído. Hemos estado serios. Oh, madre, no es distante. Conmigo es más amable y dulce que... de lo que sé que podría serlo un hombre. Me habla como hablaría a alguien que puede pensar, no como a una esposa.

Salvalindis apretó los labios.

—Yo nunca dejé de pensar cuando me casé. Tu padre puede que vea un poderoso aliado en Carl. Pero yo lo veo como un hombre sin tierra ni familia, más como un hechicero, pero sin raíces, sin raíces. ¿Qué podría ganar nuestra casa uniéndose a él? Bueno, sí; conocimiento; pero ¿de qué vale cuando ataca el enemigo? ¿Qué le dejaría a sus hijos? ¿Qué le uniría a ti pasada la novedad? Muchacha, estás siendo una tonta.

Jorith apretó los puños, pateó el suelo y gritó por entre lágrimas que eran más de furia que de pesar:

—¡Contén la lengua, vieja! —Inmediatamente se calló, tan asombrada como Salvalindis.

—¿Así le hablas a tu madre? —dijo—. Sí, hechicero es si te ha encantado. Tira al río el broche que te dio, ¿me oyes? —Se dio la vuelta y abandonó la habitación. Sus faldas se arrastraron furiosas sobre el suelo.

Jorith lloró, pero no obedeció.

Y pronto todo cambió.

Un día, cuando la lluvia caía como lanzas, mientras el carro de Donar corría

en el cielo y el resplandor de su hacha cegaba, un jinete llegó galopando al asentamiento. Estaba apoyado en la silla y el caballo casi se caía del cansancio. Sin embargo, agitó una flecha en alto y les gritó a quienes habían desafiado al barro para acercarse:

—¡Guerra! ¡Los vándalos se acercan!

Llevado al salón, dijo frente a Winnithar:

—Mis palabras son de mi padre, Aefli de Staghorn Dale. Las recibió de un hombre de Dagalaif Nevittasson, que huyó de la masacre en Elkford para llevar el aviso. Pero ya Aefli ha visto una línea en el cielo, donde las granjas deben arder.

—Entonces son dos bandas —murmuró Winnithar—. Al menos. Puede que más. Este año vienen pronto, y con fuerza.

—¿Cómo pueden abandonar sus terrenos durante la siembra? —preguntó uno de sus hijos.

Winnithar suspiró.

—Tienen más hijos de los que necesitan para trabajar. Además, he oído hablar de un rey, Hildarico, que ha traído a varios clanes bajo el suyo. Así disponen de más efectivos, que se mueven con mayor rapidez y siguiendo un plan mejor que el nuestro. Sí, podría ser la forma de Hildarico de apropiarse de nuestras tierras, por el bien de su propio reino en expansión.

—¿Qué haremos? —quiso saber un viejo guerrero, firme como el hierro.

—Reunir a los hombres vecinos e ir por otros mientras tengamos tiempo, como ha hecho Aefli, si no han sido ya destruidos. En la Roca de los jinetes Gemelos como antaño, ¿eh? Puede que juntos no nos encontremos con una banda vándala demasiado grande para nosotros.

Carl se agitó allí donde estaba sentado.

—Pero ¿qué hay de vuestros hogares? —preguntó—. Los saqueadores podría venir por el flanco, ocultos, y caer sobre granjas como las vuestras. —No dijo nada más: saqueo, fuego, mujeres en sus mejores años violadas, todos los demás muertos.

—Debemos arriesgarnos. En caso contrario nos destruirán poco a poco. — Winnithar guardó silencio. El fuego saltaba y se agitaba. Fuera, el viento aullaba y la lluvia golpeaba los muros. Buscó a Carl con la mirada—. No tenemos ni casco ni malla de tu medida. Quizá puedas conseguir las allí de donde sacas las cosas.

El extranjero se sentó envarado. En su rostro las arrugas se profundizaron.

Winnithar dejó caer los hombros.

—Bien, ésta no es tu batalla, ¿no? —Suspiró—. No eres un tervingio.

—¡Carl, oh, Carl! —Jorith salió de entre las mujeres.

Durante un largo momento, ella y el hombre gris se miraron. Luego él se agitó, se volvió hacia Winnithar y dijo:

—No temas. Ayudaré a mis amigos. Pero debe ser a mi modo, y debes seguir mis consejos, los entiendas o no. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

Nadie vitoareó. Un sonido como el viento recorrió la tenebrosa longitud del salón.

Winnithar hizo acopio de valor.

—Sí —dijo—. Ahora enviaremos a los jinetes para llevar flechas de guerra. El resto comeremos.

Lo que sucedió en las siguientes semanas nunca se supo en realidad. Los hombres partieron, plantaron su campamento, lucharon, y después volvieron a casa o no volvieron. Hablaron de un lancero de manto azul que recorría el cielo en una montura que no era un caballo. Hablaron de monstruos terribles que atacaban las filas vándalas, y de extrañas luces en la oscuridad, y del temor ciego que atenazaba al enemigo hasta que él liberaba sus armas y ellos huían corriendo. Se dijo que, de alguna forma, siempre encontraban una banda vándala antes de que hubiese llegado a un asentamiento godo y hacían que huyese, debido a la falta de botín, clan tras clan se retiraba y alejaba. Hablaron de victoria.

Sus jefes apenas podían contar nada más. Era el Errante el que les indicaba adónde ir, qué esperar, cómo disponerse mejor para la batalla.

Era él quien iba más rápido que el vendaval mientras traía avisos y ordenes, él quien obtuvo la ayuda de greutungos, taifales y amalingos, él quien asombró a los poderosos hasta que trabajaron lado a lado como había ordenado.

Esas historias se desvanecieron en un par de generaciones. Eran demasiado extrañas. En lugar de eso, volvieron a las historias de su pueblo. Anses, Wanese, trols, magos, fantasmas, ¿no se habían unido una y otra vez a las disputas de los hombres? Lo que importaba es que durante una década, los godos en el Vistula superior conocieron la paz. Sigamos con la cosecha, dijeron: o lo que quisiesen hacer con sus vidas.

Pero Carl regresó a Jorith como un rescatador.

Realmente no podía casarse con ella. No tenía parientes conocidos. Pero los hombres que podían permitirselo siempre habían tomado una compañera; los godos no lo consideraban una vergüenza, si el hombre cuidaba bien de la mujer y los niños. Además, Carl no era un simple mozo, terrateniente o rey. La mismísima Salvalindis le llevó a Jorith a la habitación alta cubierta de flores donde él la esperaba después de un festín en el que se intercambiaron espléndidos regalos.

Winnithar hizo que cortaran madera y la trajesen de más allá del río, y levantó una buena casa para los dos. Carl quería algunas cosas extrañas en el edificio, como un dormitorio independiente. Había además otra habitación, siempre cerrada menos cuando él entraba solo. Nunca estaba allí demasiado tiempo, y ya no fue más al bosquecillo de Tiwaz.

Los hombres decían que él tenía en demasiada consideración a Jorith. Habitualmente intercambiaban miradas, o se alejaban de los otros, como un muchacho y una muchacha esclava. Sin embargo... ella administraba bien la casa y, en todo caso, ¿quién iba a atreverse a reírse de él?

Él mismo dejaba la mayor parte de las tareas del marido a un ayudante. Traía las cosas que la casa necesitaba, o los medios para comprarlas. Y se convirtió en un gran comerciante. Aquellos años de paz no fueron años aburridos. No, llegaban más vendedores ambulantes que antes, que traían ámbar, pieles, miel, sebo del norte, vino, vidrio, metales, telas, cerámica fina del sur y el oeste. Siempre dispuesto a conocer a gente nueva, Carl recibía con esplendor a las personas de paso, e iba a las ferias y a las asambleas populares.

En esas asambleas él, que no pertenecía a la tribu, sólo observaba; pero después de las charlas del día, las cosas se animaban alrededor de su puesto.

Sin embargo, los hombres se hacían preguntas, y las mujeres también. Llegaban noticias de que un hombre, gris pero sano, que nadie conocía formalmente de antes, aparecía a menudo entre otras tribus godas...

Podía ser que sus ausencias fuesen la razón de que Jorith no se quedase inmediatamente encinta; o podría ser que ella era joven, apenas dieciséis inviernos, cuando fue a su cama. Pasó un año antes de que las señales fuesen inconfundibles.

Aunque sus náuseas iban en aumento, rebosaba de alegría. Nuevamente el comportamiento de Carl era extraño, porque parecía preocuparse menos del niño que ella esperaba que de la salud de Jorith. Incluso vigilaba lo que comía, dándole frutas de tierras lejanas sin que importase la estación, aunque le prohibía tomar tanta sal como ella deseaba. Jorith obedecía con alegría, diciendo que eso demostraba que él la amaba.

Mientras tanto, la vida seguía en el vecindario, y la muerte. En los entierros y funerales nadie se atrevía a hablar con Carl; estaba demasiado cerca de lo desconocido. Por otra parte, los jefes de las casas que le habían elegido se sorprendieron cuando rechazó el honor de ser el hombre que mantendría relaciones con la próxima Reina de la Primavera.

Recordando lo que había hecho y lo que tenía de su parte, lo dejaron en paz.

Calor; cosecha; desolación; renacimiento; de nuevo verano, y Jorith llegó a su lecho de parturienta.

Sufrió durante mucho tiempo. Soportó con valor los dolores, pero las mujeres que la asistían se ponían más serias con el paso del tiempo. A los elfos no les hubiese gustado que un hombre estuviese presente en ese momento. Ya era bastante malo que Carl hubiese exigido una limpieza exagerada. Esperaban que supiese lo que hacía.

Carl esperaba en la sala principal de su casa. Cuando llegaron las visitas, tenía hidromiel y bebida dispuestos como debía ser, pero habló poco. Cuando se fueron

a medianoche, no durmió sino que permaneció sentado a solas hasta el amanecer. De vez en cuando una comadrona o una asistente venía a decirle cómo iba el parto. A la luz de la lámpara veían la mirada de Carl centrada en la puerta que siempre mantenía cerrada.

A finales del segundo día, la comadrona lo encontró con amigos. Entre ellos se hizo el silencio. Entonces, lo que llevaba entre los brazos dejó escapar un quejido... y Winnithar un grito. Carl se puso en pie, con el rostro pálido.

La mujer se arrodilló frente a él, abrió la manta y sobre el suelo, a los pies de su padre, se encontraba un niño hombre, todavía cubierto de sangre pero agitando los brazos y llorando. Si Carl no ponía al niño sobre su rodillas, ella lo llevaría al bosque y lo abandonaría a los lobos. Él ni se molestó en ver si tenía algún defecto. Cogió la forma lloriqueante mientras decía:

—¿Jorith, cómo está Jorith?

—Débil —dijo la comadrona—. Ve ahora con ella si así lo deseas.

Carl le devolvió a su hijo y se apresuró al dormitorio. Las mujeres que allí se encontraban se hicieron a un lado. Se inclinó sobre Jorith. Ella estaba pálida, cubierta de sudor, vacía. Pero cuando vio a su hombre alargó la mano e intentó sonreír.

—Dagoberto —susurró. Ése era el nombre, antiguo en su familia, que había deseado, si era niño.

—Dagoberto, sí —dijo Carl en voz baja. Aunque era indecoroso hacerlo frente a otros, se inclinó para besarla.

Ella cerró los párpados y se hundió sobre la paja.

—Gracias —salió de su garganta, apenas audible—. El hijo de un dios.

—No...

De pronto Jorith se estremeció. Por un momento se agarró la frente. Volvió a abrir los ojos. Tenía las pupilas dilatadas y fijas. Perdió las fuerzas. Respiraba con dificultad.

Carl se enderezó, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación. Frente a la puerta cerrada, sacó las llaves y entró. Cerró de un portazo tras él.

Salvalindis se acercó a su hija.

—Se muere —dijo con calma—. ¿Podrán salvarla sus brujerías? ¿Deberían?

La puerta prohibida volvió a abrirse. Carl salió, con otra persona. Se olvidó de cerrarla.

Los hombres miraron una cosa de metal. A algunos les recordaba lo que había volado sobre los campos de batalla. Se apiñaron más, agarraron amuletos o dibujaron signos en el aire.

El acompañante de Carl era una mujer, aunque vestida con pantalones de muchos colores y una túnica. Su rostro no era como ninguno que hubiesen visto: —ancho y de mejillas altas como las de los hunos, pero de nariz corta, de tono cobrizo dorado, bajo un pelo negro recto. Llevaba una caja.

Los dos corrieron al dormitorio.

—¡Fuera, fuera! —rugió Carl, y expulsó a las mujeres godas como hojas en una tormenta.

Él las siguió, y entonces recordó cerrar la puerta de su montura. Al darse la vuelta vio que todos lo miraban y retrocedían.

—No temáis —dijo con rapidez—. No hay peligro. He traído una mujer sabia para ayudar a Jorith.

Durante un rato todos permanecieron en silencio en la oscuridad.

La extraña salió y llamó a Carl. Algo en ella le arrancó un gemido. Se tambaleó hasta ella y ella lo agarró por el hombro y lo condujo a la habitación. De allí sólo salía silencio.

Después de un rato la gente oyó voces, la de él llena de furia y angustia, la de ella calmada y precisa. Nadie entendía la lengua.

Volvieron. Carl parecía haber envejecido.

—Está muerta —le dijo a los otros—. He cerrado sus ojos. Prepara el entierro y el banquete, Winnithar. Estaré de vuelta para entonces.

Él y la mujer sabia entraron en la habitación secreta. Dagoberto lloró en brazos de la comadrona.

Salté a Nueva York en los años treinta del siglo XIX porque conocía la base y a su personal. El joven de guardia insistió en las reglas, pero a él podía dominarlo. Realizó una llamada de emergencia pidiendo un médico de alto nivel. Resultó ser Kwei-fei Mendoza la que tuvo la oportunidad de responder, aunque nunca nos habíamos visto. No hizo más preguntas de las necesarias antes de unirse a mí en mi saltador y partir para el país de los godos. Más tarde, sin embargo, quiso que fuésemos los dos a su hospital, en la luna del siglo XXIV. No estaba en condiciones de protestar.

Me hizo tomar un baño caliente e irme a la cama. Una casaca electrónica me ofreció muchas horas de sueño.

A su momento recibí ropa limpia, algo que comer (no vi qué), e instrucciones para llegar a su oficina. Tras una enorme mesa, me indicó que me sentase. Durante un par de minutos no hablamos.

Huyendo de la suya, mi mirada se movía por todas partes. La gravedad artificial que mantenía mi peso normal no hacía nada para que me sintiese en casa. No es que, a su modo, no fuese hermoso. El aire tenía un ligero olor a rosas y heno recién cortado. La alfombra era de un violeta intenso en la que brillaban puntos como estrellas. En la paredes fluían sutiles colores. Un ventanal, si era un ventanal, mostraba la grandeza de montañas, de un paisaje de cráteres en la distancia, del negro celeste pero presidido en lo alto por una Tierra casi llena. Me perdí en la visión de ese glorioso disco azul cubierto de retazos blancos. Jorith se había perdido allí, haría dos mil años.

—Bien, agente Farness —dijo al fin Mendoza en temporal, el lenguaje de la Patrulla—, ¿cómo se siente?

—Aturdido pero con la cabeza despejada —murmuré—. No. Como un asesino.

—Ciertamente debía haber dejado a esa niña en paz.

Forcé mi atención en su dirección y contesté:

—No era una niña. No en su sociedad, o en la mayor parte de la historia. La relación me ayudó mucho a conseguir la confianza de la comunidad, y por tanto en el avance de mi misión. No es que lo considerase con sangre fría, créame por favor. Estábamos enamorados.

—¿Qué opina su mujer de este asunto? ¿O nunca se lo ha dicho?

Mi defensa me había dejado demasiado cansado para que me ofendiese lo que por otra parte hubiese podido considerarse un atrevimiento.

—Sí, lo hice. Yo... le pregunté si le importaría. Ella lo consideró y decidió que no. Recuerde que habíamos pasado nuestros años de juventud en los sesenta y los setenta... No, claro, apenas habrá oído hablar de ello, pero fue un periodo de revolución en las costumbres sexuales.

Mendoza sonrió con tristeza.

—Las modas vienen y van.

—Mi mujer y yo hemos sido monógamos, pero más por preferencia que por principios. Y mire, siempre la visitaba. La amo de verdad.

—Y sin duda ella consideró que era mejor dejarle tener su aventura de mediana edad —respondió Mendoza.

Eso lo hirió.

—¡No era una aventura! Se lo he dicho, amaba a Jorith, la chica goda, y también la amaba a ella. —La tristeza le cerró la garganta—. ¿No había absolutamente nada que pudiese hacer?

Mendoza movió la cabeza. Tenía las manos sobre la mesa. Suavizó el tono:

—Ya se lo he dicho. Le contaré los detalles si lo desea. Los instrumentos, su funcionamiento no importa, mostraban un aneurisma de la arteria cerebral anterior. No era lo suficientemente grave para producir síntomas, pero el esfuerzo de un largo parto hizo que estallase. No hubiese sido adecuado revivirla después de sufrir un daño cerebral tan amplio.

—¿No podía repararlo?

—Bien, hubiésemos podido traer el cuerpo al futuro, volver a poner en marcha el corazón y los pulmones, y emplear técnicas de clonación neuronal para producir una persona que se pareciese a ella, pero hubiese tenido que aprenderlo casi todo desde el principio. Mi cuerpo no realiza ese tipo de operaciones, agente Farness. No es que no tengamos compasión, es simplemente que ya tenemos suficientes obligaciones ayudando a los agentes de la Patrulla y a sus... verdaderas familias. Si alguna vez empezamos a hacer excepciones no daríamos abasto. Y comprenda que tampoco hubiese recuperado a su amor. No la hubiese recuperado a ella.

Reuní la fuerza de voluntad que me quedaba.

—Supongamos que vamos al pasado de su embarazo —dije—. Podríamos traerla aquí, arreglar la arteria, borrar el viaje de su memoria, y devolverla para que viva una vida feliz.

—Eso son fantasías. La Patrulla no cambia lo que ha sido. Lo preserva.

Me hundí aún más en la silla. Los contornos variables pretendían en vano consolarme.

Mendoza volvió a hablar.

—Pero no sienta demasiada pena —dijo—. No podía saberlo. Si la chica se

hubiese casado con otro, como así habría hecho, el final hubiese sido el mismo. Tengo la impresión de que la hizo más feliz que a la mayoría de las mujeres de esa época.

Su tono ganó fuerza:

—Pero usted, usted se ha causado una herida que tardará en cicatrizar. Nunca lo hará a menos que resista la suprema tentación de volver continuamente a la vida de ella, para verla, para estar con ella. Eso está prohibido, bajo penas muy duras, y no sólo por los riesgos que pudiese traer al flujo temporal. Rompería su espíritu, incluso su mente. Y le necesitamos. Su esposa lo necesita.

—Sí —conseguí decir.

—Ya será muy duro observar cómo sus descendientes sufren lo que deben sufrir. Me pregunto si no debería dejar por completo su proyecto.

—No. Por favor.

—¿Por qué no? —me preguntó.

—Porque... porque no puedo abandonarlos, como si Jorith hubiese muerto en vano.

—Eso lo tendrán que decidir sus superiores. Como mínimo recibirá una dura reprimenda, porque ha estado muy cerca del agujero negro. Nunca más vuelva a interferir como lo ha hecho. —Mendoza hizo una pausa, me miró, se frotó la barbilla, y murmuró—: A menos que ciertas acciones resulten necesarias para restaurar el equilibrio... Pero ése no es mi terreno.

Su mirada me devolvió la tristeza. De pronto se inclinó sobre la mesa, hizo un gesto y dijo:

—Escúchame, Carl Farness. Me van a preguntar mi opinión sobre tu caso. Por eso te he traído aquí, y porque quiero que estés aquí una semana o dos... para tener una mejor idea. Pero ya, ¡y no eres único, amigo mío, en millones de años de operaciones de la Patrulla!, ya he empezado a verte como un tipo decente, que puede haber cometido errores pero en su mayoría por inexperiencia.

» Sucede, ha sucedido, sucederá, una y otra vez. El aislamiento, a pesar de viajes a casa y relaciones con compañeros como yo. Confusión, a pesar de los cuidadosos preparativos; choque cultural; impacto humano. Presenciaste lo que para ti eran crueldad, pobreza, maldad, ignorancia, tragedia innecesaria, peor aún, insensibilidad, brutalidad, injusticia, masacres. No podías enfrentarte a ello sin que te hiciese daño. Tenías que asegurarte de que los godos no eran peores que tú, sólo diferentes; y tenías que ver más allá de esa diferencia hasta la identidad subyacente; y luego debías intentar ayudar, y durante el proceso encontraste de pronto una puerta abierta a algo hermoso y maravilloso...

» Sí, es inevitable que muchos viajeros temporales, incluidos los patrulleros, formen lazos. Realizan acciones y en ocasiones son íntimas. Normalmente no es una amenaza. ¿Qué importa la precisa, oscura y remota ascendencia de una

figura clave? El continuo cede pero se recupera. Si no se superan los límites de tensión, la pregunta de si esas pequeñas acciones cambian el pasado o han sido « siempre » parte del pasado deja de tener sentido y no se puede responder.

» No te sientas culpable, Farness —terminó diciendo—. También me gustaría empezar tu recuperación en ese aspecto, así como la de tu pena. Eres un agente de campo de la Patrulla del Tiempo; no será ésta la última vez que tengas que llorar.

302-330

Carl mantuvo su palabra. Callado como una piedra, se apoyó en su lanza y observó mientras su pueblo dejaba a Jorith sobre la tierra y amontonaba un túmulo. Después, él y su padre recordaron su memoria con un festín al que invitaron a todos los vecinos, y que duró tres días. Hablaba sólo cuando le hablaban, aunque en esas ocasiones era amable a su modo señorial. Aunque no intentó apagar la alegría de nadie, esa fiesta fue más tranquila de lo habitual.

Una vez que su hubieron ido los invitados, y Carl se encontraba sentado a solas con Winnithar, le dijo al jefe guerrero:

—Mañana y o también me iré. No me verás a menudo.

—¿Has hecho lo que habías venido a hacer?

—No, todavía no.

Winnithar no preguntó de qué se trataba. Carl suspiró y añadió:

—En la medida en que lo permita Weard, tengo la intención de cuidar de tu casa. Pero quizá no sea suficiente.

Con la aurora se despidió y se alejó. La niebla era pesada y fría, y pronto lo ocultó a ojos de los hombres.

En los años siguientes crecieron las historias. Algunos creían haber entrevisto la alta forma en el crepúsculo, entrando en la tumba como si tuviese una puerta. Otros decían que no; él se la había llevado de la mano. Los recuerdos que tenían de él pronto perdieron humanidad.

Los abuelos de Dagoberto se ocuparon del bebé, encontraron una mujer que le diese de mamar y lo criaron como si fuese suyo. A pesar de su extraña concepción, no se le apartó ni se dejó que creciese solo. En lugar de eso, la gente consideraba que valía la pena tener su amistad, porque podría estar destinado a grandes obras... por lo que debería aprender honor y modales adecuados, así como las habilidades de un guerrero, cazador y marido. Los hijos de dioses no eran desconocidos.

Se convertían en héroes, o en mujeres sabias y hermosas, pero sin embargo eran mortales.

Después de tres años, Carl vino de visita. Mientras miraba a su hijo, murmuró:

—Cómo se parece a su madre.

—Sí, en el rostro —admitió Winnithar—, pero no le falta masculinidad; eso

ya está claro, Carl.

Ya nadie más se atrevía a hablarle al Errante por ese nombre... ni tampoco por el nombre que suponían era el correcto. Cuando bebían, hacían lo que él deseaba, contando historias y versos que habían oído hacía poco. Él preguntaba de dónde venían, y ellos podían indicarle un bardo o dos, a los que él decía que visitaría. Lo hacía, después, y los hacedores se consideraban afortunados por haber llamado su atención. Por su parte, contaba cosas asombrosas de lugares lejanos. Pero ahora se iba pronto, para no dejarse ver en años.

Mientras tanto Dagoberto creció de prisa, un muchacho rápido, alegre y guapo, y querido por todos. Tenía doce años cuando acompañó a sus medio hermanos, los dos hijos mayores de Winnithar, en un viaje al sur con una tripulación de comerciantes. Allí pasaron el invierno, y regresaron en primavera llenos de maravillas. Sí, más allá había tierras que conquistar, ricas, amplias, bañadas por el río Dniéper que hacía que el Vístula pareciese un arroyuelo. En los valles del norte había espesos bosques, pero más al sur se abría el campo, pastos para ganado y bandadas, esperando como una novia el arado del granjero. Quien las poseyese también se sentaría en medio de un flujo de bienes de los puertos del mar Negro.

Y sin embargo, no muchos godos se habían trasladado hasta allí. Eran las tribus del oeste las que habían realizado el viaje realmente grande, al Danubio. Allí se encontraban en la frontera de Roma, lo que implicaba algo de trueque. Por lo negativo, si hubiese una guerra, los romanos seguían siendo formidables... especialmente si podían dar fin a sus luchas civiles.

El Dniéper fluía saliendo del Imperio. Cierto, los hérulos habían venido del norte y se habían establecido entre las costas del Azov: hombres salvajes que sin duda causarían problemas. Pero por ser seres tan brutales, que se negaban a llevar cotas o luchar en formación, eran menos terribles que los vándalos. Igualmente cierto era que al norte y al este se encontraban los hunos, jinetes, criadores de ganado, similares a los trols en su fealdad, suciedad y sed de sangre. Se decía que eran los más terribles guerreros de todo el mundo. Pero más gloria tenía derrotarlos si atacaban; y una liga goda podía derrotarlos, porque estaban divididos en clanes y tribus, tan dispuestos a luchar entre sí como a atacar granjas y ciudades.

Dagoberto estaba dispuesto a partir, y sus hermanos ansiosos. Winnithar aconsejó prudencia. Mejor aprender más antes de realizar un movimiento que no pudiese deshacerse. Además, llegada la hora, no deberían ir unas cuantas familias, fáciles de atacar, sino juntos, con toda su fuerza. Parecía sin embargo que pronto sería posible.

Porque éstos eran los días en que Geberico de la tribu greutunga estaba reuniendo a los godos del este. Algunos habían luchado y habían sido derrotados, otros habían sido ganados con palabras, ya fuesen amenazas o promesas. Entre

estos últimos se encontraban los tervingos, que en el decimoquinto año de Dagoberto saludaron a Geberico como su rey.

Eso significaba que le pagaban tributo, lo que no era mucho; enviaban hombres a luchar con él cuando quería, a menos que fuese la estación de la siembra o la cosecha, y obedecían las leyes que la Gran Asamblea declaraba para todo el reino. A cambio, ya no tenían que temer a los godos que se habían unido a él, sino que tenían su ayuda contra los enemigos comunes; el comercio floreció, y ellos mismos enviaban cada año hombres a la Gran Asamblea para hablar y votar.

Dagoberto se portó bien en las guerras del rey. En las pausas, viajaba al sur como capitán de las guardias de las bandas de comerciantes ambulantes. Allí veía todo lo posible y aprendía mucho.

De alguna forma, las raras visitas de su padre siempre tenían lugar cuando estaba en casa. El Errante le daba bonitos regalos y sabios consejos, pero la charla entre ellos era incómoda, porque ¿qué podía decir un joven a alguien como él?

Dagoberto hacía sacrificios en el altar que Winnithar había construido donde antes se alzaba la casa en la que había nacido el muchacho. Winnithar había quemado la casa, para que ella tuviese paredes en las que apoyarse. De forma extraña, era en ese lugar sagrado donde el Errante prohibía el derramamiento de sangre. Sólo podían ofrecerse los primeros frutos de la tierra. Creció la leyenda de que las manzanas arrojadas al fuego frente a la piedra se convertían en las Manzanas de la Vida.

Cuando Dagoberto era ya todo un hombre, Winnithar le buscó una esposa. Era Waluburga, una doncella fuerte y atractiva, hija de Optaris de Staghom Dale, que era el segundo hombre más poderoso entre los tervingos. El Errante bendijo la unión con su presencia.

También estaba allí cuando Waluburga tuvo su primer hijo, un muchacho al que llamaron Tharasmund. En el mismo año nació el primer hijo del rey Geberico que vivió hasta hacerse un hombre, Ermanarico.

Waluburga fue fértil y le dio a su hombre hijos sanos. Pero Dagoberto seguía inquieto; la gente decía que tenía la sangre de su padre, y que oía continuamente la llamada del viento en el borde del mundo. Cuando volvió de su viaje al sur, trajo noticias de que un señor romano llamado Constantino había finalmente derrotado a sus rivales y se había convertido en amo de todo el Imperio.

Puede que eso enardeciese a Geberico, aunque el rey ya había avanzado mucho. Pasó algunos años más reuniendo a los godos del este; luego los convocó para seguirle y acabar de una vez con la peste vándala.

Dagoberto ya había decidido que se trasladaría al sur. El Errante le había dicho que no estaría del todo mal; era el destino de los godos, y bien podía ir primero para reservar un buen trozo. Lo habló con terratenientes grandes y

pequeños, porque sabía que su abuelo tenía razón en lo referente a la fuerza. Pero cuando llegó la flecha de guerra, su honor le obligaba a obedecer. Cabalgó a la cabeza de un centenar de hombres.

Fue una lucha terrible, que terminó en una batalla que engordó a lobos y cuervos. Allí cayó el rey vándalo Visimar. Allí también murió el hijo mayor de Winnithar, que había esperado irse con Dagoberto. Él sobrevivió, sin ni siquiera recibir una herida seria, y ganó fama por su valor. Algunos dijeron que el Errante había cuidado de él en el campo de batalla, matando a sus enemigos, pero eso lo negó.

—Mi padre estaba allí, sí, para acompañarme en la noche antes de la última batalla... nada más. Hablamos de muchas cosas extrañas. Le pedí que no me rebajase luchando por mí, y él dijo que no era ése el deseo de Weard.

El resultado fue que los vándalos fueron derrotados, superados y obligados a dejar sus tierras. Después de vagar de un lado a otro durante varios años, más allá del Danubio, peligrosos pero destrozados, buscaron el permiso del emperador Constantino para asentarse en su territorio. Deseoso de tener buenos guerreros cuidando sus fronteras, los dejó cruzar a Panonia.

Mientras tanto, Dagoberto se encontró como líder de los tervingos, por su matrimonio, su herencia, y el nombre que se había ganado. Pasó un tiempo preparándolos y luego los llevó al sur.

Pocos se quedaron atrás, así de reluciente era la esperanza. Entre los que se quedaron estaban Winnithar y Salvalindis. Cuando los carromatos se hubieron alejado, el Errante buscó a esos dos, una última vez, y fue amable con ellos, en honor a lo que habían sido y por el honor de la que dormía junto al río Vístula.

Manse Everard no fue el oficial que me pasó por el fuego, y apenas aceptó dejarme continuar con la misión... aceptó a regañadientes, a petición sobre todo de Herbert Ganz, porque no había nadie que pudiese reemplazarme. Everard tenía sus razones para hacerlo. Con el tiempo se hicieron evidentes, así como el hecho de que había estado estudiando mis informes.

Entre el siglo IV y el XX, habían pasado unos dos años de mi tiempo vital personal desde la muerte de Jorith. Mi pena se había convertido en melancolía — ¡si ella hubiese podido tener algo más de la vida que tanto amaba y que hacía adorable!— excepto de vez en cuando, cuando se levantaba con toda su fuerza y golpeaba de nuevo. Con su actitud tranquila, Laurie me había ayudado a aceptarlo. Nunca antes había comprendido la maravillosa persona que era.

Estaba en casa de permiso, en Nueva York, 1932, cuando Everard me llamó y me pidió otra entrevista.

—Sólo unas preguntas, un par de horas de interrogatorio —dijo—, y después podemos salir. Tu esposa también, por supuesto. ¿Habéis visto a Lola Montez? Tengo entradas, París, 1843.

En el futuro era invierno. La nieve caía al otro lado de la ventana de su apartamento, creando para nosotros una caverna de quietud blanca. Me dio un combinado y me preguntó qué música me gustaba. Nos pusimos de acuerdo en una interpretación de *koto* por un artista del Japón medieval cuyo nombre los cronistas habían olvidado pero que era el mejor que hubiese vivido nunca. El viaje en el tiempo tiene sus recompensas además de sus pesares.

Everard se enfrascó en preparar y encender su pipa.

—Nunca presentaste un informe sobre tu relación con Jorith —dijo en un tono casi casual—. Sólo salió en el curso de la investigación, después de que fueses a buscar a Mendoza. ¿Por qué?

—Era... personal —contesté—. No me parecía que fuese asunto de nadie más. Oh, en la Academia nos advirtieron sobre ese tipo de cosas, pero las regulaciones realmente no lo prohíben.

Mirando su cabeza oscura e inclinada, supe extrañamente que debía haber leído todo lo que yo llegaría a escribir. Conocía mi futuro personal como yo sólo lo conocería cuando lo hubiese vivido. Rara vez se renuncia a la regla que impide

a un agente conocer su destino; un bucle casual sería el resultado menos desagradable que podría surgir de ese acto.

—Bien, no tengo intención de repetir la reprimenda que te han dado —dijo Everard—. De hecho, entre nosotros dos, creo que el coordinador Abdullab se pasó de riguroso. Los agentes deben poder actuar a su propia discreción, o nunca harían su trabajo, y muchos de ellos se han acercado más a los límites que tú.

Pasó un minuto avivando el tabaco antes de continuar, por entre la neblina azul:

—Sin embargo, me gustaría preguntarte un par de detalles. Más para conocer tu reacción que por una firme convicción filosófica... aunque admito sentir curiosidad. Comprende que así quizá pueda darte algunos consejos de procedimiento. Yo no soy un científico, pero he andado mucho por la historia, la prehistoria e incluso la posthistoria.

—Eso está claro —admití con gran respeto.

—Bien, vale, para empezar, lo más evidente. Al principio, interviniste en una guerra entre godos y vándalos. ¿Cómo lo justificas?

—Contesté a esa pregunta en la investigación, señor... Manse. Sabía que no podía matar a nadie, ya que mi vida nunca corrió peligro. Ayudé en la organización, recogí información e inspiré temor en el enemigo: volando en antigraedad, arrojando ilusiones y proyectando rayos subsónicos. En todo caso, produciendo el pánico, salvé vidas en ambos bandos. Pero mi razón esencial era que había invertido mucho esfuerzo, esfuerzo de la Patrulla, estableciendo una base en la sociedad que se suponía debía estudiar, y los vándalos amenazaban con destruir esa base.

—¿No temías provocar un cambio en el futuro?

—No. Oh, quizá debía haberlo considerado con mayor cuidado, y haber buscado la opinión de expertos antes de actuar. Pero parecía un caso sacado de un libro de texto. Los vándalos estaban montando una escaramuza a gran escala. La historia no la registra. El resultado era insignificante... excepto para los individuos, varios de los cuales eran importantes para la misión y para mí. Y en cuanto a la vida de esos individuos, y la línea de descendencia que comencé en ese punto, no son más que pequeñas fluctuaciones estadísticas en el acervo genético. Pronto desaparecerán.

Everard frunció el ceño.

—Me estás dando el argumento habitual, Carl, igual que hiciste con el comité investigador. Por ahí te escapaste. Pero hoy no te molestes. Lo que quiero que sepas, no en tu cerebro sino en el fondo de tu alma, es que la realidad nunca se ajusta a los libros de texto, y en ocasiones es muy diferente.

—Creo que empiezo a entenderlo. —Mi humildad era real—. En la vida que he estado siguiendo en el pasado. No tenemos derecho a ocupar sus vidas, ¿no?

Everard sonrió, y yo me sentí con libertad para saborear un largo trago de mi

copa.

—Bien. Dejemos los aspectos generales y pasemos a los detalles de lo que buscas. Por ejemplo, les diste a los godos cosas que no tendrían sin ti. Los regalos físicos no son preocupantes; se corroerán, pudrirán o se perderán con rapidez. Pero los relatos del mundo y las historias de culturas extranjeras...

—Tenía que ser interesante, ¿no? ¿Por qué si no iban a recitarme viejas historias ya conocidas?

—Humm, claro. Pero mira, ¿lo que les contaste no pasaría a su folclore, alterando eso que fuiste a investigar?

Me permití reír.

—No. En ese aspecto hice que realizasen algunos cálculos psicosociales, y los empleé como guía. Resulta que las sociedades de ese tipo tienen una memoria colectiva muy selectiva. Recuerda, son analfabetos, y viven en un mundo mental en el que las maravillas son comunes. Lo que dije, por ejemplo, sobre los romanos, simplemente añadía detalles a la información que ya tenían por los viajeros; y esos detalles pronto se perderán en el ruido general de su concepto sobre Roma. Y en cuanto al material más exótico, bien, ¿qué era alguien como Cuchulainn sino un héroe predestinado más, de los que ya habían oído multitud de historias? ¿Qué era el Imperio Han sino un reino fabuloso más allá del horizonte como otros? Mis oyentes inmediatos se quedaban impresionados; pero luego se lo pasaban a otros, que lo mezclaban todo con las sagas ya existentes.

Everard asintió.

—Humm. —Fumó un poco. De pronto—: ¿Y tú? No eres un montón de palabras; eres una persona concreta y enigmática que sigue apareciendo entre ellos. Te propones hacerlo durante generaciones. ¿Vas a montar un negocio de dios?

Aquella era una pregunta difícil para la que me había preparado durante mucho tiempo. Dejé que otro trago me recorriese la garganta y calentase mi estómago antes de contestar, lentamente:

—Sí, eso me temo. No es que lo pretendiese o quisiese, pero parece haber sucedido.

Everard apenas se agitó. Con la morosidad de un león, habló:

—¿Y sostienes que eso no representa ninguna diferencia histórica?

—Sí. Escúchame por favor. Nunca dije ser un dios, o exigí prerrogativas divinas, o algo similar. Ni me propongo hacerlo. Simplemente ha pasado. En la naturaleza del caso, llegué solo, vestido como un viajero pero no como un mendigo. Llevaba una lanza porque ésa era el arma normal para un hombre a pie. Al ser del siglo XX, soy más alto que la media del siglo IV, incluso entre los nórdicos. Tengo el pelo y la barba grises. Contaba historias, describía lugares lejanos, y, sí, volé por los aires y metí el miedo en el corazón del enemigo... no podía evitarlo. Pero no, repito, no establecí una nueva deidad. Simplemente

encajaba en una imagen que llevaban mucho tiempo adorando, y en el curso del tiempo, en una generación o dos, llegaron a asumir que se trataba de mí.

—¿Cuál es su nombre?

—Wodan, entre los godos. Relacionado con el Wotan de los germanos, el Woden inglés, el Wons frisio, etcétera. La versión escandinava tardía es la más conocida: Odín.

Me sorprendí de ver a Everard sorprendido. Bien, evidentemente los informes que había presentado al brazo guardián de la Patrulla eran mucho menos detallados que las notas que reunía para Ganz.

—¿Humm? ¿Odín? Pero tenía un solo ojo, y era el dios jefe, lo que supongo que no eres... ¿O lo eres?

—No. —Qué agradable era recuperar los hábitos de profesor—. Piensas en las *Eddas*, el Odín vikingo. Pero él pertenece a una era diferente, siglos después y cientos de millas al noroeste.

» Para mis godos, el dios jefe, como tú dices, es Tiwaz. Se remonta directamente al viejo panteón indoeuropeo, junto con los Anses, en oposición a las deidades telúricas aborígenes como los Wanés. Los romanos identificaron a Tiwaz con Marte, porque era el dios de la guerra, pero era también mucho más.

» Los romanos pensaban que Donar, que los escandinavos llamaban Thor, debía ser Júpiter, porque controlaba la meteorología; pero para los godos, era un hijo de Tiwaz. Igual con Wodan, a quien los romanos identificaban con Mercurio.

—Así que la mitología evoluciona con el paso del tiempo, ¿no? —comentó Everard.

—Exacto —dije—. Tiwaz quedó reducido a Tyr de Asgard. De él quedó poco recuerdo, excepto que había perdido una mano atando al Lobo que destruirá el mundo. Sin embargo, *tyr* como nombre común es sinónimo de «dios» en nórdico antiguo.

» Mientras, Wodan, u Odín, cobró importancia hasta convertirse en el padre del resto. Creo, aunque esto es algo que algún día tendremos que investigar, que se debió a que los escandinavos se volvieron muy guerreros. Un guía de los muertos, que también había adquirido rasgos chamánicos por la influencia finesa, era el culto natural para guerreros aristocráticos; él los llevaba al Valhala. En eso, Odín era más popular en Dinamarca y quizá Suecia. En Noruega y la colonia de Islandia, Thor era más importante.

—Fascinante. —Everard suspiró—. Queda más por saber de lo que cualquiera de nosotros vivirá para aprender... Bien, pero háblame más de la figura de Wodan en la Europa oriental del siglo IV.

—Todavía tiene dos ojos —le expliqué—, pero ya tiene el sombrero, la capa y la lanza, que realmente es un cayado. Es el Errante. Por eso los romanos pensaron que debía ser Mercurio con un nombre diferente, de igual forma que consideraron al griego Hermes. Todo se remonta a las primeras tradiciones

indoeuropeas. Se encuentran rastros en la India, Persia y los mitos celtas y eslavos... pero estos últimos son los que tienen registros más pobres. Con el tiempo, mi servicio será...

» Es igual. Wodan-Mercurio-Hermes es el Errante porque es el dios del viento. Eso le lleva a convertirse en el patrón de viajeros y comerciantes. Viajando tanto, debe de haber aprendido mucho, así que también se le asocia con la sabiduría, la poesía... y la magia. Esos atributos se unen a la idea de los muertos cabalgando el viento nocturno... se combinan para convertirlo en el que guía a los muertos hasta el otro mundo.

Everard sopló un anillo de humo. Lo siguió con la mirada, como si encontrase algún símbolo en su agitación.

—Parece que te has asociado con una imagen muy fuerte —dijo en voz baja.

—Sí —admití—. Te repito que no era mi intención. En todo caso, complica exageradamente mi misión. Y claro que tendré cuidado. Pero... es un mito que ya existía. Había incontables historias sobre la aparición de Wodan entre los hombres. Que la mayoría fuesen fábulas, mientras que unas pocas relataban acontecimientos que sucedieron realmente... ¿qué importancia tiene?

Everard chupó con fuerza la pipa.

—No lo sé. A pesar de mi examen de este episodio, en toda su extensión, no lo sé. Quizá nada, ninguna importancia. Y sin embargo he aprendido a tener cuidado con los arquetipos. Tienen más poder del que haya medido ninguna ciencia en la historia. Por eso te he estado preguntado sobre cosas que deberían ser evidentes para mí. En el fondo, no lo son.

Realmente agitó los hombros más que encogerlos.

—Bien —gruñó—, no importa la metafísica. Fijemos un par de detalles y vamos a buscar a tu mujer y a mi cita para divertirnos.

Durante todo ese día, ardió la batalla. Una y otra vez los hunos se lanzaron contra las defensas godas, como olas tormentosas que golpeasen un acantilado. Las flechas oscurecían el cielo donde se alzaban las lanzas, se agitaban los estandartes, la tierra se agitaba por el estruendo de los cascos, y los jinetes cargaban. Guerreros a pie, los godos se mantenían firmes en sus formaciones. Las picas se apresuraban al frente, las espadas, hachas y picos relucían, los arcos se tensaban y las hondas volaban, los cuernos rugían. Cuando llegaba el momento, los gritos profundos contestaban a los agudos gritos de guerra de los hunos. Después fueron puñaladas, jadeos, sudor, matanza y muerte. Cuando los hombres caían, pies y cascos destrozaban los torsos y convertían la carne en una ruina roja. El hierro alborotaba en los cascos, vibraba en las mallas, golpeaba la madera de los escudos y el cuero endurecido de las corazas. Los caballos se revolcaban y gritaban, con las gargantas atravesadas o los jarretes paralizados. Los hombres heridos gruñían e intentaban atacar o luchar. Rara vez alguien estaba seguro de a quién había golpeado o quién le había atacado. La locura te llenaba, te dominaba, oscurecía el mundo.

En una ocasión los hunos rompieron una línea enemiga. Rugieron de alegría mientras dirigían las monturas para atacar desde atrás. Pero como venida de ninguna parte, una nueva tropa goda cayó sobre ellos, y fueron ellos los atrapados. Pocos escaparon. Normalmente, los capitanes hunos que veían fallar una carga hacían sonar inmediatamente la retirada. Los jinetes estaban bien entrenados; se situaban lejos del alcance de los arcos, y durante un rato la multitud tomaba aliento, apaciguaba la sed, cuidaba de los heridos, y se miraba a lo ancho del campo de batalla.

El sol se hundió en el oeste, de color rojo sangre sobre el cielo verdoso. Su luz se reflejaba en el río y en las alas de los carroñeros que daban vueltas en lo alto. Las sombras sobre la hierba argentina eran largas, trepaban por los valles convirtiendo los árboles en montones negros y sin forma. Una ligera brisa fría recorría la tierra manchada de sangre, agitando el pelo de los cadáveres entre el trigo, silbando como si desease llamarlos.

Resonaron los tambores. Los hunos formaron escuadrones. Sonó una última trompeta y realizaron su último asalto.

Aunque estaban mortalmente cansados, los godos resistieron, y cosecharon

hombres por centenares. Ciertamente Dagoberto había montado bien su trampa. Cuando tuvo las primeras noticias del ejército invasor —que asesinaba, violaba, saqueaba y quemaba— convocó a su gente para unirse bajo un estandarte común. No sólo los tervingos, también los colonos vecinos prestaron atención. Atrajo a los hunos hasta esa hondonada que llevaba al Dniéper, donde la caballería tenía poco espacio, antes de que sus fuerzas principales cayesen sobre las crestas a cada lado y bloqueasen la retirada.

Su pequeño escudo redondo estaba hecho añicos. Tenía el casco abollado, la malla rota, la espada mellada, el cuerpo convertido en una única contusión. Pero aun así estaba de pie al frente del centro godo, y sobre él volaba su estandarte. Cuando llegó el ataque, se movió como un gato montés.

El caballo era enorme. Vio al hombre que lo montaba: bajo pero ancho, cubierto con pieles apostas bajo la escasa armadura que llevaba, la cabeza afeitada exceptuando una cola, la fina barba en trenzas, una cara de gran nariz que era odiosa por el dibujo de las cicatrices. El huno portaba una única hacha de mano. Dagoberto se apartó mientras los cascos golpeaban el suelo. Atacó, y en el camino se encontró con la otra arma. Resonó el acero. Las chispas saltaron en el crepúsculo. Dagoberto deslizó la hoja a un lado y golpeó la cadera del jinete. Hubiese sido un corte mortal si la hoja hubiese estado afilada. Como estaba, salió sangre. El huno se quejó y atacó de nuevo. Dio de lleno al casco godo. Dagoberto se tambaleó. Recuperó el equilibrio... y su enemigo había desaparecido, atrapado en el remolino de la batalla.

Desde otro caballo, de pronto frente a él, saltó una lanza. Dagoberto, medio atontado, la recogió entre cuello y hombro. El huno lo vio hundirse, y presionó sobre el agujero abierto en las líneas godas. Desde el suelo, Dagoberto lanzó su espada. Golpeó al huno en el brazo y le hizo soltar la lanza. El compañero de Dagoberto más cercano lo golpeó con una pica. El huno cayó. El cuerpo salió arrastrado por el estribo.

De pronto ya no hubo lucha. Desorganizados, aterrados, los enemigos que quedaban con vida huían. No como un grupo, sino cada uno por sí mismo, salieron en estampida.

—A por ellos —pudo decir Dagoberto desde donde estaba—. Que no quede ni uno libre... vengad nuestros muertos, haced que nuestra tierra sea segura... —Débil, golpeó el talón del que portaba su estandarte. El hombre llevó el estandarte por delante, y los godos lo siguieron, matando, matando. Ciertamente pocos fueron los hunos que regresaron a casa.

Dagoberto se agarraba el cuello. La punta había penetrado por la derecha. La sangre salía a borbotones. El estruendo de la guerra se desplazó. Más cerca se oían los gritos de los tullidos, hombres y caballos, y de los cuervos que volaban bajo. Ésos también se fueron apagando. Buscó con los ojos la última luz del sol.

El aire se estremeció y resplandeció. El Errante había llegado.

Desmontó de su extraña cabalgadura, se arrodilló sobre el barro, puso la manos sobre la herida de su hijo.

—Padre —susurró Dagoberto, un gorjeo entre la sangre que le llenaba la boca.

La angustia cubrió el rostro que recordaba como serio y remoto.

—No puedo salvarte... no podría... ellos no lo harían... —farfulló el Errante.

—¿Hemos... ganado?

—Sí. Os libraréis de los hunos durante muchos años. Obra tuya.

El godo sonrió.

—Bien. Ahora llévame lejos, padre...

Carl sostuvo a Dagoberto entre sus brazos hasta que le llegó la muerte, y mucho tiempo después.

—¡Oh, Laurie!

—Calla, querido. Tenía que ser.

—¡Mi hijo, mi hijo!

—Acércate. No temas llorar.

—Pero era tan joven, Laurie.

—De todas formas un hombre adulto. No abandonarás a sus hijos, a tus nietos. ¿Verdad?

—No, nunca. Pero ¿qué puedo hacer? Dime qué puedo hacer por ellos. Están condenados, los descendientes de Jorith morirán, no puedo cambiar eso, ¿cómo puedo ayudarlos?

—Más tardeharemos en eso, querido. Primero, por favor, descansa, tranquilízate, duerme.

Tharasmund había cumplido su decimotercer invierno cuando su padre Dagoberto cayó en batalla. Sin embargo, después de enterrar a su líder en un túmulo en lo alto de una colina, los tervingos vitorearon al muchacho como su jefe guerrero. Era poco más que un mozalbeta, aunque prometedor, pero no aceptarían el mando de ninguna otra casa más que la suya.

Además, después de la batalla del Dniéper, no esperaban ningún peligro en el mañana. Habían derrotado a la alianza de varias tribus hunas. El resto no tendría prisa en atacar a los godos, ni los hérulos. Cualquier guerra que se luchase sería probablemente lejos, y no en defensa sino en nombre del rey Geberico. Tharasmund tendría tiempo para crecer y aprender. Más aún, ¿no dispondría del favor y el consejo de Wodan?

Waluburga, su madre, volvió a casarse, con un hombre llamado Ansgar. Ocupaba una posición por debajo de la de ella, pero tenía dinero y no estaba deseoso de poder. Juntos gobernaron bien sus tierras y fueron buenos líderes de su gente hasta la mayoría de edad de Tharasmund. Si siguieron haciéndolo después de esa fecha, antes de retirarse a vivir con tranquilidad, fue por expreso deseo del muchacho. La inquietud de sus antepasados también estaba en él, y quería libertad para viajar.

Eso estaba bien, porque en esos días se producían muchos cambios en el mundo. Un jefe guerrero debía conocerlos antes de tener esperanzas de tratar con ellos.

Roma se encontraba una vez más en paz consigo misma, aunque antes de morir Constantino había dividido el Imperio entre Occidente y Oriente. Para el trono oriental había elegido Bizancio, cambiándole el nombre por el suyo propio. Creció con rapidez en tamaño y riqueza. Después de una derrota, los visigodos firmaron un tratado con Roma y el tráfico por el Danubio se incrementó.

Constantino habla declarado que Cristo era el único dios del estado. Los representantes de la fe llegaban hasta muy lejos. Más y más godos del oeste se convertían. Lo que disgustaba mucho a los que permanecieron con Tiwaz y Frija. No sólo podían enfurecerse los antiguos dioses y traer desgracias sobre los desagradecidos; aceptar al nuevo dios abría las puertas al dominio de Constantinopla, lentamente pero sin tener que levantar más espadas. Los cristianos argumentaban que eso contaba menos que la salvación; además, desde

un punto de vista global, era mejor formar parte del Imperio que quedarse fuera. Año tras año creció la amargura entre facciones.

Al estar tan lejos, los ostrogodos tardaron en saber de esos asuntos. Los cristianos que había entre ellos eran en su mayoría esclavos traídos de zonas orientales. Había una iglesia en Olbia, pero era para el uso de los comerciantes romanos; de madera, pequeña y pobre cuando se la comparaba con los antiguos templos de mármol, aunque éstos ahora estaban vacíos. Sin embargo, al incrementarse el comercio, los habitantes del interior empezaron a encontrarse con los cristianos, algunos de ellos sacerdotes. Aquí y allá, las mujeres libres recibían el bautismo, y algunos hombres.

Los tervingos no estaban dispuestos a aceptarlo. Les iba bien con sus dioses, así como a todos los godos del este. Los extensos acres producían riquezas, así como el trueque entre norte y sur, y también su parte del tributo pagado por la gente que el rey había conquistado.

Waluburga y Ansgar construyeron una nueva residencia digna del hijo de Dagoberto. Se levantó en la orilla derecha del Dniéper, sobre una elevación que miraba los reflejos del río, entre el viento que agitaba la hierba y los cultivos, soportes de madera en los que anidaban los pájaros para cubrir el cielo. Sobre sus aguilones se alzaban dragones tallados; sobre las puertas se entrecruzaban cuernos de alce y toro; las columnas interiores sostenían las imágenes de los dioses; excepto la de Wodan, que cerca tenía un lugar sagrado ricamente engalanado. Otros edificios aparecieron a su alrededor: hasta que el asentamiento casi pudo considerarse una villa. La vida estallaba a su alrededor, hombres, mujeres, niños, caballos, sabuesos, carromatos, armas, sonidos de charla, risas, canciones, pisadas sobre el empedrado, martillos, sierras, ruedas, fuegos, juramentos y, de vez en cuando, el sollozo de alguien. Un cobertizo cerca de] agua guardaba una nave, cuando no estaba viajando lejos, y el muelle a menudo daba la bienvenida a naves que recorrían la corriente con sus maravillosas cargas.

A la residencia la llamaron Heorot, porque el Errante, con triste sonrisa, había dicho que ése era el nombre de un famoso lugar al norte, Venía cada pocos años, unos cuantos días cada vez, para escuchar lo que hubiese que escuchar.

Tharasmund creció mas oscuro que su padre, de pelo castaño, de huesos, rasgos y alma más pesados. Los tervingos no opinaban que eso fuese malo. Que quemase pronto sus ansias de aventuras, y que aprenda como lo hizo su padre; luego se quedaría en casa y los dirigiría con sabiduría. Creían que iban a necesitar a un hombre firme como líder. Les llegaban historias de un rey que estaba reuniendo a los hunos como Geberico había hecho con los ostrogodos. Las noticias de la región natal al norte decían que el hijo de Geberico, y su probable sucesor, Ermanarico, era cruel y autoritario. Además, lo más seguro era que pronto la familia real se trasladase al sur fuera de los pantanos y la humedad, en

dirección a aquellas tierras soleadas donde ahora se encontraba la mayoría de la nación. Los tervingos querían un líder capaz de defender sus derechos.

El último viaje de Tharasmund comenzó cuando tenía diecisiete inviernos, y duró tres años. Le llevó por el mar Negro hasta la mismísima Constantinopla. De allí regresó su nave; ésa fue la única noticia que tuvieron de él. Pero no tenían miedo; porque el Errante se había ofrecido para acompañar a su nieto.

Después, Tharasmund y sus hombres tuvieron historias para alegrarse las noches durante el resto de sus vidas. Después de su estancia en Nueva Roma —maravilla sobre maravilla, acontecimiento sobre acontecimiento— fueron por tierra, atravesando la provincia de Mesia y, por tanto, el Danubio. En su extremo más alejado se asentaron durante un año entre los visigodos. El Errante había insistido, diciendo que Tharasmund debía forjar amistad con ellos.

Y ciertamente pasó que el joven conoció a Ulrica, una hija del rey Atanarico. El poderoso líder todavía ofrecía sus ofrendas a los antiguos dioses; y el Errante en ocasiones también había aparecido en su reino. Se alegraba de formar una alianza con una casa guerrera del este. Y en cuanto a los jóvenes, se entendían. Ulrica ya era arrogante y dura, pero aceptó viajar para dirigir bien su casa, tener hijos sanos y apoyar a su hombre en sus decisiones. Se llegó a un acuerdo: Tharasmund volvería a casa, se enviarían regalos y peticiones, al cabo de un año, más o menos, su prometida se reuniría con él.

El Errante no estuvo más que una noche en Heorot antes de decir adiós. De él, Tharasmund y el resto no relataron más que los había dirigido con sabiduría, aunque a menudo desaparecía por un tiempo. Para ellos era demasiado extraño como tema de conversación.

Pero en una ocasión, años más tarde, cuando Erelieva yacía a su lado, Tharasmund le dijo:

—Le abrí mi corazón. Él lo deseaba, y me escuchó, y de alguna forma fue como si el amor y el dolor se agitasen tras sus ojos.

Al contrario que muchos agentes de la Patrulla que no pertenecían al rango más bajo, Herbert Ganz no había abandonado su entorno natal. Cuando lo reclutaron era ya un hombre de mediana edad, y un soltero empedernido. Le gustaba ser *Herr Professor* en la Universidad Friedrich Wilhelm de Berlín. Por norma, regresaba de sus viajes en el tiempo a los cinco minutos de su partida, para recuperar una existencia académica ordenada y ligeramente pomposa. Y en ese aspecto, sus saltos rara vez eran a algún otro destino aparte de una oficina maravillosamente equipada a siglos en el futuro, y casi encima a los primeros entornos germánicos que constituían su campo de investigación.

—No son adecuados para un estudioso pacífico —me había dicho cuando se lo pregunté—. Y al contrario. Me avergonzaría delante de ellos, me ganaría su desprecio, provocaría sospechas, e incluso podría morir. No, soy útil para el estudio, la organización, el análisis y las hipótesis. Déjame disfrutar de mi vida en las décadas que me son adecuadas. Pronto terminarán. Sí claro, antes de que la civilización occidental comience con dedicación su proceso de autodestrucción tendré que tener un aspecto más viejo, hasta que simule mi muerte... ¿Después qué? ¿Quién sabe? Preguntaré. Quizá simplemente comience de nuevo en algún otro sitio: *exempli gratia*, el Bonn o la Heidelberg posnapoleónicos.

Se sentía obligado a ser hospitalario con los agentes de campo que lo informaban en persona. Por quinta vez en mi línea vital hasta entonces, él y yo tomamos un pantagruélico almuerzo al que siguieron una siesta y un paseo por Unter den Linden. Regresamos a su casa en el crepúsculo del estío. De los árboles emanaban fragancias, los vehículos tirados por caballos traqueteaban al pasar, los caballeros se levantaban el sombrero al cruzarse con damas conocidas, un ruiseñor cantaba en un jardín de rosas. Ocasionalmente pasaba un oficial prusiano de uniforme, pero era evidente que sus hombros no soportaban la carga del futuro.

La casa era espaciosa, aunque los libros y los cachivaches tendían a ocultar ese hecho. Ganz me llevó hasta la biblioteca y llamó a una doncella, que entró rápidamente con un vestido negro y una cofia y un delantal blancos.

—Tomaremos café y pastel —indicó—. Y, sí, pon en la bandeja una botella de coñac, con vasos. Después no queremos ser molestados.

Cuando se fue, él dejó caer su rechoncha figura sobre el sofá.

—Emma es una buena chica —comentó mientras se limpiaba los anteojos. Los médicos de la Patrulla podrían haberle arreglado con facilidad la vista, pero hubiese tenido problemas para explicar por qué ya no necesitaba gafas, y decía que tampoco importaba mucho—. De una pobre familia campesina... *ach*, crían con rapidez, pero la naturaleza de la vida es que se desborda, ¿no es cierto? Estoy interesado en ella. De forma exclusivamente paternal, se lo aseguro. Dentro de tres años dejará el servicio porque se casa con un agradable joven. Yo entregaré una modesta dote con regalo de bodas, y seré el padrino de su primogénito. —La inquietud atravesó el rostro sonrosado y feliz—. Emma muere de tuberculosis a los cuarenta y uno. —Se pasó una mano por la cabeza calva—. No se me permitió hacer nada más que darle algunas medicinas para que le fuese más cómodo. En la Patrulla no nos atrevemos a llorar: ciertamente no por adelantado. Debería guardarme la pena, la culpabilidad, para mis pobres amigos y colegas inconscientes, los hermanos Grimm. La vida de Emma es mejor que la que conocerá la mayoría de la humanidad.

No contesté. Asegurada la intimidad, me concentré más de lo necesario en montar el aparato que había traído en el equipaje. (Allí pasaba por un estudioso británico de visita. Había practicado el acento. Un americano hubiese sufrido demasiadas molestias con preguntas sobre los pieles rojas y la esclavitud). Mientras Tharasmund y yo nos encontrábamos entre los visigodos, conocimos a Ulfilas. Había grabado el suceso, como hacía con todo lo que tuviese un interés especial. Seguro que Ganz querría ver al misionero jefe de Constantinopla, el Apóstol de los Godos, cuya traducción de la Biblia era virtualmente la única fuente de información sobre su lengua que habría sobrevivido hasta la aparición del viaje en el tiempo.

El holograma se formó. De pronto la habitación —candelabros, estanterías, mobiliario a la moda que sabía que era estilo imperio, bustos, pinturas y grabados enmarcados, loza, papel pintado con dibujos chinos, cortinas marrones— se convirtió en oscuridad alrededor de un fuego de campamento. Pero yo no estaba allí, en mi propio cráneo: porque era a mí a quien miraba, y él era el Errante.

(Las grabadoras son diminutas, operan a nivel molecular, autodirigidas, mientras recogen todas las entradas sensoriales. La mía, una de la muchas que llevaba, estaba oculta en la lanza que había apoyado en un árbol. Deseoso de conocer informalmente a Ulfilas, establecí la ruta de mi grupo de forma que interconceptase la suya mientras ambos viajábamos por la región que los romanos, antes de retirarse, había conocido como Dacia y que en mis días era Rumania. Después de asegurarnos mutuamente de nuestras pacíficas intenciones, mis ostrogodos y sus bizantinos montaron las tiendas y compartieron la comida).

Los árboles formaban en la oscuridad una muralla alrededor del claro. El humo iluminado por las llamas se elevaba para ocultar las estrellas. Ululaba un

búho, una y otra vez. La noche todavía era agradable, pero el rocío ya había empezado a enfriar la hierba. Los hombres estaban sentados con los pies cruzados cerca del fuego, excepto Ulfilas y yo. Él se había puesto en pie en su celo, y yo no podía permitirme ser dominado en presencia de los otros. Ellos miraban, escuchaban y furtivamente trazaban el gesto del hacha o la cruz.

A pesar de su nombre —originalmente había sido Wulfila— era bajo, recio y de nariz ancha, porque provenía de abuelos de Capadocia, que habían huido de los ataques godos en el 264. De acuerdo con el tratado del 332, había ido a Constantinopla como embajador y rehén. Con el tiempo volvió con los visigodos como misionero. El credo que predicaba no era el del Concilio de Nicea, sino la austera doctrina de Arrio, que había sido rechazada como herética. Sin embargo, se movía en la vanguardia de la cristiandad, en el mañana.

—No, no deberíamos limitarnos a intercambiar historias de nuestros viajes —dijo—. ¿Cómo podrían separarse de nuestras creencias? —Su tono era tranquilo y razonable, pero la mirada era aguda—. No sois un hombre normal, Carl. Eso lo veo claramente en vos y en los ojos de vuestros seguidores. Que nadie se ofenda si me pregunto si sois por completo humano.

—No soy un demonio malvado —dije.

¿Realmente le sacaba tanta altura, era yo gris, cubierto por una capa, conocedor ya del destino, una figura surgida de la oscuridad y el viento? Hasta hoy, mil quinientos años después de esa noche, me sentía como si fuese otra persona, el mismo Wodan, el siempre errante.

En Ulfilas ardía el fervor:

—Entonces no temeréis el debate.

—¿Qué sentido tendría, sacerdote? Sabéis bien que los godos no son gente del Libro. En sus tierras harían ofrendas a Cristo, a menudo lo hacen. Pero en las de ellos, vos nunca hacéis ofrendas a Tiwaz.

—No, porque Dios nos ha prohibido que nos inclinemos ante ningún otro. Sólo se puede adorar a Dios Padre. Al Hijo, que los hombres presten debida reverencia, sí, pero la naturaleza de Cristo... —Y Ulfilas se lanzó a un sermón.

No era una diatriba. Sabía que no era lo mejor. Habló con calma y razón, incluso con buen humor. No vaciló en emplear imágenes paganas, ni intentó más que sentar las bases de las ideas antes de permitir que la conversación se desviase por otros derroteros. Vi que algunos de mis hombres asentían pensativos. El arrianismo encajaba mejor con sus tradiciones y temperamento que el catolicismo, del que, de todos modos, no sabían nada. Sería la forma de cristiandad que finalmente adoptarían todos los godos; y de ahí surgirían siglos de problemas.

La verdad es que no estuve especialmente bien. Pero claro, ¿cómo podría sinceramente haber defendido un paganismo en el que realmente no creía y que sabía que iba a desaparecer? Igualmente, ¿cómo podría sinceramente haber

defendido a Cristo?

Mi ojos, en 1858, buscaron a Tharasmund. Mucho quedaba en su joven rostro de los adorables rasgos de Jorith...

—¿Y cómo va la investigación literaria? —preguntó Ganz al terminar la escena.

—Bastante bien. —Huí hacia los hechos—. Nuevos poemas; con versos que definitivamente parecen anteriores a los versos de *Widsith* y *Walther*. Específicamente, desde la batalla junto al Dniéper... —Eso dolía, pero saqué las notas y grabaciones, y seguí hablando.

344-347

El mismo año que Tharasmund regresó a Heorot y ocupó la jefatura de los tervingos, murió Geberico en el salón de sus padres, en el pico del Alto Tatra. Su hijo Ermanarico se convirtió en rey de los ostrogodos.

Posteriormente, ese mismo año, Ulrica, hija del visigodo Atanarico, vino a su prometido Tharasmund, a la cabeza de un gran y rico séquito. Su matrimonio fue una fiesta recordada durante mucho tiempo, una semana durante la que la comida, la bebida, los regalos, los juegos, la alegría y la fanfarria no se escatimaron para cientos de invitados. Como su propio nieto se lo había pedido, el Errante bendijo a la pareja, y bajo la luz de las antorchas guió a la novia hasta la habitación donde la aguardaba el novio.

Hubo algunos, no de la tribu tervinga, que murmuraron que Tharasmund parecía demasiado arrogante, como si se creyese mejor que los hombres de su rey.

Poco después de la boda tuvo que apresurarse. Los hérulos habían salido y las llamas estaban encendidas. Derrotarlos y destruir parte de su región se convirtió en labor de invierno. Apenas había terminado cuando Ermanarico envió el mensaje de que quería que todas las cabezas de tribu se reuniesen con él en la tierra materna.

Resultó provechoso. Se trazaron planes para conquistas y otras cosas que era preciso hacer. Ermanarico desplazó su corte al sur, donde se encontraba la mayoría de su gente. Además de muchos greutungos, también acudieron los jefes tribales y muchos guerreros. Fue un viaje espléndido, sobre el que los bardos tejieron palabras que el Errante pronto oyó cantar.

Por tanto, Ulrica tardó en dar a luz. Sin embargo, después de que Tharasmund se encontrase nuevamente con ella, pronto llenó su vientre, y muy bien. Ella dijo a sus mujeres que claro que sería un niño, y que viviría para ser tan recordado como sus antepasados.

Dio a luz una noche de invierno; algunos dijeron que sin problemas, otros dijeron que despreciando cualquier dolor. Toda Heorot se alegró. El padre envió la noticia de quedaría una fiesta para conceder el nombre.

Aquella era una agradable pausa en el trabajo de la estación, añadido al encuentro de invierno. La gente llegó en torrentes. Entre ellos se encontraban hombres que lo tomaban como una oportunidad para intercambiar unas palabras

en privado con Tharasmund. Sentían rencor por el rey Ermanarico.

El salón estaba adornado con ramas de hojas perennes, tejidos, metal pulido, vidrio romano. Aunque el día reinaba sobre el manto de nieve, las lámparas iluminaban la larga estancia. Vestidos con sus mejores ropas, los terratenientes más importantes de los tervingos y sus esposas rodeaban el alto asiento donde se encontraban la cuna y el bebé. Gente inferior, niños, perros, se congregaron alrededor de los muros. La dulzura del pino y del prado llenaba el aire y las cabezas.

Tharasmund dio un paso al frente. En su mano llevaba el hacha sagrada, para sostenerla sobre su hijo mientras recitaba la bendición de Donar. A su lado Ulrica sacó agua del pozo de Frija. Nadie allí había visto algo similar, más que para el primogénito de una casa real.

—Nos hemos reunido... —Tharasmund se detuvo. Todos los ojos se dirigieron hacia la puerta, y la respiración se detuvo—. ¡Oh, tenía esperanzas! ¡Bienvenido!

Con la lanza golpeando ligeramente el suelo, el Errante se acercó. Inclino su figura gris sobre el niño.

—¿Le concederéis, señor, su nombre? —preguntó Tharasmund.

—¿Cuál ha de ser?

—De la gente de su madre, para unirnos más a los godos del oeste, Hathawulf.

El Errante permaneció inmóvil un momento que se hizo eterno. Finalmente levantó la cabeza. El ala del sombrero le ensombrecía la cara.

—Hathawulf —dijo en voz baja, como para sí—. Oh, sí, ahora lo entiendo. —Un poco más alto añadió—: Weard así lo desea. Bien, que así sea. Le daré su nombre.

Sali de la base de Nueva York a la fría y temprana oscuridad de diciembre y me alejé a pie. Las luces y los escaparates me arrojaban la Navidad, pero no había muchos compradores. En las esquinas bajo el viento, los músicos del Ejército de Salvación tocaban o los Santa Claus hacían sonar campanas sobre sus calderos de caridad, mientras tristes vendedores ofrecían esto y aquello. Los godos no sufren la depresión, pensé. Pero los godos tenían menos que perder. Materialmente, en todo caso. Espiritualmente... ¿quién lo sabía? Yo no, por mucha historia que hubiese visto o llegase a ver.

Laurie oyó mis pasos en la entrada y abrió la puerta del apartamento.

Habíamos fijado la fecha de antemano, después de que ella volviese de Chicago donde tenía una exposición. Me abrazó con fuerza.

Al entrar, su alegría se apagó. Nos detuvimos en medio del salón. Me cogió ambas manos, me miró en silencio y me preguntó:

—¿Qué te ha hecho daño... en este viaje?

—Nada que no debiese haber previsto —contesté, oyendo mi voz tan aburrida como mi alma—. Eh, ¿cómo fue la exposición?

—Bien —respondió con eficacia—. De hecho, se han vendido dos cuadros por una buena suma. —Volvió a mostrar preocupación—. Bueno, dicho esto, siéntate. Deja que te sirva algo de beber. Dios, pareces apaleado.

—Estoy bien. No tienes que ocuparte de mí.

—Quizá me haga falta. ¿Lo has pensado alguna vez? —Laurie me arrojó sobre mi sillón habitual. Me senté en él y miré por la ventana. Las luces lejanas producían un agitado resplandor en el alféizar, a los pies de la noche. La radio sintonizaba un programa de villancicos. « Oh pueblecito de Belén... » .

—Quitate los zapatos —me aconsejó Laurie desde la cocina. Lo hice, y fue como realizar un verdadero gesto de vuelta a casa, como un godo soltándose el cinturón de la espada.

Ella trajo un par de whiskis con hielo, y me rozó con los labios la frente antes de sentarse en un sillón, frente al mío.

—Bienvenido —dijo—. Siempre eres bienvenido. —Levantamos los vasos y bebimos.

Ella esperó tranquilamente a que estuviese listo.

Lo solté de improviso.

—Ha nacido Hamther.

—¿Quién?

—Hamther. Él y su hermano Sorli murieron intentado vengar a su hermana.

—Lo sé —murmuró—. Oh, Carl, querido.

—Primer hijo de Tharasmund y Ulrica. El nombre es realmente Hathawulf, pero es fácil ver cómo se convirtió en Hamther a medida que la historia viajaba al norte durante siglos. Y quieren llamar Solbern a su siguiente hijo. Las fechas también encajan. Serán jóvenes, lo habrán sido, cuando... —No podía continuar.

Se inclinó hacia mí lo suficiente para registrar el toque de su mano en mi conciencia.

Después, desolada, dijo:

—No tienes que seguir con esto. ¿Verdad, Carl?

—¿Qué? —Durante un momento el asombro apagó el dolor—. Claro que tengo que hacerlo. Es mi trabajo, es mi deber.

—Tu trabajo es descubrir lo que la gente pone en versos e historias. No lo que realmente hicieron. Salta al futuro, querido. Deja que... Hathawulf esté muerto cuando vuelvas a regresar.

—¡No!

Comprendí que había gritado, tomé un largo y cálido trago, y me obligué a encararme con ella y decir con voz llana:

—Ya lo he pensado. Créeme, lo he hecho. Y no puedo. No puedo abandonarlos.

—Tampoco puedes ayudarlos. Todo está predestinado.

—No sabemos exactamente lo que sucederá... lo que sucedió. O cómo podría... No, Laurie, por favor, no digas nada más.

Ella suspiró.

—Bien, puedo entenderlo. Has estado con varias generaciones, mientras crecían, vivían, sufrían y morían; pero para ti no ha sido tanto tiempo. —No dijo: «para ti Jorith es un recuerdo muy cercano»—. Sí, haz lo que debas, Carl, mientras debas hacerlo.

Yo no tenía palabras, porque podía sentir su propio dolor.

Sonrió con inquietud.

—Pero ahora estás de permiso —dijo—. Deja el trabajo a un lado. Hoy he salido y he comprado un pequeño árbol de Navidad. ¿Qué te parece si lo decoramos esta noche, después de preparar una cena de *gourmet*?

Paz en la tierra, a los hombres de buena voluntad,
Desde el cielo y su benévolo Rey...

348-366

Atanarico, rey de los godos del oeste, odiaba a Cristo. Además de entregar ofrendas a los dioses de sus padres, temía a la Iglesia como taimada agente del Imperio. Dejádla roer lo suficiente, decía, y la gente se encontrará doblando las rodillas ante los amos romanos. Por tanto, enviaba hombres contra ella, frustraba a los familiares de los cristianos asesinados cuando pretendían conseguir una compensación y, finalmente, dictó leyes para la Gran Asamblea que dejaban la posibilidad de matanzas tan pronto como un acontecimiento calentase los ánimos. O eso pensaba. Por su parte, los godos bautizados, que para entonces ya no eran pocos, se reunieron y hablaron sobre dejar que el Señor Dios de las Huestes decidiese el resultado.

El obispo Ulfilas dijo que no era muy inteligente. Admitía que los mártires se convertían en santos, pero era el conjunto de los creyentes lo que mantenía la Palabra viva sobre la Tierra. Buscó y consiguió el permiso de Constantino para que su rebaño se trasladase a Mesia. Guiándolos al otro lado del Danubio, se aseguró de que se asentaban bajo las montañas Haemus. Allí se convirtieron en un grupo pacífico de pastores y granjeros.

Cuando esa noticia llegó a Heorot, Ulrica rió en voz alta.

—¡Así que mi padre se ha librado de ellos!

Su júbilo era prematuro. Durante los siguientes treinta años, Ulfilas trabajó en sus viñedos. No todos los visigodos cristianos lo habían seguido al sur. Quedaban algunos, entre ellos algunos jefes guerreros con el poder suficiente para protegerse a sí mismos y a sus súbditos. Recibían a los misioneros, cuya labor producía frutos. Las persecuciones de Atanarico hicieron que los cristianos buscasen un líder propio. Lo encontraron en Fritigemo, también de la casa real. Aunque nunca se produjo una guerra abierta entre las facciones, hubo muchos enfrentamientos. Más joven, y pronto más rico que su rival al recibir el favor de los mercaderes del Imperio, Fritigerno hizo que muchos godos del oeste se uniesen a la Iglesia con el paso de los años, simplemente porque parecía un acto muy prometedor.

A los ostrogodos los afectó poco. El número de cristianos entre ellos creció, pero lentamente y sin causar problemas. Al rey Ermanarico no le preocupaba ningún dios ni el otro mundo. Estaba demasiado ocupado conquistando todo lo que podía de este mundo.

Sus guerras rugían por toda la Europa oriental. En varias temporadas de feroz campaña derrotó a los hérulos. Aquellos que no se sometieron se trasladaron para unirse a tribus occidentales del mismo nombre. Aestios y vendios fueron presas fáciles para Ermanarico. Insaciable, llevó sus ejércitos al norte, más allá de las tierras que su padre había controlado. Al final, toda la franja desde el río Elba hasta el Dniéper le reconocía como señor.

En esos enfrentamientos Tharasmund se ganó un nombre y obtuvo un gran botín. Pero no le gustaban las crueldades de] rey. En ocasiones, en las asambleas, se ponía en pie no sólo para hablar por su tribu sino por otros, en nombre de sus antiguos derechos. Entonces Ermanarico debía ceder, aunque a regañadientes. Los tervingos eran todavía demasiado peligrosos, o él no lo suficientemente poderoso, para convertirlos en enemigos. Eso era aún más cierto porque muchos godos hubiesen temido levantar sus armas contra una casa que todavía recibía de vez en cuando a su extraño antepasado.

El Errante estaba allí cuando dieron nombre al tercer hijo de Tharasmund y Ulrica, Solbern. El segundo había muerto en la cuna, pero Solbern, como su hermano, creció fuerte y hermoso. El cuarto hijo fue una niña, a la que llamaron Swanhild. Para ella también apareció el Errante, pero brevemente, y después no se le vio durante años. Swanhild se convirtió en hermosa a la mirada, y era tan dulce y alegre como la naturaleza.

Ulrica dio a luz a tres hijos más. Todos muy distanciados y ninguno vivió mucho. Tharasmund estaba generalmente lejos de casa, luchando, comerciando, consultando a hombres de valía, guiando a sus tervingos en los asuntos comunes. A su regreso solía dormir con Erelieva, la amante que había tomado poco después del nacimiento de Swanhild.

No era ni una esclava ni de baja cuna, sino la hija de un acomodado terrateniente. Es más, por la rama femenina descendía de Winnithar y Salvaindis. Tharasmund la había conocido mientras cabalgaba entre las tribus, como era su costumbre anual cuando estaba fuera, para escuchar lo que tuviesen en mente. Prolongó su estancia en esa casa, y pasaban mucho tiempo juntos. Más tarde envió mensajeros preguntando si vendría a él. Llevaron ricos regalos para sus padres, así como promesas de honor para ella y lazos entre familias. No era una oferta para rechazar a la ligera, y la muchacha estaba impaciente, así que finalmente partió con los hombres de Tharasmund.

Mantuvo su palabra y la trató con cariño. Cuando le dio un hijo, Alawin, dio una fiesta tan lujosa como había hecho con Hathawulf y Solbern. En el futuro tuvo pocos hijos, y la enfermedad se los llevó pronto, pero eso no hizo disminuir su amor por ella.

Ulrica estaba amargada. No porque Tharasmund tuviese otra mujer. Eso era algo que hacían la mayoría de los hombres que podían permitírselo, y él ya había tenido sus escauceos. Lo que molestaba a Ulrica era la posición que daba a

Erelieva; segunda sólo por detrás de Ulrica en la casa, y por encima de ella en su corazón. Era demasiado orgullosa para iniciar una pelea que iba a perder, pero sus sentimientos eran evidentes. Con Tharasmund se volvió fría, incluso cuando él buscaba su cama. Eso hizo que él se distanciase más, y sólo se acercaba con la esperanza de más hijos.

Durante sus largas ausencias, Ulrica hacía todo lo posible por despreciar a Erelieva y decir palabras duras contra ella. La joven enrojecía pero lo soportaba en silencio. Se había ganado a sus amigos. Era Ulrica la autoritaria la que estuvo cada vez más sola. Por tanto, prestaba mucha atención a sus hijos; éstos crecieron muy unidos a ella.

Con todo, eran jóvenes valientes, rápidos en aprender todo lo que correspondía a un hombre, queridos allí adonde iban. Eran muy diferentes, Hathawulf el más colérico, Solbern el más pensativo, pero los unía el cariño. Y en cuanto a su hermana Swanhild, todos los tervingos —incluidos Erelieva y Alawin— la adoraban.

Durante ese tiempo, pasaban años entre visita y visita del Errante, y eran breves. Eso hizo que la gente se sintiese todavía más sobrecogida ante él. Cuando su característica silueta aparecía sobre las colinas, los hombres hacían sonar los cuernos y desde Heorot salían galopando los jinetes para recibirlo y escoltarlo. Permanecía más en silencio que antes. Era como si una pena secreta hubiese depositado su peso sobre él, aunque nadie se atrevía a preguntarle. Eso resultaba más evidente cuando Swanhild pasaba a su lado con su belleza, o se acercaba llena de orgullo y estremeciéndose si su madre le había permitido servir el vino al invitado, o se sentaba a su pies entre los otros jóvenes cuando contaba historias y daba sabios consejos. En una ocasión él le dijo a su padre:

—Es como su bisabuela.

El duro guerrero se estremeció un poco en su cota. ¿Cuánto tiempo llevaba muerta la mujer?

En una ocasión el Errante se mostró sorprendido. Desde su última aparición, Erelieva había llegado a Heorot y había tenido a su hijo. Con timidez, enseñó el bebé al Anciano. Él permaneció sentado durante muchos latidos antes de preguntar:

—¿Cómo se llama?

—Alawin, señor —contestó.

—¡Alawin! —El Errante se llevó la mano a la frente—. ¿Alawin? —Al cabo de un rato dijo casi susurrando—: Pero tú eres Erelieva. Erelieva, Erp, sí, quizá sea así como te recuerden, querida. —Nadie comprendió el significado de sus palabras.

Pasaron los años. Durante ese periodo el rey Ermanarico creció. Y también lo hicieron su crueldad y su avaricia.

Cuando tanto él como Tharasmund habían cumplido el cuadragésimo

invierno, el Errante apareció de nuevo. Los que salieron a su encuentro tenían el rostro triste y hablaban poco. Heorot estaba llena de hombres armados. Tharasmund saludó al invitado con desolada alegría.

—Abuelo y señor, ¿habéis venido en nuestra ayuda, como la vez en que expulsasteis a los vándalos de la vieja Gotland?

El Errante permaneció quieto, como si estuviese tallado en Piedra.

—Será mejor que me lo cuentes desde el principio —dijo por fin.

—¿Para que lo tengamos claro en nuestras cabezas? Pero lo está. Bien... se hará vuestra voluntad. —Tharasmund meditó—. Dejadme llamar a dos más.

Esos dos resultaron ser un extraño par. Liuderis, corpulento y fuerte, era el hombre de confianza del jefe guerrero. Servía como administrador de las tierras de Tharasmund y como capitán de guerreros cuando Tharasmund estaba ausente. El segundo era un joven de pelo rojo de quince años, sin barba pero fuerte, con una furia en los ojos verdes que superaba sus años. Tharasmund lo llamó Randwar, hijo de Gutrico, no un tervingo, sino un greutungo.

Los cuatro se retiraron a un cuarto alto donde podían hablar sin ser escuchados. Un corto día de invierno se terminaba. Las lámparas daban luz para ver y un brasero algo de calor, aunque los hombres estaban sentados envueltos en pieles y el aliento salía blanco por entre las tinieblas. Se trataba de una habitación ricamente decorada, con sillas romanas y una mesa con incrustaciones de madreperla. De las paredes colgaban tapices y las contraventanas tenían tallas.

Los sirvientes habían traído una jarra de vino y copas de cristal para beber. A través del suelo de roble llegaban los sonidos de la vida. Bien les había ido al hijo y al nieto del Errante.

Pero Tharasmund frunció el ceño, se agitó en su silla y se pasó los dedos por entre los rizos castaños y la barba bien cortada, antes de volverse hacia el visitante y decir:

—Cabalgamos hacia el rey, quinientos hombres fuertes. Su última atrocidad es más de lo que cualquiera puede aguantar. Tendremos justicia para los muertos, o si no el gallo rojo cantará sobre su tejado.

Quería decir fuego... un levantamiento, guerra de godos contra godos, derrocamiento y muerte.

Nadie supo si el Errante había mudado el gesto. Las sombras se agitaron en los surcos de su cara mientras las lámparas parpadeaban y la oscuridad merodeaba.

—Dime qué ha hecho —dijo.

Tharasmund hizo un gesto envarado en dirección a Randwar.

—Cuéntalo, muchacho, como nos lo contaste a nosotros.

El joven tragó saliva. La furia emergió por entre la timidez que había sentido en su presencia. Con un puño se golpeó la rodilla, una y otra vez, mientras relataba con brusquedad:

—Sabed, señor, aunque creo que ya lo sabéis, que el rey Ermanarico tenía dos sobrinos, Embrica y Fritla. Eran hijos de un hermano suyo, Aiulf, que cayó en la guerra contra los anglos del norte. Embrica y Fritla siempre lucharon bien. Aquí en el sur, hace dos años, dirigieron una tropa al este contra los aliados alanos de los hunos. Trajeron a casa un gran botín, porque habían atacado un lugar donde los hunos guardaban tributos traídos de muchas regiones. Ermanarico lo supo y declaró que le pertenecía. Sus sobrinos dijeron que no, que el ataque había sido exclusivamente de ellos. Él les pidió que viniesen a discutir la cuestión. Lo hicieron, pero primero escondieron el tesoro. Aunque les había prometido seguridad, Ermanarico los hizo detener. Cuando no le dijeron dónde estaba el tesoro, primero los hizo torturar y luego ejecutar. Después envió hombres a registrar sus tierras. Fracasaron; pero causaron grandes destrozos, quemaron las casas de los hijos de Aiulf, mataron a sus familias... para imponer obediencia, dijeron. Mi señor —Randwar gritó—, ¿estuvo eso bien?

—Suele ser el comportamiento de los reyes. —El tono del Errante era como si el hierro hubiese adquirido la capacidad de hablar—. ¿Cuál es tu relación en este asunto?

—Mi... mi padre también era hijo de Aiulf, pero murió joven. Mi tío Embrica y su esposa me criaron. Estaba en un largo viaje de caza. Cuando regresé, la casa era un montón de cenizas. La gente me contó que los hombres de Ermanarico se habían aprovechado de mi madre adoptiva antes de cortarle la garganta. Ella... era pariente de esta casa. Aquí vine.

Volvió a desplomarse sobre la silla, luchó por no llorar, y tomó un trago de su copa de vino.

—Sí —dijo Tharasmund—, ella, Mathaswentha, era mi prima. Ya sabéis que las familias importantes a menudo se casan entre ramas tribales. Ranward es un pariente más lejano; sin embargo, compartimos algo de una sangre que ha sido derramada. Además, sabe dónde está el tesoro, hundido bajo el Dniéper. Está bien que Weard lo hiciese alejarse en ese momento y evitase su muerte. Ese oro le compraría al rey demasiado poder.

Liuderis movió la cabeza.

—No lo entiendo —murmuró—. Después de todo lo que he oído, sigo sin entender. ¿Por qué se comporta Ermanarico de esa forma? ¿Está poseído? ¿O sólo está loco?

—Creo que ninguna de las dos cosas —dijo Tharasmund—. Creo que en alguna medida, su consejero Sibicho, ni siquiera un goda sino un vándalo a su servicio, le ha susurrado maldades. Pero Ermanarico siempre está dispuesto a escuchar, sí. —Al Errante—: Durante años ha estado incrementando los tributos que debemos pagar, y ha llevado a mujeres libres a su cama tanto si querían como si no, y en general ha tratado con crudeza a la gente. Creo que tiene la intención de romper la voluntad de aquellos jefes guerreros que se le han

opuesto. Si aceptamos esto último, estaremos aún más dispuestos a aceptar lo siguiente.

El Errante asintió.

—Sí, tienes toda la razón. Yo diría, además, que Ermanarico envidia el poder del emperador de Roma, y quiere lo mismo para sí sobre los ostrogodos. Además, oye como Fritigerno se levanta para oponerse a Atanarico entre los visigodos, y tiene la intención de aplastar a cualquier rival en su reino.

—Cabalgamos para exigir justicia —dijo Tharasmund—. Debe pagar doble compensación por la muerte de sus sobrinos y, en la Gran Asamblea, jurar sobre la Piedra de Tiwaz para seguir desde ese momento las antiguas leyes y derechos. En caso contrario, levantaré a todo el país contra él.

—Tiene muchos de su parte —le advirtió el Errante—: algunos por las promesas que les han hecho, algunos por avaricia y miedo, otros porque creen que hay que tener un rey fuerte para mantener las fronteras ahora que los hunos vuelven a reunirse como una serpiente lista para atacar.

—¡Sí, pero ese rey no tiene por qué ser Ermanarico! —gritó Randwan.

En Tharasmund se encendió la esperanza.

—Señor —le dijo al Errante—, vos que derrotasteis a los vándalos, ¿volveréis a estar al lado de vuestro pueblo?

La respuesta fue inquieta.

—Yo... no puedo luchar en vuestras batallas. Weard no lo permitiría.

Tharasmund permaneció en silencio un momento. Al fin preguntó:

—¿Vendréis al menos con nosotros? Seguro que el rey os prestará atención.

El Errante continuó un tiempo sin hablar, hasta que por fin dijo lo siguiente:

—Sí, veré qué puedo hacer. Pero no prometo nada. ¿Me oís? No prometo nada.

Y así partió con los otros, como cabeza del grupo.

Ermanarico tenía residencias por todo el reino. Él, sus guardias, sabios y sirvientes viajaban de una a otra. Las noticias eran que, tras los asesinatos, se había atrevido a acercarse a tres días a caballo de Heorot.

Ésos fueron tres días de escasas alegrías. La nieve helada cubría la tierra como una costra. Se rompía bajo los cascos. El cielo era bajo y de un gris uniforme, el aire estático y crudo. Las casas estaban cubiertas de paja. Los árboles se alzaban desnudos, excepto los grupos de abetos. Nadie dijo mucho o cantó demasiado, ni siquiera alrededor del fuego de campamento antes de irse a dormir.

Pero cuando vieron su destino, Tharasmund hizo soplar el cuerno y llegaron a pleno galope.

El empedrado resonaba, los caballos relinchaban mientras los tervingos entraban en el patio real. Un número igual de guardias permanecía apostado frente al salón, las cabezas de lanza relucientes entre pendones caídos.

—¡Queremos hablar con vuestro amo! —rugió Tharasmund.

Era un insulto bien escogido, como si lo hombres que allí se encontraban no fuesen libres sino esclavos, como perros o romanos. El capitán enrojeció antes de responder:

—Algunos podréis entrar, pero el resto tendrá que retirarse.

—Sí, hacedlo —le murmuró Tharasmund a Liuderis.

El viejo guerrero gruñó:

—Bien, lo haremos, ya que ponemos nerviosas a tus tropas... pero no nos alejaremos mucho, ni esperaremos mucho a saber si nuestros líderes están a salvo de traiciones.

—Hemos venido a hablar —se apresuró a decir el Errante.

Él, Tharasmund y Randwar desmontaron. Los guardias se apartaron a su paso. Había más en los bancos del interior. En contra de la costumbre, iban armados. En el centro de la pared oriental, flanqueado por sus cortesanos, estaba Ermanarico.

Era un hombre grande de porte inflexible. Rizos negros y una barba rodeaban un rostro marcado y serio. Iba lujosamente vestido, con pesadas bandas doradas sobre frente y muñecas; la luz de las llamas se reflejaba en el metal. Sus ropas eran de telas extranjeras teñidas, ribeteadas de marta y armiño. En la mano sostenía una copa de vino, no de vidrio sino de cristal, y en sus dedos relucían rubíes.

Ordenó silencio hasta que los tres cansados y sucios viajeros llegaron hasta el trono. Los miró un buen rato antes de decir:

—Bien, Tharasmund, vienes con compañeros poco usuales.

—Debes saber quiénes son —contestó el jefe tervingio— y cuál es nuestro propósito.

Un hombre delgado y de rostro ceniciento situado a la derecha del rey, Sibicho el vándalo, le susurró algo al oído. Ermanarico asintió.

—Entonces sentaos —dijo—. Beberemos y comeremos.

—No —se negó Tharasmund—. No tomaremos ni tu sal ni de tu jarra hasta que no estés en paz con nosotros.

—Eres muy atrevido.

El Errante levantó en alto su lanza. Se hizo el silencio, por lo que el crepitar de los grandes fuegos se oyó más fuerte.

—Si sois sabio, rey, oiréis a este hombre —dijo—. Vuestra tierra sangra. Lavad las herida y aplicad las hierbas antes de que se hinche y enferme.

Ermanarico lo miró a los ojos y contestó.

—No soporto los insultos, anciano. Le escucharé si controla la lengua. Dime en pocas palabras lo que quieres, Tharasmund.

Aquello fue como una bofetada en la mejilla. El tervingio tuvo que tragar tres veces antes de exponer sus exigencias.

—Pensé que querías eso —dijo Ermanarico—. Sabed que Embria y Fritla cayeron por sus propios actos. Le negaron a su rey lo que le pertenecía por derecho. Los ladrones y perjuros son bandidos. Sin embargo, soy compasivo. Estoy dispuesto a pagar compensación por sus familias y posesiones... en cuanto me sea entregado el tesoro.

—¿Qué? —gritó Ranward—. ¿Cómo te atreves a hablar así, asesino?

Los guardias se agitaron. Tharasmund puso una mano de advertencia sobre el hombro del muchacho. A Ermanarico le dijo:

—Pedimos doble compensación y reconocimiento del mal que has hecho. No podemos tomar menos sin perder nuestro honor. Pero en cuanto a la propiedad del tesoro, que decida la Gran Asamblea; y, decida lo que decida, que haya paz.

—No regateo —contestó Ermanarico con voz glacial—. Aceptad mi oferta e idos... o rechazadla e idos, antes de que decida que lamentéis vuestra insolencia.

El Errante se adelantó. Una vez más levantó la lanza para pedir silencio. El sombrero le ocultaba el rostro, haciendo que su aspecto fuese doblemente extraño; la capa azul caía sobre sus hombros como un par de alas.

—Escuchadme —dijo—. Los dioses son justos. Traerán destrucción a los que se mofan de la ley y aplastan a los débiles. Ermanarico, escucha antes de que sea demasiado tarde. Escucha antes de que tu reino sea destruido.

Un murmullo de agitación recorrió el salón. Los hombres se movían, hacían gestos, agarraban las empuñaduras para confortarse. Los ojos se movían blancos entre el humo y la oscuridad. Había hablado el Errante.

Sibicho tiró de la manga del rey y le susurró algo más. Ermanarico asintió. Se inclinó hacia delante, con el índice recto como un cuchillo, y habló fuerte para que su voz resonase en la madera.

—Has sido recibido en casas de mi reino, anciano. Malo es que me amenaces. Y eres poco inteligente, por mucho que digan de ti los niños, viejas e idiotas, si crees que te temo. Sí, dicen que eres el mismísimo Wodan. ¿Qué me importa? No confió en dioses etéreos, sino en la fuerza que me pertenece.

Se puso en pie. Sacó la espada reluciente.

—¿Quieres enfrentarte a mí, viejo mendigo? —gritó—. Podemos levantar una empalizada ahora mismo. ¡Encuéstrate conmigo allí, de hombre a hombre, y romperé esa lanza tuya en dos y te expulsaré aullando!

El Errante no se movió; su arma se agitó un poco.

—Weard no lo permite —prácticamente susurró—. Pero te lo advierto con toda seriedad, por cada uno de los godos, haz la paz con estos hombres que has dañado.

—Haré paz si ellos lo desean —dijo Ermanarico, sonriendo—. Ya has oído mi oferta, Tharasmund, ¿la aceptas?

El tervingio cruzó los brazos, mientras Randwar rugía como un lobo, el Errante permanecía de pie como un ídolo y Sibicho miraba desde el banco.

—No —dijo—. No puedo.

—Entonces vete, idos todos vosotros, antes de que os haga azotar.

Ante eso, Randwar sacó una hoja. Tharasmund y Liuderis buscaron las suyas; por todas partes relució el hierro. El Errante dijo en voz alta:

—Nos iremos, pero sólo por la suerte de los godos. Medita, rey, mientras sigas siendo rey.

Instó a sus compañeros a irse. Ermanarico empezó a reír. Sus risas los persiguieron por todo el corredor.

Laurie y yo nos fuimos a pasear a Central Park. A nuestro alrededor marzo se mostraba exuberante. Quedaban algunas pequeñas zonas de nieve, pero por lo demás la hierba ya estaba verde. Los arbustos y árboles tenían capullos. Más allá de las ramas, las torres de la ciudad relucían recién lavadas por el clima, y en el cielo azul algunas nubes hacían una regata. El frío era el justo para activar la circulación.

Perdido en mi invierno personal, apenas percibía nada.

Me cogió la mano.

—No deberías haberlo hecho, Carl. —Sentí que compartía mi dolor, en la medida en que podía.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —le contesté desde la oscuridad—. Tharasmund me pidió que fuese con ellos. Ya te lo he dicho. ¿Cómo podría negarme y volver a dormir en paz?

—¿Duermes bien ahora? —Hizo la pregunta con rapidez—. Vale, quizá estubo bien, dentro de lo permisible, prestar cualquier consuelo que pudiese haber en tu presencia, pero hablaste, intentaste descabezar el conflicto.

—Benditos los que buscan la paz, me enseñaron en la escuela dominical.

—Ese enfrentamiento es inevitable. ¿No? Está en los mismos poemas e historias que fuiste a investigar.

Me encogí de hombros.

—Historias. Poemas. ¿Cuánto contienen de verdad? Oh, sí, la historia sabe qué pasó al final con Ermanarico. Pero ¿murieron Swanhild, Hathawulf y Solbern como dice la saga? ¿Si algo así sucedió, si no es más que una imagen romántica, siglos posterior, que un cronista se tomó en serio, les sucedió necesariamente a ellos? —Me aclaré la garganta agarrotada—. Mi trabajo en la Patrulla es descubrir cuáles son los acontecimientos que realmente sucedieron para protegerlos.

—Cariño, cariño —suspiró—, te hace tanto daño. Te distorsiona el juicio. Piensa. Yo he pensado, vaya si he pensado, y claro está que no he estado allí en persona, pero quizá eso me de una perspectiva que tú... que tú has decidido no tener. Todo lo que has informado, durante este asunto, todo muestra los acontecimientos dirigiéndose a un único final. Si tú, como un dios, hubieses podido obligar al rey a reconciliarse, lo hubiese hecho, seguro. Pero no, ésa no es

la forma del continuo.

—¡Pero es flexible! ¿Qué diferencia puede representar la vida de unos cuantos bárbaros?

—Estás alucinando, Carl, y lo sabes. Yo... yo misma paso mucho tiempo despierta pensando en lo que podrías estropear. Vuelves a estar demasiado cerca de lo prohibido. Quizá ya hayas cruzado el límite.

—Las líneas del tiempo se ajustarán. Siempre lo hacen.

—Si eso fuese cierto, no necesitaríamos la Patrulla. Debes comprender los riesgos a los que te enfrentas.

Lo hacía. Me obligaba a enfrentarme a ellos. Los puntos de nexo se producen, allí donde importa hacia dónde cae el dado. Y tampoco solían ser los lugares más evidentes.

Un ejemplo me vino a la mente, como un cadáver que sube a la superficie. Un instructor de la Academia lo había presentado como adecuado para cadetes fuera de mi entorno.

De la Segunda Guerra Mundial fluían enormes consecuencias. La principal era que dejaba a los soviéticos con el control de media Europa (las armas nucleares eran indirectas; hubiesen aparecido igualmente alrededor de esa época, porque los principios ya se conocían). Al final, la situación político-militar llevó a acontecimientos que afectaron al destino de la humanidad durante cientos de años... por siempre, porque esos siglos tenían sus propios nexos.

Y sin embargo, Winston Churchill tenía razón cuando llamó al conflicto de 1939-1945 «la Guerra Innecesaria». Ciertamente, las debilidades de las democracias fueron importantes en su origen. Sin embargo, no hubiese habido ninguna amenaza para acobardarlas si el nazismo no hubiese tomado el control en Alemania. Y ese movimiento, originalmente pequeño y del que todos se burlaban, más tarde castigado (aunque con bastante suavidad) por las autoridades de Weimar... ese movimiento no hubiese tomado el poder, no hubiese podido, en el país de Bach y Goethe, sino a través del genio único de Adolf Hitler. Y el padre de Hitler había nacido como Alois Schicklgruber, un ilegítimo, el resultado accidental de un lío entre un burgués austriaco y una de sus criadas...

Pero si evitabas esa relación, lo que podía hacerse con facilidad sin perjudicar a nadie, abortabas toda la historia posterior. En 1935, digamos, el mundo podía ser diferente. Quizá fuese mejor que el original (en algunos aspectos, por un tiempo) o quizá peor. Podía imaginar, por ejemplo, que los humanos nunca se hubiesen aventurado a salir al espacio. Seguro que no lo hubiesen hecho tan pronto; y podría haber sucedido demasiado tarde para rescatar una Tierra moribunda. No puedo imaginar que se hubiese establecido ninguna utopía pacífica.

No importaba. Si por mi intervención la situación en tiempos de Roma cambiaba de forma importante, yo todavía estaría allí; pero cuando regresase a

este año, toda mi civilización no habría existido nunca. Laurie nunca hubiese sido.

—No... no estoy de acuerdo en que me esté arriesgando —dije—. Mis superiores leyeron mis informes, informes sinceros. Me lo harían saber si me estuviera saliendo de los límites.

¿Sinceros?, me pregunté. Bien, sí, relataban lo que observaba y hacia, sin mentiras ni ocultaciones, aunque con un estilo parco. Pero la Patrulla no quería golpes de pecho emocionales, ¿no? Y no se esperaba que contase cada detalle trivial, ¿no? En todo caso, sería imposible.

Tomé aliento.

—Mira —dije—. Conozco mi lugar. Sólo soy un simple investigador lingüístico y literario. Pero si puedo ayudar, con toda la seguridad posible, tengo que hacerlo. ¿No?

—Sí, Carl.

Seguimos andando. Al rato dijo:

—Eh, hombre, estás de permiso, de vacaciones, ¿lo recuerdas? Se supone que debemos relajarnos y disfrutar de la vida. He estado haciendo planes para los dos. Escucha.

Vi lágrimas en sus ojos, e hice lo posible por devolverle la alegría con la que ella las cubría.

366-372

Tharasmund llevó a sus hombres de vuelta a Beorot. Se separaron y cada uno buscó su propia casa. El Errante se despidió.

—No te apresures a actuar —fue su consejo—. Tómate tu tiempo. ¿Quién sabe lo que podría suceder?

—Creo que vos lo sabéis —dijo Tharasmund.

—No soy un dios.

—Me lo habéis dicho muchas veces, pero nada más. Entonces, ¿qué sois?

—No puedo revelarlo. Pero si esta casa me debe algo por lo que he hecho a lo largo de los años, reclamo ahora mi deuda, y te conmino a que actúes despacio y con precaución.

Tharasmund asintió:

—Lo haría en cualquier caso. Llevará tiempo y habilidad reunir a suficientes hombres en una hermandad a la que Ermanarico no pueda enfrentarse. Después de todo, la mayoría preferiría quedarse sentado en su casa esperando a que los problemas pasen de largo, aunque golpeen a otros. Mientras tanto, es probable que el rey no se atreva a una violación abierta antes de creerse preparado. Debo mantenerme por delante de él, pero sé muy bien que un hombre puede recorrer más distancia caminando que corriendo.

El Errante le cogió la mano, iba a hablar, pero parpadeó, se dio la vuelta y se alejó. Lo último que Tharasmund vio de él fue su sombrero, la capa y la lanza, alejándose por el camino del invierno.

Randwar se estableció en Heorot, un recuerdo vivo del agravio. Pero era demasiado joven y estaba demasiado lleno de vida para esperar mucho. Pronto él, Hathawulf y Solbern se hicieron amigos, cazaban juntos, hacían deporte, participaban en juegos y todo tipo de diversiones. A su vez se acercó mucho a su hermana Swanhild.

El equinoccio trajo hielo fundido, brotes, flores y hojas, Durante la estación fría Tharasmund había viajado mucho por entre los tervingos y más allá, para hablar en privado con hombres importantes. Durante la primavera permaneció en casa y se ocupó de trabajar sus tierras; y, cada noche, él y Erelieva disfrutaban juntos.

Llegó el día en que gritó con alegría:

—Hemos plantado y recogido, limpiado y reconstruido, ayudado a parir al

ganado y lo hemos enviado a los pastos. ¡Tengamos libertad por un tiempo! Mañana nos vamos de caza.

Esa mañana besó a Erelieva frente a todos los hombres que iban a ir con él, antes de saltar a la silla y alejarse. Los perros ladraban, los caballos relinchaban, los cascos golpeaban y los cuernos gemían. Allí donde la carretera bordeaba un bosquecillo y se perdía de vista, se dio la vuelta para saludarla con la mano.

Lo volvió a ver esa tarde, pero era un cuerpo enrojecido.

Los hombres que lo trajeron a la casa, sobre una litera improvisada con una capa atada entre dos lanzas, contaron con voz apagada lo sucedido. Al entrar al bosque que comenzaba a unas millas, encontraron el rastro de un jabalí salvaje y lo siguieron. Larga fue la persecución antes de llegar hasta la bestia. Era grande, de cerdas brillantes y dientes como las hojas de una daga. Tharasmund gritó de alegría. Pero el corazón del jabalí era tan grande como su cuerpo. No permaneció quieto mientras algunos cazadores descendían y otros lo incitaban a cargar. Atacó inmediatamente. El caballo de Tharasmund gritó, derribado y con el vientre abierto. El jefe cayó con fuerza. El jabalí lo vio y saltó sobre él. Los colmillos rasgaron el cuerpo entre monstruosos gruñidos. La sangre saltaba por todas partes.

Aunque los hombres se apresuraron a matar a la bestia, murmuraron algo de que bien podría haber sido un demonio, o estar poseído... ¿un enviado de Ermanarico o su intrigante consejero Sibicho? Fuese como fuese, las heridas de Tharasmund eran demasiado profundas para restañar. Apenas tuvo tiempo de levantar la mano para agarrar las de sus hijos.

Las mujeres lloraron en el salón y las casas menores... excepto Ulrica, que permaneció pétrea, y Erelieva, que fue a llorar sola.

Mientras la primera lavaba y preparaba el cadáver, como era su derecho de esposa, los amigos de la segunda se la llevaron a otra parte. No mucho después la casaron con un terrateniente, un viudo cuyos hijos necesitaban una madrastra y que vivía bien lejos de Heorot. Aunque sólo tenía diez años, su hijo Alawin hizo lo que debía hacer un hombre y se quedó. Hathawulf, Solbern y Swanhild le defendieron de la mayor parte del desprecio de su madre, ganándose así el amor eterno de Alawin.

Mientras tanto, la noticia de la muerte de su padre se extendió por todas partes. La gente llenó el salón, donde Ulrica se honró y honró a su hombre. El cuerpo fue traído desde una casa de hielo, donde había descansado ricamente vestido. Liuderis guiaba a los guerreros que lo depositaron en una tumba de troncos a la que llevaron espada, lanza, yelmo, cota, tesoros de oro, plata, ámbar y vidrio y monedas romanas. Hathawulf, hijo de la casa, mató el caballo y el perro que seguirían a Tharasmund por el camino hacia el otro mundo. Un fuego rugía en el santuario de Wodan mientras los hombres acumulaban tierra sobre la tumba hasta que la depresión quedó cubierta y formó una elevación. Después

cabalgaron alrededor una y otra vez, golpeando los escudos con las hojas y aullando como el lobo.

Siguió una celebración que duró tres días. El último día apareció el Errante.

Hathawulf le ofreció la silla alta. Ulrica le sirvió vino. En el silencio que había caído sobre toda la reluciente oscuridad, bebió en honor de] fantasma, la Madre Frija y el bienestar de la casa. Después dijo poco. Al cabo de un rato le indicó a Ulrica que se acercase y hablaron en susurros. Los dos abandonaron el salón y buscaron la casa de las mujeres.

La noche caía, de un gris azulado a través de las ventanas abiertas, oscura en la habitación. El frío traía el aroma de las hojas y la tierra, el trino de los ruiseñores, pero a Ulrica le parecían distantes, no del todo reales. La mujer miro durante un rato la tela a medio terminar en el telar.

—¿Qué tejerá Weard a continuación?—preguntó en voz baja.

—Una mortaja —dijo el Errante—, a menos que desvíes la lanzadera por un nuevo camino.

Ella se volvió para mirarlo y contestó, casi en torno de burla:

—¿Yo? Sólo soy una mujer. Es mi hijo Hathawulf el que ahora dirige a los tervingos.

—Tu hijo. Es joven, y ha visto menos mundo que su padre a su edad. Tú, Ulrica, hija de Atanarico, esposa de Tharasmund, tienes conocimiento y fuerza, así como la paciencia que deben adquirir las mujeres. Si lo decides, puedes dar a Hathawulf sabios consejos. Y está acostumbrado a escucharte.

—¿Y si me caso de nuevo? Su orgullo levantará un muro entre nosotros.

—De alguna forma tengo la sensación de que no lo harás.

Ulrica miró el crepúsculo.

—No, no es mi deseo. Ya he tenido suficiente. —Se volvió hacia el rostro ensombrecido—. Me pedís que permanezca aquí y conserve el poder que pueda tener sobre él y su hermano. Bien, ¿qué debo decirles, Errante?

—Habla con sabiduría. Te será duro tragarte tu orgullo y no buscar vengarte de Ermanarico. Más duro aún será para Hathawulf. Pero seguro que comprendes, Ulrica, que sin el liderazgo de Tharasmund, la enemistad sólo puede terminar de una forma. Haz que tus hijos comprendan que a menos que lleguen a un acuerdo con el rey, esta familia está condenada.

Ulrica guardó silencio mucho tiempo. Al final dijo:

—Tenéis razón y lo haré. —Una vez más sus ojos buscaron los de Carl entre la oscuridad—. Pero será por necesidad, no por deseo. Porque si alguna vez tenemos la oportunidad de hacer daño a Ermanarico, seré la primera en exigirlo. Y nunca nos inclinaremos ante ese trol, ni sufriremos con mansedumbre nuevas desgracias de su mano. —Sus palabras le golpearon como un halcón—. Lo sabéis bien. Vuestra sangre está en mis hijos.

—He dicho lo que debía decir. —Suspiró el Errante—. Ahora haz lo que

puedas.

Volvieron a la fiesta. Por la mañana se fue.

Ulrica siguió bien el consejo, aunque con amargura. No era fácil la tarea, hacer que Hathawulf y Solbern lo aceptasen. Ellos gritaron palabras referidas al honor y al buen nombre. Ella les dijo que el valor no era lo mismo que la estupidez. Jóvenes, sin preparar, sin las habilidades del liderazgo, simplemente no tenían ninguna esperanza de convencer a suficientes godos para que se rebelasen. Liuderis, al que ella había llamado, la apoyó a disgusto. Ulrica les dijo a sus hijos que no tenían derecho a causar la destrucción de la casa de su padre.

Mejor sería que negociasen, que llevaran el caso ante la Gran Asamblea y aceptaran la decisión si el rey también lo hacía. Los que habían sufrido el daño no eran familiares muy cercanos; sus herederos podrían mejor aprovechar la compensación que les habían ofrecido que la venganza de otros; muchos jefes y terratenientes se alegrarían de que los hijos de Tharasmund hubiesen evitado la división del reino, y en los años posteriores los tratarían con respeto.

—Pero recuerda lo que temía padre —dijo Hathawulf—. Si cedemos ante Ermanarico, hará más presión.

Ulrica apretó los labios.

—No he dicho que debáis permitir tal cosa —contestó—. No, si lo intenta, ¡entonces por el Lobo de Tiwaz, sabrá lo que es pelear! Pero mi esperanza es que sea demasiado sagaz. Se contendrá.

—Hasta tener el poder para destruirnos.

—Oh, eso llevará tiempo, y mientras tanto, claro está, nosotros buscaremos con calma nuestra propia fuerza. Recordad, sois jóvenes. Si no sucede nada más, le sobreviviréis. Pero podría ser que no necesitaseis esperar tanto tiempo. A medida que envejezca.

De esa forma, día a día, semana a semana, Ulrica calmó a sus hijos hasta que se sometieron a sus deseos.

Randwar los llamó cuervos traicioneros. Casi hubo golpes. Swanhild se arrojó entre él y sus hermanos.

—¡Sois amigos! —gritó.

No podían hacer más que recorrer el camino hacia una especie de calma.

Más tarde Swanhild consoló a Randwar. Ella y él paseaban juntos por un camino en el que crecían moras, los árboles buscaban y atrapaban la luz del sol y los pájaros cantaban. Ella tenía el pelo largo y dorado, sus ojos eran grandes y azules como el cielo engarzados sobre un rostro delicado y se movía como un cervatillo.

—¿Siempre tienes que estar triste? —preguntó—. Este día es demasiado hermoso para eso.

—Pero ellos, los que me criaron —dijo Randwar con voz entrecortada—, yacen sin ser vengados.

—Estoy segura de que saben que te encargarás de eso en cuanto puedas, y serán pacientes. Tienen hasta el fin del mundo, ¿no? Vas a ganarte un nombre que hará que ellos también sean recordados; espera y verás... ¡Mira, mira! ¡Mariposas! ¡La puesta de sol está viva!

Aunque Randwar ya nunca más reveló a Hathawulf y Solbern lo que le pasaba por el corazón, volvió a llevarse bien con ellos. Después de todo, eran los hermanos de Swanhild.

Hombres que sabían hablar diplomáticamente recorrieron el camino entre Heorot y el rey. Ermanarico los sorprendió aceptando más que antes. Era como si sintiese, después de que su oponente Tharasmund hubiese desaparecido, que podía permitirse algo más de generosidad. No estaba dispuesto a pagar doble compensación, porque sería admitir que había hecho algo mal. Sin embargo, dijo, si aquellos que sabían dónde estaba escondido el tesoro lo llevaban a la siguiente Gran Asamblea, él dejaría que los representantes decidiesen quién era su dueño.

Ése fue el acuerdo. Pero mientras se realizaba el regateo, Hathawulf, guiado por Ulrica, hizo que otros hombres hiciesen una ronda, y el mismo habló con muchos propietarios. Así fue hasta la reunión posterior al equinoccio de otoño.

En ella el rey defendió su derecho al tesoro. Era una costumbre antigua, dijo, que cualquier cosa de valor que un hombre fiel pudiese ganar mientras luchaba al servicio de su señor fuese para ese señor, que repartiría el botín entre aquellos que se lo mereciesen o cuyo favor necesitase. En caso contrario, la guerra se convertiría en una lucha de cada soldado para sí mismo; la fuerza del grupo se reduciría, ya que la avaricia podía más que la gloria; las tropas se dedicarían a luchar por el botín. Embrica y Fritla lo sabían bien, pero prefirieron no obedecer la ley.

Después, tomaron la palabra representantes que Ulrica había escogido, para asombro del rey. No había esperado que fuesen tantos.

En formas diferentes, defendieron la misma idea. Sí, los hunos y sus vasallos alanos eran enemigos de los godos. Pero ese año Ermanarico no había luchado contra ellos. El ataque fue un acto que Embrica y Fritla habían realizado por sí solos, como si de una empresa comercial se tratara. Habían ganado con justicia el tesoro y era suyo.

La discusión fue larga y acalorada, tanto en la sala del consejo como en las casetas levantadas fuera, en el campo. Aquello era más que una cuestión de ley; se trataba de decidir qué voluntad debía prevalecer. Las palabras de Ulrica, en boca de sus hijos y sus mensajeros, habían convencido a muchos hombres de que, aunque Tharasmund se hubiese ido —sí, porque Tharasinund se había ido—, sería mejor reprender al rey.

No todos estaban de acuerdo o no se atrevían a decir que lo estaban. Por tanto, al final los godos votaron por dividir el tesoro en tres partes iguales, una

para Ermanarico, y una para cada hijo de Embrica y Fritla. Como los hombres del rey habían matado a esos hijos, los dos tercios serían para Randwar el adoptado. De la noche a la mañana, se hizo rico.

Ermanarico se fue lívido y mudo de la reunión. Pasó mucho tiempo antes de que alguien reuniese el coraje para hablar con él. Sibicho fue el primero. Se lo llevó a un lado y hablaron durante horas. Lo que dijeron nadie lo oyó; pero después Ermanarico se manifestó de mejor humor.

Cuando llegaron las noticias a Heorot, Randwar murmuró que si la comadreja se sentía feliz eso era malo para los pájaros. Pero el resto del año transcurrió en paz.

Al verano siguiente, que también había sido tranquilo, sucedió algo extraño. El Errante apareció en el camino del oeste, como hacía siempre. Liuderis guió a los hombres para recibirlo y escoltarlo.

—¿Cómo está Tharasmund y su pueblo? —dijo el recién llegado.

—¿Qué? —contestó Liuderis asombrado—. Tharasmund está muerto, señor. ¿Lo habéis olvidado? Vos mismo estuvisteis en su funeral.

El Gris se detuvo apoyándose en su lanza como un hombre aturdido. De pronto, para los otros, el día parecía menos cálido y soleado.

—Cierto —dijo al fin, casi demasiado bajo—. Me he confundido. —Agitó los hombros, miró a los jinetes y dijo con voz más alta—. He tenido muchas cosas en la cabeza. Disculpádmeme, pero me parece que en esta ocasión no podré estar con vosotros. Dadles mis saludos. Os veré más tarde. —Se dio la vuelta y se alejó por el mismo camino por el que había venido.

Los hombres lo miraron fijamente, asombrados, e hicieron gestos para alejar los malos augurios. Un poco después, un vaquero vino a la casa y contó que el Errante se había encontrado con él en un prado y le había interrogado durante mucho tiempo sobre la muerte de Tharasmund. Nadie sabía lo que aquello podía indicar, pero una sirvienta cristiana dijo que el hecho demostraba que los antiguos dioses tenían cada vez menos fuerza y se desvanecían.

En cualquier caso, los hijos de Tharasmund recibieron al Errante con deferencia cuando regresó en otoño. No se atrevieron a preguntar cual había sido el problema en la ocasión anterior. Por su parte, se manifestaba más abierto que antes y, en lugar de un día o dos, se quedó un par de semanas. La gente comentó la atención que prestaba a los jóvenes hermanos, Swanhild y Alawin.

Claro está, era con Hathawulf y Solbern con los que hablaba en serio. Los animó a que uno de ellos o los dos fuesen al oeste al año siguiente, como su padre había hecho en su juventud.

—Os servirá bien conocer los países romanos y cultivar la amistad de los visigodos —dijo—. Yo mismo puedo acompañaros para guiaros, daros consejo y hacer de intérprete.

—Me temo que no podemos —contestó Hathawulf—. Todavía no. Los hunos

son cada vez más fuertes y atrevidos. Han empezado a atacar otra vez nuestras granjas. Por poco que nos guste, debemos admitir que el rey Ermanarico tiene razón cuando anuncia guerra para la llegada del verano; y Solbern y yo no nos quedaremos atrás.

—No —dijo su hermano—, y no sólo por el honor. Hasta ahora el rey ha contenido su mano, pero no es ningún secreto que no nos tiene aprecio. Si nos ganamos fama de cobardes y reticentes, y luego se produce una amenaza, ¿quién se atrevería o querría luchar de nuestro lado?

El Errante pareció más triste por eso que por lo que aparentemente esperaba. Al fin dijo:

—Bien, Alawin cumplirá doce años... demasiado joven para ir con vosotros, pero lo suficientemente mayor para venir conmigo. Dejadle.

Eso lo consintieron, y Alawin enloqueció de alegría. Viéndole dar volteretas por el suelo, el Errante agitó la cabeza y murmuró:

—Cómo se parece a Jorith. Pero claro, desciende de ella por ambas partes. —Con brusquedad, le dijo a Hathawulf—: ¿Cómo os lleváis, él, Solbern y tú?

—Muy bien —dijo el jefe guerrero, tomado por sorpresa—. Es un buen chico.

—¿Nunca os peleáis con él?

—Oh, no más de lo que de vez en cuando obliga su imprudencia. —Hathawulf se acarició su joven barba sedosa—. Sí, nuestra madre no le aprecia. Siempre ha sido muy rencorosa. Pero a pesar de lo que digan algunos tontos, no domina a sus hijos. Si su consejo nos parece sabio, lo seguimos. Si no, pues no.

—Aferraos al amor que sentís entre vosotros —pareció pedir el Errante, más que aconsejar u ordenar—. Algo muy raro en este mundo.

Cumpliendo su promesa, volvió en primavera. Hathawulf le había preparado vestimenta adecuada a Alawin, caballos, un séquito y oro y pieles para comerciar. El Errante mostró los preciosos regalos que llevaba, que les ayudarían a ganar una buena posesión durante el viaje. Recogiéndose las mangas, abrazó a los dos hermanos y a la hermana.

Durante mucho tiempo miraron cómo se alejaba la caravana. Alawin parecía tan pequeño y su pelo agitado tan brillante, en comparación con la silueta gris y azul que cabalgaba a su lado. No manifestaron lo que pensaban: cómo una visión tan lejana recordaba que Wodan era el dios que guiaba las almas de los muertos.

Pero al cabo de un año todos volvieron con buena salud. Los miembros de Alawin se habían alargado, su voz era más profunda y estaba lleno de lo que había visto, oído y hecho.

Hathawulf y Solbern tenían noticias menos agradables. La guerra contra los hunos del verano anterior no había ido muy bien. Unos jinetes siempre terribles por su destreza y estribos, los hunos habían aprendido a moverse bajo el estricto

control de un líder astuto. No habían derrotado a los godos en ninguna de la batallas que libraros, pero habían ocasionado grandes pérdidas, y no podía decirse que hubiesen sido derrotados. Reducidas por los ataques sorpresa, el hambre y la falta de botín, las tropas de Ermanarico al final tuvieron que retirarse por los interminables prados. No lo intentaría de nuevo este año; no podía.

Por tanto, era un alivio escuchar a Alawin noche tras noche mientras la gente se reunía para beber. Las fabulosas regiones de Roma despertaban los sueños. Sin embargo, parte de lo que contó hizo que Hathawulf y Solbern fruncieran el ceño, causó perplejidad en Randwar y Swanhild y despertó las miradas furiosas de Ulrica. ¿Por qué el Errante había viajado como lo había hecho?

No había llevado primero al grupo a Constantinopla por mar, como hiciera con Tharasmund. En lugar de eso, habían viajado por tierra hasta territorio visigodo, donde se quedaron durante meses. Habían presentado sus respetos al pagano Atanarico, pero permanecieron mas tiempo en la corte de] cristiano Fritigerno. Ciertamente, no sólo este último era mas joven sino que tenía mayor número de hombres bajo su mando, aunque Atanarico seguía hostigando a los cristianos que vivían en las zonas que él controlaba.

Cuando al final el Errante consiguió permiso para pasar al Imperio y cruzó el Danubio para entrar en Mesia, una vez más pasó el tiempo entre los godos cristianos, en el asentamiento de Ulfilas, y animó a Alawin a hacer amigos también allí. Más tarde el grupo visitó Constantinopla, pero no durante mucho tiempo. El Errante pasó gran parte de ese periodo explicando al joven las costumbres romanas. A finales del otoño volvieron al norte y pasaron el invierno en la corte de Fritigerno. El visigodo pretendía que se bautizara, y Alawin lo hubiese hecho después de ver las iglesias y otros edificios majestuosos en el viaje. Al final se negó, pero con amabilidad, explicando que no podía enfrentarse a sus hermanos. Fritigerno lo aceptó bien, y se limitó a decir:

—Que pronto llegue el día en que las cosas cambien para ti.

Llegada la primavera, habiéndose secado el lodo en los caminos, el Errante llevó a casa al joven y a los hombres. No se quedó allí.

Ese verano Hathawulf se casó con Anslaug, hija del jefe Taifal. Ermanarico había intentado evitar esa unión.

Poco después, Randwar buscó a Hathawulf y le preguntó si podían hablar a solas. Ensillaron un par de caballos y cabalgaron hasta los pastos. Era un día de viento y floración a lo largo de millas de hierba leonada. Las nubes se apresuraban blancas por la inmensidad; sus sombras corrían por el mundo. El ganado pastaba en grupos dispersos. Los pájaros saltaban del suelo y en lo alto se agitaba un halcón. La frialdad del aire estaba veteada de tierra cocida por el sol y aroma de flores.

—Creo saber lo que quieres —dijo Hathawulf con sagacidad.

Randwar se pasó una mano por el pelo rojo.

—Sí. A Swanhild como esposa.

—Humm. Parece gustarle tenerte cerca.

—¡Nos tendremos mutuamente! —gritó Randwar. Recuperó la compostura—. Te iría bien a ti. Soy rico; y anchos campos en barbecho me esperan, en la tierra de los greutungos.

Hathawulf frunció el ceño.

—Eso está muy lejos, Aquí podemos defendernos juntos.

—Allí me recibirán con alegría muchos terratenientes. No perderás un compañero, ganarás un aliado.

Aun así Hathawulf se resistió, hasta que Randwar dijo:

—Sucederá de todas formas. Nuestros corazones lo han decidido. Mejor que sigas los deseos de Weard.

—Siempre has sido imprudente —dijo el jefe guerrero, no sin amabilidad, aunque la inquietud se distinguía en su tono—. Tu creencia de que los meros sentimientos entre un hombre y una mujer son suficientes para construir un buen matrimonio no dice mucho de tu juicio. Dejado a tu propia voluntad, ¿qué cosas poco sabias podrías hacer?

Randwar abrió la boca. Antes de que tuviera tiempo de enfadarse, Hathawulf le puso una mano en el hombro y siguió hablando, mientras sonreía con algo de tristeza:

—No pretendía insultarte. Sólo quiero que lo pienses dos veces. No está en tu naturaleza, lo sé, pero te pido que lo intentes. Por Swanhild.

Randwar demostró que podía contener su lengua.

Cuando regresaron, Swanhild corrió al patio. Agarró la rodilla de su hermano. Soltó en torrente su impaciencia:

—Oh, Hathawulf, está bien, ¿no? Dijiste que sí, sé que lo hiciste. Nunca me has hecho tan feliz.

El resultado fue una gran fiesta de bodas que agitó y estremeció Heorot aquel otoño. Para Swanhild sólo había una sombra, que el Errante se encontrase en otro lugar. Ella había dado por hecho que él la bendeciría a ella y a su hombre. ¿No era él el Guardián de su familia?

Mientras tanto, Randwar envió hombres al este a sus posesiones. Levantaron una nueva casa donde había estado la de Embrica y la acondicionaron bien. La joven pareja viajó hasta allí en espléndida compañía. Swanhild atravesó el umbral con aquellas ramas de hoja perenne que traían la bendición de Frija; Randwar dio una fiesta para los vecinos, y allí se establecieron.

Pero pronto, a pesar de lo mucho que amaba a su esposa, partía a menudo durante días. Recorría el país de los greutungos para conocer a sus habitantes. Cuando un hombre le parecía del temperamento adecuado, Randwar se lo llevaba aparte y hablaban de otras cosas además del ganado, el comercio y los

hunos.

En un día oscuro antes del solsticio, cuando unos pocos copos de nieve caían sobre la tierra congelada, los perros ladraron fuera del salón. Randwar cogió una lanza de la puerta y salió a ver qué sucedía. Dos fuertes granjeros lo siguieron, igualmente armados. Pero cuando reconoció la alta silueta que caminaba por su patio, Randwar clavó el arma y gritó:

—*Hail!* ¡Bienvenido!

Al oír que no había peligro, Swanhild salió corriendo. Sus ojos y pelo, bajo un pañuelo de esposa, y el vestido blanco que acariciaba su agilidad eran lo único brillante alrededor. Habló con alegría:

—¡Oh, Errante, querido Errante, bienvenido!

Él se acercó hasta que ella pudo ver bajo el sombrero y se llevó la mano a los labios.

—Pero estáis lleno de congoja —dijo alterada—. ¿No es así? ¿Qué pasa?

—Lo siento —contestó con palabras pesadas como piedras—. Algunas cosas deben permanecer en secreto. Me mantuve apartado de vuestra boda porque no podía llevar la tristeza. Ahora... Bien, Randwar, he recorrido un camino agitado. Déjame tornar algo caliente y recordar viejos tiempos.

Algo de su viejo interés se manifestó esa noche cuando un hombre cantó un poema sobre la última campaña en tierra de los hunos. A cambio él contó nuevas historias, aunque con menos ánimo que antaño, como si tuviese que obligarse a hacerlo. Swanhild suspiraba de felicidad.

—No puedo esperar a que mis hijos puedan oírlos —dijo, aunque todavía no esperaba a ninguno. Se asustó un poco al ver que él se estremecía.

Al día siguiente se alejó con Randwar. Pasaron horas a solas. Más tarde el greutungo le dijo a su mujer:

—Me advirtió una y otra vez del odio que Ermanarico siente por nosotros. Aquí estamos, en medio de la región tribal del rey sin fuerza firme mientras nuestra fortuna siga atrayéndolo con su brillo. Quería que retirásemos las empalizadas y nos trasladásemos pronto, muy lejos, hasta el oeste de la tierra de los godos. Claro está, no puedo. Ya he estado sondeando a los hombres sobre la posibilidad de unirnos contra el rey para resistir su autoritarismo y, si es necesario, luchar. El Errante dijo que no podía esperar mantenerlo en secreto y que era una locura.

—¿Qué contestaste a eso?—preguntó ella un tanto asustada.

—Dije que los godos libres tienen el derecho a abrir sus mentes unos a otros. Y dije que mis padres adoptivos nunca habían sido vengados. Si los dioses no hacen justicia, deben hacerla los hombres.

—Deberías escucharlo. Sabe más de lo que llegaremos a saber nosotros.

—Bien, no voy a ser imprudente. Esperaré mi oportunidad. Puede que no se necesite más. Los hombres a menudo mueren antes de su tiempo; si lo hacen

hombres buenos como Tharasmund, ¿por qué no los malvados como Ermanarico? No, querida, nunca huiremos de éstas nuestras tierras, que pertenecen a nuestros hijos por nacer. Por tanto, debemos prepararnos para defenderlas, ¿no? —Randwar se abrazó a Swanhild—. Vamos —rió—, empecemos por encargarnos de esos hijos.

El Errante no podía cambiar su decisión y, al cabo de unos días, dijo adiós.

—Creo... —vaciló—. No puedo... ¡Oh, niña, te pareces tanto a Jorith! —La abrazó, la besó, la soltó y se alejó. Con asombro, la gente lo oyó llorar.

Pero entre los tervingos se presentó férreo. Mucho tiempo pasó allí en los meses siguientes, tanto en Heorot como entre los terratenientes, hombres libres o campesinos, trabajadores y marineros.

Incluso viniendo de él, lo que les conminaba a hacer era algo que no podían aceptar con rapidez. Quería que tuviesen lazos más estrechos con el oeste. No sólo iban a ganar por el incremento del comercio. Si les atacaba algún enemigo —digamos, por ejemplo, los hunos— entonces tendrían un lugar al que ir. Al verano siguiente, debían enviar hombres y bienes a Fritigerno, que los protegería; y que conservasen barcos, carruajes, herramientas y comida a la espera; y que muchos de ellos aprendiesen sobre las tierras intermedias y cómo atravesarlas con seguridad.

Los ostrogodos estaban sorprendidos y murmuraban entre sí. Dudaban de un crecimiento rápido del comercio con tales distancias, y por tanto no tenían demasiados deseos de arriesgar trabajo y dinero. Y en cuanto a abandonar sus hogares, eso era impensable. ¿Decía la verdad el Errante? Y de todas formas, ¿quién era? En ocasiones lo trataban como un dios, y parecía llevar allí mucho tiempo; pero él mismo no se definía como tal. Podía ser un trol, un hechicero, o —decían los cristianos— un demonio enviado para tentar a los hombres. O simplemente la edad podría estar volviéndolo tonto.

El Errante siguió con su plan. Algunos de los que lo escucharon encontraron sus palabras dignas de mayor consideración; y a algunos jóvenes los enardecía. Entre estos últimos se encontraba Alawin de Heorot... aunque Hathawulf se volvió pensativo y Solbern se apartó.

El Errante recorrió de un lado a otro la tierra, hablando, planeando, ordenando. Para el equinoccio de otoño ya tenía una base de lo que quería. Oro, bienes y hombres para cuidarlos se encontraban ya en el trono de Fritigerno al oeste; Alawin iría allí al año siguiente, para conseguir más comercio, sin que importase su juventud; en Heorot y otras muchas casas los ocupantes partirían inmediatamente en caso necesario.

—Os habéis agotado por nosotros —le dijo Hathawulf al final de su último día en el salón—. Si sois uno de los Anses, entonces no son infatigables.

—No —susurró el Errante—. Ellos también perecerán en la destrucción del mundo.

—Pero seguro que eso queda muy lejos en el tiempo.

—Un mundo tras otro han caído en ruinas desde siempre, hijo mío, y lo seguirán haciendo en los años y miles de años por venir. He hecho por ti lo que he podido.

Anslaug, la mujer de Hathawulf, entró para despedirse. De su pecho mamaba su primer nacido. La mirada del Errante se dirigió al pequeño.

—Aquí está el mañana —susurró.

Nadie comprendió lo quería decir. Pronto se alejaba, él y su lanza bastón, por un camino en el que las últimas hojas caídas volaban empujadas por un viento frío.

Y poco después de eso llegó la terrible noticia a Heorot.

Ermanarico el rey había dicho que tenía la intención de hacer una incursión en tierras de los hunos. No sería una guerra formal, como las que habían fracasado hasta entonces. Por tanto no pidió tropas, sino sólo su guardia, varios cientos de guerreros que conocía bien y sabía fieles. Con un golpe rápido y ágil podrían matar gran parte de su ganado. Con suerte, podrían pillar por sorpresa dos o tres de sus campamentos. Los godos asintieron cuando la noticia llegó a sus casas. Con cuervos más gordos en el este y la sucia escoria de la estepa reducida quizá podrían retirarse al lugar donde habían nacido.

Pero cuando hubo reunido a sus tropas, Ermanarico no partió inmediatamente. De pronto, allí estaba, en el salón de Randwar, mientras que los hogares de los amigos de Randwar ardían en llamas de horizonte a horizonte.

La lucha fue breve, tal era la fuerza que el rey había hecho caer sin avisar sobre un joven. Empujado, con las manos atadas a la espalda, Randwar salió a su patio. La sangre le corría por el cráneo. Había matado a tres de los que habían venido por él, pero las órdenes eran capturarlo con vida, y ellos le dieron con palos y mangos hasta que cayó.

Era una tarde triste, en la que el viento gemía. El humo se mezclaba con el sonido de la destrucción. La puesta de sol se consumía. Unos pocos defensores muertos yacían sobre las piedras. Swanhild se encontraba entumecida en manos de dos guerreros, cerca de Ermanarico que no había desmontado. Era como si ella no entendiese lo sucedido, como si nada fuese real excepto el niño que llevaba en el vientre.

Los hombres del rey llevaron a Randwar a su presencia. Miró al prisionero.

—Bien —dijo—, ¿qué tienes que decir en tu defensa?

Randwar habló con dificultad, aunque mantenía la cabeza erguida.

—Que no atacué por sorpresa a alguien que no me había hecho nada.

—Bien, veamos. —Los dedos de Ermanarico peinaron una barba que se estaba volviendo blanca—. Bien, veamos. ¿Está bien conspirar contra tu señor?

¿Está bien moverse con sigilo para atacar?

—Yo... no he hecho nada de eso... no haría sino preservar el honor y la libertad... de los godos... —La garganta seca de Randwar no podía sacar más.

—¡Traidor! —gritó Ermanarico, y lanzó una larga invectiva. Randwar permaneció caído, como si no oyese nada.

Cuando Ermanarico se dio cuenta, se detuvo.

—Basta —dijo—. Colgadlo del cuello y abandonadlo a los cuervos, como a un ladrón.

Swanhild gimió y se resistió. Randwar le dirigió una mirada empañada antes de enfrentarse al rey y decir:

—Si me cuelgas, tengo a Wodan por antepasado. Él... me vengará...

Ermanarico lanzó una patada y golpeó a Randwar en la boca.

—¡Colgadlo!

De un cobertizo salía una viga en voladizo. Los hombres ya habían pasado una cuerda por ella.

Pusieron el lazo alrededor del cuello de Randwar, lo colgaron en lo alto y ataron la cuerda con rapidez. Se resistió mucho en el aire antes de colgar libre al viento.

—¡Sí, el Errante te matará, Ermanarico! —rugió Swanhild—. ¡Te maldigo como viuda, asesino, y lanzo a Wodan contra ti! ¡Errante, llevadlo a la caverna más oscura del infierno!

Los greutungos se estremecieron, hicieron gestos y sacaron talismanes. El propio Ermanarico mostró inquietud. Sibicho, subido a un caballo a su lado, dijo:

—¿Llama a sus antepasados brujos? ¡No permitáis que viva! ¡Qué la tierra se purifique de la sangre que lleva!

—Sí —dijo Ermanarico recuperando la voluntad. Dictó sus órdenes.

El miedo más que otra cosa hizo correr a los hombres. Los que sostenían a Swanhild la abofetearon hasta que se tambaleó y la patearon en medio del patio. Ella yacía aturdida sobre las piedras. Los jinetes se reunieron a su alrededor, forzando a los caballos, que relinchaban y se resistían.

Cuando se retiraron, no quedaba más que una masa roja y trozos blancos.

Cayó la noche. Ermanarico festejó con sus tropas la victoria en el salón de Randwar. Por la mañana encontraron el tesoro y se lo llevaron. La cuerda gemía allí donde Randwar colgaba sobre lo que había sido Swarhild.

Ésas fueron las noticias que los hombres llevaron a Heorot. Se habían apresurado a enterrar a los muertos. La mayoría no se atrevió a hacer más, pero unos cuantos greutungos sentían deseos de venganza, como todos los tervingos.

La furia y la pena dominaron a los hermanos de Swanhild. Ulrica se portaba con mayor frialdad, encerrada en sí misma. Pero cuando preguntaron qué podían hacer, incluso aunque otras tribus habían llegado desde lejos... ella se los llevó a un lado y hablaron hasta que cayó la impaciente noche.

Los tres entraron en el salón. Dijeron lo que habían decidido. Mejor atacar inmediatamente. Ciertamente, el rey lo esperaba, y mantendría la guardia cerca durante un tiempo. Sin embargo, por lo que habían dicho los testigos que la habían visto pasar, no era mucho mayor que la que ahora ocupaba el salón. Un ataque sorpresa de hombres valientes podría derrotarla. Esperar daría a Ermanarico tiempo y sin duda, contaba con el tiempo necesario para aplastar a todos los godos del este que eran libres.

Los hombres rugieron su disposición. El joven Alawin se unió a ellos. Pero de pronto la puerta se abrió, y allí estaba el Errante. Severamente ordenó al último hijo de Tharasmund que esperase allí, antes de volver a la noche y al viento.

Firmes, Hathawulf, Solbern y sus hombres cabalaron al amanecer.

Fui a casa para estar con Laurie. Pero, al día siguiente, cuando regresé después de un largo paseo, no me estaba esperando. En su lugar, Manse Everard se levantó de mi sillón. Su pipa había vuelto acre y neblinoso el aire.

—¿Eh? —fue cuanto pude decir.

Se acercó. Sentí sus pisadas. Tan alto como yo y con más peso, parecía elevarse por encima de mí. Su expresión era neutra. La ventana que tenía a la espalda lo enmarcaba contra el cielo.

—Laurie está bien —dijo maquinalmente—. Le pedí que saliese. Esto ya será problemático sin que ella esté presente para sentirse herida y afectada.

Me cogió por el hombro.

—Siéntate, Carl. Ha sido duro, eso está claro. Pretendías tomarte unas vacaciones, ¿no?

Me arrojé sobre el asiento y miré la alfombra.

—Tengo que hacerlo —murmuró. Oh, ataré los cabos sueltos, pero primero... Dios, ha sido terrible...

—No.

—¿Qué? —Levanté la vista. Me miraba desde arriba, con los pies separados, los puños en la cintura, haciéndome sombra—. Ya te lo he dicho, no puedo seguir.

—Puedes y lo harás —gruñó—. Volverás conmigo a la base. Inmediatamente. Has tenido una noche de sueño. Bien, eso es todo lo que tendrás hasta que esto acabe, Ni tampoco tranquilizantes. Tendrás que sentirlo todo intensamente mientras sucede. Tendrás que estar completamente alerta. Además, no hay nada como el dolor para enseñar de forma permanente una lección. Y quizá más importante: si no dejas que el dolor salga, de la forma en que la naturaleza lo pretendía, nunca te librarás de él. Serás un hombre perseguido. La Patrulla merece algo mejor. Y también Laurie. E incluso tú mismo.

—¿De qué hablas? —pregunté mientras el horror se levantaba a mi alrededor.

—Tienes que terminar lo que empezaste. Cuanto antes, mejor, por ti sobre todo. ¿Qué vacaciones podrías tener si supieses lo que te espera? Te destruiría. No, haz el trabajo inmediatamente, que quede atrás en tu línea de mundo; luego podrás descansar y empezar a recuperarte.

Agité la cabeza, no como negativa sino confundido.

—¿Lo he hecho mal? ¿Cómo? Presenté mis informes regularmente, Si me estaba desviando de nuevo, ¿por qué no me llamó ningún oficial para que me explicase?

—Eso es lo que hago, Carl. —Algo de amabilidad tiñó la voz de Everard. Se sentó frente a mí y ocupó las manos con la pipa.

» Los bucles causales a menudo son cosas muy sutiles —dijo. A pesar del tono suave, la frase captó toda mi atención. Asintió—. Si. Aquí tenemos uno. El viajero en el tiempo se convierte en la causa de los mismos sucesos que va a investigar o tratar de alguna otra forma.

—Pero... no, Manse, ¿cómo? —protesté—. No he olvidado los principios, no los olvidé en el campo o en cualquier otro sitio. Cierto, me convertí en parte del pasado, pero una parte que encajaba con lo que ya estaba allí. Ya lo discutimos en la investigación... y corregí los errores que estaba cometiendo.

El encendedor de Everard produjo un sorprendente ruido en la habitación.

—He dicho que pueden ser muy sutiles —repetió—. Examiné con mayor profundidad el caso por una corazonada, una sensación incómoda de que algo no iba bien. Representaba mucho más que leer tus informes,... que, por cierto, son satisfactorios. Simplemente son insuficientes. No por tu culpa. Incluso con mucha experiencia a las espaldas, probablemente no hubieses apreciado las consecuencias por estar tan íntimamente implicado en los acontecimientos. Yo tuve que sumergirme en ese entorno, y recorrerlo de un extremo a otro, antes de que la situación se me presentase con claridad.

Chupó con fuerza la pipa.

—Los detalles técnicos no importan —siguió diciendo—. Básicamente, tu Errante cobró más fuerza de lo que habías previsto. Resulta que de los poemas, historias y tradiciones que fluyen de esos siglos transmutando, cruzándose, influyendo en otras gentes, en gran parte te tienen a ti como fuente, no al Wodan mítico, sino a la persona físicamente presente, tú.

Había previsto aquello y presenté mi defensa.

—Un riesgo calculado desde el principio —dije—. No es raro. Si se produce una retroalimentación como ésa tampoco es un desastre. Lo que mi equipo busca no son más que palabras, orales y literarias. Su inspiración original no importa. Ni tampoco afecta a la historia subsecuente... sí o no durante un tiempo allí había un hombre que algunos individuos tomaron por uno de sus dioses... siempre que el hombre no se aprovechase de su posición —vacilé—. ¿Cierto?

Él cortó mis vanas esperanzas.

—No necesariamente. Ciertamente no en este caso. Un bucle causal incipiente es siempre peligroso, ya lo sabes. Puede producir una resonancia y los cambios históricos que produzca multiplicarse de forma catastrófica. La única forma de hacer que sea seguro es cerrarlo. Cuando la serpiente Ouroboros se muerde su propia cola no puede morder nada más.

—Pero... Manse, dejé a Hathawulf y Solbern camino de su muerte... Cierto, confieso que intenté evitarlo, suponiendo que no importaba para la humanidad como un todo. Fracasé. Incluso en algo tan minúsculo el continuo era demasiado rígido.

—¿Cómo sabes que fracasaste? Tu presencia a lo largo de las generaciones, el venerable Wodan, hizo más que poner tus genes en su familia. Dio corazón a sus miembros, los inspiró para ser grandes. Ahora al final la batalla contra Ermanarico parece fácil. Dada su convicción de que Wodan está de su lado, los rebeldes bien podrían ganar.

—¿Qué? Pretendes decir... ¡Oh, Manse!

—No deben ganar —dijo.

La agonía se hizo más intensa.

—¿Por qué no? ¿A quién le importará dentro de unas décadas, y menos aún un milenio y medio después?

—A ti y a tus colegas —declaró implacable pero compasivo—. Pretendías investigar las raíces de una historia específica sobre Hamther y Sorli, ¿recuerdas? Sin mencionar a los poetas de las *Eddas* y los escritores de sagas que te preceden, y Dios sabe cuántos narradores antes que ellos, afectados de una forma pequeña que podría dar un resultado final muy grande. Pero especialmente Ermanarico es una figura histórica, importante en su época. La fecha y forma de su muerte forman parte de la historia. Lo que vino inmediatamente después agitó al mundo.

» No, no se trata de una ligera conmoción en la corriente del tiempo. Esto es un vórtice en formación. Tenemos que detenerlo. Y la única forma es completando el bucle causal, cerrando el anillo.

Mis labios formaron el inútil e innecesario «¿Cómo?» , que la garganta y lengua no pudieron articular.

Everard dictó mi sentencia:

—Lo siento más de lo que imaginas, Carl. Pero la *Saga volsunga* cuenta que Hamther y Sorli casi ganaron, pero que, por razones desconocidas, Odín apareció y los traicionó. Y él eras tú, No podía ser nadie más que tú.

La noche había caído tarde. La luna, aunque casi llena, seguía oculta. Las estrellas arrojaban su brillo sobre colinas y bosques, donde yacían las sombras. El rocío empezaba a relucir sobre las piedras. El aire estaba frío y quieto excepto por el retumbar de los cascos al galope. Brillaban yelmos y lanzas, elevándose y ocultándose como olas bajo una tormenta.

En el mayor de sus salones, el rey Ermanarico bebía con sus hijos y la mayoría de sus guerreros. Los fuegos ardían, silbaban y chasqueaban en sus fosos. La luz de las lámparas brillaba entre el horno. Cornamentas, pilotes, tapices y tallas parecían moverse frente a las paredes y columnas, como hacía la oscuridad.

En los brazos y alrededor de los cuellos relucía el oro; los vasos entrechocaban y las voces sonaban fuertes. Los esclavos iban de un lado para otro sirviendo. Por encima, las tinieblas fluían sobre las vigas y llenaban el techo.

Ermanarico estaba feliz. Sibicho le daba la lata:

—Señor, no deberíamos entretenernos. Os lo concedo, un ataque directo contra el jefe guerrero de los tervingos sería peligroso, pero podemos empezar inmediatamente a minar sus apoyos en su tribu.

—Mañana, mañana —dijo el rey con impaciencia—. ¿No te cansas nunca de los complots y los trucos? Esta noche pertenece a la apetitosa doncella esclava que compré...

Fuera resonaron los cuernos. Un hombre apareció tambaleándose por la entrada del edificio. Tenía la cara cubierta de sangre.

—Enemigos... ataque... —Un rugido apagó su grito.

—¿A esta hora? —gimió Sibicho—. ¿Y por sorpresa? Deben de haber matado a los caballos para llegar hasta aquí... sí, y deben de haber matado por el camino a todo el que pudiese ir más rápido...

Los hombres saltaron de los bancos y fueron en busca de las cotas y las armas. Como estaban apiladas en la habitación de entrada, ésta se llenó inmediatamente de cuerpos. Se lanzaron juramentos y se levantaron puños. Los guardias que habían permanecido armados se apresuraron a formar una defensa frente al rey y su familia. Ermanarico siempre mantenía a un grupo bien armado.

En el patio, los guerreros reales dieron la vida para que sus compañeros del

interior se preparasen. Los recién llegados cayeron sobre ellos en sobrecogedor número. Las hachas tronaban, las espadas chocaban, los cuchillos y las lanzas se hundían. Con la presión, los hombres heridos no se derrumbaban inmediatamente; los que lo hacían no volvían a levantarse.

A la cabeza del asalto, un joven gritó:

—¡Wodan está con nosotros! ¡Wodan, Wodan! ¡Ah! —Su espada volaba asesina.

Los defensores equipados apresuradamente se dispusieron a defender la puerta principal. El enorme joven fue el primero en atacarlos. A derecha e izquierda, los que lo seguían embistieron, golpearon, clavaron, patearon, empujaron, rompieron la línea y pasaron por encima de los restos.

A medida que la vanguardia entraba en la sala principal, los soldados sin armar retrocedían. Los atacantes se detuvieron, jadeando, cuando su líder gritó:

—¡Esperad a los demás!

En el interior se apagó el sonido de la batalla, que proseguía en el exterior.

Ermanarico se sentó en la silla alta y miró por encima de los cascos de sus guardias.

—Hathawulf Taharsmundsson, ¿qué nueva traición planeas? —lanzó al otro lado del salón.

El tervingio levantó en alto la espada chorreante.

—Hemos venido a limpiar la tierra de tu presencia —gritó.

—Ten cuidado. Los dioses odian a los traidores.

—Sí —contestó Solbern a la altura de su hermano—, esta noche Wodan te llevará, a ti que rompes los juramentos, y maldita es la casa a la que te llevará.

Entraron más invasores; Liuderis los dispuso en formación.

—¡Adelante! —rugió Hathawulf.

Ermanarico había estado dando sus propias órdenes. Sus hombres carecían en su mayoría de cascos, cotas, escudos y armas largas. Pero cada uno llevaba al menos un cuchillo. Tampoco los tervingos vestían demasiado hierro. Eran en su mayoría terratenientes, que podían permitirse poco más que una chapa de metal y una cota de cuero endurecido, y que iban a la batalla sólo cuando el rey lo requería. Lo que Ermanarico había reunido eran guerreros de profesión; cualquiera de ellos podía tener una granja, un barco o algo similar, pero ante todo y primero era un guerrero. Habían sido entrenados para atacar junto con sus compañeros.

Los soldados del rey cogieron los caballetes y las tablas que habían sostenido y los usaron para defenderse. Los que tenían hachas y se habían retirado del exterior cortaron garrotos para sus compañeros de los revestimientos y pilares. Además, un cuchillo, una cornamenta cogida de la pared, el extremo de un cuerno para beber, una copa romana rota o una tea eran armas mortales. A medida que el combate era cada vez más cercano —carne contra carne, amigo

en el paso de un amigo, empujando, tropezando, llenos de sangre y sudor— las espadas y las hachas resultaban cada vez menos útiles. Las lanzas y los palos eran inútiles, a no ser para los guardias que, desde su posición sobre los bancos junto a la silla alta, podían atacar desde arriba.

De esa forma la lucha se convirtió en desordenada, ciega, tan furibunda como el Lobo desatado.

Pero aun así, Hathawulf, Solbern y sus mejores hombres se abrieron paso, empujando, atacando, talando, cortando, clavando entre gritos y rugidos, golpes y choques, hacia delante, como vientos vivos... hasta que llegaron a su destino.

Allí estaban escudo contra escudo, acero contra acero, ellos y las tropas del rey. Ermanarico no se encontraba al frente, pero con descaro se alzaba sobre el asiento, a la vista de todos, agitando una lanza. A menudo miraba a Hathawulf o Solbern, y cada uno expresaba su odio.

Fue el viejo Liuderis el que rompió la defensa. La sangre le manaba de caderas y brazos, pero el hacha golpeaba de lado a lado; llegó hasta el banco y golpeó el cráneo de Sibicho. Agonizando, pudo decir:

—Una serpiente menos.

Hathawulf y Solbern pasaron sobre su cuerpo. Un hijo de Ermanarico se arrojó frente a su padre. Solbern derribó al muchacho. Hathawulf dio otro golpe. La lanza de Ermanarico se rompió. Hathawulf atacó de nuevo. El rey se retiró contra la pared. El brazo derecho le colgaba medio cortado. Solbern atacó por debajo, a la pierna izquierda, y le cortó los tendones. Ermanarico se derrumbó. Los dos hermanos se acercaron a matar. Sus seguidores luchaban para mantener a raya al resto de la guardia.

Alguien apareció.

La lucha se detuvo como la onda producida cuando una piedra cae al agua. Los hombres estaban boquiabiertos. Por entre las tinieblas inciertas, aún mayor por la cantidad de hombres presentes, apenas podían ver lo que flotaba sobre el trono.

Sobre el esqueleto de un caballo cuyos huesos eran de metal, iba sentado un hombre alto de barba gris. La capa y el sombrero lo ocultaban. En la mano derecha llevaba una lanza. Su punta, por encima de todas las demás armas y destacada contra la noche bajo el techo, se encendió... ¿un cometa, un mensajero de infortunios?

Hathawulf y Solbern bajaron sus armas.

—Antepasado —dijo el mayor al silencio—. ¿Habéis venido en nuestra ayuda?

La respuesta fue profunda, como no podía producirla ninguna garganta humana, fuerte y despiadada.

—Hermanos, vuestro destino está decidido. Recibidlo bien y vuestros nombres vivirán para siempre.

» Ermanarico, todavía no te ha llegado la hora. Envía a tus hombres por detrás y ataca a los tervingos por la espalda.

» Id, todos los que estáis aquí, a donde Weard quiera enviaros.

Se esfumó.

Hathawulf y Solbern estaban atónitos.

Mutilado, sangrando, Ermanarico aún pudo gritar:

—¡Obedeced! Aguantad los que estáis contra el enemigo. El resto coged la puerta de atrás, dad la vuelta. ¡Obedeced las palabras de Wodan!

Sus guardaespaldas fueron los primeros en comprender. Rugieron de alegría y cayeron sobre los enemigos. Éstos retrocedieron, horrorizados, hacia la renovada confusión. Solbern permaneció en su lugar, caído bajo el trono, sobre un charco de sangre.

Los hombres del rey salieron en torrente por la pequeña salida. Corrieron apresurados a la parte delantera. La mayoría de los tervingos habían entrado. Los greutungos eran mayoría en el patio. A falta de mejor arma, arrancaron las piedras del suelo y las lanzaron. La luna que salía daba luz suficiente.

Aullando, los guerreros retomaron la sala de entrada. Se equiparon y cayeron sobre los invasores por ambos lados.

Terrible fue la batalla. Sabiendo que iban a morir pasase lo que pasase, los tervingos lucharon hasta caer. Hathawulf por sí solo acumuló una muralla de muertos frente a él. Cuando cayó, pocos quedaban para alegrarse.

El mismo rey no hubiese estado entre ellos si uno de sus súbditos no se hubiese apresurado a curar sus heridas. De esa guisa, lo sacaron, apenas consciente, del salón donde ya no quedaban sino los muertos.

¡Laurie, Laurie!

La mañana trajo la lluvia. Conducida por el viento ululante, lo ocultaba todo excepto el asentamiento que se acurrucaba debajo, como si el resto del mundo hubiese desaparecido. El rugido del tejado resonaba por toda Heorot.

La oscuridad del interior parecía mayor por el vacío. Ardían los fuegos, las lámparas alumbraban bien alto para nadie entre las sombras. El aire era pesado.

Había tres personas de pie cerca del centro. De lo que hablaban les impedía sentarse. De sus labios salía el aliento en hálitos blancos.

—¿Muertos? —murmuró Alawin aturdido—. ¿Todos ellos?

El Errante asintió.

—Sí —le volvió a decir—, aunque habrá tanta pena entre greutungos como entre tervingos. Ermanarico vive, pero mutilado y lisiado, y con dos hijos menos.

Ulrica le dirigió una mirada afilada.

—Si eso sucedió la pasada noche —dijo—, no habéis venido en ningún caballo terrestre para contárnoslo.

—Sabes quién soy —contestó él.

—¿Lo sé? —Levantó hacia él unos dedos doblados como espolones. La voz se hizo más aguda—. Si sois en verdad Wodan, se trata de un dios maldito, que no estaba dispuesto o no podía ayudar a mis dos hijos en un momento de necesidad.

—Calma, calma —le rogó Alawin, mientras miraba avergonzado al Errante.

Este último dijo con suavidad:

—Lloro contigo. Pero la voluntad de Weard no debe ser alterada. Y a medida que la historia de lo sucedido llegue al oeste, descubriréis que yo estaba allí, e incluso que salvé a Ermanarico. Sabed que frente al tiempo los propios dioses

están indefensos. Hice lo que estaba destinado a hacer. Recordad que al enfrentarse al final que estaba decidido para ellos, Hathawulf y Solbern redimieron el honor de su casa, y ganaron para ellos mismos un nombre que vivirá mientras lo haga su raza.

—Pero Ermanarico permanece sobre la tierra —soltó Ulrica—. Alawin, el deber de la venganza ha pasado a ti.

—¡No! —dijo el Errante—. Su tarea es mayor que eso. Es salvar la sangre de la familia, la vida del clan. Por eso he venido.

Se volvió hacia el joven, que lo miraba con los ojos abiertos de par en par.

—Alawin —dijo—, conozco el futuro y es una pesada carga. Pero en ocasiones puedo usar ese conocimiento para evitar el mal. Escúchame bien, porque es la última vez que me oirás.

—¡Errante, no! —gritó Alawin. El aliento surgió de entre los labios de Ulrica.

El Gris levantó la mano que no sostenía la lanza.

—El invierno pronto estará sobre vosotros —dijo—, pero seguirán la primavera y el verano. El árbol de tu familia carece de hojas, pero sus raíces son fuertes, y volverá a ser verde... si no lo tala un hacha.

» Date prisa. Aunque está herido, Ermanarico buscará dar final, de una vez, a tu molesta estirpe. No puedes reunir un ejército tan grande como el suyo.

» Si te quedas aquí, morirás.

» Piénsalo. Lo tienes todo listo para viajar al oeste, y entre los visigodos te espera una bienvenida. Será más cálida por la derrota que Atanarico sufrió este año a manos de los hunos en el río Dniéster; necesitan nuevas almas llenas de esperanza. En unos días, podrías estar a la cabeza de la caravana. Los hombres de Ermanarico, cuando lleguen aquí, no encontrarán más que las cenizas del salón comunal, que tú incendiaste para evitar que lo tomasen y como pira en honor de tus hermanos.

» No estarás huyendo. No, te irás para forjar un mañana mejor. Alawin, ahora eres el único con la sangre de tu padre. Defiéndela bien.

La furia torció el rostro de Ulrica.

—Sí, siempre habéis hablado con suaves palabras —dijo estremeciéndose—. No escuches esas insidias, Alawin. Resiste. Venga a mis hijos... a los hijos de Tharasmund.

El joven tragó saliva.

—Realmente me harás... ir... mientras el asesino de Swanhild, Randwar, Hathawulf, Solbern... ¿mientras viva? —dijo entrecortadamente.

—No debes quedarte —insistió el Errante con seriedad—. Si lo haces, entregarás la última vida que le queda a tu padre... al rey, junto con los hijos de Hathawulf, su esposa y tu propia madre. No hay deshonor en la retirada cuando te superan en número.

—Sí... podría reunir una hueste visigoda...

—No tendrás poder para hacerlo. Aguanta. Dentro de tres años oirás noticias sobre Ermanarico que te alegrarán. La justicia de los dioses caerá sobre él. Eso te lo prometo.

—¿Qué vale esa promesa? —rugió Ulrica.

Alawin llenó sus pulmones, enderezó los hombros, permaneció en silencio un momento y luego dijo:

—Madrastra, calma. Soy el hombre de la casa. Seguiremos el consejo del Errante.

El muchacho que había en él se manifestó por un momento:

—Oh, pero señor, antepasado... ¿realmente no volveremos a veros? ¡No nos abandonéis!

—Debo hacerlo —contestó el Gris—. Es necesario para ti. —De pronto añadió—: Sí, es mejor que me vaya inmediatamente. Adiós. Buen viaje.

Caminó por entre las sombras, salió por la puerta y se perdió entre la lluvia y el viento.

Aquí y allá, entre las épocas, la Patrulla del Tiempo tiene lugares para que descansen sus miembros. Uno de ellos es Hawai antes de la llegada de los polinesios. Aunque el centro existe desde hace miles de años, Laurie y yo nos considerarnos afortunados al poder conseguir una cabaña durante un mes. De hecho, sospechábamos que Manse Everard había tirado de un par de hilos en nuestro nombre.

No lo mencionó cuando nos visitó al final de nuestra estancia. Simplemente fue amable, nos marchamos de picnic y a hacer surf, y después comimos la cena de Laurie con el apetito que se merecía. Hasta más tarde no habló de lo que quedaba tras nosotros y por delante en nuestras líneas del mundo. Nos sentamos en el porche delantero del edificio. La penumbra se hacía fría y azul en el jardín y sobre el bosque florido que se encontraba más allá. Al este, la tierra descendía hacia donde el mar relucía plateado; al oeste, la estrella del ocaso se estremecía sobre el Mauna Kea. Un riachuelo cantaba. Allí se encontraba la paz que sana.

—¿Te sientes preparado para volver?—preguntó Everard.

—Sí —dije—. Y será mucho más fácil. El trabajo duro está hecho, la información básica ha sido reunida y asimilada. Sólo tengo que grabar las canciones e historias a medida que son compuestas y evolucionan.

—¡Sólo! —exclamó Laurie. Su burla era amable y se convirtió en un consuelo cuando puso la mano sobre la mía—. Bien, al menos te has librado de tu pena.

Everard habló en voz baja:

—¿Estás seguro de eso, Carl?

Podía conservar la calma al responder:

—Sí. Oh, siempre habrá recuerdos dolorosos, pero ¿no es ése el destino común del hombre? Hay muchos más agradables, y volveré a poder usarlos.

—Comprendes, claro, que no debes obsesionarte como lo estuviste. Ése es un riesgo que se lleva a muchos de los nuestros... —¿La voz le falló ligeramente? Se recuperó—. Cuando es así, la víctima debe superarlo y recuperarse.

—Lo sé —dije, y reí un poco—. ¿No sabes que lo sé?

Everard chupó la pipa.

—No exactamente. Como el resto de tu carrera no parece presentar mayores problemas que los normales en un agente de campo, no podía justificar emplear

más línea vital y recursos de la Patrulla en nuevas investigaciones. Esto no es un asunto oficial. Estoy aquí como amigo, al que simplemente le gustaría saber cómo os va. No me cuentes nada que no quieras decirme.

—Eres un dulce viejo oso, sí —le dijo Laurie.

No me sentía del todo cómodo, pero tomé un sorbo de mi combinado de ron.

—Claro, te daré toda la información —empecé decir—. Me aseguré de que a Alawin le fuese bien.

Everard se agitó.

—¿Cómo? —quiso saber.

—No te preocupes, Manse. Lo hice con cautela, y casi siempre de manera indirecta. Usé diferentes identidades en ocasiones diferentes. Las pocas veces que me vio no me reconoció. —Me pasé los dedos por la barbilla bien afeitada, al estilo romano, como mi corte de pelo—. Cuando es necesario, un patrullero dispone de una avanzada tecnología del disfraz. Oh, sí, he dejado descansar al Errante.

—¡Bien! —Everard volvió a relajarse—. ¿Qué fue del muchacho?

—¿Te refieres a Alawin? Bien, dirigió un grupo razonablemente grande, incluidas su madre y toda la casa de ella, y lo guió al oeste para unirse a Fritigerno. —Los guiaría, tres siglos después. Pero hablábamos en nuestro inglés natal. El lenguaje temporal posee todos los tiempo apropiados—. Allí disfruté de favores, especialmente después de recibir el bautismo. Eso, por sí solo, ya era razón para dejar al Errante, como comprenderás. ¿Cómo iba un cristiano a permanecer cerca de un dios pagano?

—Humm. Me pregunto qué pensó después de esas experiencias.

—Tengo la impresión de que mantuvo la boca cerrada. Naturalmente, si sus descendientes (se casó bien) conservaron alguna tradición sobre al asunto, supondrían que alguna presencia sobrenatural recorría el antiguo país.

—¿El antiguo país? Oh, sí. Alawin nunca regresó a Ucrania, ¿no?

—No, imposible. ¿Quieres que te haga un bosquejo de la historia?

—Por favor. La estudié un poco, en relación con tu caso, pero no conozco el desenlace. Además, eso fue hace mucho tiempo en mi línea de mundo.

Y desde entonces deben de haberte pasado muchas cosas, pensé. En voz alta dije:

—Bien, en el 374, el pueblo de Fritigerno cruzó el Danubio, con permiso, y se estableció en Tracia. Pronto Atanarico hizo lo mismo, aunque en Transilvania. La presión hunica se había hecho demasiado intensa.

» Los oficiales romanos explotaron a los godos y abusaron de ellos (en otras palabras, fueron su gobierno) durante varios años. Al final los godos decidieron que estaban hartos y se rebelaron. Los hunos les habían dado la idea y la técnica de la caballería, que ellos convirtieron en pesada; en la batalla de Andrianópolis, en el 378, derrotaron a los romanos. Por cierto, allí Alawin se distinguió, lo que lo

puso en el camino de la importancia que alcanzó. Un nuevo emperador, Teodosio, estableció la paz con los godos en el 381, y la mayoría de sus guerreros entraron al servicio de Roma como *foederati*: aliados, diríamos nosotros.

» Después vinieron conflictos renovados, batallas, emigraciones... la *Völkerwanderung* estaba en marcha. Resumiré el caso de mi Alawin diciendo que, después de una vida turbulenta pero básicamente feliz, murió, a una edad avanzada, en el reino que para entonces los visigodos se habían ganado en el sur de la Galia. Sus descendientes tuvieron un papel importante en la fundación de la nación española. Así que ya lo ves: puedo dejar ir a esa familia y seguir con mi trabajo.

La mano de Laurie se cerró alrededor de la mía.

El crepúsculo se estaba convirtiendo en noche, Una astilla en la pipa de Everard produjo su propio parpadeo rojo. Él mismo no era más que una masa oscura, como la montaña que se elevaba sobre el horizonte occidental.

—Sí —meditó—, ahora recuerdo, más o menos. Pero has estado hablando de los visigodos. Los ostrogodos, el pueblo original de Alawin... ¿no ocuparon Italia?

—Con el tiempo —dije—. Primero tendrían que pasar cosas terribles. —Hice una pausa. Lo que estaba a punto de decir abriría heridas que todavía no habían sanado—. El Errante dijo la verdad. Swanhild tuvo su venganza.

Ermanarico estaba sentado a solas bajo las estrellas. El viento soplaba. En la lejanía oyó el aullido de un lobo.

Después de que los mensajeros hubiesen traído sus noticias, pronto no pudo soportar más el terror y el charloteo posterior. A su orden, dos guerreros le habían ayudado a subir los escalones hasta el tejado de su casa. Lo sentaron sobre un banco, cerca del parapeto y le pusieron la capa de piel sobre los hombros caídos.

—¡Idos! —ladró, y ellos se fueron, aterrorizados.

Había visto la puesta de sol disolverse en el oeste mientras las nubes tormentosas se acumulaban azules al este. Esas nubes ocupaban ahora una cuarta parte del cielo. Los rayos corrían por entre ellas. Antes del amanecer, la tormenta estaría allí. Y sin embargo, sólo había llegado el primer viento, frío como el invierno en medio del verano. En otras partes las estrellas todavía relucían en multitud.

Eran pequeñas, extrañas y no tenían piedad. Los ojos de Ermanarico intentaron evitar mirar el Carro de Wodan, que giraba alrededor del ojo de Tiwaz que siempre vigilaba desde el norte. Pero siempre regresaban a la señal del Errante.

—No os obedecí, dioses —murmuró—. Confié en mi propia fuerza. Sois más astutos y crueles de lo que pensaba.

Allí estaba sentado, él, el poderoso, el tullido de pie y mano, incapaz de hacer nada más que escuchar cómo el enemigo había cruzado el río y destrozado el ejército que esperaba detenerlo. Debería estar pensando en qué intentar a continuación, dando órdenes, animando a su pueblo. No estaban acabados si tenían el líder adecuado. Pero la cabeza del rey estaba hueca.

Hueca, vacía. Hombres muertos llenaban ese salón de huesos, los hombres que habían caído con Hathawulf y Solbern, la flor de los godos del este, Si hubiesen estado vivos en aquellos últimos días, juntos hubiesen podido rechazar a los hunos, con Ermanarico al frente. Pero Ermanarico también había muerto, en la misma matanza. No quedaba más que un tullido, cuyos dolores permanentes le producían agujeros en la mente.

Nada podía hacer por su reino más que dejarlo ir, con la esperanza de que su hijo mayor fuese más digno, saliese victorioso. Ermanarico enseñó los dientes a las estrellas. Demasiado bien sabía que esa esperanza era una mentira. Frente a

los ostrogodos había derrota, rapiña, carnicería, sometimiento. Si alguna vez volvían a ser libres, sería mucho después de que él hubiese vuelto a la tierra.

¿Él —qué agradable sería eso— o sólo su carne? ¿Qué te esperaba más allá de la oscuridad?

Sacó el cuchillo. La luz de las estrellas y los rayos se reflejó en el metal. Durante un momento le tembló en la mano. El viento soplaba.

—¡Está hecho! —gritó. Se apartó la barba y colocó la punta bajo la mandíbula. Los ojos volvieron a levantarse, como por voluntad propia, hacia el Carro. Algo blanco brillaba allí: ¿un fragmento de nube o Swanhild cabalgando tras el Errante? Ermanarico hizo acopio de todo el coraje que le quedaba. Clavó el cuchillo y lo movió de un lado a otro.

La sangre manó de la garganta abierta. Se derrumbó y cayó sobre el terrado. Lo último que oyó fue el trueno. Sonaba como los cascos de los caballos que traían al oeste la medianoche de los hunos.

Estrella del mar

I

De día, Niaerdh vagaba por entre las focas, ballenas y peces que había creado. Con la punta de los dedos lanzaba gaviotas y salpicaduras al viento. En el borde del mundo, sus hijas bailaban su canción, que traía lluvia del cielo o enviaba luz rielando por las aguas. Cuando la oscuridad fluía desde el este, buscaba una cama más allá. Pero a menudo se levantaba temprano, mucho antes que el sol, para vigilar el mar. Sobre su frente relucía el lucero de la mañana.

Entonces Frae se alzó en la playa.

—¡Niaerdh, te invoco! —gritó. Sólo la espuma respondió. Se puso el cuerno Reunión en los labios y sopló. Desde los arrecifes llegaron volando los cormoranes entre gritos. Al final desenvainó la espada y con su hoja plana golpeó los flancos del toro Agitador de la Tierra sobre el que estaba sentado. Ante el estruendo que se produjo, los pozos saltaron y los reyes muertos se despertaron en sus túmulos.

Niaerdh fue en su busca. Furiosa, navegaba en un iceberg, vestida con la niebla y llevando en una mano la red con la que atrapaba los barcos.

—¿Por qué te atreves a molestarme? —Le arrojó las palabras como piedras.

—Me casaré contigo —le dijo él—. Desde lejos, la luz que se refleja en tu pecho me ha cegado. He rechazado a mi hermana. La tierra enferma y todo se marchita por el anhelo de mi corazón.

Niaerdh rió:

—¿Qué puedes darme tú que no pueda darme mi hermano?

—Una casa de techo alto —dijo él—, ricas ofrendas, carne cálida en tu tajadero y sangre caliente en la copa, dominio sobre la siembra y la cosecha, sobre la concepción, el nacimiento y la vejez.

—Grandes cosas —le concedió ella—, pero ¿y si las rechazo?

—Entonces la vida morirá sobre la tierra, y al morir, te maldecirá —le advirtió él—. Mis flechas volarán hasta los caballos del Carro del Sol y los matarán. Cuando caiga envuelto en llamas, el mar hervirá; después se congelará bajo una noche que no tiene amanecer.

—No —dijo ella—, porque primero llevaré las olas sobre tu reino y lo ahogaré.

Hubo silencio durante un tiempo.

—Los dos somos fuertes —dijo ella al fin—. Mejor será que no destrocemos

el mundo entre los dos. Volveré en la primavera con mi dote de lluvia, y juntos recorreremos la tierra para bendecirla. Tu regalo para mí será el toro sobre el que cabalgas.

—Eso es demasiado —dijo Frae—. En él está la fuerza para llenar el vientre de la tierra. Él dispersa a los enemigos, los cornea y los pisotea, destruye sus campos. Las rocas tiemblan bajo sus pezuñas.

—Puedes conservarlo en la tierra y usarlo como antes —contestó Niaerdh—, menos cuando yo tenga necesidad de él. Pero mío será, y al final habré de llamarlo para siempre. —Después de otro rato, siguió hablando—: Cada otoño te dejaré y volveré al mar. Pero en primavera regresaré. Así será este año y todos los años posteriores.

—Había esperado más —dijo Frac—, y creo que si separamos nuestros actos, los dioses de la guerra vagarán con mayor libertad que antes. Pero está predicho que tú ganarías. Esperaré por ti cuando el sol gire al norte.

—Vendré a ti en el arco iris —dijo Niaerdh.

Así fue. Así es.

Vista desde las murallas del Campamento Viejo, la naturaleza era terrorífica. Al este, en aquel año de sequía, el Rin relucía encogido. Los germanos lo atravesaban con facilidad, mientras que las naves de suministros con destino a los campamentos en su ribera izquierda a menudo encallaban y, antes de poder escapar, caían en manos enemigas. Era como si los mismos ríos, las antiguas defensas del Imperio, desertasen de Roma. Allí al otro lado, donde el bosque se elevaba de la planicie, las hojas secas se teñían de ocre y caían. Las granjas habían estado marchitas hasta que la guerra las había convertido no en barro, sino en polvo para el cielo cegador, para teñir de gris las cenizas y restos de las casas.

Ahora esa tierra traía una nueva cosecha nacida de dientes de dragón: una horda bárbara. Grandes hombres rubios agitaban emblemas sacados de arboledas sagradas y ritos sangrientos, postes o palos con cráneos o burdos dibujos de osos, verracos, bisontes, toros, alces, venados, gatos monteses, lobos. La luz de la puesta de sol se reflejaba en la punta de las lanzas, los escudos reforzados, algún casco ocasional, rara vez una cota o una coraza tomada de un legionario muerto. Casi ninguno llevaba armadura, vestían túnicas y pantalones ajustados o iban desnudos hasta la cintura, quizá con una vieja piel de bestia por encima. Gruñían, ladraban, gritaban, rugían, daban patadas, un sonido similar a un trueno lejano.

Ciertamente lejano. Mirando más allá de la sombra que se extendía hacia ellos, Munio Luperco distinguió un largo pelo atado a la sien o en lo alto de la cabeza. Ése era el estilo de las tribus suevas en el corazón de Germania. No era común, debía de ser un grupo pequeño que había seguido hasta allí a un capitán aventurero, pero demostraba cuán lejos había llegado la palabra de Civilis.

Casi todos se trenzaban el pelo; algunos se lo teñían de rojo o se lo ponían de punta al estilo galo. Había bátavos, caninefates, tungros, frisios, brúcteros, otros nativos de aquellas partes... y muchos temibles no tanto por su número como por su conocimiento de los usos romanos. Vaya, por allí iba un escuadrón de téncteros, galopando sobre los ponis con la gracia de los centauros, lanzas y pendones en alto, las hachas en las sillas, ¡la caballería de los rebeldes!

—Tendremos una noche agitada —dijo Luperco.

—¿Cómo lo sabes, señor? —La voz del ordenanza no era del todo firme.

Apenas era un muchacho, elegido apresuradamente para el puesto después de la caída del experimentado Rutilio. Cuando cinco mil soldados habían sido expulsados del campo de batalla hasta el siguiente fuerte, seguidos por dos o tres veces su número, cogías lo que podías.

Luperco se encogió de hombros.

—Uno acaba sintonizando con sus humores.

No todas las señales eran sutiles. Más allá del río y más allá del tumulto masculino de la orilla, el humo se elevaba alejándose de hervidores y asados. Las mujeres y los niños de la región habían venido para incitar a sus hombre a la batalla. Nuevamente entre ellos había comenzado el lamento. Se extendió y se hizo más fuerte mientras escuchaba, como una sierra, con un ritmo subterráneo, ha-ba-da-ha-ba, ha-ba-da-da. Más y más oídos se pusieron a escuchar; el caos se acercaba.

—No creo que Civilis quiera acción —dijo Aletto. Luperco había separado al veterano centurión de los fragmentos que habían sobrevivido a su mando para que fuese su oficial y consejero. Aletto hizo un gesto hacia la empalizada de lo alto del terraplén—. Los últimos ataques le han costado mucho.

Los cuerpos tirados, hinchados, sin color, entre entrañas y sangre coagulada, armas rotas, ruinas cubiertas bajo las cuales los bárbaros habían intentado atacar la entrada. En su lugar llenaron la zanja. Las bocas se abrían alrededor de lenguas que las hormigas y los escarabajos se comían. Los cuervos habían sacado la mayoría de los ojos. Varios pájaros seguían picoteando, tomando la cena antes de la noche. Las narices se habían acostumbrado al olor, excepto cuando la brisa lo traía directamente y el frío de la tarde lo había humedecido.

—Tiene suficiente —dijo Luperco.

—Aun así, señor, no es tonto, ni ignorante, ¿no? —persistió el centurión—. He oído que marchó con nosotros veinte años o más, hasta la misma Italia, y recibí el máximo rango que puede recibir un auxiliar. Debe de saber que andamos escasos de comida y todo lo demás. Dejarnos morir de hambre tiene mucho más sentido que cargar contra soldados regulares y sus máquinas.

—Cierto —admitió Luperco—. Me atrevería a decir que ésa ha sido su intención desde que no pudo entrar. Pero sabes que no tiene un control romano sobre esos hombres. —Con ironía—. Aunque no es que nuestras legiones no se hayan salido de los límites últimamente, ¿eh?

Su vista buscó un centro de calma alrededor del cual se moviese el enemigo. El metal relucía en orden donde los hombres descansaban bajo los estandartes de sus unidades; los caballos, atados, comían tranquilamente la avena que les habían traído; recién construida, con madera nueva pero de sólida carpintería, una torre de asalto de dos pisos esperaba sobre sus ruedas. Más allá se encontraba Claudio Civilis, que antes había servido a Roma, y los hombres con los que había hecho campaña y que habían aprendido de él.

—Algo ha vuelto a sublevar a los germanos —dijo el legado—. Alguna noticia, inspiración, deseo o... lo que sea. Me gustaría saber qué ha sido. Pero repito, tenemos una noche difícil por delante. Preparémonos.

Abrió la marcha desde la torre de vigilancia. Casi era un descenso a la paz. En las décadas posteriores a su establecimiento, el Campamento Viejo había crecido, convirtiéndose casi en un asentamiento; no todos llevaban vestiduras militares. En aquel momento, estaba lleno de fugitivos, así como de los restos de la fuerza expedicionaria. Pero había conseguido imponer el orden: los soldados correctamente acuartelados y asignados, los civiles ocupados en trabajos útiles o al menos alejados para que no molestasen.

La tranquilidad se ocultaba en las sombras; durante un momento pudo cerrar los oídos al canto salvaje. Su mente vagó libre a lo largo de millas y años, sobre los Alpes y el sur hacia el mar azul a la bahía y las montañas majestuosas, una ciudad escondida, una casa y un patio de rosas, Julia, los niños... Publio debía de estar acercándose a la madurez, Lupercila sería una joven dama, y ¿habría superado Marco esos problemas con la lectura?... Las cartas llegaban tan irregularmente, eran tan infrecuentes. ¿Cómo les iba? ¿Cómo iban las cosas en Pompeya?

Olvidate de ellos. Tengo mis propios asuntos que tratar. Siguió, inspeccionando, planeando, dando instrucciones.

Cayó la noche. Los fuegos saltaban enormes alrededor del fuerte, donde los guerreros comían y bebían. Habían saqueado incontables ánforas de vino. Con el tiempo empezaron sus roncas canciones de guerra. Al fondo, sus mujeres aullaban como halcones.

Uno a uno, grupo a grupo, se pusieron en pie, cogieron las armas y se arrojaron contra la muralla. En la oscuridad, sus lanzas, flechas y hachas sólo hendían el aire. Los romanos los veían con claridad bajo la luz de sus fuegos. Jabalinas, hondas, catapultas se encargaban de ellos, primero de los más valientes y chillones.

—¡Una cacería egipcia de pájaros, por Hércules! —Aleto estaba exultante.

—Civilis también lo comprende —contestó Lupercio.

De hecho, después de un par de horas las chispas se elevaron en lo alto y desaparecieron, los rastrillos separaron el carbón de la madera, botas y mantas apagaron las llamas. La precaución pareció enloquecer más a los germanos. Era una noche sin luna y una neblina había cubierto las estrellas. La lucha era a ciegas, mano a mano, golpeando donde oías un ruido y apreciabas una oscuridad aún mayor que venía hacia ti. Aun así, los legionarios conservaron su disciplina. Desde las murallas arrojaban piedras y estacas cubiertas de hierro todo lo bien que podían apuntar. Donde el sonido les indicaba una escalera alzada, empujaban con los escudos y las jabalinas iban detrás. Y ensartaban las espadas en aquellos hombres que llegaban a lo alto.

En algún momento pasada la medianoche, el combate se apagó. Durante un momento hubo casi completo silencio, ni siquiera el sonido que producen los moribundos. Los germanos habían encontrado y reclamado a sus heridos, sin que importase el peligro, y los romanos yacían bajo las lámparas al cuidado de los cirujanos. Pronto oyeron una voz arengando, luego gritos, después una vez más el canto de muerte.

—Vuelven —suspiró.

La primera luz le mostró la torre de asalto acercándose hacia la puerta pretoriana. Iba despacio, empujada por una veintena o dos de guerreros mientras el resto se agitaba impaciente detrás y la elite de Civilis esperaba a un lado. Luperco tuvo tiempo suficiente para examinar la situación, tomar una decisión, situar a sus hombres y distribuir su maquinaria militar. Había hecho que soldados y artesanos refugiados las construyesen.

La torre se acercó a la puerta. Los guerreros treparon por ella, agitando armas, lanzando misiles, colocándose para saltar desde abajo. El legado habló. Los romanos de las murallas llevaron estacas y vigas al punto de entrada. A cubierto por los escudos y los lanzadores empujaron, golpearon y cortaron. Obligaron a la torre a detenerse y empezaron a destrozarla. Mientras tanto sus compañeros salieron por ambos flancos y atacaron al enemigo.

Civilis guió a sus veteranos. Los ingenieros romanos extendieron un brazo de grúa sobre la muralla. Mandíbulas de hierro al final de una cadena se agitaban en un arco, se cerraron sobre un hombre, y lo elevaron en el aire. Felices, los ingenieros movieron los contrapesos. El brazo dio un giro, la mandíbula se abrió y el cautivo cayó a tierra en el interior del campamento. Un pelotón lo aguardaba.

—¡Prisioneros! —gritó Luperco—. ¡Quiero prisioneros!

La grúa volvió a salir, y a salir. Era un dispositivo lento y torpe, pero también nuevo y extraño, temible. Luperco nunca supo lo que contribuyó a desmoralizar las tropas enemigas. Era probable que nadie lo supiese. La destrucción de la torre y el asalto por parte de la infantería bien entrenada y coordinada ya eran muy malos.

Unas buenas tropas hubiesen conservado su territorio rodeando a los pocos hombres en la salida y haciéndolos pedazos. En las bandas bárbaras nadie tenía el mando más allá que sobre su seguidor inmediato, ni forma de saber qué pasaba en otra parte. Los que se encontraban con muchas bajas no recibían refuerzos. Estaban cansados después de su larga noche, muchos habían perdido sangre, ni camaradas ni dioses habían venido en su ayuda. Su valor se escapaba mientras corrían. Como una avalancha, el resto de la horda los siguió.

—¿Deberíamos perseguirlos, señor? —preguntó el ordenanza.

—Eso sería fatal. —Una parte de Luperco se preguntó por qué lo explicaba, por qué no le ordenaba al chico que se callase—. No sienten verdadero pánico. Mira, están deteniéndose junto al río. Sus jefes los reunirán y Civilis les hará

recuperar más o menos el sentido. Sin embargo, no creo que permita otro intento como éste. Se limitará a bloquearnos.

E intentará seducir a sus compatriotas entre nosotros —añadió la mente del legado—. *Pero al menos ahora puedo dormir.* Qué cansado estaba. Sentía el cráneo lleno de arena y la lengua como una tira de cuero.

Primero tenía obligaciones. Bajó las escaleras y recorrió el camino principal hasta el punto donde la grúa había arrojado a su presa. Un par yacían muertos, ya fuese porque se habían resistido demasiado o porque el pelotón se había emocionado en exceso. Uno gemía y se retorció sobre el polvo. No movía las piernas, debía de tener la espalda rota, mejor sería cortarle la garganta. Tres caminaban atados bajo la mirada de sus guardias. El séptimo, también con las muñecas atadas y los talones trabados, permanecía de pie. El traje de un auxiliar bátavo cubría su cuerpo fornido.

Luperco se detuvo frente a él.

—Bien, soldado, ¿qué tienes que decir?—preguntó con calma.

La barba le crecía alrededor de los labios y habló en latín con acento gutural.

—Nos tienes. Pero eso es todo lo que tienes.

Un legionario levantó a medias su espada. Luperco agitó la mano para que la guardase.

—Vigila tus modales —le aconsejó—. Tengo algunas preguntas para tus compañeros. Cooperas, y no sufrirás lo peor que puede sucederle a un traidor.

—No traicionaré a mi señor, hagas lo que hagas —dijo el bátavo. Su agotamiento hacía que el desafío fuese monótono—. Woen, Donar, Tiw sed testigos.

Mercurio, Hércules, Marte. Sus dioses principales, o al menos así los identificamos los romanos. No importa. Creo que lo dice en serio, y la tortura no servirá. Tendré que intentarlo, por supuesto. Quizá sus camaradas tengan menos decisión. Aunque no es que crea que alguno de ellos sepa algo útil. Qué pérdida.

Humm, una cosa... —Un ligero presentimiento erizó la piel del legado—. Podría estar dispuesto a *decírmelo*.

—Dime en todo caso, ¿qué os poseyó? Era una locura atacarnos. Civilis debe de estar tirándose de los pelos.

—Quería detenerlo —admitió el prisionero—. Pero los guerreros se desbocaron, y él... nosotros... sólo pudimos intentar que fuesen efectivos. —Una sonrisa canina—. Ahora quizá hayan aprendido la lección y hagan las cosas bien.

—Pero ¿qué desencadenó el ataque?

De pronto la voz vibró, los ojos se encendieron.

—Estaban equivocados en la táctica, sí, pero la palabra era cierta. Es cierto. Vino por los brúcteros que se han unido a nosotros. Veleda ha hablado.

—Eh, ¿Veleda?

—La sibila. Ha ordenado que todas las tribus se alcen. Roma está condenada,

le ha dicho la diosa, y la victoria será nuestra. —El b́atavo se cuadró de hombros —. Haz lo que quieras conmigo, romano. Eres hombre muerto, lo sois tú y todo tu apestoso Imperio.

En las últimas décadas del siglo XX, un pequeño negocio de importación-exportación era la fachada de la oficina de Ámsterdam de la Patrulla del Tiempo. Su almacén, con oficina anexa, se encontraba en el Indische Buurt, donde la gente de aspecto exótico llamaba poco la atención.

El cronociclo de Manse Everard apareció en la parte secreta del edificio una mañana de mayo. Tuvo que esperar un minuto o así en la salida cuando la puerta le indicó que alguien pasaba por el otro lado que no debería ver que no se trataba simplemente de un revestimiento... sin duda un empleado normal de la compañía. Luego se abrió a su llave. A él le parecía algo rudimentario, pero suponía que se ajustaba a las condiciones locales.

Encontró su camino hasta el administrador, que era también jefe de operaciones de la Patrulla en toda aquella zona de Europa. Normalmente esas operaciones eran rutinarias, o todo lo rutinarias que podían ser cuando se trataba de tráfico arriba y abajo por la historia. Después de todo, no era un cuartel general de entorno. Ni siquiera había parecido estar vigilando un sector especialmente importante, hasta ahora.

—No le esperábamos tan pronto, señor —dijo sorprendido Willem Ten Brink—. ¿Debo llamar a la agente Floris?

—No, gracias —contestó Everard—. Me encontraré con ella más tarde, como habíamos planeado. Simplemente se me ocurrió dar primero un vistazo a la ciudad. No había estado aquí desde... 1952, cuando pasé unos días de vacaciones. Me gustó.

—Bien, espero que lo pase bien. Ya sabe que las cosas han cambiado. ¿Desea un guía, un coche, cualquier tipo de asistencia? ¿Instalaciones para su conferencia?

—Creo que no será necesario. Su mensaje decía que podía explicármelo todo mejor, al menos al principio, en su casa.

A pesar de la obvia decepción del otro hombre, Everard no dejó escapar ninguna pista sobre la naturaleza de la cuestión. Ya era suficientemente delicada sin dar información a gente que no la requería y que no trabajaba fuera de su época de nacimiento. Además, Everard no estaba del todo seguro de la amenaza.

Equipado con un mapa, una cartera llena de gulden, y un par de consejos

prácticos, echó a caminar. En un estanco compró tabaco para su pipa y una *styippenkart* para el sistema de transporte público. No se había instalado el holandés, pero todos los que encontró hablaban un inglés excelente. Con los pies ligeros, vagó.

Treinta y cuatro años eran una larga ausencia (aún mayor, claro está, en su línea de mundo personal). En el interin se había unido a la Patrulla, se había convertido en agente No asignado y había serpenteado por el tiempo, por casi todo el planeta. Ahora el Londres de Isabel I o la Pasargadae de Ciro el Grande le eran más conocidas que las calles que recorrería ese día. ¿Había sido realmente tan maravilloso ese verano, o simplemente era joven, sin demasiadas preocupaciones? Medio se temía lo que iba a encontrar.

Las siguientes horas lo tranquilizaron. Ámsterdam no se había convertido en la alcantarilla que mucha gente decía que era. Desde la Presa hasta la Estación Central, estaba llena de jóvenes desaliñados, pero no vio a nadie que causase problemas. En callejones que venían directamente del Damrak podía pasar un rato muy agradable en un café o un pequeño bar con una enorme selección de cervezas. Las tiendas de trapicheo se encontraban a intervalos bastante amplios, colocadas entre negocios normales y librerías extraordinarias. Cuando fue en un recorrido por el canal, el guía con indiferencia señaló el barrio chino, Everard vio edificios de siglos de antigüedad que dignificaban toda la parte vieja de la ciudad. Le habían advertido contra los carteristas, pero no necesitó tomar precauciones contra los ladrones. Había respirado más contaminación en Nueva York y esquivado más cagadas de perro en el parque Gramercy que en cualquier distrito residencial de Ámsterdam. Para almorzar encontró un pequeño y agradable local donde preparaban un excelente plato de anguila. El museo Stedelijke fue una decepción —en lo referente a arte moderno se reconocía un filisteo— pero se perdió en los Rijks, olvidándose de todo lo demás, hasta la hora de cerrar.

Para entonces le quedaba poco tiempo para encontrarse con Floris. La hora había sido sugerencia de él en su conversación telefónica preliminar. Ella no se había opuesto. Era una agente de campo, Especialista de segunda clase, con un rango bastante alto, pero no se atrevía a discutir con un No asignado. Tampoco era una hora tan excéntrica, cuando podías saltar directamente desde donde estuvieses. Probablemente ella se había saltado todo el día después del desayuno.

Por su parte, ese interludio relajado no había matado su estado de alerta. Al contrario. Además, familiarizarse con la ciudad natal de ella, el escenario en el que había crecido, le daba cierto conocimiento sobre Floris. Lo necesitaba. Podrían llegar a trabajar muy estrechamente.

La ruta a pie desde el Museplein lo llevó por la Singelgracht y por parte del Vondelpark. El agua rielaba, hojas y hierba relucían por la luz del sol. Un chico remaba en una barca alquilada, con su chica en la proa frente a sus ojos; una pareja de pelo gris caminaba de la mano bajo árboles con más años que ellos;

una bandada de ciclistas pasó a su lado en medio de una tormenta de gritos y risas. Recordó nuevamente el Oude Kerk, los Rembrandt, sí, los Van Gogh que todavía no había visto, toda la vida que palpitaba en la ciudad hoy y en el pasado y el futuro, todo lo que la producía y la alimentaba. Y conocía toda su realidad por un parpadeo espectral, anillos de difracción sobre un espacio-tiempo abstracto e inestable, un resplandor plegado que en cualquier instante podía no sólo dejar de ser sino dejar de haber sido.

*Las torres coronadas de nubes, los espléndidos palacios,
los solemnes imperios, el gran globo del mundo,
sí, todo lo que se hereda habrá de disolverse.
Y como este insustancial desfile desvanecido
no dejará tras de sí ni las ruinas...*

¡No! Nunca debía permitirse preocuparse de esa forma. Simplemente le apartaría de su deber, que era realizar cualquier operación pragmática y prosaica que fuese necesaria para preservar esa existencia. Apuró el paso.

El edificio de apartamentos que buscaba era uno de una fila en una calle tranquila, una elegante reliquia de aproximadamente 1910. Un directorio de la entrada le indicó que Janne Floris vivía en el cuarto piso. Definía vagamente su profesión como *bestuurder*, administradora; a efectos de mantener una fachada, estaba en la nómina de la compañía de Ten Brink.

Aparte de eso, Everard sólo sabía que hacía investigaciones de campo en la Roma de la Edad de Hierro, ese periodo en el que la arqueología del norte de Europa empezaba a mezclarse con la historia escrita. Había estado tentado de pedir su informe de servicio, cosa que tenía autoridad para hacer dentro de ciertos límites. Ciertamente aquél no era un entorno cómodo para ninguna mujer, y menos aún una científica del futuro. Se había decidido en contra. Además, el asunto podría no resultar una crisis real. Quizá la investigación no revelaría nada más que un error o confusión, sin necesidad de adoptar medidas correctoras.

Encontró la puerta y pulsó el timbre. Ella abrió. Durante un momento los dos guardaron silencio.

¿Ella estaba también sorprendida? ¿Había ella esperado que un agente No asignado fuese algo más impresionante que un enorme y sencillo tipo con la nariz rota y con las palabras « Medio Oeste », después de todo lo que había pasado, aún escritas en la frente? Ciertamente no había esperado una aparición celestial como la de aquella rubia alta con un vestido tan elegante.

—¿Cómo está?— dijo en inglés—. Soy ...

Ella sonrió, una boca ancha de grandes dientes. Nariz respingona, frente alta. Sus rasgos no eran lo que se dice hermosos, aparte del mutable turquesa de los ojos, pero él los admiraba, y su figura podía haber pertenecido a una Juno

atlética.

—Agente Everard —terminó ella por él—. Es un honor, señor. —El tono era cálido sin ser sumiso y le estrechó la mano como a un igual—. Bienvenido.

Acercándose al entrar, vio que realmente no era joven. La piel clara había sufrido muchos climas; finas arrugas rodeaban sus labios y ojos. Bien, ella no podía haber conseguido lo que debía haberle valido su rango en unos pocos años, y el tratamiento de longevidad no eliminaba todas las marcas.

Echó un vistazo al salón. Estaba decorado con sencillez y comodidad, como el suyo propio, aunque las cosas de ella no estaban gastadas o apagadas y no se veía ningún recuerdo. ¿Quizá no se atrevía a inventar una explicación para sus visitantes normales... y amantes? Sobre las paredes reconoció una copia de un paisaje de Cuy y una fotografía astronómica de la Nebulosa del Velo. Entre los libros, en las estanterías de suelo a techo, vio obras de Dickens, Mark Twain, Thomas Mann, Tolkien. Una lástima que los títulos holandeses no le dijese nada.

—Por favor, siéntese —le animó Floris—. Fume si lo desea. He preparado café, o el té puede estar listo en unos minutos.

—Gracias, el café será perfecto. —Everard se sentó en un sillón. Ella trajo de la cocina la cafetera, tazas, eterna y azúcar, lo puso sobre la mesa baja y se sentó en el sillón frente a él.

—¿Prefiere el inglés o el temporal? —le preguntó.

A él le gustaba ese estilo, directo pero sin brusquedad.

—El inglés, por ahora —decidió. La lengua de la Patrulla tenía una gramática capaz de manejar la Cronoquinesia, el tiempo variable y las paradojas asociadas, pero cuando se trataba de asuntos humanos, era tan ineficaz como solían ser los lenguajes artificiales (era poco probable que un esperantista que se golpee el pulgar con un martillo gritase « ¡Excremento! »)—. Pretendo entender de forma preliminar y por encima de qué va esto.

—Pensé que vendría preparado. Lo que tengo aquí que no está en la oficina son... oh, fotografías, pequeños objetos, el tipo de cosas que uno se trae de una misión, cosas que no tienen especial valor para la ciencia o cualquier otro más que como recuerdos. ¿No? —Everard asintió—. Bien, pensé que si los sacaba del cajón eso le daría una mejor visión del entorno, o que me recordaría observaciones que podrían serle útiles.

Él bebió. El café estaba preparado como a él le gustaba, fuerte y caliente.

—Bien pensado. Los miraré más tarde. Pero, cuando es posible, me gusta empezar oyendo el caso en directo, de primera mano. Los detalles precisos, el análisis erudito, la imagen amplia, vienen más tarde. —*En otras palabras, no soy un intelectual, soy un granjero que primero se hizo ingeniero y luego policía.*

—Pero yo tampoco he estado en la escena —dijo ella.

—Lo sé. Nadie del cuerpo lo ha estado hasta ahora, ¿no? Sin embargo, se le ha informado del problema de forma detallada, y estoy seguro de que lo ha

meditado a la luz de su experiencia, de su campo en particular. Eso la convierte en lo más cercano a un observador que tenemos.

Everard se inclinó hacia delante.

—Vale —siguió diciendo—, le puedo decir lo siguiente: el Mando Intermedio me preguntó si podría investigarlo. Habían recibido un informe sobre inconsistencias en una crónica de Tácito y los tenía preocupados. Los hechos evidentemente se centran en los Países Bajos en el primer siglo d.C. Resulta que ése es su campo, y que usted y yo somos más o menos contemporáneos. —*Una generación entre nuestros nacimientos, ¿no?*— Así que podríamos cooperar con mayor o menor eficacia. Por eso soy yo el agente No asignado al que llamaron. —Everard señaló *David Copperfield* para mostrarle que los dos tenían algo más en común—. Barkis está dispuesto. Llamé a Ten Brink y luego a usted casi inmediatamente, y vine rápidamente. Quizá primero debería de haber estudiado mi Tácito. Lo he leído, claro, pero hace mucho tiempo en mi línea de mundo y ahora se me ha vuelto vago. Volví a repasar el material, pero fue un simple repaso, y resulta algo complejo, ¿no? Adelante, instrúyame desde el principio. Si repite algo que ya sepa, ¿qué tiene de malo?

Floris sonrió.

—Tiene unos modales de lo más encantadores, señor —murmuró ella—. ¿Es a propósito? —Por un instante, él se preguntó si no estaría flirteando; pero se puso tensa y procedió, con toda profesionalidad, de un modo académico—:

» Ciertamente sabe que tanto los *Anales* como las *Historias* nos llegaron incompletas. De las *Historias*, el ejemplar más antiguo que sobrevive contiene sólo cuatro libros de los doce originales, y parte del quinto. Esa parte se interrumpe en medio de una descripción de lo que nos preocupa. Naturalmente, cuando se desarrolle el viaje en el tiempo, una expedición irá a su época y recuperará las secciones perdidas. Son muy deseadas. Tácito no es uno de los cronistas más fiables, pero era un notable estilista, un moralista... y para algunos hechos, la única fuente escrita de importancia.

Everard asintió.

—Sí. Los exploradores leen a los historiadores en busca de pistas de lo que deberían buscar y a qué deberían prestar atención, antes de cartografiar lo que realmente ha sucedido. —Tosió—. ¿Por qué estoy explicándole su trabajo? Perdóneme. ¿Le importa si enciendo una pipa?

—En absoluto —dijo Floris ausente, antes de continuar—. Sí, las *Historias completas*, así como *Germania*, han sido mis guías personales. He encontrado incontables detalles que difieren de lo que él escribió, pero eso es de esperar. En general, y habitualmente en lo particular, su relato de la gran rebelión y su consecuencia es fiable.

Hizo una pausa, luego dijo con irremediable honradez:

—No he realizado mis investigaciones sola. Nada de eso. Otros están muy ocupados en cientos de años antes y después de mi periodo en particular, en áreas que van de Rusia a Irlanda. Y están éstos, los verdaderamente indispensables, que se quedan en casa para reunir, correlacionar y analizar nuestros informes. Pero, por casualidad, opero en los alrededores de lo que ahora es Holanda y las zonas cercanas de Bélgica y Alemania, durante la época en que la influencia celta estaba desapareciendo, después de la conquista romana de la Galia y cuando el pueblo germánico empezaba a desarrollar una cultura realmente distintiva. Tampoco hemos aprendido mucho, comparado con lo que no sabemos. Somos muy pocos.

Muy pocos, ciertamente —pensó Everard—. Con medio millón de años o más que vigilar, la Patrulla está siempre escasa de personal, siempre dispersa, siempre llegando a compromisos, improvisando. Obtenemos ayuda de los científicos civiles, pero la mayoría de ellos trabajan en civilizaciones milenios en el futuro; sus intereses son en ocasiones demasiado extraños. Y aun así, tenemos que descubrir las verdades ocultas de la historia, tener una idea de cómo son los momentos cuando sería tan fácil cambiarlos... Desde un punto de vista divino, Janne Floris, probablemente tú vales más para la causa de preservar la realidad que nos produjo que yo.

Su risa afligida le sacó de sus ensoñaciones. Se sintió agradecido; ahora lo asaltaban de forma recurrente.

—Como una profesora, ¿no? —exclamó ella—. Y qué evidente. Por favor, créame, normalmente sé ir directamente al grano. Hoy estoy nerviosa. —Su humor se apagó. ¿Temblaba?—. No estoy acostumbrada a esto. Enfrentarse a la muerte, sí, pero al olvido, a la nada de todo lo que he conocido... —Se calló y se sentó recta—. Perdóneme.

Una vez llenada la pipa, Everard encendió una cerilla y envió la primera bocanada a la lengua.

—Descubrirá que es muy dura —le aseguró—. Lo ha demostrado. Quiero oír sus experiencias de campo.

—Más tarde. —Durante un instante apartó la vista. Él creyó detectar miedo, Sus ojos volvieron a él, las palabras se hicieron más intensas—. Hace tres días, un agente especial me llamó para una larga discusión. Un equipo de investigación había obtenido su propio texto de las *Historias*. ¿Lo sabía?

—Ajá. —Aunque su puesta al día había sido breve, a Everard se lo habían dicho. Pura casualidad; ¿o no? (la causalidad puede plegarse sobre sí misma de formas extrañas). Los sociólogos que estudiaban Roma, a principios del siglo II d.C., descubrieron en poco tiempo que necesitaban saber lo que opinaba la clase alta del emperador Domiciano, muerto un par de décadas antes. ¿Realmente le recordaban como a un Stalin o le concedían algunos hechos buenos? Las últimas secciones de Tácito expresaban elocuentemente la visión negativa. Parecía más

fácil tomar su obra de una biblioteca privada y duplicarla furtivamente que pedir datos al futuro—. Apreciaron diferencias con respecto a la versión estándar tal y como la recordaban, si es la versión estándar, y una comparación demostró que las diferencias eran radicales.

—Más que errores de copia, revisiones del autor o cualquier cosa razonable —remarcó Floris—. Una labor detectivesca demostró que no era una falsificación, sino una copia auténtica de un manuscrito del propio Tácito. Y, aunque varían las expresiones entre uno y otro, como se esperaría si llevan a dos finales diferentes, la crónica en sí, la línea narrativa, no se divide hasta el libro quinto, muy poco después de la escena en la que la copia que sobrevive se acaba. ¿Es una coincidencia?

—No lo sé —contestó Everard— y mejor que dejemos la cuestión. Da miedo, ¿no? —Se obligó a recostarse, cruzó las piernas, vació la taza y dejó escapar un lento hábito de humo—. Supongamos que me da una sinopsis de la historia... de las dos historias. No tema repetir lo que para usted es elemental. Confieso que sólo recuerdo que los galos y algunos holandeses se rebelaron contra el dominio romano y le dieron al Imperio una buena batalla antes de ser derrotados. Después, sus descendientes se convirtieron en tranquilos siervos romanos y, más tarde, en ciudadanos.

Le contestó la sobriedad.

—Tácito da detalles, y he... hemos confirmado que en general su relato está bien. Empieza con los bátavos, una tribu que vivía en lo que ahora es el sur de Holanda, entre el Rin y el Waal. Ellos, con un cierto número en esa área, no habían sido formalmente incorporados al Imperio, pero se les cobraban impuestos. Todos aportaban soldados a Roma, tropas auxiliares, que servían un tiempo en la Legión y se retiraban con una buena pensión, tanto si se asentaban allí donde se encontraban al ser licenciados como si regresaban a su tierra natal.

» Pero con Nerón el gobierno romano se hizo más y más abusivo. Por ejemplo, se suponía que los frisios debían enviar cierta cantidad de cuero cada año para la fabricación de escudos. En lugar de las pieles de los animales domésticos más pequeños, el gobernador ahora exigía las pieles mayores y más gruesas de los toros salvajes, que eran cada vez más escasos, o el equivalente. Era ruinoso.

Everard sonrió con el lado izquierdo de la cara.

—Los impuestos. Me resulta familiar. Siga.

El tono de Floris se hizo más intenso. Miraba al frente, con los puños sobre el regazo.

—Recuerde que a la caída de Nerón se desató una guerra civil. El año de los tres emperadores (Galba, Oto, Vitelio), luego, en Oriente Próximo, Vespasiano devastando el Imperio con su lucha. Cada uno conseguía las fuerzas que podía, lo que fuese, en cualquier sitio, por cualquier medio, incluido el reclutamiento. Los

bátavos, especialmente, vieron cómo sus hijos les eran arrebatados, y no sólo para luchar en una guerra que no tenía sentido para ellos. Algunos oficiales romanos sentían gusto por los jóvenes atractivos.

—Sí. Dale un centímetro a un gobierno y siempre le hará eso a la gente. Ésa fue la razón por la que los padres fundadores de Estados Unidos intentaron limitar los poderes federales. Una lástima que su éxito fuese temporal. Lo siento, no pretendía interrumpirla.

—Bien, había una familia bátava noble, con propiedades, influencia, se decía que descendía de los dioses, que había suministrado a Roma cierto número de soldados. Destacaba entre ellos un hombre que había adoptado el nombre latino de Claudio Civilis. En su casa, descubrimos, se llamaba Burhmund. Se distinguió en muchas acciones durante una larga carrera. Luego llamó a las tribus a las armas, los bátavos y sus vecinos. No era un rústico ingenuo, entiéndalo.

—Lo entiendo. Medio civilizado, y sin duda un tipo inteligente y observador.

—Abiertamente, se declaró a favor de Vespasiano y contra Vitelio, y le dijo a sus seguidores que Vespasiano les daría justicia. Eso facilitó que las tropas germánicas en cualquier lugar desobedeciesen las órdenes y se uniesen a él. Obtuvo varias victorias importantes. El noreste de la Galia se convirtió en un polvorín. Bajo Julio Clásico y Julio Tutor, los auxiliares galos se pasaron a Civilis, y proclamaron que su provincia era un imperio propio. En la tribu germana de los brúcteros, una profetisa llamada Velda predijo la caída de Roma. Inspiró aún más los esfuerzos heroicos de los nativos, y su meta fue una confederación independiente.

Eso les suena mucho a los norteamericanos. Empezamos en 1775 luchando por nuestros derechos como ingleses. Luego una cosa llevó a la otra. Everard no habló.

Floris suspiró.

—Bien, la causa de Vespasiano prevaleció. Él mismo permaneció en Oriente Próximo durante varios meses. Tenía allí muchas cosas entre manos, pero escribió a Civilis pidiendo el fin de las hostilidades. Fue rechazado, por supuesto. Después de eso, envió al capaz general Petilio Cerial para que se ocupase del norte. Mientras tanto, los galos y las tribus germánicas luchaban, no podían coordinarse, estropeaban todas las oportunidades que se les presentaban. Entiéndalo, el mando unificado era algo que quedaba más allá de su horizonte intelectual. Los romanos los redujeron con facilidad. Al final, Civilis aceptó encontrarse con Cerial para discutir los términos. Es una escena dramática de Tácito... un puente sobre el Ljssel, del que los obreros habían retirado la parte central... Los dos hombres permanecieron cada uno al extremo del espacio vacío y hablaron...

—Eso lo recuerdo —dijo Everard—. Así terminaba el manuscrito, hasta que se recuperó el resto. Tal como lo recuerdo, los rebeldes recibieron una oferta

bastante justa, que aceptaron.

Floris asintió.

—Sí. Fin de las hostilidades, garantías para el futuro y amnistía. Civilis se retiró a la vida privada. Velede... Tácito no lo dice, pero, aparentemente, ayudó a establecer el armisticio. Me gustaría saber qué fue de ella.

—¿Alguna idea?

—Una suposición. Si va a los museos de Leiden y Middleburg, en Walcheren, verá piedras del siglo II y III, altares, bloques votivos tallados y escritos en latín... —Floris se encogió de hombros—. Probablemente no tiene importancia. El hecho es que esos antepasados nuestros, de los holandeses, se convirtieron en romanos provincianos, razonablemente contentos. —Abrió más los ojos. Agarró el borde del cojín—. Era un hecho.

Sobre ellos cayó el silencio. Qué frágil parecía el sol de la tarde y el sonido del tráfico más allá de las ventanas.

—Ése es Tácito uno, ¿no? —dijo Everard en voz baja al cabo de un rato—. La versión que hemos usado siempre y que yo repasé ayer. No tengo tan claro Tácito dos. ¿Qué cuenta?

Floris contestó sin alzar la voz.

—Que Civilis no se rindió, en gran parte porque Velede hablaba en contra de la paz. La guerra siguió durante otro año, hasta que las tribus estuvieron completamente subyugadas. Civilis se suicidó antes que ir encadenado a Roma. Velede escapó a la Alemania libre. Muchos la siguieron. Tácito, el dos, comenta cerca del final de las Historias que la religión de los germanos salvajes había cambiado desde que escribió su libro sobre ellos. Una deidad femenina estaba ganando importancia, la Nertho que describe en *Germania*. Ahora la compara con Perséfone, Minerva y Bellona.

Everard se pellizcó la barbilla.

—Las diosas de la muerte, la sabiduría y la guerra, ¿eh? Extraño. Los Anses o Aesir o como quiera que los llame, los dioses masculinos del cielo, deberían haber reducido hace tiempo a las viejas figuras telúricas a un segundo plano... ¿Qué tiene que decir sobre lo que sucedía en Roma y en otras partes?

—Esencialmente lo mismo que en el primer texto. Las frases varían a menudo. Igualmente las conversaciones y algunos incidentes; pero los cronistas antiguos y medievales se los inventaban con total libertad, ya sabe, o reflejaban tradiciones que podrían haberse apartado considerablemente de los hechos. Esas variaciones no demuestran que los acontecimientos en sí cambiasen.

—Aparte de en *Germania*. Bien, era el espacio salvaje. Lo que sucediese allí, durante las primeras décadas, no debería afectar especialmente a las altas civilizaciones, Pero las consecuencias a largo plazo...

—No fueron importantes, ¿no? —A Floris le temblaban las palabras—. Todavía estamos aquí, todavía existimos, ¿no?

Everard chupó la pipa con fuerza.

—Por ahora. Y «por ahora» no tiene sentido en inglés, holandés o lo que sea. Pero no cambiemos todavía al temporal. Lo que tenemos es una anomalía que merece investigarse. Me atrevería a decir que no fue apreciada antes, y «antes» tampoco tiene sentido, por su fecha. Casi toda la atención se centra en otra parte.

Annis Domini 69 y 70. *No fueron sólo los años de las revueltas en el norte. No era sólo cuando Kwang Wu-Ti estaba estableciendo el dominio de la tardía dinastía Han, o los Satavahanas dominaban la India, o Vologaeses I luchaba contra los rebeldes e invasores de su propia Persia (comprobé los datos antes de venir aquí. Nada sucede de forma aislada). No era ni siquiera cuando Roma se estaba destruyendo a sí misma, después de que las legiones descubriesen que los emperadores podían hacerse fuera de Roma. No, fue en el año de la guerra judía. Eso era lo que había detenido a Vespasiano y a su hijo Tito después de la victoria sobre Vitelio. El levantamiento de los judíos, la supresión sangrienta de la revuelta, la destrucción del tercer templo... con todo lo que eso significaría para el futuro: judaísmo, cristiandad, el Imperio, Europa, el mundo.*

—Entonces es un nexo, ¿no? —susurró Floris.

Everard asintió con gravedad. Siguió aparentando calma.

—Las unidades de la Patrulla están concentradas preservando Palestina. Puede imaginar con facilidad las emociones implicadas, durante cuántos siglos. Fanáticos y filibusteros que quieren cambiar lo que sucedió en Jerusalén, los investigadores apretujados y multiplicando las posibilidades de un fallo fatal, y la situación en sí, la casi infinitud de causas radiando a ese episodio y los efectos que se derivan de él... No pretendo entender la física, pero ciertamente creo en lo que me han enseñado, que el continuo es especialmente vulnerable alrededor de esos puntos. La realidad es inestable incluso tan lejos como en la Germania bárbara.

—¿Y qué podría haberlo cambiado?

—Eso es lo que tenemos que descubrir. Podría ser alguien aprovechándose de las preocupaciones de la Patrulla. O podría ser un accidente, podría ser... no sé. Quizá un danieliano sabría indicar las posibilidades. Nuestro trabajo... —Everard tomó aliento—. Como no tienen alguna improbable pero segura explicación, como una falsificación, esos dos textos son... un aviso. Una señal temprana, una arruga de cambio, algo que «podría haber tenido» consecuencias que hicieron que la historia cambiase a un canal diferente hasta que al final usted y yo y todo lo que nos rodea no hubiese existido... a menos que oigamos el aviso y tomemos los pasos adecuados para evitar lo que «no sucedió»... O, Señor, pasemos a temporal.

Floris miraba la taza.

—¿Podemos esperar? —Una pregunta apenas audible—. Necesito pensar en ello, para asimilarlo. Para mí nunca fue más que teoría. Realizaba mis

investigaciones de campo como una exploradora del siglo XIX en el África negra. Había que tomar precauciones, sí, pero me dijeron que no es fácil alterar la estructura de los acontecimientos y que lo que hiciese, dentro de lo razonable, sería «siempre» parte del pasado. Hoy es como si la tierra se hubiese disuelto bajo mis pies.

—Lo sé. —*Lo sé como una pesadilla. La segunda guerra púnica*—. Claro. Tómese su tiempo, —« ¡Tiempo!»—. Recupere la calma. —Su propia sonrisa le sorprendió por su sinceridad—. Yo tampoco tengo mucha. Mire, suponga que nos relajamos, ya sea por este tema o por cualquier otra cosa. Dentro de un rato, salgamos a tomar una copa y a cenar, a pasarlo bien, para empezar a conocernos. Mañana podemos meternos en esto en profundidad.

—Gracias. —Se pasó la mano por las gruesas trenzas amarillas que llevaba enrolladas sobre la cabeza. Él recordó que las mujeres germánicas llevaban el pelo largo. Como si ella sintiese esa magia que alrededor del mundo todos atribuyen al pelo humano, volvió a recobrar las fuerzas—. Sí, mañana nos enfrentaremos a ello.

El invierno trajo lluvia, nieve, lluvia otra vez, azotada por vientos crueles, un clima que continuó hasta la primavera. Los ríos corrían por los barrancos, los prados se inundaban, los pantanos rebosaban. Los hombres repartían el grano que tenían almacenado, mataban más ganado tembloroso y apiñado del que habían deseado, iban a cazar más a menudo y conseguían menos piezas que antes. Se preguntaban si los dioses se habrían cansado de la sequía del año anterior pero no de desgarrar la tierra.

Quizá fue un signo de esperanza que la noche en que los brúcteros se encontraron en su lugar sagrado fuese clara, aunque fría. Retazos de nubes corrían al viento, blancas como fantasmas al lado de la luna que se movía entre ellas. Unas pocas estrellas parpadeaban. Los árboles eran enormes oscuridades, sin forma excepto donde las ramas se elevaban casi desnudas hacia el cielo. Sus sonidos eran como una lengua desconocida, respuestas a los gemidos y gruñidos del viento.

El fuego rugía. Las llamas saltaban rojas y amarillas del corazón blanco. Las chispas subían a lo alto para burlarse de las estrellas y morían. La luz apenas tocaba los grandes troncos que rodeaban el claro y parecía moverlos, tan inquietos como las sombras. Se reflejaba en las lanzas y globos oculares de los hombres reunidos, sacaba rostros sombríos de la oscuridad, pero se perdía en las barbas y las ropas gastadas.

Tras el fuego se alzaban las imágenes, formadas por troncos enteros. Woen, Tiy y Donar estaban rajados y grises, cubiertos de musgo y hongos venenosos. Nerha era más reciente, recién pintada para brillar bajo la luna, y la habilidad de un esclavo de las tierras del sur se había ocupado de la talla. Bajo el inquieto resplandor, podría haber estado viva, ser la diosa verdadera. El verraco salvaje que se encontraba sobre el carbón había sido cazado más por ella que por los otros.

No había muchos hombres, y sólo unos pocos eran jóvenes. Todos los que pudieron seguir a sus jefes a través del Rin el pasado verano, para luchar junto a Burhmund el Bátavo contra los romanos. Todavía estaban allí, y en casa se los echaba mucho de menos. Wael-Edh había enviado la noticia de que los jefes de las casas brúcteras deberían reunirse esta noche, hacer una ofrenda y

escucharla.

El aliento se les escapó de entre los dientes cuando ella se presentó. Su atuendo era blanco como la luna, adornado con pelaje oscuro, y sobre el pecho relucía un collar de ámbar. El viento producía ondas en su falda y su capa se agitaba como grandes alas. ¿Quién sabía qué pensamientos se cobijaban bajo la capucha? Levantó los brazos, anillos de oro se cerraban a su alrededor como serpientes, y todas las lanzas se inclinaron por ella.

Heidhin, que había preparado el verraco, estaba más cerca del fuego, apartado de los otros. Sacó el cuchillo, se llevó la hoja a los labios, lo volvió a guardar.

—Bienvenida, nuestra dama —la saludó—. Contempla, hemos venido como ordenaste, los que hablan al pueblo, para que a través de ti los dioses les hablen a ellos. Si es tu deseo.

Edh bajo las manos. Aunque no habló alto, su voz se impuso al ruido de la noche. Más que Heidhin, mantuvo un tono desigual, subidas y bajadas como las olas que golpean una costa lejana. Quizá a eso se debía un poco de la grandeza que siempre la rodeaba.

—Escuchadme, hijos de Brucht, porque grandes son mis noticias. La espada está en alto, los lobos y los cuervos comen bien, las brujas de Nerha vuelan con libertad. ¡Salud a los héroes!

» Primero la verdad más antigua. Cuando os llamé aquí, mi deseo era simplemente confortaros. El tiempo ha sido largo, los invitados tienen hambre y el enemigo sigue resistiendo. Muchos de vosotros empiezan a preguntarse por qué estamos aliados con nuestros parientes más allá del río. Tenemos vergüenzas que vengar, pero ningún yugo que destruir. Tenemos un reino que construir con ellos, pero no si nos fallan.

» Sí, tribus entre los galos también se han alzado, pero son frívolos. Sí, Burhmund ha devastado a los ubios, esos perros de Roma, pero los romanos han asolado el campo de nuestros amigos los gugernos. Sí, hemos asediado Mongutiacum y Castra Vetera, pero nos tuvimos que retirar de la primera y la segunda ha resistido mes tras mes. Sí, hemos tenido vuestras victorias en el campo de batalla, pero también derrotas, y siempre muchas pérdidas. Por tanto renovaré mi promesa con vosotros: que Roma caerá, que los huesos de las legiones yacerán esparcidos y que el gallo rojo cantará en todos los tejados de Roma... la venganza de Nerha. Sólo tenemos que seguir luchando.

» Entonces, apenas hoy, seguro que por voluntad de la diosa, un jinete llegó hasta mí enviado por el mismo Burhmund. Castra Vetera, el Viejo Campamento del enemigo, ha caído. Vócula el legado, victorioso en Mongutiacum, está muerto, y Novesium, donde murió, también se ha rendido. Colonia Agripina, orgullosa ciudad entre los ubios, ha pedido conocer los términos de la rendición.

» Nerha mantiene la fe, hijos de Brucht. Éste es el comienzo de la promesa

que se cumplirá por completo. ¡Roma caerá!

Sus gritos rasgaron el cielo.

Los arengó un poco más, aunque no mucho, y acabó con tranquilidad:

—Cuando finalmente los guerreros lleguen a casa, Nerha bendecirá sus semillas y tendrán como hijos a hombres para ocupar el mundo. Ahora comed frente a ella, y mañana llevad esperanza a vuestras mujeres.

Levantó una mano. Una vez más ellos bajaron las lanzas. Cogió una rama del fuego para iluminar el camino y se internó en la oscuridad.

Heidhin los guió mientras sacaban la ofrenda del asador, la trinchaban y devoraban la carne olorosa. Sin embargo, dijo poco mientras ellos hablaban de las maravillas que les habían contado. A menudo tenía esos ataques de silencio. Los demás se habían acostumbrado a ellos. Era suficiente con que fuese el hombre de confianza de Wael-Edh y, por derecho propio, un jefe sagaz y rápido. Era esbelto, de rasgos delgados, con entradas blancas en su pelo negro y la barba bien afeitada.

Cuando los huesos fueron depositados en el estercolero y el fuego ardía bajo, en nombre de todos deseó buenas noches a los dioses. Los hombres buscaron hospedaje cerca, donde podrían descansar antes del regreso por la mañana. Heidhin tomó un camino diferente. Su antorcha lo guió por un oscuro sendero hasta que salió de los árboles a un amplio claro, donde la dejó caer para que muriese. Allí la luna corría sobre los montes al oeste, por entre el viento y las nubes fantasmagóricas.

Frente a él había una casa. La escarcha relucía sobre el tejado de paja. En su interior sabía que los parientes dormían en una pared, la gente común en la otra, entremezclados con sus posesiones y herramientas, como en cualquier otro sitio; pero éstos servían a Wael-Edh. Su torre se alzaba más allá, de madera dura, sujetada con hierro, levantada para que ella pudiese estar a solas con su sueño. Heidhin siguió caminando.

Un hombre le interceptó el paso, con la lanza levantada y gritó:

—¡Alto! —Luego, mirando con la luz de la luna—: Oh, vos, mi señor. ¿Queréis dormir?

—No —dijo Heidhin—. La aurora está cerca y tengo un caballo en el refugio para llevarme a casa. Primero hablaré con la dama.

El guardia parecía inseguro.

—No la despertarán, ¿no?

—No creo que duerma —dijo Heidhin. Indefenso, el hombre le dejó pasar.

Llamó a la puerta de la torre. Una esclava se despertó y la abrió. Al verlo, acercó una astilla de pino a la lámpara de barro y la usó para encender una segunda, que él cogió. Subió por la escalera hasta la habitación de lo alto.

Mientras esperaba —se conocían desde hacía mucho tiempo— Edh se sentó en su taburete alto, mirando las sombras producidas por su propia lámpara, Se

agitaban inmensas y malformadas por entre las vigas, los cofres, pellejos y pieles, los artefactos de magia y las cosas que había traído de sus viajes. Debido al frío, se mantenía envuelta en la capa, con la capucha puesta; cuando lo miro, él vio que tenía el rostro tenebroso.

—Saludos —dijo ella en voz baja. Un fantasma de sus labios relució bajo la luz suave.

Heidhin se sentó en el suelo, recostándose contra el panel de la cama. —Deberías descansar —dijo.

—Sabes que no podría, tan pronto.

Él asintió.

—Aun así, deberías. El esfuerzo te dejará en nada.

Creyó detectar una media sonrisa.

—Llevo haciéndolo muchos años y todavía estoy sobre el suelo.

Heidhin se encogió de hombros.

—Bien, entonces duerme cuando puedas. —Sería a intervalos—. ¿En qué has estado pensando?

—En todo, por supuesto —dijo ella con cansancio—. En el significado de esas victorias. En qué hacer a continuación.

Él suspiró.

—Eso pensaba. Pero ¿por qué? Está claro.

La capucha se arrugó a medida que ella, en medio de las sombras, movía la cabeza.

—No lo está. Te comprendo, Heidhin. Un romano ha caído en nuestras manos y crees que deberíamos hacer lo que hacían los guerreros de antaño, dárselo todo a los dioses. Cortar gargantas, romper armas, destruir carros, arrojarlo todo a un cenagal para que Tiw esté contento.

—Una gran ofrenda. Aceleraría la sangre de nuestros hombres.

—Así como enfurecería a los romanos.

Heidhin sonrió.

—Conozco a los romanos mejor que tú, Edh. —¿Había hecho una mueca? Siguió hablando—. Es decir, he tratado con ellos y con los suyos, yo, un jefe guerrero. La diosa te dice poco de esas preocupaciones cotidianas, ¿no? Yo digo que los romanos no son como nosotros. Ellos son pensadores fríos...

—Por tanto los comprendes bien.

—Los hombres me llaman astuto —dijo, sin vergüenza—. Por tanto, empleemos mi ingenio. Yo te digo que una matanza animará a las tribus y nos traerá nuevos guerreros, más de lo que producirá deseos de venganza. —Fingió gravedad—. Además, los dioses estarán alegres. Lo recordarán.

—He pensado en ello —le dijo ella—. Burhmund dice que perdonará a sus hombres...

Heidhin se envaró.

—Ja —dijo—. Ése. Él, medio romano.

—Sólo que los conoce todavía mejor que tú. Considera que una carnicería no sería inteligente. Podría enfurecerlos de forma que cayesen sobre nosotros con toda su fuerza, sin que les importe el coste en cualquier otra zona de su reino. —Edh levantó una palma—. Pero espera. Él también sabe lo que los dioses podrían desear... lo que otros en casa podrían pensar que los dioses quieren. Va a enviarme a uno de los jefes romanos.

Heidhin se puso recto.

—Bien, ¡perfecto!

—Burhmund dice que podemos matar al hombre en el lugar sagrado si es necesario, pero aconseja que controlemos la mano. Un rehén, para cambiar por algo de mayor valor... —Se detuvo un momento—. He pasado este rato de calma invocando a Niaerdh. ¿Quiere sangre o no? No me ha dado ninguna señal. Creo que eso significa que no.

—Los Anses...

Sentada por encima de él, Edh dijo con repentina frialdad:

—Que Woen y el resto se quejen a Niaerdh, Nerha, si quieren. Yo la sirvo a ella. El cautivo vivirá.

Heidhin frunció el ceño mirando al suelo y se mordió el labio.

—Sabes que soy enemiga de Roma y por qué —siguió diciendo ella—. Pero todas esas palabras de destrozarla me parecen cada vez más, a medida que la guerra sigue y sigue, como simples gritos. No es realmente lo que la diosa me ordenó decir, es lo que yo me he dicho que ella quiere que diga. Tuve que repetirlo esta noche, o el encuentro hubiese estado desconcertado y aterrado. Pero ¿realmente podemos ganar algo más que la retirada de Roma de estas tierras?

—¿Podemos ganar incluso eso si nos olvidamos de los dioses? —le soltó él.

—¿O son tus esperanzas de poder y fama las que tendremos que sacrificar? —le respondió ella.

Él la miró con furia.

—Sólo de ti toleraría algo así.

Ella abandonó el taburete. La voz se suavizó.

—Heidhin, viejo amigo, lo siento. No pretendía hacerte daño. Nunca deberíamos pelearlos, nosotros dos.

El hombre también se puso en pie.

—Lo juré una vez... que te seguiría.

Ella tomó sus manos entre las suyas.

—Y bien que lo has hecho. Muy bien.

Cuando levantó la cabeza para mirarlo, la capucha cayó hacia atrás y él te vio el rostro a la luz de la lámpara. Las sombras rellenaban las arrugas y destacaban las mejillas, pero ocultaban el gris de los mechones de la frente.

—Juntos hemos recorrido un largo camino.

—No juré que te seguiría a ciegas —murmuró él, Y tampoco lo había hecho. En ocasiones iba en contra de los deseos de ella, después le demostraba que con razón.

—Muy, muy largo —susurró ella como si no lo hubiese oído. Sus ojos avellanados buscaron en la oscuridad de espaldas a él—. ¿Acabamos aquí, al este del gran río, por los años y las millas que nos han desgastado? Debíamos haber seguido vagando, quizá hasta los bátavos. Su tierra se abre al mar.

—Los brúcteros nos recibieron bien. Hicieron por ti todo lo que pediste.

—Oh, sí. Estoy agradecida. Pero algún día, desde un solo reino de todas las tribus, volveré a observar la estrella que Niaerdh hace brillar sobre el mar.

—Ese reino no será posible a menos que acabemos por completo con los romanos.

—No hables así. Después quizá tengamos que hacerlo. Ahora recordemos cosas más agradables.

La salida del sol teñía de rojo el cielo cuando él se despidió. El rocío manchaba el barro. Cruzó la pequeña arboleda en dirección al refugio y a su caballo. Ella tenía paz en la frente, lista para dormir, pero él sujetaba con dedos tensos la empuñadura de su cuchillo.

Castra Vetera, el Campamento Viejo, se encontraba cerca del Rin, más arriba de donde se encontraba Xanten en Alemania cuando Everard y Floris habían nacido. Pero toda aquella tierra en esa época era Germania: atravesaba Europa desde el mar del Norte hasta el Báltico, desde el río Scheldt hasta el Vístula, y por el sur el Danubio. Suecia, Dinamarca, Noruega, Austria, Suiza, Holanda, los estados germanos que nacerían en el curso de casi dos mil años, eran hoy una tierra salvaje rota aquí y allá por zonas cultivadas, pastos, villas, ocupada por tribus que guerreaban, emigraban y se mantenían en una eterna turbulencia.

Al oeste, en lo que serían Francia, Bélgica, Luxemburgo, la mayor parte de Renania, los habitantes eran galos, de lengua celta y costumbres celtas. Con una cultura desarrollada y capacidad militar, habían dominado a los germanos con los que tenían contacto —aunque la distinción nunca había sido absoluta, y se hacía imprecisa en la zona fronteriza— hasta que César los conquistó a ellos. Eso se había producido recientemente, y la asimilación no había progresado lo suficiente como para que el recuerdo de los viejos días se hubiese desvanecido.

Había parecido que lo mismo sucedería a sus rivales del este; pero cuando Augusto perdió tres legiones en el bosque de Teutoburgo, decidió fijar la frontera del Imperio en el Rin más que en el Elba, y sólo unas pocas tribus germanas permanecieron bajo dominio romano. Para las más periféricas, como los bátavos y los frisios, no se trataba de una ocupación real. Como a los estados nativos de la India del rajá británico, se les exigía pagar tributo y, en general, comportarse como dictara el procónsul más cercano. Aportaban muchas tropas auxiliares, originalmente voluntarios, más tarde reclutados. Fueron los primeros en rebelarse; después consiguieron aliados entre sus parientes del este, mientras que en el suroeste los galos se rebelaban.

—Fuego... he oído hablar de una sibila que profetiza que la misma Roma arderá —dijo Julio Clásico—. Háblame de ella.

El cuerpo de Burhmund se movió incómodo sobre la silla.

—Con palabras como ésas unió a nuestra causa a los brúcteros, los téncteros y a los charriavos —reconoció él, con menos entusiasmo del esperado—. Su fama ha saltado sobre los ríos para llegar a nosotros. —Miró a Everard—. Debes de haber oído hablar de ella en tu viaje. Tu camino debe de haberse cruzado con

el suyo, y aquellas tribus no han olvidado. Sus guerreros han seguido viniendo porque supieron que ella estaba con nosotros, invocando la guerra.

—Ciertamente oí hablar de ella —mintió el patrullero—, pero no sabía cómo tomarme esas historias. Cuéntame más.

Los tres montaban bajo un cielo gris, bajo una brisa fría, cerca de la vía que salía del Campamento Viejo. Era una carretera militar, pavimentada y recta como una flecha, siguiendo el sur junto al Rin hasta Colonia Agripina. Las legiones romanas habían estado allí durante muchos años. Ahora los restos de aquellos que habían defendido la fortaleza durante el otoño y el invierno se dirigían bajo vigilancia hacia Novesium, que había caído con mayor prontitud.

Formaban un grupo triste: andrajosos, sucios, esqueléticos. La mayoría caminaba con ojos vacuos, sin ni siquiera intentar mantener la fila. En su mayoría eran galos, tanto soldados regulares como auxiliares, y era al Imperio galo al que se habían rendido y jurado lealtad, según las exigencias y promesas del representante de Clásico. No es que hubiesen podido soportar un ataque directo, como habían hecho una y otra vez al comienzo del asedio. El bloqueo los había obligado a comer hierba y las cucarachas que un hombre pudiese atrapar.

La escolta era nominal: un puñado de compañeros galos, bien alimentados y vestidos, soldados ellos mismos antes de convertirse en seguidores de Clásico y sus colegas. Otros hombres vigilaban los carros tirados por bueyes que iban más atrás, cargados con despojos. Ésos eran germanos, algunos veteranos de la legión que mandaban a montañeses armados con lanzas, hachas y espadas largas. Era evidente que Claudio Civilis —Burhmund el Bático— tenía una fe muy limitada en sus asociados celtas.

Frunció el ceño. Era un hombre grande, de rasgos toscos, el ojo izquierdo ciego y lechoso por una infección del pasado, el derecho de un azul frío. Después de renegar de Roma se había dejado crecer la barba, mechones castaños con canas, como su pelo, también sin cortar, teñido de rojo al estilo bárbaro. Pero sobre el cuerpo llevaba una cota, un casco romano en la cabeza, y colgada de la cadera una espada de legionario diseñada para clavar, no para cortar.

—Me llevaría todo el día hablar de Wael-Edh... Veleda —dijo—. Tampoco estoy seguro que fuese muy afortunado. Sirve a una extraña diosa.

—¡Wael-Edh! —susurró una voz en el oído de Everard—. Su nombre real. Los hablantes latinos naturalmente lo alterarán un poco... —Los tres hombres empleaban la lengua de Roma, la que tenían en común.

Sorprendido por la tensión, Everard involuntariamente levantó la vista. Sólo vio una cubierta de nubes. Por encima, Janne Floris flotaba en el cronociclo, Una mujer no podría haber entrado cabalgando en el campamento rebelde. Aunque él hubiese podido explicar su presencia, era una idiotez asumir tal riesgo en una misión ya de por sí delicada. Además, era más útil donde estaba. Sus instrumentos vigilaban la zona de forma extensa, ampliando lo que deseaba. Por

medio de dispositivos electrónicos en la banda ornamental que llevaba en la cabeza, podía ver y oír lo que él veía y oía, mientras que la conducción ósea le traía las palabras de ella. Si tenía dificultades serias, Floris intentaría rescatarle. Eso si podía hacerlo sin crear demasiada sensación. No había forma de saber cómo reaccionaría aquella gente —incluso el más sofisticado de los romanos creía al menos en los presagios— y el sentido de toda aquella operación era preservar la historia. Si era preciso, dejabas morir a tu compañero.

—En todo caso —siguió diciendo Burhmund, evidentemente deseoso de dar por zanjado el tema—, su ferocidad disminuye. Quizá la diosa misma quiera el final de la guerra. ¿Qué hay que ganar después de haber ganado aquello por lo que la empezamos?—Su suspiro se perdió en el viento—. Yo también he tenido mi ración de batallas.

Clásico se mordió el labio. Era un hombre bajo, lo que podía haber alimentado la ambición que ardía en él, aunque un rostro aquilino apoyaba la ascendencia real que decía tener. Al servicio de Roma había mandado la caballería de térreos, y fue en la ciudad de esa tribu gala, la que se convertiría en Tréveris, donde él y otros conspiraron por primera vez para sacar partido del levantamiento germano.

—Nos queda por ganar el dominio —respondió—, la grandeza, la riqueza, la gloria.

—Bien, yo soy un hombre de paz —dijo Everard por un impulso. Si no podía detener lo que iba a suceder ese día, podría al menos, de forma débil y fútil, protestar.

Notó que lo miraban con escepticismo. Sería mejor que lo desmintiera. ¿Él, un pacifista? Fingía ser un godo, venido de las tierras que algún día serían Polonia, donde todavía habitaba su tribu. El hijo de Everard Arnalaric se encontraba entre la numerosa progenie del rey, su jefe guerrero, y por tanto tenía una posición social que le daba derecho a hablar con libertad frente a Burhmund. Nacido demasiado tarde para recibir una herencia que valiese la pena mencionar, se había dedicado al comercio de ámbar, realizando personalmente el costoso viaje hacia el Adriático, que es donde adquirió su latín tan acentuado. Finalmente lo dejó y se dirigió al oeste porque sentía deseos de aventura y había oído rumores de que en esas partes podían ganarse fortunas. Además, dio a entender, algunos problemas en casa precisaban de algunos años para enfriarse.

Era una historia inusual pero no increíble. Un hombre grande y formidable, que llevaba poco que valiese la pena robar, podía viajar solo sin ser asaltado. En realidad, se le recibiría bien en la mayoría de los sitios, un paréntesis en la monotonía, como portador de noticias, historias y canciones. Claudio Civilis se había sentido feliz de recibir a Everard cuando llegó. Tuviese o no Everard algo útil que decir, al menos le ofrecía algo de distracción en la larga campaña.

Pero no era creíble que no hubiese luchado nunca, o que hubiese perdido el

sueño después de haber despedazado a un ser humano. Antes de que sospechasen que era un espía, el patrullero se apresuró a añadir:

—Oh, he tenido mis batallas y combates individuales. Cualquiera que me llame cobarde estará dando de comer a los cuervos antes de anoecer. —Hizo una pausa. *Tengo la impresión de que puedo apelar a algo en Burhmund, hacer que se abra un poco conmigo. Tengo que saber cómo piensa el hombre clave en todo esto si hemos de descubrir cómo se desvía la línea temporal... y cuál es el curso correcto, cuál el erróneo para nosotros y nuestro mundo*—. Pero soy razonable. Cuando es posible, el comercio es mejor que la guerra.

—Encontrarás rico comercio entre nosotros en el futuro —declaró Clásico—. El Imperio galo... —Pensativo—: ¿Por qué no? Traer el ámbar directamente al oeste por tierra así como por mar. Pensaré en ello cuando tenga tiempo.

—Alto —interrumpió Burhmund—. Tengo algo que hacer. —Dio con el talón al caballo y se alejó al trote.

La mirada de Clásico le siguió con cautela. El bátavo cabalgó hasta la línea de tropas rendidas. La cola de la triste procesión estaba pasando. Se acercó a un hombre, casi el único que caminada recto y con orgullo. Sin tener en cuenta lo práctico, el hombre se había envuelto en una toga, limpia y de color barro, el cuerpo desnutrido. Burhmund se inclinó y le habló:

—¿Qué se le ha metido en la cabeza? —murmuró Clásico. Inmediatamente se dio la vuelta y sonrió a Everard. Debía de haber recordado que el recién llegado le oiría. Las fricciones entre aliados no debían mostrarse a los extraños.

Tengo que distraerle, o podría ordenarme que me aleje, pensó el patrullero. En voz alta dijo:

—¿El Imperio galo? ¿Te refieres a esa parte del Imperio romano?

Ya conocía la respuesta.

—Es la nación independiente de todos los galos. La he proclamado. Soy el emperador.

Everard fingió estar impresionado.

—¡Os pido perdón, señor! No lo había oído, puesto que he llegado recientemente.

Clásico sonrió sardónico. Había algo más en él que vanagloria.

—El Imperio en sí es de reciente fundación. Pasará un tiempo hasta que reine desde un trono y no desde una montura.

Everard le sonsacó. Fue fácil. Rústico y sin influencias, aquel godo seguía siendo alguien con quien hablar y, después de todo, un hombre impresionante, que había visto mucho, y por tanto su interés era una forma sutil de halago.

El sueño de Clásico era fascinante en sus detalles, y estaba lejos de ser una locura. Separaría la Galia de Roma. Eso cerraría Bretaña. Con pocas guarniciones y con los nativos inquietos y resentidos, la isla acabaría en sus manos. Everard sabía que Clásico subestimada en demasía la fuerza y la

determinación de Roma. Era un error natural. No podía decirle que las guerras civiles habían terminado y que Vespasiano gobernaría desde entonces de forma competente y sin disputas.

—Pero preciso aliados —admitió—. Civilis muestra señales de vacilación... —Cerró la boca, comprendiendo una vez más que había dicho demasiado—. ¿Cuáles son tus intenciones, Everard? —exigió saber.

—Sólo vagabundeó, señor —le aseguró el patrullero. *Usa el tono justo, ni humilde ni arrogante*—. Me hace un honor compartiendo conmigo sus planes. Las perspectivas comerciales...

Clásico hizo un gesto de desdén y apartó la vista. Su rostro se endureció. *Está pensando, está tomando una decisión que estaba meditando, Puedo imaginar cuál es*. Un escalofrío recorrió la espalda de Everard.

Burhund había terminado su breve discusión con el romano. Le dio una orden a un guardia, que acompañó al prisionero desde la fila hasta los toscos refugios improvisados que los germanos habían dispuesto durante el asedio. Mientras tanto, Burhund cabalgó hacia una veintena de hombres que se iban a caballo, a unos doce metros de distancia: sus tropas domésticas. Se dirigió al más pequeño y delgado. El muchacho asintió en obediencia y corrió hacia el campamento abandonado, alcanzando al romano y su escolta. Allí todavía quedaban algunos germanos para vigilar a los civiles que permanecían en la fortaleza. Tenían caballos de refuerzo, provisiones y equipo que podía reclamar.

Burhund regresó con sus compañeros.

—¿De qué se trataba? —preguntó directamente Clásico.

—Un legado, como pensé que era —dijo Burhund—. Había decidido enviarle uno a Velede. Guthlaf se adelanta, mi jinete más rápido, para dar la noticia.

—¿Por qué?

—He oído quejas entre mis hombres. Sé que en casa creen lo mismo. Hemos tenido nuestras victorias, pero también hemos sufrido derrotas y la guerra se alarga. En Ascibergium, sé sincero, perdimos lo mejor de nuestro ejército, y yo sufrí heridas que me dejaron postrado durante días. Al enemigo han estado llegando soldados nuevos. Los hombres dicen que es hora que hagamos a los dioses una ofrenda de sangre, y aquí tenemos este rebaño de enemigos en nuestras manos. Deberíamos matarlos, romper sus cosas, ofrecérselo todo a los dioses. Entonces ganaremos.

Everard oyó un jadeo desde lo alto.

—Si eso tiene que satisfacer a tus seguidores, puedes hacerlo. —Clásico parecía más ansioso que frío, aunque los romanos habían apartado a los galos de los sacrificios humanos.

Burhund le dedicó una acerada mirada con un solo ojo.

—¿Qué? Esos defensores se rindieron a ti, te dieron su juramento. —Estaba

claro que le disgustaba la idea y la había seguido porque debía hacerlo.

Clásico se encogió de hombros.

—Son inútiles hasta que los alimentemos, y después no serán de fiar. Máталos si quieres.

Burhmund se envaró.

—No quiero. Eso provocaría aún más a los romanos. No es prudente —vaciló—. Sin embargo, es mejor hacer un gesto. Voy a enviarle a Veleda el dignatario. Ella puede decidir qué hacer con él y convencer a la gente de que es lo correcto.

—Como desees. Ahora, por mi parte, tengo asuntos propios. Adiós.

Clásico azuzó el caballo y se alejó hacia el sur a medio galope. Rápidamente adelantó los carros y a los prisioneros, haciéndose más pequeño para desaparecer cuando la carretera entró en una gruesa arboleda. Más allá, Everard sabía que acampaban la mayoría de los germanos. Algunos se habían unido hacia poco al tren de Burhmund, algunos habían permanecido fuera de Castra Vetera durante meses y estaban cansados de las chozas sucias. Aunque todavía tenían pocas horas, los bosques ofrecían protección contra el viento; estaban vivos y limpios, como los bosques del hogar; el viento en las copas hablaba con las voces de los dioses oscuros. Everard reprimió un estremecimiento.

Burhmund vio cómo se alejaba su confederado.

—Me preguntó cuál es —dijo en su lengua nativa.

No pudo ser una idea consciente, sino simplemente una corazonada, lo que lo llevó a dar la vuelta, cabalgar tras el hombre de la toga y su guardián y hacer un gesto a los guardaespaldas. Éstos corrieron a su encuentro. Everard se aventuró a unirse a ellos.

Guthlaf, el mensajero, salió de entre las chozas, cabalgando un pony descansado y llevando tres monturas. Fue al trote hasta el río y subió a un transbordador que esperaba. Se alejó.

Al aproximarse al legado, Everard le echó un buen vistazo. Por su apariencia, belleza morena a pesar de lo macilento, había nacido en Italia. Se había detenido al oír la orden y esperaba su destino con antigua impasibilidad.

—Quiero ocuparme de esto inmediatamente, para que nada salga mal —dijo Burhmund. Al galo, en latín—: Vuelve a tu puesto. —A un par de sus guerreros—: Tú, Saeferth, Hnaef, quiero que llevéis a este hombre con Wael-Edh entre los brúcteros. Guthlaf acaba de partir, llevando la noticia, pero está bien. Tendréis que ir a un paso mucho más lento para no matar al romano, dado el estado en que se encuentra. —Con cierta amabilidad, le dijo en latín al cautivo—: Vas a ir con una mujer santa. Creo que te tratará bien si te comportas.

Sobrecogidos, los guerreros designados llevaron las monturas hacia el antiguo campamento para preparar el viaje. La voz de Floris tembló en la cabeza de Everard.

—*Ach, nie, de arme...* ése debe de ser Munio Luperco. Sabes lo que va a

pasarle.

El patrullero subvocalizó la respuesta.

—Sé lo que les va a pasar a todos.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—Ni una maldita cosa. Está escrito. Contrólate, Janne.

—Pareces triste, Everard —dijo Burhmund en su lengua germánica.

—Me siento... cansado —contestó Everard. El conocimiento de la lengua te había sido instalado antes de dejar el siglo XX (así como el godo, por si acaso). Era similar a la que había usado en Bretaña cuatro siglos después, cuando los descendientes de los miembros de las tribus del mar del Norte estaban invadiéndola.

—Yo también —murmuró Burhmund. Durante un momento pareció extraña y atractivamente vulnerable—. Los dos llevamos mucho en el camino, ¿no? Descansemos mientras podamos.

—Creo que tu sendero ha sido más duro que el mío —dijo Everard.

—Bien, un hombre viaja mejor solo. Y la tierra se pega a las botas cuando la sangre la ha convertido en barro.

La emoción trajo su presentimiento a Everard. Eso era lo que había estado esperando, por lo que había estado trabajando desde su llegada dos días antes. En muchos aspectos, los gerinanos eran infantiles, sin reserva, carentes de cualquier concepto de intimidad. Al contrario que Julio Clásico, que se limitaba a alardear de su ambición, Claudio Civilis —Burhmund— deseaba hablar a un oído que le entendiese, desahogarse con alguien que no le pidiese nada.

—Escucha atentamente, Janne —le transmitió a Floris—. Dime cualquier pregunta que se te ocurra. —En el corto pero intenso periodo de preparación, había descubierto que Janne era rápida comprendiendo a la gente, Entre los dos podrían aprender algo, una idea de lo que sucedía y adónde podía llevar.

—Lo haré —le respondió entrecortadamente—, pero será mejor que también vigile a Clásico.

—Luchaste por Roma desde que eras joven, ¿no? —le preguntó Everard a Burhmund en germánico.

La risa del hombre fue como un ladrido.

—Cierto, y marché, me entrené, construí carreteras, dormí en barracones, me peleé, jugué a los dados, fui de putas, me emborraché, enfermé, bostecé en los largos periodos de aburrimiento... la vida del soldado.

—Pero he oído que tienes mujer, hijos, tierras.

Burhmund asintió.

—No fue todo hacer el equipaje e irse. Para mí y mis parientes menos que para la gente normal. Pertenecíamos a la casa del rey. Roma nos quería tanto para mantener a nuestra gente tranquila como para sus soldados. Así que nos convertimos rápido en oficiales, y a menudo tuvimos largos permisos cuando

nuestras unidades estaban estacionadas en la Germania inferior. Y allí era donde estaban por lo general, hasta que comenzaron los problemas. Íbamos a casa de permiso, participábamos en las ceremonias, hablábamos bien de Roma además de ver a nuestras familias. —Escupió—. ¡Qué agradecimiento obtuvimos por nuestros servicios!

Los recuerdos empezaron a llegar. La presión de los ministros de Nerón había alimentado la furia de los tributarios; se produjeron motines; los recaudadores de impuestos y otros perros de plaga fueron asesinados. Civilis y un hermano suyo fueron arrestados acusados de conspiración. A Everard, Burhmund le dijo que se habían limitado a protestar, pero con palabras fuertes. El hermano fue decapitado, Civilis fue llevado encadenado hasta Roma para ser interrogado, sin duda bajo tortura, probablemente seguida de la crucifixión. La caída de Nerón retrasó los trámites. Galba perdonó a Civilis, entre otros gestos de buena voluntad, y le devolvió a sus deberes.

Muy pronto, Otón derrocó a su vez a Galba mientras los ejércitos en Germania proclamaban a Vitelio emperador y los ejércitos en Egipto elevaban a Vespasiano. La deuda de Civilis con Galba casi le valió ser condenado de nuevo, pero eso se olvidó cuando la decimocuarta legión fue retirada del territorio lingonio, llevándose también a los auxiliares que él mandaba.

Buscando asegurar la Galia, Vitelio entró en territorio de los tréveros. Sus soldados saquearon y asesinaron en Divodurum, la que sería Metz (eso ayudaba a explicar el apoyo instantáneo que recibió Clásico al rebelarse). Una lucha entre los bátavos y los regulares podría haber sido catastrófica, pero se evitó a tiempo. Civilis tomó el mando para poner las cosas bajo control. Con Fabio Valente como general, las tropas marcharon al sur en ayuda de Vitelio contra Otón. Por el camino, recogió grandes sobornos de las comunidades por evitar que su ejército las arrasase.

Cuando ordenó que los bátavos fuesen a Narbonensis, el sur de la Galia, para aliviar a las fuerzas asediadas, sus legionarios se amotinaron. Dijeron que eso privaría de los hombres más valientes, El desacuerdo se solucionó y los bátavos siguieron con ellos. Después de cruzar los Alpes y llegar noticias de otra derrota de su bando, en Placentia, los soldados volvieron a amotinarse, en esta ocasión por su falta de acción. Querían ir a ayudar.

Burhmund rió desde el fondo de la garganta.

—Él nos hizo el favor de aceptar.

Los dos guerreros salieron de las chozas. El romano iba entre ambos, vestido para viajar. Detrás los seguían las monturas de refresco cargadas con comida y equipo. Fueron hacia el Rin. El transbordador había vuelto. Subieron a él.

—Los partidarios de Otón intentaron detenernos en el Po —dijo Burhmund—. Fue entonces cuando Valente descubrió que los legionarios habían tenido razón en conservarnos a nosotros, los germanos. Lo atravesamos a nado y creamos una

posición segura, que mantuvimos hasta que el resto pudo seguirnos. Una vez que forzamos el río, el enemigo se deshizo y huyó. Grande fue la masacre en Bedriacum. Poco después, Otón se suicidó. —Hizo una mueca—. Pero Vitelio no tenía mejor dominio de sus tropas. Atravesaron alocadas Italia. Vi algo de eso. Fue desagradable. No era territorio enemigo que hubiesen conquistado, era la tierra que se suponía que debían defender, ¿no?

Ésa podría ser parte de la razón por la que la decimocuarta legión se volvió inquieta y gruñona. Una pelea entre regulares y auxiliares casi se convirtió en una batalla. Civilis se encontraba entre los oficiales que calmaron las cosas. El nuevo emperador Vitelio ordenó que los legionarios fuesen a Bretaña y asignó a los bátavos a sus tropas de palacio.

—Pero eso tampoco estuvo bien. No tenía ni idea de cómo manejar a los hombres. Los míos se volvieron descuidados, bebían durante el servicio y peleaban en los barracones. Al final nos devolvió a Germania. No podía hacer otra cosa, a menos que quisiese que se derramase sangre, entre la que podría haberse encontrado la suya. Estábamos hartos de él.

El transbordador, una chalana ancha con remos, había atravesado la corriente. Los viajeros desembarcaron y se perdieron en el bosque.

—Vespasiano controlaba África y Asia —siguió diciendo Burhmund—. Su general Primo llegó a Italia y me escribió. Sí, para entonces ya era muy conocido.

Burhmund envió mensajes a sus múltiples contactos. Un incompetente legado romano estuvo de acuerdo. Los hombres fueron a defender los pasos de los Alpes; ningún vitelista, galo o germano cruzaría hacia el norte mientras los italianos e iberos tuvieran tanto para mantenerse ocupados allí donde estaban. Burhmund convocó una reunión de las tribus. El reclutamiento de Vitelio era el último ultraje que soportarían. Golpearon las espadas contra los escudos y gritaron.

Para entonces, los vecinos caninefates y frisios sabían lo que pasaba. Sus asambleas jaleaban a los hombres para que se uniesen a la causa. Una cohorte de tungros abandonó su base y se unió a ellos. Los auxiliares germanos, enviados al sur por Vitelio, se enteraron de la noticia y desertaron.

Dos legiones avanzaron contra Burhmund, que las derrotó y llevó los restos hasta Castra Vetera. Cruzado el Rin, ganó una batalla cerca de Bonna. Sus mensajeros animaban a los defensores del Viejo Campamento a que se rindiesen en nombre de Vespasiano. Se negaron. Fue entonces cuando proclamó la secesión, guerra abierta por la libertad.

Los brúcteros, los tencteros y los camavos se unieron a la liga. Envió mensajeros por toda Germania. Los aventureros llegaban en oleadas para unirse a su estandarte. Wael-Edh predijo la caída de Roma.

—Y luego los galos —dijo Burhmund—, aquellos que Clásico y sus amigos

podieron hacer que se rebelaran. Sólo tres tribus por ahora... ¿Qué pasa?

Everard se había sobresaltado por un grito que sólo él había oído.

—Nada —dijo—. He creído ver un movimiento, pero no es nada. Ya sabes que el cansancio produce estos efectos.

—Los están matando en el bosque —dijo la voz entrecortada de Floris—. Es terrible. Oh, ¿por qué hemos tenido que venir en este día?

—Tú sabes por qué —le dijo él—. No mires.

Era imposible invertir años en descubrir toda la verdad. La Patrulla no podía permitirse derrochar tanta vida de sus agentes. Más aún, ese segmento del espacio-tiempo era inestable; cuantas menos personas del futuro entrasen en él, mejor. Everard había decidido empezar con una visita a Civilis varios meses antes de la divergencia de los acontecimientos. Las investigaciones preliminares sugerían que el báltavo sería más accesible después de aceptar la rendición de Castra Vetera; y la ocasión ofrecía la oportunidad de conocer a Clásico. Everard y Floris habían tenido la esperanza de obtener suficiente información y partir antes de que sucediese lo que Tácito contaba.

—¿Ha sido por orden de Clásico? —preguntó.

—No estoy segura —dijo Floris entre sollozos. No se lo reprochaba. Él mismo hubiese odiado presenciar la matanza, y ya estaba endurecido—. Está entre los germanos, sí, pero los árboles me impiden ver bien y el viento interfiere en la recepción de sonido. ¿Habla su lengua?

—Poco en todo caso, por lo que yo sé, pero algunos de ellos hablan latín...

—Tu alma está en otra parte, Everard —dijo Burhmund.

—Tengo un... presentimiento —contestó el patrullero. *Bien podría darle a entender que tengo algo de profeta, un toque de magia. Más tarde podría serme útil.*

El rostro de Burhmund estaba desolado.

—Yo también, aunque por razones más terrenales. Será mejor que reúna a mis hombres, Hazte a un lado, Everard. Tu espada está llena de entusiasmo, pero no has marchado con la legión y creo que me será necesaria esa disciplina. —La última palabra fue en latín.

La verdad le llegó, traída por un jinete salido al galope del bosque. En una multitud rugiente, los germanos habían caído sobre los prisioneros. Los pocos guardias galos se apartaron como pudieron. Los germanos estaban masacrando a todos los hombres desarmados y destrozaban los tesoros. Les darían a los dioses su hecatombe.

Everard sospechaba que Clásico los había instigado. Hubiese sido muy fácil. Clásico quería que estuviesen dispuestos a luchar más allá del punto en que pudiesen negociar una paz por separado. Sin duda Burhmund compartía esa sospecha, por lo furioso que se veía al báltavo. Pero ¿qué podría hacer?

Ni siquiera había podido detener a sus bárbaros cuando surgieron del bosque

deseosos de sangre para atacar el Campamento Viejo. El fuego ardía tras las murallas. Los gritos se mezclaban con el olor de la carne humana quemada.

Burhmund no se sentía horrorizado. Ese tipo de cosas eran habituales en su mundo. Lo que le enfurecía era la desobediencia y el secreto con que se había producido.

—Los convocaré a una reunión de guerreros —gruñó—. Los despellejaré con vergüenza. Para que sepan que hablo en serio, frente a ellos me cortaré el pelo al estilo romano y me lavaré el tinte. Y en cuanto a jurar lealtad a Clásico y su Imperio... si le disgusta lo que tengo que decir a propósito, que se atreva a tomar las armas contra mí.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo Everard—. Aquí sólo estorbaría. Quizá nos volvamos a ver.

¿Cuándo, en los días tristes que se abren ante nosotros?

El viento soplaba sin piedad, llevando frente a él las nubes como si fuesen humo. Salpicaduras de lluvia volaban inclinadas más allá de las ramas inquietas. Los cascos hacían saltar los charcos en los caminos que los caballos recorrían con la cabeza gacha. Saeferth iba delante y Hnaef al final, guiando los animales de refresco. Entre ambos, inclinado por la capa mojada, estaba el romano. Con gestos e indicaciones, cuando se detenían a comer o descansar, el bátavo había descubierto que su nombre era Luperco.

Más allá de una curva apareció un grupo de cinco, seguramente brúcteros, porque los viajeros habían llegado a sus tierras. Pero sin embargo, se encontraban todavía en la zona que a las tribus germánicas les gustaba tener a su alrededor, donde no vivía nadie. El que estaba al frente era siniestro como un hurón, negro como un cuervo excepto allí donde los años habían tejido blanco en su pelo y su barba. Con la mano derecha sostenía una lanza.

—¡Alto! —gritó.

Saeferth obedeció.

—Venimos en paz, enviados por nuestro señor Burhmund a la profetisa Wael-Edh —dijo.

El hombre oscuro asintió.

—Hemos tenido noticia de ello.

—No puede haber sido hace mucho, porque seguimos de cerca al mensajero, aunque tenemos que viajar más despacio.

—Cierto. Ahora ha llegado el momento de actuar con rapidez. Soy Heidhin, el hijo de Viduhada, el hombre más importante de Wael-Edh.

—Te recuerdo —dijo Hnaef—, de cuando mi señor la visitó el año pasado. ¿Qué deseas de nosotros?

—El hombre que traéis —les dijo Heidhin—. Es el que Burhmund entrega a Wael-Edh, ¿no?

—Sí.

Consciente de que hablaban de él, Luperco se enderezó. Su mirada fue de hombre en hombre mientras las palabras guturales corrían alrededor de su cabeza.

—Ella a su vez se lo entrega a los dioses —dijo Heidhin—. Os he esperado

para poder hacerlo.

—¿Qué, no en vuestro lugar sagrado, con un festejo a continuación? —preguntó Saeferth.

—Os he dicho que es necesario apresurarse. Si lo supiesen, varios hombres importantes entre nosotros preferirían conservarlo con la esperanza de un rescate. No podemos permitirnos ir en su contra. Pero los dioses están furiosos. Mirad a vuestro alrededor. —Heidhin movió la lanza señalando el bosque mojado y rugiente.

Saeferth y Hnaef no podían negarse. Los brúcteros los superaban. Además, todos sabían que había estado con la profetisa desde que dejó la lejana tierra de su nacimiento.

—Sed todos testigos de que teníamos toda la intención de buscarla, y que aceptamos tu palabra de que ésta es su voluntad —dijo Saeferth.

Hnaef gruñó.

—Acabemos —dijo.

Desmontaron, como hicieron los otros, y le indicaron a Luperco que hiciese lo mismo. Necesitó ayuda, porque seguía débil y tembloroso por el agotamiento y el hambre. Cuando le ataron las muñecas a la espalda y Heidhin desenrolló una cuerda con un lazo, abrió los ojos y tomó aliento. Después se afianzó sobre los pies y murmuró lo que podría ser algo para sus propios dioses.

Heidhin miró al cielo.

—Padre Woen, guerrero Tiw, Donar del trueno, escuchadme —dijo lentamente y con gravedad—. Recibid esta ofrenda como lo que es, el regalo de Nerha para vosotros. Sabed que no fue nunca vuestra enemiga ni ladrona de vuestro honor. Si recientemente los hombres os han dado menos que antes, lo que ella recibía fue siempre en nombre de todos los dioses. ¡Poneos de su lado, poderosos, y concedednos la victoria!

Saeferth y Hnaef agarraron los brazos de Luperco. Heidhin se acercó. Con la punta de la lanza marcó en la frente del romano la marca del martillo; en su pecho, rasgando la túnica, grabó la esvástica. La sangre surgía roja bajo el aire gris. Luperco se mantuvo en silencio. Lo llevaron hasta un fresno elegido por Heidhin, pasaron la cuerda por una rama y le pusieron el lazo al cuello.

—Oh, Julia —dijo en voz baja.

Dos de los hombres de Heidhin lo levantaron mientras los demás golpeaban las espadas contra los escudos y rugían.

Pataleó en el aire hasta que Heidhin le clavó la lanza, por el estómago hasta el corazón.

Cuando se hubo completado el resto de lo que debía hacerse, Heidhin le dijo a Saeferth y Hnaef.

—Venid, os ofrezco hospitalidad en casa antes de que regreséis con vuestro señor Burhmund.

—¿Qué debemos decirle sobre esto? —preguntó Hnaef.

—La verdad —respondió Heidhin—. Decíselo todo. Al final los dioses han tenido su justa parte como antes. Ahora deberían luchar de todo corazón por nosotros.

Los germanos se alejaron. Un cuervo aleteó alrededor del hombre muerto, se posó en su hombro, picó y tragó. Vino otro, y otro, y otro. Sus chillidos resonaban roncós en el viento que lo agitaba de un lado a otro.

Everard le permitió a Floris quedarse dos días en casa para descansar y recuperarse. No era débil, pero era una persona civilizada con conciencia, que había presenciado horrores. Por suerte, no conocía a ninguna de las víctimas; no habría culpa del superviviente que superar.

—Pide ayuda a los psicotécnicos si no desaparecen las pesadillas —le sugirió—. Por supuesto, tendremos que meditar nuevamente a la luz de lo que ahora hemos observado directamente y trazar un plan.

Duro como era, él también agradecía un descanso para asimilar las imágenes, olores y sonidos del Campamento Viejo. Recorrió las calles de Ámsterdam durante horas, empapándose de la decencia de la Holanda del siglo XX. El resto del tiempo lo pasaba en la oficina de la Patrulla, recogiendo archivos de datos —historia, antropología, geografía física y política, todo lo disponible— e imprimiendo los elementos que le parecían más esenciales.

Su preparación preliminar había sido superficial. No es que ahora tuviese conocimientos enciclopédicos. No estaban disponibles. La prehistoria germánica atraía a pocos investigadores; se repartían por grandes extensiones de kilómetros y siglos. Tantas otras cosas habían parecido mucho más interesantes e importantes. Era escasa la información fiable. Nadie excepto él y Floris habían investigado en persona a Civilis. La rebelión no había parecido compensar los múltiples peligros del trabajo de campo, cuando de ella no salió nada más que un cambio para mejor en el tratamiento que daba Roma a algunas personas sin importancia.

Y quizá eso es todo —pensó Everard—. Quizá esas variaciones en el texto tengan un origen seguro que los detectives de la Patrulla pasaron por alto, y estamos persiguiendo sombras. Ciertamente no tenemos pruebas de que nadie intente alterar los acontecimientos. Bien, sea cual sea la respuesta, tengo que descubrirla.

Al tercer día telefoneó a Floris desde el hotel y le propuso ir a cenar, como habían hecho en su primer encuentro.

—Nos relajaremos, hablaremos de cosas intrascendentes, en todo caso tocaremos la misión de pasada. Mañana estableceremos el plan. ¿Vale?

A petición de él, ella eligió el restaurante y se reunieron allí.

El Ambrosia se dedicaba a la comida de Surinam y caribeña. Situado en Stadhouderskade, en un vecindario tranquilo cerca del Museumplein, era íntimo, justo en el canal. Además de tener camareras bonitas, el cocinero negro vino a discutir la comida con ellos en un inglés fluido. El vino también estaba bien. Quizá la sensación de evanescencia, ese calor, luz y sabor no más que un momento en una oscuridad sin límites, algo que podría resultar no haber sucedido nunca, añadía profundidad al placer.

—Volveré andando —dijo Floris al final—. La noche es preciosa. —Su casa estaba a dos o tres kilómetros.

—Te acompañaré hasta la puerta, si me dejas —le respondió Everard con alegría.

Ella sonrió. Su pelo relucía contra la oscuridad de las ventanas como el recuerdo de la luz del sol.

—Gracias. Eso esperaba.

Salieron al aire apacible. Olía a primavera, porque la lluvia lo había limpiado con antelación y había poco tráfico, en su mayoría un pulso de fondo. Pasó un bote por el canal, dejando una estela.

—Gracias —repitió ella—. Ha sido encantador. Exactamente lo que me alegra.

—Bien. —Él se sacó el tabaco del bolsillo y empezó a cargar la pipa—. Aunque estoy seguro de que en todo caso te habrías recuperado con rapidez.

Se alejaron del agua y pasaron entre viejas fachadas.

—Sí, he visto cosas terribles —admitió. El ambiente de la cena, que los dos habían mantenido cuidadosamente alegre, estaba alejándose, aunque su tono era firme y su expresión de calma—. No violencia a esa escala, eso no, pero sí hombres muertos y heridos después de una lucha, o una enfermedad mortal, y... muchos destinos crueles.

Everard asintió.

—Sí, esta época nuestra ha visto el infierno desatado, pero no más que las otras. La principal diferencia es que hoy en día imaginan que podría ser mejor.

Floris suspiró.

—Al principio era romántico, vivir en el pasado, pero luego...

—Bien, elegiste un entorno muy duro. Y sin embargo, el verdadero guñol estaba en Roma.

Ella lo miró de cerca.

—No puedo creer que tengas ilusiones de que los bárbaros sean nobles por naturaleza. Yo pronto perdí las mías. Eran igualmente crueles. Simplemente resultaban menos eficientes.

Everard acercó la cerilla a la cazoleta.

—¿Por qué los elegiste como especialidad?, si puedo preguntar. Claro, alguien tiene que hacer el trabajo, pero por tus capacidades podrías haber elegido

muchas sociedades.

Ella sonrió.

—Intentaron convencerme de eso, después de graduarme en la Academia. Un agente pasó horas diciéndome lo mucho que me gustaría su ducado de Brabante. Fue amable. Pero yo era testaruda.

—¿Por?

—Cuanto más lo pienso menos claros me parecen mis motivos. Me pareció en su momento que... Sí, si no te importa, me gustaría contártelo.

Él le ofreció el brazo. Ella lo aceptó. El paso de la mujer se ajustaba con facilidad al suyo y era más ágil. Con la mano libre, Everard acunaba la pipa.

—Hazlo, por favor —le dijo—. No he leído tu informe más allá de lo mínimo imprescindible, pero no puedo evitar sentir curiosidad. Y en todo caso, no creo que contenga la verdadera explicación.

—Supongo que se remonta a mis padres. —Miraba al frente, con una arruga diminuta en la frente. Su voz surgía soñadora—. Soy hija única, nacida en 1950. —*Y ahora mucho mayor, en tu línea de mundo, de lo que dice el calendario, pensó él*—. Mi padre creció en lo que eran Las Indias Orientales Holandesas. ¿Recuerdas que los holandeses fundamos Yakarta y que la llamábamos Batavia? Era joven cuando los nazis invadieron Holanda, luego los japoneses conquistaron el Sureste Asiático. Luchó contra ellos como marino en lo que quedaba de nuestra Marina. Mi madre, en casa, una escolar, estuvo implicada en la resistencia, la prensa clandestina.

—Gente orgullosa —murmuró Everard.

—Mis padres se conocieron y se casaron después de la guerra, y se establecieron en Ámsterdam. Todavía viven, retirados, él de su negocio, ella de enseñar historia, historia holandesa. —*Sí, pensó él, vuelves de tus expediciones el día que partiste porque no quieres perderte oportunidades de verlos antes de que mueran, sin que sepan lo que haces realmente. Ya es malo que se sientan decepcionados por los nietos*—. No presumen de su participación en la guerra. Pero yo estaba... ¿estaba destinada?... sí, destinada a vivir siempre sabiéndolo, y con todo el pasado de mi país. ¿Patriotismo? Llámalo como quieras. Son mi gente. ¿Qué los convirtió en lo que son? ¿Qué semilla? ¿Qué raíz? Los orígenes me fascinaban, y en la universidad estudié para convertirme en arqueóloga.

Everard ya sabía eso, así como que había sido una atleta cercana a los niveles de campeona y que había recorrido lejos de las rutas turísticas un par de lugares difíciles y peligrosos. Llamó la atención de un reclutador de la Patrulla, que le hizo pasar las pruebas y le reveló luego su sentido. Su reclutamiento había sido similar.

—Es igual —dijo él—, elegiste una cultura en la que la mujer tenía muchos obstáculos.

Ella respondió algo cortante.

—Al menos debes de haber visto un resumen que demuestra que lo conseguí. Debes de conocer los disfraces de la Patrulla.

—Lo siento. No pretendía ofenderte. Están bien para visitas cortas. —En menos de un año cosas como las patillas y los registros vocales podían imitarse casi a la perfección. Telas bastas y holgadas, con rellenos adecuados, ocultaban las curvas. Las manos podían ser un problema, pero las suyas eran grandes para una mujer y si decía ser joven la falta de pelo y la forma podrían no llamar la atención—. Pero... —Con facilidad se daban situaciones en las que la ropa desaparecía entre compañeros, como en el baño. O algo como una pelea podía iniciarse por una cara que permanecía inconfundiblemente afeminada... pensaría un bárbaro. Por bien entrenada que estuviese, una mujer, en una situación donde las armas de alta tecnología estaban prohibidas, carecía de la musculatura superior y la potencia de arranque de un hombre.

—Usos limitados —admitió ella—. A menudo era frustrante. Incluso consideré... —Dejó de hablar.

—¿Cambiar de sexo? —preguntó él con amabilidad después de medio minuto. El asentimiento fue rígido.

—Ya sabes que no tiene por qué ser permanente. —Las operaciones del futuro no requerían cirugía o inyecciones de hormonas; se realizaban a nivel molecular, reconstruyendo el organismo partiendo del ADN—. Claro está, es un cambio muy importante. Sólo podrías hacerlo para misiones de varios años, como mínimo.

Ella lo miró con desafío.

—¿Lo harías tú?

—¡Diablos, no! —exclamó. Inmediatamente pensó : *¿Ha sido una reacción demasiado rápida? ¿Intolerante?*—. Pero recuerda, nací en el Medio Oeste, en 1924.

Floris rió y le apretó el brazo.

—Dudaba de que mi mente, mi personalidad básica, pudiese cambiar. Como hombre, sería homosexual. En esa sociedad habría sido peor que ser mujer, que, además, me gusta ser.

Él sonrió.

—Eso es evidente.

Calma, chico. Nada de relaciones personales en el trabajo. Podría resultar letal. Intelectualmente, me gustaría que fuese un hombre.

Los sentimientos de ella debían de ser equivalentes, porque también se acobardó y caminaron un rato sin hablar. Pero era un silencio de compañerismo. Atravesaban el parque, rodeados de verde, con la luz de las farolas atravesando el follaje para marcar el camino, cuando él habló:

—A pesar de eso, has llevado a cabo un gran proyecto. No consulté el archivo. Esperaba que me lo contases, lo que es mejor.

Lo había dejado caer un par de veces, pero ella había eludido, o evitado, el tema. No era difícil entenderlo, cuando tenía tanto que contar.

Oyó y vio que ella tomaba aliento.

—Sí, debo hacerlo —admitió—. Necesitas saber qué experiencia tengo. Es una larga historia, pero podría empezar ahora —vaciló—. He llegado a sentirme más cómoda contigo. Al principio estaba aterrorizada. ¿Yo, trabajar con un agente No asignado?

—Lo ocultaste bien. —Arrastró las palabras en medio del humo de la pipa.

—En el trabajo de campo se aprende a ocultar las emociones, ¿no? Pero esta noche puedo hablar con libertad. Eres un hombre muy agradable.

Él no supo qué decir.

—Viví quince años con los frisios —comenzó.

Everard agarró la pipa antes de que chocase contra el pavimento.

—¿Cómo?

—Desde el 22 hasta el 37 a.C. —siguió diciendo ella con decisión—. La Patrulla quería conocimiento, más que una aproximación, de la vida en el oeste de la zona germánica, en el periodo en que la influencia romana reemplazaba la celta. Específicamente, estaban preocupados por los trastornos entre las tribus después del asesinato de Arminio. Las consecuencias eran potencialmente importantes.

—Pero no surgió nada alarmante, ¿no? Mientras que Civilis, que la Patrulla creía que podía menospreciar con toda tranquilidad... Bien, está formada por humanos falibles. Y, claro está, un informe detallado sobre una sociedad típica es valioso en muchos contextos diferentes. Sigue, por favor.

—Los colegas me ayudaron a establecerme. Mi disfraz era el de una mujer joven de los casuarios, viuda después del ataque de los cerusci. Huyó a territorio frisio con algunas posesiones y un par de hombres que habían servido a su esposo y seguían siéndole fieles. El jefe de la tribu que encontramos nos recibió con generosidad. Traía oro así como noticias; y para ellos la hospitalidad era sagrada.

No resultó un inconveniente que fueras, seas, tan atractiva.

—No mucho después, me casé con un joven hijo suyo —dijo Floris, resaultamente objetiva—. Mis «sirvientes» se excusaron para ir a una «aventura» y nunca más se supo nada de ellos. Todos supusieron que tuvieron mal fin. ¡Cuántas formas había de morir!

—¿Y? —Everard contempló su perfil. Vermeer podría haberlo evocado en el crepúsculo que lo envolvía bajo su cubierta dorada.

—Fueron años difíciles. A menudo sentía nostalgia, en ocasiones desesperación. Pero entonces pensaba que estaba investigando, descubriendo, explorando todo un universo de formas y creencias, conocimientos, habilidades, gente. Me encariñé mucho con la gente. Tenían buen corazón de una forma tosca, dentro de la tribu, y mi Garulf y yo... nos hicimos íntimos. Le di dos hijos,

y en secreto me aseguré de que vivirían. Él esperaba más, naturalmente, pero eso fue otra cosa de la que me ocupé, y era común que una mujer perdiera la fertilidad. —Su boca se dobló hacia arriba con aflicción—. Tuvo otros hijos con una chica de la granja. Nos llevábamos bien, ella me trataba con deferencia y... No importa. Era algo aceptado y normal, no una mancha para mí, y... sabía que algún día me iría.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Everard en voz baja.

Su voz se volvió plana.

—Garulf murió. Cazaba toros, y uno de ellos lo corneó. Llore, pero simplificó las cosas. Debía haberme ido mucho antes, desaparecer como mis asistentes, pero él y nuestros hijos... de poco más de diez años, lo que significa que eran casi hombres. El hermano de Garulf se ocuparía de ellos.

Everard asintió. Sus estudios le habían enseñado que los antiguos germanos veneraban la relación entre tío y sobrino. Una de las tragedias que Burhmund, Civilis, había soportado, era la ruptura con el hijo de su hermana, que luchó y murió en el ejército romano.

—Aun así fue doloroso dejarlos —terminó diciendo Floris—. Dije que me iba por un tiempo, a llorar a solas, y dejé que se preguntasen después qué había sido de mí.

Y tú te preguntas qué fue de ellos, y sin duda siempre lo harás —pensó Everard—. A menos que, vigilando desde lejos, hayas seguido sus vidas hasta el final. Pero espero que seas más inteligente. Ahí tienes la aventura y el encanto de servir en la Patrulla del Tiempo.

Floris tragó... ¿algunas lágrimas? Después comentó con triste alegría:

—¡No puedes ni imaginar el rejuvenecimiento cosmético que necesité al regresar! ¡Y baños calientes, luces eléctricas, libros, espectáculos, aviones, todo!

—Y no digamos volver a ser una igual —añadió Everard.

—Sí, sí. Las mujeres disfrutaban de una alta posición, eran más libres de lo que volverían a ser hasta el siglo XIX, pero aun así... O, sí.

—Parece que Velda era empoderadamente dominante.

—Eso era diferente. Ella hablaba por los dioses, creo.

Tenemos que estar seguros.

—La misión terminó hace varios años en mi línea de mundo personal —dijo Floris—. Mis posteriores esfuerzos fueron menos ambiciosos. Hasta ahora.

Everard mordió con fuerza la pipa.

—Tenemos el problema del sexo. No quiero jugar con disfraces, excepto por poco tiempo. Demasiadas limitaciones.

Ella se detuvo. Por tanto él también. Estaban cerca de una farola que daba a sus ojos un brillo gatuno. Levantó la voz.

—No me limitaré a quedarme en el cielo vigilándole, agente Everard. No lo haré.

Un ciclista pasó silbando, lo miró y siguió su camino.

—Sería útil tenerte conmigo en el suelo —le concedió Everard—. No de forma constante. Debes admitir que a menudo es mejor si uno de los compañeros permanece en reserva. Pero cuando nos dediquemos al verdadero trabajo de Sherlock Holmes, entonces tú, con tu experiencia... La pregunta es ¿cómo podremos hacerlo?

Cambiando de furiosa a deseosa, ella aprovechó la ventaja.

—Seré tu esposa. O tu concubina, o tu criada, o lo que mejor se ajuste a las circunstancias. No es extraño entre los germanos que una mujer acompañe a un hombre cuando viaja.

¡Maldición! ¡Realmente siento calor en las orejas!

—Podría complicarnos las cosas.

Su mirada se fijó en la de él.

—Eso no me preocupa, señor. Sois un profesional y un caballero.

—Bien, gracias —dijo, aliviado—. Supongo que puedo controlar mis modales.
¡Si tú controlas los tuyos!

De pronto la primavera recorrió la tierra. Calor y días más largos atrajeron las hojas. La hierba relucía. El cielo se llenó de alas y clamor. Corderos, becerros y potros jugueteaban en los prados. La gente salía de la oscuridad de las casas, del humo y el olor del invierno; parpadeaban por la luz, aspiraban la dulzura y se ponían a trabajar preparándose para el verano.

Pero tenían hambre después de las escasas cosechas del año anterior. Muchos hombres estaban en guerra más allá del Rin, y pocos de ellos regresarían con vida.

Edh y Heidhin todavía guardaban hielo en sus corazones.

Caminaban por las tierras de ella sin prestar atención a la luz o la brisa. Los peones de sus campos la vieron y no se atrevieron a vitorearla ni a hacerle ninguna pregunta. Aunque los bosques del oeste relucían bajo el sol, el bosquecillo sagrado del este parecía tenebroso en la lejanía, como si su torre hubiese proyectado una sombra hasta tan lejos.

—Estoy furiosa contigo —le dijo a Heidhin—. Oh, debería apartarte de mí para siempre.

—Edh... —Su voz era severa. Tenía los nudillos blancos sobre el mango de la lanza—. Hice lo que había que hacer. Estaba claro que hubieses perdonado la vida a ese romano. Los Anses ya estaban suficientemente enfadados con nosotros.

—Eso murmuraban los imbéciles.

—Entonces la mayor parte de la tribu está formada por imbéciles. Edh, yo voy entre ellos como tú no puedes, porque soy un hombre, y sólo un hombre, y no el elegido de la diosa. La gente me dice lo que evitaría decirte a ti directamente. —Heidhin siguió caminando mientras buscaba las palabras—. Nerha ha estado tomando demasiado de lo que solía ir a los dioses del cielo. Conozco bien lo que tú y yo le debemos, pero para los brúcteros es diferente, e incluso nosotros dos debemos demasiado a los Anses. Si no hacemos las paces con ellos, nos negarán la victoria. Lo he leído en las estrellas, el tiempo, el vuelo de los cuervos, los huesos. ¿Y qué si me equivoco? El miedo en sí es real en el corazón de los hombres. Empezarían a fallar en la batalla y el enemigo ganaría.

» Ahora yo, en tu nombre, he dado un hombre a los Anses, no un mero

esclavo sino un jefe guerrero. Que la noticia llegue lejos, ¡veremos la esperanza renacer entre los guerreros!

La mirada de Edh lo golpeó como una espada.

—Ja, ¿crees que tu pequeña matanza significará algo para ellos? Mientras estabas fuera, otro mensajero de Burhmund llegó hasta mí. Sus hombres mataron a todos los hombres y destrozaron todo lo que había en Castra Vetera. Saciaron a sus dioses.

La lanza tembló en la mano de Heidhin antes de que pudiese controlarse. Pasó un momento. Al final dijo, despacio:

—¿Cómo podría haber previsto eso? Está bien.

—No lo está. Burhmund estaba furioso. Sabe que endurecerá la voluntad de Roma. Y ahora tú, tú me has robado un cautivo que podría habernos servido de intermediario.

Heidhin apretó la mandíbula.

—No podía saberlo —murmuró—. Y, en todo caso, ¿de qué nos iba a servir un solo hombre?

—Parece que también me has privado de ti mismo. —Edh adoptó una expresión sombría—. Había pensado que irías a Colonia por mí.

Sorprendido, él dobló el cuello para mirarla. Las altas mejillas, la larga nariz recta, la boca llena permanecieron alejadas de él.

—¿Colonia?

—Eso también estaba en el mensaje de Burhmund. Desde Castra Vetera va a Colonia Agripina. Cree que podrían rendirse. Pero una vez que tengan noticias de la matanza, y las recibirán antes de que él llegue, ¿por qué iban a hacerlo? ¿Por qué no seguir luchando con la esperanza de una liberación cuando no tienes nada que perder? Burhmund quiere que maldiga, con la ira fulminante de Nerha, a todo el que rompa los términos de la rendición.

Su astucia habitual regresó y lo calmó.

—Humm, sí. —Con la mano libre se rozó la barba—. Sí, eso podría convencerlos en Colonia. Deben conocerse. Los ubios son germanos, por mucho que se consideren romanos. Si tu mensaje se dijese en alto a las tropas de Burhmund, cerca de las murallas, para que los defensores pudieran oírlo y verlo...

—¿Pero quién iba a decirlo?

—¿Tú?

—Imposible.

Él asintió.

—No, es cierto. Mejor mantenerte alejada. Pocos aparte de los brúcteros te han visto. Eres más impresionante en los relatos que en carne y hueso.

La risa de ella era lobuna.

—Carne y huesos que deben comer, beber, dormir, eliminar desechos, quizá

pillar un resfriado, casarse ciertamente. —Bajó la voz. Agachó la cabeza—. Realmente estoy cansada —susurró—. Me gustaría estar sola.

—Una decisión sabia —dijo Heidhin—. Sí. Recluírte por un tiempo en tu torre, dejar claro que estás pensando, preparando brujerías, llamando a la diosa. Yo llevaré tu palabra al mundo.

Ella se enderezó.

—Eso pensaba —respondió—. Pero, después de lo que has hecho, ¿cómo voy a confiar en ti?

—Puedes. Te lo juro, —La voz de Heidhin vaciló un poco—. Si nuestros años juntos no son suficientes... —Una vez más cambió al orgullo—. Sabes que no tienes mejor representante. Soy más que el primero entre tus seguidores, soy un líder por propio derecho. Los hombres me obedecen.

Ella permaneció mucho tiempo en silencio. Pasaron cerca de un potrero donde había un toro, la bestia de Tiw, con sus poderosos cuernos al sol. Al final preguntó:

—¿Repetirás mis palabras sin alterarlas y trabajarás de buena fe para que se entienda su sentido?

Él expuso su respuesta con habilidad.

—Me duele que desconfíes de mí, Edh.

Entonces ella lo miró enternecida.

—Todos estos años... viejo amigo...

Se detuvieron donde estaban, en un camino embarrado en medio de la hierba.

—Para ti hubiese sido más que un amigo si me hubieses dejado —dijo él.

—Sabes que nunca podría. Y tú lo aceptaste. ¿Cómo no voy a perdonarte? Sí, ve a Colonia por mí.

La severidad cayó sobre él.

—Lo haré, e iré a cualquier otro sitio adonde me envíes, sirviéndote lo mejor que sepa, siempre que no me pidas romper el juramento que hice en la costa de Eyn.

—Eso... —su rostro empalideció—, fue hace mucho tiempo.

—Para mí es como si hubiese sido ayer. Nada de paz con los romanos. Guerra mientras viva, y cuando esté muerto los hostigaré en su camino al infierno.

—Niaerdh podría liberarte de esa promesa.

—Yo nunca me liberaría a mí mismo. —Como un martillo que golpease con fuerza, Heidhin declaró—: O me apartas de ti en este día, para siempre, o juras que jamás me pedirás que haga la paz con los romanos.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo hacer eso. Si nos ofrecen, a nuestro pueblo, a todos, la libertad...

Él lo meditó antes de decir de mala gana.

—Bien, si lo hacen, acepta. Me atrevería a decir que tendrías que hacerlo.

—La propia Niaerdh querría. No es una Anse sedienta de sangre.

—Vaya, antes dijiste lo contrario. —Heidhin sonrió—. No esperes que los romanos permitan alegremente que las tribus del oeste y sus tributos se vayan. Pero si lo hiciesen, yo me iré, con los hombres que quieran seguirme, y los atacaré en sus tierras hasta que caiga bajo sus espadas.

—¡Qué eso no suceda nunca! —gritó ella.

Él le puso las manos sobre los hombros.

—Júrame, que Niaerdh sea testigo, que declararás la guerra sin cuartel hasta que los romanos hayan abandonado estas tierras o... o al menos, hasta que yo haya muerto. Si lo haces, entonces te concederé cualquier otra cosa que me pidas, sí, incluso dejar con vida a los romanos que capturemos.

—Si así lo deseas. —Edh suspiró. Se apartó de él. Dio una orden—: Vamos, busquemos el lugar sagrado, mezclemos nuestra sangre sobre la tierra y nuestras palabras en el aire para asegurar esta unión. Quiero que vayas con Burhmund mañana. El tiempo apremia.

Una vez la ciudad había sido Oppidum Ubiorum, o así la llamaban los romanos. Por otra parte, los germanos no construían ciudades; pero los ubios, en la orilla izquierda del Rin, estaban muy influenciados por los galos. Después de la conquista de César, no tardaron en formar parte del imperio y, al contrario que muchos de sus compatriotas, estaban contentos con la situación, con el comercio, el conocimiento, la apertura al mundo exterior. Durante el reinado de Claudio, la ciudad se convirtió en colonia romana y recibió el nombre de su esposa. Devotos latinizadores ellos mismos, los ubios cambiaron su propio nombre por el de agripinenses. La ciudad creció. Se convertiría en Köln —Colonia— en el lejano futuro.

Aquel día hervía la tierra bajo las sólidas murallas de construcción romana. El humo se elevaba de cientos de fuegos de campamento, los estandartes bárbaros flameaban sobre tiendas de cuero y, bajo pieles y mantas, yacían aquellos que no se habían traído ningún refugio. Los caballos relinchaban y coceaban. El ganado mugía, las ovejas balaban en los corrales improvisados que las guardaban hasta que fuesen sacrificadas para la tropa. Los hombres se movían de un lado a otro, salvajes guerreros de más allá del río, populacho galo de este lado. Más tranquilos eran los terratenientes armados bátavos y sus vecinos cercanos; disciplinados eran los veteranos de Civilis y Clásico. Aparte se apiñaban los abatidos legionarios que habían sido traídos desde Novesium. Durante el viaje habían soportado tales hostigamientos que, al final, una de sus tropas de caballería lo mandó todo al demonio, repudió el juramento de fidelidad al Imperio galo y se marchó al sur para unirse a Roma.

Un pequeño conjunto de tiendas se encontraba aislado cerca de la corriente. Ningún rebelde se aventuraba a acercarse a menos de unos cuantos metros a no ser que tuviese una buena razón, y en ese caso se aproximaba en completo silencio. Soldados brúcteros protegían sus cuatro esquinas, pero sólo como guardia de honor. Lo que allí se guardaba era una gavilla de paja con varias manzanas atadas en lo alto de un poste... del año anterior, secas y sin brillo pero seguían siendo el emblema de Nerha.

—¿De dónde vienes?—preguntó Everard.
Heidhin lo miró. La respuesta fue sibilante.

—Si vienes desde el este como afirmas, ya lo sabes. Los angrivarios recuerdan a Wael-Edh; los longobardos también, y otros muchos. ¿Ninguno de ellos te dijo nada sobre ella?

—Pasó por allí hace años...

—Sabemos que la recuerdan, porque tenemos noticias tuyas por comerciantes, viajeros, y por los guerreros que han llegado hasta Burhmund. — La sombra de una nube pasó sobre el punto donde estaban sentados los hombres, en un banco tosco frente al pabellón de Heidhin. Le oscureció el rostro y pareció afilar su mirada. El viento trajo un hálito de humo, un olor a hierro—. ¿Quién eres realmente, Everard, y qué deseas de nosotros aquí?

Este es listo, y un verdadero fanático, comprendió el patrullero. Con rapidez dijo:

—Estaba a punto de decirlo. Me sorprendió que su nombre perviviese entre tribus lejanas, mucho después de que hubiese pasado por ellos.

—Humm. —Heidhin se relajó un poco. La mano derecha, que se había desplazado mucho hasta la empuñadura de la espada, ajustó más la capa negra para protegerse del sol—. Me pregunto por qué has seguido a Burhmund si no tienes deseos de unirte a su bandera.

—Es por lo que te dije, mi señor. —Heidhin no apreció el trato de respeto viniendo de Everard, que no le había jurado lealtad, pero no le dolió. Y en verdad Heidhin se había convertido en una figura importante entre los brúcteros, un jefe guerrero con tierra y posesiones, emparentado con una familia noble, y sobre todo en el confidente y principal interlocutor de Velede—. Hablé con él en Castra Vetera porque había oído de su fama y buscaba aprender cómo iban las cosas en estos países. De camino a otra parte, oí que la profetisa venía aquí. Tenía la esperanza de conocerla, o al menos de verla y oírla.

Burhmund, que recibió con hospitalidad a Everard, le había explicado que la sibila había enviado a su representante. Pero la hospitalidad del bátavo fue parca, por lo ocupado que estaba. Cuando vio una oportunidad, Everard buscó a Heidhin por su cuenta. Un godo era lo suficientemente exótico como para ser recibido, pero la conversación resultaba incómoda, porque Heidhin pensaba en otras cosas hasta que, de pronto, le asaltaron las sospechas.

—Se ha retirado a su torre para estar a solas con la diosa —dijo. En él ardía la fe.

Everard asintió.

—Eso me dijo Burhmund. Y escuché tu discurso ayer, a las puertas de la ciudad. Mi señor, no recorramos la misma tierra una vez más. Lo que os pido es simplemente... ¿de dónde venís vos y la santa Wael-Edh? ¿Dónde empezasteis vuestro viaje? ¿Y cuándo y por qué?

—Venimos de los alvaringos —dijo Heidhin—. Quizá la mayoría de los hombres que forman esta multitud no habían nacido cuando partimos. ¿Por qué?

La diosa se lo ordenó. —La intensidad cedió paso a la brusquedad—. Mejor que trabaje con las manos en lugar de iluminar a un extraño. Si sigues entre nosotros Everard, oirás más, o quizá tú y yo podamos hablar otra vez. Hoy debo despedirme.

Se pusieron en pie.

—Gracias por tu tiempo, mi señor —dijo el patrullero—. Algún día volveré con mi gente. Si tú o algún familiar busca a los godos, será bien recibido.

Heidhin no pasó por alto la despedida de cortesía.

—Podría ser —contestó—. Los mensajeros de Nerha... pero primero hay que ganar una guerra. Que te vaya bien.

Everard atravesó la turbulencia que lo rodeaba hasta un corral próximo al cuartel general de Civilis, donde cogió sus caballos. Eran viejos ponis germanos; cuando montó, los pies le colgaron a unos centímetros del suelo. Pero claro, era grande incluso entre aquellos hombres, y se hubiesen hecho demasiadas preguntas si no hubiese tenido animales para llevarlo a él y acarrear sus posesiones. Cabalgó hacia el norte. Colonia Agripina desapareció a sus espaldas.

La luz de la tarde teñía de oro el río. Las colinas eran casi como las recordaba de su época de nacimiento, pero el campo estaba destrozado por zonas de cultivo llenas de hierbajos y edificios destrozados allí por donde Civilis había pasado meses atrás. Aquí y allá, vio huesos, algunos humanos.

La desolación servía a sus propósitos. Sin embargo, esperó hasta que hubo oscurecido para hablar con Floris.

—Vale, manda el camión. —No debían verlo salir de la carretera, y un vehículo capaz de llevar caballos era más aparatoso que un cronociclo. Ella lo envió por control remoto, él metió las bestias y, en un instante, saltando en el espacio, llegó al campamento. Floris se reunió con él un minuto más tarde.

Podrían haber saltado a la comodidad de Ámsterdam, pero eso hubiese sido malgastar línea vital, no en el viaje sino en el traslado para ir y venir desde los alojamientos, quitarse y ponerse los trajes de bárbaro, quizá peor aún los cambios de registro mental. Era preferible vivir en la tierra arcaica, intimar no sólo con la gente sino con el mundo natural. La naturaleza —lo salvaje, los misterios del día y la noche, verano e invierno, tormentas, estrellas, crecimiento, muerte— lo ocupaba todo, también el alma de la gente. No podías realmente entenderlos o sentir con ellos, hasta que tú mismo no hubieses entrado en un bosque y hubieses dejado que él entrase en ti.

Floris había elegido el lugar: una colina remota sobre bosques que cubrían por completo el horizonte. Sólo algún cazados ocasional la conocía, y era poco probable que alguien la hubiese escalado, hasta la cima. La población de Europa del Norte era muy dispersa; una tribu de cincuenta mil personas era grande y ocupaba un territorio extenso. Otro planeta hubiese sido menos extraño que aquel país para el siglo XX.

Dos refugios unipersonales estaban colocados lado a lado bajo la suave luz y sabrosos olores llegaban desde una unidad de cocina: una tecnología procedente de un futuro posterior al nacimiento de cualquiera de ellos dos. Tras dejar su caballo junto al de Floris, se dedicó a reavivar el fuego que había encendido. Comieron en un silencio meditativo, luego apagaron la lámpara. La unidad de cocina se convirtió en otra sombra y se limpió sin molestar. Se sentaron sobre la hierba frente a las llamas. Ninguno de los dos lo había propuesto; simplemente sabían que era lo correcto.

Llegó una brisa fría. De vez en cuando un búho ululaba bajo, como si hiciese una pregunta a un oráculo. Las copas de los árboles relucían tenues como un mar bajo las estrellas. La Vía Láctea se extendía inmensa sobre sus cabezas. Más alta resplandecía la Osa Mayor, que allí se conocía como el Carro del Padre Cielo. *Pero ¿cómo la llaman en el país natal de Edh? —se preguntó Everard—. Sea cual sea, si Janne no reconoció la denominación «alvaringo», entonces debe de ser tan oscura que nadie en la Patrulla ha oído hablar de ella.*

Encendió la pipa. El fuego chasqueaba emitiendo su propio humo, destacando el rostro de Floris en la oscuridad, resaltando trémulo las trenzas desatadas y los huesos fuertes.

—Creo que tenemos que buscar en el pasado —dijo.

Ella asintió.

—Los últimos días han confirmado a Tácito, ¿no?

Durante esos días, él había sido necesariamente el que actuaba sobre el terreno y ella la observadora desde las alturas. Pero el papel de Floris había sido tan activo como el suyo. Él estaba confinado a las inmediaciones. Ella vigilaba sobre un área amplia, y luego enviaba diminutos espías robóticos por la noche para que observasen invisibles e informasen de lo que pasaba bajo varios techos escogidos.

Eran testigos... El senado de Colonia sabía que su situación era desesperada. ¿Podrían obtener términos de rendición algo menos que desastrosos? ¿Y serían respetados? La tribu de los téncteros, que vivían al otro lado del Rin, envió representantes para proponer una unidad independiente de Roma. Una de sus exigencias era que las murallas de la ciudad fuesen demolidas. Colonia se opuso; sólo aceptaría una sociedad flexible, y paso libre sobre el río únicamente de día, hasta que el uso generase más confianza. También propuso que los mediadores de cualquier tratado fuesen Civilis y Veleda. Los téncteros estuvieron de acuerdo. Entonces, Civilis-Burhmund y Clásico llegaron.

Clásico prefería saquear Colonia. Burhmund era reacio. Entre otras razones, la ciudad tenía a un hijo suyo, tomado como rehén durante el periodo ambiguo del año anterior cuando luchaba abiertamente para convertir a Vespasiano en emperador. A pesar de todo lo sucedido desde entonces, trataban bien al muchacho, y Burhmund deseaba recuperarlo. La influencia de Veleda haría

posible una paz negociada.

Así fue.

—Sí —dijo Everard—. Supongo que el resto también seguirá el libro. Colonia se rendiría, no sufriría daño y se uniría a la alianza rebelde. Obtendría, sin embargo, nuevos rehenes, la hermana y la esposa de Burhmund y una hija de Clásico. Que esos hombres pusiesen tanto en juego indicaba algo más que *realpolitik*, el valor del acuerdo; indicaba el poder de Veleda.

(«¿Cuántas discordias afronta el Papa?» se mofaría Stalin. Sus sucesores descubrirían que eso nunca había tenido importancia. A la larga, los humanos vivían principalmente según sus sueños, y morían por ellos).

—Bien, todavía no estamos en el punto de divergencia —dijo Floris, innecesariamente—. Estamos explorando su origen.

—Y reforzamos la idea de que Veleda es la clave de todo esto. ¿Crees que podríamos, y me refiero principalmente a ti, que podríamos acercarnos a ella directamente y conocerla?

Floris negó con la cabeza.

—No. Especialmente ahora, cuando se ha aislado. Probablemente se encuentra en un estado de crisis emocional, quizá religiosa. Una interrupción podría provocar... cualquier cosa.

—Ajá. —Everard chupó la pipa durante un minuto—. Religión... ¿Oíste ayer el discurso de Heidhin a las tropas, Janne?

—En parte. Sabía que estabas allí, tomando nota.

—No eres americana. Ni tampoco tienes antepasados calvinistas. Sospecho que no apreciaste lo que hacía.

Ella tendió las manos hacia el fuego y esperó.

—Si alguna vez he escuchado un sermón ferviente de condenación al fuego del infierno para meter miedo a la congregación, fue el que Heidhin dio —dijo Everard—. Muy efectivo, además. No habrá más atrocidades como la de Castra Vetera.

Floris se estremeció. —Espero que no.

—Pero... todo el enfoque... Me doy cuenta que no era desconocido para el mundo clásico. Especialmente desde que los judíos se instalaron en todos los puntos del Mediterráneo. Los profetas del Antiguo Testamento llegaron a tener influencia incluso en el paganismo. Pero aquí, entre los nórdicos... ¿un orador no hubiese apelado al machismo? Al menos, a su obligación de cumplir una promesa.

—Sí, claro. Sus dioses son crueles, pero, bien, tolerantes. Lo que hará a esta gente vulnerable a los misioneros cristianos.

—Veleda parece haber descubierto el mismo punto débil —dijo Everard pensativo—, seiscientos o setecientos años antes de que cualquier misionero cristiano llegue a estas tierras.

—Veleda —murmuró Floris—. Wael-Edh. Edh la extranjera, Edh la extraña. Ha llevado su mensaje, sea cual sea, por toda Germania. La segunda versión de Tácito dice que lo llevará de vuelta allí después de la caída de Civilis, y que la fe de los germanos empezará a cambiar... Si, creo que debemos seguir sus pasos por el pasado, hasta donde ella comenzó.

Los meses pasaron, erosionando lentamente la victoria de Burhmund.

Tácito habría de escribir cómo ocurrió: las confusiones y los errores, las disensiones y traiciones mientras el peso de los refuerzos romanos aumentaba inexorablemente. Ya entonces, la memoria hubiese confundido o perdido mucho, y un individuo que mira la herida por la que se le escapaba la vida tendría poca memoria. Los detalles que sobrevivieron son los de interés, pero en su mayoría innecesarios para comprender el resultado final. Un boceto basta.

Al principio, Burhmund continuó disfrutando del éxito. Ocupó el país de los sunucos y reclutó a muchos de ellos. En el río Mosela derrotó a una banda de germanos imperialistas, tomó a algunos para su grupo y persiguió al resto y a su líder hacia el sur.

Eso fue un terrible error. Mientras luchaba en los bosques belgas, Clásico no hacía nada y Tutor ocupaba con lentitud fatal las defensas del Rin y los Alpes. La vigésima primera legión tomó ventaja, cruzando hacia la Galia. Allí se unió con sus auxiliares, incluida una tropa de caballería comandada por Julio Brigántico, sobrino y enemigo implacable de Civilis. Tutor fue derrotado, sus tréveros aplastados. Antes de eso, un intento rebelde entre secuanos había terminado en desastre, y las tropas romanas habían empezado a llegar de Italia, España y Bretaña.

Petilio Cerial estaba ahora al mando de los esfuerzos imperiales. Aunque derrotado nueve años antes por Boadicea en Bretaña, ese pariente de Vespasiano se había conseguido redimir tomando parte en la captura de Roma de manos de los vitelistas. En Maguncia, la que se convertiría en Mainz, envió a los reclutas galos a casa, declarando que su legión sería suficiente. Ese gesto prácticamente completó la pacificación de los galos.

Acto seguido entró en Augusta Treverorum, que se convertiría en Tréveris, ciudad de Clásico y Tutor, lugar de nacimiento de la rebelión gala. Concedió una amnistía general y aceptó nuevamente en su ejército aquellas unidades que habían desertado. Dirigiéndose a una asamblea de tréveros y lingones con un estilo desoladamente razonable, los convenció de que no tenían nada que ganar y sí mucho que perder con posteriores levantamientos.

Burhmund y Clásico habían reagrupado sus fuerzas dispersas, menos un

sustancial contingente que Cerial había capturado. Le enviaron un heraldo, ofreciéndole el Imperio galo si se unía a ellos. Él se limitó a pasar la carta a Roma.

Ocupado con el aspecto político de la guerra, no estaba bien preparado para la matanza que vino a continuación. En una batalla dura, los rebeldes capturaron el puente sobre el Mosela. Cerial en persona dirigió el asalto para recuperarlo. Lanzando sus tropas mientras los bárbaros se encontraban en su propio campamento, los cogió desprevenidos, los derrotó y los puso en fuga.

Al norte por el Rin, los agripinenses —los antiguos ubios— habían establecido a su pesar un tratado con Burhmund. Ahora sorprendieron y masacraron a las guarniciones germanas que se encontraban entre ellos y pidieron ayuda a Cerial. Él avanzó para ayudar a la ciudad.

A pesar de algunos reveses menores, consiguió la capitulación de los nervios y los tungros. Cuando nuevas legiones hubieron redoblado sus fuerzas, se preparó para un encuentro con Burhmund. En una batalla de dos días cerca del Campamento Viejo, ayudado por un desertor báltico que los guió en una maniobra envolvente, derrotó a los germanos. La guerra podría haber terminado allí si los romanos hubiesen tenido naves disponibles para bloquear la huida por el Rin.

Al enterarse, el resto de los líderes rebeldes tréveros también se batieron en retirada por el río. Burhmund se retiró a la isla báltica, donde los hombres que le quedaban se dedicaron a la guerra de guerrillas. Entre los que mataron se encontraba Brigántico. Pero no podían mantener posiciones. La lucha más feroz vio a Burhmund y a Cerial enfrentados el uno contra el otro. El germano, intentado reunir sus tropas mientras retrocedían, fue reconocido; los proyectiles llovieron sobre él; apenas pudo escapar saltando del caballo y nadando en la corriente. Sus barcos llevaron a Clásico y Tutor, que desde entonces no fueron más que desconsolados parásitos.

Cerial tuvo un contratiempo. Después de ir a inspeccionar los alojamientos de invierno que se construían para las legiones en Neuss y Bonn, regresaba por el Rin con su flota. Desde sus escondrijos, los vigilantes germanos vieron el descuido nacido de la excesiva confianza. Reunieron a un par de bandas fuertes y, en una noche nublada, atacaron. Los que invadieron el campamento romano cortaron las cuerdas de las tiendas y asesinaron a los que estaban dentro. Sus compañeros arrojaron rezones a los barcos y los hundieron. El gran premio fue el trirreme petroriano donde Cerial debería de haber estado durmiendo. Por casualidad, se encontraba en otra parte —con una mujer ubia, según los rumores— y salió medio dormido y casi desnudo para tomar el mando.

Sólo fue una acción sorpresa. Sin duda su principal resultado fue que los romanos se volvieron inmediatamente más precavidos. Los germanos llevaron el trirreme capturado por el río Lippe y se lo ofrecieron a Velea.

Por pequeño que fuese, ese revés para la causa imperial podría haberse considerado un presagio. Cerial se internó más en la tierra de las tribus. Ninguna podía oponérsele. Pero tampoco conseguía él enfrentarse definitivamente con sus enemigos. Roma no podía darle más tropas. Los suministros eran escasos e irregulares. Mientras tanto, sobre él se cernía el invierno del norte.

60 D.C.

Sobre las tierras altas al este del valle del Rin serpenteaba una caravana de miles de individuos. En su mayor parte, las colinas estaban densamente cubiertas de bosque, por lo que los caminos eran poco más que senderos de animales. Caballos, bueyes y hombres luchaban por hacer avanzar los carros; las ruedas gemían, la maleza crujía, la respiración se cortaba. En general los hombres iban a pie, atontados por el cansancio y el hambre.

Desde un promontorio, a tres o cuatro kilómetros, Everard y Floris observaban el éxodo mientras atravesaban una zona abierta cubierta de hierba. Los aparatos ópticos los situaban a poco más que un brazo de distancia. Podrían haber usado también sistemas de sonido, pero la imagen por sí sola ya era lo suficientemente dura.

Un hombre de cabeza blanca pero hombros rectos cabalgaba al frente. Cotas y lanzas brillaban allí donde la guardia de su casa lo seguía. Era lo único brillante, y bajo los cascos no había alegría. Después de ellos, algunos muchachos pastoreaban el escaso ganado esquelético, las ovejas, las vacas y cerdos que les quedaban. Aquí y allá en la procesión, un carro llevaba una jaula con pollos o gansos. Se vigilaba más el pan duro y la rara pieza de carne cruda que la ropa, las herramientas u otros bienes... incluso el burdo idolo de madera sobre su carro relucía sin sentido. ¿De qué les habían servido los dioses a los ampsivarios?

Everard señaló:

—Ese viejo que va en cabeza —dijo—, ¿crees que es su jefe, Boiocalus?

—Como Tácito escribió su nombre —contestó Floris—. Sí, claro que sí. En esta época no son muchos lo que alcanzan su edad. —Con tristeza—: Imagino que lamenta lo que hizo.

—Y pasar la mayor parte de su vida al servicio de Roma. Sí.

Una joven, realmente una niña, pasó frente a ellos acunando a un niño entre los brazos. Lloraba ante un pecho desnudo, del que ya no fluiría más leche. Un hombre de mediana edad, quizá su padre, que usaba una lanza como bastón, mantenía el brazo libre listo para ayudarla cuando se tambaleaba. Sin duda su marido había muerto, decenas o cientos de kilómetros más atrás.

Everard se movió en la silla.

—Vamos —dijo con brusquedad—. Vamos camino del lugar de encuentro, ¿no? ¿Por qué hemos venido por aquí?

—Pensé que debíamos verlo de cerca —le explicó Floris—. Sí, a mí también me dará pesadillas. Pero los téncteros lo han experimentado directamente. Tenemos que saber bien qué es, si esperamos entender su reacción, y la de Veleda, y la de ellos hacia ella.

—Supongo. —Everard azuzó el caballo, tiró de la rienda de la montura de refresco, que en ese momento llevaba su modesto equipaje, y tomó el camino colina abajo—. Aunque la compasión es muy escasa en este siglo. La sociedad más cercana que la animó está en Palestina, y quedará dispersa al viento.

Membrando así el judaísmo por el Imperio, cuya cosecha será el cristianismo. No es de extrañar que las luchas y la muerte en el norte se conviertan apenas en notas a pie de página de la historia.

—La lealtad familiar es tremendamente fuerte —le recordó Floris—, y enfrentados a Roma, hay un sentimiento embrionario entre los germanos occidentales de una relación básica más allá de las fronteras entre tribus.

Cierto —recordó Everard—, *y sospechas que Veleda tiene mucho que ver con eso. Por eso la seguimos hacia atrás en el tiempo... para intentar descubrir lo que ella significa.*

Volvieron a entrar en el bosque. Arcos verdes se elevaban frente a ellos, sobre un sendero amurallado de maleza. La luz del sol golpeaba las hojas para dispersarse sobre el moho y las sombras. Las ardillas corrían por las ramas. El canto de los pájaros y las fragancias se agitaban en la poderosa quietud. La naturaleza ya se había tragado la agonía de los ampsivarios.

Como una tela de araña que había visto reluciendo en un castaño, la piedad tendía una hebra entre ellos y Everard. Debía recorrer mucho camino antes de que se estirase tanto que se rompiese. No servía de nada repetirse que todos habían muerto anónimamente mil ochocientos años antes de su nacimiento. Estaban allí ahora, tan reales como los refugiados que había visto a no mucha distancia al este de aquellas tierras, huyendo hacia el oeste, en 1945. Pero éstos no encontrarían socorro.

Tácito aparentemente había descrito correctamente el esquema general de la situación. Los ampsivarios fueron expulsados de sus hogares por los caucos. Un robo de tierra; la gente aumentaba de número más allá de lo que la tecnología disponible podía mantener sobre los acres ancestrales; la superpoblación es relativa, tan vieja como el hambre y la guerra que provoca, y se repite infinitamente. Los derrotados buscaron la parte baja del Rin. Sabían que allí había un considerable territorio vacío del que los romanos habían expulsado a los anteriores habitantes y que pretendían reservar para propósitos de suministro militar y para asentar a los soldados licenciados. Dos tribus frisias habían intentado ocuparlo. Se les ordenó abandonarlo y, cuando se retrasaron en hacerlo,

fueron expulsadas por un ataque que mató a muchos y envió a algunos al mercado de esclavos. Pero los ampisvarios eran federados leales. Boiocalus había sufrido prisión cuando se negó a participar en la revuelta de Arminio cuarenta años antes. Después sirvió bajo Tiberio y Germánico hasta que se retiró del ejército y se convirtió en líder de su gente. Seguro que Roma les concedería a él y a sus exiliados un lugar para descansar.

Roma no lo haría. En privado, con la esperanza de evitar el desastre, el legado le ofreció a Boiocalus propiedades para él y su familia. El jefe guerrero rechazó el soborno: « Puede que nos falte tierra para vivir, pero no puede faltarnos para morir ». Llevó su tribu corriente arriba hasta el territorio de los téncteros. En una reunión masiva pidió a los brúcteros, y a cualquier otro que encontrase opresiva la cercanía del imperio, que se uniese a él en la guerra.

Mientras discutían a su manera semidemocrática, el legado llevó las legiones al otro lado del Rin y atravesó el mismo territorio. Amenazó con el exterminio a menos que los recién llegados fuesen expulsados. Hacia el norte, desde la Germania Superior, marchó un segundo ejército para situarse a la retaguardia de los brúcteros. Bajo esa tenaza, los téncteros expulsaron a sus invitados.

Mejor que no me sienta demasiado moralista. Estados Unidos cometerá una traición peor en Vietnam con menos razones.

El camino desembocó en algo vagamente similar a una carretera, estrecha, marcada, mantenida sólo por los pies, cascos y ruedas que la usaban. Everard y Floris siguieron sus subidas y bajadas durante horas. Espiando invisible desde arriba y con la ayuda de pequeños robots, labor de cortar y probar, uniendo pacientemente fragmentos de observaciones posiblemente útiles, Floris había planeado el camino. Era un poco peligroso para un hombre y una mujer viajar sin escolta, aunque los téncteros no se dedicaban demasiado al robo. Sin embargo, debían verlos llegar de forma normal. Podrían usar los aturdidores en defensa propia si eran asaltados y si no había un montón de testigos cuyo relato pudiese influir de forma significativa en la sociedad.

De todas formas, no tuvieron problemas. Más y más viajeros llegaron a la carretera, en dirección al mismo lugar. Todos eran hombres; casi todos parecían ansiosos o preocupados y hablaban poco. Una excepción fue un tipo grande con barraja cervicera, que se presentó como Gundicar. Cabalgó al lado de la inusual pareja y habló mucho, con incurable felicidad. *En el siglo XIX o XX —pensó Everard—, habría sido un tendero o panadero de buena posición y cliente habitual de la Brauhaus local.*

—¿Y cómo habéis llegado los dos hasta aquí ilesos?

El patrullero le contó la historia acordada.

—A duras penas, amigo. Soy de los reudungos, al norte del Elba; ¿has oído hablar de nosotros?... De comercio al sur... La guerra entre hermunduros y catos... Fuimos asaltados, creo que de mi banda fui el único en escapar con vida;

mis productos perdidos excepto por este poco... Una mujer viuda, sin familia, feliz de unirse a mí... En dirección a casa por el Rin y la costa, esperando que haya menos penalidades... Habiendo oído hablar de la mujer sabia del este, y que ella hablará a los téncteros...

—Ah, realmente son momentos tenebrosos. —Guldicar suspiro—. También hay enormes fuegos asolando a los ubios al otro lado del río. —Se alegró—. Creo que es la ira de los dioses por dedicarse a lamer tanto las botas de los romanos. Quizá pronto algún desastre caiga sobre todos vosotros.

—Entonces, ¿entonces estabas dispuesto a luchar cuando las legiones entraron en vuestras tierras?

—Bien, eso no hubiese sido muy inteligente, no estábamos preparados, y la cosecha del heno estaba cerca. Pero no me avergüenza decir que aullé velando a esos pobres desamparados. ¡Qué la Madre sea generosa con ellos! Espero que la mujer Edh nos indique en qué mañana podremos arreglar esas desgracias. Buen saqueo en esa ciudad Colonia, ¿eh?

Floris se encargó de la mayor parte de la conversación. La mujer normalmente disfruta de respeto en una sociedad fronteriza, si no de completa igualdad. Ella dirige la casa cuando el marido se ha ido; si apareciesen los enemigos de la casa, los vikingos, los indios, es ella la que dirige la defensa. Aún más que los griegos o los hebreos, los germanos creían en la sibila, la profetisa, la mujer —casi en la posición de un chamán— a quien un dios daba poderes y revelaba el futuro. La reputación de Edh se había extendido mucho, y Gundicar hablaba con todos.

—No, no se sabe de dónde vino primero. Llegó aquí de entre los cheruscios, y he oído que pasó un tiempo con los longobardos... Creo que esa diosa Nerha suya es de los Wanés no de los Anses... a menos que sea otro nombre para la madre Fricka. Y sin embargo... dicen que Nerha es tan terrible en su furia como el mismísimo Tiw... Hay algo sobre una estrella y el mar, pero no sé nada, aquí somos de tierra adentro... Ella llegó aquí poco después de la retirada de los romanos. El rey la recibió. Invitó a los hombres a venir a escucharla. Eso debía de ser deseo de ella. Él no se lo hubiese negado.

Floris le tiró de la lengua. Lo que le contó ayudaría mucho a planear el siguiente paso en la búsqueda. Sería mejor que los agentes de la Patrulla no se encontrasen con la mismísima Edh. Hasta que no tuviesen más conocimientos sobre ella y qué fuerzas estaba desencadenando, sería una locura interferir.

Casi de noche llegaron a un claro, campos y pastos, las tierras principales del rey. Era básicamente un terrateniente, no exento de unirse a sus arrendatarios, empleados y esclavos en el trabajo de la granja. Presidía los consejos y los grandes sacrificios estacionales, tomaba el mando en la guerra, pero la ley y la tradición lo ataban como a cualquiera; su a menudo revoltoso pueblo lo echaría o le negaría si le apeteciese, y cualquier miembro de la casa real tenía tanto

derecho al trono como la cantidad de hombres que pudiese reunir para defenderlo. *No es de extrañar que estos germanos no puedan derrotar a Roma — pensó Everard—. Y tampoco lo harán. Cuando sus descendientes (godos, vándalos, burgundianos, lombardos, sajones y el resto) tomen el control, será en segundo lugar; porque el Imperio se habrá desmoronado desde dentro. Y además, ya los habrá conquistado antes... espiritualmente, convirtiéndolos al cristianismo, para que la nueva civilización occidental nazca sobre la clásica, en la costa del Mediterráneo, no por el Rin o el gris mar del Norte.*

Era una pensamiento pasajero en el fondo de su mente, que repetía lo que ya sabía y desaparecía tan pronto como enfocaba la vista en lo que tenía enfrente.

El rey y los suyos vivían en una construcción alargada de madera con techo de paja. Cobertizos, graneros, un par de cuchitriles donde dormían los más humildes y algunos otros edificios formaban un cuadrado. A cierta distancia se veía un bosquecillo de árboles añejos, el lugar sagrado donde los dioses recibían las ofrendas y manifestaban sus presagios. La mayoría de los recién llegados acamparon frente a él, ocupando un prado. Cerca, terneros y cerdos se cocían sobre grandes fuegos, mientras que los sirvientes repartían cuernos o copas de madera de cerveza para todos. La hospitalidad ostentosa era esencial para mantener la reputación de un señor, algo de lo que bien podía depender su vida.

Everard y Floris se instalaron sin llamar la atención y se mezclaron con la multitud. Pasando por un hueco entre los edificios, pudieron mirar al patio toscamente empedrado. En aquel momento estaba ocupado por los caballos de los visitantes importantes, que se quedarían en la casa real. Entre ellos había cuatro bueyes blancos y el carro del que seguramente habían tirado. Era un vehículo extraordinario, de hermosa carpintería, delicadamente tallado. Tras el asiento del conductor, los laterales sin ventanas se elevaban hasta formar un techo.

—Un carruaje cubierto —murmuró Everard—. Tiene que ser de Veleda... de Edh. Me pregunto si duerme ahí dentro cuando están en la carretera.

—Sin duda —dijo Floris—. Para no perder dignidad ni misterio. Sospecho que también contiene una imagen de la diosa.

—Humm. Gundicar mencionó a varios hombres que viajan con ella. Podría no necesitar una guardia armada si las tribus la respetan tanto como creo. Pero impresiona y, además, alguien tiene que hacer el trabajo. Aunque supongo que ser sus asistentes los convierte en importantes y los han hospedado en el lugar de los jefes, junto con los héroes y los caudillos locales. ¿Crees que a ella también?

—Claro que no. ¿Ella, yacer en un banco con un montón de hombres que roncan? O usará el carruaje o el rey le habrá preparado una habitación privada.

—¿Cómo lo hace? ¿Qué le da ese poder?

—Eso intentamos averiguar.

El sol se deslizó tras las copas de los árboles. La oscuridad empezó a llenar el

valle. El viento corría frío. Ahora que los invitados habían comido, sólo olía a humo de madera y a bosque. Los esclavos alimentaron el fuego; las llamas crecieron, chisporrotearon, crujieron. En el aire aleteaban cuervos negros que se dirigían al nido y veloces golondrinas, runas mutables garabateadas en un cielo que se había vuelto púrpura hacia el este, verde frío al oeste. Las primeras estrellas aparecieron temblando.

Sonaron los cuernos. Procedentes del salón, los guerreros atravesaron el patio y llegaron a la tierra apisonada del exterior. Las lanzas reflejaron la moribunda luz del día. A su cabeza iba un hombre con una túnica ricamente decorada y hélices doradas cruzándole los brazos: el rey. Las voces se fueron apagando en la sombría reunión hasta que, en silencio, los hombres aguardaron. El corazón resonaba en el pecho de Everard.

El rey habló en voz alta pero con gravedad. Everard pensó que, pese a las apariencias, estaba conmovido. A ellos, desde lejos, dijo, había llegado Edh, de cuyos milagros todos habían oído hablar. Ella deseaba profetizar para los téncteros. En su honor y en el de la diosa que con ella viajaba, había ordenado a los habitantes más cercanos que se lo comunicasen a otros y, de esa forma, por toda la tierra. En aquellos tiempos desgraciados había que sopesar con cuidado cualquier señal enviada por los dioses. Les advirtió que las palabras de Edh causarían daño. Había que soportarlas con hombría, como se soporta la curación de un miembro roto. Habría que pensar en lo que significaban y en lo que habría que hacer o se podría hacer.

El rey se apartó. Dos mujeres —¿sus esposas?— trajeron un taburete alto de tres patas. Edh se adelantó y tomó asiento.

Everard se estiró en el crepúsculo. ¡Cómo deseaba poder usar el equipo óptico para que le ayudase a ver a la luz del fuego! Lo que vio le sorprendió. Había esperado que fuese una vieja harapienta. Iba bien vestida, con un traje de manga corta y falda larga hecho de lana blanca, una capa azul de piel sostenida con un broche dorado de bronce y fino calzado de cuero. Llevaba la cabeza desnuda, como una doncella, pero la melena castaña le colgaba no suelta sino en trenzas, bajo una cinta de piel de serpiente. Alta, de huesos fuertes pero delgada, se movía con cierta torpeza, como si ella y su cuerpo no fuesen del todo uno. Sus grandes ojos relucían en un alargado y hermoso rostro. Cuando abrió la boca, una dentadura aparentemente completa lanzó un destello blanco. *Vaya, es joven* —pensó. Y—: *No. Tiene treinta y tantos, supongo. Eso aquí es mediana edad. Podría ser abuela, aunque dicen que nunca se ha casado.*

Apartó la mirada de ella un instante y, con sorpresa, reconoció al hombre que la había acompañado y que permanecía a su lado, oscuro, saturnino, vestido de forma sombría. *Heidhin. Claro. Diez años más joven que cuando le vi por primera vez. No aparenta serlos, mejor dicho: ya parece tan vicio como entonces.*

Edh habló. No hizo ningún gesto, mantuvo las manos en el regazo y su voz de

contralto, ronca, no subió de tono. Pero atraía la atención y era como el acero, como los vientos del invierno.

—Oídmeme y prestadme atención —dijo, con los ojos enfocados más allá de ellos hacia el lucero de la mañana—, de alta o de baja cuna, todavía con fuerzas o ya en declive, condenados a la muerte y afrontando lo sobrenatural con valor o sin él. Os pido que escuchéis. Cuando la vida se pierde, sólo queda, para vosotros y vuestros hijos, lo que de vosotros se dice. Las actos de valor nunca mueren, sino que permanecen por siempre en la mente de los hombres... ¡la noche y la nada para los nombres de los cobardes! Los dioses no darán don alguno a los traidores, sólo furia a los apáticos. El que tema luchar perderá su libertad, se agachará y se arrastrará para conseguir pan mohoso, sus hijos serán atados con cadenas y vergüenza. Sus mujeres llorarán arrojadas indefensas a la prostitución. Esas desgracias son tuyas. Mejor que una tea quemé su hogar mientras él, el héroe, siega enemigos hasta caer desafiante e ir hacia el cielo.

» Los cascos resuenan con fuerza en el firmamento. Los rayos caen como lanzas ardientes. Toda la tierra resuena con furia. Los mares golpean las costas. Ahora Nerha no sufrirá más. Cabalga briosa para derrocar a Roma, los dioses de la guerra con ella, los lobos y los cuervos.

Recordó humillaciones soportadas, fortunas pagadas, muertos que yacían sin ser vengados. Con frialdad arremetió contra los téncteros por haberse rendido al invasor y abandonar a los suyos que pedían ayuda. Sí, parecía que no tenían elección; pero lo que eligieron realmente era la infamia. Que sacrificasen cuanto quisieran en los lugares sagrados: no les devolvería el honor. La deuda que pagarían sería dolor sin medida. Roma lo recogería.

Pero el día llegaría. Aguantad y esperad a que salga ese sol rojo.

Después, examinando los audiovisuales, Everard y Floris sintieron nuevamente algo de su magia. Ellos mismos podrían haberse visto arrastrados, humildes, exaltados, con la muchedumbre que levantaba las armas y gritaba mientras Edh volvía al salón.

—Es muy convincente —dijo Floris.

—Algo más que eso —contestó Everard—. Tiene un don, un poder... el verdadero liderazgo tiene un toque de misterio, algo que va más allá de lo humano... Pero me pregunto si la corriente temporal no la estará arrastrando también.

—Al norte con los brúcteros, donde se establecerá, y luego...

Y en cuanto a los ampsivarios, vagaron año tras año. En ocasiones encontraron refugio brevemente, en ocasiones fueron hostigados hasta que, como escribió Tácito, «mataron a todos sus jóvenes en tierra extranjera, y los que no podían luchar fueron repartidos como botín».

II

Desde el este, dejando la mañana a sus espaldas, los Anses caminaban hacia el mundo. Las chispas producidas por las ruedas de sus carros, que traqueteaban tanto que las montañas se estremecían, llenaban el cielo. Las huellas de los caballos eran negras. Sus flechas oscurecían el cielo. El sordo de sus cuernos de batalla provocaba una furia asesina en los hombres.

Contra los recién llegados marcharon los Wanés. Froh al frente, a horcajadas sobre su toro, con la Espada Viva en la mano. El viento azotó el mar hasta que sus olas rompieron a los pies de la luna, que huyó. Por encima de ellos, en su nave, venía Naerdha. Su mano derecha la gobernaba con el Hacha del Árbol como timón. Su mano izquierda enviaba águilas para que chillasen, atacasen y rasgasen. Sobre su frente ardía una estrella tan blanca como el corazón del fuego.

De esa forma guerrearon unos contra otros los dioses, mientras los eotan del alto norte y del bajo sur observaban y comentaban que eso les dejaría a ellos el camino libre. Pero los pájaros de Wotan lo vieron y le advirtieron. La cabeza de Mim lo oyó y advirtió a Froh. Allí mismo los dioses acordaron una tregua, intercambiaron rehenes y celebraron un consejo.

En la paz que pactaron, se repartieron el mundo. Celebraron bodas, Anse con Wane —padre con madre, hechicero con esposa— y Wane con Anse —cazadora con artesano, bruja con guerrero—. Por él a quien colgaron, por ella a quien ahogaron, y por su propia sangre entremezclada juraron fe, que duraría hasta el día del fin del mundo.

Luego elevaron murallas para su defensa —una empalizada de madera al norte, piedras apiladas hasta lo alto en el sur— y se dispusieron a dominar sobre esas cosas que están bajo la ley.

Pero uno entre los Anses, Leokaz el *Ladrón*, medio eotan, estaba incómodo. Sentía nostalgia de los viejos tiempos salvajes y consideraba que se le daba poco valor. Finalmente se fue sin decírselo a nadie. Por el sur llegó hasta la pared de piedra. En la puerta lanzó un hechizo de sueño sobre el guardián, cogió la llave de su escondite y pasó a la Tierra de Hierro. Allí negoció con sus señores. Cuando le dieron la lanza de La Perdición del Verano, él les entregó la llave.

De esta forma consiguieron los Señores de Hierro entrar en el Mundo. Sus tropas llegaron trayendo esclavitud y matanzas. Fue el oeste quien los conoció

primero y a menudo el sol se oculta en un mar de sangre.

Pero el gigante Hoadh se dirigió al norte, pensando en llegar hasta la Tierra Helada y establecer una alianza con los eotan. Allí donde iba cogía lo que quería. Arrancaba las vacas de los prados. Destrozaba casas para robar su pan. Sembraba fuego y mataba hombres por diversión. Trazó un sendero de destrucción.

Llegó a la costa. Desde lejos espío a Naerdha. Ella estaba sentada en un arrecife, cepillándose el pelo. Sus rizos relucían como el oro y sus pechos como la nieve allí donde las sombras yacen azules. La lujuria se desató. En silencio, a pesar de su tamaño, Hoadh se acercó a su lado y la atrapó. Cuando se resistió, él le golpeó la cabeza contra una piedra y la aturdió. Allí mismo, entre la espuma, la violó.

Las aguas se habían elevado sobre aquel arrecife, para ocultar la vergüenza incluso durante la marea baja. Por esa razón, muchos barcos se habían estrellado y los cachones se habían llevado a sus tripulaciones. Eso no sació la furia y la pena de Naerdha.

Se despertó con el rugido de un gato montés para encontrarse nuevamente sola. Sobre las alas de la tormenta, corrió a su casa más allá del amanecer.

—¿Dónde ha ido?—gritó.

—No lo sabemos—gimieron sus hijas—, sólo que se alejó del mar.

—La venganza lo seguirá—dijo Naerdha. Volvió tierra adentro y buscó la morada que compartía con Froh para pedirle que la ayudase. Pero era primavera y él había ido a agitar la vida, como ella también debería haber hecho. Por tanto no podía reclamar el toro Agitador, como era su derecho.

En lugar de eso, invocó a su hijo mayor y lo convirtió en un gran semental negro. Montada sobre él, cabalgó hasta Ansaheim. Wotan le cedió su lanza que nunca falla. Tiwaz su Casco del Terror. A continuación se apresuró en seguir a Hoadh. Ése fue un año siniestro, tras abandonar a Froh y a su mar.

Hoadh la oyó ir tras él. Escaló una montaña y levantó su maza para la batalla. Cayó la noche. Se alzó la luna. Bajo su luz él vio, desde muchas millas, la lanza, el casco y el sombrío semental. El corazón le falló y huyó al oeste. Corría tan rápido que ella apenas podía mantenerlo en su mirada.

Hoadh llegó hasta sus compañeros los Señores de Hierro y les rogó ayuda. Escudo contra escudo se plantaron frente a él. Naerdha lanzó la flecha sobre sus cabezas y atravesó a su enemigo. Su sangre inundó las tierras bajas.

Ella se dirigió a casa, furiosa con Froh por su promesa rota.

—Cogeré el toro cuando quiera—dijo—, y mucho lo echarás de menos el día del fin del mundo.

Él también estaba enfadado, por lo que había hecho con su hijo. Se separaron.

En víspera del solsticio Naerdha dio a luz a la prole de Hoadh, nueve hijos. Los convirtió en perros tan negros como su caballo.

Thonar del Trueno llegó hasta su casa.

—Frob dejó a su hermana y tú dejaste a tu hermano para que los dos estuvieseis juntos —dijo—. Si ya no lo estáis, la vida morirá de la tierra y del mar. Después, ¿qué alimentará a los dioses? —Por tanto, en primavera, Naerdha regresó con su esposo, pero sin alegría. Lo dejó una vez más en otoño. Así ha sido desde entonces.

—Leokaz rompió la promesa que hicimos —le dijo Wotan—. A partir de ahora, el mundo no conocerá la paz. Tenemos mucha necesidad de mi lanza.

—La recuperaré para ti —contestó Naerdha—, si me la prestas de nuevo, y Tiwaz su casco, cuando vaya de caza.

La inundación la había llevado hasta el mar. Larga fue la búsqueda de Naerdha. Muchos fueron las historias de una extraña mujer que llegó a esta tierra o a aquella. Ella pagó a aquellos que la acogieron sanando sus heridas, enderezando sus males y prediciendo su mañana. Todavía sigue enviando mujeres por el mundo para hacer lo que ella hizo, en su nombre y por su orden. Al final encontró la lanza flotando bajo el lucero de la mañana.

La venganza no podía morir en su interior. Durante el cambio de año, y en cualquier momento en que su corazón se congele por el recuerdo, ella parte. Con caballo y perros, casco y lanza, cabalga en el viento nocturno, para atacar a los Señores de Hierro, hostigar los fantasmas de los malvados y traer enfermedad a los enemigos de aquellos que la adoran. Terrible es oír ese ímpetu y ese clamor en el cielo: cuernos, cascos, aullido, la Caza Salvaje. Por tanto, los hombres que alcen sus armas contra aquellos que ella odia obtendrán su adusta bendición.

49 D.C.

Al oeste del Elba, al sur de donde algún día se alzaría Hamburgo, se extendía el reino de los longobardos. Siglos en el futuro, sus descendientes terminaron varias generaciones de emigración conquistando el norte de Italia y fundando lo que se conocería como el reino de Lombardía. Por el momento, sólo eran otra tribu germana, aunque una poderosa, que había asestado muchos de los golpes más dolorosos que los romanos hubiesen recibido en el bosque de Teutoburgo. Recientemente, sus hachas habían tomado la decisión de quien debería ser rey de sus vecinos cheruscos. Ricos y arrogantes, comerciaban y llevaban noticias desde el Rin hasta el Vístula, desde los cimbrs en Jutlandia hasta los quadios a lo largo del Danubio. Floris había decidido que ella y Everard no podían limitarse a acercarse cabalgando, diciendo ser viajeros con problemas venidos de alguna otra parte. Eso era posible en los años setenta y sesenta, entre gente de la frontera occidental enfrentada a Roma —ya fuese hostil, servil o pacíficamente— más que con los orientales. Allí el riesgo de cometer un error sería demasiado grande.

Pero aquí y ahora se encontraba Edh, durante una estancia de dos años. Allí era donde podría encontrarse la siguiente clave de su origen, así como una oportunidad de observar con mayor profundidad su efecto sobre la gente con la que se cruzaba.

Por suerte, aunque con lógica, había un etnógrafo residente, como fuera Floris entre los frisios. La Patrulla también quería una muestra de la Europa central durante el siglo I, y aquél era mejor sitio que muchos.

Jens Ulstrup se había establecido una docena de años antes. Contó que se llamaba Domar, de lo que se convertiría en la zona noruega de Bergen, virtualmente tierra incógnita para los longobardos atados a la tierra. Un problema familiar lo llevó al exilio. Tomó pasaje a Jutlandia; los escandinavos del sur y a habían desarrollado naves muy grandes. Desde allí había vagado como podía, siempre bien recibido por sus canciones y poesías. Como era costumbre, el rey recompensó algunos versos halagadores con oro y una invitación a quedarse. Domar invirtió en bienes de comercio, amasó fortuna con rapidez y, a su debido tiempo, había adquirido una hacienda propia. Tanto sus intereses mercantiles como su curiosidad por el mundo, natural en un poeta, explicaban sus frecuentes

y largas ausencias. Muchos de sus viajes eran realmente en el territorio contemporáneo, aunque podía acelerarlos con su cronociclo.

Tras caminar hasta un punto donde sabía que no sería observado, llamó a la máquina desde su escondite. Un momento más tarde, pero días antes, se encontraba en el campamento de Everard y Floris. Se habían establecido más al norte, en la franja deshabitada —en americano, la zona desmilitarizada— entre longobardos y chaucianos.

Desde un acantilado oculto por árboles, miraban al río. Fluía ancho por entre orillas profundamente verdes; las cañas se agitaban, las ranas croaban, los peces saltaban plateados, las aves acuáticas volaban en millares tumultuosos; de vez en cuando los hombres llevaban un bote a los largo de la orilla opuesta, suarinianos.

—Seremos poco en la vida del país —dijo Floris—, no exactamente como espíritus sin cuerpo pasando de largo.

Se pusieron en pie al aparecer Ulstrup. Er una hombre esbelto de pelo rubio, de aspecto tan bárbaro como ellos. Eso no significaba que llevara faldas de piel de oso. Su camisa, abrigo y pantalones eran de una tela bien tejida, de exquisito diseño y buen corte. El joyero que había fabricado su broche no se atenía a los cánones helénicos, pero era un artista. Llevaba el pelo peinado y atado al lado derecho. El bigote estaba recortado y, si no iba del todo bien afeitado, era porque las hojas no tenían la calidad de una Gillette.

—¿Qué has descubierto? exclamó Floris.

La sonrisa de Ulstrup demostró lo cansado que estaba.

—Llevará un rato contarle —contestó.

—Dale un respiro —dijo Everard—. Toma, siéntate. —Le señaló un tronco mohoso—. ¿Quieres un poco de café? Puedes oler que es recién hecho.

—Café —canturreó Ulstrup—. A menudo lo bebo en sueños.

Es extraño —pensó Everard momentáneamente—, que los tres estemos usando inglés del siglo XX. Pero no. Él también viene de allí, ¿no? Durante un tiempo, el inglés realizará el mismo papel que el latín hoy. No por mucho tiempo.

Hablaron un poco antes de que Ulstrup pasase a lo serio. Su mirada se fijó en los otros dos como un animal podría mirar desde una trampa. Habló con cuidado.

—Sí, creo que tenéis razón. Es algo único. Confieso que las posibilidades me dan miedo; no tengo experiencia ni soy experto en realidades variables.

» Como os dije antes, había oído historias de una sibila itinerante, o bruja, o lo que fuese, pero no presté especial atención—. Esas cosas son... oh, no comunes en su cultura, pero tampoco extraordinarias. Estaba preocupado por la lucha civil entre los cheruscios y, francamente, me resistía a vuestra petición de que investigase a una extraña. Mis disculpas, agente Floris, agente No asignado Everard. Ahora la he conocido. La he escuchado. He hablado largamente sobre ella con muchos hombres. Mi mujer longobarda me ha contado lo que las mujeres se dicen unas a otras.

» Me contasteis el tremendo impacto que Edh tendrá en las tribus occidentales. Sospecho que no anticipasteis lo poderosa que ya era aquí, o con qué rapidez aumenta su poder. Llegó en un carro primitivo. He oído que los lemovios se lo entregaron después de que llegase hasta ellos a pie. Nos dejará en un carruaje magnífico cuya construcción ha ordenado el rey, tirado por los mejores bueyes. Llegó con cuatro hombres. Se irá con una docena. Podría haber tenido muchos más que éstos (y también mujeres) pero ella los escogió y fijó el límite con inteligencia práctica. Creo que eso fue por consejo del Heidhin que describisteis... No importa. He visto a orgullosos jóvenes guerreros rogar abandonarlo todo y seguirla como sirvientes. He visto cómo sus labios temblaban y sus ojos parpadeaban con fuerza cuando ella les dijo que no.

—¿Cómo lo hace? —susurró Everard.

—Construye un mito —dijo Floris—. ¿Es cierto?

Sorprendido, Ulstrup asintió.

—¿Cómo lo supisteis?

—La oí en el futuro, y sé bien lo que podría influir en los frisios. No pueden ser muy diferentes a estos orientales.

—No. Quizá una diferencia comparable a la que hay entre holandeses y alemanes de nuestra época. Claro está, Edh no está predicando el evangelio de una religión completamente nueva. Eso queda fuera de la mentalidad pagana. De hecho, imagino que sus ideas evolucionan sobre la marcha. Ni siquiera está añadiendo una nueva deidad. Su diosa es conocida en la mayoría del territorio germano. Su nombre local es Naerdha. Ese ser más o menos idéntico a la Nertho cuyo culto describió Tácito. ¿Lo recuerdan?

Everard asintió. En *Germania* hablaba de un carro de bueyes cubierto que cada año llevaba una imagen en procesión por la tierra. Era una época en que se dejaba de lado la guerra, tiempo de regocijo y ritos de fertilidad. Después de que la diosa regresase a su arboleda, el ídolo era llevado a un lago oculto y lavado por esclavos, que inmediatamente después se ahogaban. Nadie preguntaba: «¿Qué imagen es esa que sólo pueden ver los ojos de los que van a morir?».

—Bastante sombrío —dijo Everard. Los neopaganos de su entorno de origen no la incluían en sus cuentos de hadas de un matriarcado prehistórico en el que todo el mundo era amable.

—Llevan una vida bastante sombría —señaló Floris.

El estudioso en Ulstrup tomó el control.

—Claramente es una figura de un panteón telúrico aborigen, los Wanés o Vanir —dijo—. Se originó antes de que los indoeuropeos llegasen a estas tierras. Ellos trajeron a sus característicos, belicosos y masculinos dioses del cielo, los Anses o Aesir. Lejanos recuerdos del conflicto entre las culturas sobreviven en los mitos de una guerra entre dos razas divinas, que finalmente se resolvió por medio de negociaciones y matrimonios mixtos. Nertho, Naerdha, es todavía

mujer. Siglos después se convertirá en hombre, el dios Njordh de las *Eddas*, el padre de Freyja y Frey, que todavía es su esposo. Njordh será dios del mar, al igual que Nertho está asociada con el mar, aunque es también una deidad agrícola.

Floris tocó el brazo de Everard.

—De pronto pareces desolado —murmuró.

Se agitó.

—Lo siento. Divagaba. Recordaba un episodio que no ha sucedido aún, entre los godos. Implica a sus dioses. Pero eso no fue más que un remolino menor en la corriente temporal, fácil de corregir exceptuando a la persona implicada. Esto es diferente. No sé cómo lo es, pero lo siento en el fondo del corazón.

Floris se volvió hacia Ulstrup.

—¿Qué predica Edh? —le preguntó.

Él se estremeció.

—«Predicar». Qué palabra tan horripilante. Los paganos no predicán, al menos los germanos paganos no lo hacen, y en estos momentos el cristianismo no es más que una herejía judía perseguida. No, Edh no niega a Wotan ni al resto. Simplemente cuenta nuevas historias sobre Naerdha y los poderes de Naerdha. Pero no hay nada simple en lo que implican. Y... por su intensidad y elocuencia, sí, es justo decir que da sermones. Estas tribus nunca han conocido nada así. No están... inmunizadas. Es por eso que tantos de ellos se convertirán con facilidad al cristianismo cuando los misioneros lleguen aquí. —Como a la defensiva, el tono se hizo más seco—. Eso sí, también habrá razones políticas y económicas para la conversión, lo que sin duda decide la situación en la mayoría de los casos. Edh no ofrece nada así, a menos que tengas en cuenta el odio a Roma y las profecías de su caída.

Everard se rozó la barbilla.

—Entonces ha inventado el sermón y el fervor religioso de forma independiente —dijo—. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Debemos descubrirlo —respondió Floris.

—¿Cuáles son esos nuevos mitos? —preguntó Everard.

Ulstrup frunció el ceño.

—Me llevaría mucho tiempo contaros todo lo que he descubierto. Y es rudimentario, no un perfecto sistema teológico, comprended. Y dudo haberlo oído todo, escuchándola a ella o de segunda mano. Ciertamente no he descubierto lo que desarrollará con el paso del tiempo.

» Pero... bien, no lo dice directamente, quizá ni ella sea consciente, pero está convirtiendo a su diosa en un ser al menos tan poderoso, tan... cósmico... como cualquier otro dios. Naerdha no está exactamente usurpando la autoridad de Wotan sobre los muertos, pero ella también los recibe en su casa, ella también los dirige en cacerías por el cielo. Se está convirtiendo en una deidad de la guerra tan

importante como Tiwaz, y la destructora profética de Roma. Como Thonar, tiene control sobre las fuerzas elementales, el clima, la tormenta, junto con los mares, los ríos, lagos, toda el agua. Suyas es la luna...

—Hécate —murmuró Everard.

—Pero conserva su antigua precedencia sobre la concepción y el nacimiento. —Ulstrup concluyó—: Las mujeres que mueren de parto van directamente a ella, como los guerreros caídos al Odín de las *Eddas*.

—Eso debe de atraer a las mujeres —dijo Floris.

—Así es, así es —admitió Ulstrup—. No es que tengan una fe separada. Los cultos místicos y las sectas son desconocidos para los germanos, pero aquí hay una devoción especial para ellos.

Everard paseaba de un lado a otro en la cañada. Se golpeaba la palma con el puño.

—Sí —dijo—. Eso fue importante para el éxito del cristianismo, tanto en el sur como en el norte. Tenía más que ofrecer a las mujeres que el paganismo, incluso la Magna Mater. Podrían no convertir a sus maridos, pero seguro que influirían en sus hijos.

—Los hombres también pueden tener visiones. —Ulstrup miró a Floris—. ¿Ves las mismas posibilidades que yo?

—Sí —contestó ella, no del todo firme—. Podría pasar. Tácito... En la segunda versión Veleda regresó a la Germania libre, después del aplastamiento de Civilis, llevando su mensaje, y una nueva religión se extendió entre los bárbaros... podría crecer y desarrollarse después de su muerte. No tendría competencia. Oh, no se volvería monoteísta ni nada parecido. Pero su diosa sería una figura suprema, alrededor de la cual todos se reunirían. Ella le daría al pueblo tanta espiritualidad como podría darle el Cristo. Muy pocos se unirían a la Iglesia.

—Menos aún si careciesen de razones políticas —añadió Everard—. Observé el proceso en la Escandinavia vikinga. El bautismo era el billete de admisión a la civilización, con todas sus ventajas culturales y comerciales. Pero un Imperio romano occidental en ruina no será tan atractivo y Bizancio está demasiado lejos.

—Cierto —dijo Ulstrup—. Es concebible que la fe de Nertho se pudiese convertir en la semilla y el núcleo de una civilización germánica, no barbarismo, sino una civilización, no importa cuán turbulenta, con la riqueza interior para resistir al cristianismo, como hará la Persia de Zaratustra. Aquí ya no son habitantes de los bosques. Saben que el mundo exterior existe y se relacionan con él. Cuando los longobardos intervinieron en las luchas dinásticas de los cheruscos, fue para restaurar a un rey que había sido depuesto por haber crecido en Roma y haber sido enviado a petición de Roma. No es que los longobardos estén domesticados; fue una maniobra maquiavélica. El comercio con el sur aumenta año a año. Las naves romanas o galorromanas en ocasiones llegan incluso a

Escandinavia. Los arqueólogos de nuestra época hablarán de una Edad del Hierro romana, seguida de una Edad de Hierro germana. Si, estos bárbaros están aprendiendo. Han asimilado lo que les resulta útil. No se sigue que ellos mismos deban ser asimilados.

Bajó la voz.

—Claro está, si no son asimilados, el futuro será diferente. Nuestro siglo xx no habrá existido nunca.

—Eso es lo que intentamos evitar —dijo Everard con dureza.

Se hizo el silencio. El viento ululaba, las hojas se agitaban, la luz del sol saltaba en la corriente alborotada. La paz hacía que el paisaje pareciese irreal.

—Pero debemos descubrir cómo empezó esta desviación, antes de poder hacer nada —siguió diciendo Everard—. ¿Descubriste de dónde vino Veleda?

—Me temo que no —confesó Ulstrup—. Pobres comunicaciones, grandes extensiones deshabitadas... y Edh no habla sobre su pasado, ni tampoco su socio Heidhin. Puede que se sienta más cómodo contigo dentro de veintiún años, cuando te mencione a los alvaringos, sean quiénes sean. Incluso entonces, creo, será peligroso preguntar por los detalles. En este momento, tanto él como ella son totalmente reticentes a hablar.

» Sin embargo, oí que apareció por primera vez entre los rugios en el litoral báltico, hace cinco o seis años, por lo que puedo determinar de las vagas informaciones. Dicen que vino por barco, como es propio de la profetisa de una deidad marina. Eso y su acento me sugieren un origen escandinavo. Siento no poder hacerlo mejor.

—Servirá —contestó Everard—. Lo has hecho bien, compañero. Con paciencia e instrumentos, quizá preguntando en tierra de vez en cuando, descubriremos el lugar y el momento de su llegada.

—Y entonces... —Floris dejó de hablar. Miró más allá del río y del bosque, al noroeste, hacia una costa invisible.

43 D.C.

La playa se extendía de izquierda a derecha, la arena elevándose en dunas donde crecía una hierba gruesa, hasta que la neblina nublaba la vista. Algas, conchas, espinas de pescado y huesos de pájaros yacían esparcidos en la zona más oscura por debajo de la línea de la marea alta. Una pocas gaviotas volaban al viento, que soplaba salvaje, helado. El frío tenía un regusto a sal, tenía el olor de las profundidades. Las olas rompían bajas contra la orilla, se retiraban, volvían a chocar un poco más alto. Más allá rompían con fuerza, resonando huecas, cubiertas de blanco sobre un gris acero en un horizonte que igualmente se perdía en el cielo. Presionaba contra el mundo, aquel cielo, tan incoloro como el mar. Por debajo, las nubes corrían sucias y harapientas. La lluvia caminaba al oeste.

En el interior, las juncias rodeaban los charcos cuyo tono verde alga era la única nota de color. El bosque se alzaba en la distancia. Un arroyo rompía el pantanal hasta la playa. Sin duda los habitantes lo usaban para mover cualquier bote que poseyesen. Sus casas estaban a más de un kilómetro y medio de la costa, una chozas pobres y encorvadas bajo tejados de césped. Salía humo; aparte de eso, nada más se movía.

La nave trajo una viveza súbita. Era una belleza, larga y esbelta, de buena construcción, la proa y la popa elevándose, sin palos pero conducida con rapidez por treinta remeros. Aunque la pintura roja se había desteñido, la madera seguía siendo sólida. Al canto del timonel, la tripulación la trajo a tierra, los hombres saltaron por la borda y la sacaron del agua.

Everard se acercó. Lo esperaron con precaución comedida. Al acercarse, habían visto que estaba sólo. Se aproximó y apoyó la base de la lanza en el suelo.

—Saludos —dijo.

Un tipo grande y lleno de cicatrices que debía de ser el capitán le preguntó:

—¿Eres de esas casas?

Su dialecto hubiese sido difícil de entender si Everard y Floris no hubiesen recibido improntas. (De una lengua danesa de cuatrocientos años en el futuro, lo más cercano disponible. Por suerte, las antiguas lenguas nórdicas no cambiaban muy rápido. Sin embargo, los agentes no podían esperar pasar por nativos, ya fuese del hogar de la nave o de aquellas regiones).

—No, soy un viajero. Me dirigía allí en busca de refugio para la noche, pero os vi y pensé en oír primero vuestro relato. Debería ser mejor que cualquier cosa que puedan contar ellos. Me llamo Maring.

Normalmente el patrullero simplemente hubiese dicho «Everard», que sonaba como un nombre en otras lenguas. Pero lo usaría en el futuro cuando conociese a Heidhin, a quien esperaba fijar este día. No podían permitirse ser reconocidos... otro cambio en la realidad con imprevistas consecuencias. Floris había sugerido ese apodo, realmente del sur de Germania. También había insistido en que llevara una larga peluca rubia y una barba falsa, así como una nariz a lo Jimmy Durante que desviaría la atención del resto de su persona. Considerando cómo se desvanecían los recuerdos con los años, eso bastaría.

Una sonrisa se abrió en el rostro del marino.

—Y yo soy Vagnio, hijo de Thuthevar, de Hairu, en la tierra de los alvaringos. ¿De dónde vienes tú?

—De lejos. —El patrullero señaló con un pulgar al asentamiento—. Se quedan tras sus paredes. ¿Os tienen miedo?

Vagnio se encogió de hombros.

—Podríamos ser saqueadores, por lo que ellos saben. Esto no es un puerto de escala. Es simplemente una recalada...

Everard ya lo sabía. Flotando en los cronociclos, él y Floris habían observado a la nave, una vez que el análisis reveló que, entre todas las que habían observado, llevaba a una mujer. Un salto al futuro les mostró dónde iba a detenerse; un salto de vuelta al pasado los situó cerca. Floris permaneció sobre las nubes. Explicar su presencia hubiese sido demasiado problemático.

—... para pasar la noche —siguió diciendo Vagnio— y llenar por la mañana los toneles de agua. Pero luego nos dirigiremos a Anglii, con productos para un gran mercado que celebran en esta época del año. Si esa gente quiere, pueden venir, en caso contrario los dejaremos en paz. No tienen nada que valga la pena robar.

—¿Ni siquiera ellos mismos, para ser vendido como esclavos? —La pregunta repugnaba a Everard, pero era natural en la época.

—No, se dispersarían en cuanto nos vieses acercarnos, y también sacarán el ganado que tengan. Por esa razón construyeron ahí. —Vagnio entrecerró los ojos—. Debes de ser de tierra para no saber eso.

—Sí, de los marcomannios. —La tribu estaba a una distancia segura, más o menos donde caería la Checoslovaquia occidental—. Vosotros sois, ¿de Scania?

—No. Los alvaringos tienen media isla en la costa de Geatish. Pasa la noche con nosotros, Maring, e intercambiaremos historias... ¿Qué miras?

Los marineros se habían reunido deseosos de oír. En su mayoría eran rubios y altos, por lo que bloqueaban la visión de la nave. Un par de ellos se habían movido inquietos, y pudo ver sin trabas. Un joven delgado acababa de saltar a la

playa. Levantó los brazos y ayudó a una mujer. *Veleda*.

No había confusión. *Conozco esa cara, esos ojos en el fondo del océano de su diosa*. Pero qué joven era hoy, una adolescente esquelética. El viento agitó las trenzas castañas y arremolinó la falda alrededor de sus talones. En los diez o quince metros que los separaban, Everard pensó que veía... ¿qué? Una mirada que buscaba algo más allá de aquel lugar, labios que de pronto se estremecerían y quizá susurrarían, una pena, una pérdida, un sueño. No lo sabía.

Ciertamente no mostraba por él ningún interés, al contrario de lo que había esperado. Se preguntó si siquiera le había mirado. El rostro pálido se apartó. Habló brevemente con su compañero de pelo oscuro. Se alejaron juntos por la playa.

—Ah, ella. —Dedujo Vagnio. Le tocó la inquietud—. Una pareja extraña.

—¿Quiénes son? —preguntó Everard. Ésa también era una pregunta natural, cuando eran muy pocas las mujeres que atravesaban el mar sin ser cautivas. Con el tiempo, los invasores de las costas frisias y jutas traerían a su familias hasta Bretaña, pero eso no sucedería hasta unos siglos después.

A menos que las mujeres escandinavas usasen barcos en esa fecha tan temprana. No tenía esa información. Esas tierras en esos años se habían estudiado poco. No había parecido que representasen ningún problema para el mundo hasta la *Völkerwanderung*. Sorpresa, sorpresa.

—Edh, hija de Hlavagast y Heidhin, hijo de Viduhada —dijo Vagnio. Everard notó que la había nombrado a ella primero—. Compraron pasaje, pero no para comerciar junto con nosotros. Es más, ella no busca un mercado, sino que quiere que los dejemos, a los dos, en algún sitio. Todavía no ha dicho dónde.

—Mejor será prepararse para la noche, capitán —gruñó un hombre. Los otros lanzaron un murmullo de acuerdo. La oscuridad tardaría horas en llegar y no era probable que empezase a llover. *Prefieren no hablar de ella* —comprendió Everard—. Vagnio asintió con rapidez. *No tienen nada contra ella, estoy seguro, pero ella es, sí, extraña*.

Everard se ofreció a ayudar con los preparativos. Con amabilidad brusca, porque un invitado era sagrado, el capitán expresó dudas de que alguien de secano pudiese agilizar los preparativos. Everard se alejó hacia donde Edh y Heidhin habían ido.

Los vio detenerse muy por delante de él. Parecían discutir. Ella realizó un gesto extrañamente imperioso para alguien tan pequeño. Heidhin se dio la vuelta y regresó a grandes zancadas. Edh siguió adelante.

—Ésta podría ser mi oportunidad —subvocalizó Everard—. Veré si puedo entablar conversación con el muchacho.

—Ten cuidado —contestó Floris—. Creo que está molesto.

—Sí. Pero tengo que intentarlo, ¿no?

Era la razón de aquel encuentro, en lugar de simplemente seguir la nave por el agua hacia atrás en el tiempo. No se atrevían a entrar a ciegas en lo que podría ser la fuente de la inestabilidad, el oscuro y fácilmente anulado suceso del que podría surgir todo un futuro. Allí, o eso esperaban, tenían la oportunidad de aprender algo de antemano con riesgo mínimo.

Heidhin se detuvo de golpe, con el ceño fruncido, frente al extranjero. También era un adolescente, quizá un año o dos mayor que Edh. En ese entorno eso lo convertía en adulto, pero todavía era larguirucho, sin haberse llenado del todo, el rostro anguloso oscurecido por poco más que pelusa. Vestía *wadmahl* de lana, perfumado en el aire húmedo, y botas manchadas de sal. Al costado le colgaba una espada.

—Saludos —dijo Everard con amabilidad. Eso, en apariencia. Por dentro tenía sudores fríos.

—Saludos —gruñó Heidhin. La hosquedad se hubiese considerado apropiada en la América del siglo xx. Aquí significaba muchos problemas—. ¿Qué quieres? —Hizo una pausa antes de añadir con brusquedad—: No sigas a la mujer. Quiere estar sola.

—¿Está segura aquí? —preguntó Everard: otra pregunta natural.

—No irá muy lejos, y regresará antes de anoecer. Además... —Una vez más se calló. Parecía estar luchando consigo mismo. Everard supuso que el deseo juvenil de ser importante y misterioso derrotó a la discreción. Sin embargo, escuchó palabras de una sinceridad casi horripilante—. Los que la ofendan sufrirán algo peor que la muerte. Es la elegida de una diosa.

¿Realmente el viento soplaba de pronto con más intensidad?

—Entonces, ¿la conoces bien?

—Yo... viajo a su lado.

—¿Desde dónde?

—¿Por qué quieres saberlo? —estalló Heidhin—. ¡Déjame en paz!

—Tranquilo, amigo, tranquilo —dijo Everard. Le ayudaba el hecho de ser grande y maduro—. Me limito a preguntar. Soy extranjero. Con gusto oiría más sobre... Edh, ¿la llamó así el capitán? Y tú Heidhin, creo.

Despertó la curiosidad. El muchacho se relajó un poco.

—¿Qué hay de ti? Nos lo preguntábamos al acercarnos.

—Soy un viajero. Maring de los marcomannios, una gente de la que es posible que no hayas oído hablar nunca. Esta noche ofreceré mi relato.

—¿Adónde te diriges?

—A donde me lleve mi suerte.

Heidhin permaneció inmóvil por un momento. Las olas rompieron. Una gaviota chilló.

—¿Podrías ser un enviado? —dijo.

A Everard se le disparó el pulso. Se esforzó en hablar como si tal cosa.

—¿Quién iba a enviarme y por qué?

—Entiende —le soltó Heidhin—, Edh va a donde Niaerdh le indica, en los sueños o por medio de portentos. Ahora ha pensado que es aquí donde deberíamos abandonar la nave e ir a tierra. Intenté decirle que ésta es una región pobre, de población muy dispersa, incluso con criminales en libertad. Pero ella... —Tragó saliva. Se suponía que la diosa la protegía. La fe luchó con el sentido común y encontró un punto medio—. Si viene con nosotros un segundo guerrero...

—¡Oh, maravilloso! —cantó la voz de Floris.

—No sé lo bien que puedo actuar como alguien marcado por el destino —le advirtió Everard.

—Al menos podrás hablar con él.

—Lo intentaré.

A Heidhin:

—Eso es una novedad para mí, compréndelo. Pero podemos hablar sobre ello. Ahora mismo no tengo nada que hacer, ¿y tú? Vamos, paseemos un poco mientras me hablas de ti y de Edh.

El muchacho lo miró cabizbajo. Se mordió el labio, se puso rojo, luego blanco, rojo de nuevo.

—Es más difícil de lo que crees —dijo.

—Pero debo saber, ¿no?, antes de comprometer mi fe. —Everard palmeó el hombro encorvado que tenía delante—. Tómate tu tiempo, pero cuéntamelo todo.

—Edh... ella debería... ella decidirá...

—¿Qué tiene ella que hace que tú, un hombre, esté pendiente de sus palabras? —*Muéstrate muy respetuoso*—. ¿Es una adivina, una muchacha a la que adorar? Eso sería extraordinario.

Heidbin levantó la vista. Se estremeció.

—Sí, es eso y más que eso. La diosa vino a ella y, ahora que pertenece a Niaerdh, extenderá la furia de Niaerdh por el mundo.

—¿Qué? ¿Y con quién está enfadada la diosa?

—¡Con el pueblo de Romaburh!

—¿Por qué? ¿Qué mal han hecho? *En este lugar tan lejano*.

—Ellos... ellos... No, es demasiado sagrado para contarlo. Espera a conocerla. Ella te hará tan sabio como considere oportuno.

—Eso es pedirme demasiado —protestó comprensiblemente Everard, como habría hecho un vagabundo de mente práctica—. No dices nada de lo que sucedió antes, nada acerca de dónde venís, aunque me harías defender con mi vida a una doncella que provocaría la lujuria de cualquier saqueador, la avaricia de cualquier esclavo...

Heidhin gritó. Desenvainó con rapidez la espada.

—¡Cómo te atreves! —La hoja atacó.

Los reflejos salvaron a Everard. Interpuso la lanza con suficiente rapidez para bloquearla. El hierro se hundió con fuerza. El fresno seco no se rompió. Heidhin volvió a levantar la hoja. Everard agitó su arma. *No debo matarlo, está vivo en el futuro, y, además,—no es más que un niño...* El impacto hizo un ruido sordo. El golpe en la cabeza debía de haber dejado aturdido a Heidhin, si no, se hubiese roto el mango. En realidad, él se tambaleó.

—¡Contente, patán asesino! —rugió Everard. La alarma y la rabia resonaban en su cráneo. *¿Qué demonios pasa?—* ¿Quieres hombre para tu chica o no?

Aullando, Heidhin saltó hacia él. Esa finta era débil, fácil de evitar. Everard dejó caer la lanza, se acercó, agarró la túnica, asió el cuerpo en movimiento por las caderas y lanzó a Heidhin a dos metros de distancia.

El joven se puso en pie. Buscó el cuchillo al cinto. *Hay que acabar con esto.* Everard le dio un golpe de kárate en el plexo solar. No muy fuerte. Heidhin se dobló y cayó al suelo, luchando por respirar. Everard se agachó para asegurarse de que no había daños serios, vómitos o algo así.

—*Wat drommel...* ¿Qué es eso? —gritó Floris, consternada.

Everard se puso en pie.

—No lo sé —contestó con sinceridad—, excepto que de alguna forma, en mi ignorancia, he tocado el punto sensible y equivocado. Debe de haber estado muy nervioso, quizá ha pasado días y semanas de preocupación. Recuerda que es muy joven. Algo que he dicho o hecho le ha provocado un ataque de histeria. En esta cultura, ya sabes, entre los hombres, eso suele desembocar en ansia asesina.

—Supongo que no... podrás... arreglar la situación.

—No. Especialmente teniendo en cuenta lo precario que es todo este asunto. —Everard miró a lo largo de la playa. Edh era un diminuto punto de oscuridad, medio perdido en la neblina del mar en la que se internaba. Envuelta en sus sueños, o sus pesadillas, o lo que fuesen, no se había enterado de la pelea—. Mejor que me vaya. Los marineros aceptarán que estoy desconcertado, cierto, ¿no?, pero sin deseos de cortarle la garganta a Heidhin mientras esté indefenso, o darle a él la oportunidad de cortármela más tarde, o molestarme en negociar una reconciliación. Diré que para mí él no es nada, y me iré.

Cogió la lanza, como habría hecho Maring, y se dirigió hacia la nave. *Se sentirán decepcionados* —pensó con sorna—. *Los cotilleos de tierras lejanas son un raro tesoro. Bien, así no tendré que contar esa enrevesada historia que nos inventamos.*

—Entonces bien podemos ir directamente a Öland —dijo Floris, en tono igualmente desabrido.

—¿Adónde?

—El hogar de Edh. El capitán lo identificó sin error. Es una larga y estrecha isla en la costa báltica de Suecia. La ciudad de Kalmar se construirá al lado

opuesto. Estuve allí una vez de vacaciones. —La voz se hizo nostálgica—. Fue, será, bastante encantadora. Viejos molinos de viento por todas partes, viejos túmulos, villas acurrucadas y, a cada extremo, un faro mirando a un mar por el que flotan los barcos de vela... Pero eso será entonces.

—Parece un lugar que visitaría para visitarme a mí mismo —dijo Everard—. Entonces.

Quizá. Depende de los recuerdos que me lleve de él ahora, mil novecientos años en el pasado. Caminó con dificultad por la playa.

El hijo de Hlavagast Unvod era rey de los alvaringos. Su esposa era Godhahild. Vivían en Laikian, el mayor asentamiento de su tribu, más de una veintena de casas tras un muro de piedra. A su alrededor no había mas que brezo, allí sólo podían vivir las ovejas. Tampoco nadie podía atacar sin ser visto desde lejos. El camino oriental a la playa era corto, no mucho más largo al oeste, y allí crecía el monte. Al sur no tardaba en haber buena tierra de pasto y cultivo, que seguía durante una buena distancia hasta llegar a su propia playa.

Una vez los alvaringos habían poseído todo Eyn, hasta que los getas llegaron desde la península y, durante muchas generaciones, invadieron la parte norte más rica. Al final los alvaringos pudieron luchar para detenerlos. Muchos entre los getas decían que no valía la pena ocupar el sur; muchos entre los alvaringos decían que el temor de Niaerdh los había detenido. Los alvaringos todavía la adoraban a ella tanto como a los Anses, o más, mientras que los getas sólo le daban a la diosa una vaca en primavera. Pero fuera como fuese, desde entonces ambas tribus habían comerciado más que guerreado.

Las dos tenían hombres que llevaban cargas por el mar para intercambiar, tan lejos como los rugios al sur y los anglos al oeste. Los getas de Eyn también celebraban un mercado anual en el refugio de Kaupavik, que atraía visitantes desde muy lejos. A él, los alvaringos llevaban lana, pescado salado, pieles de foca, grasa de ballena, plumas y plumón, ámbar cuando una tormenta había dejado una reserva en su costa. De vez en cuando, un joven de los suyos se unía a la tripulación de una nave; si vivía, podía regresar a casa con historias de extraños países.

Hlavagast y Godhahild perdieron tres hijos muy pronto. Luego él juró que si Niaerdh salvaba a los que viniesen después, cuando el primero de ellos hubiese cambiado todos sus dientes de leche él le entregaría a un hombre... no a los dos esclavos, normalmente viejos y enfermos, que recibía cuando había bendecido los campos, sino un joven robusto. Nació una niña. Él le puso Edh, Juramento, para recordárselo a la diosa. Los hijos que esperaba la siguieron.

Cuando llegó el momento, llevó una nave y guerreros al otro lado del canal, no para atacar a los getas de la península. Navegó más allá de ellos y cayó sobre el campamento de los *skridhfennios*. De los cautivos que trajo de vuelta, sacrificó

el mejor en la arboleda de Niaerdh. El resto los vendió en Kaupavik. Hlavagast realizó aquella expedición guerrera como excepción, porque era un hombre pacífico y reflexivo.

Quizá por sus comienzos, quizá porque sólo tenía hermanos, Edh creció como una niña callada y retraída. Tenía amigos en el asentamiento, pero ninguno íntimo, y cuando jugaban juntos ella siempre se mantenía apartada. Aprendía sus tareas con rapidez y las ejecutaba con fidelidad, pero era mejor en las que podía realizar sola, como tejer. Rara vez hablaba o reía.

Pero cuando se expresaba con libertad, las chicas la escuchaban. Al cabo de un tiempo, los chicos también lo hicieron, y a veces los adultos: porque sabía inventar historias. Esas historias se hicieron más maravillosas con el paso de los años, y empezó a añadirles versos, casi como un *skald*. Trataban sobre hombres lejanos, encantadoras doncellas, hechiceros, brujas, animales parlantes, gente del mar, tierras más allá del océano donde cualquier cosa podía suceder. A menudo Niaerdh iba a ellos, como consejera y para rescatarlos. Al principio Hlavagast temió que la diosa pudiese tomárselo a mal; pero no pasó nada malo, así que no se lo prohibió. Después de todo, su hija tenía cierto lazo con ella.

En el asentamiento Edh nunca estaba sola. Nadie lo estaba nunca. Las casas se apretaban contra la muralla. En cada una había establos para las vacas y los caballos que algunos hombres poseían a un lado, camastros al otro. Un telar con contrapeso de piedra se encontraba cerca de la puerta, por la luz, para poder tejer y coser, un banco y una mesa al extremo opuesto, un hogar de barro en el centro. La comida y los utensilios de cocina colgaban de las vigas del techo o se encontraban encima de ellas. Los edificios se abrían a un patio donde cerdos, ovejas, aves de corral y perros demacrados corrían con libertad. La vida se juntaba, hablando, riendo, cantando, llorando, mugiendo, relinchando, gruñendo, balando, cacareando, ladrando. Los cascotes resonaban, las ruedas de los carros gemían, el martillo golpeaba el yunque. Tendido en la oscuridad entre paja y piel de oveja, entre los cálidos olores a animales, estiércol, heno, ascuas, se podía oír a un bebé llorar hasta que su madre le daba de mamar, o ella y el padre se buscaban a tientas gruñendo y tomando aire, o del exterior llegaba un ulular a la luna, el sonido de la lluvia cayendo, el soplo del viento, su gemir, su rugir... y ese otro ruido, en alguna parte, ¿un cuervo nocturno, un troll, un muerto salido de su tumba?

Había mucho que una niña podía ver cuando estaba libre; idas y venidas, concepción y nacimiento, trabajo duro y feliz diversión, manos habilidosas dando forma a la madera, al hueso, al cuero, al metal, a la piedra, los días sagrados cuando la gente hacía ofrendas a los dioses y lo festejaba... Cuando crecías te llevaban con ellos y te enseñaban el carro que usaba Niaerdh, cubierto para que nadie la viese; llevabas una guirnalda de hojas perennes y arrojabas las flores del año anterior a su paso y le cantabas con tu voz aguda; era alegría y renovación,

pero también adoración y un silencioso terror subterráneo...

Edh creció. Poco a poco le asignaron nuevas tareas que la llevaron más y más lejos. Recogía ramitas secas para el fuego, hierbas y rubia para tintes, bayas y flores de temporada. Más tarde iba con un grupo al bosque a recolectar frutos secos y a la playa en busca de conchas. Más tarde aun, primero con un cesto y un año o dos después con una hoz, ayudó a cosechar los campos del sur. Los muchachos pastoreaban el ganado, pero a menudo las chicas les llevaban comida y podían pasar juntos la mayor parte de un largo, largo día de verano. Aparte de esos breves pero agitados momentos del año, la gente rara vez tenía razón para apresurarse. Tampoco temían otra cosa que a la enfermedad, la magia venenosa, los seres nocturnos y la furia de los dioses. No había ni osos ni lobos en Eyn, y ningún enemigo había llegado desde que se tenía memoria hasta aquella pobre región.

Por tanto, cada vez con mayor frecuencia a medida que pasaba de niña a doncella, Edh podía alejarse a solas más allá del brezal, hasta que su estado de ánimo cambiaba. Normalmente acababa cerca del mar, y allí podía sentarse, perdida en el paisaje, hasta que las sombras y la brisa le tiraban de las mangas para indicarle que era hora de volver a casa. Desde las cumbres de piedra caliza de la costa occidental miraba hacia el continente oscurecido por la distancia; desde el este arenoso sólo veía agua. Era suficiente. En cualquier clima era suficiente. Las olas danzaban más azules que el cielo, con blancas manchas de espuma en los hombros, sobrevoladas por una tormenta de nieve en forma de gaviotas. Se abatían con fuerza, grises y verdes, sus crines al viento, y el ritmo de su galope atravesaba la tierra para meterse en los huesos. Se elevaban, golpeaban, bramaban, llenaban el aire de espuma. Construían un camino fundido desde ella hasta el sol bajo, marcaban la lluvia que caía y le devolvían su sonido, se escondían en la niebla y susurraban invisibles sobre cosas que nadie veía. Niaerdh estaba en ellas con temor y bendición. Suyos eran las algas y el ámbar que miraba al cielo, de ella los peces, las aves, las focas, las grandes ballenas y los barcos. Suyo era el despertar del mundo cuando venía a tierra con su Frae, porque su mar lo abrazaba, lo protegía, lloraba su muerte en invierno y le devolvía la vida en primavera. Muy pequeña entre esas cosas, suya era la niña que había conservado en este mundo.

Así se acercó Edh a la vida adulta, una niña alta, tímida y ligeramente torpe con el don de la palabra cuando decidía hablar de cosas diferentes a la vida ordinaria. Pensaba mucho en ellas, y pasaba mucho tiempo soñando despierta, y cuando estaba sola podía echarse a llorar sin saber exactamente por qué. Nadie la rechazaba pero tampoco nadie la buscaba, porque había dejado de compartir las historias que inventaba y había algo ligeramente extraño en la hija de Hlavagast. Eso fue aún más cierto cuando tras morir su madre él tomó una nueva esposa. Las dos no se llevaban bien. La gente murmuraba que Edh se sentaba a

menudo junto a la tumba de Godhabild.

Entonces, un día, un joven de la aldea la vio pasar a su lado. El viento soplaba fuerte y su pelo suelto se agitaba lleno de luz de sol. Él, que nunca había temido a nada, sintió que se le helaba la garganta y el corazón se le agitaba en el pecho. Pasó mucho tiempo antes de que pudiese dirigirle la palabra. Ella bajó los ojos y el muchacho apenas oyó su respuesta. Pero al cabo de cierto tiempo aprendieron a sentirse más cómodos.

Aqué! era Heidhin, hijo de Viduhada. Era un muchacho esbelto, de pelo oscuro, falto de alegría pero agudo de ingenio, duro y flexible, bueno con las armas, un líder entre sus compañeros aunque algunos lo odiaban por los aires que se daba. Nadie se metió con él por lo de Edh.

Cuando vieron cómo iban las cosas, Hlavagast y Viduhada se apartaron para hablar. Estuvieron de acuerdo en que tal unión de sus familias sería bien recibida, pero los esponsales debían esperar. El flujo de Edh apenas había comenzado el año anterior; los jóvenes podrían pelearse y un matrimonio infeliz significaba problemas para todos; esperar y ver, y mientras tanto beber una jarra de cerveza con la esperanza de que todo saliese bien.

Pasó el invierno, la lluvia, la nieve, la oscuridad cavernosa, la noche de terror antes del regreso del sol y el día de fiesta siguiente, cielos iluminados, el deshielo, corderos recién nacidos, ramas con brotes. La primavera trajo hojas y alas en dirección al norte; Niaerdh recorría la tierra; hombres y mujeres se emparejaban en los campos donde labraban y sembraban. El Carro del Sol corría más alto y más despacio, el verde crecía, las grandes tormentas resplandecían sobre el brezal, los arco iris relucían en el mar.

Llegó la época de] mercado en Kaupavik. Los alvaringos reunieron sus mercancías y se prepararon. La noticia fue de casa en casa: ese año había llegado una nave desde más allá de anglos y cimbrios, de la tierra de los mismísimos romanos.

Nadie sabía mucho de Romaburh. Se encontraba en algún remoto lugar del sur. Pero sus guerreros eran como langostas, que habían comido tierra tras tierra, y cosas preciosas venían de esas regiones: recipientes de vidrio y plata, discos de metal con rostros, diminutas figuras que parecían increíblemente vivas. El tráfico debía de estar reforzándose, porque cada vez llegaban más de esas cosas hasta Eyn. ¡Ahora, por fin, los comerciantes romanos habían llegado al país de los getas! Los que se quedaron en Laikian miraron con envidia a los que se fueron.

Como tenían poco trabajo que hacer, se consolaron con la inactividad. Ningún signo de maldad marcaba el día una semana después, cuando Edh y Heidbin se dirigieron al oeste, hacia la orilla.

El brezal era alto. No se veía una alma cuando hubieron dejado atrás la aldea en el terreno llano y sin árboles, así que la mayor parte del mundo era cielo. Las nubes se alzaban vertiginosamente altas, asombrosamente blancas sobre un azul

sin límites. Del cielo caían luz y calor como lluvia. Las amapolas relucían rojas, las aulagas amarillas en medio del brezo oscuro. Cuando se sentaron un rato percibieron el olor de hierba quemada; las abejas zumbaban en un silencio por el que se deslizaban a la tierra las canciones de las alondras; luego las alas se agitaron, un urogallo pasó bajo, se miraron el uno al otro a los ojos y se rieron de su asombro. Caminando, iban de la mano, sólo eso, porque el suyo era un pueblo casto y él se sentía guardián de una santidad sagrada.

En su camino esquivaron los acantilados que se extendían al norte de las granjas y anduvieron por el bosque hasta la playa. Salpicada de florecillas, la hierba crecía casi hasta el borde del agua. Las olas acariciaban las piedras que hacía tiempo se habían vuelto suaves. Más lejos relucían y lanzaban reflejos. Al otro lado del canal, el continente se veía en el horizonte. Más cerca, los cormoranes, sobre una roca, se secaban las alas con la brisa. Pasó volando una cigüeña, portadora blanca de la suerte y la fertilidad.

Heidhin contuvo el aliento. Su dedo saltó para señalar.

—¡Mira! —gritó.

Edh entrecerró los ojos para mirar al norte contra el resplandor. Le falló la voz:

—¿Qué es?

—Un barco —dijo él—, que viene hacia aquí. Un gran, gran barco.

—No, no puede ser. Esa cosa que tiene encima...

—He oído hablar de eso. Los hombres que han estado fuera en ocasiones las han visto. Atrapan el viento y empujan el casco. ¡Ésa es la nave romana, Edh, tiene que serlo, que viene de Kaupavik, y hemos llegado justo a tiempo para verla!

Hipnotizados, miraron, olvidando todo lo demás. El barco se movía rápido. Ciertamente era una maravilla. Negro, ribeteado de oro, no era mayor que la mayor de las naves del norte, pero mucho más ancha, de fondo redondeado para contener cargas increíbles de tesoros. Tenía cubierta, con los hombres situados sobre la bodega. Parecían un enjambre, suficientes para luchar contra los piratas. La proa se curvaba grandiosa y se alzaba, mientras que la talla del un gigantesco cuello de cisne se levantaba a popa. Entre ambos extremos descansaba una casa de madera. Ningún remo impulsaba la nave. En un poste con un travesaño se hinchaba un trapo tan ancho como la viga que lo sostenía. Se movía en silencio, una onda al frente y una estela detrás.

—Seguro que Niaerdh lo ama —dijo Edh.

—Ahora puedo comprender por qué dominan medio mundo —dijo Heidhin estremeciéndose—. ¿Quién podría oponerse a ellos?

La nave cambió de rumbo, acercándose a la isla. El joven y la doncella vieron cómo los marineros los miraban. Un saludo llegó débilmente a sus oídos.

—Vaya, creo que nos miran a nosotros —dijo Edh entrecortadamente—.

¿Qué querrán?

—Quizá... quieran que me una a ellos —dijo Heidhin—. He oído de los viajeros de las partes orientales que los romanos aceptan a los miembros de las tribus en sus ejércitos. Si les faltan hombres por enfermedad o algo así.

Edh lo miró dolida.

—¿Te irías con ellos?

—¡No, nunca! —Ella cerró los dedos con fuerza alrededor de los del joven. Él le devolvió el apretón—. Pero escuchemos lo que tienen que decir, si llegan a tierra. Podrían querer otra cosa y pagarnos bien por nuestra ayuda. —Sentía el pulso en la garganta.

La maroma restalló. Aquello que bajó por su extremo debía de ser un ancla, porque no era una piedra sino un garfio. Un bote seguía la nave tirado por otra maroma. Los marineros tiraron de ella y desplegaron una escala, descendieron y se sentaron en los bancos. Sus compañeros les pasaron los remos. Uno se puso en pie y agitó una tela bonita que llevaba.

—Sonríe y nos hace señas —dijo Heidhin—. Sí, tienen un deseo que esperan que podamos cumplir.

—Qué tela más hermosa —murmuró Edh—. Creo que Niaerdh la viste cuando visita a los otros dioses.

—Quizá sea nuestra antes de la puesta de sol.

—Oh, no me atrevería a pedirla.

—¡Eh, allá! —gritó un hombre desde el bote. Era el mayor y de pelo más claro, sin duda un intérprete nacido en Germania. Los demás pertenecían a diversas razas, algunos de piel blanca, otros más morenos que Heidhin. Pero, por supuesto, los romanos podían elegir entre muchos tipos distintos de gente. Todos llevaban túnicas hasta las rodillas sobre las piernas desnudas. Edh enrojeció y apartó la vista de la nave, donde la mayoría iban desnudos.

—No temáis —gritó el germano—. Nos gustaría negociar con vosotros.

Heidhin también se puso rojo.

—Un alvaringo no conoce el miedo —gritó. Al fallarle la voz se puso aún más rojo.

Los romanos se acercaron remando. Los dos de la costa esperaron, con la sangre agolpada en la cabeza. El bote llegó a tierra. El de la capa los llevó a la playa. Sonreía y sonreía.

Heidhin agarró con fuerza su lanza.

—Edh —dijo—. No me gusta su aspecto. Creo que será mejor que nos mantengamos alejados...

Era demasiado tarde. El líder gritó una orden. Sus seguidores corrieron. Antes de que Heidhin pudiese levantar su arma, otras manos la agarraron. Un hombre se adelantó detrás de él y le agarró los brazos en una llave de lucha. Se resistió, chillando. Un palo corto, al que no había prestado atención —la banda iba

desarmada a no ser por los cuchillos— le dio en el cogote. Fue un golpe certero, para aturdirlo sin hacerle daño. Dejó de resistirse y lo ataron.

Edh se había dado la vuelta para correr. Un marinero la agarró por el pelo. Dos más se acercaron. La tiraron sobre la hierba. Ella gritaba y daba patadas. Otro par le agarró los tobillos. El líder se arrodilló entre las piernas abiertas. Sonrió. Le caía la baba por la comisura de la boca. Le levantó la falda.

—Trolls, mierdas de perro, os mataré —gritaba Heidhin con debilidad, por entre el dolor que le martilleaba el cráneo—. Juro por todos los dioses de la guerra, que vuestra raza jamás tendrá paz conmigo. Vuestra Romaburh arderá...

Nadie lo escuchaba. Donde Edh yacía atrapada, el acto seguía y seguía.

43 D.C.

Fue fácil seguir el viaje de Vagnio desde su partida de Öland. Con habilidad y persistencia, fue posible descubrir que el muchacho y la muchacha habían llegado a su casa desde una aldea situada unos treinta kilómetros al sur. Pero ¿qué había sucedido antes? Eran necesarias algunas preguntas discretas sobre el terreno. Pero primero, Everard y Floris planearon un reconocimiento aéreo durante los meses anteriores. Cuantas más claves tuviesen de antemano, mejor. Vagnio no tenía necesariamente que haberse enterado de un acontecimiento como un asesinato; quizá la familia pudiese ocultarlo. O él y sus hombres podían mantenerlo en secreto frente a un extraño. O Everard podía simplemente no tener la oportunidad de preguntar antes de que las circunstancias lo obligaran a abandonar el campamento de la playa.

Dejando atrás camioneta y caballos, los agentes revolotearon juntos en saltadores separados. Sus plan de búsqueda consistía en una serie de saltos de punto a punto sobre una cuadrícula del espacio-tiempo calculada previamente. Si veían algo inusual, echarían un vistazo más concienzudo durante el tiempo que fuese necesario. El procedimiento no ofrecía garantías, pero era mejor que nada y no tenían una vida infinita que invertir en aquello.

A unos mil quinientos metros por encima de la villa, saltaron de los fuegos del verano a un par de semanas más tarde y permanecieron tras una enorme nube azul. El viento corría penetrante y frío. La vista ofrecía un mar Báltico iluminado por el sol, colinas suecas y bosques al oeste, Öland una mota en el estrecho, con brezo, hierba, madera, rocas, arena... palabras que ningún habitante pronunciaría en los siglos por venir.

Everard activó el escáner a su alrededor. De pronto, se envaró.

—¡Allí! —exclamó al transmisor que llevaba al cuello—. Como a las siete en punto... ¿lo ves?

Floris silbó.

—Sí. Una nave romana, ¿no?, anclada frente a la costa —dijo pensativa—. Es más probable que sea galorromana, de algún puerto como Burdeos o Bolonia, más que del Mediterráneo. Nunca mantuvieron un comercio regular con Escandinavia, pero los hechos hablan de unas cuantas visitas oficiales, y

emprendedores ocasionales navegaban hasta Dinamarca y más allá, saltándose la larga cadena de intermediarios. Especialmente por el ámbar.

—Esto podría ser importante. Comprobémoslo. —Everard amplió la imagen.

Floris ya lo había hecho. Soltó un grito.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Everard.

Floris se lanzó hacia abajo. El aire hendido gemía a su espalda.

—¡Detente, loca! —gritó Everard—. ¡Vuelve!

Floris no le hizo caso, no hizo caso a sus oídos a punto de estallar, a nada, sólo a lo que tenía justo delante. Su grito seguía resonando. Podría haber sido el de un halcón, o el de una valquiria furiosa. Everard golpeó los controles con el puño, soltó una maldición e, inexorable, aunque no indefenso, la siguió a menor velocidad. Se detuvo a unos treinta metros de altura, manteniendo el sol a la espalda.

Los hombres, reunidos para contemplar el espectáculo o esperar su turno, lo oyeron. Levantaron la vista y vieron un caballo de la muerte que se abalanzaba sobre ellos. Gimieron y corrieron en todas direcciones. El que estaba sobre la chica la soltó, se puso de rodillas y sacó el cuchillo. Quizá pretendía matarla, quizá sólo fuese un reflejo defensivo. No importaba. Un rayo de energía color zafiro le golpeó la boca. Cayó a sus pies. De un agujero en la base del cráneo salía el humo de su cerebro.

Floris hizo girar el ciclo. Situada a la altura de un hombre, disparó al que estaba más cerca. Herido en el vientre, gimió y pataleó sobre la hierba, para Everard como un escarabajo al que hubiesen dado la vuelta. Floris persiguió a un tercero y lo derribó con limpieza. Entonces se detuvo, inmóvil sobre la silla durante un minuto. El sudor se le mezclaba con las lágrimas en la cara, tan fría como sus manos.

De pronto respiró profundamente. Guardó la pistola y, con suavidad, descendió al lado de Edh.

Lo hecho, hecho está, pensó Everard. Con rapidez, consideró las opciones. Presas de un pánico ciego, los marineros supervivientes corrían por la playa o en dirección a los bosques. Dos que conservaban la cabeza se habían alejado y nadaban en dirección a la nave, donde bullía el horror. El patrullero se mordió el labio hasta que le salió sangre.

—Bueno —dijo en voz alta y monótona. Con saltos por el espacio y puntería precisa mató a todos los que habían bajado a tierra—. Finalmente sacó de su dolor al hombre herido. *No creo que Janne lo dejase así a propósito. Simplemente se olvidó.* Everard volvió a una altitud de quince metros y esperó. Por medio del escáner y el amplificador siguió lo que sucedía debajo.

Edh se sentó. Tenía la mirada perdida, pero se agarró la falda y se la puso por encima de las caderas marcadas. Atado como un cerdo, Heidhin se acercaba a ella.

—Edh, Edh —gemía. Se detuvo cuando el cronociclo se situó entre ellos—. Oh, diosa, vengadora...

Floris desmontó y se arrodilló al lado de Edh. Abrazó a la muchacha.

—Ya ha pasado, cariño —sollozó—. Todo irá bien. Algo así, nunca mas. Eres libre.

—Niaerdh —oyó—. Madre de todos, has venido.

—No tiene sentido negar tu divinidad —gruñó Everard en el receptor de Floris—. Sal de ahí antes de que compliques aún más las cosas.

—No —contestó la mujer—. No lo entiendes. Tengo que darle el poco consuelo del que sea capaz.

Everard permaneció mudo. Los marineros del canal tiraban frenéticos del ancla.

—Desátame —suplicó Heidhin—. Déjame llegar hasta ella.

—Quizá sí que lo entiendo —dijo Everard—. Pero hazlo con rapidez, ¿vale?

El aturdimiento de Edh desaparecía, pero lo sobrenatural le teñía los ojos avellanados.

—¿Qué deseas de mí, Niaerdh? —susurró—. Soy tuya. Como siempre lo fui.

—¡Mata a los romanos, a todos los romanos! —bramó Heidhin—. Te pagaré con mi vida si lo deseas.

Pobre muchacho —pensó Everard—, tu vida ya nos pertenece cuando nosotros decidamos. Pero no podría esperar que actuaras de forma inteligente después de esto, ¿no? O nunca, por lo que sé. No eres un europeo occidental educado en la era poscristiana. Para ti, los dioses son reales y tu mayor deber es la venganza.

Floris acarició *el pelo enmarañado*. Con el brazo libre atrajo hacia sí el cuerpo ligero, apestoso y tembloroso.

—Sólo quiero tu seguridad, tu felicidad —dijo—. Te quiero.

—Me salvaste porque —murmuró Edh—, porque... porque debo... ¿qué?

—Escúchame, Floris, por el bien de todos —dijo Everard entre dientes—. El tiempo está desarticulado y no puedes enderezarlo hoy. No puedes. No interfieras mas, o te juro que no habrá un libro de Tácito, quizá ni siquiera dos. No pertenecemos a estos acontecimientos y por eso el futuro está en peligro. ¡Déjalos!

Su compañera se quedó completamente quieta.

—¿Estás preocupada, Niaerdh? —preguntó Edh, como lo haría un niño—. ¿Qué puede preocuparte a ti, la diosa? ¿Qué los romanos contaminen tu mundo?

Floris cerró los ojos, los abrió y soltó a la muchacha.

—Es... tu congouja, querida —dijo. Poniéndose en pie—: Vive bien. Vive con valor, libre de temores y pesares. Nos volveremos a ver. —A Everard—: ¿Debo soltar a Heidhin?

—No, Edh puede coger un cuchillo y cortar la cuerda. Él puede ayudarla a

regresar a la aldea.

—Cierto. Y eso les vendrá bien a los dos, ¿no? Un pequeño y minúsculo de bien.

Floris montó en el cronociclo.

—Supongo que será mejor que ascendamos en lugar de desaparecer —dijo Everard—. Vamos.

Miró abajo por última vez. Era como si sintiese a los dos mirando y mirando. En el agua, con las velas hinchadas, la nave se dirigía hacia el oeste. Con varias manos de menos y, sin duda, como mínimo un par de oficiales, podría llegar o no a casa. Si lo hacía, la tripulación contaría o no lo que había visto. No tendría mucha credibilidad. Sería más inteligente inventar algo plausible. Claro está, cualquier historia podría ser considerada mentira, un intento de encubrir un motín. En ese caso, los esperaba una muerte desagradable. Quizá probasen suerte entre los hermanos, por poco probables que fuesen las expectativas. Sabiendo que su destino no afectaría a la historia, a Everard le importaban bien poco.

70 D.C.

El sol acababa de ponerse, las nubes eran rojas y doradas al oeste, al este el cielo se oscurecía a medida que la noche se alzaba como una ola sobre la naturaleza. La luz se rezagó en lo alto de una colina desnuda de la Germania central, pero la hierba ya estaba llena de sombras y el calor escapaba del aire.

Después de encargarse de los caballos, Janne Floris se agachó en la zona frente a los dos refugios y empezó a recoger madera para el fuego. Algo quedaba, roto y apilado, de la última vez que los agentes de la Patrulla habían usado aquella zona, un día antes si se contaban por los giros del planeta. Una ráfaga y un golpe la hicieron levantar. Everard bajó del vehículo.

—¿Por qué has...? Te esperaba antes —dijo ella, con cierta timidez.

Él encogió los anchos hombros.

—Pensé que tú podrías ocuparte de las tareas del campamento mientras yo me ocupaba de las mías —contestó—. Y el anochecer es un punto lógico de retorno. No quiero más que un bocado para comer, pero luego necesito doce buenas horas de sueño. Estoy agotado. ¿Tú no?

Ella apartó la vista.

—Todavía no. Demasiado tensa. —Tragando saliva, se obligó a enfrentarse a él—. ¿Adónde has ido? Me dijiste que esperase, inmediatamente después de regresar aquí, y te fuiste.

—Supongo que sí. Lo siento. No lo había pensado. Me ha parecido evidente.

—Pensaba que me estabas castigando.

Él negó con la cabeza, con más vigor que si lo hubiese hecho de palabra.

—Buen Dios, no. De hecho, tenía la vaga intención de evitarte la discusión. Lo que hice fue regresar a Öland, después de que anocheciese... ese día. Los chicos se habían ido y no había nadie, como esperaba. Levanté los cuerpos uno por uno, los llevé mar adentro y los arrojé. No fue divertido. No había razón para que estuvieses allí.

Ella lo miró fijamente.

—¿Por qué?

—¿Tampoco es evidente? —contestó—. Piensa. Por la misma razón que disparé al cerdo que tú dejaste. Para minimizar el impacto en los habitantes

locales, porque ya hemos alterado demasiadas variables. Me atrevería a decir que crearán a Edh y Heidhin, mas o menos, pero ya viven en un mundo de dioses, trolls y magia. Las pruebas materiales O los testigos independientes les causarían un impacto mucho mayor que una historia sin duda incoherente.

—Entiendo. —Se retorció las manos—. Me estoy comportando de un modo bastante estúpido y poco profesional, ¿no? No me entrenaron para este tipo de misiones, pero eso no es excusa. Lo siento mucho.

—Bien, me cogiste por sorpresa —gruñó—. Cuando saltaste a la acción me quedé pasmado durante un momento. Y luego, ¿qué podía hacer? Nada de jugar con la causalidad, eso seguro, ni arriesgarme a que Heidhin viese mi cara, para que me reconociese en Colonia ese año. ¿Ir al futuro, ponerme un disfraz diferente al que usé en la playa y volver al mismo minuto? No, no estaría bien que los mortales viesen a los dioses peleándose; confundiría aún más las cosas. Sólo podía seguirte la corriente.

—Lo siento —dijo desesperada—. No pude evitarlo. Allí estaba Edh, la Veleda que vimos entre los longobardos. Ninguna mujer me había impresionado tanto, la conocía, pero era una niña y esos animales...

—Sí. Furia seguida de simpatía insuperable.

Floris se enderezó. Con los puños apretados, miro directamente a Everard y dijo:

—Estoy explicándome, no excusándome. Aceptaré cualquier pena que me imponga la Patrulla, sin quejas.

Él permaneció unos segundos sin hablar antes de sonreír y contestar.

—No la habrá si te comportas con honradez y competencia. Y así estoy seguro que será. Como agente No asignado en este caso, puedo realizar juicios sumarísimos. Estás perdonada.

Ella parpadeo con fuerza, se frotó los ojos con las muñecas y dijo, trabándose:

—Señor, sois demasiado amable. Él hecho de que hayamos trabajado juntos...

—Eh, confía un poco en mí —protestó—. Sí, has sido una acompañante genial, pero no dejaría que eso me influyese... demasiado. Lo que cuenta es que has demostrado ser una agente dura, de las que siempre hacen falta. Y más importante aún, no ha sido realmente culpa tuya.

Perplejidad.

—¿Qué? He permitido que las emociones me controlasen...

—Considerando las circunstancias, eso no te desacredita. No estoy del todo seguro de qué habría hecho yo mismo, aunque quizá hubiese sido más sutil; y no soy una mujer. No me importó matar a esas sabandijas. No disfruté, claro, especialmente considerando que no tenían ninguna oportunidad contra mí. Pero había que hacerlo, así que dormiré tranquilo. —Hizo una pausa—. ¿Sabes?, en

mis días de juventud, antes de unirme a la Patrulla, estaba a favor de la pena de muerte por violación, hasta que una dama me señaló que entonces el bastardo tendría un incentivo para asesinar a su víctima y ningún motivo para no hacerlo. Mis sentimientos siguieron siendo los mismos. Si no recuerdo mal, los holandeses del siglo xx, a vuestra manera civilizada y clínica, tratáis el problema con la castración.

—Sin embargo, y o...

—Deja de culparte. ¿Qué eres, una liberal o algo así? Dejemos los sentimientos a un lado y analicemos el asunto desde el punto de vista de la Patrulla. Escucha. Parece claro, ¿estás de acuerdo?, que eran mercaderes marítimos que habían terminado sus negocios en Öland y se dirigían a otra parte, a su hogar probablemente. Resulta que vieron a Edh y Heidhin en esa playa solitaria y aprovecharon la oportunidad. Cosas así son comunes por todo el mundo antiguo. Quizá no tenían intención de volver o quizá pensaban unirse a una tribu diferente, desde el aire tuve la impresión de que la isla estaba dividida, o quizá pensaron que nadie lo sabría. En cualquier caso, atraparon a los chicos. Si no hubiésemos intervenido, se hubiesen llevado a Heidhin para venderlo como esclavo. A Edh también, a menos que la hubiesen destrozado tanto que sólo valiese para cortarle la garganta como diversión final. Eso es lo que hubiese sucedido. Un incidente como otros miles, sin importancia para nadie más que para los que lo sufren, y ellos pronto estarán muertos, olvidados, perdidos para siempre.

Floris cruzó los puños sobre el pecho. La luz menguante relucía en sus ojos.

—En lugar de eso...

Everard asintió.

—Sí. En lugar de eso, apareciste tú. Tendremos que buscar su ciudad natal, unos años antes de que se vaya, establecernos por un tiempo como visitantes, hacer preguntas discretas, conocer a la gente. Entonces quizá tengamos alguna idea de cómo la pobrecita Edh se convirtió en la terrible Veleda.

Floris hizo una mueca.

—Me parece que lo sé. De manera general. Puedo ponerme en su lugar. Creo que era más inteligente y sensible que la mayoría, sí, devota, si podemos decir eso de una pagana. Le ocurrió este suceso terrible: miedo, vergüenza, desesperación, no sólo su cuerpo sino también su espíritu aplastado bajo esos pesos insistentes y, de pronto, la venerable diosa llega para matarlos y abrazarla. Desde el fondo del infierno hasta la gloria... Pero después, ¡después! El envejecimiento, la sensación de haberse convertido en algo sin valor, nunca abandona del todo a una mujer, Manse. Peor para ella, porque en la Germania de la Edad del Hierro la sangre, el útero, es sagrado para el clan y el adulterio de una mujer se castiga con la muerte más brutal, No la culparían por lo que no pudo evitar, supongo, pero estaría mancillada y... y creo que el elemento

sobrenatural produciría más temor que reverencia. Los dioses paganos son engañosos, a menudo crueles. Me pregunto si Edh y Heidhin se habrán atrevido a decir mucho. Quizá no dijeron nada, y eso por sí solo les causaría un conflicto desgarrador.

Everard deseó tener la pipa, pero no creyó conveniente ir al saltador a buscarla. Floris se había vuelto muy vulnerable. *Nunca antes me había llamado por mi nombre de pila, por el cuidado que hemos tenido en evitar un enredo. Dudo que ni siquiera se haya dado cuenta.*

—Probablemente tengas razón —admitió—. Al mismo tiempo se ha producido la aparición sobrenatural. Los ha dejado con vida y libres. Si su cuerpo fue degradado, su alma no. De alguna forma, era merecedora de la diosa. Debe de ser porque tenía un destino, fue elegida para algo enorme. Aunque, ¿para qué? Bien, con Heidhin hablando con ella, una y otra vez, lleno de venganza masculina... En términos de su cultura, tendría sentido. Fue señalada para causar la destrucción de Roma.

—No podía conseguir nada en su isla perdida —terminó Floris—. Ni tampoco podía ya encajar en su vida. Iría al oeste, confiando en la protección de la diosa. Heidhin fue con ella. Entre los dos pudieron reunir bienes suficientes para comprar pasaje al otro lado del mar, Lo que vieron y oyeron de los actos de Roma durante el viaje no hizo más que alimentar su odio, su sentido de cumplir una misión. Pero creo, a pesar de todo, y por raro que sea en su sociedad, creo que él la ama.

—Yo también lo sospecho. Asombroso, cuando está muy claro que jamás lo ha dejado meterse en su cama.

—Comprensible —suspiró Floris—. Para ella, por esa experiencia... y él, si no por otra cosa, jamás forzaría la entrada en un receptáculo de la diosa. Oí que tiene mujer e hijos entre los bructeros.

—Ajá. Bien, lo que hemos descubierto es la ironía de que una investigación de una alteración es lo que la produjo. Para ser sincero, ese tipo de nexos tiene precedentes. Otra razón para no condenarte, Janne. En ocasiones un bucle causal posee una fuerza sutil y potente. Lo que debemos hacer es evitar que se convierta en un vértice causal. Debemos evitar los acontecimientos que llevarían a la segunda versión de Tácito sin perturbar en demasía los descritos en la primera.

—¿Cómo? —preguntó desesperada—. ¿Nos atreveremos a intervenir mas? ¿No deberíamos pedir ayuda a los... danelianos?

Everard sonrió ligeramente.

—Bueno, la situación no me parece tan mala. Se espera de nosotros que resolvamos todo lo que podamos, ¿sabes?, para economizar la vida de otros agentes. Primero, como dijiste, parece adecuado pasar un tiempo en Öland, investigando el pasado. Luego regresaremos a este año, los bátavos, los romanos y... bien, tengo algunas ideas preliminares, pero quiero discutir las en profundidad

contigo, y serás vital para lo que haga.

—Lo intentaré.

Permanecieron en silencio. El aire se hizo más frío. La noche trepó por las colinas. Los colores de la puesta de sol se consumieron en gris. Sobre ellos relucía el lucero de la noche.

Everard oyó un suspiro irregular. En la oscuridad vio a Floris estremecerse y abrazarse a sí misma.

—Janne, ¿qué sucede? —preguntó, suponiéndolo.

Ella miró desde la oscuridad.

—Toda esta muerte y este dolor, toda esta pérdida y este pesar.

—La norma de la historia.

—Lo sé, lo sé, pero... Y pensaba que vivir entre los frisios me había endurecido. Pero hoy, en este hoy mío, he matado a hombres y, y yo no dormiré tranquila...

Él se acercó, le puso las manos sobre los hombros, murmuró algo. Ella se dio la vuelta para abrazarlo ¿Qué podía hacer sino lo mismo? Cuando ella levantó el rostro hacia él, ¿qué podía hacer sino besarla?

Ella respondió con pasión. Sus labios sabían a sal.

—Oh, Manse, sí, sí, por favor, ¿no necesitas olvidar por esta noche?

El aguanieve silbaba, agitada por un cielo oculto sobre una tierra que la lluvia ya había medio ahogado. La vista pronto se perdía; acres llanos, hierba marchita, árboles sin hojas agitándose al viento, los restos quemados de una casa disueltos en las tinieblas de un mediodía. La ropa protegía poco de la humedad del frío. El viento del norte olía a los pantanos sobre los que había soplado, al mar y al invierno que se aproximaba desde el Polo.

Everard se acurrucó sobre la silla, con la capa a su alrededor. El agua le goteaba de la capucha. Los cascos de los caballos producían un sonido amortiguado por el agua y el barro. Y, sin embargo, era la gran entrada a través de una finca hasta la casa principal.

El edificio apareció frente a él, de estilo mediterráneo modificado, techos inclinados, estucado, construido por Burhmund cuando era Civilis, aliado y oficial de Roma. Su esposa era la matrona, sus hijos la llenaban con sus risas. Ahora servía de cuartel general a Petilio Cerial.

Había dos centinelas en el pórtico. Como los de la puerta, se dirigieron al patrullero cuando se detuvo al pie de la escalera.

—Soy Everardo, el godo —les dijo—. El general me espera.

Uno de los soldados dirigió a su compañero una mirada inquisitiva. Este último asintió.

—Me han dado instrucciones —dijo—. De hecho, escolté al mensajero previo.

¿Estaba buscando demostrar un poco de importancia, de orgullo? Sorbió y tosió. Probablemente aquel hombre fuese un reemplazo de última hora para alguien que estaba enfermo, castañeteando los dientes, en la enfermería. Aunque parecían galos, no tenían demasiado buen aspecto. El metal manchado, las faldas sucias, los brazos con piel de gallina y las mejillas hundidas indicaban raciones muy pobres.

—Pasa —dijo el segundo legionario—. Llamaremos a un mozo para que lleve la montura al establo.

Everard entró en un atrio oscuro, donde un esclavo tomó su capa y su cuchillo. Varios hombres sentados y hundidos, personal sin nada que hacer, le dedicaron miradas en las que, quizá, de pronto había una ligera esperanza. Un

asistente lo acompañó a una habitación en el ala sur. Llamó a la puerta, se oyó un « Abre », obedeció y anunció:

—Señor, el delegado germano está aquí.

—Que entre —rugió la voz—. Déjanos solos pero quédate fuera, por si acaso.

Everard entró. La puerta se cerró tras él. Una escasa luz entraba por la ventana emplomada, Había velas en sus palmatorias. De sebo, no de cera, que oían mucho y producían bastante humo. Las sombras se concentraban en las esquinas y se deslizaban sobre una mesa cubierta de informes redactados sobre papiro. Aparte de eso, había un par de taburetes y un cofre que podría contener una muda de ropa.

Una espada de infantería y su vaina colgaban lado a lado sobre la pared. Un brasero de carbón había calentado el aire, pero también lo había cargado.

Cerial estaba sentado tras la mesa. Vestía solamente túnica y sandalias: un hombre ancho con un rostro cuadrado y duro que en su cuidadoso afeitado mostraba grandes arrugas. Sus ojos examinaron al recién llegado.

—Eres Everardo, el godo, ¿eh? —saludó—. El intermediario dijo que hablabas latín. Mejor que sea así.

—Sí.—*Va a ser complicado*, pensó el patrullero . *No sería propio de este personaje humillarme, pero podría decidir que soy arrogante y que hay cosas que no soportará de un maldito nativo. Debe de tener los nervios destrozados, como todo el mundo*—. El general demuestra amabilidad e inteligencia al recibirme.

—Bien, para ser francos, a estas alturas escucharía a un cristiano si afirmase tener algo que ofrecer. Si resultase que no era así, al menos tendría el placer de crucificarlo. —Everard fingió perplejidad—. Una secta judía —gruñó Cerial—. ¿Has oído hablar de los judíos? Otro montón de ingratos rebeldes. Pero en tu caso, tu tribu está muy al este. ¿Por qué, en nombre de Tártaro, estás corriendo por aquí?

—Pensé que eso se lo habían explicado al general. No soy enemigo de Roma, ni tampoco de Civilis. He pasado tiempo en el Imperio así como en diferentes partes de Germania. Conocí a Civilis un poco, y un poco más a jefes guerreros menores. Confían en que hable directamente por ellos, porque al ser un extranjero Roma no tiene nada contra mí. Y porque al conocer los usos romanos, de alguna forma puedo transmitir las palabras con claridad, sin confusión. Y en cuanto a mí, soy un comerciante al que le gusta hacer negocios en esta región. Pienso beneficiarme de la paz y de su agradecimiento.

Persuadirlos había sido más complicado que lo relatado, pero no mucho más. De hecho, los rebeldes estaban cansados y descorazonados. El godo podría conseguir acceso personal al comandante imperial. Podría hacer algún bien y apenas causar mal. Cuando los heraldos hubieron llevado la petición, la facilidad con la que se habían establecido los preparativos sorprendió a los germanos. Everard lo había esperado. Sabía mejor que ellos, por Tácito y por el

reconocimiento aéreo, lo mal que también lo pasaban los romanos.

—¡Lo sé! —contestó Cerial—. Excepto que no dijeron qué ganabas tú. Muy bien, hablaremos. Te lo advierto, vuelve a dar tantos rodeos y te echo de una patada. Siéntate. No, primero sírvenos vino. Hace que este país de ranas sea algo menos horrible.

Everard llenó dos copas de plata con una elegante licorera de vidrio. El asiento que tomó era igualmente agradable, y la bebida sabía bien, aunque algo demasiado dulce para su gusto. Todo aquello debía de haber pertenecido a Civilis. A la civilización.

Nunca me han gustado los romanos, pero traen otras cosas con ellos aparte del comercio de esclavos, impuestos para los agricultores y juegos sádicos. Paz, prosperidad, un mundo más amplio... No durará, pero cuando la marea baje dejará atrás, dispersos por el desastre, libros, tecnología, creencias, ideas, recuerdos de lo que una vez fue, material que generaciones posteriores podrán recuperar, atesorar y usar para volver a construir. Y entre los recuerdos, que una vez hubo, por un tiempo, una vida no dedicada por completo a la supervivencia pura.

—Así que los germanos están listos para rendirse, ¿no? —preguntó Cerial.

—Ruego perdón al general si he dado la impresión equivocada. No dominamos la lengua latina.

Cerial golpeó la mesa.

—Te lo he dicho, ¡deja de hablar sin comprometerte o sal de aquí! Eres de casa real, descendiente de Mercurio. Tienes que serlo por la forma en que te comportas. Y yo soy pariente del emperador, pero él y yo somos soldados que hemos soportado mucho. Los dos aquí podemos ser bruscos, mientras estemos solos.

Everard se aventuró a sonreír.

—Como desee, señor. Me atrevería a decir que el general realmente no nos entendió mal. Entonces, ¿por qué no va al grano? Los jefes guerreros que me enviaron no se proponen ir bajo el yugo o encadenados en triunfo. Pero les gustaría terminar con esta guerra.

—Qué descaro tienen para pedir condiciones. ¿Qué les queda para luchar? Nosotros apenas vemos ya a nadie hostil. El último intento de Civilis que vale la pena mencionar fue una demostración naval en otoño. No me preocupó, me sorprendió que se molestasen. No sacó nada y se retiró al otro lado del Rin. Desde entonces hemos asolado su tierra natal.

—Lo he visto, incluido el hecho de que se ha perdonado su propiedad.

Cerial soltó una risotada.

—Claro. Para meter cuña entre él y el resto, hacer que se pregunten por qué deberían sangrar y morir para beneficio suyo. Sé que están bastante hartos. Tú vienes en nombre de un grupo de jefes tribales, no de él.

Cierto, y es usted sagaz, caballero.

—Las comunicaciones son lentas. Además, los germanos estamos acostumbrados a actuar con independencia. Eso no quiere decir que me enviase a traicionarlo.

Cerial bebió de la copa, la dejó de un golpe y dijo:

—Vale, oigámoslo. ¿Qué se me ofrece?

—Paz, ya se lo he dicho —declaró Everard—. ¿Puede permitirse rechazarla? Tienen ustedes tantos problemas como ellos. Dice que ya no ven guerreros enemigos. Eso es debido a que ya no avanzan. Están atascados en una tierra desnuda, con cada carretera convertida en un cenagal, sus tropas congeladas, mojadas, hambrientas, enfermas y miserables. Tiene terribles problemas de suministros y no mejorarán hasta que el Estado no se haya recuperado de la guerra civil, lo que llevará más tiempo del que puede esperar. —*Me gustaría poder citar esa frase genial de Steinbeck sobre que las moscas han conquistado el papel matamoscas*—. Mientras tanto Burhmund, Civilis, está reclutando en Germania. Podría perder, Cerial, de la misma forma que Varo perdió en el bosque de Teutoburgo, con las mismas consecuencias a largo plazo. Mejor llegar a un acuerdo mientras tenga la oportunidad. Bien, ¿he sido lo suficientemente claro?

El romano había enrojecido y tenía las manos entrecruzadas.

—Ha sido insolente. No recompensamos la rebelión. No podemos.

Everard suavizó el tono.

—Les parece... a aquellos por quienes hablo... que la ha castigado adecuadamente. Si los bátavos y sus aliados vuelven a su lealtad y a la paz más allá del río, ¿no habrá conseguido sus objetivos? Lo que piden a cambio no es más de lo que deben a la gente. Nada de diezmar, nada de esclavitud, nada de cautivos para el triunfo o la arena. En lugar de eso, amnistía, incluido a Civilis. Restauración de las tierras tribales, si estuviesen ocupadas. Corrección de los abusos que se produjeron durante la revuelta. Es decir, principalmente tributos razonables, autonomía local, acceso al comercio y el fin de la conscripción. Si se concede eso, volverá a tener tantos voluntarios para alistarse en Roma como pueda emplear.

—No son pocas exigencias —dijo Cerial—. Sobrepasan mi autoridad.

Ah, estás dispuesto a considerarlo. La emoción recorrió el cuerpo de Everard. Se inclinó hacia delante.

—General, eres de la casa de Vespasiano, el Vespasiano por el que también luchó Civilis. El emperador le escuchará. Todos dicen que es un hombre de cabeza fría que está interesado en hacer que las cosas funcionen, no en la gloria vana. El Senado... escuchará al emperador. Puede lograr este tratado, general, si quiere, si hace el esfuerzo. Puede ser recordado no como un Varo sino como un Germánico.

Cerial lo miró con ojos entrecerrados desde el otro lado de la mesa.

—Hablas con muchísima astucia para ser un bárbaro —dijo.

—He tenido experiencia, señor —respondió Everard.

Oh, sí la he tenido, sí la he tenido, por todo el globo, arriba y abajo por los siglos. Más recientemente en la fuente de tus más terribles enemigos, Cerial.

Cuán lejos parecía ya ese idilio en Öland, no, en Eyn. Veinticinco años atrás en el calendario. Hlavagast y Viduhada y la mayoría de aquellos que habían parecido tan hospitalarios probablemente estaban ya muertos, huesos en la tierra y nombres en lenguas que se dirigían al olvido. Con ellos se habían ido el dolor y el desconcierto que habían dejado unos niños a los que lo extraño había reclamado. Pero para Everard apenas había pasado un mes desde que él y Floris habían dicho adiós a Laikán. Un hombre y su esposa, vagabundos desde el lejano sur, que habían conseguido pasaje por mar para ellos y sus caballos, y a los que les gustaría plantar la tienda cerca de ese asentamiento hospitalario... Era extraordinario, por tanto, encantador; hacía que la gente hablase con mayor libertad que nunca antes en sus vidas; pero también estaban las horas a solas, en la tienda o en el brezal veraniego... Después los agentes de la Patrulla se pusieron en marcha con celeridad.

—Y tengo mis contactos —dijo Everard.

Las historias, los archivos de datos, los grandes ordenadores de coordinación, los expertos de la Patrulla del Tiempo. El conocimiento de que ésta es la configuración adecuada de un pleno que tiene una fuerte retroalimentación negativa. Hemos identificado el factor aleatorio que podría producir una avalancha de cambios; debemos atenuarlo.

—Humm —dijo Cerial—. Quiero un informe completo. —Se aclaró la garganta—. Más tarde. Hoy nos centraremos en los negocios. Quiero que mis hombres salgan del barro.

Resulta que hasta me cae bien este tipo. Me recuerda de muchas formas a George Patton. Sí, podemos regatear.

Cerial sopesó sus palabras.

—Diles esto a tus señores, y que se lo transmitan a Civilis. Veo un único obstáculo. Hablas de los germanos del otro lado del Rin. No puedo conceder lo que quiere y retirar a las legiones mientras esperan a alguien que los vuelva a alborotar.

—No lo hará, se lo aseguro —dijo Everard—. Bajo las condiciones propuestas, él habrá obtenido todo aquello por lo que luchaba, o al menos un compromiso decente. ¿Quién más podría empezar una nueva guerra?

Cerial apretó la mandíbula.

—Veleda.

—¿La sibila de los brúcteros?

—La bruja. ¿Sabes?, he considerado un ataque a esa región sólo para

capturarla. Pero se perdería en los bosques.

—Y si tuviese éxito, sería como atrapar un nido de avispas.

Cerial asintió.

—Todos los nativos locos desde el Rin hasta el mar Suevo levantados en armas. —Se refería al Báltico y tenía razón—. Pero podría ser peor para mis nietos, si no para mí, dejar que siga extendiendo su veneno entre ellos. —Suspiró—. Exceptuando por eso, el furor podría caer. Pero tal como es...

—Creo —dijo Everard con cuidado—, que si a Civilis y a sus aliados se les prometen condiciones honorables, creo que podrían conseguir que reclamase la paz.

Cerial se quedó atónito.

—¿Lo dices en serio?

—Inténtelo —dijo Everard—. Negocie con ella así como con los líderes masculinos. Puedo ser el intermediario.

Cerial negó con la cabeza.

—No podríamos dejarla libre. Demasiado peligroso. Tendríamos que vigilarla.

—Pero no retenerla.

Cerial parpadeó, luego rió.

—¡Ja! Entiendo lo que quieres decir. Tienes el don de la labia, Everardo. Cierto, si alguna vez la arrestamos o algo similar tendríamos una nueva rebelión entre manos. Pero ¿y si ella la provocase? ¿Cómo sabemos que se comportará?

—Lo hará, una vez que se haya reconciliado con Roma.

—¿De qué valdrá eso? Conozco a los bárbaros. Son frívolos como los gansos. —Evidentemente, no se le había ocurrido al general que podía ofender al emisario, a menos que no le importase—. Por lo que sé, sirve a una diosa de la guerra. ¿Y si a Veeda se le mete en la cabeza que su Bellona vuelve a reclamar sangre? Podríamos tener a otra Boadicea entre manos.

Ahí te duele, ¿eh? Everard tomó vino. La dulzura se deslizó por su garganta, invocando veranos y el sur frente al clima del exterior.

—Inténtelo —dijo—. ¿Qué puede perder intercambiando mensajes con ella? Creo que es viable un acuerdo con el que todos puedan vivir.

Ya fuese por superstición o como metáfora, Cerial respondió con voz sorprendentemente tranquila:

—Eso dependerá de la diosa, ¿no?

La temprana puesta de sol ardía sobre el bosque. Las ramas eran como huesos negros retorcidos. Los charcos en campos y prados ardían de un rojo apagado bajo un cielo verdoso tan frío como el viento que se movía entre ellos. Pasó una bandada de cuervos. Los graznidos ásperos resonaron durante un tiempo después de que la oscuridad se los hubiese tragado.

Un gañán que llevaba heno desde el montón hasta la casa se estremeció, no sólo por el tiempo, cuando vio pasar a Wael-Edh. Ella no era desconsiderada, a su modo austero, pero estaba en contacto con los Poderes, y ahora salía del lugar sagrado. ¿Qué había oído y dicho allí? Durante meses ningún hombre había conseguido hablar con ella, como había sido común antaño. Durante el día recorría los campos o se sentaba bajo un árbol a meditar, sola, por su propio deseo, pero ¿por qué? Era una época terrible, incluso para los brúcteros. Demasiados de sus hombres habían regresado de tierras bálticas o frisias con historias de percances y desgracias, o ni siquiera habían vuelto. ¿Podrían los dioses estar dando la espalda a su profetisa? El gañán murmuró un hechizo de buena suerte y se alejó apresuradamente.

La torre se alzaba tenebrosa frente a la mujer. El guerrero de guardia bajó la lanza ante ella, que asintió y abrió la puerta. En la habitación más allá, un par de esclavos estaban sentados con las piernas cruzadas frente a un fuego bajo, las palmas unidas. El humo dio vueltas amargo hasta que encontró una salida. Sus alientos se mezclaban con el humo, pálido bajo la luz de dos lámparas. Se pusieron en pie.

—¿Desea la dama comida o bebida? —preguntó el hombre.

Wael-Edh negó con la cabeza.

—Voy a dormir —contestó.

—Guardaremos vuestro sueño —dijo la muchacha. Era innecesario, nadie excepto Heidhin se atrevería a subir la escalera sin ser anunciado, pero ella era nueva. Le dio a su ama una de las lámparas y Wael-Edh subió.

Un espíritu de luz diurna colgaba en la ventana cubierta con tripa fina, y la llama ardió amarilla. Por otra parte, la alta habitación estaba ya llena de oscuridad, en la que sus cosas se acurrucaban como trolls bajo tierra. No deseaba irse todavía a la cama. Dejó la lámpara en un estante y se sentó en el alto asiento

de bruja de tres patas, envuelta en la capa. Su mirada buscó en las sombras cambiantes.

El aire le golpeó la cara. El suelo gimió bajo un súbito peso. Edh retrocedió de un salto. El taburete chocó con el suelo. Tomó aliento.

Una luz suave fluía de una esfera sobre los cuernos de la cosa que tenía frente a ella. Tenía dos asientos en el lomo. Era el toro de Frac, hecho de hierro, y sobre él cabalgaba la diosa que lo había reclamado para sí.

—Niaerdh, oh, Niaerdh...

Janne Floris bajó del cronociclo y se mantuvo todo lo regia que pudo. La última vez, tomada por sorpresa, iba vestida como una mujer germana de la Edad de Hierro. Entonces no había importado, pero sin duda el recuerdo la hacía más impresionante, y para esta visita se había vestido con cuidado. Su traje era de un blanco immaculado, en el cinturón relucían joyas, el pectoral de plata tenía el dibujo de una red de pesca y el pelo le colgaba en dos trenzas bajo una diadema.

—No temas —dijo. La lengua que usó era el dialecto de la infancia de Edh—. Habla bajo. He regresado como te prometí.

Edh se enderezó, apretó las manos contra el pecho, tragó una o dos veces. Tenía los ojos enormes en el rostro delgado de fuertes huesos. La capucha había caído hacia atrás y la luz resaltaba el gris que recorría su cabeza. Durante unos segundos se limitó a respirar. Luego, asombrosamente rápido, a ella fluyó una especie de calma, una aceptación más estoica que exaltada pero completamente voluntaria.

—Siempre supe que lo harías —dijo—. Estoy lista para irme. —Un susurro —: Estoy completamente dispuesta.

—¿Irte? —preguntó Floris.

—Por el camino del infierno. Me llevarás a la oscuridad y la paz. —La agitó la ansiedad—. ¿No lo harás?

Floris se puso tensa.

—Ah, lo que deseo de ti es más duro que la muerte.

Edh permaneció en silencio un momento antes de responder:

—Como desees. No soy extraña al dolor.

—¡No te haría daño! —exclamó Floris. Recobró la debida gravedad—. Me has servido durante muchos años.

Edh asintió.

—Desde que me devolviste la vida.

Floris no pudo reprimir un suspiro.

—Una vida incompleta y retorcida, me temo.

La emoción se agitó.

—No me salvaste por nada, lo sé. Era por todos los demás, ¿no? Todas las mujeres violadas, hombres asesinados, niños privados, gente libre encadenada.

Yo debía invocar su venganza sobre Roma. ¿No era así?

—¿Ya no estás segura?

Las pestañas se llenaron de lágrimas.

—Si estaba equivocada, Niaerdh, ¿por qué me dejaste continuar?

—No estabas equivocada. Pero, escucha. —Floris extendió las manos. Como una niña real, Edh las cogió. Las suyas estaban frías y temblaban ligeramente. Floris tomó aliento. Surgieron las palabras majestuosas—. Todo tiene su tiempo, y todo bajo el cielo tiene un propósito: hay un tiempo de nacer y un tiempo de morir; un tiempo de plantar y un tiempo de arrancar lo que se plantó; un tiempo de dar muerte y un tiempo de dar vida; un tiempo de derribar y un tiempo de edificar; un tiempo para llorar y un tiempo de reír; un tiempo de luto y un tiempo de gala; un tiempo para esparcir piedras y un tiempo de recogerlas; un tiempo de abrazar y un tiempo de alejarse de los abrazos; un tiempo de ganar y un tiempo de perder; un tiempo de conservar y un tiempo de arrojar; un tiempo de rasgar y un tiempo de coser; un tiempo de callar y un tiempo de hablar; un tiempo de amor y un tiempo de odio; un tiempo de guerra y un tiempo de paz.

La miró con sobrecogimiento.

—Te escucho, diosa.

—Es una vieja sabiduría, Edh. Sigue escuchando. Has labrado bien, has plantado para mí como yo deseaba. Pero tu obra todavía no ha terminado. Ahora recoge la cosecha.

—¿Cómo,?

—Gracias a la voluntad que despertaste en ellos, la gente del oeste ha luchado por sus derechos, hasta que al final los romanos devolverán lo robado. Pero ellos, los romanos, todavía temen a Veleda. Y mientras tú sigas pidiendo su caída, no se atreverán a retirar sus tropas. Es tiempo de que tú, en mi nombre, pidas la paz.

El éxtasis ardió.

—¿Y entonces se irán? ¿Nos libramos de ellos?

—No. Recogerán sus tributos y tendrán sus carceleros entre las tribus como antes. —Añadió con rapidez—: Pero serán justos, y los habitantes de este lado del Rin también ganarán con el comercio y el orden.

Edh parpadeó, agitó la cabeza con violencia, engarfió los dedos.

—¿No verdadera libertad? ¿No venganza? Diosa, no puedo...

—Es mi voluntad —ordenó Floris—. Obedece. —Una vez más suavizó la voz—. Y en cuanto a ti, niña, habrá una recompensa, un nuevo hogar, un lugar de calma y comodidad donde atenderás mi santuario, que a partir de entonces será el lugar sagrado de la paz.

—No —tartamudeó Edh—. Debes, debes saber que he... jurado...

—¡Dime! —exclamó Floris. Después de un instante—: Me... me gustaría que fueses clara contigo misma.

La figura temblorosa y tensa recuperó el equilibrio. Edh había soportado

durante mucho tiempo amenazas y horrores. Podría superar la confusión. Durante un momento pareció incluso nostálgica.

—Me pregunto si alguna vez lo he sido... —Se enderezo—. Heidhin y yo. Me hizo jurar que nunca haría la paz con los romanos mientras él viviese y los romanos permaneciesen en tierra germana. Unimos nuestras sangres en un bosquecillo frente a los dioses. ¿Estabas en otra parte?

Floris frunció el ceño.

—No tenía derecho.

—Él... invocó a los Anses...

Floris simuló arrogancia.

—Yo me encargaré de los Anses. Te libero de esa promesa.

—Heidhin nunca... ha sido fiel durante todos estos años. —Edh vaciló— ¿Me obligarás a echarlo como a un perro? Porque él nunca dejará la guerra contra los romanos, no importa lo que otros hombres o los dioses digan.

—Dile que te di mi orden.

—¡Lo sé, lo sé! —salió de la garganta de Edh. Se hundió en el suelo y escondió la cara entre las rodillas que abrazaba. Se le agitaban los hombros.

Floris miró a lo alto. Las vigas del techo se perdían en la oscuridad. La luz había abandonado la ventana y el frío entraba. El viento aullaba.

—Me temo que tenemos una crisis —subvocalizó—. La lealtad es la forma más alta de moral que conoce esta gente. No estoy segura de que Edh consiga romper la promesa. O, si lo hace, puede quedar destrozada.

—Lo que la haría inútil —dijo Everard en inglés en su cabeza—, y debemos tener su autoridad para que el trato salga adelante. Además, esa pobre mujer torturada...

—Debemos hacer que Heidhin la libere del juramento. Espero que me escuche. ¿Dónde está?

—Estoy comprobándolo. Está en casa. —Habían puesto micrófonos un tiempo antes—. Vaya, resulta que Burhmund está con él, en su viaje para mantener conversaciones con los jefes de más allá del Rin. Encontraré otro día para que hables con él.

—No, espera. Esto podría ser un golpe de suerte. —*¿O las líneas del mundo se tensan para recuperar la configuración adecuada?*—. Como Burhmund intenta que las tribus colaboren en un nuevo esfuerzo...

—Mejor que con él no usemos una aparición. No sabemos cómo podría reaccionar.

—Claro que no. Es decir, no apareceré directamente frente a él. Pero si de pronto ella ve al implacable Heidhin convertido...

—Bien... vale. Hagas lo que hagas es peligroso, así que confiaré en tu buen juicio, Janne.

—¡Tranquila!

Edh levantó la vista. Por las mejillas le corrían las lágrimas, pero había contenido los sollozos.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó, pálida.

Floris se movió para colocarse sobre ella, se inclinó y le volvió a ofrecer las manos. La ayudó a ponerse en pie, la abrazó y permaneció así un minuto dándole el calor que tenía su cuerpo. Luego, apartándose, dijo:

—La tuya es un alma limpia, Edh. No necesitas traicionar a tu amigo. Iremos juntas a hablar con él. Entonces tendrá que entender.

La admiración y el temor se hicieron uno.

—¿Nosotras dos?

—¿Es conveniente? —preguntó Everard—. Bueno, sí, supongo que llevarla a ella te reforzará.

—El amor puede ser más fuerte que la religión, Manse —dijo Floris.

A Edh:

—Vamos, monta en mi corcel, detrás de mí. Agárrate con fuerza a mi cintura.

—El toro sagrado —dijo Edh—. ¿O el caballo del infierno?

—No —dijo Floris—. Ya te lo he dicho, tu camino es más duro que el del infierno.

El fuego saltaba y chasqueaba en una cavidad en medio de la casa de Heidhin. El humo no se elevaba bien hacia las salidas, sino que se demoraba y volvía amargo un aire que las llamas apenas calentaban. La luz roja luchaba con la oscuridad entre los pilares y las vigas. Se agitaba frente a los hombres de los bancos y de las mujeres que les traían bebidas. La mayoría estaban sentados en silencio. Aunque el hogar de Heidhin era tan grandioso como muchos salones reales, normalmente había conocido menos alegría que la choza de un colono. Esa noche no la había. Fuera, el viento soplaba en una oscuridad creciente.

—De ahí no puede venir nada más que traición —contestó Heidhin.

Sentado a su lado, Burhmund movió lentamente la cabeza. El fuego lanzó un reflejo de sangre sobre el blanco de su ojo ciego.

—No lo sé —contestó—. Ese Everard es extraño. Sería capaz de obtener algo.

—Lo mejor que él, o cualquiera, podría traer, es una negativa. Cualquier oferta significaría nuestra ruina. Nunca debiste dejarle ir.

—¿Cómo podía detenerlo? Habló con los señores de las tribus y ellos lo enviaron. Ya te dije que no me enteré hasta después, cuando ya estaba de viaje.

El labio de Heidhin se retorció.

—¡Se atrevieron!

—Tenían derecho. —El tono de Burhmund cayó directamente al suelo—. No traicionan simplemente por hablar con el enemigo. Ahora creo que, de haber estado presente, no hubiese intentado detenerlos. Están cansados de esta guerra. Quizá Everard pueda encontrarles esperanza. Yo también estoy agotado.

—Tenía mejor concepto de ti —dijo Heidhin con burla.

Burhmund no demostró furia; pero claro, el hermano de juramento de Wael-Edh tenía su misma posición.

—Eso es fácil decirlo para ti —dijo el bátavo con paciencia—. Tu casa no ha sido ocupada. El hijo de mi hermana cayó en batalla contra mí. Mi esposa y mi otra hermana son rehenes en Colonia; no sé si siguen vivas. Mi tierra natal está destrozada. —Miró fijamente el cuerno de bebida—. ¿Han acabado los dioses conmigo?

Heidhin se sentó con la lanza recta.

—Sólo si te rindes. Yo nunca lo haré.

En la puerta se oyó una llamada. El hombre sentado más cerca cogió un hacha y fue a abrir. El viento entró; las llamas saltaron y soltaron chispas. El barro manchaba la sombra que entró.

Heidhin se puso en pie de un salto.

—¡Edh! —gritó y fue hacia ella.

—Dama —susurró Burhmund. Un murmullo recorrió todo el salón. Los hombres se pusieron en pie.

Con la cabeza descubierta, ella se desplazó siguiendo el dique de fuego. Todos vieron que iba envarada y pálida, y que miraba más allá.

—¿Cómo... cómo has llegado aquí? —Heidhin dio un traspie. Verlo así, tan inquieto, tan agitado, desalentaba a todos los corazones—. ¿Por qué?

Ella se detuvo.

—Debo hablar contigo a solas —le dijo. El destino resonaba en la voz baja—. Sígueme. Nadie más.

—Pero... tú... qué...

—Sígueme, Heidhin. Han sucedido cosas prodigiosas. Vosotros esperad. —Wael-Edh se dio la vuelta y volvió a salir.

Como un sonámbulo, Heidhin fue tras ella. En la entrada, su mano, por voluntad propia, cogió una lanza de entre las armas que estaban apoyadas contra la pared. Los dos se internaron en la oscuridad. Temblando, un hombre fue a cerrar la puerta.

—No, no la atranques —le dijo Burhmund—. Esperaremos como nos ha dicho hasta que regrese ella o la mañana.

Las primeras estrellas parpadeaban débiles. Los edificios se acurrucaban sin forma. Edh abrió el camino desde el patio hasta las tierras de fuera. La hierba marchita y los charcos agitados por el viento se perdieron en la oscuridad. Cerca del límite de visión se encontraba el gran roble donde Heidhin hacía ofrendas a los Anses. De detrás de él salía una intensa luz blanca. Heidhin se detuvo de pronto. Hizo un ruido gutural.

—Esta noche debes tener valor —dijo Edh—. Allí está la diosa.

—Niaerdh... ella... ¿ha vuelto?

—Sí, a mi torre, desde donde me ha traído aquí. Ven. —Edh marchó con firmeza. La capa le aleteaba al viento, que agitó el pelo suelto alrededor de la cabeza que llevaba tan alta. Heidhin agarró la lanza y la siguió.

Por todas partes había ramas torcidas casi invisibles. El viento hacía entrecocar las ramitas. Las hojas muertas sonaban húmedas al pisarlas. Los dos dieron la vuelta al tronco y vieron a la que permanecía al lado de un toro o un caballo de hierro.

—Diosa —gimió Heidhin. Se apoyó sobre una rodilla e inclinó el cuello. Pero cuando se puso en pie, se mantuvo firme. Si agitaba la lanza, era con la misma gran alegría que salía de sus labios—. ¿Nos guiarás ahora a la última batalla?

Floris lo examinó con la mirada. Era esbelto y oscuro, iba vestido de forma sombría, con la cara marcada y los rizos con mechas por sus años de cazador, el hierro del arma pálido sobre ellos. Su lámpara proyectaba sobre Edh la sombra del hombre.

—No —dijo Floris—. Ha pasado el tiempo de la guerra.

El aliento vibro entre sus dientes.

—¿Han muerto los romanos? ¿Los has matado a todos por nosotros?

Edh hizo una mueca.

—Viven —dijo Floris—, como vosotros habréis de vivir. Muchos han muerto en todas las tribus, en la suya también. Harán la paz.

La mano izquierda de Heidhin se unió a la derecha, agarrando la lanza.

—Nunca lo haré —dijo con voz áspera—. La diosa escuchó la promesa que hice en la costa. Cuando se vayan, yo les pisaré los talones, los hostigaré de día y los atacaré de noche... ¿Debo ofrecerte mis muertes, Niaerdh?

—Los romanos no van a irse. Se quedarán. Pero le devolverán a la gente sus derechos. Que eso sea suficiente.

Heidhin movió la cabeza, como derrotado. Miró de mujer a mujer durante un minuto antes de susurrar:

—Diosa, Edh, ¿las dos los traicionáis? No puedo creerlo.

Pareció no ser consciente de que Edh se le acercaba. El viento corrió entre ellos. Su tono era de súplica.

—Los bátavos y el resto no son nuestra tribu. Hemos hecho suficiente por ellos.

—Te lo digo, los términos serán honorables —dijo Floris—. Tu trabajo ha terminado. Has ganado lo que contentará al mismísimo Burhmund. Pero Veleda debe dar a conocer que esto es lo que los dioses desean y que los hombres deben dejar sus armas.

—Yo... tú... juramos, Edh. —Heidhin parecía confundido—. Nunca harías la paz mientras los romanos siguiesen aquí y yo estuviese vivo. Lo juraste. Mezclamos nuestra sangre sobre la tierra.

—La liberarás de esa promesa —ordenó Floris—, como ya lo he hecho yo.

—No puedo. No lo haré. —Duras por el dolor, las palabras castigaron a Edh—. ¿Has olvidado cómo te convirtieron en su puta? ¿No te importa ya tu honor?

Ella cayó de rodillas. Con la mano a la defensiva. La boca completamente abierta.

—No —gimió—. No, no, no.

Floris fue hacia el hombre. En la noche, Everard apuntó con una pistola aturdidora.

—Mira lo que has hecho —dijo—. ¿Eres un lobo que se ceba en la que ama? Heidhin agitó los brazos, desnudando el pecho para ella.

—Amor, odios... soy un hombre. Lo juré por los Anses.

—Haz lo que quieras —dijo Floris—, pero perdona a mi Edh. Recuerda que me debes la vida.

Heidhin se desplomó. Apoyándose en la lanza, Edh se acurrucó a su lado, él la ensombreció mientras el viento soplaba a su alrededor y los árboles crujían como la cuerda del patíbulo.

De improviso, se rió, cuadró los hombros y miró directamente a los ojos de Floris.

—Dices la verdad, diosa —dijo—. Sí, me iré.

Bajó la lanza, la sostuvo con ambas manos debajo de la cabeza y se clavó la punta en la garganta. Con un solo movimiento deslizó el filo de un lado a otro.

El grito de Edh ahogó el de Floris. Heidhin cayó en un montón. La sangre salía a borbotones, reluciendo oscura. Pataleo y agarró la hierba, un reflejo ciego.

—¡Detente! —gritó Everard—. No intentes salvarlo. Esta maldita cultura guerrera... era su única salida.

Floris no se molestó en subvocalizar. Una diosa bien podía usar una lengua desconocida para indicar a un alma su camino.

—Pero el horror...

—Sí, Pero piensa, piensa en todos los que no morirán, si lo hacemos bien.

—¿Podremos ahora? ¿Qué va a pensar Burhmund?

—Que se lo pregunte. Dile a Edh que no conteste a ninguna pregunta. Una aparición suya, cuando estaba a millas de distancia... el hombre que no quería que terminase la violencia muerto por ella... Velela hablando de paz... El misterio le dará fuerza, aunque supongo que la gente sacará la conclusión obvia, lo que será una gran ayuda.

Heidhin yacía inmóvil. Parecía empequeñecido. La sangre formaba un charco a su alrededor y manchaba la tierra.

—Primero debemos ayudar a Edh —dijo Floris.

Fue hacia la otra mujer, que se había puesto en pie y parecía aturdida. La sangre había salpicado la capa y el vestido de la mujer. Sin pensarlo, Floris la abrazó.

—Eres libre —murmuró Floris—. Compró tu libertad con su vida. Aprécialo.

—Sí —dijo Edh. Miraba a la oscuridad.

—Ahora podrás proclamar la paz. Debes hacerlo.

—Sí.

Floris le dio calor durante un buen rato.

—Dime cómo —dijo Edh—. Dime qué decir. El mundo se ha quedado vacío.

—¡Oh, niña! —Floris respiraba sobre las trenzas grisáceas—. Ten buen corazón. Te he prometido un nuevo hogar, una nueva esperanza. ¿Te gustaría oírlo? Es una isla, baja y verde, abierta al mar.

En la respuesta se agitaba algo de vida.

—Gracias. Eres buena. Lo haré lo mejor que pueda... en tu nombre.

—Ahora ven —dijo Floris—. Te llevaré de vuelta a la torre. Duerme. Cuando hayas dormido lo suficiente, di que quieres hablar con los reyes y jefes. Cuando se hayan reunido a tu alrededor, da la palabra de paz.

Nieve recién caída cubría las cenizas de lo que habían sido hogares. Allí donde los enebros habían retenido un poco sobre su verde profundo, era la blancura misma. Bajo, hacia el sur, el sol proyectaba sombras azules como el cielo. El hielo fino del río se había fundido por la mañana, pero todavía cubría las cañas secas a lo largo de la orilla, mientras que algunos otros navegaban en la corriente lentamente hacia el sur. Una zona oscura en el horizonte oriental marcaba el borde del páramo.

Burhmund y sus hombres cabalaron hacia el oeste. Los cascos resonaban apagados sobre la tierra dura, abriendo surcos en el camino. El aliento salía de los belfos y se escarchaba en las barbas. El metal relucía congelado. Los jinetes rara vez hablaban. Mal vestidos con *wadmal* y piel, cabalaron desde el bosque hasta el río.

Frente a ellos se alzaban los postes de un puente de madera. Los pilares surgían desnudos del agua. En la orilla opuesta se encontraba el otro fragmento. Los obreros que habían demolido el punto medio se habían reunido con los legionarios formados a su lado. Eran pocos, como los germanos. Sus armaduras relucían, pero las faldas, capas, botas y toda la ropa colgaba gastada y sucia. Las plumas de los cascos de los oficiales tenían colores apagados.

Burhmund soltó las riendas, desmontó y pasó al puente. Las botas sonaban a hueco sobre la madera. Vio que Cerial ya se encontraba en su lugar. Eso era una muestra de amabilidad, cuando era Burhmund quien había solicitado una negociación... aunque no significaba mucho, porque siempre había estado claro que la habría.

Al final de su sección, Burhmund se detuvo. Los dos hombres corpulentos se miraron a través de cuatro metros de aire invernal. El río borboteaba de camino al mar.

El romano separó los brazos y levantó la mano derecha.

—Saludos, Civilis —lo saludó. Acostumbrado como estaba a dirigirse a la tropa, su voz salvó con facilidad la distancia.

—Saludos, Cerial —respondió Burhmund de forma similar.

—Discutiremos los términos —dijo Cerial—. Eso será difícil con un traidor.

Su tono era impersonal, sus palabras una forma de empezar. Burhmund

respondió:

—Pero no soy un traidor. —Lo dijo con gravedad y en latín. Señaló que no se encontraba con un legado de Vitelio; Cerial era de Vespasiano. Burhmund el bático, Claudio Civilis, procedió a enumerar los servicios que había prestado a Roma y a su nuevo emperador a lo largo de los años.

III

Gutherius era el nombre del cazador que a menudo iba a cazar a los bosques salvajes, porque era pobre y sus tierras exiguas, Un día ventoso de otoño salió armado con arco y lanza. No esperaba realmente cobrar ninguna pieza grande, porque cada vez eran más escasas y recelosas. Pondría trampas para ardillas y liebres, luego las dejaría toda la noche mientras él seguía con su esperanza de derribar un urogallo o algo similar. Sin embargo, si se presentaba una pieza mejor, estaría preparado.

Su camino lo llevó a una bahía. Las olas corrían sobre los arrecifes exteriores y una capa blanca cubría el agua medio resguardada, aunque la marca bajaba. Una mujer mayor caminaba por la arena, agachada, buscando lo que pudiese encontrar, mejillones abiertos o peces muertos pero no podridos. Sin dientes, los dedos doblados y débiles, se movía como si le doliese cada paso. Sus harapos se agitaban bajo el viento frío.

—Buen día, abuela —dijo Gutherius—. ¿Cómo va?

—No va —dijo la vieja—. Si no encuentro nada que comer, me temo que no podré volver a arrastrarme a casa.

—Bien, eso no estaría bien —dijo Gutherius. De la bolsa sacó el pan y el queso que traía—. Te daré la mitad de esto.

—Tienes un corazón cálido —dijo ella con voz trémula.

—Recuerdo a mi madre y eso agrada a Nelialennia.

—¿Podrías dármelo todo? —preguntó ella—. Eres joven y fuerte.

—No, debo conservar esa fuerza si he de alimentar a mi mujer y a mis hijos —dijo Gutherius—. Acepta lo que te doy y da gracias.

—Estoy agradecida —dijo la vieja mujer—. Tendrás recompensa. Pero como retienes una parte, primero tendrás desgracia.

—¡Calla! —gritó Gutherius. Salió corriendo para huir de las palabras de mal agüero.

Al llegar al bosque, tomó un camino que conocía. De pronto, de la espesura, saltó un venado. Era una bestia poderosa, tan grande como un alce y blanco como la nieve. Sus cuernos se alzaban como un viejo roble.

—¡Ah! —gritó Gutherius.

Lanzó la lanza pero falló. El venado no emprendió la huida. Permanecía frente a él, una silueta oscura entre las sombras. Gutherius tensó el arco, colocó

una flecha y disparó. Al oír la cuerda, el animal huyó, pero no más rápido de lo que podía correr un hombre, y Gutherius no vio la flecha por ninguna parte. Pensó que quizá hubiese acertado y podría perseguir la presa herida. Recuperó la lanza y emprendió la persecución.

La carrera fue larga y se internó cada vez más en la espesura. El venado blanco permanecía siempre a la vista. De alguna forma, Gutherius no se cansaba, nunca le fallaba el aliento y corrían sin cesar. Estaba borracho de correr, ajeno a sí mismo, todo olvidado salvo la caza.

El sol se hundió. El crepúsculo lo llenó todo. Al fallar la luz, el venado ganó velocidad y se desvaneció. El viento resonaba por entre los árboles. Gutherius se detuvo, superado por el cansancio, el hambre y la sed. Vio que estaba perdido.

«¿Realmente me maldijo la vieja bruja?», se preguntó.

Sentía un miedo intenso, más frío que la noche que se acercaba. Extendió la manta que llevaba y yació despierto toda la noche.

Al día siguiente dio vueltas sin encontrar nada que reconociera. Realmente se encontraba en una zona extraña del bosque. No había animales en la maleza ni cantaban los pájaros en la espesura, sólo el viento agitaba las copas y arrancaba hojas muertas. No crecían ni nueces ni bayas, ni siquiera setas, sólo musgo sobre los troncos caídos y las piedras. Las nubes ocultaban el sol, por el que hubiese podido guiarse. Desesperado, fue de un lado a otro.

Luego, al anochecer, encontró una fuente. Se echó sobre el vientre para calmar el ardor de la sed.

Eso le devolvió la serenidad y miró a su alrededor. Había entrado en un claro desde el que podía ver el cielo que se despejaba. Con un azul violeta relucía la estrella del crepúsculo.

—Nehalennia —rezó—, ten piedad. A ti te ofrezco lo que debía haber entregado voluntariamente. —Sediento como estaba, le había sido imposible comer. La esparció bajo los árboles para cualquier criatura a la que pudiese ayudar. Se echó a dormir al lado de la fuente.

Durante la noche se desató una tormenta. Los árboles se agitaron y resistieron. Las ramas se soltaron al viento. La lluvia caía como lanzas. Gutherius buscó a ciegas un refugio. Dio con un tronco que por el tacto sintió hueco. Allí pasó la noche.

La mañana llegó soleada y en calma. Las gotas de lluvia relucían de muchos colores sobre las ramitas y el musgo. En lo alto pasaban las alas, Mientras Gutherius estiraba el cuerpo envarado, un perro salió de un matorral y se le acercó. No era un perro perdido sino un alto animal de caza de color gris. La alegría renació en el hombre.

—¿A quién perteneces? —preguntó—. Llévame hasta tu amo.

El perro se dio la vuelta y se alejó. Gutherius lo siguió. Con el tiempo llegaron hasta un sendero y lo tomaron. Pero en ningún momento vio rastro de la

humanidad. En su interior creció una idea.

—Eres el sabueso de Nehalennia —se atrevió a decir—. Te ha ordenado que me guíes a casa, o al menos hasta un arbusto lleno de bayas o nueces Para que pueda calmar mi hambre. Doy gracias a la diosa.

El perro no contestó, se limitó a seguir andando. No apareció nada de lo que el hombre esperaba, En lugar de eso, al cabo de un rato, se abrió el bosque. Oyó el mar y olió la sal. El perro se hizo a un lado y se perdió entre las sombras. Gutherius siguió avanzando. A pesar del cansancio, la alegría ardía en su interior, porque sabía que si seguía la línea de la costa hacia el sur llegaría a una aldea de pescadores donde tenía parientes.

En la playa se detuvo asombrado. Una nave yacía entre las sombras, varada por la tormenta, sin vela e incapaz de volver al mar, aunque no destrozada. La tripulación había sobrevivido. Estaban sentados, desesperados, puesto que eran extranjeros que nada sabían de esa costa. Gutherius fue hacia ellos y descubrió la gravedad de su situación. Por señas les indicó que él podía ser su guía. Le dieron de comer y dejaron algunos hombres de guardia mientras que otros lo acompañaron con raciones.

De esa forma se ganó Gutherius la recompensa que le había sido prometida: porque el barco llevaba una rica carga y el procurador decidió que al que había salvado a la tripulación le correspondía una parte justa. Gutherius pensó que la vieja mujer debía de haber sido la mismísima Nehalennia.

Al ser la diosa de los barcos y el comercio, él invirtió sus ganancias en una nave que hacía viajes a Britania. Siempre disfrutó de buen tiempo y viento seguro, mientras que las mercancías que transportaba siempre obtuvieron grandes precios. Gutherius se convirtió en un hombre rico.

Sabiendo lo que debía, levantó un templo a Nehalennia, donde después de cada viaje realizaba generosas ofrendas, y cuando veía relucir el lucero del alba o de la noche, se inclinaba, porque eran las estrellas de Nehalennia.

De ella son los árboles, las vides y los frutos que producen. De ella son el mar y las naves que lo surcan. De ella son el bienestar de los mortales y la paz entre ellos.

—Acabo de recibir tu carta —le había dicho Floris por teléfono—. Oh, sí, Manse, ven tan pronto como puedas.

Everard no había malgastado el tiempo tomando un avión. Se metió el pasaporte en un bolsillo y saltó directamente desde la oficina de la Patrulla en Nueva York a la de Ámsterdam. Allí consiguió algo de dinero holandés y cogió un taxi hasta su casa.

Cuando entraron en el apartamento y se abrazaron, el beso de ella fue más cariñoso que apasionado y acabó pronto. Él no estaba seguro de si eso le sorprendía o no, de si estaba decepcionado o aliviado.

—Bienvenido, bienvenido —le dijo al oído—. Ha pasado mucho tiempo. — Pero el cuerpo apenas presionaba contra él y pronto se apartó. El pulso empezó a ir más despacio.

—Tienes tan buen aspecto como siempre —dijo.

Era cierto. Un corto vestido negro realzaba la alta figura y destacaba las trenzas ámbar. La única joya era un broche en forma de pájaro del trueno de plata sobre el pecho izquierdo. ¿En su honor?

Una leve sonrisa curvó los labios de Floris.

—Gracias, pero mira más de cerca. Estoy muy cansada, y bien dispuesta para mis vacaciones.

En los ojos turquesa veía recuerdos terribles. *¿Qué más ha visto desde que nos dijimos adiós?* —pensó—. *¿Qué me he perdido?*

—Entiendo, Sí, más que yo. Tuviste que realizar el trabajo de diez personas. Debía haberme quedado a ayudar.

Ella movió la cabeza.

—No. Lo comprendí entonces y todavía lo comprendo. Una vez que la crisis estuvo resuelta, la Patrulla tenía mejores misiones para ti, el agente No asignado. Tenías autoridad para asignarte a ti mismo al resto de la misión, pero a un alto coste para tu línea de vida. —Volvió a sonreír—. El viejo y leal Manse.

Mientras que tú, la Especialista que realmente conoce el entorno, debe asegurarse de que el trabajo se completa, Con la ayuda que puedas conseguir de tus colegas y de los auxiliares recientemente entrenados para el propósito (no es mucho, ¿eh?) debes vigilar los acontecimientos; asegurarte de que siguen el curso

de la primera versión de Tácito, sin duda intervenir; con todo cuidado, aquí y allá, antes y después: hasta que finalmente estuviesen fuera de la zona inestable del espacio-tiempo y pudiesen ser abandonados a sus propios recursos.

Oh, ciertamente te has ganado las vacaciones.

—¿Cuánto tiempo permaneciste sobre el terreno? —preguntó.

—Desde el 70 al 95 d.C. Claro está, di saltos, así que en mi línea del mundo da un total de... algo más de un año. ¿Y tú, Manse? ¿De qué te has ocupado?

—Para ser sinceros, de nada más que de mi recuperación —admitió—. Sabía que regresarías a esta semana por tus padres, así como por tu personalidad pública, así que vine directamente, te dejé un par de días de descanso y te escribí.

¿Fue justo? He saltado atrás. Primero, porque soy menos sensible que tú; lo que sucede en la historia me afecta menos. Y además, has soportado los meses extra allí.

Era como si la mirada de ella buscara más allá de la cara de Everard.

—Eres dulce. —Riendo, con rapidez le agarró las manos—. Pero ¿por qué te quedas ahí? Ven, pongámonos cómodos.

Fueron a la sala de las pinturas y los libros. Ella había preparado una mesa baja con café, canapés, diversos accesorios, el whisky escocés que sabía que a él le gustaba... sí, Glenlivet, aunque él no recordaba habérselo nombrado específicamente. Se sentaron juntos en el sofá. Ella se recostó y sonrió.

—¿Comodidad? —ronroneó—. No, lujo. Una vez más estoy aprendiendo a apreciar mi época de nacimiento.

¿Está realmente relajada o es una fachada? Yo no puedo. Everard se sentó en el borde del cojín. Sirvió café para los dos y un buen whisky para sí mismo. Cuando la miró, ella le hizo un gesto de negativa y cogió la taza.

—Es temprano para mí —dijo.

—Eh, no estaba proponiendo atarnos —le aseguró—. Nos lo tomaremos con calma, hablaremos e iremos a cenar, o eso espero. ¿Qué te parece ese delicioso local caribeño? O puedo hacer estragos en un *rijstaffel*, si lo prefieres.

—¿Y después? —preguntó ella con calma.

—Bien... —Sintió la sangre en las mejillas.

—¿Entiendes por qué tengo que mantener la cabeza despejada?

—¡Janne! ¿No crearás que...?

—No, claro que no. Eres un hombre de honor. Creo que más honorable de lo que te conviene. —Le puso una mano en la rodilla—. Como has sugerido, hablaremos.

Levantó la mano antes de que él pudiese pasarle un brazo por encima. Por una ventana abierta entraba la suavidad de la primavera. El tráfico sonaba como un mar distante.

—No tiene sentido fingir felicidad —dijo ella al cabo de un rato.

—Supongo que no. Bien, podemos ir directamente a lo serio. —
Extrañamente, eso lo tranquilizó un poco. Se recostó, con el vaso en la mano. Se
inhala su aroma delicado tanto como se bebe.

—¿Qué harás a continuación, Manse?

—¿Quién sabe? Nunca tenemos escasez de problemas. —Se volvió para
mirarla—. Quiero oír tu relato. Tuviste éxito, evidentemente, porque me hubiesen
informado de cualquier anomalía.

—¿Tales como más copias de Tácito?

—Ninguna. Ese único manuscrito existe, y cualquier transcripción que haya
hecho la Patrulla, pero ahora no es más que una curiosidad.

Notó el ligero estremecimiento de Floris.

—Un objeto sin causa, formado de la nada sin razón. Qué universo tan
aterrador. Es más fácil no hacer caso a la realidad variable. A veces lamento
haber sido reclutada.

—Y también cuando estás presente en ciertos episodios. Lo sé. —Él quería
eliminar las infelicidad de sus labios con besos. *¿Debería intentarlo? ¿Podría?*

—Sí. —La brillante cabeza se levantó, la voz se hizo más fuerte—. Pero
entonces pienso en la exploración, el descubrimiento, la ayuda, y vuelvo a
alegrarme.

—Buena chica. Bien, cuéntame tus aventuras. —Una lenta aproximación a la
verdadera pregunta—. Todavía no he leído tu informe, porque quería oírlo de ti
en persona.

La alegría decayó.

—Mejor que busques el informe si estás interesado —dijo, mirando al otro
lado de la habitación hacia la fotografía de la Nebulosa del Velo.

—¿Qué?... Oh. Te resulta difícil hablar de ello.

—Sí.

—Pero tuviste éxito. Aseguraste la historia y de la forma correcta, con paz y
justicia.

—Una medida de paz y justicia. Durante un tiempo.

—Eso es lo mejor que los seres humanos pueden llegar a esperar, Janne.

—Lo sé.

—Nos saltaremos los detalles. —*¿Fueron realmente tan sangrientos? Mi
impresión era que la reconstrucción se había producido con facilidad, y a los
Países Bajos les fue muy bien en el Imperio hasta que éste empezó a
descomponerse*—. Pero ¿no puedes contarme un par de cosas? ¿Qué hay de la
gente que conocimos? ¿Burhumd?

El tono de Floris se aligeró un poco.

—Fue amnistiado, como todos los demás. Su mujer y hermana regresaron
con él ilesas. Se retiró a sus tierras en Batavia, donde acabó sus días en modesta
prosperidad, como una especie de viejo estadista. Los romanos también lo

respetaban, y a menudo le consultaban.

» Cerial se convirtió en gobernador de Bretaña, donde conquistó a los brigantes. El suegro de Tácito, Agricola, sirvió bajo su mando, y según recordarás los historiadores le tenían en buena consideración.

» Clásico...

—No importa por ahora. —La interrumpió Everard—. ¿Veleda... Edh?

—Ah, sí. Después de convocar el encuentro en el río, desaparece de la crónica. —La crónica completa, rescatada por los viajeros temporales.

—Lo recuerdo. ¿Cómo fue? ¿Murió?

—No hasta pasados veinte años, a una edad avanzada para esa época. —Floris frunció el ceño. ¿La asaltaba otra vez el miedo?—. Me pregunto una cosa, ¿no crees que su suerte habría interesado lo suficiente a Tácito como para mencionarla?

—No si pasó a la oscuridad.

—No exactamente. ¿Podría ser que haya estado causando mi propio cambio en el pasado? Cuando informé de mis dudas se me ordenó continuar y se me dijo que, efectivamente, era parte del pasado histórico.

—Vale, en ese caso lo era. No te preocupes. Podría ser un fallo trivial en la causalidad. Si es así, no importa. Sucede a menudo y no tiene consecuencias de importancia. O podría ser directamente achacable a que Tácito no conocía, o no le importaba, el destino de Veleda una vez que dejó de ser una fuerza política. Así fue, ¿no?

—En cierta forma. Aunque... el programa que inventé y propuse, y que la Patrulla aprobó, se me ocurrió por lo que sabía, lo que había visto, antes de saber que la Patrulla existía. Animé a Edh, predije lo que haría y debía hacer, me encargué de los arreglos pertinentes, cuidé de ella, aparecía ante ella cuando parecía que necesitaba a su diosa... —Una vez más Everard captó la inquietud de Floris—. El futuro estaba creando el pasado. Espero no tener que enfrentarme a otra experiencia igual. No es que fuese horrible. No, valió la pena, sentía que justificaba mi vida. Pero... —Dejó de hablar.

—Es misterioso —le dijo Everard—. Lo sé.

—Sí —murmuró—. Tú tienes tus propios secretos, ¿no?

—No con la Patrulla.

—Con los que te importan. Cosas de las que te dolería demasiado hablar, o que a ellos les dolería demasiado oír.

Esto ha estado demasiado cerca.

—Vale, ¿qué hay de Edh? Confío en que la hicieses lo más feliz posible. —Hizo una pausa—. Estoy seguro de que así fue.

—¿Has estado alguna vez en la isla de Walcheren? —preguntó Floris.

—Humm, no. Está cerca de la frontera belga, ¿no? Espera. Recuerdo vagamente que comentaste algo de unos descubrimientos arqueológicos.

—Sí. En su mayoría piedras con inscripciones latinas, del segundo o tercer siglo. Ofrendas de agradecimiento por un viaje seguro a Britania y de vuelta. La diosa a la que están dedicadas tenía un altar en uno de los templos del norte. Está representada en alguna de las piedras, con una nave o un perro, a veces llevando un cuerno de la abundancia o rodeada de fruta y grano. Su nombre era Nehalennia.

—Entonces era muy importante, al menos en esa zona.

—Hacia lo que se suponía que hacían los dioses: dar coraje y solaz, hacer que los hombres fuesen un poco más decentes de lo que habrían sido sin ella y, en ocasiones, abría sus ojos a la belleza.

—¡Espera! —Everard se sentó derecho. Un escalofrío le recorría la espalda —. Esa diosa de Veleda...

—La antigua diosa nórdica de la fertilidad y el mar, Nerthus, Niaerdh, Naerdha, Nerha, muchas versiones diferentes del nombre. Veleda la convirtió en la divinidad vengadora de la guerra.

Everard miró a Floris durante un intenso momento antes de decir:

—E hiciste que Veleda la declarase una vez más pacífica y que la llevase al sur. Ésa... ésa es una de las operaciones más maravillosas que he oído.

Ella apartó la mirada.

—No, realmente no. El potencial estaba allí, especialmente en la misma Edh. Era toda una mujer. ¿Qué hubiese podido hacer en una época con mayor suerte? ... En Walcheren a la diosa se la llamaba Neha, Se había vuelto incluso una divinidad marítima y agrícola menor. Todavía conservaba una primitiva asociación con la caza. Veleda llegó, revitalizó el culto, le dio elementos nuevos adecuados a la civilización que estaba transformando a su gente. Finalmente acabaron hablando de la diosa con una coletilla latina, *Neha Lenis*, *Neha la Benévola*. Con el tiempo, se convirtió en Nehalennia.

—Debe de haber tenido mucha importancia, si todavía la veneraban siglos después.

—Evidentemente. Alguna vez me gustaría seguir la historia, si la Patrulla puede permitirse prescindir de mi línea vital tanto tiempo. —Floris suspiró—. Al final, claro está, el Imperio cayó, los francos y sajones devastaron por ahí y, cuando se estableció un nuevo orden de cosas, era cristiano. Pero me gusta imaginar que algo de Nehalennia persistió.

Everard asintió.

—A mí también y, por lo que dices, bien podría ser. Muchos de los santos medievales eran dioses paganos disfrazados, y aquellos que eran personajes históricos adoptaban los atributos de los dioses, en el folclore de la misma Iglesia. Todavía se celebraba el solsticio, pero ahora en honor a san Juan. El santo Olaf luchaba contra monstruos y trols como Thor antes que él, Incluso la Virgen María tiene aspecto de Isas, y me atrevería a decir que muchas de las leyendas sobre

ella fueron originalmente mitos locales... —Él movió la cabeza—. Ya sabes todo esto. Y me estoy yendo por las ramas. ¿Cómo fue la vida de Edh?

Floris miró más allá de él y aquel año. Sus palabras fluyeron lentamente.

—Se hizo vieja con honor. Nunca se casó, pero era como una madre para la gente. La isla era baja, lugar de nacimiento de barcos, como su hogar de la infancia, y el templo de Nehalennia se encontraba a orillas de su querido mar, Creó... no puedo estar segura, porque ¿cuánto conoce una diosa del corazón de un mortal?, creo que se volvió... serena. ¿Es eso lo que intento decir? Mientras agonizaba... —se le quebró la voz— en su lecho de muerte... —Floris luchó contra las lágrimas y perdió.

Everard la atrajo hacia sí, pero apoyó la cabeza sobre su hombro y le acarició el pelo. Ella le agarraba la camisa con los dedos.

—Tranquila, chica, tranquila —susurró él—. Algunos recuerdos siempre harán daño. Fuiste a ella una última vez, ¿no?

—Sí —murmuró contra el cuerpo de él—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Claro. ¿Cómo podías no hacerlo? Aliviaste su muerte. ¿Qué tiene de malo?

—Ella... ella me pidió... y yo le prometí...

Floris lloro.

—Una vida más allá de la tumba. —Comprendió Everard—. Una vida contigo, por siempre en el hogar del mar de Niaerdh. Y fue feliz hacia la oscuridad.

Floris se apartó de él.

—¡Era una mentira! —gritó. Se puso en pie de un salto, caminó alrededor de la mesa de café, de un lado a otro. A veces las manos luchaban una con la otra, a veces el puño golpeaba la palma, una y otra vez—. Todos esos años fueron una mentira, un truco, ¡estaba usándola! ¡Y ella creía en mí!

Everard decidió que era mejor permanecer sentado. Se sirvió una nueva bebida.

—Cálmate, Janne —le dijo—. Hiciste lo que debías, por bien del mundo. Y lo hiciste con amor. Y en cuanto a Edh, le diste todo lo que podía desear.

—Bedriegerij. —*falso, vacío, como tantas otras cosas que he hecho.*

Everard dejó que el sedoso fuego le corriese por la lengua.

—Escucha, he llegado a conocerte muy bien. Eres la persona más honrada que he conocido. De hecho, demasiado honrada. También eres una persona muy buena por naturaleza, lo que importa más. La sinceridad es la virtud más sobrevalorada del catálogo, Janne, te equivocas al pensar que aquí hay algo que perdonar. Pero adelante, pon en marcha tu sentido común y perdónate a ti misma.

Ella se detuvo, se enfrentó a él, tragó, se limpió las lágrimas y habló con una firmeza cada vez mayor.

—Sí, yo... entiendo. Yo, yo pensé en todo esto... durante días... antes de

hacer mi propuesta a la Patrulla. Después, estaba atrapada por ella. Tienes razón, era necesario, y sé que muchas de las historias que dan forma a la vida de la gente son mitos, y muchos mitos se inventaron. Perdóname por la escena. Fue hace muy poco, en mi línea de mundo, que Velda murió en brazos de Nehalennia.

—Y el recuerdo te ha superado. Claro. Lo siento.

—No ha sido culpa tuya. ¿Cómo podías saberlo? —Floris respiró profundamente. Tenía las manos a los lados—. Pero no quiero mentir más de lo necesario. No quiero mentirte a ti, Manse.

—¿A qué te refieres? —preguntó, un tanto temeroso, presintiéndolo a medias.

—He estado pensando en nosotros —dijo ella—. Pensando mucho. Supongo que lo que hicimos, estar juntos, estuvo mal...

—Bien, normalmente no tendría que haber sido así, pero en ese caso no afectó al trabajo. De cualquier forma, me sentí inspirado. Fue maravilloso.

—Lo fue para mí. —Aun así, ella estaba cada vez más calmada—. Has venido hoy con la esperanza de renovar esa sensación, ¿no?

Él intentó una sonrisa.

—Me confieso culpable. Eres el demonio sobre ruedas en la cama, cariño.

—Tú no eres un *prutsener*. —La débil sonrisa desapareció—. ¿Qué más tenías en la cabeza?

—Más de lo mismo. Más a menudo.

—¿Siempre?

Everard permaneció sentado en silencio.

—Sería difícil —dijo Floris—. Tú eres un No asignado, yo soy una agente Especialista de campo. Pasaríamos la mayor parte de la vida separados.

—A menos que tú te trasladaras a coordinación de datos o algo en lo que pudieras trabajar desde casa. —Everard se inclinó hacia delante—. ¿Sabes?, ésa es una buena idea. Tienes el cerebro. Acaba con tanto riesgo y tantas penalidades y, sí, deja de presenciar sufrimientos que se te ha prohibido evitar.

Ella negó con la cabeza.

—No lo deseo. A pesar de todo, me considero más válida sobre el terreno, en mi campo, y lo seré hasta estar demasiado vieja y débil.

Si sobrevives tanto tiempo.

—Sí. El desafío, la aventura, la satisfacción y la oportunidad ocasional de ayudar. Eres de ese tipo.

—Podría acabar odiando al hombre que me obligase a dejarlo. Tampoco deseo eso.

—Bien, humm... —Everard se puso en pie—. Vale —dijo, tenía la sensación de estar saltando de un avión. Aunque en ese caso confías en el paracaídas—. No habrá demasiada bendición doméstica, pero entre misiones, algo especial y completamente nuestro. ¿Te apetece?

—¿Te apetece a ti? —contestó ella.

Empezó a caminar hacia ella, se detuvo.

—Sabes lo que exige mi trabajo —dijo Janne. Se había puesto pálida . *No es para sonrojarse*, pensó él en el fondo de su mente—. También en esta pasada misión, no fui una diosa todo el tiempo, Manse. De vez en cuando me resultaba útil ser una mujer germana lejos del hogar. O simplemente quería olvidar por una noche.

La sangre martilleaba en las sienas de Everard.

—No soy un mojigato, Janne.

—Pero eres un muchacho de granja del Medio Oeste. Tú me lo has dicho, y he descubierto que es verdad. Puedo ser tu amiga, tu compañera, tu amante, pero nunca, en tu interior, nada más. Sé sincero.

—Lo intento —dijo él con brusquedad.

—Sería peor para mí —terminó diciendo Floris—. Tendría que ocultarte demasiado. Me sentiría como si te traicionase. Eso no tiene sentido, no, pero es lo que sentiría. Manse, será mejor que no nos enamoremos más. Mejor que nos digamos adiós.

Pasaron las siguientes horas juntos, hablando. Luego ella apoyó la cabeza sobre su pecho, él la abrazó un minuto y se fue.

IV

María, la madre de Dios, madre del dolor, madre de la salvación, ven con nosotros ahora en la hora de nuestra muerte.

Hacia el oeste navegamos, pero la noche nos atrapa. Cuídanos en la oscuridad y llévanos hasta el día. Concédenos que nuestra nave lleve la más preciosa de las cargas, tu bendición.

Pura como tú, tu estrella brilla sobre la puesta de sol. Guíanos con tu luz. Deposita tu bondad sobre el mar, empújanos en nuestro viaje y de vuelta a casa con los que amamos, y llévanos finalmente por tus plegarias al Cielo.

¡Ave Stella Maris!

El año del Rescate

10 de septiembre de 1987

«Excelente soledad». Sí, Kipling podría haberlo dicho. Recuerdo cómo esos versos me recorrieron el espinazo cuando los escuché por primera vez, leídos por el tío Steve en voz alta. Aunque eso debió de ser hace una docena de años, todavía surten en mí el mismo efecto. El poema trata del mar y las montañas, claro; pero también de las Galápagos, las islas Encantadas.

HoY necesito un poco de su soledad. Los turistas son en su mayoría gente decente y brillante. Aun así, una temporada de pastorearlos por los senderos, contestando una y otra vez a las mismas preguntas empieza a cansarte. Ahora que ya son menos, mi trabajo de verano ha terminado y pronto estaré en casa, en Estados Unidos, para empezar mis estudios de postgrado. Ésta es mi última oportunidad.

—¡Wanda, cariño! —La palabra que emplea Roberto es «querida», que podría tener muchos sentidos. No necesariamente. Me lo planteo durante un parpadeo o dos—: Por favor, déjame ir contigo.

Un apretón de manos.

—Lo siento, compañero. —No, exactamente no; «amigo» tampoco se traduce directamente al inglés—. No estoy de mal humor ni nada parecido. Nada más lejos de la realidad. Todo lo que quiero son unas pocas horas para mí. ¿No te ha pasado nunca?

Estoy siendo sincera. Mis compañeros guías están bien. Deseo que las amistades que he conseguido perduren. Seguro que así será si podemos reunirnos. Pero eso es incierto. Podría o no volver el año próximo. Con el tiempo podría o no conseguir mi sueño de unirme al personal de investigación de la Estación Darwin. No pueden aceptar a demasiados científicos; o mientras tanto podría aparecer otro sueño que me arrebataste. Este viaje, en el que media docena de nosotros recorreremos el archipiélago en un bote con un permiso de acampada, podría bien ser el final de lo que hemos llamado el «compañerismo». Oh, vale, supongo que una postal de Navidad o dos.

—Necesitas protección. —Roberto se ha puesto dramático—. Ese hombre extraño del que hemos oído hablar, preguntando en Puerto Ayora por la joven americana rubia.

¿Dejar que Roberto me escolte? Tentación. Es guapo, vivaz y un caballero. No es que en estos últimos meses hayamos tenido un romance, Pero nos hemos

hecho muy íntimos. Aunque nunca me lo ha dicho con palabras, sé que él querría ser todavía más íntimo. No ha sido fácil resistirse.

Hay que hacerlo, más por él que por mí. No por su nacionalidad. Creo que Ecuador es el país de Latinoamérica en el que los yanquis se sienten más a gusto. Para nuestro nivel, las cosas aquí funcionan. Quito es una ciudad encantadora, e incluso Guayaquil (desagradable, llena de humo, reventando de energía acumulada) me recuerda Los Ángeles. Sin embargo, Ecuador no es Estados Unidos, y desde su punto de vista tengo muchos defectos, empezando por el hecho de que no estoy segura de cuándo estaré lista para establecerme, si es que llega el día.

Por tanto, río.

—Oh, sí, el señor Fuentes de la oficina de Correos me lo contó. El pobre estaba muy preocupado. La ropa rara del extraño, el acento y todo lo demás. ¿Todavía no ha aprendido lo que puede salir de un barco de crucero? ¿Y cuántas rubias hay hoy en día en las islas? ¿Quinientas al año?

—¿Cómo iba a seguirla el admirador secreto de Wanda? —añade Jennifer—. ¿Nadando?

Resulta que sabemos que ningún barco ha tocado Bartolomé desde que dejamos Santa Cruz; no hay yates cerca, y todos hubiesen reconocido a un pescador local.

Roberto se pone rojo bajo el bronceado que todos compartimos. Con pena, le toco la mano mientras le digo al grupo:

—Adelante, gente, bucead con tubo o lo que queráis. Volveré a tiempo para mi parte de las tareas.

Luego, con rapidez, me alejo de la ensenada. Realmente necesito algo de soledad en esta extraña, dura y hermosa naturaleza.

Podría fusionarme sumergiéndome. El agua es clara como el cristal, sedosa a mi alrededor; de vez en cuando veo un pingüino, no nadando sino más bien volando por el agua; los peces danzan como fuegos de artificio, las algas bailan el *hula*; puedo hacer amistad con los leones marinos. Pero los otros nadadores, no importa lo encantadores que sean, hablarán. Lo que quiero es estar en comunión con la tierra. En compañía no podría admitirlo. Suena demasiado pomposo, como si perteneciese a Greenpeace o a la República Popular de Berkeley.

Ahora que he dejado atrás la arena blanca y los mangles, parece que bajo los pies tengo una desolación total. Bartolomé es volcánica, como sus hermanas, pero apenas tiene tierra. Ya hace calor bajo el sol de la mañana y no hay ni una nube para suavizar el resplandor. Aquí y allá se ve un arbusto desolado o una mata de hierba, pero se reducen al acercarme a Pinnacle Rock. Mis Adidas susurran sobre la lava oscura, en silencio.

Sin embargo... entre peñascos y charcos, se mueven los cangrejos Sally Lightfoot, azul y naranja brillantes. En dirección al interior, espío un lagarto

bastante raro en este lugar. Estoy a un metro de un alcastraz de patas azules; podría salir volando, pero se limita a mirarme, criatura ingenua. Un pinzón pasa por delante de mi vista; fueron los pinzones de las Galápagos lo que ayudaron a Darwin a comprender cómo la vida recorre el tiempo. Un albatros blanco. Más alto vuela un pájaro fragata. Me coloco los binoculares que me cuelgan del cuello y observo la arrogancia de las alas bajo la luz del sol, la cola dividida como la espada doble de un bucanero.

Aquí no hay ninguno de los senderos que normalmente obligo a seguir a los turistas. El gobierno ecuatoriano es estricto en ese punto. Considerando los recursos limitados, está haciendo un gran trabajo intentando proteger y restaurar el medio. Me preocupo de dónde coloco los pies, como corresponde a una bióloga.

Doy una vuelta alrededor del extremo oriental del islote, tomo el sendero y empiezo a dirigirme al pico central. La vista desde allí, por encima de isla Santiago y sobre el océano, es impresionante; y hoy la tengo para mí. Probablemente allí tomaré el almuerzo que me he traído. Puede que más tarde baje a la cala, me quite pantalones y camisa, y disfrute de un baño privado antes de dirigirme de nuevo al oeste.

¡Ten cuidado, niña! Estás a apenas veinte kilómetros por debajo del Ecuador. Este sol exige respeto. Me coloco bien el sombrero de ala ancha y bebo de la cantimplora.

Recupero el aliento, miro a mi alrededor. He ganado algo de altitud, que debo perder antes de llegar al final del sendero. No se ve ni la playa ni el campamento. En lugar de eso, veo un montón de rocas en la bahía Sullivan, agua azul, punta Martínez elevándose gris en la gran isla. ¿Es eso un halcón? Tomo los binoculares.

Un resplandor en el cielo. Reflejo de metal. ¿Un avión? No, no puede ser. Ha desaparecido.

Perpleja, bajo el instrumento. He oído muchas cosas sobre platillos volantes, ovnis, por darles el nombre respetable. Nunca me las he tomado en serio. Papá dio a sus hijos una buena dosis de escepticismo. Bien, es un ingeniero electrónico. Tío Steve, el arqueólogo, ha recorrido mucho más mundo y dice que está lleno de cosas que no comprendemos. Supongo que nunca sabré qué he visto. Sigamos.

De improvisto, una ráfaga momentánea. El aire empuja. Una sombra cae sobre mí. Vuelvo la cabeza hacia arriba.

¡No puede ser!

Una motocicleta exagerada, sólo que diferente en todos los detalles, y no tiene ruedas, y cuelga del aire, a tres metros de altura, sin soporte, en silencio. Un hombre en el asiento delantero va asido a lo que puede ser el manillar. Le veo con toda claridad. Cada segundo dura una eternidad. El terror se apodera de mí, como no lo había hecho desde que tenía diecisiete años, cuando conducía por lo

alto de un acantilado bajo una tormenta y el coche patinó.

Salió de aquella. Ésta no termina.

Mide como un metro setenta, es huesudo pero de hombros anchos, piel oscura, llena de marcas, nariz ganchuda, pelo negro que le cae encima de las orejas, barba negra y un bigote desfilado pero no desgredado. Su atuendo es lo que resulta por completo incongruente sobre esa máquina. Botas blandas, desaliñadas calzas marrones que salen de pantalones cortos abombados, una camisa de manga larga que podría ser azafrán bajo toda la porquería... peto de acero, casco, capa roja, una espada envainada sobre la cadera izquierda.

Como si el sonido llegase desde un centenar de kilómetros dice:

—¿Sois la dama Wanda Tamberly?

De alguna forma eso me vuelve a llevar al borde del grito. Sea lo que sea lo que está pasando, no puedo soportarlo. La historia nunca ha sido obligatoria. ¿Pesadilla, sueño febril? No lo creo. El sol me calienta demasiado la espalda, el mar brilla demasiado y puedo contar cada espina de ese cactus. ¿Broma, chiste, experimento psicológico? Más imposible que la cosa en sí... Su español es de la variante castellana, pero nunca antes había oído un acento parecido.

—¿Quién es usted? —me obligo a decir—. ¿Qué busca?

Tensa los labios. Malos dientes. Su tono es medio feroz y medio desesperado.

—¡Rápido! Debo encontrar a Wanda Tamberly. Su tío Esteban corre gran peligro.

—Soy yo —dice mi boca.

Él se ríe. El vehículo desciende hacia mí. ¡Corre!

Se detiene a mi lado, se inclina y me pasa el brazo derecho por la cintura. Esos músculos son de titanio. Me levanta. El curso de defensa personal que tomé... Mis dedos buscan sus ojos. Es demasiado rápido. Me aparta la mano de un golpe. Hace algo en los controles. De pronto, estamos en otra parte.

3 de junio de 1533 (calendario juliano)

Ese día los peruanos llevaron a Caxamalca otro cargamento del tesoro que debía comprar la libertad de su rey. Luis Ildefonso Castelar y Moreno los vio desde lejos. Había estado fuera ejercitando a los jinetes bajo su mando. Ahora debían volver, porque el sol se encontraba bajo en las cumbres occidentales. Contra las largas sombras del valle, el río relucía y los vapores se volvían dorados al elevarse de las fuentes calientes de los baños reales.

Llamas y porteadores humanos venían en hilera por la carretera desde el sur, cansados por los pesos y las muchas leguas. Los nativos dejaron de trabajar en los campos para mirar, luego volvieron apresuradamente a la labor. La obediencia había sido bien aprendida, sin que importase quién fuese su amo.

—Toma el mando —le ordenó Castelar a su teniente, y clavó las espuelas en el potro. Tiró de las riendas justo fuera de la pequeña ciudad y esperó la caravana.

Un movimiento a su izquierda le llamó la atención. Otro hombre salió a pie de entre dos edificios blancos con techo de paja. El hombre era alto; si los dos estuviesen de pie, le sacaría al jinete diez centímetros o más. El pelo alrededor de su tonsura era del mismo castaño terroso de su túnica franciscana, pero la edad apenas había marcado un rostro anguloso y claro —ni tampoco la viruela— y no le faltaba ni un diente. Incluso después de semanas y aventuras, Castelar reconoció al padre Esteban Tanaquil. El reconocimiento fue mutuo.

—Saludos, reverendo padre —dijo.

—Dios sea con vos —contestó el monje. Se detuvo al lado del estribo. En la ciudad resonaban gritos de júbilo.

—Ah —dijo Castelar con alegría—. Una visión espléndida, ¿no?

Al no obtener respuesta, bajó la vista. Había dolor en el otro rostro.

—¿Pasa algo? —preguntó Castelar.

Tanaquil suspiró.

—No puedo evitarlo. Veo lo cansados y destrozados que están esos hombres. Pienso en la herencia del tiempo que llevan, y cómo se les ha arrebatado.

Castelar se envaró.

—¿Vais a hablar en contra de nuestro capitán?

Aquéel era un tipo extraño, pensó: empezando por su orden, cuando los religiosos de la expedición eran casi todos dominicos. Era una especie de enigma

cómo Tanaquil había conseguido venir, para ganarse con el tiempo la confianza de Francisco Pizarro. Bien, eso último podía deberse a sus conocimientos y maneras agradables, ambos raros en aquella compañía.

—No, no, claro que no —dijo el fraile—. Y sin embargo... —Dejó de hablar.

Castelar se sintió un poco incómodo. Creía saber lo que pasaba bajo el cráneo tonsurado. Él mismo se había preguntado por la corrección de lo que habían hecho el año anterior. El inca Atahualpa había recibido a los españoles en paz; dejó que se alojaran en Caxamalca; entró en la ciudad por invitación, para continuar las negociaciones, y su litera lo llevó a una emboscada. Sus asistentes fueron asesinados a cientos mientras que él era hecho prisionero. Ahora, por orden suya, sus súbditos retiraban toda la riqueza del país para llenar una habitación con oro y otra con plata, el precio de su libertad.

—Es la voluntad de Dios —contestó Castelar—. Traemos la fe a estos paganos. Al rey se le trata bien, ¿no? Incluso tiene a sus esposas y sirvientes para asistirlo. Y en cuanto al rescate, Cristo. —Se aclaró la garganta—. Santiago, como todo buen líder, recompensa bien a sus tropas.

El fraile levantó la cabeza y sonrió con debilidad. Parecía que recurrir a la oración no era lo adecuado para un soldado. Al final, se encogió de hombros y dijo:

—Esta noche lo veré.

—Ah, sí. —Castelar sintió alivio al alejar la disputa. No importaba que él también en una ocasión hubiese estudiado para las órdenes sagradas, hubiese sido expulsado por problemas con una chica, se alistase en la guerra contra los franceses y, al fin, siguiese a Pizarro hasta el Nuevo Mundo con la esperanza de cualquier fortuna que el empobrecido hidalgo de Extremadura pudiese encontrar: seguía sintiendo respeto por el hábito—. He oído que repasáis cada cargamento antes de añadirlo al tesoro.

—Alguien debe hacerlo, alguien que tenga ojos para el arte y no para el simple metal. Convencí a nuestro capitán y a su capellán. Los estudiosos en la corte del emperador y en la Iglesia agradecerán que se salve algún fragmento de conocimiento.

—Humm. —Castelar se acarició la barba—. Pero ¿por qué lo hacéis de noche?

—¿También lo habéis oído?

—Desde hace días. Tengo los oídos llenos de rumores.

—Me atrevería a decir que dais más de lo que recibís. Yo mismo querría hablar con vos largo y tendido. El viaje de vuestra expedición fue realmente hercúleo.

Por Castelar pasó un desfile confuso de los meses pasados, cuando Hernando Pizarro, el hermano del capitán, guió a un grupo al oeste por la cordillera, grandes montañas, barrancos de vértigo, ríos furiosos hasta Pachacanlac y su

oscuro templo oracular en la costa.

—Ganamos poco —dijo—. Nuestro mejor botín fue el general indio Calchuchimac. Consigue tenerlos bajo control, a todos éstos... Pero ibais a contarme por qué estudiáis el tesoro sólo después de la puesta de sol.

—Para evitar la emoción codiciosa y la discordia que ya nos afectan. Los hombres se sienten cada vez más impacientes por la división de los despojos. Además, por la noche las fuerzas de Satán son mas poderosas. Rezo sobre cosas que fueron consagradas a falsos dioses.

El último porteador pasó y se perdió entre las murallas.

—Me gustaría verlo —dijo Castelar. Fue un impulso—. ¿Por qué no? Me uniré a vos.

Tanaquil estaba anonadado.

—¿Qué?

—No os molestaré. Me limitaré a mirar.

La renuencia era inconfundible.

—Primero debéis obtener permiso.

—¿Por qué? Tengo la graduación. Nadie me lo negará. ¿Qué tenéis en contra? Pensé que os agradaría algo de compañía.

—Os resultará tedioso. A los otros les pasó, Ésa es la razón por la que me dejan solo en la tarea.

—Estoy acostumbrado a estar de guardia. —Rió Castelar.

Tanaquil se rindió.

—Muy bien, don Luis, si insistís... Reunios conmigo en la Casa de la Serpiente, como la llamáis, después de completas.

Sobre la tierra alta las estrellas refulgían con claridad y en infinito número. La mitad o más de ellas eran desconocidas para los cielos europeos. Castelar se estremeció y se apretó más la capa. Su aliento era de vapor y sus botas resonaban en las calles estrechas. Caxamalca lo rodeaba, fantasmal en la oscuridad. Agradeció el peto, el casco, la espada, aunque allí pareciesen innecesarios. Tahuantinsuyu era como llamaban los indios a la región: Cuatro cuartos del mundo; y de alguna forma eso parecía más adecuado que Perú, un nombre cuyo significado nadie conocía con seguridad, para un reino cuya extensión empequeñecía la del Sacro Imperio romano. ¿Estaban ya dominados, o lo estarían alguna vez, sus gentes y sus dioses?

La idea no era digna de un cristiano. Se apresuró.

Los vigilantes del tesoro eran una visión tranquilizadora. El resplandor de las linternas se reflejaba en armaduras, picas, mosquetes. Aquellos eran los rufianes de hierro que habían venido desde Panamá, atravesado junglas, pantanos y desiertos, destrozado a todos sus enemigos, levantado fortalezas, atravesado en un

puñado una cordillera que desafiaba los cielos para capturar al mismísimo rey de los paganos y obligar a su país a pagar tributo. Ningún hombre o demonio podría pasar sin permiso, ni detenerlos cuando volviesen a ponerse en marcha.

Conocían a Castelar y lo saludaron. Fray Tanaquil esperaba, con una linterna en la mano. Guió al caballero bajo una dintel esculpido en forma de serpiente, aunque ninguna serpiente igual había alterado jamás el sueño de un hombre blanco, al interior del edificio.

Era grande, con múltiples cámaras de bloques de piedra cortados y ajustados con exquisita precisión. El techo era de madera, porque había sido un palacio. Los españoles habían añadido a las entradas exteriores puertas resistentes allí donde los indios habían usado cortinas de caña o tela. Tanaquil cerró aquella por la que habían entrado.

Las sombras llenaban las esquinas y se agitaban informes sobre murales que los sacerdotes habían desfigurado piamente. El cargamento de hoy se encontraba en la antecámara. Castelar vio el relucir más allá. Se preguntó medio mareado qué cantidad de metal precioso habría allí.

Debía contentarse por el momento con recrearse con lo que había visto llegar. Los oficiales de Pizarro habían desenvuelto con rapidez los paquetes, para asegurarse del contenido, y lo habían dejado todo donde había traído. Mañana pesarían la masa y la colocarían con el resto. Cuerdas y material de envolver rozaban las botas de Castelar y las sandalias de Tanaquil.

El fraile colocó la linterna sobre el suelo de barro y se sentó. Cogió una copa dorada, la acercó a la débil luz, agitó la cabeza y murmuró. El objeto estaba abollado, las figuras deformadas.

—Los receptores la dejaron caer o le dieron una patada. —¿Había rabia en su tono?—. No tienen más respeto por la artesanía que los animales.

Castelar cogió el objeto y lo sopesó. Un cuarto de libra fácil, supuso.

—¿Por qué deberían tenerlo? —preguntó—. Pronto estará fundido.

Con amargura:

—Cierto. —Después de un rato—: Enviarán algunas piezas intactas al emperador, por el interés que pueda sentir. He estado eligiendo las mejores, con la esperanza de que Pizarro me escuche y las elija. Pero, en general, no lo hará.

—¿Qué diferencia hay? Todo es igualmente desagradable.

Los ojos grises se elevaron para reprochar al guerrero.

—Suponía que seríais algo más sabio, un poco más capaz de comprender que los hombres tienen muchas formas de... alabar a Dios por medio de la belleza que crean. Tenéis educación, ¿no?

—Latín. Leer, escribir, números. Un poco de historia y astronomía. En su mayoría me temo que lo he olvidado.

—Y habéis viajado.

—Luché en Francia e Italia. Conseguí ciertos conocimientos de esas lenguas.

—Tengo también la impresión de que habéis aprendido algo de quechua.

—Un mínimo. No puedo permitir que los nativos jueguen a hacerse los tontos o que conspiren delante de mí. —El mismo Castelar se sentía interrogado, de forma ligera pero segura, y cambió de tema—. Me dijisteis que registrabais lo que veáis. ¿Dónde tenéis pluma y papel?

—Poseo una excelente memoria. Como habéis señalado, no tiene mucho sentido describir con detalle cosas que van a convertirse en lingotes. Pero para asegurarse de que no hay maldiciones, no queda nada de brujería...

Tanaquil había estado ordenando y disponiendo varios artículos mientras hablaba, adornos, platos, vasijas, figuras, grotescos a ojos de Castelar. Cuando lo tuvo dispuestos frente a él, metió la mano en la bolsa que le colgaba de la cintura y sacó un curioso objeto propio. Castelar se agachó y entrecerró los ojos para ver mejor.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un relicario. Contiene el dedo de san Hipólito.

Castelar se persignó. Sin embargo miró más de cerca.

—Nunca he visto uno como ése. —Tenía el ancho de una mano, con líneas redondeadas, y era negro excepto por una cruz de material nacarado insertada en la parte superior y, en la delantera, dos cristales que sugerían más unas lentes que ventanas.

—Una pieza rara —le explicó el fraile—. Se la dejaron los moros al partir de Granada, y más tarde fue santificada por su contenido y obtuvo la bendición de la Iglesia. El obispo que me la confió dijo que era especialmente eficaz contra la magia de los infieles. El capitán Pizarro y fray Valverde están de acuerdo en que sería adecuado, y que, en todo caso, no haría daño, someter cada pieza del tesoro inca a su influencia.

Adoptó una posición más cómoda sobre el suelo, seleccionó una pequeña imagen dorada de una bestia y le dio vuelta en su mano izquierda sobre los cristales del relicario, que sostenía con la derecha. Movía los labios en silencio. Cuando hubo terminado, dejó el objeto y cogió otro.

Castelar cambió de un pie a otro.

Después de un rato Tanaquil rió y dijo:

—Os advertí que os resultaría tedioso. Me llevará horas. Bien podéis iros a dormir, don Luis.

Castelar bostezó.

—Creo que tenéis razón. Gracias por vuestra cortesía.

Una pequeña explosión y un zumbido le hicieron darse la vuelta. Durante un instante permaneció inmóvil atrapado por la incredulidad.

Cerca de la pared y en lo alto había aparecido una cosa. Una cosa —grande, reluciente, quizá de acero, con un par de mandos y dos sillas de montar—. La vio con claridad, porque salía luz de un bastón que sostenía el jinete que se

encontraba más atrás. Los dos hombres vestían prendas negras y ajustadas. Hacían que las manos y caras resaltasen en blanco, sin mácula, sobrenaturales.

El fraile se puso en pie de un salto. Gritó. Las palabras no eran español.

En ese parpadeo de tiempo, Castelar vio asombro en los extraños. Si eran magos o demonios venidos directamente del infierno, no eran todopoderosos, no frente a Dios y sus santos. Castelar agitó la espada. Se lanzó al ataque.

—¡Santiago y cierra España! —rugió, el antiguo grito de batalla de su gente mientras expulsaban a los moros de España hacia África. Haría un escándalo tan grande que los guardias de fuera lo oirían y...

El jinete delantero levantó un tubo. Parpadeó. Castelar se hundió en la nada.

15 de abril de 1610

¡Machu Picchu!, fue lo primero que reconoció Stephen Tamberly al despertar. Y luego: *No. No del todo. No como la he conocido. ¿Cuándo estoy?*

Se puso en pie. La claridad de la mente y los sentidos le indicaron que había sido derribado por un aturdidor electrónico, probablemente un modelo del siglo XXIV o posterior. No era una sorpresa. La terrible sorpresa había sido ver aparecer a aquellos hombres sobre una máquina que no se fabricaría hasta miles de años después de su nacimiento.

A su alrededor se elevaban los picos que conocía, envueltos en la niebla, de un verde tropical incluso a aquellas alturas excepto los más remotos. En el cielo flotaba un cóndor. Una mañana azul y dorada llenaba de luz la garganta del Urubamba. Pero no vio ningún ferrocarril, ni estación, y la única carretera a la vista estaba allí arriba, construida por los ingenieros incas.

Se encontraba de pie en una plataforma conectada por medio de una rampa descendente a un punto alto sobre una pared construida sobre un foso. Debajo de él la ciudad se extendía hectáreas y hectáreas; se aferraba, se elevaba, con edificios de piedra seca, escaleras, terrazas, plazas, tan poderosa como las mismas montañas. Si aquellas cumbres hubiesen podido pertenecer a una pintura china, las obras humanas no habrían desentonado en el medioevo del sur de Francia; pero tampoco, porque eran demasiado extrañas, estaban demasiado permeadas por su propio espíritu.

Corría una brisa fría. Su silbido era el único sonido entre los latidos de los templos. No se movía nada. Con la velocidad mental de la desesperación, comprendió que no llevaba demasiado tiempo desierto. Había hierbajos y arbustos por todas partes, pero ellos y el tiempo acababan de empezar con gentileza el proceso de demolición. Eso no decía mucho, porque todavía faltaba mucho para que Hiram Bingham la descubriese en 1911. Sin embargo, observó estructuras casi intactas que recordaba en ruinas o desaparecidas. Quedaban restos de madera y techos de paja. Y...

Y Tamberly no estaba solo. Luis Castelar estaba a su lado, con la estupefacción dando paso a la furia. A su alrededor había hombres y mujeres, también tensos. El cronociclo descansaba cerca del borde de la plataforma.

Tamberly fue primero consciente de las armas apuntadas contra él. Luego

miró a la gente. No se parecían a ningún grupo que se hubiese encontrado en sus viajes. Su aspecto tan diferente hacía que se pareciesen más entre sí. Las caras estaban delicadamente cinceladas: pómulos altos, narices finas, grandes ojos. A pesar de tener el cabello completamente negro, la piel era de alabastro y los ojos claros. A los hombres parecía que jamás les había crecido la barba. Los cuerpos eran altos, esbeltos, flexibles. La ropa básica para ambos sexos era una vestimenta de una pieza bien ajustada sin costuras o cierres visibles, y botas blandas del mismo negro. Se veían dibujos plateados, formas vagamente orientales, en su mayoría ornamentales, y varias personas se habían puesto capotes llamativos, rojos, naranjas o amarillos. Los anchos cinturones disponían de bolsillos y pistoleras. El pelo les caía hasta los hombros, sujeto por una simple banda, cintas o una diadema que relucía como los diamantes.

Eran unos treinta. Todos parecían jóvenes... ¿o sin edad? Tamberly creyó percibir muchos años de línea vital tras ellos. Se manifestaba tanto en el orgullo como en la actitud vigilante por encima de una compostura felina.

Castelar miró de un lado a otro. No tenía ni cuchillo ni espada. Esta última se encontraba en manos de un extraño. Se tensó como si se dispusiese a atacar. Tamberly le agarró el brazo.

—Paz, don Luis —le dijo—. No tiene sentido. Invocad a los santos si queréis, pero estaos quieto.

El español gruñó antes de obedecer. Tamberly le notó estremecerse bajo la manga y la piel. Alguien en el grupo dijo algo en una lengua de ronroneos y gorjeos. Otro hizo un gesto, como pidiendo silencio, y se adelantó. La agilidad del movimiento fue tal que habriase dicho que fluía. Era evidente que dominaba al resto. Sus rasgos eran aquilinos, con ojos verdes. Los labios se curvaron en una sonrisa.

—Saludos —dijo—. Sois inesperados huéspedes.

Empleó un temporal fluido, la lengua común de la Patrulla del Tiempo y de muchos viajeros temporales civiles; y la máquina no se diferenciaba mucho de un saltador de la Patrulla; pero estaba claro que debía de ser un criminal o un enemigo.

Tamberly tornó aliento.

—¿Qué... año es éste? —murmuró. En la periferia, notó la reacción de Castelar cuando fray Tanaquil contestó en la lengua desconocida... Asombro, consternación, porfía.

—Según el calendario gregoriano, al que supongo que están acostumbrados, es el quince de abril de 1610 —dijo el extraño—. Me atrevo a afirmar que reconoce el lugar, aunque es evidente que su compañero no.

Claro que no —le pasó por la mente a Tamberly—. La ciudad que los nativos posteriores llamaron Machu Picchu fue construida por el inca Pachacutec como ciudad sagrada, un centro para las Virgenes del Sol. Perdió su propósito cuando

Vilcabamba se convirtió en cuartel general de la resistencia contra los españoles, hasta que capturaron y mataron a Tupac Amaru, el último en llevar el título de Inca antes del Resurgimiento Andino en el siglo XXII. Así que nada llevó a los conquistadores a descubrirla, y permaneció vacía, olvidada por todos excepto por unos cuantos campesinos hasta 1911... Apenas oyó:

—Supongo, asimismo, que es agente de la Patrulla del Tiempo.

—¿Quién es usted? —dijo sin aliento.

—Discutamos de esos asuntos en un lugar más adecuado —dijo el hombre—. Éste no es más que el lugar al que regresan nuestros exploradores.

¿Por qué? Un cronociclo podía aparecer a segundos y centímetros de cualquier punto, en cualquier momento de su alcance: desde aquí hasta la órbita de la Tierra, desde ahora hasta la época de los dinosaurios, o, hacia el futuro, a la época de los danielianos, aunque eso estaba prohibido Tamberly suponía que esos conspiradores habían construido su zona de aterrizaje, expuesta a la vista, para mantener asustados a los indios locales y, por tanto, alejados. En unas generaciones las historias de movimientos mágicos morirían, pero Machu Picchu seguiría sola.

La mayoría de los que habían estado observando se dispersaron para ocuparse de sus asuntos. Cuatro guardianes con los aturdidores listos caminaban tras el jefe y los prisioneros. Uno además llevaba la espada, quizá como recuerdo. Por rampas, senderos y escaleras descendieron hasta los recintos de la ciudad. El silencio les pesaba hasta que el jefe dijo:

—Aparentemente su compañero no es más que un soldado que resultó estar con usted. —Ante el asentimiento del americano añadió—: Bien, en ese caso, lo apartaremos mientras nosotros hablamos. Yaron, Sarnir, conocéis su lengua. Interrogadle. Sólo medios psicológicos, por ahora.

Habían llegado a la estructura que Tamberly, si recordaba bien, conocía como el Grupo del Rey. Un muro exterior cerraba un pequeño patio donde había aparcado otro cronociclo. Cortinas nacaradas relucían en las puertas y sobre las zonas sin techo de los edificios que rodeaban el resto de los espacios abiertos. Eran campos de fuerzas, reconoció Tamberly, resistentes a todo lo que no fuese un impacto nuclear.

—En el nombre de Dios —gritó Castelar cuando le golpeó una bota—, ¿qué es esto? ¡Decídmelo antes de que me vuelva loco!

—Tranquilo, don Luis, tranquilo —contestó Tamberly con rapidez—. Somos cautivos. Habéis visto lo que pueden hacer sus armas. Id como dicen. Puede que el cielo tenga misericordia de nosotros, pero ahora estamos indefensos.

El español apretó la mandíbula y entró en una pieza más pequeña con los dos que le habían asignado. El líder del grupo fue a la habitación más grande. Las barreras desaparecieron para dejar pasar a los dos grupos. Se quedaron apagadas, ofreciendo una visión de piedras, cielo y libertad. Tamberly supuso

que era para permitir la entrada de aire fresco; la habitación en la que se encontraba parecía no haber sido usada desde hacía mucho.

El sol se unió a la radiación de la cubierta para iluminar el espacio sin ventanas. Habían cubierto el suelo de un material azul que respondía ligeramente a las pisadas, como los músculos vivos. Un par de sillas y una mesa tenían formas ligeramente familiares aunque el material le era desconocido. No podía identificar las cosas colocadas en lo que podría ser un armario.

Los guardias se situaron a ambos lados de la entrada. Uno era hombre, el otro mujer, menos fría. El líder se sentó en una silla e invitó a Tamberly a tomar la otra. Se ajustó a su forma, a todos sus movimientos. El líder señaló una garrafa y vasos sobre la mesa. Eran esmaltados... fabricados en Venecia por esa misma época, juzgó Tamberly. ¿Comprados? ¿Robados? ¿Pillaje? El hombre se adelantó para servir dos. Su amo y Tamberly las tomaron.

Sonriendo, el líder levantó su copa y murmuró:

—A su salud. —Implicitamente : *Mejor que haga lo que sea necesario para conservarla.* El vino era una especie de Chablis áspero, tan refrescante que Tamberly pensó que debía de contener un estimulante. En el futuro tenían un amplio y sutil conocimiento de la química humana.

—Bien —dijo el líder. Su tono era amable—. Obviamente pertenece a la Patrulla. Lo que tenía en la mano era un grabador holográfico. Y la Patrulla nunca permitiría a un visitante recorrer un momento tan crítico, excepto a uno de los suyos.

La garganta de Tamberly se contrajo. Se notaba la lengua de corcho. Era el bloqueo colocado en su mente durante el entrenamiento, un reflejo para evitar que revelase a personas no autorizadas que se podía recorrer la historia—. Eh, eh... yo... —El sudor le recorría la piel.

—Mis condolencias. —¿Había burla en las palabras?—. Conozco bien su condicionamiento. También sé que opera dentro de los límites del sentido común. Como nosotros somos viajeros temporales, tiene libertad para discutir el asunto, aunque no los detalles que la Patrulla prefiera mantener en secreto. ¿Ayudaría si me presentase? Merau Varagan. Si ha oído hablar de mi raza, sería probablemente bajo el nombre de exaltacionistas.

Tamberly recordaba lo suficiente para convertir aquel momento en una pesadilla. *El milenio XXXI fue... es... será* —sólo la gramática temporal tenía los verbos y tiempos para tratar esos conceptos— *mucho antes que el desarrollo de las primeras máquinas del tiempo, pero miembros elegidos de su civilización conocen el viaje, participan en él; algunos se unen a la Patrulla, como muchos individuos en la mayoría de los entornos. Sólo que... esa era tiene sus superhombres, poseen genes modificados que los convierten en aventureros de la frontera espacial. Acabaron bajo el peso de esa civilización suya, que para ellos era más antigua que la Edad de Piedra para mí, y se rebelaron, perdieron y*

huyeron; pero habían descubierto el gran hecho, que el viaje en el tiempo existía, y se las habían arreglado, increíble, para robar algunos vehículos. Desde entonces la Patrulla les sigue la pista, para que no cometan actos peores, pero no conozco ningún informe de que la Patrulla los «atrapará» ...

—No puedo decirle más de lo que ha deducido —protestó—. No podría ni aunque me torturase hasta la muerte.

—Cuando un hombre juega a un juego peligroso —contestó Merau Varagan— debería estar preparado para los imprevistos. Admito que no previmos su presencia. Pensamos que la cámara del tesoro estaría desierta por la noche a excepción de los guardias apostados en el exterior. Sin embargo, siempre hemos tenido en la cabeza la posibilidad de un encuentro con la Patrulla. Raor, el *quiradex*.

Antes de que Tamberly pudiese interrogarse sobre el significado de la palabra, la mujer estaba a su lado. El horror lo atravesó al adivinar su propósito. Empezó a ponerse en pie, para luchar por liberarse, para hacer que lo matasen, lo que fuese.

La pistola disparó. Estaba ajustada a poca potencia. Sus músculos se rindieron y cayó de nuevo sobre la silla. Sólo el abrazo le impidió caer sobre la alfombra.

Ella fue al armario y volvió con un objeto: una caja y una especie de casco luminoso, unidos por cables. El hemisferio fue colocado sobre su cabeza. Los dedos de Raor bailaron sobre puntos luminosos que debían de ser controles. En el aire aparecieron unos símbolos. ¿Medidas? Un zumbido se apoderó de Tamberly. Creció y creció hasta ser todo lo que había, se perdió en él, se hundió en la noche de su corazón.

Lentamente volvió a ascender. Recuperó el uso de los músculos y se enderezó en el asiento. Estaba completamente relajado, como después de un buen sueño. Parecía apartado de sí mismo, un observador externo, sin emociones. Pero estaba completamente despierto. Cada detalle sensorial estaba destacado, los olores de su hábito sin lavar y de su cuerpo, el aire de las montañas que penetraba por la entrada, el rostro sardónico de Varagan como un César, Raor con la caja en las manos, el peso del casco, una mosca en la pared como si quisiese recordarle que era tan mortal como ella.

Varagan se echó atrás, cruzó las piernas, juntó los dedos y dijo con extraña cortesía.

—Su nombre y origen, por favor.

—Stephen John Tamberly. Nacido en San Francisco, California, Estados Unidos de América, el veintitrés de junio de 1937.

Contestó con toda sinceridad. Debía hacerlo. O, más bien, sus recuerdos, nervios y boca debían hacerlo. El *quiradex* era el interrogador definitivo. Ni siquiera podía sentir lo horroroso de la situación. En lo más profundo, algo gritaba, pero su mente consciente se había convertido en una máquina.

—¿Y cuándo fue reclutado por la Patrulla?

—En 1968. —Fue demasiado gradual para concretar una fecha. Un colega le presentó a varios amigos, tipos interesantes que, comprendió después, lo sondearon; luego aceptó realizar ciertas pruebas, supuestamente como parte de un proyecto de investigación psicológica; después se le reveló la situación; se le invitó a alistarse y aceptó deseoso, como ellos ya sabían que haría. Bien, estaba en lo peor del divorcio. La decisión hubiese sido más difícil si hubiese tenido que vivir constantemente una doble vida. Sin embargo, sabía que lo hubiese hecho, porque le daba mundos a explorar que hasta entonces no habían sido más que textos, ruinas, fragmentos y huesos muertos.

—¿Cuál es su posición en la organización?

—No soy policía ni hago rescates, o nada similar. Soy historiador de campo. En casa era antropólogo, había realizado investigaciones entre los quechua modernos, luego me adentré en la arqueología de la región. Eso me convirtió en una elección natural para el periodo de la Conquista. Me hubiese gustado más investigar las sociedades precolombinas pero, por supuesto, era imposible; hubiese llamado demasiado la atención.

—Comprendo. ¿Cuánto ha durado hasta ahora su carrera en la Patrulla?

—Como unos sesenta años de tiempo de vida. —Podías durar siglos, dando vueltas por el tiempo. Un tremendo privilegio de ser miembro era el proceso de longevidad de una era futura. Claro está, eso traía el dolor de ver a la gente que querías envejecer y morir, sin saber nunca lo que tú sabías. Para escapar de eso, generalmente te apartabas de sus vidas, que creyesen que te habías mudado, haciendo que los contactos con ellos se redujesen gradualmente hasta la nada. Porque no debían percibir que los años no te afectaban a ti como a ellos.

—¿De dónde y cuándo partió para esta última misión?

—De California, en 1986. —Había mantenido sus relaciones más tiempo que la mayoría de los agentes. Su edad en línea vital podía ser de noventa años, su edad biológica de treinta, pero la tensión y la pena se cobraban su precio, y en 1986 podía reclamar la edad de cincuenta años en el calendario, aunque la gente comentaba a menudo lo joven que se conservaba. Dios sabía que había mucha miseria en los días de un patrullero, así como aventuras. Veías demasiadas cosas.

—Humm —dijo Varagan—. Después lo examinaremos con más detalle. Primero describa su misión. ¿Qué hacía el siglo pasado en Cajamarca?

El nombre posterior de la ciudad, observó una parte lejana de Tamberly, mientras su consciencia de autómatas contestaba:

—Ya se lo dije, soy historiador de campo. Reuniendo datos de ese periodo de la Conquista. —Era por algo más que por la ciencia. ¿Cómo podía la Patrulla vigilar los caminos del tiempo y mantener los acontecimientos reales a menos que supiese cuáles eran esos acontecimientos? Los libros a menudo eran engañosos y muchos acontecimientos clave nunca habían sido registrados—. La

Patrulla me consiguió acreditación como Esteban Tanaquil, monje franciscano, en la expedición de Pizarro cuando éste volvió en 1530 de España a América. — Antes de que Waldseemüller le diese ese nombre—. Simplemente debía observar, grabar todo lo que pudiese a escondidas. —Y hacer esas pocas y descorazonadoras cosas para suavizar, mínimamente, la brutalidad—. También debe de saber que esos años tendrán gran influencia en la historia, en el futuro de mi siglo natal, en el pasado del suyo, cuando los resurgentes reclamen su herencia andina.

Varagan asintió.

—Cierto —dijo en tono de conversación—. Si las cosas hubiesen ido de otra forma, el siglo XX sería muy diferente. —Sonrió—. Supongamos, por ejemplo, que la sucesión después del inca Huayna Cápac no hubiese estado en disputa, Atahualpa en estado de guerra civil con sus rivales a la llegada de Pizarro. Esa banda minúscula de aventureros españoles no hubiese podido por sí sola derribar el Imperio. La Conquista hubiese requerido más tiempo, más recursos. Eso hubiese afectado al equilibrio de poder en Europa, cuando los turcos presionaban hacia el interior mientras la Reforma rompía la escasa unidad de la que había disfrutado la Cristiandad.

—¿Es ése su fin? —De forma vaga Tamberly sabía que debía de estar furioso, horrorizado, lo que fuese menos apático. Apenas sentía la curiosidad suficiente para plantear la pregunta.

—Quizá —le hostigó Varagan—. Sin embargo, los hombres que lo encontraron no eran más que exploradores para una empresa mucho más modesta: traer aquí el rescate de Atahualpa. Claro que eso por sí solo ya causaría bastante impacto. —Rió—. Pero podría salvar esos objetos de arte sin precio. Usted se conformaba con hacer hologramas para la gente de] futuro.

—Para la humanidad —dijo Tamberly automáticamente.

—Bien, para la parte a la que se le permite disfrutar de los frutos del viaje en el tiempo, bajo el ojo vigilante de la Patrulla.

—¿Traer el tesoro... aquí? —dijo torpemente Tamberly—. ¿Ahora?

—Temporalmente. Hemos acampado aquí porque es una base conveniente. —Frunció el ceño—. La Patrulla vigila demasiado nuestro entorno de origen. ¡Cerdos arrogantes! —Vuelta a la calma—: Como Machu Picchu está tan aislada en el presente, no se verá afectada por los cambios en el pasado cercano... Por ejemplo, por la inexplicable desaparición una noche del rescate de Atahualpa. Pero sus asociados lo buscarán por todos los medios, Tamberly. Seguirán hasta la más mínima pista que puedan encontrar. Mejor tener esa información ahora, para prevenir sus movimientos.

Debería estremecerme hasta el fondo de mi alma por esa temeridad total y absoluta —arriesgarse a producir bucles en las líneas de mundo, vórtices temporales, la destrucción de todo el futuro—. No, no arriesgarse. Producirla

deliberadamente. Pero no puedo sentir terror. La cosa que se sostiene sobre mi cráneo retiene mi humanidad.

Varagan se inclinó.

—Por tanto, discutamos su historia personal —dijo—. ¿Qué considera su hogar? ¿Tiene familia, amigos, lazos de algún tipo?

Las preguntas se hicieron rápidamente incisivas. Tamberly observaba y escuchaba mientras el hábil cirujano cortaba detalle tras detalle. Cuando algo interesaba especialmente a Varagan, lo seguía hasta el final. La segunda esposa de Tamberly debería estar a salvo; también pertenecía a la Patrulla. Su primera esposa se había vuelto a casar. Pero oh, Dios, su hermano, y la propia esposa de Bill, y se oyó confesar que su sobrina era como una hija para él...

La entrada se oscureció. Luis Castelar la atravesó.

La espada cortó. El guardia se inclinó, se dobló, cayó y quedó tendido retorciéndose. De la garganta le salía sangre, como un grito rojo que ya no pudiese oírse.

Raor dejó caer la caja de control y fue por su arma. Castelar llegó hasta ella. El puño izquierdo golpeó la mandíbula de la mujer. Ella cayó hacia atrás, hundida, llegó al suelo y lo miró boquiabierta, anonadada. La hoja de Castelar silbó mientras ella caía. Varagan estaba de pie. Increíblemente había esquivado un corte que le hubiese abierto en canal. La habitación era demasiado estrecha para que pudiese escabullirse. Castelar atacó. Varagan se apretó el estómago. Le salía sangre de entre los dedos. Se apoyó contra la pared y gritó.

Castelar no malgastó el tiempo acabando con él. El español arrancó el casco de la cabeza de Tamberly. Cayó al suelo. La totalidad del espíritu le llegó al americano como un rayo de sol.

—¡Salgamos de aquí! —rugió Castelar—. Ese caballo hechizado de ahí fuera...

Tamberly se puso en pie tambaleándose. Las rodillas apenas lo sostenían. El brazo libre de Castelar le dio apoyo. Salieron al exterior. El cronociclo esperaba. Tamberly se situó en el asiento delantero, Castelar saltó detrás. En la entrada del patio apareció un hombre de negro. Gritó y tendió el brazo para coger el arma.

Tamberly activó la consola.

11 de mayo de 2937 a.C.

Machu Picchu había desaparecido. El viento lo rodeaba. A cientos de metros por debajo había un valle fluvial, lleno de hierba y árboles. En la distancia relucía el océano.

El cronociclo cayó. El aire aullaba. Las manos de Tamberly buscaron el impulsor gravitatorio. El motor despertó. La caída se detuvo. Condujo el vehículo en un aterrizaje suave y silencioso.

Empezó a estremecerse. Frente a sus ojos sólo tenía tinieblas.

La reacción pasó. Fue consciente de la presencia de Castelar, de pie a su lado, y de la punta de la espada del español a un centímetro de su garganta.

—Baja de esa cosa —dijo Castelar—. Muévete con cuidado, con los brazos en alto. No eres un hombre santo. Creo que eres un mago que debería arder en la hoguera. Lo descubriremos.

3 de noviembre de 1885

Un carruaje llevó a Manse Everard desde Dalhousie & Roberts, importadores —que era también la base en Londres de la Patrulla del Tiempo en aquel entorno — a la casa en York Place. Subió los escalones a través de una densa niebla amarillenta e hizo sonar una campanilla. Una sirvienta le hizo pasar a una antesala revestida de madera. Le entregó su tarjeta. Ella regresó al cabo de un minuto para comunicarle que la señora Tamberly estaría encantada de recibirlo. Él dejó su sombrero y su abrigo en un perchero y la siguió. La calefacción interior no conseguía evitar que entrase el frío, lo que por una vez le hizo sentirse agradecido de ir vestido como un caballero inglés. Normalmente esa ropa le parecía abominablemente incómoda. Por lo demás, se trataba en general de una época maravillosa para vivir, si tenías dinero, una salud de hierro y podías pasar por protestante anglosajón.

El salón era una estancia agradable iluminada con gas, llena de libros y sin demasiados cachivaches. Había un fuego de carbón. Helen Tamberly estaba de pie cerca del fuego, como si necesitase la alegría que daba. Era una mujer pequeña de pelo rubio rojizo; el vestido largo destacaba sutilmente una figura que sin duda muchas envidiaban. Su voz convertía el inglés regio en musical, pero le fallaba un poco.

—¿Cómo se encuentra, señor Everard? Por favor, tome asiento. ¿Le apetece tomar té?

—No, gracias, señora, a menos que usted también quiera. —No intentó disimular su acento americano—. Dentro de poco llegará otro hombre. ¿Quizá después de haber hablado con él?

—Claro. —Le indicó a la sirvienta que se retirase; al irse, dejó la puerta abierta. Helen Tamberly se levantó a cerrarla.

—Espero que no afecte demasiado a Jenkins —dijo con una sonrisa triste.

—Me atrevería a decir que se ha acabado acostumbrando a que aquí pasen cosas poco normales —contestó Everard en un esfuerzo por igualar la compostura de la mujer.

—Bien, intentamos no llamar demasiado la atención. La gente tolera cierta medida de excentricidad. Si nuestra fachada fuese clase alta, en lugar de burgueses acomodados, podríamos hacer cualquier cosa; pero en ese caso estaríamos demasiado tiempo en el punto de mira. —Atravesó la alfombra para

situarse frente a él, con los puños apretados a los lados—. Basta ya —dijo desesperada—. Es usted de la Patrulla. Un agente No asignado, ¿es cierto? Es sobre Stephen. Debe serlo. Dígame.

Sin temor a ser oídos, siguió hablando en inglés, lo que a oídos de ella podría sonar más amable que el temporal.

—Sí. Por ahora no sabemos nada con seguridad. Ha... desaparecido. No se presentó. Supongo que recuerda que debía hacerlo en Lima a finales de 1535, varios meses después de que Pizarro la fundase. Tenemos un puesto allí. Una investigación discreta reveló que el fraile Esteban Tanaquil desapareció misteriosamente dos años antes, en Cajamarca. Desapareció, que quede claro, no que murió en algún accidente o reyerta u otra cosa. —Con frialdad—: Nada tan simple.

—Pero ¿podría estar vivo? —gritó ella.

—Eso esperamos. Sólo puedo prometer que la Patrulla intentará con todas sus jodidas... eh, perdóneme.

Ella soltó una risa entrecortada.

—No importa. Si viene usted del entorno de Stephen, todos hablan así, ¿no?

—Bien, él y yo nacimos y nos criamos en Estados Unidos, a mediados del siglo XX. Por eso se me ha pedido que realice esta investigación. Un pasado compartido con su marido podría darme alguna idea.

—Se le pidió —murmuró ella—. Nadie da órdenes a un agente No asignado, nadie excepto un daneliano.

—Eso es del todo exacto —dijo incómodo. En ocasiones le avergonzaba su situación, sin estar asignado a ningún entorno, sino con libertad para ir a donde fuese preciso y cuando fuese preciso para actuar siguiendo su propio juicio. No era por naturaleza pretencioso, sino un hombre sencillo.

—Me agrada que esté de acuerdo —dijo ella, y parpadeó para evitar las lágrimas—. Por favor, siéntese. Fume si quiere. ¿Está seguro de que no le apetece té y galletas, o un poco de brandy?

—Quizá más tarde, gracias. Pero siempre me sirvo de mi pipa. —Él esperó a que ella se sentase frente al fuego para ocupar el sillón opuesto, que debía de ser el de Steve Tamberly. Entre ellos ardía el fuego azul.

—En el pasado he tenido algunos casos como éste... en el pasado de mi vida —empezó diciendo con cautela—. Es deseable comenzar descubriendo todo lo posible sobre la persona implicada. Eso significa hablar con sus allegados. Así que hoy he venido un poco antes, con la esperanza de que pudiésemos conocernos. Un agente que ha estado en el lugar vendrá dentro de un rato para contarnos lo que ha descubierto. Di por supuesto que no le importaría.

—Oh, no. —Tomó aliento—. Pero dígame, por favor. Siempre he tenido dificultad para entenderlo, incluso cuando pienso en temporal. Mi padre era profesor de física, y es difícil dejar a un lado la lógica estricta de causa y efecto

que me enseñó. Stephen... tuvo problemas, en el Perú del siglo XVI. Quizá la Patrulla pueda salvarlo, quizá no pueda. Pero cualquiera que sea el resultado... la Patrulla lo sabrá. Habrá un informe en los archivos. ¿No puede ir inmediatamente y leerlo? ¿O saltar en el tiempo y preguntarle a su yo futuro? ¿Por qué tenemos que pasar por esto?

Educación o no, debía de estar terriblemente afectada para hacer tal pregunta, ella que también había recibido entrenamiento en la Academia en el Oligoceno, mucho antes de que hubiese una existencia humana que pudiese ser alterada. No por ello Everard la tuvo en menor consideración. Más bien, le hizo apreciar el coraje que mantenía su calma. Y, después de todo, su trabajo no la exponía a las paradojas y peligros del tiempo mutable. Ni tampoco los había experimentado Tamberly —había sido un observador directo aunque disfrazado — hasta que los acontecimientos lo atraparon de pronto.

—Sabe que eso está prohibido. —Mantuvo el tono suave—. Los bucles causales pueden convertirse con facilidad en vórtices temporales. Que se anulase todo el esfuerzo sería el menor de los riesgos que correríamos. Y en todo caso, es fútil. Esos registros, esos recuerdos, podrían ser de algo que nunca sucedió. Sólo imagínese como se verían afectados nuestros actos si creyésemos conocer el futuro. No, debemos realizar nuestro trabajo de la forma más estrictamente causal que podamos, para así convertir en reales nuestros éxitos o fracasos.

Porque la realidad es condicional. Es como el dibujo de las olas en el mar. Si las ondas (las ondas de probabilidad del caos cuántico que subyace a todo) cambian de ritmo, abruptamente la estructura de pliegues y espuma desaparece, convertida en otra. Ya en el siglo XX los físicos entreveían algo de eso. Pero no fue hasta la invención del viaje en el tiempo que el hecho penetró en las vidas humanas.

Si vas al pasado lo conviertes en tu presente. Tienes el mismo libre albedrío de siempre. No hay ninguna limitación especial. Es inevitable que influyas en lo que sucede.

Normalmente los efectos son pequeños. Es como si el continuo espacio-tiempo fuese una red de fuertes bandas de goma: restaura su configuración después de sufrir una fuerza distorsionadora. Es más, normalmente eres parte del pasado. Hubo realmente un hombre que viajó con Pizarro y se hacía llamar hermano Tanaquil. Eso «siempre» fue cierto, y el hecho de que no naciese en ese siglo, sino mucho después, es sólo accidental. Si haces pequeñas cosas anacrónicas, eso no importa; podrían producir algún comentario, pero el recuerdo morirá. Es una cuestión filosófica si la realidad parpadea o no por esos cambios insignificantes.

Pero algunos actos tienen importancia. ¿Qué pasaría si un lunático viajase al siglo V y diese ametralladoras a Atila el huno? Cosas así son tan evidentes que es fácil prevenirlas. Pero cambios más sutiles... La revolución bolchevique de 1917 casi fracasó. Sólo la energía y el genio de Lenin la hicieron triunfar. ¿Qué pasaría

si viajases al siglo XIX y, sin causar ningún daño, evitases que los padres de Lenin se conociesen? Luego el Imperio ruso no se convertiría en la Unión Soviética, y las consecuencias de ese hecho permearían toda la historia. Tú, en el pasado de los cambios, todavía estarías aquí; pero si viajases al futuro encontrarías un mundo completamente diferente, un mundo en el que probablemente no naciste. Existirías, pero como un efecto sin causa, arrojado a la existencia por la anarquía que está en su base.

Cuando se construyó la primera máquina del tiempo, aparecieron los danielianos, los superhumanos que habitan el remoto futuro. Establecieron las reglas del tráfico temporal y fundaron la Patrulla para ponerlas en práctica. Como la otra policía, generalmente ayudamos a gente en situaciones legales; cuando podemos los sacamos de situaciones difíciles; ofrecemos la ayuda y atención que podemos dar a las víctimas de la historia. Pero siempre la misión básica es proteger y preservar la historia, porque es lo que finalmente producirá a los gloriosos danielianos.

—Lo siento—dijo Helen Tamberly—. Ha sido una idiotez por mi parte. Pero he estado... tan preocupada. Se suponía que Stephen sólo iba a estar fuera tres días. Seis años para él, tres días para mí. Quería tanto tiempo para poder acostumbrarse de nuevo a este entorno. Quería vagar de incógnito, adoptar de nuevo los hábitos victorianos, para no hacer distraído nada que pudiese sorprender a los sirvientes o a los amigos. ¡Ha pasado una semana! —Se mordió el labio—. Perdóneme. Estoy desvariando, ¿no?

—En absoluto.—Everard sacó la pipa y el tabaco. Quería ese pequeño placer frente a la angustia—. Parejas que se aman como la suya hacen que un soltero como yo se sienta melancólico. Pero vayamos al grano. Será lo mejor para los dos. Usted es nativa de Inglaterra en este siglo, ¿no?

Ella asintió.

—Nací en Cambridge, en 1856. Me quedé huérfana a los diecisiete, con unos modestos medios, estudié clásicas, me convertí en toda una marisabidilla y, finalmente, me reclutó la Patrulla. Stephen y yo nos conocimos en la Academia. A pesar de la diferencia de edad, que, gracias a Dios, no nos importa, nosotros... nos gustamos, y nos casamos después de graduarnos. Él no creyó que me gustase su tiempo de nacimiento.—Hizo una mueca—. Lo visité, y tenía razón. Por su parte, se sentía... se siente feliz aquí y ahora. Su tapadera es la de un empleado americano de una firma de importación. Cuando yo voy a mi trabajo, o lo traigo a casa, bien, es poco común que una mujer tenga intereses intelectuales, pero no extraordinario. Marie Kslodowska (madame Curie), se matriculará en la Sorbona dentro de unos cuantos años.

—Y a la gente de este entorno se le da mejor meterse en sus propios asuntos que a la del mío.—Everard se ocupó de llenar la cazoleta—... Me atrevería a decir que ustedes dos hacen más cosas en común de lo que es habitual para un

hombre y su esposa de estos días.

—Oh, sí. —Era patético oír su afán—. Empezando con nuestras vacaciones. Nos encanta el Japón arcaico y hemos estado varias veces. —Everard llegó a la conclusión de que era un país lo suficientemente aislado, con una población lo suficientemente pequeña y sin instruir como para que la Patrulla permitiese visitas ocasionales de extraños evidentes—. Tenemos aficiones, la cerámica, por ejemplo; ese cenicero que tiene al lado es obra suya... —La voz se apagó.

Con rapidez, él siguió preguntando.

—¿Su campo es la Grecia antigua? —El hombre de la base no estaba seguro.

—Las colonias jónicas, principalmente en los siglos VII y VI antes de Cristo. —Suspiró—. Es irónico que ahí la Patrulla no pueda admitirme, una mujer nórdica. —Intentó recuperarse—. Pero como ya le he dicho, hemos visto muchas otras cosas maravillosas. Con la vestimenta adecuada y una cuidadosa guía... No, no debo quejarme. —Se rompió su estoicismo—. Si Stephen, si le trae de vuelta, ¿cree que se le podría persuadir para que se estableciese e investigase en casa, como yo?

La cerilla de Everard produjo un chirrido agudo en el silencio. Dejó que el humo le envolviese la lengua y acarició la cazoleta en la mano.

—No cuente con ello —dijo—. Además, los buenos investigadores de campo son escasos. La buena gente de cualquier tipo es escasa. Puede que no sea consciente de la escasez de personal que tenemos en la Patrulla. La gente como usted permite que la gente como él pueda operar. Y la mía. Normalmente regresamos sanos y salvos a casa.

El trabajo de la Patrulla lo era todo menos baladronadas y actos heroicos. Dependía del conocimiento exacto. Gente como Steve recopilaban la mayor parte de los datos sobre el terreno, pero también requerían la paciente labor de personas como Helen, que reunía los informes. Por tanto, los observadores en jonia traían una cantidad de información mucho mayor que la que contenían las crónicas y reliquias que habían sobrevivido hasta el siglo XIX; pero no podían hacer el trabajo de ella, que consistía en reunirlo todo, interpretarlo, ordenarlo y preparar informes para las siguientes expediciones.

—Algún día tendrá que encontrar algo más seguro. —Enrojeció—. Me niego a tener hijos hasta que lo haga.

—Oh, estoy seguro de que pasará a un puesto administrativo a su debido tiempo —contestó Everard. Si podemos salvarlo—. Tendrá demasiada experiencia para que le permitamos ir corriendo por ahí. En lugar de eso, dirigirá los esfuerzos de gente nueva. Humm, eso podría requerir que asumiese una identidad de colono español durante algunas décadas. Sería más fácil si usted pudiese unirse a él.

—¡Qué aventura! Me adaptaría. No planeábamos ser victorianos por siempre.

—Y han descartado la América del siglo XX. Humm, ¿qué hay de sus lazos allí?

—Él proviene de una vieja familia californiana. Tiene lejanas conexiones peruanas. Un tatarabuelo suyo fue un capitán que se casó con una joven dama de Lima y se la llevó a casa. Quizá eso lo ayudó a interesarse por el viejo Perú. Supongo que sabe que se convirtió en antropólogo, y que después practicó allí la antropología. Tiene un hermano casado en San Francisco. El primer matrimonio de Stephen terminó en divorcio y, poco después, se alistó en la Patrulla. Eso fue, será, en 1968. Después renunció a su puesto de profesor y le dijo a todo el mundo que tenía una beca de investigación en una institución, lo que le permitiría investigar de forma independiente. Eso explica sus frecuentes ausencias prolongadas. Todavía conserva una residencia de soltero, para poder seguir en contacto con amigos y familiares, y no tiene planes por el momento de salir de sus vidas. Al final tendrá que hacerlo, y lo sabe, pero... —Sonrió—. Habla mucho de ver a su sobrina favorita casada y con hijos. Dice que quiere disfrutar de ser un tío abuelo.

Everard pasó por alto la combinación de tiempos verbales. Era inevitable cuando hablabas en una lengua que no fuese el temporal.

—Sobrina favorita, ¿eh? —murmuró—. Ese tipo de persona a menudo es útil, saben mucho y lo dicen con tranquilidad sin sospechar. ¿Qué sabe de ella?

—Se llama Wanda, y nació en 1965. Según los últimos comentarios que me hizo Stephen, era... estudiante de biología en un lugar llamado Universidad de Stanford. De hecho, él ajustó la partida de su última misión desde California en lugar de hacerlo desde Londres para poder ver a su familia en, oh, sí, 1986.

—Mejor será que me entreviste con ella.

Llamaron a la puerta.

—Entre —dijo la mujer.

Entró la sirvienta.

—Hay una persona que pide verla, señora —anunció—. Señor Basscase, dice que se llama. —Con fría desaprobación—: Un caballero de color.

—Es el otro agente —le murmuró Everard a su anfitriona—. Llegó antes de lo que esperaba.

—Que pase —indicó ella.

Julio Vásquez ciertamente parecía fuera de lugar: bajo, rechoncho, de piel bronceada, pelo negro, rasgos anchos y nariz arqueada. Era casi un nativo puro de los Andes, aunque nacido en el siglo XXII, según sabía Everard. Aun así, aquel vecindario debía de estar ya acostumbrado a los visitantes exóticos. No sólo era Londres el centro de un imperio planetario, York Place dividía Baker Street.

Helen Tamberly recibió al recién llegado con amabilidad y mandó pedir el té. La Patrulla la había curado de cualquier racismo victoriano. Por necesidad, la lengua pasó a ser el temporal, porque ella no hablaba español (ni quechua) y el

inglés no era lo suficientemente importante en la vida de Vásquez, y a fuese antes o después de unirse a la Patrulla, para haberse molestado en aprender algo más que unas frases sueltas.

—He descubierto muy poco —dijo—. Era una empresa especialmente difícil, más aún tan de improviso. Para los españoles era simplemente otro indio. ¿Cómo iba a acercarme a uno de ellos y, menos aún, hacer preguntas? Podrían haberme azotado por insolencia, o ejecutado inmediatamente.

—Los conquistadores eran una panda de bas... de perros del infierno, cierto —comentó Everard—. Por lo que recuerdo, después de la entrega del rescate de Atahualpa, Pizarro no lo liberó. No, lo puso ante un tribunal de pega por cargos falsos y lo condenó a muerte. A ser quemado vivo, ¿no?

—La pena fue conmutada por estrangulación cuando aceptó el bautismo —dijo Vásquez—, y muchos españoles, incluyendo al mismo Pizarro, se sintieron luego culpables por el asunto. Habían tenido miedo de que Atahualpa, una vez liberado, provocase una revuelta contra ellos. Su última marioneta inca, Manco, así lo hizo. —Se detuvo—. Sí, la Conquista fue horror, asesinato, pillaje, esclavitud. Pero amigo, aprendiste historia en una escuela anglófona, y España fue durante siglos el rival de Inglaterra. La propaganda del conflicto sigue ahí. La verdad es que los españoles, con Inquisición y todo, no eran peores que cualquiera en su propia época, y mejores que muchos. Algunos, como Cortés e incluso Torquemada, intentaron obtener algo de justicia para los nativos. Vale la pena recordar que esas poblaciones sobrevivieron en casi toda Latinoamérica, nuestra tierra ancestral, mientras que los ingleses, con sus sucesores yanquis y canadienses, casi exterminaron a los indios por completo.

—*Touché* —dijo Everard de mala gana.

—Por favor —susurró Helen Tamberly.

—Mis disculpas, señora. —Vásquez se inclinó desde su sillón—. No pretendía atormentarla, sólo explicar por qué descubrí tan poco. Aparentemente el fraile y el soldado entraron una noche en la casa donde se guardaba el tesoro. Cuando no volvieron a salir por la mañana, los guardias se pusieron nerviosos y abrieron la puerta. No estaban dentro. Todas las salidas habían estado vigiladas. Se lanzaron rumores sensacionales. Lo que oí fue por los indios, y tampoco podía interrogarlos. Recuerde que yo era un extraño entre ellos, y que apenas se habían alejado de su lugar de nacimiento. La confusión me permitió fabricar una historia que explicase mi presencia en la ciudad, pero no hubiese soportado un examen atento si alguien se hubiese sentido interesado en mí.

Everard chupó la pipa.

—Humm —dijo—, entiendo que Tamberly, como el fraile, tenía acceso a cada nueva entrega del tesoro, para rezarle o lo que fuese. En realidad, tomaba hologramas de las obras de arte, para información y disfrute de la gente del futuro. Pero ¿qué hay del soldado?

Vásquez se encogió de hombros.

—Oí su nombre, Luis Castelar, y que era un oficial de caballería que se había distinguido en la campaña. Algunos dijeron que planeaba robar el tesoro, pero otros contestaron que eso era impensable de un caballero tan honorable, sin mencionar el buen corazón de fray Tanaquil. Pizarro interrogó durante mucho tiempo a los guardias Pero, según escuché, quedó satisfecho de su honradez. Después de todo, el tesoro seguía allí. Cuando me fui, la idea general era que se trataba de cosas de hechiceros. La histeria estaba aumentando con rapidez. Podría tener terribles consecuencias.

—Que no constan en la historia que aprendimos —gruñó Everard—. ¿Cuál es la importancia de esa pieza exacta del espacio-tiempo?

—La Conquista, como un todo, es claramente vital, una parte importante de los acontecimientos del mundo. Este episodio en particular... ¿quién sabe? No hemos dejado de existir, a pesar de estar en el futuro.

—Lo que no implica que no podamos dejar de existir —dijo Everard secamente. *Podemos no haber sido nunca, nosotros y todo el mundo que nos vio nacer. Es una desaparición más absoluta que la muerte* —. La Patrulla debe concentrar todo lo que pueda en ese periodo de días o semanas. Y moverse con extremo cuidado—. Y añadió para beneficio de Helen Tamberly—: ¿Qué pudo suceder? ¿Tiene alguna pista, agente Vásquez?

—Podría tener una muy frágil —le dijo el otro hombre—. Sospecho que alguien con un vehículo temporal tenía la intención de robar el rescate.

—Sí, es una suposición lógica. Una de las tareas de Tamberly era vigilar los acontecimientos e informar a la Patrulla de cualquier cosa sospechosa.

—¿Cómo podía hacerlo sin viajar en el tiempo? —preguntó en voz alta la mujer.

—Dejaba mensajes grabados en lo que parecían piedras normales, pero que emitían una radiación tipo «Y» que las identificaba —explicó Everard—. Se comprobaron los puntos designados, pero no había otra cosa que breves informes rutinarios sobre lo que experimentaba.

—Se me apartó de mi misión real para esta investigación —siguió diciendo Vásquez—. Mi trabajo era una generación antes, en el reino de Huayna Cápac, padre de Atahualpa y Huáscar. No podemos comprender la Conquista sin comprender la gran y compleja civilización que destruyó. —Un imperio que iba desde Ecuador hasta Chile, y desde el Pacífico hasta las aguas del Amazonas—. Y parece que unos extraños aparecieron en la corte de ese inca en 1524, un año antes de su muerte aproximadamente. Se parecían a los europeos y se dio por supuesto que lo eran; en el reino habían oído rumores de hombres de lejos. Se fueron al cabo de un tiempo, nadie supo adónde o cómo. Pero cuando regresé al futuro, empezaba a tener la sospecha de que intentaron persuadir a Huayna de que no diese a Atahualpa poder para rivalizar con Huáscar. Fracasaron; el viejo

era testarudo. Pero es significativo que se realice el intento, ¿no?

Everard silbó.

—¡Dios, sí! ¿Tuvo alguna indicación de quiénes podrían ser los visitantes?

—No. Nada que valiese la pena. Todo el entorno es excepcionalmente difícil de penetrar. —Vásquez esbozó una sonrisa torcida—. Después de defender a los españoles contra las acusaciones de haber sido monstruos, según los niveles del siglo XVI, debo decir que el Estado inca no era una nación de inocentes pacifistas. Se extendía agresivamente en todas las direcciones posibles. Y era totalitario; regulaba la vida hasta los más mínimos detalles. No era agradable; si lo aceptabas se te daba. Pero mal te iba si no lo hacías. Los mismos nobles carecían de cualquier libertad que valiese la pena mencionar. Sólo el inca, el dios rey, la tenía. Pueden apreciar las dificultades a las que se enfrenta alguien de fuera, aunque pertenezca a la misma raza. En Caxamalca dije que había sido enviado para informar sobre el distrito a la burocracia. Antes de que Pizarro pusiese patas arriba el reino, nunca hubiese podido sostener semejante historia. En todo caso, lo que oí fueron rumores de segunda y tercera mano.

Everard asintió. Como prácticamente todo en la historia, la Conquista española no fue ni completamente mala ni completamente buena. Cortés, al menos, puso fin a los horribles sacrificios-masacre de los aztecas, y Pizarro abrió el camino para un concepto de la dignidad y el valor individual. Ambos invasores tenían aliados indios, que se unieron a ellos por excelentes razones.

Bien, moralizar no era el trabajo de un patrullero. Su deber era preservar lo que fue, de un extremo al otro del tiempo, y ayudar a sus compañeros.

—Hablemos de cuanto se nos ocurra que pueda servirnos de ayuda —propuso—. Señora Tamberly, no abandonaremos a su marido a su suerte. Quizá no podamos rescatarlo, pero le aseguro que vamos a intentarlo.

Jenkins trajo el té.

30 de octubre de 1986

El señor Everard es una sorpresa. Sus cartas y luego las llamadas de teléfono desde Nueva York fueron, bien, amables y algo intelectuales. Aquí, en persona, resulta un gran gorila con la nariz torcida. ¿Cuántos años tiene?, ¿cuarenta? Es difícil saberlo. Estoy segura de que ha visto mucho.

No importa su aspecto (podría ser muy sexy si las cosas fuesen por ese camino. Que no irán. Maldición, sin duda para mejor). Habla con suavidad, del mismo modo chapado a la antigua que en sus comunicados.

Nos damos la mano.

—Me alegro de conocerla, señorita Tamberly —dice con voz profunda—. Ha sido muy amable por su parte venir hasta aquí. —Un hotel del centro, el vestíbulo.

—Bien, se refiere a mi único tío, ¿no? —le suelto.

Asiente.

—Me gustaría hablar con usted. Humm, ¿sería muy atrevido si le ofreciese una bebida? ¿O una cena? Le daré muchos problemas.

Cuidado.

—Gracias, pero ya veremos. Ahora mismo, para serle sincera, estoy muy tensa. ¿Podríamos pasear un rato?

—¿Por qué no? Hace un día precioso y no venía a Palo Alto desde hace años. ¿Quizá podamos llegarnos hasta la universidad y pasear por allí?

Un día espléndido ciertamente, un veranillo de san Martín antes de que las lluvias empiecen en serio. Si dura demasiado acabaremos teniendo *smog*. Ahora mismo, cielo azul sobre las cabezas y la luz del sol cayendo como una cascada. Los eucaliptos en el campus estarán plateados, de un verde pálido y perfumados. A pesar de la situación (oh, ¿qué ha sido de tío Steve?) no puedo controlar la emoción. Yo, con un detective de verdad.

En la calle giramos a la izquierda.

—¿Qué quiere, señor Everard?

—Entrevistarla, exactamente como le dije. Me gustaría que me hablase del doctor Tamberly. Cualquier cosa que diga podría darme alguna indicación.

Está bien que la fundación se preocupe, que contrate a este hombre. Bien, naturalmente, en tío Steve tienen una inversión. Está investigando en Sudamérica,

pero nunca ha comentado nada. Debe de ser un libro explosivo el que quiere escribir. Ese trabajo se refleja en la fundación. Le ayuda a justificar la reducción de impuestos. No, no debería pensar así. El cinismo barato es para los de primer año.

—Pero ¿por qué yo? Es decir, mi padre es su hermano. Él sabría mucho más.

—Quizá. Tengo intención de visitarlo, a él y a su esposa. Pero según la información que me han dado usted es la favorita de su tío. Tengo la corazonada de que le reveló cosas sobre sí mismo, nada importante, nada que usted crea muy especial, que podrían iluminar su carácter, darme algunas pistas de adónde fue.

Menudo trago. Ya lleva seis meses sin ni siquiera una postal.

—¿En la fundación no tienen ni idea?

—Ya me lo preguntó antes. —Le recordó Everard—. Siempre ha sido un operador independiente. Fue la condición que puso para aceptar los fondos. Sí, iba en dirección a los Andes, pero apenas saben más que eso. Es un territorio enorme. Las autoridades policiales de los distintos países posibles no han podido decirnos nada.

Es difícil decirlo. Resulta melodramático. Pero...

—¿Sospecha... juego sucio?

—No lo sabemos, señorita Tamberly. Esperamos que no. Quizá se arriesgó un poco demasiado... En todo caso, mi trabajo es intentar entenderlo. —Sonrió. Se le arrugaba la cara—. Mi idea para hacerlo es comenzar comprendiendo a las personas por las que él siente aprecio.

—Siempre fue, y a sabe, reservado. Un tipo bastante introvertido.

—Que, sin embargo, sentía mucho aprecio por usted. ¿Le importa si le hago algunas preguntas sobre usted, para empezar?

—Adelante. No le garantizo que las conteste todas.

—Nada demasiado personal. Veamos. Está en el último año de Stanford, ¿no? ¿En qué se gradúa?

—En biología.

—Eso es casi tan amplio como « física », ¿no?

No es tonto.

—Bien, en general me interesan las transiciones evolutivas. Probablemente me dedicaré a la paleontología.

—Entonces, ¿planea cursar un posgrado?

—Oh, sí. Un doctorado es el carné de entrada si quieres dedicarte a la ciencia.

—Tiene más aspecto atlético que académico, si me permite decírselo.

—Tenis, acampada, claro, me gusta el aire libre, y buscar fósiles es una forma genial de que te paguen por estar al aire libre. —En un impulso—. Tengo en cartera un trabajo de verano. Guía turística en las Galápagos. El Mundo

Perdido si alguna vez hubo un Mundo Perdido. —De pronto los ojos me pican y se me nublan—. Tío Steve lo arregló para mí. Tiene amigos en Ecuador.

—Suenas genial. ¿Cómo va de español?

—Muy bien. Nosotros, mi familia, solíamos pasar muchas vacaciones en México. Todavía voy de vez en cuando, y he viajado por Sudamérica.

Ha sido increíblemente fácil hablar con él. « Cómodo como un zapato viejo », diría papá. Nos sentamos en un banco del campus, tomamos cervezas en la cafetería y acaba llevándome a cenar. Nada espectacular, nada romántico. Pero ha valido la pena saltarse las clases. Le he contado un montón de cosas.

Es curioso cómo se las ha arreglado para contar poco de sí mismo.

De eso me doy cuenta cuando me dice adiós ante mi edificio de apartamentos.

—Me ha sido de mucha ayuda, señorita Tamberly. Quizá más de lo que supone. Mañana hablaré con sus padres. Luego supongo que volveré a Nueva York Tome. —Saca la cartera y extrae una pequeña cartulina blanca—. Mi tarjeta. Si le viene cualquier otra cosa a la cabeza, por favor, llámeme inmediatamente, a cobro revertido. —Muy serio añade—: O si sucede cualquier cosa que le parezca peculiar. Por favor. Este asunto podría ser un poco peligroso.

¿Tío Steve implicado con la CIA, o qué? De pronto la noche ya no parece agradable.

—Vale. Buenas noches, señor Everard. —Acepto la tarjeta y me apresuro a entrar.

11 de mayo de 2937 a.C.

—Cuando los vi juntos y me di cuenta de que habían bajado la guardia —dijo Castelar—, invoqué mentalmente a Santiago y salté. La patada le dio al primero en la garganta y cayó al suelo. Me giré y le di al segundo con la parte baja de la mano debajo de la nariz y luego hacia arriba, así. —El movimiento fue rápido y salvaje—. También cayó. Recogí la espada, me aseguré de que los dos no pudiesen seguirme y fui a buscarte.

Su tono era casi casual. Tamberly pensó, con el cerebro todavía atontado, que los exaltacionistas habían cometido el error común de subestimar a un hombre de una época pasada. Aquél ignoraba casi todo lo que ellos sabían, pero en inteligencia era su igual. Sobre ella pesaba una ferocidad producida por siglos de guerra; no un conflicto impersonal de alta tecnología sino el combate medieval en el que mirabas a los ojos a tus enemigos y los matabas con tus propias manos.

—¿No temías su... magia? —murmuró Tamberly.

Castelar negó con la cabeza.

—Sabía que Dios estaba conmigo. —Se persignó, luego suspiró—. Fue estúpido por mi parte dejar sus pistolas. No volveré a cometer ese error.

A pesar del calor, Tamberly se estremeció.

Estaba tumbado sobre la hierba crecida, bajo el sol del mediodía. Castelar estaba de pie, con el metal reluciendo, la mano en la empuñadura, las piernas separadas, como un coloso que recorriese el mundo. Más allá, una corriente fluía hacia el mar; no era visible desde allí sino que, estimaba por lo que había visto desde lo alto, se encontraba a unos cuarenta kilómetros de distancia. Palmeras, chirimoyas y el resto de la vegetación le indicaban que «todavía» estaban en la América tropical. Recordaba vagamente haber dado un golpe mayor al activador temporal que al espacial.

¿Podía ponerse en pie, correr hacia él, llegar antes que el español a la máquina y escapar? Imposible. Si estuviese en mejores condiciones físicas lo intentaría. Como la mayoría de los agentes de campo, había recibido entrenamiento en artes marciales. Usándolas podría superar las habilidades del otro y su mayor fuerza (cualquier caballero pasaba toda su vida dedicado a actividades físicas; en comparación un campeón olímpico parecería fofo). Ahora estaba demasiado débil, tanto de cuerpo como de mente. Sin el quiradex en la cabeza volvía a tener voluntad. Pero todavía no le servía de mucho. Se sentía

agotado, como si tuviese arena en las sinapsis, plomo en los párpados y el cráneo vacío.

Castelar lo miraba desde arriba.

—Deja de retorcer palabras, hechicero —dijo—. Tengo que interrogarte.

¿Debería mantenerme callado y provocarle para que me mate? —Se preguntó Tamberly con cansancio—. Me imagino que primero me torturaría, buscando conseguir mi cooperación. Pero después estaría atrapado, indefenso... No. Seguro que jugaría con el vehículo. Eso podría provocar con facilidad su destrucción; pero si no es así, ¿qué otra cosa podría pasar? Debo mantener mi muerte en reserva basta asegurarme de que es lo único que puedo ofrecer.

Levantó la vista al oscuro rostro de águila y dijo:

—No soy un hechicero. Simplemente tengo conocimientos de varias artes y dispositivos. Los indios pensaban que nuestros mosqueteros controlaban el trueno. No era más que pólvora. La aguja de una brújula señala el norte, pero no es magia. —Aunque no entiendes el principio involucrado, ¿no?—. Lo mismo vale para las armas que matan sin herir, y para los carruajes que permiten viajar por el espacio y el tiempo.

Castelar asintió.

—Tenía esa sensación —dijo lentamente. Los captores dijeron algunas cosas.

¡Dios, es un hombre brillante! Quizá, a su modo, un genio. Sí, recuerdo que comentó que, aparte de sus estudios entre los sacerdotes, había disfrutado de la lectura de las historias de Amadís (esas novelas fantásticas que inflamaron la imaginación de su época) y en otro comentario demostró una visión sorprendentemente sofisticada del Islam.

Castelar se puso tenso.

—Entonces dime qué pasa —exigió—. ¿Qué eres en realidad, tú que falsamente finges estar ordenado?

Tamberly rebuscó en su mente. No había ninguna barrera. El *quiradex* había eliminado los reflejos que le impedían revelar la existencia de la Patrulla del Tiempo y el viaje temporal. Sólo quedaba su sentido del deber.

De alguna forma, debía controlar aquella terrible situación. Una vez que hubiese descansado, dejando que la carne y la inteligencia se recuperasen del sufrimiento, podría tener una buena oportunidad de engañar a Castelar. No importaba lo rápido que aprendiese, las novedades lo sobrepasarían. Pero, por el momento, Tamberly sólo estaba medio vivo. Y Castelar sentía su debilidad y la utilizaba con inteligencia y sin piedad.

—¡Dímelo! Nada de perder el tiempo, nada de rodeos. ¡Di la verdad! —La espada salió ligeramente de la vaina para volver a meterse.

—La historia es larga y larga, don Luis...

Una bota dio a Tamberly en las costillas. Rodó y quedó tendido sin aliento. El dolor lo recorría en ondas. Como si fuese un trueno oyó:

—Venga. Habla.

Se obligó a sentarse, hundido bajo lo implacable.

—Sí, me disfracé de fraile, pero no con intenciones anticristianas. —Tosió—. Era necesario. Hay hombres malvados que también tienen esos carruajes. Resultó que querían robar tu tesoro y nos llevaron a...

El interrogatorio continuó. ¿Habían sido los dominicos, con los que Castelar había estudiado, los que dirigían la Inquisición española? ¿O simplemente había aprendido a tratar con prisioneros de guerra? Al principio Tamberly tuvo la intención de ocultar la idea del viaje en el tiempo. Se le escapó, o se la arrancó, y Castelar la siguió como un sabueso. Era asombrosa la rapidez con la que asimilaba nuevos conceptos. Nada de la teoría. El mismo Tamberly no tenía más que una atisbo de la teoría, que pertenecía a una ciencia milenios por delante de la suya. La idea de que el espacio y el tiempo estuviesen unidos anonadó a Castelar, hasta que la descartó con un juramento y siguió con las cuestiones prácticas. Pero acabó comprendiendo que la máquina podía volar; podía flotar; podía ir instantáneamente a donde su piloto le indicase.

Quizá su aceptación fuese natural. Los hombres educados del siglo XVI creían en milagros; era un dogma cristiano, judío y musulmán. También vivían en un mundo de nuevos descubrimientos, ideas e inventos revolucionarios. Los españoles, en especial, estaban sumergidos en cuentos de caballería y encantamientos... lo estarían, hasta que Cervantes hiciese burla de ellos. Ningún científico le había dicho a Castelar que el viaje al pasado era físicamente imposible, ningún filósofo le había señalado las razones por las que era lógicamente absurdo. Se enfrentaba a los simples hechos.

La mutabilidad, la posibilidad de destruir todo un futuro, parecía escapársele. O se negaba a dejar que lo detuviese.

—Dios se ocupará del mundo —afirmó, y fue en busca del conocimiento de lo que podía hacer y cómo.

Imaginó con facilidad carracas viajando entre las épocas, y eso lo enardeció. No es que estuviese realmente interesado en los preciosos artículos de esos viajes: los orígenes de la civilización, los poemas perdidos de Safo, una representación por parte del gamelán más virtuoso que hubiese existido, imágenes tridimensionales de obras de arte que serían fundidas para formar parte de un rescate... Él pensaba en rubíes, eslabones y, sobre todo, en armas. Para él era razonable que los reyes del futuro aspirasen a regular ese tráfico y que los bandidos buscasen violar la regulación.

—Así que eras un espía de tu señor, y sus enemigos se sorprendieron al encontrarnos cuando llegaron como ladrones en la noche, pero por la gracia de Dios volvemos a estar libres —dijo—. ¿Ahora qué?

El sol estaba bajo en el cielo. La sed atenazaba la garganta de Tamberly. Se sentía como si la cabeza estuviese a punto de rompersele, y los huesos de

partírsele.

Castelar, como una imagen borrosa, se agachó frente a él, incansable y terrible.

—Pues, nosotros... nosotros deberíamos volver con mis compañeros. —Pudo decir Tamberly—. Te recompensarán bien y... te llevarán a la época que te corresponde.

—¿Lo harán? —Tenía una sonrisa de lobo—. ¿Sería mi pago? No estoy seguro de que hayas dicho la verdad, Tanaquil. Lo único que sé seguro es que Dios me ha entregado este instrumento, y debo emplearlo para Su gloria y el honor de mi nación.

Tamberly se sentía como si las palabras lanzadas contra él, hora tras hora, fuesen cada una un puñetazo.

—¿Qué harás?

Castelar se acarició la barba.

—Creo que primero —murmuró con los ojos entrecerrados—, sí, está claro que primero me enseñarás a manejar esta montura. —Se puso en pie de un salto—. Levanta.

Casi tuvo que arrastrar a su prisionero hasta el cronociclo.

Debo mentir, debo retrasarlo, en el peor de los casos debo negarme y aceptar mi castigo. Tamberly no podía. El agotamiento, el dolor, la sed y el hambre lo traicionaron. Era físicamente incapaz de resistirse.

Castelar se situó a su lado, vigilando cada movimiento, listo para atacar a la mínima sospecha, y Tamberly estaba demasiado aturrido para engañarlo.

Examinó la consola entre el manillar. Buscó la fecha. La máquina grababa cada movimiento que realizaba por el continuo. Sí, realmente había retrocedido en el tiempo, al siglo XXX antes de Cristo.

—Antes de Cristo —dijo Castelar—. Pues claro, puedo ir a donde mi Señor cuando caminaba sobre la tierra y arrojarme a sus pies...

En aquel instante de éxtasis, un hombre sano le hubiese propinado un golpe de karate. Tamberly sólo pudo arrastrarse por el asiento y llegar hasta el activador. Castelar lo apartó a un lado como un saco de comida. Se quedó tendido medio inconsciente en el suelo hasta que la punta de la espada lo obligó a levantarse de nuevo.

La representación de un mapa. Situación: cerca de la costa de lo que algún día sería el sur de Ecuador. Por orden de Castelar, Tamberly hizo girar todo el globo en la pantalla. El Conquistador se quedó un rato sobre el Mediterráneo.

—Destruir a los paganos —murmuró—. Recuperar Tierra Santa.

Con ayuda de la unidad de mapa, que podía mostrar una región a cualquier escala deseada, el control del espacio era infantil en su manejo. Al menos, si bastase con una posición aproximada. Castelar estuvo de acuerdo con inteligencia en no intentar algo como aparecer en el interior de una cámara cerrada antes de

tener mucha práctica. Los controles de] tiempo eran igualmente fáciles, una vez que aprendió los dígitos postarábigos. Lo hizo en unos minutos. La facilidad de manejo era una necesidad. Un viajero podía tener que salir de algún sitio o momento con rapidez. Volar, con el impulsor antigravitatorio, paradójicamente requería más habilidad. Castelar hizo que Tamberly le mostrase los controles, y luego lo subió para un vuelo de prueba.

—Si yo me caigo, también caerás tú —le recordó.

Tamberly deseó que así fuese. Al principio dieron tumbos, y casi perdió el control, pero pronto Castelar tomó completamente el mando. Experimentó con un salto en el tiempo, retrocedió medio día. De pronto el sol estaba en lo alto, y en la pantalla amplificadora se vio a sí mismo y al otro a un kilómetro de distancia en el valle. Eso lo afectó. Con rapidez, saltó a la puesta de sol. Con el salto espacial, se acercó al suelo ahora desierto. Después de flotar durante un minuto, realizó un accidentado aterrizaje.

Se bajaron.

—¡Gracias a Dios! —gritó Castelar—. Sus maravillas y favores no tienen fin.

—Por favor —le rogó Tamberly—, ¿podemos ir al río? Me muero de sed.

—Luego podrás beber —le contestó Castelar—. Aquí no hay ni comida ni fuego. Busquemos un sitio mejor.

—¿Dónde? —gruñó Tamberly.

—He estado pensando —dijo Castelar—. Buscar a tu rey no, eso sería entregarme a su poder. Reclamaría este dispositivo que tanto puede significar para la cristiandad. ¿De vuelta a la noche en Caxamalca? No, no inmediatamente. Podríamos encontrarnos con los piratas. Si no, entonces seguro que mi gran capitán Pizarro, con todos los respetos, causaría dificultades. Pero si regreso con armas invencibles, entonces oírás mi consejo.

Entre la oscuridad interior que se cernía sobre él, Tamberly recordó que los indios de Perú no habían sido dominados por completo cuando los conquistadores entraron en combate unos contra otros.

—Me dices que vienes de unos dos mil años después de Nuestro Señor —siguió diciendo Castelar—. Esa época podría ser un buen refugio durante un tiempo. Sabes cómo moverte en ella. Al mismo tiempo, las maravillas no deberían confundirme demasiado... si este invento se realizó mucho después, como me has dicho. —Tamberly comprendió que no soñaba con automóviles, aeroplanos, rascacielos y televisión... conservó su precaución de tigre—: Sin embargo, preferiría comenzar en un refugio pacífico, un lugar apartado en el que haya pocas sorpresas, para avanzar desde él. Sí, si pudiésemos encontrar a alguien más ahí, alguien cuyas palabras pudiese comparar con las tuyas... —En una explosión—: Me oyes. Debes de saber algo. ¡Habla!

La luz corría larga y dorada por el oeste. Los pájaros corrían a casa para anidar en los árboles oscurecidos. El río relucía como agua, como agua. Una vez

más Castelar empleó la fuerza física. Era muy eficiente.

Wanda... estaría en Galápagos en 1987, y Dios sabía que esas islas eran muy pacíficas... Exponerla a ese peligro era todavía peor que romper la directiva de la Patrulla; de todas formas, esto último lo había roto el *quiradex*. Pero ella era inteligente y tenía muchos recursos, y era casi tan fuerte como cualquier hombre. Ella sería leal a su pobre tío. Su belleza rubia distraería a Castelar, y no esperaría demasiado peligro de una simple mujer. Entre ellos, el americano podría encontrar o producir una oportunidad...

Después, muy a menudo, el patrullero se maldijo. Pero realmente no fue él quien respondió, entre gimoteos y quejidos, al deseo del guerrero.

Mapas y coordenadas de las islas, que ningún hombre de la historia recorrería antes de 1535; unas descripciones; algunas explicaciones de lo que la muchacha hacía allí (Castelar estaba asombrado, hasta que recordó a las Amazonas de los romances medievales); algo sobre ella como persona; la probabilidad de que la mayor parte del tiempo estuviese rodeada de amigos, pero que hacia el final podría dar ocasionales paseos sola... Una vez más fue la mente inquisidora, la hábil mente carnívora, la que lo persiguió todo.

Había caído el crepúsculo. Con rapidez tropical se convertía en noche. Las estrellas parpadeaban. Un jaguar rugió.

—Ah, bien. —Castelar rió, con alegría—. Has hecho bien, Tanaquil. No por tu propia voluntad; sin embargo, has ganado tiempo.

—Por favor, ¿puedo beber? —Tamberly tendría que arrastrarse.

—Como desees. Pero vuelve aquí, para que pueda encontrarte luego. En caso contrario, me temo que morirás en la jungla.

La consternación atravesó a Tamberly. Provocado, se sentó sobre la hierba.

—¿Qué? ¡Vamos juntos!

—No, no. Todavía no confío demasiado en ti, amigo. Veré lo que puedo hacer por mí mismo. Después... eso está en manos de Dios. Hasta que regrese a buscarte, adiós.

El brillo del cielo se reflejaba en el casco y el peto. El caballero de España fue hasta la máquina del tiempo. Montó. Luminosos, los controles obedecieron a sus dedos.

—¡Santiago y cierra España! —gritó con fuerza.

Se elevó varios metros. Hubo un soplo de aire y desapareció.

12 de mayo de 2937 a.C.

Tamberly se despertó con la puesta de sol. Bajo él se encontraba la húmeda orilla del río. Los juncos se agitaban con el débil viento, el agua susurraba y cloqueaba. Los olores de la naturaleza le llenaban la nariz.

Le dolía todo el cuerpo. El hambre lo desgarraba. Pero tenía la cabeza despejada, libre de la confusión del *quiradex* y de los tormentos posteriores. Podía pensar de nuevo, volvía a ser un hombre. Se puso con torpeza en pie y permaneció quieto un rato, inhalando la frescura.

El cielo era de un azul pálido, vacío excepto por el vuelo de los cuervos que se alejaban graznando y desaparecían. Castelar no había regresado. Quizá se tomase un tiempo. Verse a sí mismo desde arriba le había afectado. Quizá no regresase. Se encontraría con la muerte, en el futuro, o podría decidir que no le importaba nada el falso fraile.

No hay forma de saberlo. Lo que podría intentar es asegurarme de que nunca me encuentre. Puedo intentar seguir libre.

Tamberly empezó a andar. Estaba débil, pero si administraba las fuerzas, siguiendo el río, podría llegar al mar. Era probable que hubiese un asentamiento en el estuario. Los humanos hacia tiempo que habían venido de Asia a América. Serían primitivos, pero probablemente hospitalarios. Con las habilidades que poseía podría convertirse en alguien importante entre ellos.

Después... Ya tenía una idea.

22 de julio de 1435

Me suelta. Caigo unos centímetros, hasta el suelo, pierdo el equilibrio y tropiezo. Me pongo en pie. Me aparto con fuerza de él. Me detengo. Lo miro.

Todavía montado me sonrío. Por entre la sangre que fluye como un torrente por mis oídos le oigo decir:

—No temáis, señorita. Os pido perdón por el brusco trato, pero no vi otra forma. Ahora, a solas, podemos hablar.

¡A solas! Miro a mi alrededor. Estamos cerca del agua, una bahía, veo la silueta contra el cielo, tiene que ser la bahía Academia cerca de la Estación Darwin, pero ¿qué ha pasado con la estación? ¿O con la carretera a puerto Ayora? Arbustos de matazarno, jacarandás, la escasa hierba en matas, los cactus en medio. Vacío, vacío. Cenizas de un fuego de campamento. ¡Jesús! ¡La gigantesca concha y los huesos pelados de una tortuga! ¡Ese hombre ha matado una tortuga de Galápagos!

—Por favor, no huyáis —dice—. Tendría que reducirlos. Creedme, vuestro honor está a salvo. Más a salvo de lo que estaría en ninguna otra parte. Porque estamos solos en estas islas, como Adán y Eva antes de la caída.

La garganta seca y la lengua de corcho.

—¿Quién eres? ¿Qué es esto?

Baja de la máquina. Me hace una cortés reverencia.

—Don Luis Ildefonso Castelar y Moreno, de Barracota en Castilla, recientemente con el capitán Francisco Pizarro en Perú, a vuestro servicio, dama.

O está loco, o lo estoy yo, o lo está todo el mundo. Una vez más me pregunto si no lo estaré soñando, en un delirio febril. Pero no lo parece. Hay plantas que conozco. Permanecen en su sitio. El sol se ha movido en el cielo y el aire es menos caliente, pero el olor a tierra quemada es el mismo de siempre. Un saltamontes canta. Pasa volando una garza azul. ¿Podría ser esto real?

—Sentaos —dice—. Estáis sorprendida. ¿Os gustaría beber agua? —Como para calmarme añade—: La he traído de otro sitio. Esta región es desolada. Pero podéis tomar toda la que queráis.

Asiento, hago lo que sugiere. Coge un recipiente del suelo, me lo trae y se aparta inmediatamente. No hay que alarmar a la niña. Es un cubo, rosa, con el borde roto, útil pero apenas lo suficiente para tomarse el trabajo de conservarlo.

Debe de haberlo recogido de allí donde alguien lo tiró. Incluso en las chozas el plástico es barato.

Plástico.

El toque final. Una broma. No es gracioso. Dios. Tengo que reírme de todas formas. Guau. Yiii.

—Calmaos, señorita. Os lo he dicho, mientras os portéis de forma inteligente no tenéis nada que temer. Yo os protegeré.

¡El muy cerdo! No soy una feminista acérrima, pero cuando un secuestrador empieza a ponerse paternalista es ya demasiado. Las risas ahogan el silencio. Se pone en pie. Tensa los músculos. Se agitan un poco.

Pero de alguna forma ya no tengo miedo. Más bien siento una furia fría. Pero al mismo tiempo, soy más consciente que nunca. Está de pie frente a mí tan claro como si hubiese sido iluminado por un rayo. No es un hombre grande, es delgado, pero recuerdo su fuerza. Rasgos hispanos, cierto, un europeo puro, de un moreno casi negro. No es un disfraz. Esa ropa está gastada, remendada, sucia; tintes vegetales. Sin lavar, como él mismo. El olor es fuerte, pero realmente no apesta, es como un olor de cielo abierto. El casco con cresta que desciende para protegerle el cuello y el peto están deslustrados. Veo rayones en el metal. ¿De la batalla? De la cadera izquierda le cuelga la espada. Una vaina a la derecha para un cuchillo. Al no tenerlo, debía de haber matado a la tortuga y cortado un pincho con la espada. La madera podía conseguirla de las ramas bajas. Allí podía hacerse fuego. Tendones como cuerdas. Lleva aquí un tiempo.

En un susurro:

—¿Dónde estamos?

—Otra isla del mismo archipiélago. La conocéis como Santa Cruz. Eso será dentro de quinientos años. Hoy es un centenar de años antes de su descubrimiento.

Respiro lenta y profundamente. Corazón, tómatelo con calma. He leído mucha ciencia ficción. Viajes en el tiempo. ¡Pero un conquistador español!

—¿De cuándo vienes?

—Ya os lo he dicho. Como de un siglo en el futuro. Viajé con los hermanos Pizarro y derrotamos al rey pagano de Perú.

—No. No debería entenderlo. —Te equivocas, Wanda. Recuerda. Tío Steve me lo había dicho en una ocasión. Si me encontrase con un inglés del siglo XVI, las pasarías canutas. Las palabras no cambiaban (no cambiarán) demasiado, pero la pronunciación sí. El español es una lengua mucho más estable.

—¡Tío Steve!

Mantente fría. Habla con calma. No puedo del todo. Al menos míralo a los ojos.

—Mencionó a un familiar justo antes de que... me agarrase violentamente.

Parezco exasperada.

—Hice sólo lo que era necesario. Sí, si sois realmente Wanda Tamberly conozco al hermano de vuestro padre. —Me mira como un gato a una rata—. El nombre que usaba entre nosotros era Esteban Tanaquil.

¿El tío Steve también es un viajero en el tiempo? No puedo evitarlo, tengo vértigo.

Me libero con un estremecimiento. Don Luis Etcétera ve que estoy desconcertada. O sabía que lo estaría. Dice:

—Os advertí que estaba en peligro. Eso es cierto. Es mi rehén. Lo he dejado en una jungla donde el hambre pronto lo reclamará, a menos que las bestias salvajes lo hagan primero. Es vuestro deber ganar su rescate.

22 de mayo de 1987

Parpadeo. Aquí estamos. Como un golpe en el plexo solar. Casi me caigo. Me agarro a su cintura. Entierro la cara en su capa.

Calma, muchacha. Te dijo que estuvieses preparada para esta... transición. Él siente sobrecogimiento. Con rapidez dice al viento : «*Ave Maria gratia plena...*» . En el cielo hace frío. No hay luna, pero sí estrellas por todas partes. Se acercan las luces de un avión, encendiéndose, apagándose, encendiéndose, apagándose.

La península es tremenda, una galaxia extendida, a casi un kilómetro por debajo de nosotros. Blanco, amarillo, rojo, verde, azul, el reluciente fluir de los coches, desde San José a San Francisco. Masas negras a la izquierda donde se elevan las colinas. Una oscuridad estremecida a la derecha, la bahía, atravesada por los puentes. Se entrevén ciudades, chispazos de luz en la costa opuesta. Son como las diez en punto de una noche de viernes.

¿Cuántas veces lo habré visto? Desde aviones. Pero una motocicleta espacio-temporal, yo en el asiento del pasajero tras un hombre nacido hace cinco siglos, es muy diferente.

Se controla. Ese coraje suyo de león... sólo que un león no cargaría directamente contra lo desconocido, no como lo hicieron esos tipos después de que Colón les mostrase un mundo listo para ser ocupado.

—¿Es éste el reino del hada Morgana?—dice.

—No, aquí es donde vivo. Eso son faroles, faroles en las calles y casas y... carros. Esos carros se mueven por sí mismos, sin caballos. Allí va una nave voladora. Pero no puede saltar de sitio en sitio, de año en año como ésta.

Una supermujer no estaría soltando datos. Le diría una mentira, la engañaría, usaría su ignorancia para atraparla de alguna forma. Sí, «de alguna forma» es lo difícil. Sólo soy yo, y él es un superhombre, o algo muy parecido. La selección natural en su época. Si no eras físicamente resistente no vivías para tener hijos. Y un campesino podía ser estúpido, podría incluso irle mejor si lo era, pero no un oficial militar que no tenía ningún Pentágono para que le planificase las maniobras. Además, esas horas de interrogatorios en Santa Cruz (que yo, Wanda May Tamberly, soy la primera mujer en haber pisado) me han dejado agotada. No me ha puesto la mano encima, pero ha sido muy insistente. Ha demolido toda mi resistencia. Mi idea principal, ahora mismo, es que es mejor cooperar. En

caso contrario podría cometer con facilidad un error que nos matase y dejase aislado al tío Steve.

—Había pensado que los santos vivirían en tal brillo de gloria —murmura Luis. Las ciudades que él conoció se apagaban de noche. Necesitaba una linterna para encontrar el camino. Si era una buena ciudad, ponía piedras para pisar en medio de las calles sin aceras, para que te mantuvieras por encima de las mierdas de caballo y la basura.

Se vuelve táctico.

—¿Podemos descender sin que nos vean?

—Si tienes cuidado. Ve despacio y te guiaré. —Reconozco el campus de Stanford, en su mayoría una zona sin iluminación. Me inclino contra él, con la mano izquierda agarrada a la capa. Los asientos están muy bien diseñados; las rodillas me mantendrán en posición. Pero es una caída muy larga. Paso el brazo derecho por un costado. Señalo.

—Hacia allá.

La máquina se inclina. Nosotros también. Mi nariz se llena con su olor. Ya lo había notado: fuerte más que desagradable; sí, muy masculino.

Hay que admirarlo. Un héroe según sus propios términos. No puedo dejar de desear que consiga cumplir sus planes desesperados.

Caray, chica. Esto es una trampa. Has oído hablar de gente secuestrada, incluso de gente torturada, que desarrolla cariño por sus captores. No te conviertas en una Patty Hearst.

Maldición, aun así lo que Luis ha hecho es fantástico. Tiene cerebro además de valor. Piensa en todo. Intenta, mientras vais por el aire, ordenar en tu mente lo que te dijo, lo que viste, lo que supusiste.

Es difícil. Él mismo admitió estar confundido. En general se aferra a su fe en la Trinidad y en los santos guerreros. Triunfará, le dedicara a ellos sus victorias y será más importante que el Santo Emperador, o morirá en el intento e irá al Paraíso con todos los pecados perdonados porque todo lo que hizo fue en nombre de la cristiandad. La cristiandad católica.

El viaje en el tiempo es real. Existe algún tipo de policía del tiempo, y tío Steve trabaja para ella (oh, tío Steve, mientras reíamos, charlábamos, íbamos a excursiones familiares, veíamos la tele y jugábamos al ajedrez o al tenis, todo esto estaba tras tus ojos). Además hay bandidos o piratas corriendo por la historia, ¿y no es aterradora la idea? Luis escapó de ellos, cogió la máquina, me cogió a mí, para sus propios alocados propósitos.

Cómo llegó hasta mí... Sacó la información básica del tío Steve. Temo imaginar cómo, aunque él dice que no le causó ningún daño permanente. Fue a las Galápagos, estableció un campamento antes de que las islas fuesen descubiertas. Realizó cautelosos viajes de reconocimiento al siglo XX, a 1987 para ser exactos. Sabía que yo estaría por allí y que era la única persona que

podía esperar... usar.

El campamento está en el jardín botánico tras la Estación Darwin. Allí podía dejar con seguridad la máquina durante varias horas seguidas, especialmente muy de mañana o muy tarde, o de noche. Podía caminar hasta la ciudad o por la zona sin la armadura. Su ropa tenía un aspecto extraño, pero tuvo la precaución de acercarse sólo a habitantes locales de clase trabajadora, y éstos se han acostumbrado a los turistas locos. Convenció a algunos, pegó a otros, quizá sobornó a unos cuantos. Tengo la impresión de que robó dinero. Sin piedad. En todo caso, planteó preguntas inteligentes a intervalos bien espaciados. Descubrió cosas sobre esta era. Descubrió cosas sobre mí. Una vez que supo que me iba de permiso, y más o menos adónde, pudo flotar demasiado alto para que lo viésemos, vigilando por medio de la pantalla amplificadora que me mostró, esperar su oportunidad y atacar. Y aquí estábamos.

Hará esas cosas, llegado septiembre. Estamos en el fin de semana del Día de los Caídos. Quería que lo llevase a mi casa en un momento en que nadie pudiese molestarnos. Sobre todo yo (¿cómo es encontrarse con una misma?). Estoy con papá, mamá y Suzy en San Francisco. Mañana salimos para Yosemite. No volveremos hasta el lunes por la noche.

Él y yo en mi apartamento. Sé que las otras tres unidades están vacías, los estudiantes siempre se van por vacaciones.

Bien, me atrevo a esperar que siga «respetando mi honor». Hizo ese comentario desagradable sobre que me vestía como un hombre o una puta. Bien, me alegro de haber tenido la presencia de ánimo suficiente para indignarme y decirle que es ropa de dama respetable allí de donde vengo. Se disculpó, más o menos. Dijo que yo era una mujer blanca, a pesar de ser una hereje. Los sentimientos de las mujeres indias no contaban, claro.

¿Qué hará a continuación? ¿Qué quiere de mí? No lo sé. Probablemente él tampoco lo sabe todavía con seguridad. Si yo tuviese la misma oportunidad que él, ¿cómo la usaría? Es un poder casi divino. Es difícil ser razonable con esos controles entre los dedos.

—Gira a la derecha. Despacio.

Hemos volado sobre la avenida University, sobre Middlefield y más allá de la plaza; mi casa está por ahí. Sí.

—Para.

Nos detenemos. Miro tras su hombro hasta el edificio cuadrado, a tres metros por debajo de nosotros y a seis por delante. Las ventanas están ciegas.

—Tengo habitaciones en ese piso de arriba.

—¿Tenéis espacio para el carruaje?

Problema.

—Bien, sí, en la habitación mayor. Como a —maldición, ¿cuántos?— tres pies tras esos vidrios en la esquina. —Estoy dando por supuesto que el pie español de

su época no es muy diferente del pie inglés.

Evidentemente no. Se inclina hacia delante, mira, calcula. Se me dispara el pulso. La piel se me llena de sudor. Tiene la intención de realizar un salto cuántico por el espacio (no, realmente no es por el espacio. ¿Alrededor?) y aparecer en el salón. ¿Qué pasa si aparecemos en medio de algo?

Oh, hizo experimentos en su retiro en las Galápagos. ¡Hacia falta valor! Hizo descubrimientos. Intentó explicármelos. Más o menos como lo entiendo, en palabras del siglo XX, pasas directamente de un conjunto de coordenadas espaciotemporales a otro. Quizá es por medio de un «agujero de gusano» — recuerdos vagos de artículos en *Scientific America*, *Science News*, *Analog*— y durante un momento tus dimensiones son igual a cero; luego, al expandirte en el volumen de destino, desplazas la materia que se encuentre allí. Con las moléculas de aire es evidente. Luis descubrió que si en el camino hay un objeto pequeño, se aparta a un lado. Si hay un objeto grande, la máquina, contigo a bordo, se pone al lado, desplazada con respecto al punto de destino. Probablemente se trate de un desplazamiento mutuo. Acción igual a reacción. ¿De acuerdo, don Isaac?

Debe de haber límites. Supongamos que acabamos en la pared. Clavos atravesándonos el estómago, estuco y yeso como bolas de cañón y una caída de tres metros sobre este pesado objeto.

—Que san Jaime nos acompañe —dice. Siento sus movimientos. ¡Vaya!

Aquí estamos, a unos centímetros sobre el suelo. Nos hace bajar. Aquí estamos.

La luz de la calle penetra débil por la ventana. Me bajo. Se me doblan las rodillas. Comienzo a andar. Me detengo. Su mano en mi brazo es como una tenaza.

—Parad —me ordena.

—Sólo quiero tener mejor luz.

—Me aseguraré de eso, mi dama. —Viene conmigo. Cuando le doy al interruptor y todo se ilumina se queda boquiabierto. Sus dedos me aprietan mucho—. ¡Ay! —dice, y mira a su alrededor.

Debe de haber visto luces eléctricas en Santa Cruz. Pero Puerto Ayora es una villa muy pobre, y no creo que mirase en los cuartos del personal de la estación. Intento verlo a través de sus ojos. Es difícil. Yo lo doy todo por supuesto. ¿Realmente cuánto ve, considerando lo extraño que es para él?

La moto ocupa la mayor parte de la alfombra. Se pega a la mesa, el sofá, el armario de entretenimiento y la estantería.

He tirado dos sillas. Cuarta pared, puerta abierta al pequeño pasillo. Baño y armario de la escoba a la izquierda, dormitorio y armario de la ropa a la derecha, cocina al final, esas puertas están cerradas. Cuartitos pequeños. Y apostaría a que nadie por debajo de un príncipe mercader vivía así en el siglo XVI.

Lo que le sorprende inmediatamente:

—¿Tantos libros? No podéis ser un clérigo.

Vaya, dudo que tenga un centenar, libros de texto incluidos. Y Gutenberg es anterior a Colón, ¿no?

—Qué encuadernación más pobre. —Eso parece renovar su confianza. Supongo que los libros todavía eran caros y escasos. Y no los había de bolsillo.

Agita la cabeza ante un par de revistas; las portadas deben parecerle totalmente chillonas. Nuevamente la dureza.

—Me mostraréis esta vivienda.

Lo hago, explicándole lo mejor que puedo. Ha visto (verá) grifos y baños en Puerto Ayora.

—Cómo deseo un baño —digo con un suspiro. Dame una ducha caliente y ropa limpia y podrás guardarte tu Paraíso, don Luis.

—Luego, si lo deseáis. Sin embargo, tendrá que ser delante de mí, como todo lo que hagáis.

—¿Qué? Incluso el... ¿incluso eso?

Está avergonzado pero decidido.

—Lo lamento mi dama, y mantendré el rostro apartado, aunque debo ver lo suficiente para asegurarme de que no prepararéis ningún truco. Porque os creo un alma valiente y tenéis a vuestra disposición misteriosos dispositivos que no comprendo.

Ja. Si llevase una del calibre 45 en la ropa interior... Y tengo problemas para convencerlo de que la aspiradora no es un arma. Me hace llevarla hasta el salón y enseñarle cómo funciona. Una sonrisa lo vuelve humano.

—Dadme una sirvienta —dice—. No aúlla como un lobo enloquecido.

La dejamos donde está y volvemos por el pasillo. En la cocina, admira los fogones a gas. Le digo:

—Necesito un bocadillo... comida... y una cerveza. ¿Y tú? Has tenido agua sucia y tortuga medio cocida durante días.

—¿Me ofrecéis hospitalidad? —Parece sorprendido.

—Llámalo así.

Lo medita.

—No. Gracias, pero no puedo en conciencia tomar vuestra sal.

Es curioso lo emotivo que resulta.

—Está algo pasado de moda, ¿no? Si recuerdo bien, los Borgia iban a lo suyo en tu época. ¿O fue antes? Bien, aceptemos que somos oponentes que se han sentado a negociar.

Él inclina la cabeza, se quita el casco y lo deja sobre la mesa.

—Mi dama es muy amable.

Un tentempié nos hará mucho bien. Y quizá lo desarme. Soy una moza atractiva cuando lo pretendo. Aprende todo lo posible. Mantente alerta. Y, a pesar

de la tensión... maldición, todo esto es fascinante.

Me observa poner en marcha la cafetera. Se muestra interesado cuando abro la nevera, sorprendido cuando quito el cierre de un par de latas. Tomo de la primera y se la paso.

—No está envenenada. Coge una silla. —Se sienta a la mesa. Yo me ocupo del pan, el queso y lo demás.

—Una bebida curiosa —dice. Seguro que había cerveza en su época, pero sin duda era diferente.

—Tengo vino, si lo prefieres.

—No, debo estar alerta.

La cerveza de California ni siquiera lo pondría alegre. Malo.

—Contadme cosas sobre vos, dama Wanda.

—Si tú haces lo mismo, don Luis.

Nos vale. Hablamos. ¡Qué vida ha llevado! Él encuentra la mía igualmente asombrosa. Bien, soy una mujer. Para él, debería de haber dedicado mis esfuerzos a reproducirme, cuidar de la casa y rezar. A menos que fuese la reina Isabel... Aprovéchalo. Haz que te subestime.

Eso exige técnica. No estoy acostumbrada a agitar las pestañas y animar a un hombre para que me describa lo maravilloso que es. Pero lo puedo hacer cuando es necesario. Es una forma de evitar que una cita degenera en un combate de boxeo. Nunca salgo dos veces con ese tipo de hombre. Dame un hombre que se considere mi igual.

Luis tampoco es del tipo bestial. Mantiene su promesa, y es absolutamente amable. Rígido, pero amable. Un asesino, un racista, un fanático; un hombre de palabra, sin miedo, dispuesto a morir por su rey y sus compañeros; sueños de Carlomagno, emotivos recuerdos de su madre, pobre y orgullosa en España. Sin humor, pero un encendido romántico.

Miro el reloj. Es cerca de medianoche. Buen Dios, ¿llevamos aquí tanto tiempo?

—¿Qué pretendes hacer, don Luis?

—Obtener armas para mi país.

Voz monótona. Sonrisa en los labios. Ve mi asombro.

—¿Estáis sorprendida, mi dama? ¿Qué otra cosa podría buscar? No viviría aquí. Desde el aire puede que se parezca a las puertas del cielo, pero creo que en el suelo, esos carruajes corriendo y rugiendo por millares hacen que se parezca más al infierno. Gente extranjera, lengua extranjera, costumbres extranjeras. Herejía y desvergüenza por todas partes, ¿no? Perdonadme. Creo que sois casta, a pesar de esa ropa. Pero ¿no sois una infiel? Está claro que desafiáis la ley de Dios en lo que respecta al papel adecuado para una mujer. —Agita la cabeza—. No, volveré a la época que me pertenece y a mi país. Volveré bien armado.

Estoy horrorizada:

—¿Cómo?

Se tira de la barba.

—He estado pensando. Un carruaje de los vuestros sería de poco uso donde no hay carreteras ni combustible. Más aún, en el mejor de los casos sería una montura torpe en comparación con mi galante Florio... o el carruaje que he capturado. Sin embargo, debéis tener armas de fuego tan alejadas de nuestros mosquetes y cañones como éstos están más allá de las lanzas y arcos de los indios. De mano, sería lo mejor.

—Pero yo no tengo armas. No puedo conseguirlas.

—Sabéis cómo son y dónde están. En arsenales militares, por ejemplo. Os preguntaré mucho durante los próximos días. Después, bien, dispongo de los medios para atravesar todas las barreras y llevarme lo que desee.

Cierto. Y es probable que tenga éxito. Me tendrá a mí, primero para informarle y más tarde como guía. No hay forma de escapar, a menos que me muestre heroica y haga que me mate. Lo que lo dejaría en libertad para intentarlo en otro lugar, y tío Steve se quedaría donde está.

—¿Cómo... cómo usarás... esas armas?

Solemne:

—Al final, dirigiendo las tropas del emperador para llevarlas a la victoria. Atacar a los turcos. Arrancar la sedición luterana en el norte de la que he oído hablar. Enseñar humildad a franceses e ingleses. La cruzada final. —Toma aliento—. Primero, garantizaré la conquista del Nuevo Mundo y mi propio poder en él. No es que desee la fama más que otros. Pero Dios me ha nombrado.

Mi mente da vueltas por la locura que surgiría del menor de sus planes.

—¡Pero todo lo que nos rodea, no habrá existido! ¡Nunca habría nacido!

Él se persigna.

—Ésa es la voluntad de Dios. Sin embargo, si me ofrecéis fieles servicios, podría llevaros conmigo y garantizar vuestra seguridad.

Sí. Seguridad como una mujer española del siglo XVI. Si existo. Mis padres no existirían, ¿no? No tengo ni idea. Simplemente estoy convencida de que Luis juega con fuerzas más allá de su imaginación, o de la mía, o de la de cualquiera excepto la Guardia del Tiempo... como un niño que juega en un campo nevado antes de la avalancha...

¡La Guardia del Tiempo! Ese Everard del año pasado, preguntando por el tío Steve, ¿por qué? Porque Stephen Tamberly realmente no trabajaba para una fundación científica. Trabajaba para la Guardia del Tiempo.

Su labor debía de incluir evitar desastres. Everard me dio su tarjeta. Tenía un número de teléfono. ¿Dónde puse ese trozo de papel? Esta noche el universo depende de él.

—Debería empezar descubriendo que pasó en Perú desde que yo... me fui —dice Luis—. Después podré planear cómo arreglarlo. Decídmelo.

Me estremezco. Me deshago de la sensación de vivir una pesadilla. Piensa qué hacer.

—No puedo. ¿Cómo iba a saberlo? Eso sucedió hace más de cuatrocientos años. —Sólido, de carne, lleno de sudor, un fantasma de ese pasado lejano se sienta delante de mí, entre platos sucios, tazas de café y latas de cerveza.

Una erupción en mi cabeza.

Mantengo la voz baja. Bajo la vista. Tímida.

—Tenemos libros de historia, claro. Y bibliotecas donde cualquiera puede entrar. Iré a mirar.

Él ríe.

—Sois valiente, mi dama. Sin embargo, no abandonaréis estas habitaciones, ni os apartaréis de mí hasta que esté seguro de mi control de estas cosas. Cuando yo salga, a investigar, dormir, o por cualquier otra razón, volveré en el mismo minuto de mi partida. Evitad el centro de la habitación.

La máquina del tiempo aparece en el mismo espacio que yo. ¡Bum! No, es más probable que me aparte unos centímetros. Seré arrojada contra la pared. Podría romperme un hueso, lo que no sería muy útil.

—Bien, podría hablar con alguien que conozca la historia. Tenemos dispositivos... para enviar la voz por cables, a kilómetros de distancia. Hay uno en la sala principal.

—¿Y cómo sabría yo con quién habláis o qué decís en vuestra lengua inglesa? Para asegurarme, no pondréis las manos en ese aparato. —Él no sabe qué aspecto tiene un teléfono, pero yo no podría empezar a usar el mío sin que él comprendiese.

La hostilidad desaparece. Seriedad:

—Mi dama, os lo ruego, comprended que no tengo malas intenciones. Hago lo que debo hacer. Allí están mis amigos, mi país, mi Iglesia. ¿Tendréis la sabiduría, la compasión, de aceptarlo? Sé que tenéis conocimientos. ¿No tenéis ningún libro propio que pueda ayudarme? Recordad que, suceda lo que suceda, seguiré adelante con mi sagrada misión. Podéis hacer que sea menos terrible para el hombre a quien amáis.

La emoción se va con la esperanza. Me siento cansada. Me duele cada una de mis células. Cooperar con esto. Quizá después te deje dormir. Los sueños que pudiesen venir no podrían ser más terrible que la vigilia.

La enciclopedia. Regalo de cumpleaños de Suzy, mi hermana, hace un par de años, que estaría condenada si España conquista Europa, el Cercano Oriente y ambas Américas.

Helada. ¡Ya recuerdo! Tiré la tarjeta de Everard en el cajón superior, donde guardo lo que no sé clasificar. El teléfono está justo encima, al lado de la máquina de escribir.

—Señorita, tembláis.

—¿No tengo razones? —Me pongo en pie—. Ven. —El viento frío que me atraviesa me quita el agotamiento—. Tengo un par de libros con información.

Me sigue justo detrás. Su presencia es una sombra sobre mí, una sombra con peso.

En la mesa.

—¡Alto! ¿Qué queréis de ese cajón?

Nunca he sido una buena mentirosa. Debo mantener la cara oculta y que mi voz sea vacilante es de esperar.

—Puedes ver cuántos volúmenes hay. Debo consultar mis registros para localizar la crónica. Mira. No hay ningún arcabuz oculto. —Lo abro antes de que me agarre la cintura. Me quedo pasiva, dejándole buscar hasta que está satisfecho. La tarjeta salta entre las cosas, como mi pulso.

—Os pido perdón, mi dama. No me deis ninguna ocasión para sospechar de vos y no os trataré mal.

Le doy la vuelta a la tarjeta. Hago que parezca accidental. La vuelvo a leer: Manse Everard, una dirección de Manhattan, el número de teléfono, el número de teléfono. Me lo grabo en la cabeza. Busco. ¿Qué puedo sacar que parezca un catálogo de biblioteca? Ah, el seguro de mi coche. Lo saqué para echarle un vistazo después de aquel golpe hace meses... no, el mes pasado, abril... y todavía no he tenido tiempo de ponerlo en la caja de seguridad. Hago como que lo examino.

—Ah, aquí está.

Vale, ahora sé cómo pedir ayuda. Falta la oportunidad para hacerlo. Tengo que mantenerme atenta.

Rodeo la moto del tiempo para llegar a la estantería. Luis me sigue de cerca. *Payn a Polka*. Lo saco, lo hojeo. Él mira por encima del hombro. Exclama cuando reconoce Perú. Sabe leer. Pero no inglés.

Traduzco. Primera historia. El viaje de Pizarro a Túmbez, las terribles penalidades, su eventual retorno a España en busca de financiación.

—Sí, sí, lo he oído muchas veces. —A Panamá en 1530, Túmbez en 1531—. Estaba con él.

Lucha. Un pequeño destacamento realiza un viaje épico por las montañas. Entra en Cajamarca, captura al inca, su rescate.

—¿Y luego, y luego?

Muerte judicial de Atahualpa.

—Oh, terrible. Bien, sin duda mi capitán decidió que era necesario.

Marcha a Cuzco. La expedición de Almagro a Chile. Pizarro funda Lima. Manco, su inca de paja, escapa, levanta a la gente contra los invasores. Cuzco es atacada desde principios de febrero de 1536 hasta que Almagro regresa y la libera en abril de 1537; mientras tanto, hay valor desesperado en ambos bandos por todo el país, justo después de la difícil victoria española, con los indios todavía

en guerra de guerrillas, los hermanos Pizarro y Almagro se enfrentan entre sí. Batalla directa en 1538, Almagro es derrotado y ejecutado. Su hijo mestizo y sus amigos se enfurecen; conspiración, asesinato de Francisco Pizarro en Lima, 26 de junio de 1541.

—¡No! ¡Por el cuerpo de Cristo que no sucederá!

Carlos V envía un nuevo gobernador, que toma el poder, derrota al bando de Almagro y ejecuta a los jóvenes.

—Horrible, horrible. Cristiano contra cristiano. No, está claro, necesitamos un hombre fuerte para tomar el mando en los primeros momentos de desgracia.

Luis saca la espada. ¿Qué demonios? Alarmada, dejo caer el volumen, me retiro hacia la mesa. Él se pone de rodillas. Levanta la espada por la hoja, la convierte en una cruz. Le caen lágrimas por las mejillas de cuero hacia la barba de medianoche.

—Dios todopoderoso, Santa Madre de Dios —solloza—, sed con vuestro sirviente.

¿Una oportunidad? No hay tiempo de pensar.

Agarro la aspiradora. La agito en alto. Él lo oye, se da la vuelta sobre las rodillas, se agacha para saltar. Es una maza pesada e incómoda. Le doy con todo lo que mis brazos y hombros pueden ofrecer. Al otro lado de la moto, le doy con el motor en la cabeza.

Cae. La sangre fluye como loca, de un rojo neón. Cráneo lacerado. ¿Lo he dejado inconsciente? No me detengo a comprobarlo. Dejo la aspiradora encima de él. Salto al teléfono.

Da tono. ¿El número? Mejor que acierte. Tic, tic, tic... Luis gruñe. Se pone de cuatro patas. Tic, tic.

Suena.

Suena, suena. Luis se agarra al estante, lucha por ponerse de pie.

La voz que recuerdo.

—Hola. Soy el contestador de Manse Everard.

¡Oh, Dios, no!

Luis agita la cabeza, se limpia la sangre de los ojos. Mancha, gotea, en cantidad imposible, imposiblemente brillante.

—Lamento no poder venir al teléfono. Si desea dejar un mensaje, le devolveré la llamada en cuanto pueda.

Luis se pone de pie con dificultad, con los brazos colgando, pero me mira.

—Luego —murmura—. Traición.

—Puede empezar a hablar cuando oiga la señal. Gracias.

Se agacha, recoge la espada, avanza. Tambaleándose, inexorable.

Grito:

—Wanda Tamberly. Palo Alto. Viajero en el tiempo. —¿Cuál es la fecha, demonios, cuál es la fecha?—. Noche del viernes antes del Día de los Caídos.

¡Ayuda!

La espada apunta a mi garganta.

—Arroja esa cosa —ruge. Lo hago. Me tiene contra la mesa—. Debería matarte por eso. Quizá lo haga.

U olvidará sus escrúpulos sobre mi virtud y ...

Al menos dejé una pista a Everard. ¿No?

Una ráfaga. Una segunda máquina sobre la primera, sus pilotos apretados contra el techo.

Luis grita. Se echa atrás, sobre el asiento de la suya. Con la espada en una mano. La otra baila sobre los controles. Everard no puede moverse bien. Veo una pistola en su mano. Pero hay una ráfaga. Luis se ha ido.

Everard desciende.

Todo me da vueltas, se oscurece. No me he desmayado nunca. Si pudiese sentarme durante un minuto.

23 de mayo de 1987

Vino del pasillo llevando una bata sobre el pijama. Lo ceñido de la prenda destacaba una figura ágil, el color azul el tono de sus ojos. La luz del sol que entraba por la ventana occidental convertía en dorado su pelo.

Parpadeó.

—Oh, Dios. Ya es por la tarde —murmuró—. ¿Cuánto he dormido?

Everard se levantó del sofá donde había estado sentado con un libro.

—Calculo que unas catorce horas —dijo—. Lo necesitaba. Bienvenida.

Ella miró a su alrededor. No había cronociclo ni manchas de sangre.

—Después de que mi compañera la metiera en cama, ella y yo buscamos material y lo arreglamos lo mejor que pudimos —le explicó Everard—. Se fue. No hay necesidad de abarrotar el apartamento. Era necesario un guardia, claro, como precaución. Mejor será que lo examine todo y se asegure de que está en orden. No estaría bien que su yo anterior regresase y encontrase rastros del desastre. Después de todo, no fue así.

Wanda suspiró.

—No, ni rastro.

—Tenemos que evitar las paradojas de ese tipo. La cosa ya está muy confusa. —*Y es peligrosa*, pensó Everard. *Más que mortalmente peligrosa. Debería animarla*—. Eh, apuesto a que está hambrienta.

A él le gustó la forma en que rió.

—Me comería el proverbial caballo acompañado de patatas fritas y pastel de manzana de postre.

—Bien, me tomé la libertad de buscar comida, y a mí también me vendría bien el almuerzo, si no le importa que la acompañe.

—¿Importarme? ¡Intente no hacerlo!

En la cocina él la animó a sentarse mientras preparaba la comida.

—Soy un hombre bastante competente con un filete y ensalada. Ha pasado por una dura experiencia. La mayoría de la gente estaría confusa.

—Gracias —dijo. Durante un minuto sólo rompía el silencio el ruido de la preparación. Luego, mirándolo fijamente, dijo—: Pertenece a la Guardia del Tiempo, ¿no?

—¿Eh? —Se dio la vuelta—. Sí. En inglés normalmente es la Patrulla del

Tiempo. —Hizo una pausa—. La gente de fuera no debería saber que el viaje en el tiempo existe. No podemos decírselo a menos que nos autoricen, y eso sólo cuando lo requieren las circunstancias. Así es en este caso; ha chocado contra ese hecho. Y tengo autoridad para tomar la decisión. Seré sincero con usted, señorita Tamberly.

—Genial. ¿Cómo me encontró? Cuando me salió el contestador me quedé desesperada.

—El concepto le es nuevo. Piense. Después de oír el mensaje, ¿qué esperaba que hiciese excepto organizar una expedición? Flotamos en el exterior de la ventana, vimos al hombre amenazándola, y saltamos al interior. Por desgracia, no tuve espacio para dispararle antes de que escapase.

—¿Por qué no retrocedieron en el tiempo?

—¿Y evitarle algunas horas desagradables? Lo siento. Más tarde le contaré los peligros de cambiar el pasado.

Frunció el ceño.

—Ya los conozco un poco.

—Humm, supongo que sí. Mire, no tenemos por qué hablar de esto hasta que esté recuperada. Tómese un par de días.

Ella levantó la cabeza con orgullo.

—Gracias, pero no hay necesidad. No estoy herida, tengo hambre y la curiosidad me devora viva. Y también la preocupación. Mi tío... No, en serio, por favor, preferiría no tener que esperar.

—Caray, es dura. Vale. Empiece contándome sus experiencias. Despacio. La interrumpiré con muchas preguntas. La Patrulla tiene que saberlo todo. Lo necesita más de lo que cree.

—¿Y lo sabe el mundo? —Se estremeció, tragó, apretó los dedos en el borde de la mesa, y se lanzó a contar la historia. Estaban a mitad de la comida antes de que él hubiese agotado todos los detalles.

Sombrío, dijo:

—Sí, es grave. Sería todavía peor si no hubiese sido tan valiente e ingeniosa, señorita Tamberly.

Ella enrojeció.

—Por favor, soy Wanda.

Él forzó una sonrisa.

—Vale, y soy Manse. Pasé mi infancia en el Medio Oeste americano de los años veinte y treinta. Mis modales han permanecido. Pero si prefiere el tuteo, por mí vale.

Ella lo miró durante un rato.

—Sí, seguirías siendo un chico educado de granja, ¿no? Recorriendo la historia, te perderías todos los cambios sociales de tu tierra natal.

Inteligente —pensó él—. Y hermosa, de rasgos marcados.

Ella mostró ansiedad.

—¿Qué hay de mi tío?

Manse hizo una mueca.

—Lo siento. El don no te dijo nada más que había dejado a Steve Tarnberly en el mismo continente pero en el lejano pasado. Sin posición ni fecha.

—Tenéis... tiempo para buscarlo.

Él negó con la cabeza.

—Así me gustaría que fuese, pero no. Podríamos usar miles de años hombre. Y no disponemos de ellos. La Patrulla está muy dispersa. Apenas somos los suficientes para realizar las misiones normales e intentar ocuparnos de emergencias como ésta. Sólo disponemos de ciertos años hombre, porque tarde o temprano todo agente muere o queda inhabilitado. Aquí los acontecimientos se han salido de control. Necesitaremos todos los recursos que podamos dedicar para arreglarlo... si podemos.

—¿Volverá Luis por él?

—Quizá. Sospecho que no. Tendrá cosas más importantes en la cabeza. Esconderse hasta curar sus heridas, y luego... —Everard miró al vacío—. Un hombre duro, inteligente, despiadado y decidido, suelto con una máquina del tiempo. Podría aparecer en cualquier lugar, en cualquier tiempo. El daño que puede producir es ilimitado.

—Tío Steve...

—Podría buscar ayuda. No estoy seguro de cómo, pero podría ocurrírsele un plan, si sobrevive. Es brillante y fuerte. Ahora comprendo por qué has sido su pariente favorito.

Ella contuvo una lágrima.

—¡Maldición, no voy a llorar como una Magdalena! Quizá más tarde... quizá más tarde encontremos una pista. Mientras tanto, el filete se enfría. —Lo atacó como si fuese un enemigo.

Él volvió a comer. De forma extraña, el silencio entre ellos pasó de incómodo a amistoso. Al cabo de un rato, ella le preguntó:

—¿Qué hay de contarme toda la verdad?

—Un resumen —aceptó él—. Eso por sí solo y a llevará un par de horas.

Al final ella permaneció sentada con los ojos abiertos como platos en el sofá mientras él caminaba frente a ella, de un lado a otro. Se golpeó la palma con el puño.

—Una situación Ragnarok —dijo—. Pero no desesperada. Wanda, pasase lo que le pasase o vaya a pasarle a Stephen Tarnberly, no vivió en vano. Por medio de Castelar te envió dos nombres, «exaltacionistas» y «Machu Picchu». No es que imagine que Castelar lo hubiese hecho si no hubiese tenido el ingenio, en esas circunstancias, de sacarlo de allí, llevárselo para que le contase todo lo que sabía.

—Fue muy poco —objetó ella.

—Una bomba también puede ser muy pequeña, hasta que explota. Mira, los exaltacionistas... te contaré más luego, pero en resumen, son una banda de bandidos del muy lejano futuro. Criminales en su entorno; robaron varios vehículos y escaparon al espacio-tiempo sin dejar rastro. Ya antes de ahora hemos tenido que tratar con los resultados de sus acciones, «antes de ahora» en términos de mi vida, claro, pero siempre han evitado ser capturados. Bien, me has dicho que estaban en Machu Picchu. Sabemos que los nativos no abandonaron del todo la ciudad hasta que fue destruida la última resistencia contra los españoles. Por la descripción que te dio Castelar, la fecha en que los exaltacionistas se encontraban allí debió de ser poco después. Eso es suficiente para que nuestros exploradores localicen la escena con exactitud.

» Uno de nuestros agentes "ya" ha informado de actividad externa en la corte del inca, algunos años antes de la llegada de Pizarro. Parece que intentaron, fracasando, evitar la división de poder que llevó a la guerra civil y dejó el camino libre para esa banda de invasores. A la luz de lo que me has dicho, estoy seguro de que eran los exaltacionistas, intentando cambiar la historia. Cuando no funcionó, decidieron al menos robar el rescate de Atahualpa. Eso afectaría mucho y podría permitirles cometer más fechorías.

—¿Porqué?—susurró ella.

—Para abortar todo el futuro. Para convertirse en amos y señores, primero de América, y luego del resto del mundo. Nunca hubiésemos existido ni tú ni yo, Estados Unidos de América, ni un destino daneliano, ni la Patrulla del Tiempo... A menos que ellos mismos organizaran una para proteger la historia alterada que habían causado. No es que crea que pudiesen conservar el mando durante mucho tiempo. El egoísmo extremo acaba atacándose a sí mismo. Batallas en el tiempo, un caos de cambios... me pregunto cuánto flujo podría soportar la estructura del espacio-tiempo.

Ella se puso pálida, y luego dijo:

—Dioses, Manse.

Él dejó de andar, se inclinó, le agarró la barbilla para levantarle la cara y preguntó con una sonrisa torcida:

—¿Cómo te sientes al saber que puede que hayas salvado el universo?

15 de abril de 1610

La nave espacial era negra, para que los que estaban en la Tierra no viesen una estrella pasar sobre sus cabezas con rapidez, antes de la salida del sol o después de la puesta, y supiesen que los vigilaban. Sin embargo, una ancha transparencia de un único sentido la llenaba de luz. Orbitaba por el lado diurno cuando llegó Everard, y el planeta se extendía vasto, rodeado de azul con blanco alrededor de las zonas agrestes que eran los continentes.

Su ciclo apareció en la bahía de recepción y saltó de él sin molestarse en admirar la vista como había hecho tantas veces. El gravitor le dio peso normal. Corrió hacia la sala de pilotos. Lo esperaban tres agentes que conocía, a pesar de que los siglos separaban sus nacimientos.

—Creemos haber encontrado el momento —dijo inmediatamente Umfanduma—. Aquí puedes ver la repetición.

Otra nave, de las que vigilaban Machu Picchu, había obtenido los datos. Ésta era la nave de mando. Everard había venido tan pronto como había recibido el mensaje enviado y transmitido por el tiempo. La imagen correspondía a unos minutos antes. Era borrosa debido a la ampliación después de que la luz hubiese atravesado la atmósfera. Pero cuando Everard congeló el movimiento y miró de cerca, vio el metal relucir en la cabeza y el torso de un hombre. Él y otro se ponían en pie al lado de un cronociclo, sobre una plataforma desde la que se apreciaba, de un lado a otro, la gran ciudad muerta y las montañas que la rodeaban. Cerca había un grupo de personas vestidas de negro.

Asintió.

—Tiene que serlo —dijo—. No sabemos cuándo escapará Castelar, pero supongo que será en las próximas dos o tres horas. Lo que queremos es caer sobre los exaltacionistas justo después.

No antes, porque eso no sucedió. No nos atrevemos ni a alterar estos acontecimientos prohibidos. El enemigo se atreve a hacer cualquier cosa. Por eso debemos destruirlos.

Umfanduma frunció el ceño.

—Es complicado —dijo—. Siempre mantienen una máquina en alto, bien equipada con detectores. Estoy segura de que están listos para huir de inmediato.

—Ajá. Sin embargo, no tienen máquinas suficientes para huir todos a la vez. Tendrían que hacer varios viajes. O, lo que es más probable, abandonar a

aquellos que no tienen la suerte de estar cerca de un transporte. Nosotros no necesitamos demasiado. Vamos a organizarnos.

En el periodo que siguió, las naves se llenaron de vehículos armados y sus pilotos. Comunicaciones de banda estrecha fueron de un lado a otro. Everard desarrolló el plan y asignó misiones.

Después debía esperar, intentado mantener los nervios bajo control, la orden. Descubrió que le ayudaba pensar en Wanda Tamberly.

—¡Ahora!

Salto al sillín. El artillero Tetsuo Motonobu ya estaba en su puesto. Los dedos de Everard volaron sobre la consola.

Colgaban en lo alto de una inmensidad azul. Un cóndor giraba a lo lejos. El paisaje montañoso se extendía debajo, un majestuoso laberinto verde excepto allí donde la nieve relucía en un pico o una garganta se hundía en las sombras. Machu Picchu era impresionante. ¿Qué hubiese hecho la civilización que la había creado si el destino le hubiese permitido vivir?

Una vez más, Everard no podía detenerse a meditar. El centinela de los exaltacionistas flotaba a unos metros. Vio con claridad al otro por el aire enrarecido y bajo la candente luz del sol, sorprendido pero feroz, buscando su arma. Motonobu disparó el rifle de energía. Se produjo un rayo y se oyó un trueno. El hombre saltó quemado de la montura y cayó como había caído Lucifer. Dejó un rastro de humo. El vehículo se agitó fuera de control.

De eso nos ocuparemos después. ¡Abajo!

Everard no atravesó de un salto el espacio intermedio. Quería verlo todo. Mientras caía, el viento rugía como una pantalla de fuerza invisible. Los edificios crecieron.

Sus compañeros de la Patrulla los barrían con fuego. Los disparos volaban del color del infierno. Cuando Everard llegó, la batalla había terminado.

La tarde tiñó de amarillo el cielo oriental. La noche se elevó de los valles para alzarse aún más alta que las murallas de Machu Picchu. Empezaba a hacer frío y había caído el silencio.

Everard dejó la casa que había usado para los interrogatorios. Fuera había dos agentes.

—Reunid al resto del equipo, traed a los prisioneros y preparad el regreso a la base —dijo con cansancio.

—¿Ha descubierto algo, señor? —preguntó Motonobu.

Everard se encogió de hombros.

—Algo. El equipo de inteligencia les sacará más, claro, aunque dudo que resulte muy útil. Encontré a uno que está dispuesto a cooperar a cambio de un ambiente agradable en el planeta de exilio. El problema es que no sabe lo que me gustaría que supiese.

—¿Dónde-cuándo han ido los que han escapado?

Everard asintió.

—El jefe, de nombre Merau Varagan, recibió una herida grave de espada cuando Castelar se liberó. Un par de sus hombres estaban preparados para llevarlo a un destino que sólo él conocía para recibir atención médica. Así que estaban en posición de huir con él cuando aparecimos. Tres más escaparon.

Se enderezó.

—Ah —dijo—. Tuvimos todo el éxito que podía esperarse. El grueso de la banda está muerto o bajo arresto. Los pocos que escaparon deben de estar dispersos al azar. Puede que nunca vuelvan a encontrarse. La conspiración está rota.

El tono de Motonobu era melancólico.

—Si hubiésemos podido venir antes, para preparar una trampa de verdad, los hubiésemos pillado a todos.

—No podíamos porque no lo hicimos —dijo Everard con brusquedad—. Somos la ley, ¿recuerdas?

—Sí, señor. Lo que también recuerdo es ese español loco y los problemas que puede causar. ¿Cómo vamos a localizarlo... antes de que sea demasiado tarde?

Everard no contestó, sino que se volvió hacia la explanada donde estaban aparcados los vehículos. Al este vio la Puerta del Sol y su parte superior, grabada en negro contra el cielo.

24 de mayo de 1987

Wanda lo dejó pasar cuando llamó a la puerta.

—¡Hola! —exclamó sin aliento—. ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo?

—Se acabó —dijo.

Le cogió ambas manos. Habló con voz más suave:

—He estado tan preocupada por ti, Manse.

Le agradó mucho oír eso.

—Oh, cuidé mi pellejo. La operación, pues bien, atrapamos a la mayoría de los bandidos sin pérdidas para nosotros. Machu Picchu está limpia una vez más. —*Estaba limpia. Se quedaría en soledad por otros tres siglos. Ahora hay turistas por todas partes. Pero un patrullero no debe hacer juicios. Necesita endurecerse, si va a trabajar en la historia de la humanidad.*

—¡Maravilloso! —Por un impulso lo abrazó. Él le devolvió el abrazo. Se separaron con una ligera confusión mutua.

—Si hubieses venido hace tres minutos no me hubieses encontrado —dijo—. No podía quedarme sentada sin hacer nada. Fui a dar un largo paseo.

Consternado, él contestó:

—¡Te dije que no salieses de aquí! No estás segura. Aquí hemos colocado un instrumento que nos advertirá de cualquier intruso, pero no podemos seguirte. Maldición, chica, Castelar todavía anda suelto.

Ella arrugó la nariz.

—¿Sería mejor que me subiese por las paredes? ¿Por qué iba a venir a buscarme otra vez?

—Eras su único contacto en el siglo XX. Podrías decirnos algo que nos llevase a él. O eso podría temer.

Se puso seria.

—En realidad, puedo.

—¿Eh? ¿A qué te refieres?

Ella le cogió la mano. Qué cálidas eran las suyas.

—Venga, relájate, déjame traerte una cerveza y hablaremos. Ese paseo me aclaró la cabeza. Empecé a recordar, repasando todo el asunto, excepto que sin terror y sin el desconocimiento. Y, sí, creo que puedo decirte a qué punto va a ir Luis.

Él se quedó donde estaba. Se le paró el pulso.—¿Cómo?

Los ojos azules buscaron los de Everard.

—Llegué a conocerlo —dijo en voz baja—. No lo que llamaría algo íntimo, pero la relación ciertamente fue intensa mientras duró. No es un monstruo. Desde nuestro punto de vista es cruel, pero es hijo de su época. Ambicioso y codicioso... y en el fondo un caballero andante. Busqué en los recuerdos, minuto a minuto. Como si estuviese fuera y nos observase a los dos. Y vi cómo reaccionó cuando descubrió que los indios se rebelarían y asediarían al hermano de Francisco Pizarro en Cuzco, y los problemas que seguirían. Si él apareciese milagrosamente y levantase al asedio, eso le pondría al mando de todo el tinglado. Pero por encima y más allá de cualquier cálculo, Manse, el debe ir allí. Su honor se lo exige.

6 de febrero de 1536 (calendario juliano)

Bajo el amanecer del altiplano, la ciudad imperial ardía. Las flechas de fuego y las piedras ardientes envueltas en algodón rociado de aceite volaban como meteoros. La paja y la madera se quemaban. Las paredes de piedra cercaban hornos. Las llamas llegaban hasta lo alto, caían chispas y el humo se movía denso en el viento. Las cenizas teñían los ríos. Por entre el ruido gritaban las gargantas. Por decenas de miles, los indios rodeaban Cuzco. Era una marca marrón de la que sobresalían estandartes de guerra, penachos de plumas, hachas y lanzas de bordes de cobre. Cargaban contra la débil línea española, golpeaban, luchaban, retrocedían llenos de sangre y confusión, y volvían a gritar para atacar de nuevo.

Castelar llegó sobre una ciudadela que se encontraba al norte del combate. La observó llena de nativos. Durante un instante deseó caer, matar y matar y matar. Pero no, más allá era donde luchaban sus camaradas. Con la espada en la mano derecha, la izquierda al timón, fue por el aire en su ayuda.

¿Qué importaba que no hubiese podido traer armas del futuro? Su hoja estaba afilada, su brazo era fuerte, y el arcángel de la guerra volaba sobre su cabeza desnuda. Sin embargo, se mantenía completamente alerta. Los enemigos podrían vigilar desde el cielo o aparecer de la nada. Mejor sería que estuviese preparado para saltar en el tiempo, escapar de la persecución, volver a atacar con rapidez una y otra vez, como un lobo ataca un alce.

Voló sobre la plaza central, donde un gran edificio se estremecía por el enfrentamiento. Los jinetes trotaban por una calle. Su acero relucía, los estandartes flameaban. Iban hacia una salida, contra las hordas enemigas.

La decisión de Castelar se formó. Se alejaría un poco, esperaría unos minutos, dejaría que entrasen en combate y luego atacaría. Con tal águila vengadora a su lado, los españoles sabrían que Dios los había escuchado, y se abrirían camino entre los enemigos aterrizados.

Algunos lo vieron pasar. Entrevió caras vueltas hacia arriba, oyó gritos. Le siguió un trueno de galopes, un profundo:

—¡Santiago y cierra España!

Cruzó el límite sur de la ciudad, viró, se preparó para el ataque. Ahora que conocía la máquina, respondía de forma espléndida; ese caballo del aire que cabalgaría para liberar Jerusalén y, finalmente, ¿hacia la presencia del Salvador sobre la tierra?

¡Yaaa!

A su lado volaba otra máquina, con dos hombres en ella. Sus dedos buscaron los controles. Sintió la agonía.

—¡Madre de Dios, ten piedad!

Su montura estaba herida. Caía al vacío. Al menos moriría en la batalla. Aunque las fuerzas de Satanás habían prevalecido contra él, no lo harían contra las puertas del Cielo que se abrirían para el soldado de Cristo.

El alma huyó de él, hacia la noche.

24 de mayo de 1987

—La emboscada salió casi perfectamente —informó Carlos Navarro a Everard—. Lo vimos desde el espacio, activamos el generador electromagnético y saltamos a sus inmediaciones. El campo que proyecta indujo voltajes que dieron a su máquina una fuerte descarga eléctrica. También la desactivó y destruyó los elementos electrónicos. Pero eso ya lo sabe. Le dimos un disparo aturdidor y lo cogimos en el aire antes de que chocase contra el suelo. Mientras tanto, apareció el cargador, cogió el vehículo y se fue. Todo se completó en menos de dos minutos, Supongo que nos vieron varios hombres, pero debió de ser brevemente y en la confusión general de la batalla.

—Buen trabajo —dijo Everard. Se recostó en el viejo sillón. Le rodeaba su apartamento de Nueva York, lleno de recuerdos: lanzas y un casco de la Edad de Bronce sobre el bar, una alfombra de piel de oso polar de la época vikinga de Groenlandia en el suelo, objetos que no harían que alguien de fuera se hiciese preguntas pero que a él le traían recuerdos.

No había ido a la misión. No había razón para malgastar el tiempo de vida de un agente No asignado. No había peligro, a menos que Castelar fuese demasiado rápido y escapase. El dispositivo eléctrico lo había evitado.

—De hecho —dijo—, la operación forma parte de la historia. —Señaló el volumen de Prescott sobre la mesa a su lado—. He estado leyendo. Las crónicas españolas describen apariciones de la Virgen sobre el salón ardiendo de Viracocha, donde luego se construyó la catedral, y de san Jaime en el campo de batalla, inspirando a las tropas. Generalmente se consideran leyendas piadosas, o alucinaciones histéricas, pero... ah, bueno. ¿Cómo está el prisionero?

—Cuando lo dejé descansaba sedado —contestó Navarro—. Las quemaduras sanarán sin dejar cicatriz. ¿Qué harán con él?

—Eso depende de muchos factores. —Everard cogió la pipa del cenicero y le devolvió la vida—. Encabeza la lista Stephen Tamberly. ¿Sabe de él?

—Sí —dijo Navarro frunciendo el ceño—. Por desgracia, aunque era inevitable, la corriente que recorrió el vehículo destruyó el registro molecular de adónde y a cuándo había viajado. Castelar ha sido sometido a un interrogatorio preliminar con quiradex, sabíamos que usted querría saberlo, y no recuerda ni el sitio ni el lugar en el que dejó a Tamberly. Sólo sabe que era hace dos mil años y en la costa del Pacífico de Suramérica. Sabía que podía recuperar los datos

exactos si quería, y dudaba mucho que lo hiciera. Por tanto no se molestó en memorizar las coordenadas.

Everard suspiró.

—Eso me temía. Pobre Wanda.

—¿Señor?

—No importa. —Everard se consoló con el humo—. Puede irse. Salga por la ciudad y diviértase.

—¿No le gustaría venir? —preguntó, dudoso.

Everard negó con la cabeza.

—Me quedaré aquí un rato. Es posible que Tamberly haya encontrado una forma de ser rescatado. Si así es, lo llevarían primero a una de nuestras bases para un informe preliminar, y la investigación indicaría que yo estaba implicado en el caso y se me informará. Naturalmente, eso no podría ser antes de terminar este trabajo. Quizá me llamen pronto.

—Entiendo. Gracias. Adiós.

Navarro se fue. Everard se recostó. La oscuridad invadió la habitación, pero no encendió la luz. Quería sentarse a esperar, conservando la esperanza con tranquilidad.

18 de agosto de 2930 a.C.

Donde el río se encontraba con el mar, la villa estaba formada por casas de barro. Sólo había dos canoas talladas en la orilla, porque los pescadores habían salido en aquel día tranquilo. La mayoría de las mujeres también habían salido, para cultivar pequeñas plantaciones de calabaza, patata y algodón al borde del manglar. El humo se elevaba lento de un fuego comunal que siempre atendía una persona mayor. Otras mujeres y hombres de edad tenían tareas de las que ocuparse en sus casas, mientras que los niños se encargaban de otros aún más pequeños. La gente vestía falda corta de fibra trenzada, adornos de concha, dientes y plumas. Reían y charlaban.

El fabricante de vasijas estaba sentado con las piernas cruzadas a la puerta de su casa. Hoy no daba forma a recipientes y cuencos ni los cocía. En su lugar, miraba al vacío y permanecía en silencio. A menudo lo hacía, desde que aprendió la lengua de los hombres y comenzó su asombrosa labor. Debía ser respetado. Era amable, pero tenía esos ataques. Quizá planeaba una hermosa pieza nueva, o quizá se comunicaba con los espíritus. Ciertamente era un ser especial, con su gran altura, su piel, ojos y pelo pálidos y las grandes patillas. Una capa le cubría del sol, que le resultaba más duro que a la gente normal. Dentro de la casa, su esposa molía grano silvestre en el mortero. Sus dos niños supervivientes dormían. Hubo gritos. Los labradores aparecieron. La gente se apresuró a ver qué significaba aquello. El fabricante de recipientes se puso en pie y los siguió.

Por la orilla del río se acercaba un extraño. Los visitantes eran frecuentes, en su mayoría traían bienes para comerciar, pero nadie había visto antes a ese hombre. Tenía su mismo aspecto, pero con más músculos. Su vestimenta era claramente diferente. Algo duro y reluciente descansaba en una funda, sobre su cadera.

¿De dónde podía venir? Seguro que los cazadores hubiesen advertido a un recién llegado que recorriese el valle hacía días. Las mujeres chillaron cuando las saludó. Los ancianos las hicieron retroceder y le ofrecieron saludos.

Llegó el fabricante de recipientes.

Durante un buen rato Tamberly y el visitante se miraron. *Es de la raza autóctona.* Era extraño la calma con la que lo aceptaba, ahora que al fin el

tiempo le había concedido lo que deseaba. *Debe de serlo. Es mejor no despertar más preguntas, incluso en la cabeza de simples miembros de la Edad de la Piedra. ¿Cómo piensa explicar el arma?*

El explorador asintió.

—Casi esperaba esto —dijo en lento temporal—. ¿Me entiende?

Tamberly tenía la lengua oxidada. Sin embargo...

—Sí. Bienvenido. Eres el que he esperado durante los últimos... siete años, creo.

—Soy Guillem Cisneros. Nacido en el siglo XXX, pero con el Universarium de Halla. —En un entorno en el que el viaje en el tiempo se había conseguido y por tanto podía realizarse abiertamente.

—Y yo soy Stephen Tamberly, siglo XX, historiador de campo de la Patrulla. Cisneros rió.

—Lo apropiado es un apretón de manos.

Los aldeanos miraban anonadados.

—¿Está varado aquí? —preguntó Cisneros, innecesariamente.

—Sí. Hay que comunicárselo a la Patrulla. Llévame a una base.

—Claro. He escondido el vehículo a diez kilómetros corriente arriba. — Cisneros vaciló—. Mi idea era pasar por un viajero, permanecer un tiempo e intentar resolver un misterio arqueológico. Sospecho que usted es la respuesta.

—Lo soy —dijo Tamberly—. Cuando comprendí que estaba atrapado a menos que recibiese ayuda, recordé la cerámica de Valdivia.

La cerámica más antigua conocida en el hemisferio occidental, y de su periodo natal. Casi un duplicado exacto de la cerámica contemporánea Jomon en el Japón arcaico. La explicación convencional era que botes de pesca habían atravesado el Pacífico empujados por el viento. La tripulación encontró refugio y enseñó el arte a los nativos. No tenía mucho sentido. Había que sobrevivir a más de ocho mil millas náuticas; y aquellos hombres resulta que poseían unas complejas habilidades que en su sociedad eran cosa de mujeres.

—Así que la creé yo y esperé a que apareciese alguien del futuro.

No había violado del todo las leyes de la Patrulla. Por necesidad eran flexibles. Consideradas las circunstancias, su regreso era importante.

—Es ingenioso —dijo Cisneros—. ¿Cómo ha sido su vida aquí?

—Son gente agradable —contestó Tamberly.

Me dolerá decirle adiós a Aruna y a los pequeños. Si fuese un santo, jamás hubiese aceptado cuando su padre me la ofreció. Esos siete años se hacían muy largos y no sabía si terminarían. Mi familia me echará de menos, pero le dejaré tanto mana que pronto encontrará otro marido (un hombre fuerte, probablemente Ulamamo) y vivirán tan bien y tan felices como cualquier otro de la tribu. Que a su modo humilde, es mucho mejor forma de vida que la de muchos seres humanos del futuro.

No podía librarse del todo de las dudas y la culpa, y sabía que nunca lo haría, pero en él se despertó la alegría. *Vuelvo a casa.*

25 de mayo de 1987

Luz suave. Porcelana, cubiertos de plata y vidrio de calidad. No sé si Ernie's es el mejor restaurante de San Francisco —eso es cuestión de gustos— pero ciertamente está entre los diez primeros. Menos para Manse, que me dijo que le gustaría llevarme a los años setenta, antes de que se retirasen los dueños de Mingéi-Ya. Levanta su copa de jerez.

—Por el futuro —dice. Hago lo mismo.

—Y por el pasado.

Chin, chin. Magnífico.

—Ahora podemos hablar. —Cuando sonrío la cara se le llena de arrugas y ya no parece familiar—. Siento que no hayamos podido hacerlo antes, aparte de llamarte para decirte que tu tío estaba bien y para invitarte a cenar, pero he estado dando saltos como una pulga en una plancha, intentado dejarlo todo bien atado.

Le pincho un poco.

—¿No podías haberlo hecho y luego retroceder un par de horas para quitarme la angustia?

Se pone serio. Oh, hay mucho pesar no expresado en su voz.

—No. Eso hubiese sido demasiado ajustado. En la Patrulla se nos permiten nuestros saltos de placer, pero no cuando pueden complicar las cosas.

—Eh, Manse, bromeaba. —Tiendo la mano y toco la suya—. Voy a conseguir una gran comida, ¿no? —Y un vestido ceñido, y el pelo bien arreglado.

—Te la has ganado —dice, más aliviado de lo que debiera estar un tipo duro que va de un lado a otro del espacio-tiempo.

Basta por ahora. Hay demasiadas cosas que preguntar.

—¿Qué hay de tío Steve? Me contaste cómo se liberó, pero ¿dónde está?

Manse ríe.

—Eso no importa, ¿verdad? Un centro de información en algún lugar y en algún tiempo. Pasará un largo permiso con su esposa en Londres antes de volver al servicio. Estoy seguro de que te visitará, así como al resto de sus parientes. Ten paciencia.

—Y... ¿después?

—Bien, tenemos que terminar el asunto de una forma que deje intacta la estructura del tiempo. Pondremos a fray Esteban Tanaquil y a don Luis Castelar

en ese palacio del tesoro de Cajamarca, en 1533, un minuto o dos después de que los exaltacionistas se los llevarán. Saldrán a pie y eso será todo.

Frunció el ceño.

—Ah, mencionaste antes que los guardias se habían sentido preocupados y habían mirado dentro, para no encontrar a nadie. Produjo toda una conmoción. ¿Podéis cambiar eso?

Él sonríe.

—¡Dama lista! Excelente pregunta. Sí, en tales casos, cuando el pasado ha sido deformado, la Patrulla anula los acontecimientos que fluyen de ese punto. Digamos que restauramos la historia « original ». En todo lo posible.

Preocupación, que produce un extraño dolor.

—Pero Luis. Después de lo que ha pasado.

Manse toma un trago, hace girar el vaso entre los dedos y mira el líquido ámbar que contiene.

—Pensamos en invitarlo a unirse a la Patrulla, pero sus valores son incompatibles con los nuestros. Se le condicionará para guardar el secreto. El condicionamiento es inofensivo en sí mismo, pero hace que una persona sea incapaz de revelar la existencia del viaje en el tiempo. Si lo intenta, y lo hará, la garganta se le agarrotará y la lengua se le inmovilizará. Pronto dejará de intentarlo.

Agitó la cabeza.

—Para él será terrible.

Manse mantiene la calma. Es como una montaña, tímidas florecillas dispersas por la superficie, pero por debajo una masa rocosa.

—¿Preferirías que lo hubiésemos matado, o le hubiésemos borrado la memoria para dejarlo sin mente? A pesar de los problemas que nos dio no tenemos nada contra él.

—¡Pero él sí!

—Ajá. No ataca a tu tío en la cámara del tesoro, porque fray Tanaquil abre la puerta y dice a los guardias que ha terminado. Sin embargo, no sería inteligente mantener allí a fray Tanaquil. Por la mañana se aleja, como si fuese a dar un paseo mientras medita y nadie vuelve a verlo. Los soldados lo echan de menos, era un tipo tan encantador, y buscan, sin éxito, y deciden que debió de tener algún accidente. Don Luis dice que no sabe nada. —Manse suspira—. Tendremos que dejar el proyecto holográfico. Bien, quizá alguien pueda llegar hasta esos objetos cuando se encontraban en su emplazamiento original. Plantaremos nuevos agentes para seguir el resto de la carrera de Pizarro. Tu tío tendrá otra misión. Quizá decida pasar a la administración, como su esposa desea.

Tomo un trago de mi copa.

—¿Qué pasará... pasó con Luis?

Me mira de cerca.

—Te preocupas por él, ¿no?

Siento calor en las mejillas.

—No de, ya sabes, ninguna forma romántica. No lo tendría en el árbol de Navidad. Pero es una persona que he conocido.

Él vuelve a sonreír.

—Comprendo. Bien, ésa es otra de las cosas que he estado comprobando hoy. Vigilamos a don Luis Castelar el resto de su vida, por si acaso. Se adapta con rapidez. Continúa como oficial de Pizarro, distinguiéndose en Cuzco y en la lucha contra Almagro. —¿Con qué tristeza interior?—. Al fin, cuando el país esté dividido entre los conquistadores, se convierte en un gran terrateniente. Por cierto, es uno de los pocos españoles que intentaron que los indios tuviesen un trato justo. Más tarde, cuando su mujer haya muerto, toma los hábitos y se convierte en monje. Habrá tenido hijos, cuyos descendientes prosperarán. Entre ellos hay una mujer que se casa con un capitán de Norteamérica. Sí, Wanda, ese hombre con el que te encontraste era tu antepasado.

¡Caray! Me recupero al cabo de un minuto.

—Viaje en el tiempo. —Todas las épocas a disposición de uno.

Deberíamos examinar el menú. Pero...

Cálmate, corazón, o como sea la estúpida frase. Me inclino. De alguna forma no tengo miedo, no cuando me mira así. Sólo que las palabras salen entrecortadas, con pequeños escalofríos por la espalda.

—¿Q-qué hay de mí, Manse? También conozco el secreto.

—Ah, sí —dice. Qué amable—. Es típico de ti, creo, preguntar primero por los otros. Bien, tienes también un papel que representar. Te devolveremos a las islas Galápagos, vestida con la misma ropa de entonces, unos pocos minutos después. Te reunirás con tus amigos, terminarás el viaje, volarás desde Baltra a ese manicomio conocido como Aeropuerto Internacional de Guayaquil, y de vuelta a casa, a California.

—¿Y luego? ¿Luego?

—Lo que suceda después lo decides tú —prosigue—. Puedes aceptar el condicionamiento. No es que no confiemos en ti, pero la regla es estricta. Repito que es indoloro y no provoca ningún daño y, como estoy convencido de que jamás nos delatarías, para ti no representará ninguna diferencia. Podrás seguir con tu vida del siglo XX. Cuando tú y tu tío Steve estéis en privado, podrás hablar libremente con él.

Tensó los tendones, acumuló valor.

—¿Tengo otra elección?

—Claro. Puedes convertirte en viajera del tiempo.

Increíble. ¿Yo? Y sin embargo lo esperaba. Pero:

—Yo, y o, y o me pregunto si seré una buena policía.

—No muy buena, probablemente. —Oigo al otro lado de la luz—. Eres

demasiado independiente. Pero la Patrulla es responsable tanto de las eras prehistóricas como de las históricas. Eso requiere conocimiento del ambiente, lo que exige científicos de campo. ¿Te gustaría estudiar paleontología con animales vivos?

Vale, vale, me pongo en evidencia. Me pongo en pie de un salto y violo la paz de Ernie's con un grito de guerra.

Manse ríe.

Mamuts, osos de las cavernas y dodos, ¡genial!



POUL WILLIAM ANDERSON nació en 1926, en Bristol (Pensilvania, EE. UU.) de padres escandinavos y vivió durante un breve periodo en Dinamarca antes de la Segunda Guerra Mundial. Obtuvo la licenciatura en Física por la Universidad de Minnesota en 1948, lo cual se reflejará más tarde en su interés por la ciencia ficción hard. *Simultanea dicha orientación con escapadas a la historia y la fantasía, en la que muestra también su dominio de los lenguajes y la mitología escandinava. En la actualidad vive en Orinda (California, EE.UU.).*

Autor de casi un centenar de libros de ciencia ficción y fantasía, se han publicado menos de una veintena de sus obras en España, la gran mayoría correspondientes a los inicios de su carrera en los años cincuenta y sesenta.

Con excepción del reciente éxito de LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS (1989, NOVA ciencia ficción, número 39), su obra más conocida en España sigue siendo GUARDIANES DEL TIEMPO (1960), donde se narra las aventuras de la Patrulla del Tiempo, que protege diversas líneas alternativas del devenir temporal para evitar que surjan paradojas. Un libro clásico en el subgénero de las aventuras temporales, temática a la que Anderson ha vuelto recientemente con la reedición de LOS GUARDIANES DEL TIEMPO (1981), nuevos relatos en TIME PATROLMAN (1983), la unificación de ambos en ANNALS OF THE TIME PATROL (1984), y la recopilación definitiva de esa serie en LA

PATRULLA DEL TIEMPO (1991, NOVA, número 135), que incluye además dos nuevas novelas cortas. La serie finaliza con una novela: THE SHIELD OF TIME (1990) también protagonizada por Manse Everard, el patrullero del tiempo.

Algunas de las más famosas novelas de Anderson han permanecido inéditas en castellano durante mucho tiempo. Un título emblemático es TAU CERO (1970, NOVA ciencia ficción, número 95), la historia de una exploración interestelar a velocidades casi lumínicas, que se recrea en el análisis del choque psíquico que representa la relatividad y las dificultades de convivencia en el espacio físico de la nave.

Otra famosa obra de Anderson, también inédita en España de momento, es la serie de la Liga Polesotécnica, una space opera de gran éxito y ya clásica. En ella se elabora una historia futura de la galaxia en torno a dos protagonistas: el comerciante Nicholas Van Rijn en el momento álgido de la civilización galáctica, y el agente secreto Dominic Flandry durante la decadencia del imperio, unos trescientos años después.

Si se han traducido PÁNICO EN LA TIERRA (Brain Wave, 1954), otros títulos menores y algunas brillantes antologías como The Best of Poul Anderson (1976), editada en España en dos volúmenes: EL PUEBLO DEL AIRE y EL ÚLTIMO VIAJE. El cambio de título afectó también a otra antología posterior Beyond the Beyond (1969), conocida en España precisamente como LO MEJOR DE POUL ANDERSON. Afortunadamente se mantuvo el título en otra de sus antologías: LOS MUCHOS MUNDOS DE POUL ANDERSON (1974).

En cualquier caso, el conjunto de dichos relatos hace honor al interés y atractivo de dicha faceta de la obra de este autor, que ha obtenido ya ocho premios Hugo y tres Nébula en las categorías de relato o novela corta. Los más recientes son el Hugo y el Nébula obtenidos por The Saturn Game (1981). Con ello Anderson es, junto a Harlan Ellison, el autor que más premios Hugo ha recibido. En mayo de 1998, en el correspondiente banquete de los premios Nébula, Poul Anderson obtuvo su reconocimiento como Gran Maestro Nébula.

Recientemente se han publicado también en España LA ESPADA ROTA (1954), LA GRAN CRUZADA (1960) y TRES CORAZONES Y TRES LEONES (1961) algunas de sus más conocidas narraciones de fantasía. En este campo, su obra más reciente es una serie sobre la antigua Roma, THE KING OF YS (iniciada en 1986 con «Roma Mater»), escrita en colaboración con su esposa Karen.

LA NAVE DE UN MILLÓN DE AÑOS (1989, NOVA ciencia ficción, número 39) aborda el tema de la inmortalidad y fue finalista de los premios Hugo y Nébula, tras marcar el triunfal retorno de uno de los grandes autores clásicos de la ciencia ficción de todos los tiempos. Más reciente es el éxito de una nueva serie formada

por COSECHA DE ESTRELLAS (1993, NOVA ciencia ficción, número 74) y sus continuaciones THE STARS ARE ALSO FIRE (1994), HARVEST THE FIRE (1995) y THE FLEET of STARS (1997), previstas en NOVA.